Accessions
116,829

Shelf No.
D.160a93

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.

GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.

BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec.d Apr. 26th 1871.

MISCELÁNEA

RELIGIOSA,

POLÍTICA Y LITERARIA

EN PROSA Y VERSO,

POR DON GASPAR BONO SERRANO.

* * D, 160 an. 93

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE AGUADO É HIJO.—PONTEJOS, 8.

1870.

Sr. D. Jorge Ticknor
Recuerdo de su invariable
respetuoso amigo
Cádiz 24 de Enero
de 1871.
Guill.mo Picard

MISCELÁNEA

116829

RELIGIOSA, POLÍTICA Y LITERARIA

EN PROSA Y VERSO.

MISCELÁNEA

RELIGIOSA,

POLÍTICA Y LITERARIA

EN PROSA Y VERSO,

POR DON GASPAR BONO SERRANO.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE AGUADO É HIJO.—PONTEJOS, 8.

1870.

D.160
.93

116,829
G. T.

Á S. A. R.

LA SERMA. SEÑORA INFANTA

DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA.

Señora:

Autorizado por la bondad de V. A. R., tengo el honor de ofrecer á vuestra maternal benevolencia esta coleccion de mis obrecillas en prosa, acompañadas de versos, inéditos algunos, y no conocidos otros del público, por haberse impreso en opúsculos que solo han leido mis amigos y hermanos en letras.

Yo quisiera, Señora, que esta breve y sencilla dedicatoria fuera digna de la acogida bondadosa con que V. A. R. recibe siempre los pobres y acerbos frutos de mi escaso ingenio; pero circunstancias no las mas propicias para dar espansion á mi respetuoso afecto y entrañable gratitud, y el fundado temor además de ser indiscreto, hacen enmudecer los conceptos en mi alma, abrigando la dulce esperanza de que V. A. R. comprenderá muy bien lo que siente mi corazon y calla mi pluma.

SEÑORA:

A L. R. P. de V. A.,

Vuestro mas agradecido y respetuoso Capellan,

Gaspar Bono Serrano.

Madrid 14 *de setiembre de* 1870.

El otro. Aunque me digas que te hago mas preguntas que un catecismo, ¿cuál es el objeto que te propones al escribir esa obrilla?

Yo..... Su objeto será el servir de preámbulo á mi ya impresa *Miscelánea en prosa y verso.*

El otro. Yo creo que estás dejado de la mano de Dios.

Yo..... ¡Ave María purísima!

El otro. Ven acá, infeliz. En las negras y tristísimas circunstancias que atravesamos hoy, el dia de hoy te vas á descolgar con un tomo de literatura, con un tomazo de 600 ó mas páginas? ¿Hoy, que la guerra de prusianos y franceses arde mas que los volcanes todos de este mundo sublunar, y amenaza abrasar la Europa y el mundo entero, y conmover, y quizá pulverizar y destruir hasta los mas fuertes y sólidos cimientos de la sociedad? ¿Hoy, que está vacante el trono de Recaredo y Pelayo hace ya dos años mortales, sin esperanza por ahora de que lo veamos ocupado en mucho tiempo? ¿Hoy, que nadie piensa en leer una página ni una jota de literatura, y mucho menos si son versos, aunque los escribiera el mismo Homero y el mismísimo Virgilio? ¿Hoy, sales tú con tus manos lavadas á publicar un libro gordo, sin considerar que no venderás un solo ejemplar en toda España? ¿No has parado mientes en esta reflexion que conocen hasta los chiquillos, infeliz y mal aconsejado viejo?

Yo..... ¿Concluyó tu filípica?

El otro. Todavía no ha comenzado.

Yo..... Pues comienza, habla mas que un saca-muelas, concluye, y despáchate á tu gusto. Despues hablaré yo, si tu charla me lo permite.

El otro. ¿Pero nada respondes á lo susodicho?

Yo..... Ante todas cosas, en todos los dias de tu vida me llames *infeliz* ni aun en broma, porque no lo soy, gracias á Dios, y gracias á las bellas letras.

El otro. Te voy á contar un chascarrillo, ya que á ti te gustan tanto, Nos lo contó nuestro buen profesor de filosofía, al esplicarnos la lógica de Baldinoti en 1821.

Yo..... ¡Qué tiempos aquellos!

El otro. Eramos muchachos. ¡Quién lo fuera ahora!

Yo..... ¿Para qué?

El otro. Para no ser tan viejos como lo somos al presente.

Yo..... Así tenemos mas que contar.

El otro. Tampoco aquella época era de paz y de ventura.

Yo..... Como que la discordia y la guerra civil agitaban y

despedazaban entonces á nuestra querida patria, como la despedazan y agitan en estos momentos en que estamos hablando. ¡Desventurada España!

El otro. Verdaderamente somos desgraciados los españoles.

Yo..... Sangre española se derramaba entonces á torrentes. Sangre española se derrama tambien ahora.

El otro. Poco hemos progresado en esta parte. ¡Cuántas barbaridades y crímenes se cometieron en España y fuera de España, *invocando la libertad, invocando la religion!*

Yo..... Así es. No puede leerse la historia sin tropezarse con desagrado y asombro en desmanes y aberraciones, y horribles desórdenes, y escenas las mas espantosas y sangrientas. Los hombres que abusan de todo, hasta de lo mas bello, y respetable, y santo que hay en el cielo y en la tierra, abusaron mil y mil veces, y están abusando todavía de la religion de Nuestro Señor Jesucristo, que es el único y eficaz consuelo en los trabajos y dolores y tribulaciones que nos afijen en este valle de lágrimas: así como abusaron tambien y abusan de la libertad. De la libertad, que es el amor y las delicias de todo corazon levantado y noble, entendida, por supuesto, como la entendian Fenelon y Mariana, el cronista aragonés Padre Murillo, y los cronistas todos de Aragon, y el doctor Menchaca, lumbrera de la Universidad de Alcalá en tiempo de Felipe II, y el famoso y ejemplar Sacerdote Pedro Ciruelo, natural de Daroca, que despues de enseñar matemáticas en la Universidad de París, fue en tiempo del Cardenal Cisneros, Rector de la Universidad de Alcalá. El amigo de la libertad (no de la licencia y libertinaje), no se arrastra por el polvo en las antesalas de los ministerios y palacios. El verdadero cristiano de instruccion y talento (y aunque no tenga talento ni instruccion), no adula á potentados ni á grandes de la tierra, ni á nadie. Se contenta y vive feliz con lo que Dios se digna darle trabajando con el sudor de su frente, y no tiene necesidad, por lo tanto, ni voluntad mucho menos de humillarse ni envilecerse ante el monarca, ni ante los ministros de la corona que se apelliden Narvaez, Bravo Murillo, Arrazola, Gonzalez Romero, Calderon Collantes, O'Donell, Prim, Figuerola, Gonzalez Bravo, ó Perico el de los Palotes.

El otro. ¿Quién era el aragonés Pedro Ciruelo?

Yo..... El mismo que pronunció en Alcalá de Henares la ora-

cion fúnebre en las exequias del venerable Cisneros. Por cierto que el buen clérigo dijo cosas, en *materias políticas*, que ahora solo dirian los demócratas muy demócratas. Lo mismo digo del doctor Menchaca, que defendió conclusiones que se imprimieron entonces, es decir, reinando el *fundador del Escorial*. Entonces habia *libertad política* la mas ámplia, la mas completa. Lo que no habia (ni debia haber) era *libertad religiosa*. Si Felipe II la hubiera tolerado, se hubieran renovado en España las escenas espantosas y sangrientas que se vieron en Leyden y otras cien poblaciones estrangeras, que no pueden leerse sin horror ni espanto, y sin temblar las carnes hasta del hombre mas esforzado y valiente. Por lo demás los Analistas de Aragon, Zurita, Blancas, el citado Padre Murillo, etc., etc., son los que mas abundan en ideas levantadas y nobles en pro de la libertad política de los pueblos.

El otro. Por eso la monarquía de Castilla y de Leon, y nuestra monarquía aragonesa, eran templadas y no *absolutas*.

Yo..... Mas felices que nosotros fueron nuestros abuelos, que conocieron al *Justicia Mayor de Aragon*, y tuvieron la dicha de vivir en aquella monarquía paternal de nuestros antiguos reyes, en cuyo tiempo *imperaban las leyes y los fueros*. Por eso, y solo por eso, la *monarquía aragonesa* era entonces la *primera monarquía del mundo*, ó poco menos.

El otro. Pareces andaluz.

Yo..... Pero no lo soy. No me interrumpas, te ruego. En aquellos felices tiempos, en que nuestros fueros estaban en uso, y teníamos por tanto los aragoneses *libertad política*, el famoso Roger de Lauria, Almirante de Aragon, osaba decir *que hasta los peces, para asomarse ó sacar la cabeza del fondo de los mares, necesitaban llevar impresas ó grabadas en su espalda ó lomo las barras aragonesas*. Entonces fue cuando uno de nuestros monarcas, al coronarse y *ungirse* en el templo de la Seo, asistieron á las fiestas de su coronacion en Zaragoza *diez mil infanzones*, con su correspondiente escudero cada uno, montados amos y criados en *veinte mil* caballos de batalla, nacidos en dehesas y suelo de Aragon. Entonces fue cuando se realizó la renombrada espedicion de aragoneses y catalanes á Levante, acaudillados por Berenguer de Entenza, Roger de Flor, Corbalan y otros héroes, cuyos lurcles envidiarian los *diez mil valientes* que inmortali-

zó Jenofonte, y los *trescientos* espartanos, que con su digno gefe Leonidas se inmolaron por su patria. Entonces fué cuando la monarquía aragonesa, llamada malamente *la Coronilla*, porque era corona, y corona muy espléndida y preciosa, y magnífica y grande, arrojaba un guante, y ni Francia, ni Inglaterra, ni Alemania, ni ninguna nacion del orbe todo se atrevia á levantarlo.

El otro. ¡Tiempos felices, que ya pasaron para no volver!

Yo..... ¿Y por qué no han de volver mañana ú otro dia, en este siglo ó en otro? ¿Eres tú profeta, ni hijo de profeta? ¿Por qué Aragon y Castilla juntos no han de poder ser otra vez *nacion de primer orden*, reunidos como lo están afortunadamente? Lo serán con el tiempo, á no dudarlo.

El otro. Ojalá sea mañana.

Yo..... Dios te oiga en su clemencia infinita. Pero entretanto si Dios no hace un milagro visible, ó poco menos, mal porvenir nos espera: sombrío, y nebuloso, y amenazador se nos presenta el horizonte político por todas partes. Si yo fuera padre de familias como tú lo eres, y tuviera tus seis hijos (de menor edad dos de ellos), no dormiria tan tranquilamente como duermo ahora, ni me haria provecho el pan cotidiano que como.

El otro. ¿Y por qué?

Yo..... Ya te lo he dicho hace un momento, y tú lo sabes y lo conoces, como lo conozco yo y lo conocen todos. Los que hemos cumplido (como tú y yo) sesenta Navidades, no hemos sido muy felices que digamos. Recuérdalo bien. No bien abrimos los ojos, cuando en 1808 nos deslumbraron los fogonazos y llamaradas de los cañones, y nos estremecieron y asustaron en los brazos maternales las descargas de fusilería. Entre balazos y cuchilladas nacimos, y entre horrores y sangre, y desolacion y muerte. Nos toca morir, por nuestra desgracia, sin ver quizá ni vislumbrar el iris de paz ni un solo momento. Esto quiere decir, en suma, que hemos sido muy desgraciados. ¿Qué hombre que no sea una hiena, será feliz viendo matarse bárbaramente otros hombres, y mas cuando mueren españoles á manos de otros españoles? Pues bien, á tus hijos y á todos los jóvenes de su edad les esperan, de tejas abajo hablando, escenas todavía mas espantadoras que las que nosotros hemos presenciado. Hace ochenta años que están luchando en Europa dos principios opuestos, dos ideas contrarias,

que no caben ni caber pueden en un saco; á saber, la *libertad política* y el *absolutismo*. Este hizo un papel muy importante en otros siglos; hoy lo rechaza el espíritu del siglo. Si lo rechaza con razon ó sin ella, no es de nuestra incumbencia, ni es cuestion esta, por lo profunda, y complicada, y honda, y peliaguda, para ventilarse entre dos condiscípulos como tú y yo, en una conversacion tan familiar y sencilla como la nuestra. Lo cierto es (y es á lo que voy á parar), que todo cuanto vemos y palpamos hace muchos años, anuncia de una manera visible, que mas tarde ó mas temprano ha de arder la Europa en guerras titánicas, mucho mas espantosas que las que produjo la invasion de los vándalos, y suevos, y alanos, de los *hunos* y de los otros, siendo preciso que se aliaran como hermanos, Teodoredo con sus españoles y Meroveo con sus francos, y el caudillo Aecio con los romanos, para poder vencer todos ellos reunidos, como vencieron efectivamente en los campos Cataláunicos, no lejos de Chalons, al bárbaro Atila, *la figura de hombre mas atroz y ruda que nos ofrecen los siglos*, como dice uno de nuestros historiadores contemporáneos. Allí triunfó la civilizacion de su implacable enemiga la barbarie. Dios quiera que en la futura y próxima lucha suceda lo mismo. Hoy se combaten sin tregua la *civilizacion cristiana*, que es la verdadera civilizacion, y la *civilizacion pagana*, á la que nos quieren hacer retroceder á la fuerza mil y mil *semi-sabios*, muy picados de pensadores profundos, y de políticos, y de filósofos. ¿Y por qué? Porque han sacudido el yugo santo y dulce de la religion, que hizo felices á nuestros mayores, mucho mas felices que lo es la actual generacion, atea, incrédula y materialista en gran parte. En el espantoso caos que comienza ya á rodearnos y á ofuscar nuestros ojos, muy miopes por desgracia, no es facil ver la luz, para distinguir la verdad, hija de Dios, y el error, hijo del orgullo humano. Quizá ha comenzado ya la lid con motivo de la guerra de prusianos y franceses: lid que con el tiempo es facil tome proporciones mayores, proporciones tan espantosas como gigantescas, que acabarán, si Dios no lo remedia, con la civilizacion europea, y volveremos otra vez á los siglos bárbaros, á los siglos en que ni los reyes mismos sabian leer, ni menos escribir.

El otro. La imprenta lo impedirá.

Yo..... No lo digas con tal decision y aplomo, porque aunque la imprenta impedirá sin duda que retrocedamos hasta el estremo de no saber firmar los monarcas y potentados de la tierra, la imprenta misma podrá causar tales desórdenes, que se vean escesos tan grandes y mayores que los que se vieron en el siglo IX y X y siguientes. Ahora nos horrorizan á nosotros (aunque debiéramos estar curados de espantos), y entonces no horrorizaban ni á los hombres, ni á las mugeres, ni aun á los chiquillos de mantillas. En aquellos tiempos sucedia en España, por ejemplo (por no salir de nuestra querida patria), que cuando los moros vencian á los cristianos, cortaban á estos la cabeza, y mil y dos mil ó mas ginetes árabes colgaban aquella en el arzon de la silla, y entraban muy ufanos en su poblacion moruna, ostentando aquellos trofeos, bien repugnantes en verdad. Hacian mas: entregaban las cabezas cristianas á sus hijos de corta edad, y estos se entretenian en jugar con aquellas á la pelota.

El otro. Pero los cristianos hacian en represalias lo mismo, cuando triunfaban de los enemigos de la cruz.

Yo..... ¡Bárbara ley la de las represalias! Entre todas estas, solo me agradan (porque no fueron sangrientas) las que tomó el santo conquistador de Córdoba, antigua corte del Califato de Occidente. Cuando el gran Almanzor se apoderó de la Jerusalén de los piadosos españoles, en que se venera el cuerpo del Apóstol Santiago, hizo llevar en hombros cristianos desde aquella ciudad hasta Córdoba las campanas de Compostela; *oracion que se hizo por pasiva*, cuando San Fernando conquistó la antigua capital del Guadalquivir. Las campanas, que habian servido de lámparas en la magnífica mezquita de Abdurrahman, volvieron en hombros árabes á la torre de la catedral de Santiago, para que volviesen á convocar á los fieles de España y de toda la cristiandad, que solian ir en peregrinacion á Galicia, para ofrecer el incruento sacrificio del Calvario, y cumplir piadosos votos hechos en tiempos de tribulaciones y mortales dolencias. Pero dejemos á un lado lo que sucederá con el tiempo. Quizá yo me equivoque, y del esceso del mal que nos aflije y rodea, salga el bien, y salga pronto, como fuera de desear. En fin, *Dios sobre todo*, como dice el Almanaque. Quizá la guerra de Francia y Prusia concluya felizmente antes de lo que pensamos.

El otro. Ojalá sea así. Destronado Napoleon III y hundido en el fango, donde no debiera haber caido aquel miserable, despues de haber querido ser el *baratero* de Europa, y sobre todo despues de gobernar despóticamente una nacion tan belicosa y valiente como la Francia, posible es que concluyan por abrazarse prusianos y franceses, y pelillos á la mar.

Yo..... Dios oiga tus palabras y realice tus cristianos deseos, y el diablo sea sordo, y termine la guerra, y no comience otra por los siglos de los siglos. Amen.

El otro. Volviendo á lo que antes decíamos, ¿de verás te tienes por feliz?

Yo..... Y lo soy, que es mas.

El otro. ¿Tambien eres feliz cuando te molesta y acosa el reuma, y te martiriza el histérico, ó los nervios, ó lo que sea la cruel dolencia que te afije cada martes y cada jueves, y casi todos los dias, de resultas de lo mucho que sufriste en los campamentos de la guerra civil, ya en las montañas y escabrosidades de Cantabria, ya tambien en la campaña posterior de Aragon, Valencia y Cataluña?

Yo..... Por lo menos no soy infeliz ni aun entonces.

El otro. ¿Cómo te las arreglas?

Yo..... Teniendo alguna dosis de resignacion y paciencia que procuro no perder, á pesar de mi genio violento y brusco, para no molestar á los demás con mi mal humor.

El otro. ¿Y cómo te lo quitas?

Yo..... Leyendo á Fr. Luis de Granada, ó á Cervantes, rezando, ó haciendo versos.

El otro. Ya no estraño que sigas, á despecho de tus canas, tan embebecido y afanado en el estudio y cultivo de la literatura.

Yo..... ¿Y el cuentecillo que me prometiste al principio de nuestra conversacion?

El otro. Ya no lo recuerdo.

Yo..... Pues oye.

El otro. Oigo.

Yo.....

El chiste mas escelente
Que en mi vida pensé oir
Me contaron, y escribir
Se lo mandé á mi escribiente.
Fue el caso..... Mas él notó
Que iba el principio mal puesto:
Quiso enmendarlo, y en esto
El chiste se me olvidó.

El otro. Vaya una gracia.
Yo..... Como la tuya.
El otro. Me gusta el epigramita.
Yo..... A mí tambien.
El otro. ¿De quién es?
Yo..... De Iglesias.
El otro. ¡Toma! Ya me parecia haberlo leido.
Yo..... A ver si has leido este otro.
El otro. Venga.
Yo..... Allá va:

Te vas de risa á morir
Con el chasco original,
Ocurrido al carcamal
Que suele á casa venir
Por la noche tan formal.
Momia de hueso y pellejo,
Con mas de una matadura,
Aún piensa en bodas el viejo.....
Pero me llaman..... te dejo:
Luego sabrás la aventura.

El otro. Me parece que tambien lo leí cuando yo leia coplas, allá en tiempos de Calomarde y del Conde de España.
Yo..... ¿Pues te parece mal?
El otro. *¿Que me parece mal? pues es torpeza.*
¿Cómo el autor se llama?
¿En dónde has encontrado ese epigráma?
Yo..... *Acaba de parirlo mi cabeza.*
El otro. Creo que estamos hablando en verso.
Yo..... Y crees muy bien.
El otro. ¡Si sabré yo hacer versos sin haber aprendido!
Yo..... Podria suceder.
El otro. Sucederá pocas veces.
Yo..... En la historia de las letras hay mas de un caso.
El otro. Cítame alguno.
Yo..... El zapatero Bloomfield en Inglaterra, y el niño Trapazzi en Italia.
El otro. ¿Quién era ese chiquillo?
Yo..... El inmortal Metastasio.
El otro. ¿En qué quedamos, se llamaba Metastasio, ó se llamaba Trapazzi?
Yo..... Se llamaba de los dos modos.
El otro. No lo entiendo.

Yo..... Pues fácil es de entender.

El otro. Esplícate.

Yo..... Su apellido verdadero era Trapazzi. Mas cuando comenzó á llamar la atencion de Italia y del mundo civilizado, se le llamó Metastasio, que quiere decir *alumno de las Musas*.

El otro. Vaya un chiste.

Yo..... Que tiene mucha gracia.

El otro. No lo niego.

Yo..... Pues podias negarlo.

El otro. Apuesto á que no me sacas á relucir otros ejemplos.

Yo..... Perderias la apuesta.

El otro. Pruébamelo.

Yo..... En mi lugar hay un pastor, que dicta unos versos que hubieran llamado la atencion de Juan de Mena y del divino Herrera, de Garcilaso y hasta de Quintana, muy descontentadizo de suyo.

El otro. ¡En Alcañiz!

Yo..... En Alcañiz.

El otro. ¿Cómo se llama?

Yo..... Mariano Espallargas.

El otro. Yo creo que los dedos se te antojan huéspedes, cuando de Alcañiz se trata.

Yo..... Puedes creer lo que te parezca.

El otro. Pero, hombre, un pobre pastor, que no ha visto el mundo mas que por un agujero, ó lo que viene á ser igual, que no ha salido de los montes de Alcañiz, ¿es capaz de hacer versos que gusten á los verdaderos poetas?

Yo..... ¿Y qué dificultad hay en eso?

El otro. Mucha.

Yo..... No la veo.

El otro. Yo sí.

Yo..... Ves mas que yo.

El otro. Como que eres casi ciego, y tienes que usar anteojos desde que estudiabas teología, nada tiene de estraño.

Yo..... A pesar de todo.

El otro. *Etsi suadeas, non persuadebis.* Si piensas convencerme, no lo esperes.

Yo..... Te convenceré sin esfuérzo, y tú lo confesarás sin dificultad y sin rubor. Es cuestion de sentido comun.

El otro. Veamos qué decia el ciego, y nunca veia.

Yo..... Para ser poeta, *verdadero poeta*, sobre todo, se necesita una cosa, sin la que ni el estudio mas asíduo, ni el ta-

lento mas privilegiado, ni el entendimiento mas claro, ni la memoria mas feliz y portentosa sirven de nada, absolutamente de nada. Aunque Gerónimo Vida ha dicho que *natura vincitur arte*, hay humanistas *emunctæ naris*, como decian los latinos de la antigua Roma, que en esto no dan la razon al sabio Obispo de Alba, así como se la dan casi siempre en todo lo demás. Si hubo algun caso en que *triunfara el arte de la naturaleza*, como quizá lo hubo, *una golondrina no hace verano*. Escritores de allende, dicen que Boileau, llamado comunmente el *Horacio francés*, tenia un ingenio muy mediocre, y *que no nació poeta*, en una palabra; y sin embargo lo fue, y muy notable por cierto, como demuestran sus obras poéticas. *Pero* (añaden los Monsieures citados) *adquirió su renombre á fuerza de estudio, de reflexion y de lima*. No trato de defender ni de impugnar esta aventurada opinion, porque sería para ello preciso hablar mucho, y no es esto de lo que se trata. Y sobre todo, lo dicho dicho. *Una golondrina no hace verano*.

El otro. Tengo impaciencia por saber qué cosa es esa que, segun tu modo de pensar, es el requisito mas necesario para ser verdadero vate.

Yo..... *Sentir mucho*, ó lo que es lo mismo, *tener corazon*, y no de paja, de hielo ó de piedra, como el tuyo.

El otro. Muchas gracias. Otra vez me harás otro favor, ó me dirás otra lisonja.

Yo..... Es una broma.

El otro. Así lo supongo. Adelante.

Yo..... Qué dificultad hallas tú en que el pastor alcañizano tenga un corazon mas tierno, delicado y sensible que otras personas de mas alta categoría?

El otro. Ninguna.

Yo..... ¿Qué dificultad hallas tú en que á Espallargas ennoblezca un alma algo..... y aun mucho mas noble y elevada que á Napoleon I (por ejemplo), que sacrificó á su ambicion frenética millones de hombres, que hicieron el bárbaro desatino de morir por el tal Corso? ¿Y que Napoleon III, por cuya maquiavélica política han dejado de existir tantos miles de franceses y prusianos? ¿Y que Alejandro II de Rusia, y su antecesor, que con tanta dureza han tratado á los infelices católicos de Polonia? ¿Qué dificultad hay en esto?

El otro. Ninguna.

Yo..... Pues entonces.....

El otro. ¿Y qué se infiere de todo lo que has hablado, que no es poco?

Yo..... Que los verdaderos versos son hijos del corazon, ó en otras palabras, *que solo el corazon es poeta*, como ha dicho un pensador profundo, y que mi paisano tiene un corazon de poeta, y que sus décimas por consiguiente son hijas del corazon, y por tanto son versos magníficos, atendida la ninguna instruccion de aquel alcañizano rústico y sencillo en superlativo grado. Si algun vate de instruccion y talento se toma la pena de leer mi libro, y examinar los versos de Espallargas que doy á conocer, verá por sí mismo, que lo que es en esto no me equivoco, ni me engaña y alucina el amor patrio, ó el espíritu de paisanage. Cabalmente á Espallargas ni aun de vista le conozco.

El otro. ¿Pues cómo has adquirido su coleccion de versos?

Yo..... Me los envió años pasados mi docto amigo el presbítero D. Nicolás Sancho y Moreno, manifestándome que su lectura le agradaba sobremanera.

El otro. Ya voy creyendo que no te falta razon en tu opinion ventajosa sobre el cabrero de tu lugar.

Yo..... No dudes que es la honra de Alcañiz, y por tanto dignísimo de que yo le dé en la Miscelánea un lugar muy distinguido *entre los alcañizanos ilustres.*

El otro. Esto te hace mucho favor.

Yo..... *Así lo creo, y lo creeré mientras viva.*

El otro. ¿Hay mas poetas que hicieran buenos versos sin haber estudiado, y sin tener libros y maestros?

Yo..... Los hay, y el dia de hoy tenemos en España un ejemplo, que vale por muchos.

El otro. Me alegro. ¡Viva España!

Yo..... Tú eres de los mios. Venga un abrazo. Buenos españoles..... ante todo.

El otro. Por eso te quiero tanto.

Yo..... No haces mas que corresponderme.

El otro. ¡Pobre España!

Yo..... No merece ser tan desgraciada como lo es la patria de *María Francisca Diaz Carralero.*

El otro. ¿Quién es esa ninfa?

Yo..... No es ninfa, es la *Ciega de Manzanares.*

El otro. ¿La conoces tú? ¿La has visto hablar en buen latin de repente, y además improvisar fáciles y lindos versos, como leí en varios periódicos años pasados?

Yo..... Lo he visto por mis ojos, y lo vieron con admiracion

en Madrid, por setiembre de 1865, el Marqués de Morante, D. José Vallés, Capellan de honor y Receptor de la Capilla Real, mi querido amigo D. Juan de Dios Rada y Delgado, poeta y prosista muy recomendable, y en fin, otros hombres de letras, amigos mios, para quienes di tarjetas á la pobre ciega; tarjetas que no fueron inútiles, pues el Marqués difunto le dió una moneda de cien reales, Vallés dos duros, y los demás lo que pudieron ó tuvieron por conveniente. El resultado fué que reunió una cantidad razonable para vivir en Madrid una temporadilla, como ella deseaba, y volverse cómodamente despues á su pais.

El otro. El Gobierno debiera conceder una pensioncita á esa pobre muger, para que no mendigase.

Yo..... Ya le concedieron una pesetilla diaria hace años (segun me dijo ella misma) por la proteccion y bondad del cristiano caballero y escelente escritor, y Excmo. amigo mio D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins.

El otro. Es una obra muy loable, que honra mucho al buen Marqués.

Yo..... Ya lo creo.

El otro. Si todos los que han sido, son y serán del Consejo de ministros, hicieran lo mismo, las letras en España valdrian mas de lo que valen.

Yo..... No hay duda.

El otro. ¡Pobres letras!

Yo..... *Pobre del diablo, porque al fin y al cabo*
Rencor tiene infernal, cuernos y rabo.

El otro. ¿De quién son esas coplas?

Yo..... Tuyas si las quieres.

El otro. No quiero nada que no sea mio.

Yo..... Pues no te pareces á un gallego, que sentado sobre su cuba á la puerta de una taberna dias pasados, estaba leyendo un periódico republicano, poniéndole comentarios, y esplicándolo á otros gallegos que lo escuchaban con atencion, á pesar de que todos, incluso el buen lector, estaban ya á *medios pelos* ó algo mas. Dejando el periódico en el suelo, y tomando un vaso de vino para remojar la palabra y humedecer la boca el ya cansado lector, le dijo uno de sus compañeros estas palabras: *Turibiu, tú que sabes leer, y tienes tanta letra menuda y tantu talentu, dime lo que es república, esplícamelu bien, porque yo nu sé lo que es república.* El improvisado estadista, mirando con ojos fijos, y un poco turbios y encan-

dilados, el vaso de vino que tenia en la mano, despues de apurar de un sorbo hasta la última gota para ver mas claro y responder mejor, dió la siguiente contestacion: *Mira, Pericu: república es, y quiere decir, que lo tuyu es miu, y lu miu es miu. Esta es la república.* El otro no se conformó con la definicion, se empelotaron en dimes y diretes, los cuales ya no me fue posible oir, porque me marché sonriendo de aquel Solon ó Licurgo. No vuelvas á decir jamás *¡pobres letras!* Los que son pobres y miserables y dignos de compasion mas que los pordioseros, son los que pudieran y debieran patrocinar á los hombres de virtud, instruccion y talento, y no lo hacen, ó por falta de voluntad, ó por sobra de estupidez y egoismo.

El otro. Hablemos de otra cosa.

Yo..... Mejor será.

El otro. ¿Recuerdas algunos versos improvisados de la Ciega?

Yo..... Los recuerdo.

El otro. Dímelos.

Yo..... Vas á oirlos. Pero antes es preciso que sepas, que se presentó en mi casa el año susodicho con una carta de recomendacion, que le habia entregado para mí la elegante y fecunda escritora andaluza Doña Rogelia Leon, que acaba de morir muy tristemente en Granada.

El otro. Dime los versos de la Ciega.

Yo..... Ten un poco de cachaza, que no soy costal que puede vaciar de una vez todo lo que contiene.

El otro. No te enfades, hombre.

Yo..... No me enfado ni pienso en ello.

El otro. Como tienes ese genio de suegra regañona y vieja....

Yo..... Genio y figura, hasta la sepultura.

El otro. Lo que viene de natura, *tararura,* como decia Mosen Badía, que solia añadir muy grave: *Naturam expellas furca, tamen usque recurret.*

Yo..... ¿Quién era ese clérigo?

El otro. Un viejo muy marrullero de mi lugar, no poco instruido y estudioso, que además de leer todos los dias las Santas Escrituras, Historia eclesiástica, y Padres y Doctores de la Iglesia, llevaba siempre en el bolsillo las *poesías de Horacio*, de quien, como sabes, es el exámetro citado, que ha quedado en proverbio.

Yo..... Así es. Por lo demás, el docto sacerdote Badía imitaba en esto á San Juan Crisóstomo, que no solo llevaba siempre consigo las *comedias de Aristófanes*, sino que

las colocaba debajo de la almohada cuando se recogía en su lecho, y si despertaba y no podia conciliar el sueño, leia algunas páginas del griego vate.

El otro. Eso es lo que se llama aplicacion y amor á las letras. ¿Me quieres decir la improvisacion de la Ciega de Manzanares?

Yo..... Voy á complacerte. Eres muy *súpito*, como dicen los andaluces. Despues de haberme dejado asombrado la pobre María con sus latines, y sobre todo recitándome perfectamente no pocos versos de Horacio, y mas aún de Virgilio, me dijo estas literales palabras: *¿En qué metro castellano quiere V. que lo salude?* En el que V. quiera, contesté yo. *Sírvase V. elegirlo V. mismo*, me replicó ella. Viendo yo su insistencia, dije sonriendo: *Salúdeme V., pues, en un ovillejo, aunque ningun gran poeta ha cultivado este metro, por ser tan complicado y difícil como de mal gusto.* No bien acabé de hablar, dijo la Ciega:

Hoy te vengo á saludar,
Gaspar,
Como á Capellan del trono,
Bono;
Apreciable cortesano,
Serrano;
Y á Dios pido soberano,
Que en esta y toda ocasion
Te conceda proteccion,
Don Gaspar Bono Serrano.

El otro. Tú, por supuesto, contestarias en verso.

Yo..... Eres muy curioso. Nada pierdes por no saber mi contestacion.

El otro. Dímela, aunque no sea mas que por haber jugado contigo á la rayuela hace mas de medio siglo.

Yo..... Aunque no merecen la pena, voy á decirte las coplas con que contesté á la Ciega de Manzanares.

El otro. Ya sabia yo que las dirias.

Yo..... ¿Lo sabias ya? Pues ya no las digo.

El otro. Pues quedo enterado.

Yo..... De todos modos á ti te tienen sin cuidado las coplas, y aun los versos del divino Herrera y del mismo Horacio, que valen mas.

El otro. No quiero insistir, porque entre todos los aragoneses, no hay un aragonés mas aragonés que tú en todo el orbe.

Yo..... A mucha gloria. Oye una historieta muy donosa, que me contó el viejo Mor de Fuentes, que la habia oido al Conde de Aranda. Este ministro del bondadoso Carlos III estaba discutiendo un gravísimo negocio de Estado con S. M., sobre el cual el monarca habia anteriormente pedido informes al Conde. El buen aragonés, sin andarse con ambajes, ni rebocillos, ni adulaciones, llevaba opinion contraria á la del Rey, y la defendia con teson, y además con razones y argumentos, no tan evidentes que hicieran mudar á S. M. de modo de pensar. Con este motivo el Príncipe dijo á su ministro con afabilidad: *Conde, eres mas terco y testarudo que una mula aragonesa.* A lo que respondió el último de los Abarcas: *Perdone V. M. Yo conozco á un Señor mucho mas terco y testarudo que yo, y que todos los aragoneses juntos.—¿Y quién es el tal Señor?* preguntó el augusto hijo de Felipe V. Y contestó Aranda: *La sacra y real persona de S. M. Católica el Rey N. Sr. D. Carlos III, que Dios guarde muchos años.* El monarca sonrió bondadosamente, dió por terminado el asunto, y despidió á D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, diciéndole: *Vete con Dios; siempre te sales con la tuya. Arregla ese negocio segun opinas.*

El otro. Curiosa historia. ¿Qué me decias de la Rogelia Leon?

Yo..... Que su muerte..... prematura..... digámoslo así, honra muy poco á España, nuestra patria queridísima, *y al siglo de las luces.*

El otro. ¿Cómo es eso? ¿Qué tenemos que ver los españoles con el fallecimiento de una poetisa, ó escritora, ó escritor, ó poeta, por mucho que valgan?

Yo..... ¡Qué poco favor te hace tu contestacion!

El otro. No lo comprendo.

Yo..... Peor para ti.

El otro. Pues esplícamelo.

Yo..... ¿Y si te incomodas?

El otro. No me incomodaré.

Yo..... ¿Recuerdas el refran: *En diciendo las verdades se pierden las amistades?* ¿Y el otro refran: *No me quieren mis comadres porque digo las verdades?* ¿Y el otro refran.....?

El otro. Pareces á Sancho Panza. Déjate de refranes, y vamos al grano.

Yo..... Pues lo que yo digo en esta ocasion no es paja, ni cebada tampoco. Dime ¿has leido por gusto ó por capricho los versos de Martinez de la Rosa?

El otro. Cabalmente mi hijo el militar los está leyendo actual-

mente, con cuyo motivo conozco algunas poesías del *Cantor del manso Dauro*, como él se llama á sí mismo.

Yo..... Pues mira, aquel feliz y fecundo ingenio dice estas literales palabras, que sirven de conclusion ó final á uno de sus mejores poemas cortos. No las olvides en tu vida, porque tienen mucho meollo.

Es lícito en el mundo ser malvado,
Mas decir la verdad, no se perdona.

El otro. Versos muy notables son sin duda, y muy cierta por desgracia la verdad que espresan. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con lo que estamos hablando? ¿Qué relacion tienen con la muerte de Rogelia Leon?

Yo..... Como caballero y de alma noble que eres, respóndeme categóricamente: ¿no es un baldon para España que Ercilla, y Camoens, y Cervantes, y el sacerdote Espinel murieran tan olvidados y pobres como los mendigos? ¿No es un baldon para España, que posteriormente hayan fallecido otros floridos ingenios españoles en igual abandono y pobreza? ¿No es un baldon para España que hoy, en el momento mismo en que estamos hablando, ni los Gobiernos ó Ministerios anteriores, ni el actual, *que reina y gobierna* á la nacion, ni nadie, absolutamente nadie, se acuerden, para bien ni para mal, de mi paisano Alcover, el *Mezzofante* español, como le llama la Europa entera? ¿No es un baldon para España que Balmes, el ejemplar Balmes, la *mejor cabeza* que nació en España (y quizá fuera de España en el presente siglo), muriera á la edad de 38 años, despues de asombrar al mundo con sus inmortales escritos, sin recibir en premio de sus virtudes y talentos, ni una prebenda eclesiástica la mas insignificante, ni una cruz ó condecoracion, y todo esto *cuando se prostituian las cruces*, como dijo en las Cortes el buen Marqués de Miraflores?

El otro. ¿Por qué no haces tú lo que hacia el P. Juan de Mariana?

Yo..... ¿Qué hacia el P. Juan de Mariana? Sepamos.

El otro. (A pesar de los versos del vate Granadino, que aún no estaban escritos,) el buen clérigo decia la verdad, la desnuda verdad, la verdad seca y pelada, verdades como templos y amargas como el absintio, á Felipe II, y á Felipe III, y á sus ministros, y á las cortes de su tiempo, y lo que es mas todavía, á los jesuitas mismos, sus compañeros y hermanos de instituto. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

Yo..... Porque yo no soy hombre político, ni periodista, sino un mero aficionado á las letras, que te hago en confianza estas reflexiones, porque las trae consigo la conversacion, y me las ha inspirado la muerte de la desventurada Rogelia.

El otro. ¿Cómo murió?

Yo..... En la mayor miseria y abandono.

El otro. ¿Y quién tiene la culpa de esta desgracia?

Yo..... Las Autoridades y gente opulenta de Granada y de otras partes, y el Gobierno.

El otro. ¿Por qué dices esos desatinos?

Yo..... Estos desatinos son verdades..... de las que no gustan ni compadres ni comadres. ¿Me esplico? ó..... saco mi librico.

El otro. Esplícate con mas claridad.

Yo..... *Pues te voy á dar gusto,*
Como es debido, razonable y justo.

El otro. No me vengas con coplas.

Yo..... Te hablaré en prosa. Si yo hubiera sido gobierno ú autoridad, ó bien un ricachon como tú, con berlina y carretela adquiridas en la bolsa y el bolsin, ó en otra parte (y es lo mismo para el presente caso), no lo dudes, Excmo. Señor, la infortunada Rogelia Leon no hubiera fallecido, *por mi fe*, tan pobre y tan infelizmente como el mismo Cervantes. Quieres mas esplicaciones? Estoy á tus órdenes.

El otro. Quizá no sabrian en Granada, ni menos en Madrid, la enfermedad y estado aflictivo y triste de la escritora.

Yo..... Te equivocas de medio á medio. Lo dijo la desdichada poetisa mas de una vez *en letras de molde*. En la última carta que me escribió pocos meses antes de morir, despues de hablarme de la cesantía de su hermano, y de la ancianidad y achaques y pobreza de su respetable madre, y de otras cosas no menos tristes y dolorosas, pertenecientes á su desgraciada familia, me añadia estas literales y desgarradoras palabras: *Estoy escribiendo una elegía á la trágica muerte de su amigo de V. el Marqués de Gerona. Se publicará en la Corona fúnebre que va muy pronto á imprimirse en esta capital. Hoy canto yo en lúgubre acento por un difunto. No tardarán mis amigos (entre los que ocupa V. tan distinguido lugar) en cantar melancólicamente por la pobre Rogelia, que sobrevivirá poco tiempo al desgraciado Marqués. No cante V., mi respetable amigo. En-*

comiéndeme V. á Dios, y como V. sabe muy bien, será lo mejor que podrá V. hacer en mi obsequio cuando me muera, que será pronto. No siento mi muerte. Siento solo el que mi anciana madre queda en el mundo pobre y desvalida. A los pocos meses que me dirigia esta epístola desconsoladora la infeliz Rogelia, estaba en el campo santo de Granada, acompañando al Marqués de Gerona.

El otro. Cualquiera diria que la escritora tuvo presentimiento de su cercana muerte.

Yo..... Así es. Hablemos de otra cosa, porque estoy afectado con tan tristes recuerdos. ¡Pobre humanidad! Por fortuna, si ha muerto aquella joven y estimable poetisa, quedan otras escritoras en España que honran muy mucho á las letras españolas.

El otro. Creo que son ciento ó pocas menos las que escriben ahora para el público, en verso ó en prosa.

Yo..... Y crees bien.

El otro. ¿Cuáles son las mas notables en tu opinion?

Yo..... En mi opinion, y en la de todos los que tienen sentido comun, las dos principales escritoras de nuestro pais son Fernan Caballero y la Señora Avellaneda.

El otro. He leido los escritos de Fernan, y me gustan infinito. Tampoco me son desconocidos los dramas y obras en prosa de la Avellaneda, que tambien me agradan muy mucho.

Yo..... Y con razon. La ilustre hija de Cuba no es poetisa, es poeta, y poeta de primer orden.

El otro. ¿Y qué me dices de Fernan Caballero?

Yo.... Que desde que murió Cervantes, ó mejor dicho, desde que publicó sus doce *novelas ejemplares*, no se han escrito novelas en España, ni quizá en otras naciones, que valgan mas que las de Fernan Caballero. Si yo fuera Regente del reino, pondria una corona de oro, como la del gran Quintana, en las doctas frentes de las dos perínclitas escritoras.

El otro. ¿Por qué no se lo dices al Sr. Duque de la Torre, ya que le conocias y tratabas en Zaragoza en 1834, y á su respetable padre tambien, cuando era Capitan General de Aragon?

Yo..... Quizá un dia que S. A. esté de buen humor y yo tambien, le haga una respetuosa indicacion sobre el particular.

El otro. Nos hemos alejado bastante de nuestra primera conversacion.

Yo..... Así es la verdad.

El otro. Vuelvo á ella.

Yo..... Me alegro.

El otro. Hablemos con formalidad. ¿Crees de buena fe que no es una temeridad el dar á luz tu libro en la época presente?

Yo..... Lo será si te empeñas, pero ¿qué quieres? No has oido decir, *que hay gustos que merecen palos*?

El otro. Mi madre me da de palos
Porque quiero á un granadero,
Y al son de los palos digo:
Vivan las gorras de pelo.

Yo..... Vaya una copla, copla de cuerpo de guardia.

El otro. Que viene muy al caso, como venia mi cuentecillo, cuando te lo prometí. Ya lo recuerdo.

Yo..... Cuéntalo, porque si no vas á reventar.

El otro. Vivia en mi pueblo un zapatero remendon, á quien de mote llamaban *el Santo*. Salia un dia de la taberna un poco *chirlis mirlis*, haciendo eses y curvas, y al verlo los muchachos, gritaban á voz en cuello: *Tio Santo. Allí va el tio Santo. Viva el tio Santo.* El buen hombre callaba, y no podia hacer cosa mejor, para no alborotar mas á los chicos. Pero una vieja que estaba hilando á la puerta de su casa, le llamó la atencion y le dijo: *Tio Alifonso, mire V. que los niños le llaman el Santo.—Y ¿qué me importa á mí que me lo llamen, con tal que yo no lo sea?* respondió él con gravedad.

Yo..... ¡Qué bruto sería el Sr. Ildefonso, ó qué borracho estaria en aquellos momentos! No tenia entendimiento mucho mas claro y agudo el tio Zorronquinos, como llamaban *in illo tempore* en Alcañiz á otro artesano. Se reunió este con varios camaradas un domingo por la tarde, y merendaron alegremente en el campo, en santa paz y armonía. Terminada la *bucólica*, el mas anciano de todos, despues de rezar un *Pater noster*, segun cristiana costumbre de mis piadosos paisanos, dijo estas palabras: *Dios, que nos ha reunido aqui, nos junte y reuna en el cielo.*—Si conviene para nuestra eterna salvacion; añadió muy formal

El sobrio y religioso Zorronquinos,
Tan amigo del agua,
Que el jerez le apestaba y demás vinos.

El otro. Vamos á cuentas.

Yo..... Como quieras.

El otro. ¿No sabes que ahora no se vende un libro, un solo libro de literatura?

Yo..... Lo sé tan bien como tú, y como el que mejor lo sepa, porque lo he oido á los mas acreditados libreros de Madrid y de otras poblaciones del reino, y además lo sé por los libreros de portal, y hasta por los editores y corredores de libros. ¿Y qué sacamos de ahí?

El otro. Lo que te dije ya, por lo que no lo repito.

Yo..... Y yo tampoco repito, que no me importa un bledo que no se venda un solo ejemplar de mi *Miscelánea en prosa y verso. Mal de muchos, consuelo de todos.* ¿Quieres oirme por breves momentos sin interrumpirme?

El otro. Habla lo que quieras, mientras enciendo y me fumo *una breva de la Vuelta de Abajo,* de las que cuestan pesetilla redonda.

Yo..... Cara comida para estudiantes, poetas y soldados. Pero como tú eres un semi-banquero, ó capitalista de rumbo..... Voy al caso.

El otro. No me vengas con sofismas, ni con ilusiones poéticas.

Yo..... Déjame hablar.

El otro. Habla, y Dios ponga tiento en tu lengua.

Yo..... Hablo, y tú fuma y calla, si puedes.

El otro. Fumo y callo.

Yo..... Digo, pues, que hacia muy cerca de un año que habia publicado la Academia de la lengua el tomo de poesías de mi difunto maestro D. Juan Nicasio Gallego, cuando vine á esta ex-coronada villa desde Valladolid. En el mismo dia que llegué á Madrid, fui á comprar un ejemplar de tan preciosa coleccion. Ya con el tomo en la mano, ocurrióme el capricho de preguntar al comisionado, si habia vendido muchos. *V. es el primero que viene á comprarlo,* me contestó.

Pagué, marché, y me reí
Del siglo decimonono,
Cual un bobo que ayer ví
Reir de feo titi,
Caballero en otro mono.

El otro. ¿Me dejas hablar?

Yo..... Habla cuanto quieras.

El otro. He oido á no sé quién, que el difunto Gallego era un poeta y un literato muy notable.

Yo..... No te han engañado. Pocos hombres de letras ha tenido España que valgan mas. Los versos y la prosa de Melendez y Quintana valen mucho sin duda, pero tienen algunos galicismos, sobre todo Quintana. Esto no lo digo yo, lo dice y lo demuestra Capmani, que es uno de nuestros mas correctos escritores. En la prosa y en los versos de Gallego sería difícil (y quizá imposible) hallar un solo galicismo. Por eso la Academia española lo ha declarado *modelo de lenguaje* hace pocos dias, ó, porque el diablo no se ria de la mentira, hace muy pocas noches.

El otro. ¿Y á pesar del mérito de las obras del buen D. Juan Nicasio, no se vende su coleccion poética? Buen precedente para que tu Miscelánea se despache en las librerías.

Yo..... No te dé cuidado. Yo la daré salida con el favor de Dios. Y sobre todo,

Súfrase quien penas tiene,
Que tras un tiempo otro viene.

El otro. Así lo dice el refran.

Yo..... Y el refran dice muy bien. Prosigo. ¿Ves este elegante y donoso volumen, magníficamente impreso y magníficamente empastado? Son las *Cartas políticas de Quintana á Lord Holland*. ¡Pobre viejo! Dios le haya perdonado. Él suponia (aunque yo no soy de su opinion) *que eran las mejores páginas en prosa que él habia escrito.* Mucho mas me gustan, y sea dicho *pace tanti viri*, su *biografía* de Melendez, su *elogio* de Cervantes, y algunas de sus *vidas* de españoles *ilustres*. Sea de esto lo que quiera, el tomo que ves en mis manos costaba un duro redondo años pasados, por supuesto en rústica, cuando lo imprimió el buen viejo Rivadeneira, benemérito de las letras españolas. Este ejemplar está encuadernado con lujo. Sin embargo, yo le compré ya empastado por dos reales dias pasados, á un muchacho que llevaba un cesto de libros, los que amontonó en el suelo, gritando: *á dos reales el tomo, á dos reales el tomo.* ¡Tan medradas están las letras en España!

El otro. ¿Y las cultivas todavía?

Yo..... Y las cultivaré hasta que me lleven al cementerio.

El otro. *In hoc non laudo.*

Yo..... *Si tú no me alabas en esto*, me alabarán otros, ó no me alabará nadie, y para mí es lo mismo; y sobre todo, con ellas soy muy feliz.

El otro. Pues prosigue cultivándolas hasta que te entierren.

Yo..... Así lo haré. No tengas cuidado.

El otro. *Cada loco con su tema.*

Yo..... Prosigue tú con tu locura, y deja á los demás.

El otro. Al menos yo, yendo á la Bolsa y al Bolsin, tengo coche, casa propia y magnífica en Madrid, y campos y olivares en Aragon.

Yo..... Menos cuando no tienes ocho cuartos para comprar cigarros.

El otro. Eso me ha sucedido pocas veces.

Yo..... Pero te ha sucedido mas de una, viéndote precisado á vender el coche, los caballos, el reló, y hasta el anillo nupcial que yo te puse en el dedo, cuando en el nombre de Dios te di la cristiana esposa que tienes. Si no fuera tan virtuosa como es.....

El otro. Tienes mucha razon, no me hubiera perdonado jamás el sacrificio que tuve que hacer al vender aquel precioso anillo por mis idas y venidas á la Bolsa. Dichoso tú que no te has visto nunca en tales apuros, ni puedes verte. Figúrate, que á mi cara mitad le dió la gana de parir y regalarme á Federico (que ya es teniente capitan) en ocasion que no tenia una peseta. Vino el comadron, hizo dos ó tres visitas no largas, salió mi costilla de su cuidado, y aquel como quien nada dice, me pidió una onza de oro por ellas. Gracias á ti que me la prestaste, y salí del atolladero.

Yo..... Por mas señas que me la devolviste al dia siguiente.

El otro. Como era justo y razonable.

Yo..... Las bellas letras no producen en los que las cultivan la ansiedad, y sobresaltos, y peripecias, y tragedias, y desgracias que suelen causar las *letras de cambio*, que tú manejas desde que viniste á Madrid siendo todavía mozalbete.

El otro. Pero los poetas nunca tienen coche, como te sucede á ti, por haberte gastado todo tu dinero en estos últimos años, en comprar libros, en imprimir tus obrillas, en encuadernaciones, en periódicos *literarios*, etc., etc. Gracias á que no gastas un cuarto en periódicos políticos. Si gastases tanto en estos como en aquellos, jamás tendrias camisa.

Yo..... Andaría sin ella, como tantos elegantes de Madrid y de otras capitales, que llevan cuellos de papel, y camisa..... Dios la dé..... y vamos andando..... Pero no hacemos mas que divagar.

El otro. Habla y no divagues, mientras acabo yo de chupar mi riquísima breva.

Yo..... Hablo: óyeme con atencion. Varios españoles, amantes de su patria y celosos de sus glorias, quisieron en 1840 publicar una edicion casi régia de nuestros *autores clásicos*, ó sean *modelos*. Efectivamente, en la imprenta de D. Eusebio Aguado imprimieron el primer tomo con las poesías todas, inclusas algunas inéditas (ó no muy conocidas) de nuestro Ennio, el famoso Juan de Mena. Seguian á los ingeniosos versos de este ilustre Cordobés el famosísimo *Centon epistolario* de Fernan Gomez de Cibdad Real, y por apéndice algunas donosísimas coplas del mismo *ignorado autor*. ¿Sabes tú lo que sucedió con el primer tomo (único que se dió á luz) por falta de compradores?

El otro. Cuéntamelo y lo sabré.

Yo..... Despues de treinta años que estaban almacenados aquellos libros, porque nadie los pedia, se vendieron al peso hace muy pocos meses para papel viejo, es decir, para envolver especias, ó para hacer cartones, ó para chamuscar pollos en la cocina, ó quizá *para usos mas humildes y prosáicos*, de modo que yo pude adquirir un ejemplar (que es este que tengo en las manos y mandé empastar con lujo como ves), sin mas coste ni trabajo que recibirlo de regalo, cuando me obsequió con él mi buen amigo D. Antonio de Santiyán, hermano político del difunto D. Eusebio Aguado (hijo) que en paz descanse.

El otro. ¿Y no acabarás de desengañarte?

Yo.... No me interrumpas, te ruego.

El otro. Habla, y no te acalores, porque me parece que estás algo y aun mucho incomodado, y que la indignacion y la ira no te van á dejar hablar con la calma y flema que acostumbras tener cuando conversas con amigos de confianza.

Yo... . Estoy mas fresco y sereno que una lechuga, ó un carámbano, ó un sorbete, ó una mole de hielo de los mares del Norte. Pero no me dejas acabar.

El otro. Acaba.

Yo..... Lo que sucedió con el referido libro, sucedió casi al pie de la letra con los *Anales de la minoría de Isabel II*, obra magnífica de D. Javier de Burgos, y con la *Historia del Conde de Toreno*, que aún vale mas.

El otro. ¿La historia de *nuestra guerra de la Independencia?*

Yo..... La misma, en cinco tomos, que ha sido ya traducida

á otros idiomas por literatos estrangeros, deseosos de que su pais no careciera de tan bella historia. La misma, cuya version, hecha con el mas patriótico objeto, hacia leer años pasados el famoso húngaro Kossout á sus compatriotas, para que aprendiesen de los españoles á ser amantes de la patria donde nacieron, y á sacrificarse por ella, como se sacrificaron nuestros padres y deudos, luchando heroicamente contra Napoleon y sus innumerables y aguerridas huestes.

El otro. Me dejas aturdido.

Yo..... De poco sueles aturdirte; y prosigo. Tambien se han vendido *al peso* otros libros no menos notables, cada uno por su estilo: por ejemplo, el que escribió el cardenal Arzobispo de Toledo, D. Pedro Inguanzo, *sobre la confirmacion de los Obispos;* las poesías de mi difunto amigo el buen viejo D. Eugenio Tapia, así como tambien las de Melendez Valdés, restaurador de nuestras bellas letras en el siglo pasado; y la segunda edicion de las obras de Horacio, traducidas y comentadas por el citado Burgos, obra que (sea dicho de pasada) costó al distinguido humanista cuarenta años de estudio, y de trabajo, y de dispendios, y viajes, y gastos en comprar libros, códices, etc., etc. Aquí tienes la razon de que mi docto y carísimo amigo y hermano en letras D. Raimundo de Miguel, en un precioso artículo bibliográfico, deplora con tanto dolor *que el estudio de las Humanidades, hace muchos años, apenas da señales de vida entre nosotros, siendo solo hoy una pálida figura de lo que fué en otro tiempo, pues casi no se le conoce sino por tal cual llamarada, que de tarde en tarde viene á iluminar nuestro horizonte literario.* El sabio articulista, con un acendrado patriotismo que le honra mucho, dice despues, haciéndose la ilusion de que lucirán en España dias mas felices y serenos para las letras: *Pues qué, ¿se habrá atascado de tal modo el carro de las Musas, que no podamos prometernos verle otra vez rodar triunfante y magestuoso por los pintorescos valles de nuestro Olimpo?* Habla despues D. Raimundo, de *la falta de proteccion que en el Gobierno encuentran los que aquí cultivan con prolijo afan unos estudios, que tan fecundos debieran ser en resultados.*

El otro. Bien por D. Raimundo de Miguel. Eso es lo que se llama poner el dedo en la llaga. Don Raimundo es un buen español.

Yo ..... Lo es indudablemente, pero de nada sirven sus pala-

bras, mientras hagan orejas de mercader los que pudieran y debieran patrocinar las letras, las nobles artes y las ciencias todas. Desde Ataulfo hasta la fecha, es decir, durante quince siglos, son tan pocos los monarcas y próceres españoles que imitaron al emperador Augusto y á su favorito Mecenas, son tan pocos, que bien pueden contarse con los dedos. Muy justo es no olvidar en esta ocasion sus nombres, tan gratos á las Musas. El primero y mas notable de todos es el de San Fernando, á cuya gloria imperecedera va unido, como la humilde hiedra al olmo gigantesco, el modesto nombre de *Nicolás el de los romances*, trovador popular del siglo XIII, y compañero inseparable de los héroes acaudillados por el rey Santo en los campamentos de Jaen, y Murcia, y Córdoba, y Sevilla, y cantor entusiasta de sus memorables hazañas. El hijo y sucesor de Fernando III, D. Alfonso el Sabio, no se limitó, como otros príncipes, á prodigar beneficios y recompensar á los hombres de talento que ilustraban su reinado, sino que cultivó él mismo las ciencias y las letras y las Musas, como prueban los inmortales escritos en prosa y verso que nos quedan de su ingenio nobilísimo. Algo y aun mucho hicieron en pro de la literatura patria Juan II de Castilla, y Juan I, y Alfonso V de Aragon. Pero en esto, como en todo, consiguió superarlos Isabel la Católica. Basta leer el erudito y curioso libro de D. Diego Clemencin, publicado por la Academia de la lengua en elogio de aquella Reina inmortal y de los hombres doctos de su tiempo, para convencerse de que la virtuosa y magnánima Doña Isabel I, no se descuidó en proteger y realzar los ingenios españoles, los cuales, con sus vigilias y aplicacion incesante, fueron los dignos precursores de *nuestro siglo de oro*, en que tanto brillaron Fr. Luis de Granada, Melchor Cano, Cervantes, etc., etc.

Sublimes trovadores,
En vuestras dulces arpas y laúdes
Cantad himnos y célicos loores
A Isabel, de renombre sin segundo;
A la Reina modelo de virtudes,
Gloria de España, admiracion del mundo.

El otro. ¿No te cansas de hablar?
Yo..... ¿Te incomoda mi conversacion?
El otro. Nada de eso. Te oigo con mucho gusto.

Yo..... Pues prosigo: no seré largo. Felipe IV, *de feliz olvido* bajo el punto de vista político, merece tambien ser mencionado entre los favorecedores de las letras, pero no en el catálogo de los buenos reyes, porque hasta los últimos años de su desastroso y largo reinado, no pensó en gobernar bien (como debia en conciencia) al pueblo español, muy digno entonces (y ahora tambien) de mejor suerte. De todos modos, como yo aquí no soy historiador, sino un aprendiz de literato, digo que el hijo y sucesor de Felipe III, con razon ó sin ella, se picaba de poeta, como prueba un curioso libro de comedias (que no he visto), escrito y publicado por un *ingenio de esta corte*. Nadie ignora que el padre de Carlos II solia reunir en el palacio *del Buen Retiro* á los mas floridos ingenios de aquella época, y que de tan laudables reuniones literarias, realzadas por el esplendor del trono, brotaba la luz que sostuvo por algun tiempo la deslumbrante brillantez de nuestro siglo de oro. Desgraciadamente para las letras, y mas todavía para la dignidad, y decoro, y prosperidad de la nacion, al rey coplero sucedió un rey

Nulo igualmente á la virtud y al vicio,

como dice Quintana. ¿Qué estraño es que en tan infausto y tristísimo reinado, la patria de Pelayo, y del Cid, y del Gran Capitan, y de Cisneros, y de Hernan Cortés, y de D. Juan de Austria, fuese mirada con lástima y desprecio por otras naciones, que aquende y allende los mares habian sido mil y mil veces vencidas y humilladas por el heroismo español? ¿Qué estraño es que bajo la dominacion del postrer vástago austriaco, la elocuencia muriese en nuestro suelo con D. Antonio Solís y D. Diego de Saavedra, y la poesía con el dulcísimo cisne del Najerilla, cantor precoz de las *Delicias*, y felicísimo imitador de los *sáficos* de la poetisa de Lesbos, y de los *exámetros* de Lucrecio, Virgilio y Lucano? El corazon se aflije oprimido, las lágrimas brotan involuntariamente de los ojos, y los labios españoles prorumpen en un ¡ay! lastimero y sentido, al recordar la degradacion y vilipendio de España en aquella época; al recordar los muchos años que fue preciso trascurrieran hasta que Feijoo, y Mayans, y Luzan, y Perez Bayer, y Sarmiento, y el P. Isla, y D. Nicolás Moratin, y Cadalso, y Vaca de Guzman, y Melendez, y Jovellanos, y otros nobles ingenios, con sus afanes y estudiosas vi-

gilias consiguieron resucitar las letras y las ciencias en España, que cual otro Lázaro hedian putrefactas en el sepulcro. Al recordar el glorioso reinado de Carlos III, el corazon de todo buen español respira y se ensancha, y late de júbilo y entusiasmo, al ver esta nobilísima nacion gobernada por el cetro paternal de aquel bondadoso monarca. Entonces fue cuando en nuestra querida patria brillaron y florecieron las letras y las armas, las ciencias y las artes, como no habian florecido y brillado hacia un siglo.

El otro. Veo que te entusiasmas.

Yo..... Pero digo la verdad.

Y quien dijere lo contrario miente.

El otro. *Y luego encontinente*
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Yo..... Ola, ola. ¿Tambien sabes tú de memoria el soneto famosísimo de Cervantes?

El otro. No que no. ¡Vaya! ¿Crees que tú solo sabes escelentes versos?

Yo..... ¿Cómo he de creer yo tal absurdo?

El otro. Pues tambien aprendí de muchacho una octava altisonante y hermosísima, que me gusta mucho.

Yo..... Recítamela.

El otro. Con dos cuarentenas y mas de millares
Le vimos de gentes armadas á punto,
Sin otro mas pueblo, inerme allí junto,
Entrar por la vega talando olivares,
Tomando castillos, ganando lugares,
Haciendo con miedo de tanta mesnada,
Con toda su tierra temblar á Granada,
Temblar las arenas, fondon de los mares.

Yo..... ¡Pobre D. Alvaro de Luna! ¿Quién le diria en 1431, al conseguir brillante victoria en la batalla *de la Higuera*, á que alude el poeta, batalla que metió á los moros granadinos en un zapato; quién hubiera vaticinado *al hijo de la Cañeta*, como le llamaban los envidiosos y aduladores palaciegos de Juan II, al perínclito aragonés, que este grande hombre sería algunos años despues, decapitado en la *plaza del Ochavo* de Valladolid?

El otro. Desengaños del mundo. A todo esto no me dices de quién son los ocho versos citados.

Yo..... ¿Me lo has preguntado?

El otro. No. ¿De quién son?

Yo..... De Juan de Mena.

El otro. He visto su sepulcro en Torrelaguna.

Yo..... Yo tambien.

El otro. ¿A que no recuerdas el epitafio que le pusieron cuando murió en 1456?

Yo.....

Feliz patria, dicha buena,
Escondrijo de la muerte;
Aquí le cupo la suerte
Al poeta Juan de Mena.

El otro. ¡Vaya un epitafio!

Yo..... No vale mucho.

El otro. Mas vale el de nuestro paisano D. Rafael Crespo á un gastrónomo, y libertino por añadidura.

Yace aquí Don Blas de Upa,
Pipa, Pepa, papa y pupa.

Yo..... Tienes mucha razon. Los tales versillos del autor de *D. Papis* tienen algo que rumiar, especialmente por parte de los jóvenes calaverillas que juegan con su salud, como si solo murieran viejos y viejas en este mundo. Ya que has tenido á bien recitarme la bella octava del célebre Juan de Mena, justo es que te recite yo otras dos de D. Nicasio Gallego, que no se encuentran en la coleccion poética del cisne zamorano, publicada por la Academia. Escribió el vate la primera en 1816, cuando residia retirado en la Cartuja de Jerez por sus opiniones políticas, manifestadas con tanto brio y elocuencia en las Cortes de Cádiz. Dice así, aludiendo al dicho monasterio.

OCTAVA.

Condujo aquí por términos estraños
A un mísero mortal, suerte voltaria,
Despues que consumió sus verdes años
En triste vida, turbulenta y varia:
Enseñáronle insignes desengaños
A no esquivar la celda solitaria,
Y á desdeñar el tráfago importuno,
El santo ejemplo de la grey de Bruno.

El otro. Hermosa octava.

Yo..... La siguiente es mejor. La compuso el poeta en 1829 para el catafalco de la virtuosa y angelical Reina Amalia, tercera esposa del difunto monarca.

INSCRIPCION.

Tu pueblo, Amalia, que al Eterno implora
Bañando el mármol de esa tumba fria,
Mas que tu suerte el infortunio llora
De quien contigo el cetro dividia:
Modera empero su afliccion, Señora,
Dulce esperanza de ofrecerte un dia,
De tu heróica piedad digno tributo,
Por pira altar, adoracion por luto.

El otro. ¿Dónde hallaste esas dos hermosas octavas?

Yo..... Me las facilitó el mismo D. Nicasio, así como tambien otros versos suyos no menos bellos, porque me queria como á un hijo. Yo por mi parte le amaba como al mejor de los padres, y le respetaba como al mas celoso y docto de mis maestros.

El otro. ¿A qué se reduce tu *Miscelánea?*

Yo..... Es una coleccion de todas mis obrillas en prosa y algunos versos: todo ello ó inédito, ó no muy conocido sino por mis amigos, ó por los pocos aficionados á esta clase de lecturas, que hay en España.

El otro. ¿Has incluido la biografía del sabio Obispo de Alba?

Yo..... Pues podia dejármela en el tintero. Va en compañía de todo lo demás, y corregida y aumentada, como el artículo sobre el abate Marchena, que está muy mejorado.

El otro. ¿Y los artículos sobre Alcañiz?

Yo..... Todos van, y digo de ellos lo mismo que he dicho sobre la biografía del volteriano Abate.

El otro. Mucho te lo agradecerán tus paisanos.

Yo..... Allá veremos.

El otro. Nadie es profeta en su patria.

Yo..... Así es.

El otro. Das á conocer muchas glorias de Alcañiz, que conocian muy pocos ni aun en aquella ciudad, segun vi por tus alcañizanos artículos, cuando los leí en el *Bajo Aragon.* ¿Vive aún este periódico?

Yo... . Murió hace años por falta de suscritores.

El otro. Como mueren todos.

Yo..... Es la verdad.

El otro. Hablando en confianza y con la franqueza propia de dos amigos desde la infancia, ¿cuántos ejemplares piensas despachar en tu pueblo natal?

Yo..... No soy profeta ni hijo de profeta.

El otro. Sin embargo..... Como despachaste en aquella ciudad treinta ejemplares de la 2.ª edicion de tus poesías, es de esperar que ahora vendas allí otros tantos por lo menos.

Yo..... Veremos.

El otro. Tu tomo será carillo.

Yo..... Será muy barato.

El otro. ¿No te propones ganar?

Yo..... Me propongo solo *no perder*.

El otro. Dudo que lo consigas.

Yo..... Yo tambien lo dudo.

El otro. Pues ¿por qué imprimes tu libro?

Yo..... Velay, como dicen los de Valladolid. Ahí verás, como decimos nosotros.

El otro. Veo que quieres morir con la pluma en la mano, *como el buen artillero muere al pie del cañon.*

Yo..... *Tu dixisti.* Me nacieron los dientes cultivando las letras, cultivándolas se me han caido todos, y cultivándolas me llevarán al campo santo. Y aquí paz y despues gloria. Así sea.

El otro. Escribe de política, y sacarás mas pesetas que escribiendo de literatura.

Yo..... Dale con las pesetas; malditas sean las pesetas; tú, solo piensas en las pesetas.

El otro. Pues con las pesetas se vive.

Yo..... ¿Y se vive solo con las pesetas, *esgalichao*?

El otro. ¿Tambien te gustan á ti las espresiones de la gente *crua* de la tierra de María *Zantízima*?

Yo..... Como que estuve allí de guarnicion cerca de dos años. Ya sabes que *non de solo pane vivit homo.* A pesar de que eres padre de familia, y muy buen padre, por mas señas.

El otro. Gracias.

Yo..... No puedes comprender, ni tú ni ningun *hombre* del mundo, *qué es amor maternal.* Del mismo modo, como no tocas ni manejas mas que letras de cambio y talegas, peluconas y patacones, no comprenderás jamás lo que

es *el amor á las letras* en los que las cultivamos con aficion, y sobre todo con fe. El poeta y literato que acaban de escribir una obrilla, por insignificante que sea, y despues de leida y meditada á sangre fria cree, con razon ó sin ella, que vale algo, ese literato y poeta es en aquel momento mil veces mas feliz que tú, cuando en una jugada de Bolsa ganas veinte mil duros.

El otro. Pero esas no son mas que ilusiones.

Yo..... El que vive de ilusiones..... vive, y *vive feliz*, que es mas. ¿Por qué es tan feliz la gente joven, y sobre todo los niños? Porque viven de ilusiones. Desgraciado el que las pierde. Desgraciados los viejos, que ya no podemos tenerlas. Además, aun cuando no fueran mas que puras, purísimas ilusiones (lo cual no es cierto), aun entonces serian ilusiones nobilísimas, propias de almas elevadas, como Ciceron, Cervantes, D. Pedro Calderon, Rioja, etc. ¿No recuerdas cuando en Alcañiz estudiábamos latin, y traducíamos las oraciones de Marco Tulio?

El otro. Lo recuerdo.

Yo..... ¿No recuerdas que hablando de la *fama póstuma* (esta sí que es una verdadera ilusion) dice aquel grande hombre: *hac spe delector?* ¿No has visto en cien y cien páginas del príncipe de nuestros ingenios, y en otras páginas de otros nobilísimos escritores, ideas y pensamientos muy parecidos?

El otro. Ciceron y Cervantes, y todos los ingenios del mundo, tendrán mucha razon, pero yo á mis pesetas me atengo.

Yo..... Pues guárdatelas con mil santos, que yo no te las he de pedir, ni las he de heredar; y ten entendido que no me cambio por ti, ni por ningun otro rico de este mundo; y á mi pobre y modesta literatura me atengo, que me hace feliz, muy feliz, que me da la vida; no lo olvides, me da la vida. *Sic.* Si no fuera por las bellas letras, hace muchos años, muchos, que me hubieran ya cantado el *inevitable gori gori*, como dice Moratin á su amigo el Abate Melon. La poesía es *hija del cielo, y un ángel bienhechor, que desciende sobre los hombres para hacerles llevaderos sus dolores*, como dice con tanta razon D. Angel Fernandez de los Rios.

El otro. Música celestial.

Yo..... Para ti, que tienes el corazon de alcornoque, ó mejor dicho, metalizado con la Bolsa y el Bolsin. Dios quiera no te suceda lo que le sucedió á D. Andrés, compañero tuyo de especulaciones mercantiles. ¡Desventurado! De

resultas de una baja de Bolsa que lo dejó por puertas, su mujer se ahorcó, él se arrojó al Canal, y se concluyó la trajedia. Sus dos hijos (muy niños entonces, que andaban en carretela), el uno es ebanista, y el otro barbero, y gracias á la Providencia, que son hombres de bien, y de escelente índole, muy trabajadores en su oficio, y sobre todo muy cristianos y temerosos de Dios. Estoy seguro que son mas felices que su padre, que llegó á reunir algunos millones, como sabes. ¿Y para qué? para dar en el Canal *la heróica zambullida*, como llama el buen Mor de Fuentes al suicidio del infeliz Abate D. José Alea, muy conocido á principios de este siglo en la famosa tertulia del difunto Quintana, y mas aún en las antesalas del príncipe de la Paz. El infeliz Abate se arrojó al Garona.

El otro. No todos los bolsistas mueren desesperados, y además, *una golondrina no hace verano*, como tú decias poco há: y sobre todo, *si por miedo á los gorriones no habian de sembrar los labradores*..... En fin, *el que no se arrisca no pisca*, dicen los catalanes; *y quien no se embarca, no pasa la mar*, dicen otros; *y no se cojen truchas*.....

Yo..... ¿Quién es ahora Sancho Panza, tú ó yo?

El otro. Te voy á hacer una pregunta, que no tiene relacion ni próxima ni remota con los anteriores refranes.

Yo..... No olvides que es mas facil preguntar que responder.

El otro. Supongo que en tu Miscelánea dedicas algunas páginas á escritores aragoneses, no tan conocidos como debieran serlo.

Yo..... Si Dios me da salud y vida, pienso terminar é imprimir un libro que tengo ya comenzado, un libro consagrado á la memoria de nuestros vates, desde el bilbilitano Marcial y cesaraugustano Aurelio Prudencio, hasta los vates contemporáneos D. José Plano (que era un poeta sublime, y es conocido apenas) D. Braulio Foz (el autor de la *Vida de Pedro Saputo*), Doña Dolores Cabrera y Heredia de Miranda, Borao, Príncipe, etc., etc. Por ahora me contento con dar á conocer en la Miscelánea varios nombres de Aragoneses ilustres que estaban en el mas profundo olvido, y no lo merecen en verdad, como son el citado pastor Espallargas, D. Ceferino Leandro Lagrava, los sabios helenistas Báguena y Esteve, Moreno el de Alcañiz, y otros de mérito relevante.

El otro. ¿Sabes que mi hijo mayor, que (como no ignoras) es

muy aficionado á la literatura, nos ha leido á su madre y á mí varias composiciones poéticas y artículos en prosa de nuestra ilustre paisana Doña Dolores?

Yo..... Me alegro mucho, porque la poetisa aragonesa escribe muy bien en prosa y en verso. Don Juan Nicasio Gallego, á quien yo tuve la honra de presentarla (lo mismo que á Quintana), gustaba muy mucho de las producciones literarias de aquella joven escritora. Algunos de sus versos fueron celebrados con entusiasmo por el perínclito cantor del *Dos de mayo*, entre otras razones, porque además de estar muy bien hechos, no son frívolos, ni insustanciales, pues no hablan jamás de vagatelas, y amoríos, y puerilidades, sino que se recomiendan por su gravedad y decoro, por su moralidad y fe cristiana. Es lástima que no esté mas correctamente impreso el tomo de 244 páginas, ó coleccion de sus versos, titulado *Las Violetas*, que dió á luz aquella Señora en 1850. Si se reimprimieran con las demás obras poéticas y en prosa, que ha escrito posteriormente, resultarian tres ó cuatro volúmenes de indisputable mérito literario, recomendables sobre todo por la noble sencillez con que están escritas, sin que aparezca en ellas ni asomo de fausto, ó pretensiones poco disimuladas, que por desgracia de algunos ingenios aparecen en libros contemporáneos. Ya sabes que yo bendije en el santo nombre de Dios, el matrimonio de la virtuosa escritora con el digno comandante D. Joaquin Miranda y Noriega. Pero lo que no sabes (porque no te lo he dicho hasta ahora), es que la agradecida y elegante poetisa me dió las gracias por haber autorizado aquel feliz enlace, cual ministro que soy de Dios (aunque indigno), dirigiéndome un bello poemita que te voy á leer, por ser tan lindo como lacónico. Oyelo con atencion.

Anciano y respetable sacerdote,
Tú, que fuiste el que en nombre del Señor
Nueva existencia diste á mi existencia,
Y á otro destino mi destino unió;
Tú hiciste mi constante compañero
Del que era objeto de mi puro amor,
Al recibir unidos en el ara
La tuya y la divina bendicion.
Desde entonces las dichas compartidas
Nuestro inmenso cariño duplicó,

Y desde entonces nuestras mútuas penas,
Menos amargas, divididas son.
El fiel amigo de mi edad dichosa,
El padre amante de mis hijos hoy,
Me presta apoyo si mi pié vacila,
Y en rudas pruebas me infundió valor.
¡Bendita seas, religion sublime,
Que al fundirlas, un alma haces de dos,
De la fidelidad un deber santo,
Y una virtud del conyugal amor!

El otro. Ya que ahora eres conmigo mas bondadoso y amable que hace pocos momentos, en que no te dió la gana de decirme los metros con que contestaste al ovillejo de la Ciega de Manzanares, recítame el soneto que publicaste cuando se imprimieron las *Violetas* de la inspirada poetisa del Cinca. Mi esposa y mi hijo mayor lo saben de memoria.

Yo..... Aunque no lo mereces mucho que digamos, por la indiferencia y frialdad con que miras la poesía y la literatura, óyelo.

Con *violetas* de abril, modestas flores,
De tanta suavidad como frescura,
Tu dorado cabello y frente pura
Supiste realzar, bella Dolores.
Guirnalda de alta prez, que los loores
Cuando reciba de la edad futura,
El orgullo será de la hermosura,
Y noble emulacion de trovadores.
Sí, que los ecos acallar en vano
De tu lira patriótica, española,
Osará el tiempo con furor insano.
Feliz, feliz mil veces tu aureola,
Que ostentará sin fin, de gloria ufano,
El suelo de Luzan y de Argensola.

El otro. Me ha dicho mi hijo mas de una vez, que el difunto Quintana era menos entusiasta que tú de la prosa y de los versos de D. Ignacio de Luzan, y de entrambos Argensolas.

Yo..... Así es la verdad. El buen viejo no habló con la imparcialidad debida de los tres escritores aragoneses, cuando á principios de este siglo publicó la *Coleccion de*

poesías españolas desde Juan de Mena basta nosotros. En el prólogo que precede al primer tomo, hay espresiones y frases contra el mérito literario de Luzan y de los dos poetas hermanos, que hacen poco favor á Quintana. Apenas se publicó su *Coleccion*, la leyó el sabio escolapio Joaquin Esteve de San Miguel, que escribió inmediatamente al colector una eruditísima y juiciosa carta, impugnando su infundada crítica acerca de los tres aragoneses ingenios. Quintana, que, como buen madrileño, era muy atento y aun cortesano, contestó al joven escolapio, sosteniendo empero sus opiniones emitidas en su libro. Esteve entonces volvió á tomar la pluma, la cortó muy bien, y replicó al adversario con otra carta muy larga, á que el gran Quintana no osó contestar. El erudito canónigo de Valladolid D. Francisco Lorente conservaba copia de las tres cartas, que yo me apresuré, con su permiso, á copiar para mi instruccion. Desgraciadamente se me perdió aquella copia y otros libros y escritos en mis viajes militares. Si la conservara en mi poder, te leeria algunos párrafos de las tres cartas, y te convencerias facilmente, de que el sacerdote aragonés triunfó completamente de Quintana en aquella cuestion. El respetable P. Esteve, si no era tan poeta como Quintana, era mucho mas docto, y sobre todo mejor crítico, y en materia de lenguaje, uno de los escritores mas castizos y correctos que han florecido en nuestro siglo.

El otro. Tú conocerás y tratarás á la mayor parte de los vates y poetisas de España.

Yo..... Así es, aunque á no pocos jamás los he visto; pero nos conocemos y comunicamos por cartas, como me sucede con Fernan Caballero. ¡Cuánto siento no haber nunca saludado verbalmente al mas notable y célebre de los españoles novelistas! Sentiria morirme sin ver tan cristiana y religiosa *notabilidad*, y perdona por esta vez la palabrilla, no muy castiza que digamos.

El otro. Dime, ¿conoces al joven D. Narciso Serra, *la alegría de las Musas*, á pesar de sus dolencias, que lo tienen postrado en su lecho de dolor, ó en un sillon, sin poderse mover ni poco ni mucho, hace ya mas de diez ó doce años?

Yo..... Me alegro que me recuerdes á uno de mis mejores amigos. ¡Pobre joven! ¡Cuánto no esperaba la literatura patria de su talento y aplicacion! Hubiera sido uno de nuestros primeros dramáticos modernos, á no ser por la

mortal dolencia que, despues de tenerlo á las puertas del sepulcro, está ahora ni mas ni menos que el paralítico del Evangelio. Y tampoco *tiene hombre* el pobre poeta, como dijo aquel á Jesucristo (*non habeo hominem*), por lo que sigue *cesante*, una friolera, cesante hace años. Gracias á Dios que tiene una madre tan bondadosa, que hasta la fecha, á pesar de su cesantía, nada echó de menos. El amor maternal hace milagros. Dios conserve á tan buen hijo aquella buenísima y respetable madre. Si yo jugase al tresillo, como tú, con algunos de los ministros del Regente del reino, les hablaria en favor del autor de *el Loco de la boardilla*, y quizá le darian otro destinillo, como el que antes tenia de *censor de teatros*, que era compatible con su paralisis. Ya sabes que postrado el buen Serra en la cama ó en un sillon, no deja los libros ni la pluma de la mano.

El otro. Me asombra su aficion á las letras á pesar de su falta de salud.

Yo..... Desengáñate, el cultivo de las letras nos vivifica á los que las cultivamos. ¡Y quieres que á pesar de mi vejez y achaques, renuncie á ellas! No lo verás en tu vida.

El otro. Continúa enhorabuena cultivando la literatura, y aun la poesía, aunque ni tú ni yo estamos para pensar en canciones, sino para cuidarnos mucho, trabajar poco, recogernos y acostarnos temprano, y sopitas y buen vino, y á la cama.

Yo..... Voy á repetirte, en compendio ó en estracto, lo que mas largamente dice el ya citado Fernandez de los Rios. *A medida que las naciones adelantan en edad, la poesía se recoge en la imaginacion de algunos genios que, como cisnes estraños y de paso, atraviesan cantando sobre una multitud, que en su mayor parte no los comprende. Estos siglos prosáicos no son (como pudiera creerse) los mas funestos al arte. Ellos, al contrario, engrandecen al poeta, poniéndole á prueba, y obligándole á proteger las cuerdas de su lira contra el choque de los intereses materiales. Cuanto mas prosa haya colectivamente en los espíritus, mas poesía puede haber en algunas cabezas. Porque la prosa domine hasta el punto de invadir el lugar de la poesía, porque los versos no estén en boga, porque la armonía haya hecho alianza con los discursos, no debe darse por sentado que sean imposibles los poetas.*

En nuestra época, prosáica por escelencia, además de lucharse con todas las contrariedades que son consiguientes

á la dominacion del sentimiento materialista en la sociedad, es condicion precisa constituirse en poeta y prosista infatigable, cultivar todos los géneros de literatura, producir volúmenes sobre volúmenes, no dejar, por decirlo así, respirar al público, para distinguirse de tantos como á sí propios se llaman poetas en la época mas antipoética posible, porque la celebridad es actualmente las mas veces la recompensa del autor mas fecundo, no del mas escelente. Así es que no podrá citarse un siglo que haya producido tantas obras literarias como ha visto aparecer el nuestro.

Hay un género de poesía que vive inmutable en medio de las vicisitudes políticas, porque existe entre el alma y Dios, porque no es el sonsonete de la rima, ni la disposicion métrica de las palabras, ni la descripcion pueril de un objeto, sino armonías del corazon con la naturaleza, inspiraciones poéticas y filosóficas, revelaciones íntimas, fantasías profundas, desahogos del corazon, melodías perpétuas del pensamiento con el alma, acordes, en fin, del cielo con la tierra. Hasta aquí el citado escritor.

El otro. Todo lo que acabas de leerme está muy bien pensado, muy bien escrito por el ilustrado D. Angel Fernandez de los Rios; pero ni este pensador profundo, ni tú, ni nadie puede negar, que es una triste gracia publicar un libro despues de tener el ímprobo trabajo de escribirlo, y lo que es peor, gastarse miles de reales en la impresion, con pocas, poquísimas esperanzas de que la actual generacion lo lea, y sobre todo en España, donde son muy contadas las personas que leen libros formales y sérios, contentándose los demás con leer los periódicos políticos.

Yo..... *Deus dabit his quoque finem.*

El otro. No me vengas á mí con palabras y hemistiquios de Virgilio.

Yo..... Oye, hombre, que no me dejas hablar.

El otro. Pues me gusta la especie. Acabas de hablar ó de leer (y es lo mismo en esta ocasion) por espacio de media hora, sin yo interrumpirte.....

Yo..... Oye un hecho histórico de que puedo dar fe.

El otro. Chascarrillo tenemos.

Yo..... Es un suceso que presencié en mi lugar. Estábamos un centenar ó mas de niños en la magnífica plaza de la ermita de los Pueyos, comiéndonos la *rosca* ó torta con huevos duros que allí está en uso por Pascua florida, con las naranjas y otras frutas, compañeras inseparа-

bles de la rosca, cuando se formó de repente una tronada espantosa, acompañada de granizo, que en menos que canta un pollo, no dejó hoja verde en los campos y huertas de Alcañiz. Se hallaba presente una infinidad de labradores de todas edades y sexos, y artesanos, y en fin, gentes de todas clases y condiciones. Casi todos lloraban á lágrima viva, especialmente las mujeres y los niños. Estaba allí el respetable Canónigo Moya (que me bautizó á mí, siendo Coadjutor de la Colegiata, pocos años antes de aquella tronada), sacerdote no menos ejemplar que sencillo; y al ver tantas lágrimas y alaridos femeniles, dijo estas palabras: «No afligirse tanto, hijos mios, esperanza en Dios. Dios está en el cielo. *Este mal tiempo no puede durar mucho.*» El buen Canónigo tuvo razon. La tempestad pasó al momento, y aunque se perdió la cosecha aquel año, al siguiente se cogió tanto aceite, y trigo, y vino, y de todo lo demás que produce la fecunda ribera del Guadalope, que los pobres labradores se pudieron reintegrar de las pérdidas y escaseces del año anterior. Aplica el cuento, ó mejor dicho, la historia.

El otro. Ya sé yo que al siglo XIX sucederán otros siglos.

Yo..... Alguno de ellos de seguro no será tan prosáico y materialista, y *adorador del becerro de oro*, como el siglo presente, en el que *la falta de fe cristiana es el origen y la verdadera causa de todos los males, de todos los infortunios que nos aflijen, y hacen tan desgraciada á la actual generacion.* Esta verdad no necesita probarse, por ser tan evidente, que la ven y la palpan hasta los ciegos *à nativitate.* No es menos cierto *que la incredulidad religiosa es la digna madre de la falta de fe literaria.* Aquí tienes la razon de la indiferencia glacial con que son miradas actualmente las letras por personas que se tienen por muy decentes, y quizá no lo son, por la insensibilidad de su alma fria, helada y dura, indiferente á lo bello, indiferente á la sublimidad y al heroismo, indiferente, en fin, al santo amor de la patria. *Corazon de cieno* abrigan estos desventurados, por valerme de una frase de Espronceda, aunque se equivocó el gran poeta cuando bautizó con aquel piropo á un historiador que, como literato, no es inferior al cantor de *el Diablo mundo.*

El otro. ¿Has leido la segunda parte de ese curioso poema, publicada hace dos años por D. Maximino Carrillo de Albornoz?

Yo..... Pues podia no haberla leido, habiéndomela regalado el Autor, amigo á quien aprecio muy de veras por su ingenio y laboriosidad, y otras relevantes dotes. No es merecedor de estar cesante hace años. Casado con una señora (que es modelo de esposas), y con seis hijos, la mayor parte menores de edad, debiera ser colocado; y lo sería indudablemente, lo mismo que el doliente y estudioso joven D. Narciso Serra, si en el mundo hubiera justicia.

El otro. Segun veo por tus palabras, ignoras de seguro, que el buen Carrillo fué colocado hace poco tiempo, aunque *en comision*, por mi amigo el Ministro de Ultramar Don Segismundo Moret y Prendergast.

Yo..... ¿De veras?

El otro. Como lo oyes.

Yo..... Siento no conocer personalmente al Sr. D. Segismundo, para darle las gracias en nombre de las Musas y letras españolas por la colocacion del joven poeta.

El otro. Yo se las daré por ti esta misma noche. Y dime, ¿cuándo crees tú que el estudio de las lenguas sábias y la literatura española estarán tan florecientes en nuestra patria infeliz, como lo están en Inglaterra y Francia, en Austria y en Prusia?

Yo..... ¿Cuándo? Cuando aquí se haga lo que se hace en las naciones estranjeras. Entonces y solo entonces brillarán aquí las letras, como brillaron en los siglos XVI y XVII. Se publica un libro cualquiera en París, Londres, Viena, Leipsick, Boston, Berlin, etc. A poco que valga el volumen, se venden mil ó dos mil ó mas ejemplares; se venden infaliblemente. *Lo sé oficialmente* por editores y literatos estranjeros. Entre tanto en España no se venden ni la bella historia del Conde de Toreno, ni la del difunto amigo mio D. Antonio Cavanilles, ni el tomo de sus preciosos diálogos, y, por decirlo de una vez, no se vende un solo libro sério y formal, al paso que se venden á docenas, á centenares, á miles quizá, ejemplares de las diabólicas obras de Eugenio Sué, de Renan, de Jorge Sand y otros abortos del infierno; obras que corrompen el entendimiento y el corazon de nuestra juventud infortunada. Otra cosa. Los poetas y prosistas estranjeros venden sus producciones por el dinero que quieren, y los editores les dan cuanto piden por ellos. A Lord Byron le daban en Inglaterra una libra esterlina por cada verso. A Espronceda, á Miguel

Agustin Príncipe y á Lopez Pelegrin (ó sea Abenamar) les dieron en su Patria por los suyos uno ó dos reales, ó dos y medio, ó algo mas, sin llegar empero nunca á la peseta redonda. Es preciso no olvidar, que aunque el cantor de *Childe-Harold* y de *Sardanápalo* es el primer poeta quizá del presente siglo, Espronceda no era muy inferior al inglés poeta.

El malogrado Arolas publicó en 1842, en la imprenta del *Constitucional* de su patria, Barcelona, el mas voluminoso tomo de sus poesías. Consta de 494 páginas de letra muy compacta. ¿Y qué dieron al dulcísimo vate por sus armoniosos, por sus inimitables cantos? *¡Pesa decirlo!* (Frase hermosísima del conde de Toreno.) ¡Pesa decirlo! A Juan Arolas le dieron 20 duros, ó 40 escudos, ó 400 rs. (como quieras entenderlo), por aquella coleccion preciosa de poesías, preciosísima literariamente hablando. En Inglaterra, Francia y Alemania, cualquier poeta con aquel tomo hubiera hecho su suerte, sin tener necesidad de escribir mas en su vida, para vivir con comodidad y desahogo ochenta, noventa ó cien años, como los vivieron nuestros sabios Alpizcueta, Mariana, Feijoo y Mayans, el doctísimo cardenal de Noris, Fontenell, Chateaubriand, Lamartine y otros grandes poetas y literatos, que murieron muy longevos.

El otro. ¡Pues no es nada la diferencia de un real ó dos reales á una libra esterlina!

Yo..... No quisiera pensar en esto. Tentado estoy por decir, *que hay la diferencia misma que la que hay entre el poder actual é importancia política de España, y la importancia política y el poder de Inglaterra.* (En otros tiempos, ¡válgame Dios! *non fuit sic*). Pero no quiero decirlo, porque soy español *hasta la pared de enfrente*, como dice la gente sencilla de España, que es tal vez la gente mejor del país, entre otras razones, porque ni ha perdido la fe católica de nuestros abuelos, ni el españolismo noble y santo que los distinguia y caracterizaba.

El otro. Conozco un Excmo. Señor, que en 1834 vino á Madrid sin zapatos, y ahora todos los dias del año se pone camisa limpia, *lavada y planchada en París.*

Yo..... El tal Señor Excmo. será sin duda muy buen español, pero lo disimula mucho. ¿Pues no hay en Madrid lavanderas y planchadoras, que sepan arreglar una camisa tan bien ó mejor que las mujeres de París? ¿No se-

ría mas laudable que ese dinero se diera á las españolas y no á las francesas? ¡Válgame Dios con el buen Señor de mis pecados! ¿Sabes, por casualidad, si tiene muchos libros en su casa, y sobre todo, si los estudia con frecuencia y aprovechamiento?

El otro. S. E. tiene una gran librería, pero la tiene en la bodega.

Yo..... ¡Ya!

El otro. ¿Crees que es broma?

Yo..... Cuando tú lo dices tan formal..... Vuelvo á mi tema. Mira y hojea por gusto ese reducido folleto poético de Victor Hugo, en que celebra el vate la traslacion de los restos de Napoleon I, desde Santa Helena á los Inválidos de París. Ya ves que tiene muy pocas páginas el opúsculo. Pues bien: el editor francés dió á Victor Hugo cincuenta mil francos por la propiedad del poema, y no muchos menos recibió mi difunto amigo Mr. Florentin Ducos, abogado y literato de Tolosa, por otro opúsculo en verso al mismo asunto, opúsculo que tuvo la amabilidad de regalarme su autor, cuando estuve hace años en la capital del Garona.

El otro. A pesar de que has leido y estudiado tan detenidamente la historia de la literatura española, ¿á que no aciertas á decirme el nombre del Príncipe español que mas pretegió las letras, y sobre todo la Poesía? Lo digo, porque no lo nombraste cuando hiciste nominal mencion de los Reyes castellanos y aragoneses, que sirvieron de Mecenas, ó mejor dicho, de Augustos, á nuestros ingenios.

Yo..... Déjame pensarlo un momento.

El otro. No te tomes el trabajo de pensarlo. El protector de los protectores, el Mecenas mas espléndido y ostentoso y magnífico de las letras en España, desde que la nacion existe, fué el Grande Almanzor; así como tambien fué, como sabes, uno de los mas ilustres guerreros que nacieron en España y fuera de España, aunque entren en la cuenta Alejandro Magno, Pirro, Aníbal, el Gran Pompeyo, Julio César y el *tio* de *su sobrino*.

Yo..... Confieso que en estos momentos no me acordaba ni poco ni mucho del Regente del reino en el antiguo Califato cordobés.

El otro. Confiesa que ni el mismo Augusto César favoreció tanto á los literatos en Roma, como lo hizo el Príncipe musulmán durante su gloriosa y larga regencia.

Yo ..... Era un hombre estraordinario verdaderamente el Alhagib de Córdoba Muhamet Ben Abi Amér, como llaman los escritores árabes al caudillo que nosotros conocemos con el nombre de Almanzor, ó sea Almansur, como lo apellida el docto arabista prusiano, Federico de Schack. Dejando á un lado sus hazañas militares, y las conquistas de Barcelona, Atienza, Osma, Simancas, Astorga, Leon y Santiago, y considerándolo únicamente como protector de la industria, de la agricultura, de las artes y de las letras, preciso es confesar, que aquel príncipe hizo en el siglo X lo que no hacen otros príncipes en el *siglo de las luces*. Cuando las fatigas de la guerra se lo permitian, se retiraba á Córdoba, y lejos de entregarse al descanso, á la ociosidad, á la molicie, reunia academias, á las que invitaba á los hombres de talento, no solo hijos de la España muslímica, sino del Califato de Damasco y demás pueblos orientales, presidiendo él mismo aquellas doctas reuniones, complaciéndose en oir los discursos científicos de los oradores, y las armoniosas Kásidas y sentidas y elegantes *Gacelas* de los poetas, y sobre todo, recompensando á unos y á otros con generosidad y magnificencia. Por eso las letras, y especialmente la poesía árabe, brillaban entonces en la capital del Guadalquivir, tanto por lo menos como en Damasco, Bochara, Samarcanda, Bagdad, Basora, la Meca, Tunez, Kairvan, Cufa, el Cairo, Marruecos y otras ciudades, en fin, centro del saber en aquellos tiempos, y sumidas hoy en la mas degradante y espantosa barbarie. Dichoso Almanzor, que gobernó el musulmán imperio despues del reinado glorioso de Hakem, que con inmensos dispendios pudo reunir y acopiar en Córdoba, Sevilla, Granada y otras poblaciones andaluzas, *setenta bibliotecas públicas;* siendo la mas notable de todas la de su palacio imperial de Córdoba, pues contenia *cuatrocientos mil volúmenes. Libros compuestos en Siria ó en Persia*, como dice el citado Schack, *eran conocidos en España mucho antes que en Oriente*. Las malditas guerras civiles, ocurridas poco despues de la muerte del grande Almanzor, y la division y desmembramiento del Califato de Occidente, primero en cuatro monarquías musulmanas, y despues en muchas mas, las discordias, en fin, en que ardió el pais al desaparecer la dinastía Omiada, concluyeron con el movimiento intelectual, y por fin, con el poder de los árabes en

España. Dios quiera que los cristianos españoles de hoy escarmentemos en cabeza agena: *Salutem ex inimicis nostris.*

El otro. Me temo que no escarmentaremos, y seguirá *la broma,* ó mejor dicho, la infernal discordia entre liberales y carlistas, entre monárquicos y republicanos, entre partidarios del futuro Rey *A*, del Rey *B* y del Rey *X* ó *Q*. ¿Y mientras?

Yo..... Mientras..... nos degollaremos unos á otros *como buenos hermanos* (guerra de hermanos, guerra de diablos, dice el refran), como se degollaron nuestros deudos y amigos desde el año 1820 al 23, desde el 33 hasta el 40, mostrando unos y otros combatientes contra sus compatriotas, eso sí, valor sublime, *heroismo español*. ¿Y la España entretanto?

El otro. La España entretanto será ludibrio y juguete de los estranjeros, que nos *protocolizarán* como *protocolizaron* á Grecia, dando á los descendientes de Temístocles y Leonidas, primero al Rey Otton, y despues al buen Jorge, que dudo muera en el trono.

Yo..... Eso no, vive Dios. *Veremundo, aún hay patria.* La España, aunque algo y aun algos degenerada, no es la Grecia estúpida del siglo XIX. Aunque hay muchos *patrioteros*, muchos, por desgracia, que no tienen mas Dios ni mas patria que el vientre, ó sea la panza, por la misericordia divina todavía hay españoles suficientes y muy dignos, para impedir con mano de hierro que los estranjeros hagan algun desaguisado ó entuerto en la patria del Cid. ¿El pueblo Español, el verdadero pueblo español podría consentir *que los estranjeros nos impusiesen Monarca á la fuerza?* No lo creas, aunque te lo diga el mismo lucero del Alba. Tenemos aquí dos cosas que no las tienen los de *estranjis*. Primera, *la noble constancia del pueblo Español;* y segunda, al General *No importa*, que vale mas que todos los Generales del mundo, nacidos y por nacer. Nos querrán *imponer* un Rey, y quizá lo impongan *momentáneamente*. Pero el tal Rey *nacerá muerto*, y por consiguiente, etc. El Alcalde de Móstoles.

El otro. Creo que hablas como poeta, y sabido es que los hijos de las Musas suelen, con frecuencia, soñar despiertos.

Yo..... Allá veremos, y punto redondo.

El otro. ¿Qué coplillas son estas que tienes junto al Brevia-

rio? De seguro las has compuesto hoy mismo. Están chorreando tinta.

Yo..... Ya sabes que hoy la Iglesia Española reza del *Santo Angel del reino.*

El otro. Lo sé efectivamente, porque me lo ha dicho mi cristiana esposa, que esta mañana confesó y comulgó, así como tambien nuestras dos pollitas. Antes de ir á la iglesia, les ha encargado muy encarecidamente su piadosa madre, que rogasen á Dios por la paz de los pueblos y príncipes cristianos, y sobre todo *por la paz y felicidad de España.*

Yo..... Dios oiga las fervorosas oraciones de tan buenas almas, como son tu cara mitad y tus angelicales niñas. Al acabar yo esta tarde de rezar mis Vísperas, he comenzado por distraccion á traducir el bello himno latino de aquellas en loor del Angel tutelar de nuestra patria. Pensándolo mejor, empero, he creido mas conveniente escribir este himno en versos *asclepiadeos*, haciendo mi primer ensayo en esta clase de metro (que en griego y en latin es bellísimo), el cual fue cultivado alguna rara vez por Moratin y el difunto D. Juan Gualberto Gonzalez. Estos dos insignes literatos, y Gerónimo Bermudez, D. Esteban de Villegas, Lista y algun otro ingenio, hicieron laudables esfuerzos *por añadir nuevas cuerdas á la Lira Española,* imitando en nuestro idioma los asclepiadeos, dísticos, yambos y sáficos y adónicos de los antiguos. Con deseo yo de secundar los esfuerzos de tan doctos humanistas, me plugo componer este poético ensayo.

El otro. Quiero oirlo.

Yo..... Pues óyelo.

AL SANTO ANGEL CUSTODIO DE ESPAÑA.

HIMNO.

Almo Custodio, que patrocinas
La noble cuna de San Fernando,
No, no desoigas preces humildes,
Que te dirije pueblo católico.

Arde la guerra, cual volcan arde,
En la vecina Galia infelice,
Y al orbe atónito voraz amaga
Tamaño incendio, como en los lúgubres
Dias horribles, en que feroces
A Europa y Africa bárbaro Godo
Invadió fiero, invadió el Vándalo,
Hijo cual hiena de umbríos bosques,
De augustos Césares el cetro de oro
Arrebatando, cual arrebata
Aguila altiva cándida oveja
De vellon blando, para polluelos
Que allá en su nido pian famélicos,
A la solícita madre llamando.
Angel, que escudas la Hesperia fértil,
Que baña el Ebro, donde María
Fijó su planta, cuando á Jacobo
Legó su imagen, nuestro consuelo;
Con el aliento de tu divina
Plácida boca súbito estingue
De la discordia tea maléfica,
Que el suelo hispánico devora mísero.
¡Ah! del Altísimo ojalá pronto
Con tierna súplica impetrar logres
Rey á mi patria; cristiano Príncipe,
Sucesor digno de Recaredo.

El otro. No me suenan mal al oido, porque todavía recuerdo cuando estudiábamos latinidad, y medíamos *Mœcenas atavis edite regibus*, y otros asclepiadeos de Horacio. Pero te confieso, que entonces y ahora me llenan mas el *Panditur interea domus omnipotentis Olympi*, y el *Intonuere cavæ, sonitumque dedere cavernæ*, y demás exámetros de Virgilio y de Lucano: así como en nuestro idioma halagan mas mi oido los endecasílabos de Quintana, que todos los asclepiadeos juntos, inclusos los de D. Juan Gualberto Gonzalez, y Moratin, que mas de una vez nos ha leido mi hijo á su madre y á toda la familia. Y *con esto y un vizcocho, hasta mañana á las ocho*. Me voy á comer, que son ya las seis de la tarde. Tú (como si lo viera) tomarás ahora tu chocolate, como acostubrais los clérigos á estas horas.

Yo..... Si lo quieres tomar conmigo, lo tengo escelente, gracias á Dios. Es legítimo de Zaragoza.

El otro. Lo celebro. Mil gracias. Voy á tomar los garbanzos. No dirás que te hago visitas de médico, como suelen serlo las tuyas.

Yo..... Estoy mas ocupado que tú.

El otro. Quédate con Dios y con tus versos. Eres feliz de veras.

Yo..... No te equivocas. *Vade in pace.*

Madrid 1.° de octubre de 1870.

PRÓLOGO.

En un siglo como el XIX, tan superficial y ateo, que blasfema de lo que ignora, y marcha en su retroceso mas allá de los tiempos bárbaros; lleno de una ciencia vana y satánica; siglo en que podemos decir con Horacio: *Incedimus per ignes cineri supposítos*, que caminamos sobre volcanes, por las deletéreas doctrinas que arrastran al borde del abismo la España, la Europa y el mundo; en el marasmo espantoso en que yacen las naciones cercadas por sombras de muerte; sobre un terreno minado, en cuyas cavernas tenebrosas trabajan incansables los enemigos de Dios y de la sociedad en sus horrendos planes de universal desolacion y esterminio, hasta no dejar (si fuera posible) la menor idea de virtud, orden y justicia.....; en la atonía social, por último, que consume los cuerpos y las almas, se deja sentir la urgente necesidad de un eficaz antídoto contra el veneno de las malas doctrinas y peores ejemplos, llagas cancerosas de la sociedad moderna.

¿Y dónde buscarlo? En libros bien pensados y bien escritos; en volúmenes de filosofía y literatura basadas en principios de verdad eterna (como la presente *Miscelánea*); en obras científicas y literarias, en fin, donde se encuentre la severidad de Tácito ataviada con las galas de Propercio, y la crítica austera con las bellas flores de la *ciencia gaya;* obras científicas y literarias, en las cuales la filosofía cristiana ilumine al entendimiento humano con datos históricos, tanto mas gratos cuanto menos conocidos; donde una escojida erudicion, realzada con el gusto mas acendrado, inspire á los lectores, con la fruicion de su lectura, la sólida piedad y la pureza del patriotismo. El Autor de estas líneas cree con la mas profunda conviccion, que todo lo dicho tiene aplicacion al *nuevo libro* á que van dedicadas; y aunque es amigo del escritor de la *Miscelánea*, aborrece la lisonja, tan agena de pechos nobles, y estima menos las personas que la belleza de la verdad, segun el aforismo: *Amicus*

Plato, sed magis amica veritas. Como decimos, al *pan, pan,* y al *vino, vino;* no sabemos jurar *in verba Magistri;* y solo conocemos, aunque poco, el camino de la sana crítica, que respetando las personas, solo se ocupa de las cosas.

Con abrir á la ventura este volumen se convencerá el crítico imparcial, no solo del interés didáctico-histórico-moral que tiene, sino de la oportunidad de su publicacion en las actuales circunstancias, que la reclaman como el revulsivo y estimulante los enfermos displicentes, amenazados de un letargo mortífero; pues en razon directa de sus doctrinas están las Biografías que comprende, y que nos enseñan con el orador romano: *Que la historia es el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria y la maestra de la vida; el severo fiscal de los vicios, y la corona de las virtudes; la fama póstuma de los claros varones, y el padron de infamia de los malos; solaz delicioso del alma,* que sin moverse del aposento nos presenta, como un inmenso panorama, todas las peripecias de los siglos, y los hombres que pasaron. El celo infatigable del Autor ha levantado en tal sentido un monumento de gran valía en el templo de Minerva, que acrece las glorias de la literatura nacional, y enciende la noble pasion por el estudio en la juventud española, con el estímulo que le ofrecen las preclaras acciones de los hombres célebres.

Decimos celo *infatigable*, porque no es este el único fruto de sus científicos afanes en verso y prosa; y con verdad se verifica en el autor lo que dijo Quintiliano: *Crescit cum amplitudine rerum vis ingenii;* y lo de Horacio: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci;* haciendo caso omiso (por no ofender al Autor) del vate latino, que, de otro que por ventura no lo merecia tanto, dijo: *Ingenio clarus, Musarum cognitor altus.* Del aprecio con que recibió el público los opúsculos biográfico-poéticos del Señor Bono Serrano, este, sin asomo de vanidad, bien pudiera decir lo que su paisano Marcial dijo hablando de sus obras:

Laudat patria, cantat, amat nostrosque libellos.

En corroboracion de lo que acabamos de decir, basta leer sus epístolas al Conde de Cheste *sobre la proteccion de la poesía en España*, al presbítero D. Agustin Mendoza, á D. Guillermo Picard, á D. Juan Nicasio Gallego, á Mr. Latour, á D. Juan Guillen Buzaran, y otras epístolas no inferiores á estas; basta leer *Mi testamento*, la tierna *Elegía* á la muerte del malogrado Jesus Rodriguez Cao, la célebre *Glorificacion* del Dr. Suñer y Capdevila, su bellísimo poemita en cuatro cantos *á la memoria del difunto Duque de Rivas*, la *Voz del Sepulcro*, dedicada al Mar-

qués de Morante, y otras doctas producciones, en fin, que insertó en las *Escenas contemporáneas*. Sobre todo, basta hojear el voluminoso tomo de sus Poesías, que publicó en 1863, precedidas del humorístico y elegante prólogo escrito por el digno Académico de la lengua D. Francisco Cutanda, donde su ingenio poético se ostenta á la altura del *Parnaso Español;* en cuyo tomo, que consta de casi 500 páginas, *quantum lenta solent inter viburna cupressi*, sobresalen los valientes y vigorosos tercetos á Quintana *sobre las ruinas de Numancia*, el Canto á *Nuestra Señora del Pilar*, la epístola *á los Arcades de Roma*, los sonetos á *Pelayo* y *Zaragoza*, los romances *á Dalmiro* y *á Tarik*, y sus odas *á la noche de Luchana*, á la muerte de Abenamar, *al abrazo de Vergara*, á *mi Musa*, y á las *victorias contra Marruecos*. Entre las anteriores composiciones y otras del Vate, que se omiten por la brevedad, no nos es posible dejar en el olvido su traduccion de *la Poética* del sábio Obispo Gerónimo Vida, obra maestra, que enseña á la infancia en las escuelas, dirije la sensibilidad en la juventud, consuela á los hombres en la vejez, ennoblece al espíritu con sus máximas, siembra de flores el camino de la virtud, y abre las puertas del templo de la gloria al valor y al heroismo.

Un bálsamo divino vivifica á las almas, y el sentimiento del amor filial mas puro domina los corazones, cuando se recorren las cuentas de *el Rosario de mi Madre*, ó se leen *la Plegaria* por su difunto padre *al que murió en la Cruz*, y la leyenda *al Santuario de los Pueyos*, y otras composiciones de la *Miscelánea*, llenas de uncion inefable, que inspiran el amor á la virtud, y el homenaje de veneracion que debemos á la Madre de Dios, y la gratitud y entrañable afecto á los autores de nuestra existencia. Así encanta y enamora los corazones la poesía cuando mano diestra pulsa el arpa de Sion, á cuyos divinos tonos cantaron las glorias de nuestra religion santa, Luis de Leon, Racine, los Argensolas y Lista, remontando su vuelo por campos de luz, de magestad y de gloria. *Non serpit humi*, en verdad, el Señor Bono Serrano, cuando tan altas dotes de poeta sagrado sabe manifestar en sus poesías *religiosas* y *sagradas*,

Como discípulo aventajado de Quintana, sabe cuán necesario es al escritor ser *exacto*, *penetrante* y *juicioso*, como exije Blair que sea el biógrafo; y en los *Varones ilustres* que presenta, se puede vislumbrar la filosofía de Plutarco en *sus vidas*, y la política de Tácito en sus narraciones históricas. Como la biografía de los hombres célebres admite mas latitud en los detalles que la historia, descubriendo en los retratos los caractéres de los individuos. es un reflejo aquella de sus vicios y virtudes,

que se deja conocer hasta en los incidentes de la vida privada, en la cual, obrando sin disfraz los personajes segun su genio, es mas fácil conocer su verdadero carácter. Y si á esto se junta la claridad, concision y estilo ameno, en que una sensible graduacion de frases hace grata la virtud, término de la verdad histórica, entonces: *Omne tulit punctum*, como ya dijimos con el Venusino. Cierto que en escritos de tal género debe haber *claridad*, *brevedad*, *dignidad* y *ornato*, conjunto de requisitos algo espinosos; pero al fin

Por estas esperanzas se camina
De la inmortalidad al alto asiento.

En las biografías del Señor Bono Serrano vemos un *todo relativo*, que forma de los varios sucesos y acciones de los hombres notables cuya memoria nos recuerda; acciones y sucesos que los llevaron al mas alto grado de elevacion ó abatimiento, de prosperidad ó infortunio, que puso término á su existencia; pues aunque parezcan acontecimientos aislados, ellos los condujeron al punto de grandeza ó de humillacion en que finó su mortal carrera, ó en que aún se hallan, porque suele tambien hacerse la biografía de los que viven y la merecen. Segun la opinion de Quintana, *Plutarco no conoce rival, ni lo tendrá jamás:* tanta era la modestia del escritor español. Este, empero, en sus *vidas* se ha colocado á la altura del biógrafo griego, ó se aproximó mucho por lo menos. Ambos gozarán de larga vida, y serán en la posteridad modelos de ilustracion y de sana crítica para la estudiosa juventud, que enamorándose del mérito ageno, cree con facilidad la virtud en los otros, y en su pasion por todo lo grande y heróico, se anima y entusiasma por imitarlo.

Algo esperaba con razon el ilustre Mentor de la Reina de España y de su augusta hermana, algo esperaba de su digno discípulo Bono Serrano, cuando lamentándose del olvido en que yacen algunos insignes literatos, le decia: *V., que es joven y estudioso además, y amante de su patria, podria hacer algun servicio á la literatura española, escribiendo algunas reseñas biográficas de poetas y prosistas de indisputable mérito, no tan conocidos hoy como debieran serlo. Exitus acta probavit.* Esta ligera indicacion bastó al Sr. Bono Serrano, para dar comienzo á tan difícil y noble empresa por las notables biografías que contiene el volumen que nos ocupa. Si lo viera su grande amigo y maestro D. Nicasio Gallego, le diria, como dijo en un caso análogo: *Que se ensayaba en modelos.*

Entrando en materia, son edificantes en gran manera los *últimos momentos* del citado Quintana, en los que aquel gran pen-

sador sentia la terrible lucha del alma naturalmente cristiana, con el ateismo y la prosáica incredulidad de estos fatales tiempos, en los cuales ignoran muchos (ó no quieren saber) que el destino del hombre, imagen de Dios, es una felicidad ó una desgracia sin término, segun los méritos ó deméritos por él contraidos en su efímera peregrinacion *por las soledades de la vida*, como nos enseña la razon y la revelacion, la sana filosofía, y el sentimiento universal de todas las naciones y pueblos del universo. El dichoso fin de aquella lucha era consiguiente á los sentimientos cristianos y á la gratitud del piadoso discípulo, que al intento puso en juego todos los resortes posibles que nos indica su reseña necrológica, hasta conseguir que la muerte del grande escritor fuera la de un cristiano arrepentido, que vuelve, como el hijo pródigo, á los amantes brazos de su Padre y de su Dios.

La biografía del capitan Barona significa uno de aquellos tipos de amistad verdadera de que hay pocos ejemplos, especialmente en estos tiempos de inhumano egoismo. Aun de la antigüedad no se citan muchos que puedan enlazarse, para consuelo de la infeliz humanidad, á los nombres tan gratos como famosos de Piritoo y Teseo, Aquiles y Patroclo, Pílades y Orestes, Pelópidas y Epaminondas, Escipion y Lelio. Quizá á este catálogo (bien reducido por cierto) de sínceros amigos, añada la posteridad el fraternal cariño que se profesaron mutuamente el inmortal Barona y el cantor del Guadalope y de la *Amistad*, tierno y elegante poema pastoril de Bono Serrano. Bien digno era en verdad de la memoria de este sacerdote piadoso, el amigo *que habia sido uno de los oficiales mas valientes del ejército del Norte*, como dijo al frente de su Estado Mayor el general Espartero al bizarro capitan, objeto de la mencionada biografía. Digno era, pues, el valeroso y desgraciado guerrero de la corona fúnebre con que ciñó sus amarillentas y pálidas sienes el generoso amigo, al dar sepultura á su cadáver yerto en el cementerio de una olvidada y pobre aldea.

¿Cómo se dan á conocer en esta *Miscelánea* la anterior biografía de Barona, la del Padre Báguena, la del desventurado Mor de Fuentes, la del doctísimo Perez Bayer, sin otras, que por la brevedad solo apuntaremos de pasada? Por su estilo grave, por lo armonioso de las frases, por lo castizo de su lenguaje, que distinguen al autor de algunos escritores contemporáneos, mas que de los clásicos del siglo XVI. En el respetable Báguena se nos presenta todo un preclaro aunque oscurecido poeta, hábil helenista, profundo teólogo, orador elocuente, ingenioso físico, naturalista distinguido, docto anticuario, y varon aún mas ilus-

tre por sus virtudes que por sus talentos. Si el cisne del Genil adquirió justa nombradía por su canto épico á Zaragoza, la *Voz de la Patria en Aragon* con sus enérgicos acentos, ornó de lauro inmarcesible la noble frente del vate del Ebro.

Lamentable y estraño contraste ofrecen en este volumen la desastrosa muerte del incrédulo Marchena, que termina sus dias como habia vivido, á pesar de su constante admiracion por la *Guia de Pecadores*, y el envidiable y consolador fallecimiento del arrepentido Quintana, que en el borde del sepulcro vuelve á la fe de sus cristianos y piadosos padres, y se considera muy feliz por espirar como ellos en el maternal y augusto seno de la Iglesia. ¡O adorables juicios del Señor! Con razon deplora el religioso biógrafo el fin espantoso del Abate, y canta las alabanzas y misericordias de Dios por haberse apiadado del cantor de *Guzman el Bueno*.

Laudemus viros gloriosos, dice el testo bíblico, al que responde dignamente el Sr. Bono Serrano con el cumplido elogio del respetable Perez Bayer, mentor dignísimo de los augustos hijos de Carlos III. A los múltiples y merecidos encomios tributados anteriormente al perínclito varon que consagró su larga vida á la virtud y al estudio, corresponde el nuevo panegirista, acrecentando mas y mas los lauros de aquel sábio y venerable sacerdote, *que andaba desnudo por vestir á los indigentes*, segun la gráfica espresion del digno sucesor de Fernando VI.

Uno de los mas bellos cuadros del gran panorama español, es la ciudad ilustre, cuyo fecundo suelo trasforma el Guadalope en vergel delicioso de frutales y aromosas flores, pero mas célebre todavía por los muchos preclaros hijos que alimentó en su seno de madre, á cuyo amor correspondieron agradecidos ellos, dando acrecentamiento y realce al esplendor de sus glorias. Sobresale entre todos, por servicios eminentes prestados á la religion y á la patria, la colosal figura del cardenal D. Domingo Ram, uno de los mas esclarecidos varones que ennoblecieron á España en el siglo XV. El sábio humanista Juan Sobrarias mereció el alto honor de ser armado caballero por la augusta mano de Fernando el Católico, y de que el emperador Carlos V presidiera sus funerales. La fama del escritor insigne aparece enaltecida por el aprecio que de él hicieron los primeros literatos de aquel tiempo. Lorenzo Palmireno, uno de los primeros filólogos de la nacion; Ruiz de Moros, lumbrera de la Universidad de Cracovia; el Obispo Miedes, historiador elegante del glorioso reinado de D. Jaime el Conquistador; el venerable sacerdote Andrés Vives, hábil médico de los Papas Julio II y Leon X, y de Soliman el *Magnífico* además; el martir de Jesucristo, Fr. Jaime

Samper, que mereció ser inmolado en ódio á la fe católica de los españoles; el Padre José Jérico, florido escritor y orador de los mas elocuentes en el reinado de Carlos III; el fecundo Nifo, fundador de la prensa periódica en España; el bizarro general Baron de Andilla; y otros alcañizanos distinguidos, en fin, que brillaron antes del presente siglo, aparecen retratados con el mas bello colorido, en los bien dibujados cuadros que nos ofrece el hábil pincel del Sr. Bono Serrano.

Encomiador entusiasta, aunque imparcial, del pueblo que lo vió nacer, no olvida nombres gloriosos de contemporáneos, muy dignos de acrecentar el catálogo de los antiguos que acabamos de mencionar. Edificante y llena de uncion es la biografía del *Dorador* Miguel Ballester, *su deudo no lejano*, modelo de austeridad, de silencio y abstraccion, como los monjes de la Trapa sus maestros, á quienes se propuso y consiguió imitar aquel penitente y ejemplarísimo alcañizano. Tierno y conmovedor es el recuerdo que, cual buen hijo, ofrece nuestro biógrafo á la memoria de su difunto padre D. Manuel Serrano y Comas, muy merecedor por cierto de no ser olvidado por su hijo y aun por otros escritores, al hablar de los insignes varones que ha producido la capital del *Bajo Aragon*. Cierran la vistosa galería de *Alcañizanos ilustres* algunos que viven todavía, á saber, el benemérito coronel de artillería D. Serapio de Pedro, digno vástago de los barones de Salillas; el sábio sacerdote D. Nicolás Sancho y Moreno; el sencillo pastor Espallargas, de felicísimo aunque inculto ingenio; y finalmente D. Vicente Alcober, apellidado el *Mezzofante* español por las cien trompas de la Fama. Loor y gloria imperecedera merece Alcañiz por tantos preclaros hijos, cuyos nombres celebra muy dignamente el Sr. Bono Serrano; á los que añadirá sin duda la posteridad el nombre del celoso y erudito biógrafo, cuyo patriotismo se esfuerza por enaltecer y perpetuar la memoria de sus ínclitos paisanos.

Tambien habla en las páginas de su Miscelánea de otros varones muy merecedores en verdad de perdurable recuerdo. Discreto y bellísimo es el paralelo del poético triunvirato, formado con los nombres de los sacerdotes Báguena, Boggiero y Arolas, gloria y ornamento de las Escuelas Pias de España. Muy grato es el placer al ver á los tres poetas tan oportunamente clasificados por el *Cantor del Pilar*, al 1.º *por la robustez de la espresion y elevados pensamientos*, al 2.º *por el sabor bíblico, gracia y dulzura de sus fáciles versos*, y al 3.º *por su imaginacion ardiente, fecunda y lozana*. La noble contienda de Boggiero y de un joven alcañizano su discípulo con la publicacion en Zaragoza de sus dos bellas anacreónticas, es ingeniosa y festiva sobre manera, y

ofrece además el dulce atractivo de una moralidad que encanta, y sirve de utilísima leccion á los que cultivan la literatura y las ciencias. Sabroso y grato es para los lectores de la Miscelánea encontrar en sus páginas, con la mas dulce sorpresa, algunas poesías (asaz notables por cierto), cuya lectura es mas instructiva y agradable al considerar que, inéditas hasta el dia, deben hoy la publicidad al ilustrado españolismo del Señor Bono Serrano, y á su laudable entusiasmo por las letras. Prueba son de esta verdad las pindáricas estrofas del respetable Padre Joaquin Esteve en loor de las *Bellas Artes;* los fáciles y graciosos versos del Padre Soriano, sobre todo la *Maldicion de la Casa;* y finalmente, los vigorosos y patrióticos himnos del canónigo Lagrava en elogio de nuestros héroes, durante la guerra de la Independencia española. No son menos bellas la religiosa oda del Autor de la Miscelánea á su compatriota el pastor ya mencionado, y las seguidillas de aquel, cantadas al son del pandero por una gallega, muy buena española, que desea vivísimamente para su patria un monarca digno, despues del interregno de dos años que vemos en España. ¿Y qué diremos de *las bromas y percances de Carnaval*, que describe el escritor á la luz sombría y melancólica de unos hechos tan lamentables y trágicos? ¿Qué del *pase del mismo* por la colina *donde fue Numancia?* Nada que no sea pálido y mezquino al lado de lo que allí se dice, y se deplora con el amargo sentimiento digno de un buen español. Ya que hemos nombrado la ciudad heróica, terror de los romanos y admiracion de los siglos, vamos á terminar este sencillísimo prólogo con algunos valientes y hermosos tercetos (ya citados), que desde Soria (en que escribimos los presentes renglones) dirigió el Señor Bono Serrano al difunto D. Manuel José Quintana, hablando al cantor de Pelayo *de las ruinas de Numancia*, que acababa de visitar el cisne del Guadalope. Comienzan así:

Besé por fin las venerandas ruinas,
Blason eterno de la madre España,
Ufana con las glorias numantinas.
Al manso Duero, que los restos baña
De la invicta ciudad, rios y mares
Envidian tanto honor, dicha tamaña.
Venturoso quien deja sus hogares
Por saludar privilegiado suelo,
Que los Genios escudan tutelares.
Cual deseaba con ferviente anhelo
Desde que florecian mis abriles,
Hoy escuchó mis súplicas el Cielo.

Dirijiéndose despues á Quintana, dice de este modo el modesto y respetuoso Alcañizano:

O tú, cantor divino de Pelayo,
A cuyo acento, digno de Tirtéo,
Volvió la Hesperia de mortal desmayo;
Si á mi noble ambicion, si á mi deseo
Cedes tu lira de oro, que algun dia
Al mundo publicó tanto trofeo,
Celebraré en belísona armonía
El heroismo sin igual, sublime,
Con que Numancia á Roma desafía.
La Señora del mundo audaz oprime
Al país del sencillo Celtibéro,
Que bajo el yugo ponderoso gime.

Esta epístola, modelo de civismo, termina así:

Sepultada Escipion su fama deja
En aquel panteon, luciente faro,
Que honor y gloria espléndido refleja.
Campo de soledad y desamparo,
Jardin despues, en que lozano brota
El denuedo español, fruto preclaro,
El denuedo de tanto patrïota
Digna estirpe del pueblo numantino,
Que derramó su sangre gota á gota.
Prez con que Hesperia arrebató al destino
El cetro del poder en zona tanta,
Que dora el sol en su inmortal camino.
Desgraciada nacion, ¡cuándo tu planta
El polvo vil sacudirá altanera,
Cual águila que al éter se levanta!
¡Quién remontar te viese á la alta esfera,
Alcázar de grandeza y señorío,
Donde reinaste en venturosa era!
La plegaria que exhala el pecho mio
Con ternura filial, escuche el Cielo:
Reconquiste mi Patria el poderío,
Y muera yo de júbilo y consuelo.

Soria 20 de setiembre de 1870.

Domingo Hevia,
Presbítero.

CRISTIANA MUERTE DE QUINTANA.

Los últimos instantes que vivieron en la tierra los hombres célebres, casi siempre han llamado la atencion de sus contemporáneos, y no pocas veces han logrado despertar la curiosidad de las generaciones futuras. Por esta razon ha conservado fielmente la historia las postreras palabras que hablaron, ya próximos al sepulcro, Sócrates y Ciceron, el Tasso y Cervantes, Napoleon y el Gran Federico, Shakspeare y Lord Byron, y en fin, tantos otros, cuyos nombres no se oscurecerán jamás en las sombras del olvido. Tampoco perecerá la gloria de D. Manuel José Quintana, uno de los escritores mas ilustres que han honrado á su Patria en el presente siglo. Pocos han gozado de tanta popularidad. Ninguno recibió entre nosotros ovacion mas brillante y honorífica, ni tan justamente merecida. ¿Qué poeta, desde Juan de Mena hasta nuestros dias, vió como él volar de boca en boca con tal entusiasmo sus acentos armoniosos?

No bien se publicaron sus versos en 1802, salvaron en alas de la fama los Pirineos y los mares, privilegio rara vez concedido, y menos entonces, á españoles ingénios; y en el Nuevo Mundo, y en Francia, Inglaterra, Alemania y otras naciones, recibieron igual acogida que en España. Hasta las ideas nuevas y atrevidas, y nada religiosas, que aparecen en alguno de sus poemas, dieron á conocer su nombre, dándole celebridad, poco envidiable, moralmente considerada. La severa y justa censura que hicieron de ellas el Ilmo. Velez, el dominicano Alvarado, el monje Castro y otros escritores piadosos, así nacionales como estrangeros, así eclesiásticos como seglares, pusieron los metros con el nombre del poeta al frente, en manos de muchos lectores, que miraban con la mayor indiferencia esta clase de estudios. Lo que mas empero contribuyó á su nombradía, fue el fuego del patriotismo, que arde y centellea en todas las páginas de sus escritos. En nuestra heróica lucha de la Independencia, él fue verdaderamente el Tirteo español, que con su altisonante y robusta lira triunfó mas de una vez de los enemigos de su patria. Los himnos guerreros de Quintana fueron como el botafuego que inflamó los corazones, y armó cien mil brazos de hierro, que se apres-

taron á la pelea como un solo hombre contra las huestes del Emperador de los franceses, invencibles hasta aquella época. Justo es dar á conocer el ocaso de este brillante astro de nuestra literatura contemporánea.

No es tarea inútil ciertamente manifestar con exactitud las ideas que sobre nuestra santa religion tenia el escritor en los últimos años de su vida, durante su postrera enfermedad, y sobre todo, poco antes de su edificante y cristiana muerte. Hay quien duda de la sinceridad con que recibió los auxilios y consuelos de la Iglesia, nuestra Madre, creyendo sin razon, que se confesó y pidió el sagrado Viático por motivos puramente humanos; por no singularizarse entre españoles, tan piadosos en general; por no disgustar á la Reina, su augusta alumna, que habia manifestado los mas ardientes deseos de que su antiguo Mentor muriese como buen católico; y en fin, por no perjudicar á su familia, falleciendo como un filósofo del paganismo. Esta opinion es tan impía y temeraria, como gratuita. Nadie lo sabe mejor que el que escribe este opúsculo, por haber asistido y acompañado constantemente á Quintana en su lecho de muerte, desde el 3 de febrero del presente año 1857, en que se vió precisado á guardar cama por sus graves dolencias, hasta el 11 del siguiente marzo, en que espiró á las ocho de la mañana.

Ante todas cosas, creo conveniente decir, cómo conocí al poeta, y la bondad y confianza con que me trató en el postrer período de su existencia. Pocos le visitaban últimamente. Solo por la noche acostumbraban ir á su casa de tertulia, en la que se jugaba una partida de tresillo, el Intendente de Palacio, Don Martin de los Heros; el General D. Vicente Sancho, célebre por su defensa de la plaza de Cartagena en 1823 contra las tropas francesas; D. Manuel de Lardizabal, antiguo diplomático en el Haya, y mas recientemente en Lisboa, donde dejó muy gratos recuerdos por su capacidad y benéfico carácter; el Sr. Caldera, Vicario de Madrid; D. Francisco Lorente, Canónigo de Valladolid; y en fin, algun otro anciano menos conocido. De dia empero, era muy rara la persona que frecuentaba su casa. *Es ya otra generacion la que hoy existe*, me decia suspirando en una ocasion, *y yo he tenido la desgracia de sobrevivir á todos mis amigos y compañeros de estudios. Deseo á V. mas felicidad, cuando llegue á mis años, amigo D. Gaspar.*

Hé aquí la razon de apreciar tanto aquel buen viejo la constancia con que yo solia acompañarle, procurando consolar su soledad, especialmente en los dias tormentosos y revueltos, con cuya mudanza atmosférica se agravaban sus achaques y se le exacerbaban los dolores de reuma; siéndole por esta causa abso-

lutamente imposible dedicarse á la lectura. En tales ocasiones yo no solia faltarle al medio dia, *procurando acortar y distraer sus largas horas*, como decia él mismo, leyéndole algun periódico, y mas frecuentemente las páginas mas elocuentes y curiosas de algun libro útil y agradable. Gustaba mucho del tratado *de Senectute* de Ciceron, del *de Consolatione* de Severino Boccio, y sobre todo de *las Geórgicas* de Virgilio, del que me dijo no pocas veces, *que en su opinion, era el mas perfecto poema que habian escrito los hombres*. Las poesías de Fr. Luis de Leon y de Garcilaso, y los trozos mas brillantes del P. Juan de Mariana, Solís, Cervantes y Jovellanos, eran sus delicias. Preferia las tragedias de Racine á los versos de los demás vates franceses, antiguos y modernos. Miraba con especial predileccion la Jerusalén del Tasso, que es epopeya superior, *en su concepto*, á la Iliada y la Eneida. Hablando de nuestros épicos, decia con frecuencia, que el mejor de todos es la Mosquea de Villaviciosa. Las reflexiones tan doctas como oportunas del sábio anciano amenizaban la lectura de estas obras, al paso que á mí me servian de descanso y de instruccion.

Por el mes de diciembre de 1842 me hallaba en Barcelona con el 2.° batallon de infantería *inmemorial del Rey*, 1.° de línea, del que era yo Capellan Párroco casi desde el principio de la guerra civil. Despues de haber presenciado y lamentado como buen español, desde el pintoresco barrio de Gracia, el bombardeo que sufrió aquella capital, mi regimiento fue destinado á la guarnicion de Madrid. No me sirvió de escaso consuelo en aquellos aciagos dias de horror y destruccion, la grata circunstancia de hallarse retirado en el mismo pueblo de Gracia el ilustre Balmes, mi caro y virtuoso amigo, que tuvo la bondad de leerme algunas páginas de su inmortal *Criterio*, acabadas de escribir al estruendo del cañon, que hostilizaba á la ciudad industriosa, sembrando el terror y la muerte. La víspera de emprender el viaje para la Corte fui á despedirme de mi antiguo amigo y paisano, D. José Mor de Fuentes, manifestándole que uno de los motivos por los que me dirijia á la Corte con mas dulce satisfaccion, era por conocer personalmente al esclarecido Cantor de Pelayo y de Guzman el Bueno. Mor de Fuentes me contestó, que él me daria una *carta de recomendacion* para Quintana, á quien trataba con intimidad hacia mas de cincuenta años; con la que podria visitarle, y satisfacer mis justos deseos. Díle las gracias afectuosamente, y sobre la marcha se puso á escribir la epístola prometida. Acabada esta en un momento, quiso leérmela antes de doblarla y ponerla el sobre. El tal escrito era del tenor siguiente:

«Al poeta Quintana.

»Amiguísimo y cofrade. El dador es tambien del gremio. »Poetiza y literatea de firme. *Allá lo veredes*, dijo Agrages. No »romantiquea, como otros mentecatos. La literatura yace. »¿Cuándo resucitará? Tarde *piachi*. Memoriones al camarada »Argüelles. Cuidarse y mandar.=*Mor de Fuentes*.»

Si á la originalidad estravagante de esta carta se añade la circunstancia de ir escrita en una cuartilla de papel, mas adecuada para un cartucho de fusil, que para un billete de amistad, es fácil conocer la sorpresa que produciría en mi ánimo su contenido, á pesar de la catoniana gravedad y visible satisfaccion, con que me la leyó su autor. No pude menos, como era natural, de dirigirle alguna observacion, aunque con el respeto debido á las canas (siempre venerables) de un hombre octogenario. Sin ofenderse de mis palabras, pero sin hacer de ellas tampoco el menor caso, me aseguró con solemnidad y profunda conviccion: «Que Quintana me recibiria con los brazos abiertos, al saber que »le visitaba de parte del comentador de Horacio, del traductor de »Tácito, del cantor, en fin, de la *Serafina* y de las *Estaciones del »año*.» No debiendo yo insistir mas en el asunto, me retiré de su presencia, prometiéndole formalmente que entregaría su carta; pues advertí un tenaz empeño en aquel viejo excéntrico, á quien habian dado celebridad, no solo sus escritos, sino tambien sus caprichos y rarezas. A no mediar tal promesa, hubiera hecho pedazos aquella epístola, al bajar por la escalera de la habitacion en que vivia Mor de Fuentes, en la calle de la Rambla.

A los pocos dias llegué á Madrid, y una de mis primeras diligencias fue presentarme en casa de Quintana, que moraba entonces hacia ya quince años en la plazuela de Santa Catalina, (hoy de las Cortes), número 4, habitacion 2.ª de la izquierda, frente de la estátua de Cervantes. Añado esta última circunstancia porque á ella debí, poco tiempo despues, la primer muestra de sincera amistad por parte del distinguido escritor; muestra bien lisonjera ciertamente para mí, que no era indiferente al amor de las letras, y mucho menos al entusiasmo por las glorias españolas. Hablando algunos meses despues de aquel monumento erigido al mas ilustre y desgraciado de nuestros ingénios, que se descubria á tan corta distancia desde el estudio de Quintana, me atreví á preguntarle por su *Elogio* del autor del Quijote, produccion todavía inédita á la sazon, de que muy pocos tenian entonces la menor noticia. Le indiqué además el vivo deseo que yo tenia de verla impresa, para poder disfrutar de su lectura; añadiendo *que, sin haberla yo visto, no dudaba asegurar que aquella obra sería muy diferente de las que hasta aquel dia*

habian escrito los demás panegiristas y biógrafos de Cervantes. Al oir mis palabras, manifestó cierta agradable sorpresa el respetable anciano, y por toda contestacion abrió el pupitre, sacó su manuscrito y me lo puso en las manos, diciendo *que podia llevármelo á mi casa, y leerlo despacio, si gustaba.* No pude menos de admitir con demostraciones de gratitud su bondadoso y cortés ofrecimiento; y leido y saboreado con delicia mas de una vez aquel precioso opúsculo, se lo devolví á los pocos dias.

Volviendo á mi primer entrevista con su autor, no dejé de vacilar algun tanto, antes de entregar al digno Ayo de la Reina y de su augusta hermana, la singular epístola del buen Mor de Fuentes. Teniendo yo empero no poca impaciencia por verle, y no siéndome muy fácil por entonces hallar otros medios de conocerle y tratarle, me resolví, no sin repugnancia, recordando la manera violenta y brusca, aunque muy propia de un poeta novel, con que se presentó por sí mismo D. Javier de Burgos, siendo muy mozo todavía, al inmortal Batilo, cuando era Alcalde de Casa y Corte. Admitido yo á la presencia del alto funcionario de Palacio, sin dificultades ni antesala, lo que no hubiera sido de estrañar en un tiempo en que asediaban á Quintana á toda hora, tantos infelices ó ambiciosos pretendientes; le manifesté con sencillez: «*Que yo era un aficionado á la poesía, y* »*que deseando oir algun buen consejo de su boca, para no estraviarme* »*en mis estudios, le hacia aquella visita, que me habia por otra parte* »*encargado con encarecimiento el Sr. Mor de Fuentes, dándome al* »*mismo tiempo una especie de carta, que yo apenas osaba poner en* »*sus manos.*» Quintana se sonrió con afabilidad al oir el nombre de su amigo. Me hizo sentar inmediatamente, y despues de leer con jovialidad la epístola, celebró los vastos conocimientos, la probidad y las estravagancias del vate aragonés. Por lo demás me ofreció su casa y su amistad con la mayor cortesanía, añadiendo: *Que deseaba ver alguna composicion mia, porque Mor de Fuentes, muy descontentadizo de suyo, me apellidaba á boca llena, Alumno de las Musas.* Despues de darle yo sinceramente las gracias, le contesté que, si gustaba, le podia en aquel momento mismo recitar uno de mis sonetos. Respondiéndome afirmativamente, dije así:

Á ZARAGOZA.

Modelo de valor y de constancia,
Otro tiempo ciudad, ruinas ahora,
Tu diestra no domada, aterradora
Aún estremece á la orgullosa Francia.

Sus ínclitas victorias, su arrogancia
A tu planta enmudecen, triunfadora,
Al ver tu nombre, que el laurel decora
Al par del de Sagunto y de Numancia.
El yugo de estrangera tiranía
A rechazar aprendan las naciones
Con tu heroismo, Augusta, sin segundo;
Pues la fiera pujanza y osadía
Estrellándose aquí de cien legiones,
Tú sola hollaste al opresor del mundo.

No desagradó á Quintana la composicion. Gustóle mucho el asunto, y sobre todo el final del soneto. Me aseguró que yo habia bebido en buenas fuentes, y que no me faltaba ejercicio y aplicacion, lo que se conocia visiblemente por estos versos, que quiso oir segunda vez. Concluyó por decirme que volviera á verle siempre que quisiese, pues tendria gusto de ver otros ensayos mios, sobre los que me haría alguna observacion; terminando con grata sonrisa:

Los escritores viejos,
¿Qué podemos ya dar sino consejos?

Ocioso es decir lo complacido que yo saldria de su casa, la que, sin embargo, no frecuenté por entonces tanto como yo deseaba, por no distraer á Quintana de sus graves ocupaciones, las que además le obligaban contínuamente á permanecer en Palacio. Pero apenas cesó en su elevado destino al año siguiente, por haber sido declarada la Reina *mayor de edad*, procuré disfrutar semanalmente por lo menos, de la instructiva y amena conversacion de aquel docto humanista. Lo que yo mas agradecia á su amabilidad, eran las noticias asaz curiosas que me daba alguna vez, de los mas notables escritores del siglo XVIII, cuyas biografías en la parte literaria (añadia) *no conoce muy bien la juventud española*. Tambien á veces recitaba con oportunidad algunas breves composiciones inéditas y epigramáticas, la mayor parte pertenecientes al tiempo en que se sostenia tan viva y acalorada guerra entre Huerta y sus émulos, que habian intentado, aunque en vano, despojarle del merecido láuro, que habia tan dignamente sabido conquistarse el Cisne de Zafra con su bellísima tragedia *la Raquel*.

A fines del año 1844, los deberes de mi ministerio sacerdotal me obligaron á establecerme en Guadalajara, por haber sido nombrado Capellan del tercer batallon de Ingenieros. Sería inútil decir que, ausente de la Corte, escribia alguna vez á Quinta-

na, ya consultándole, con el deseo laudable de aprender, ya remitiéndole mis ensayos poéticos publicados en aquella ciudad, ya finalmente otros inéditos. Todavía conservo todas sus cartas, con la estimacion y respeto á que son tan acreedoras. Algunas prueban el cariño paternal que me profesaba; y todas son un testimonio irrecusable de la rectitud de su juicio y gusto delicado: dotes que no suelen conservar muchos doctos en edad tan avanzada.

Permítaseme citar algunos fragmentos de esta correspondencia epistolar. En 1846 publiqué en la capital de la Alcarria un Canto sagrado en cien octavas *á la venida de Nuestra Señora del Pilar á Zaragoza*. Remitido un ejemplar á Quintana, me decia con fecha 18 de mayo: «He recibido y leido con mucho gusto el »poemita que ha tenido V. la atencion de enviarme. La inven»cion, la disposicion y los pensamientos son muy propios del »asunto. El estilo es noble y poético, y las octavas están muy »bien hechas. Yo hace muchos años que no he leido otras, que »tanto me gusten. Por esta muestra veo los grandes progresos »que V. hace en sus estudios poéticos, y le doy por ello el mas »cordial parabien.»

Al año siguiente, la Reina concedió las corbatas de la Real Orden de San Fernando al distinguido cuerpo de Ingenieros, despues de acreditar el regimiento, en juicio contradictorio, que merecia por sus hechos ornar sus banderas con tan brillante condecoracion. Por especial encargo de su digno gefe, el ilustrado General Zarco del Valle, celebré en una Oda aquel rasgo de bondad de Doña Isabel II, y las glorias de tan bizarro cuerpo, adquiridas en cien combates. Su lectura (segun las literales palabras del mismo Ingeniero General, en oficio que se me comunicó en 5 de enero de 1848) sirvió para terminar el acto impor»tantísimo, que se verificó en la noche del 2 del mismo mes, en »la galería de ingenieros célebres de aquella academia, contri»yendo grandemente á escitar el amor á las ciencias, las letras »y las glorias militares.» Al recibo de esta patriótica poesía decíame Quintana el 19 del mismo enero: «Veo que hace V. muchos »progresos en lenguaje, estilo y versificacion, y que con la »aplicacion y anhelo que V. tiene, irá hasta donde quiera ir. Mas »para no dejar de dar alguna muestra de viejo y reparon, no »puedo menos de aconsejar á V. que no acumule tantos nombres »propios de personas y lugares, como lo hace en esta composi»cion algunas veces; porque esto da un aire de negligencia á »los versos, que les quita el interés poético que deben siempre »tener para la imaginacion y el oido. Perdone V. esta adverten»cia á mi amistad y buen deseo.»

Cuando en 1854 estaba próxima á ser laureada la frente del anciano poeta por la augusta mano de su régia alumna, le escribí desde Valladolid, donde yo residia á la sazon de profesor de historia, religion y moral en el colegio de cadetes de caballería, felicitándole por este honor, y preguntándole además el dia en que debia ser coronado, con el objeto de dirigirme á la Corte para asistir á dicha solemnidad. Con este motivo me contestaba las siguientes frases el 11 de octubre: «Recibo la amis»tosa carta de V. del 9 de este mes, y agradezco mucho el para»bien que V. me da por las honras con que en estos dias me fa»vorecen los jóvenes estudiosos de Madrid. Bien conozco á la »verdad que yo no me merezco tanto, y que esto es mas favor »y benevolencia que justicia; por lo mismo debo estar mas reco»nocido, y no encuentro espresiones bastantes para manifestar»lo. No puedo decir á V. cuándo será la ceremonia, porque en »este asunto no he intervenido, ni intervengo en lo mas mínimo. »Repito mi agradecimiento por la atencion y buena voluntad »que V. me manifiesta.»

Verificada por fin la coronacion el 25 del siguiente marzo para gloria de las letras españolas, de la Nacion y de la augusta nieta de Alfonso el Sábio, tuve la grata complacencia de presenciar aquella solemne ovacion, concedida por primera vez entre nosotros al patriotismo y al talento. A los pocos dias consagré un canto poético al anciano vate desde las orillas del Pisuerga, á donde me fue preciso volver inmediatamente por razon de mi destino. Esta poesía se publicó en Madrid sin pérdida de tiempo. Voy á copiar íntegra la carta de Quintana sobre aquella composicion; carta que, por otra parte, fué la última que me escribió. Héla aquí: «Sr. D. Gaspar Bono Serrano. Mi muy estima»do amigo. He recibido y leido con sumo gusto y satisfaccion »la Oda que V. ha escrito á la ceremonia poética que se celebró »el dia 25 de marzo en el salon del Senado. Dije allí entonces al »público, que yo no merecia tanto. Ahora lo repito; y si V. me »alabase menos, le alabaría yo mucho mas. Decir á V. todo el »bien que pienso de su composicion, parecería pagar la deuda »del amor propio satisfecho, y desquitar con alabanzas, las ala»banzas que V. me prodiga. No, amigo mio, otros aplaudirán »sin duda con justicia, pero con mas autoridad y confianza, las »bellezas de versificacion y de estilo que hay en la Oda, la opor»tunidad de los pensamientos, la regularidad de su plan, y el »modo feliz con que están señalados los personages principales »que, interviniendo en la solemnidad, la dieron tanto lustre, y »tan noblemente me honraron. Absteniéndome, pues, de elogios, »que en esta ocasion podrian tenerse por interesados, reciba V.

»mi mas alta y sincera gratitud por esta demostracion pública, »que ha querido hacer de su aprecio y amistad para conmigo, »y queda su afectísimo amigo y atento servidor Q. B. S. M.= »*Manuel Josef Quintana.*=Madrid 15 de abril de 1855.»

A fines del mismo mes volví á la Corte, estableciéndome en ella definitivamente, por haber sido nombrado Capellan de Honor. Desde entonces no me separé ya de la grata compañía del anciano vate, hasta el momento en que exhaló el último suspiro. Aunque nuestras conversaciones y correspondencia epistolar habian sido casi siempre esclusivamente literarias, no obstante, alguna rara vez hubo de tocarse, aunque por incidencia, algun punto religioso. Doloroso es decirlo: Quintana en sus últimos años pensaba y creia lo mismo que cuando escribia en su juventud los malhadados versos,

Ay! del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía.

Adolescens juxta viam suam, dice el Espíritu Santo, *etiam quum senuerit, non recedet ab ea.* Bebió en su adolescencia en las impuras fuentes de la Enciclopedia, y ya octogenario, seguia aferrado en los errores de la incredulidad. Hay mas: no queria oir razones sobre la materia. Alguna que otra disputa, que tuve con él sobre Religion, me hizo ver, que no solo estaba obcecado, sino que sus preocupaciones antireligiosas rayaban en animosidad contra el culto y sus ministros, y, lo que es mas estraño en un vate de tanto mérito, hasta contra la poesía sagrada. Mas de una vez, en momentos de confianza, me manifestó su desagrado por haber yo escrito versos cristianos y piadosos, diciéndome con mucha formalidad, que era mejor consagrar la Musa á cualquier otro asunto: como si hubiese argumentos mas poéticos y sublimes que los que ofrece la religion de Jesucristo!

Por esta razon yo evitaba con especial cuidado cuestiones con él sobre puntos religiosos. En primer lugar, abrigaba por entonces muy pocas esperanzas de que él rectificase sus erróneas opiniones; y además, tenia casi evidencia de perder su amistad, la que yo queria conservar á todo trance; no solo porque lo apreciaba como á un padre, sino principalmente porque hacia tiempo que yo habia formado el proyecto de hacer todos los esfuerzos imaginables á fin de que muriese cristianamente cuando llegase el caso, si fallecia antes que yo, como era natural. Mis recelos en esta parte no eran infundados por desgracia. Hé aquí una prueba.

Cultivó con la mayor intimidad el trato de Quintana por espacio de muchos años el instruido y piadoso, y ya citado presbítero D. Francisco Lorente, que casi era de su misma edad. Entusiasmado este sacerdote con la lectura del primer tomo de las biografías de *Españoles célebres*, hizo un viaje en 1816 desde Jaca, en donde vivia, á la capital de Navarra, sin otro objeto que visitar al elegante biógrafo, preso por su opinion política en aquella ciudadela, para ofrecerle su amistad, y hasta su corto peculio, que consistia en algunas monedas de oro. Despues de haber visto Lorente y haber abrazado con efusion al prisionero de estado, y manifestadas por parte de este todas las muestras de gratitud que eran de esperarse, el clérigo se despidió del poeta, dejándole con discreto disimulo su pequeño bolsillo, suponiendo (y no sin razon) que no se hallaria Quintana muy abundante de medios para cubrir sus necesidades. Es mas fácil comprender que describir la admiracion que causaria en Quintana este rasgo de generosidad y delicadeza por parte de un hombre no muy sobrado de recursos, á quien no habia visto ni tratado anteriormente. Tomó el bolsillo, y lo devolvió inmediatamente con un ordènanza del castillo y gracias repetidísimas al buen sacerdote, que estaba ya disponiéndose para restituirse á Jaca. Cuando Quintana en 1820 salió en triunfo de su prision, donde no se le habia permitido en seis años ni pluma ni tintero; una de las primeras cartas que escribió, fue para dar á Lorente una nueva prueba de su entrañable gratitud. Hasta en su lecho de muerte me habló el reconocido vate de este hecho con afectuosa ternura, lamentando el fallecimiento del buen clérigo, acaecido algunos meses antes; fallecimiento que hizo en el ánimo de Quintana la mas profunda y dolorosa impresion.

Toda su vida cultivó D. Francisco las letras con tanta constancia como buen éxito. Los aficionados á las humanidades, no desconocen la *Ciudad eterna* ó *los Cristianos*, poema en diez cantos, publicado en Madrid en 1848; ni la *version poética* de los cantares de Salomon, ni en fin, la de las Eglogas de Virgilio, impresas años antes, y dedicadas al Sr. Marqués de Perales y á su hermano D. Carlos, de quienes habia sido digno ayo aquel respetable eclesiástico. El trabajo empero que ocupó mas la atencion de tan laborioso humanista, en los últimos años de su vida especialmente, fue la version en octavas de la Enéida y Geórgicas de Virgilio, de que publicó una copiosa y elegante muestra á mediados de 1856, es decir, poco antes de su muerte. Estas laudables tareas literarias eran un motivo mas de aprecio y estimacion á Lorente por parte de Quintana, que de palabra y por escrito le alentó mas de una vez á continuar sus estudios favoritos.

A pesar de todo, las cuestiones religiosas desconcertaron por fin algun tanto aquella antigua y tierna amistad. La última vez que discutieron en 1845 sobre Religion, fue en términos asaz duros y terribles. Uno y otro viejo eran de génio muy fuerte y de pasiones no poco violentas. Olvidándose Quintana de su buen juicio y privilegiado talento, no dudó en el calor de la reyerta asegurar: *Que un pueblo muda tan fácilmente de Religion, como de camisa, si las circunstancias lo exigen.* Asombrado el eclesiástico, se burló con ironía de tamaño desatino, lastimando el amor propio de su contrario. Todos saben el resultado de acaloradas disputas, en que las pasiones reemplazan á la razon, siempre mesurada y decorosa. Desde entonces se trataron con menos cordialidad y espansion, ya que no era dable romperse bruscamente los lazos de tan sincera amistad. No volvió jamás á sonar en sus lábios el nombre augusto de la Religion, y con tan prudente silencio por parte de ambos, no tornaron á discordar, ni menos á descomponerse en sus conversaciones posteriores.

No olvidando yo este suceso, que oí de boca del mismo Don Francisco, á quien traté con afectuoso respeto desde 1828, procuré evitar indiscretas discusiones, que pudieran dar lugar á otro lance de igual naturaleza. Esperando con tranquilidad ocasion oportuna, y sobre todo poniendo toda mi confianza en Dios, que es el que mueve y trasforma el corazon del hombre, y convierte á los Saulos feroces y sanguinarios en apóstoles y doctores de las gentes, y á los Agustinos pertinaces en el error, en defensores ardientes de la verdad, llegó la enfermedad postrera del anciano Quintana. Desde entonces, *Deus scit quod non mentior*, no tuve mas pensamiento que prepararlo con dulzura y discrecion á terminar sus dias, como los terminaron nuestros piadosos mayores, en la paz de la Iglesia, nuestra Madre; en el ósculo del Señor. Mis primeras tentativas no produjeron resultado favorable. Lamentándose en una ocasion el enfermo, postrado ya en cama hacia algunos dias, de sus contínuos y agudos dolores, quise exhortarle á la resignacion cristiana, hablándole de Dios, *de cuya mano paternal* (le dije) *nos vienen los padecimientos en la tierra, á fin de purificarnos, y darnos despues el descanso y la eterna felicidad.* Contestó secamente, que Dios hacia siempre lo que queria, y que no le hablase del cielo, porque no existia semejante mansion. *El cielo es nada*, fueron sus literales palabras, acompañadas de una mirada ceñuda, capaz de desconcertar al interlocutor mas enérgico y sereno.

Sabiendo yo anticipadamente, que un ministro de Jesucristo, por muy amigo suyo que fuese, no era el mas á propósito para facilitarle los consuelos y auxilios de la Religion, me acabé de

convencer entonces, que era preciso recurrir á otras personas, á quienes oyese con menos desagrado y prevencion el obcecado paciente. Reflexionando *que la razon y la palabra de la mujer discreta*, como dice el sábio y virtuoso Fr. Luis de Leon, *es mas eficaz que otra ninguna en los oidos del hombre, porque su aviso es aviso dulce, y como las medicinas cordiales;* y recordando además, que el prudente caudillo Joab, segun leemos en la santa Escritura, en vez de acudir á ningun hombre, aunque los habia de mucho seso en Israel, se valió de la mujer de Tecua para alcanzar el perdon de Absalon, á que se negaba justamente el irritado David; creí que solo alguna señora de talento y de piedad, que tuviera ascendiente sobre Quintana, podria persuadirle á recibir los Sacramentos.

Vivia en su compañía Doña Leonor Brodet, viuda de su hermano D. José Quintana, desde la muerte, acaecida dos años antes, de este probo y entendido empleado en el Tribunal mayor de cuentas. No bien enfermó el poeta, vino tambien á consolarle y asistirle la joven Doña Teresa Gomez, casada con D. Eduardo, hijo de dicho matrimonio. Al hacer yo una indicacion á estas dos señoras sobre tan delicado asunto, las encontré muy favorables á mis laudables deseos, pero no con la suficiente resolucion para acometer aquella empresa, por el temor de acelerar la muerte del enfermo. Entonces fijé la atencion en Doña Carolina Coronado. Quintana habia tenido en la pila bautismal á su niña, y en nombre de esta habia obsequiado la madre al complaciente anciano con una hoja de laurel de oro, para añadirla á la corona, con que fue ceñida su frente respetable. El agradecido vate á su vez, postrado ya en su lecho de dolor, acababa de legar su busto á la cantora del Guadiana: busto de inestimable precio, por haberse cincelado cincuenta años antes, cuando Quintana se hallaba en toda la fuerza del talento y de la inspiracion. No podia buscarse mas afectuosa simpatía entre dos personas de tan distintas edades, pero ligadas, como por un dulce lazo, por su ardiente y decidida aficion á los mismos estudios. Mas aunque la poetisa se prestó con tan buena voluntad como ferviente celo religioso para tan santa obra, se hallaba, por desgracia, bastante delicada de salud, y lo que era mas sensible para su corazon maternal, su tierna hija estaba enferma, inspirando algun cuidado á los médicos aquella indisposicion. Era, pues, muy posible que en los críticos momentos no pudiera salir de casa, ni aun quizá levantarse de su lecho.

En tamaño conflicto me acordé de Doña Facunda Honrubia, que residia á la sazon en la ciudad de San Sebastian en compañía de su hermano D. Manuel, ejemplar sacerdote, colocado en

una de las parroquias de aquella poblacion. Hija esta señora de una acomodada y cristiana familia de Pamplona, á la que fue Quintana recomendado en 1814 cuando se verificó su confinamiento en la ciudadela de aquella plaza, fue desde aquella época objeto del afecto verdaderamente paternal por parte del poeta, que procuró corresponder de este modo á las atenciones y consuelos que le prodigaban sus padres. Niña entonces de tres lustros, y con tanta aplicacion además como talento, aprendió el inglés y el francés, la geografía y la historia bajo la direccion del escritor perseguido, que con tan grata ocupacion distraia los largos ócios de su prision enojosa. Habiendo años despues residido en Madrid no poco tiempo, casada con el propietario Don José Armona, recibió constantemente de Quintana pruebas nada equívocas de estimacion y respeto. Muerto su esposo, no tardó en trasladarse á la capital de Guipúzcoa para atender á la salud de su hermano, casi habitualmente deteriorada. A esta señora dirijí la siguiente carta:

«Señora Doña Facunda Honrubia.=Madrid 14 de febrero de 1857.=Mi estimadísima y nunca olvidada amiga.=Siento á par de muerte que V. no esté al presente en Madrid. Hace algunos dias, es decir, desde que cayó gravemente enfermo nuestro Don Manuel José Quintana, que estoy pensando en V. de dia y de noche. Si V. estuviera aquí, tendría yo alguna esperanza de que este buen viejo muriese como buen cristiano, recibiendo los santos Sacramentos, y acabando sus dias pacífica y santamente en el gremio de la Iglesia, nuestra Madre. Todavía hay tiempo en mi opinion. Así lo espero de la bondad de Dios, que es infinita. Pero creo que no será larga su mortal dolencia. Como yo sé lo mucho que V. lo aprecia, me atrevo á rogar á V. con el mayor encarecimiento, que apenas reciba V. esta carta, se ponga V. en camino para Madrid, y con la ayuda de Dios, entre V. y yo, espero que el enfermo se confesará como cristiano, y tendrá la muerte del justo. Dará V. de este modo la mayor prueba de verdadera amistad al Sr. D. Manuel, haciendo al mismo tiempo una obra digna de una heroina cristiana. Se trata de la eterna salvacion de nuestro anciano amigo. Se lo suplico á V. por el Dios que está en la cruz. La Providencia no podrá menos de recompensar á V. este sacrificio. Si el poeta llega á morir sin Sacramentos, esta idea será para mí la losa de un sepulcro, que oprimirá mi corazon hasta el último momento de mi vida. Su virtuoso hermano de V. no podrá menos de aprobar este viaje, emprendido con tan santo objeto. Es de V. siempre su afectísimo amigo y capellan, *Gaspar Bono Serrano*.=Calle del Humilladero, núm. 24, cuarto 2.º»

Antes de recibir yo por el correo contestacion á esta carta, como sucedió pocos dias despues, llegó á mis manos un parte telegráfico concebido en los términos siguientes: «*Ministerio de* »*la Gobernacion.*=Direccion general de telégrafos.=*Gabinete* »*central de comunicaciones.*=Línea de Irun.=*Correspondencia* »*privada.*=San Sebastian 17.=*Sr. Bono Serrano.*=No puedo ir. »Indispuesta. V. y Lorente para el caso.=*Facunda Honrubia.*= »Madrid 17 de febrero de 1857.=*Tornos.*» En el momento mismo que acabé de leer los anteriores renglones, volví á tomar la pluma, y escribí la segunda carta que sigue.

«Madrid 17 de febrero.=Estimadísima Facunda.=He recibido el parte telegráfico que V. me dirije desde esa ciudad. El preso que gime en un calabozo esperando con algun fundamento la noticia de su perdon, y de repente oye la sentencia de muerte, no queda mas abatido ni consternado, que he quedado yo al ver las dificultades que se ofrecen para que V. venga á Madrid. Haria V. la obra mas grata á los ojos de Dios, y aun á los ojos de los hombres, haciendo un esfuerzo por vencer todos los obstáculos. V. y sola V., con el favor de Dios, puede persuadir al enfermo á que muera como buen cristiano. De cada dia está mas agravado, aunque los periódicos han dicho últimamente lo contrario. No hace dos horas que he visto al enfermo. La hinchazon de sus pies aumenta, y este es un síntoma funesto. Los clérigos somos medio médicos, porque la práctica y la observacion enseñan mucho. En cuanto á la eficacia de las palabras de V. respecto al pobre D. Manuel, su cuñada, que no se aparta de su lado, es de la misma opinion que yo. Antes de escribir á V. he recurrido á Doña Carolina Coronado. Esta Señora empero goza de muy poca salud, y tiene además en cama á su niña. Por consiguiente, á pesar de su buena voluntad, tal vez en el momento crítico no podrá, aunque quiera, encargarse de esta grande obra. V. y sola V. puede hacer el milagro; porque milagro, y milagro grande, es la obra de que se trata. Encomiende V. á Dios á D. Francisco Lorente, que murió hace pocos meses en casa del Marqués de Perales. Las aguas de Valladolid, donde estaba últimamente de Canónigo, le probaron tan mal, que aceleraron la muerte del pobre viejo. Yo tengo todavía alguna esperanza de que, en vista de esta segunda carta, se pondrá V. en viaje para Madrid. Hará V. la obra mas grande y meritoria, que puede hacer en el mundo una mujer cristiana. Dios haga que la vea yo á V. pronto á la cabecera del enfermo. Es de V. siempre afectísimo Capellan, *Gaspar.*»

No fueron infundadas las esperanzas que manifesté al fin de la carta que precede. Apenas la recibió Doña Facunda, impulsa-

da por su conciencia, y por los consejos además de su digno hermano, tomó la diligencia, y emprendió su marcha para la Corte. Ni su quebrantada salud, ni las ochenta y cinco leguas de distancia, ni la crudeza de la estacion la retrajeron de su laudable propósito. En el último viaje que habia hecho, antes desde Madrid á las provincias Vascongadas por diciembre del año 48, habia esperimentado no pocos peligros y sobresaltos, ya en el puerto de Somosierra, temible siempre durante las nieves y vientos del invierno; ya en los páramos de Burgos, por la banda de malhechores que los infestaban entonces; ya finalmente en la cuesta de Descarga, en que sufrió una caida fatal el carruage que la conducia. Sin embargo de tener que atravesar ahora por los mismos sitios, que tan poco gratos recuerdos debian ofrecerle, hízose superior á toda consideracion, y en el dia de San Matías ya se hallaba felizmente á la cabecera del moribundo anciano, hablándole de Dios con la oportunidad propia de su instruccion y talento, con la piedad y uncion de una hija de San Vicente de Paul.

El frio glacial del escepticismo tenia yerto el corazon de Quintana. A pesar de que él mismo conocia que sus dias estaban contados, y que la segur de la muerte amagaba ya de cerca al árbol de su vida; á pesar de que sin rebozo, y con la mas profunda conviccion, manifestó á su respetable amiga, al verla, no sin sorpresa, llegar y sentarse junto á su lecho de dolor, *que pronto asistiria á sus funerales;* no obstante, su lenguaje estaba todavía muy ageno de manifestar el menor afecto propio de un cristiano, al verse al borde de la eternidad, y pronto á comparecer ante el Juez supremo de vivos y muertos. Los tres médicos que le visitaban diariamente, los señores Perez, Asuero y Rodrigo, y principalmente este último, que era el de cabecera, habian encargado muy encarecidamente que se le diese la menos conversacion posible, por no convenir al estado de su cabeza, que conservaba por otra parte todas sus facultades intelectuales. Por esta razon hablaba raras veces, y por breves momentos. Sus pocas palabras se reducian á quejarse de cuando en cuando, aunque con dignidad, de la deplorable postracion en que se hallaba. Con mayor frecuencia solia recitar versos (latinos y franceses generalmente) alusivos á su actual situacion; ó bien referia con admirable laconismo hechos notables de filósofos antiguos, para pintar las miserias de la vida y la necesidad inevitable de la muerte.

Aquella su calma y serenidad estóica me estremecian, helando de espanto mi corazon. Yo acostumbraba verle, aunque momentáneamente, dos veces al dia. En una ocasion, al salir de su

casa encontré, providencialmente sin duda, al venerable D. Miguel Sacristan, llamado vulgarmente *el Padre Horche*, antiguo amigo mio y Presidente dignísimo de los Capuchinos del Prado, que aunque vestidos de clérigos seculares, viven con la misma austeridad y recogimiento que antes de la esclaustracion. Haciéndole entrar conmigo en el portal de la casa del enfermo, le manifesté en pocas palabras la afliccion y amargura de mi espíritu, y el estado físico y moral del anciano que allí vivia. Me prometió el ejemplar sacerdote rogar á Dios dia y noche con toda su Comunidad por el alivio del paciente, y sobre todo por la salvacion de su alma; añadiendo, que no se olvidaría de encargar esta obra de caridad en dos conventos de religiosas, algunas de las cuales iba á confesar en aquel momento. Estas palabras de aquel varon tan modesto y sencillo como respetable, dieron á mi corazon oprimido, un consuelo, que no le hubieran dado ciertamente con sus elegantes frases y doctos libros todos los sábios de la tierra. ¡Loor á la virtud!

No fue solo á este santo hombre á quien supliqué encarecidamente implorára los auxilios divinos de la gracia en favor del moribundo. Su eterna salvacion era el pensamiento fijo de mi mente en aquellos angustiosos dias. Entre otras personas á quienes dirijí mi súplica, ya verbalmente, ya por escrito por hallarse fuera de Madrid, no fue la última Doña Dolores Cabrera y Heredia, joven poetisa, cuyo superior talento realzan la modestia y la piedad cristiana. Un año antes habia yo bendecido su matrimonio con el bizarro Comandante D. Joaquin Miranda y Noriega en la parroquia de San Sebastian de esta Corte, siendo los padrinos S. M. la Reina y su augusto esposo. Véase lo que me contestaba la ilustre y religiosa dama aragonesa desde Estadilla, donde vivia á la sazon, el 10 de marzo, es decir, cuando ya la prensa periódica habia anunciado, que el poeta habia recibido el sagrado Viático.

«Desde el dia que recibí la última de V., encargándome pi»diera á Dios que inspirase á nuestro ilustre amigo Quintana la »idea de morir como cristiano, no he dejado de hacerlo. Mucha »ha debido ser la alegría de V. el dia que recibió los santos Sa»cramentos. ¡Qué desgracia sería el que un hombre como él hu»biera muerto sin los auxilios de la religion! ¡Qué ejemplo tan »deplorable tambien para ciertos desgraciados, que confunden la »incredulidad con la despreocupacion! Creen saberlo todo por»que todo lo niegan; como si el corazon del hombre hubiera sido »formado para otra cosa que para creer y amar.»

Dios en su misericordia sin límites, escuchó sin duda tan fervorosas y repetidas plegarias. Un flaco mortal no puede, con

temeridad sacrílega, penetrar en los abismos insondables de los juicios del Señor, siempre justos. Mas por los hechos que presencié y vi con mis propios ojos, y por las palabras además que oí al moribundo, debo asegurar, en obsequio de la verdad, que el viejo enciclopedista, desengañado de sus errores, recibió los santos Sacramentos, al parecer, y segun podemos juzgar los hombres, con toda la buena fe, con la sinceridad que caracteriza al cristiano. Algun obstáculo fue preciso vencer. Mas la resistencia que opuso el paciente, fue mas débil de lo que pudiera esperarse. A la luz de la eternidad vió las cosas de distinto modo que dias antes. Quizá no fueron inútiles las breves y sólidas pruebas que oyó de mis lábios en aquellos solemnes momentos, sobre la inmortalidad del alma, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la sublimidad de su celestial doctrina. Los grandes nombres de Santa Teresa de Jesus, del venerable Juan de Avila, del elocuente Fr. Luis de Granada, del divino Herrera, del sublime Calderon, del sin par Cervantes, me vinieron naturalmente á la boca para hacerle ver, que ingenios los mas esclarecidos y admirables, habian espirado en el seno de la religion, como en los brazos de una tierna madre, con la fe sencilla, con el consuelo y esperanza con que muere el ignorante labriego, la simple viejecilla y la candorosa doncella, el pobre y herido soldado en los campos de batalla, el desvalido pordiosero, en fin, en el duro y angosto lecho de un hospital.

A los nombres de gloria imperecedera mencionados, no vacilé añadir los de sus maestros Jovellanos y Melendez (cuya memoria recordaba él siempre con el mas profundo respeto), indicándole que el cantor de las *estrellas* y de las *artes* recibió piadosamente los santos Sacramentos de manos del digno eclesiástico español, D. Andrés Arenas; y el autor de la *Ley agraria* murió con edificacion cristiana, auxiliado por un austero capuchino. Nadie sabia mejor estos hechos que el mismo Quintana. Le hice presente, que era el mas inconcebible de los absurdos, querer suponer *que una cabeza como la suya* habia salido del acaso, para volver á la nada. Añadí, en fin, que era mas natural, mas lógico, y sobre todo mas digno y sublime, y *hasta mas poético*, creer, como enseña la revelacion, que la inteligencia del hombre es un destello de la Divinidad, á cuyo seno paternal volvemos, cuando en la muerte se separan el espíritu y la materia. Procuré corroborar mis palabras con el dicho tan exacto y bello como profundo, de su tierno amigo y mio D. Alberto Lista, á saber: *No hay cosa mas prosáica, que la incredulidad.*

No bien acabé yo de hablarle, presentáronse en la alcoba Doña Facunda Honrubia y la Marquesa de Cerralbo, que con

motivo de visitar á su amiga aquella mañana, habian venido juntas á casa del enfermo. A las pocas indicaciones que le hicieron, llorando ambas señoras, sobre la necesidad de disponerse, por consejo de los médicos, á recibir los últimos auxilios de la religion, se manifestó resignado y conforme. Dirigiendo entonces la palabra á la respetable Marquesa, le dijo: *Que le agradecia cordialmente aquella prueba de verdadera amistad.* Yo entonces me volví á sentar á la cabecera de su cama, y despues de quedar solos, procuré acabar de prepararlo para recibir el santo sacramento de la Penitencia. Le indiqué además, que tratándonos los dos con tanta confianza hacia años, no me parecia prudente, que se confesase conmigo, y por tanto que vendria otro Sacerdote, con quien podria descargar su conciencia con mas desahogo y libertad.

Aprobando él mi pensamiento, me contestó que viniera un eclesiástico de la vecina parroquia de Santa Cruz, *á la que perteneia como cristiano*, añadió con voz entera y firme, y grande consuelo de mi alma. Se avisó sin pérdida de tiempo, y vino al momento el celoso y digno Teniente-mayor D. Francisco Javier de Astiz, quien despues de oir su confesion, nos manifestó, al salir de la alcoba, que el mismo enfermo habia pedido el Viático, añadiendo *deseaba recibirlo sin dilacion, y sin pompa ni aparato.* Estando despues el dicho Sacerdote y yo en la sacristía de la iglesia, disponiendo lo necesario para el objeto y esperando el coche de la Casa Real que habia dispuesto enviar la Reina, llegó un recado de parte del enfermo *para que se le llevase cuanto antes la Sagrada Eucaristía.* Así lo hicimos, sin aguardar mas el carruaje de Palacio, ya por complacer al moribundo en su santo deseo, ya tambien por haber indicado los médicos, que acaso antes del anochecer perderia el conocimiento. Sin embargo, lo conservó por entonces, descansando aquella noche con alguna mas tranquilidad que las anteriores. Antes de entregarse al sueño, encargó muy especialmente á su testamentario D. Pedro Angelis, *dijese de su parte al Sr. Cura Astiz, que tendria una grata satisfaccion en cultivar su amistad, si recobraba la salud.*

Participando yo poco despues tan consoladoras nuevas á Doña Carolina Coronado, se puso instantáneamente de rodillas, y elevando al cielo sus manos, dió gracias á Dios nuestro Señor, con todo su corazon, por tan venturoso acontecimiento. A pesar de su falta de salud, se dirigió inmediatamente á la casa del enfermo, deseosa de darle, si era posible, el mas cordial y santo parabien, por haber fortalecido su alma con el Pan de los ángeles. Mas no pudo realizar su piadosa intencion, por haber manifestado el facultativo de cabecera lo necesarios que eran al

paciente el descanso y el silencio. A la mañana siguiente le hice yo una breve visita, y con el mas dulce consuelo de mi alma le hallé santamente regocijado por haber recibido los Sacramentos. La gracia del Señor habia sin duda iluminado su mente y movido su corazon. No bien volví á mi casa, no pudiendo ver en todo aquel dia (por impedirlo mis deberes) á mi ilustrado y escelente amigo el Sr. D. Juan Guillen Buzarán, coronel tan instruido como cristiano del distinguido cuerpo de Estado Mayor, le escribí por el correo interior la siguiente carta, cuya lectura sabia yo le sería muy grata, por habérmelo manifestado él mismo pocos dias antes, al hablar de nuestro buen anciano, á quien habíamos visitado juntos algunas veces.

«Sr. D. Juan Guillén Buzarán.=Madrid hoy jueves 5 de mar»zo de 1857.=Carísimo amigo. Siento no poder disponer de mas »tiempo para escribir á V. con alguna estension, porque dentro »de pocos momentos tengo que irme á Palacio, con motivo de »las Cuarenta Horas en la Capilla Real. Déme V. la enhorabuena; »la mas cordial y completa enhorabuena. Ayer fue uno de los »dias mas felices de mi vida. Quintana recibió los santos Sacra»mentos de una manera edificante. Él mismo pidió que se apre»surara la hora de administrarle el sagrado Viático. Así se hizo. »Al presenciarlo, tuve una alegría, un júbilo indecibles. No gozó »tanto el alma del poeta en el dia de su coronacion. Bendigamos »á Dios. Las letras españolas están de parabien. Uno de nuestros »escritores mas distinguidos, ha dado pruebas nada equívocas »de su respeto y sumision á la santa Religion de nuestros ma»yores. La salud del enfermo sigue muy mal. Acabo de verle. »Se puede decir que su cuerpo está ya muerto. Sola su cabeza »vive, y se halla serena y fresca. Es una cabeza verdaderamente »estraordinaria.

»Puesto ya el pie en el estribo,
»Con las ánsias de la muerte,
»Gran Señor, esta te escribo.

»Amigo D. Gaspar, ¿no le parece á V. que puedo yo oportu»namente repetir estos versos, con que Cervantes remitia al »Conde de Lemos su dedicatoria del Persiles, al dia siguiente de »haber recibido la Estrema-Uncion?

»Así me ha dicho sonriendo el buen anciano, y yo he tenido »que salirme de su alcoba, para enjugarme las lágrimas. No deje »V. de leer á la mamá esta mal pergeñada epístola, pues la pia»dosa y buena Señora se alegrará infinito. Es de V. siempre su »afectísimo, *Gaspar Bono Serrano.*»

Guillen Buzarán me contestó al dia siguiente en estos términos:

«Mi querido amigo. La carta de V. fecha de ayer, en que me »noticia las buenas disposiciones cristianas de nuestro venerable »Quintana en su grave postracion y postrimer momento, me ha »llenado de placer. Ya conoce V. mis sentimientos religiosos, y »aunque no soy mas que un pobre pecador, se enternece mi co»razon dulcemente, y mis ojos se arrasan de lágrimas al ver un »suceso de esta naturaleza. Yo le doy á V. la enhorabuena, y »me la doy á mí mismo. Si Quintana muere, como es de esperar, »atendido su estado, Dios nuestro Señor tendrá piedad de su »alma, y le dará el eterno descanso. A Dios, amigo mio. Mamá »ha visto con santo regocijo la carta de V., y le saluda cordial»mente; lo mismo que su seguro servidor y apasionado.=*Juan »Guillen Buzarán.*»

El distinguido escritor D. José Fernandez Espino, residente en Sevilla, á quien yo habia igualmente participado tan agradable noticia, despues de hablarme de la muerte cristiana, que él presenció, de D. Alberto Lista, el cual falleció con el mas religioso recogimiento, oyendo leer á su confesor la esposicion del santo libro de Job por el maestro Fr. Luis de Leon, me decia á los pocos dias: «Mucho celebro que Dios se haya dignado mirar »con ojos de misericordia á nuestro insigne Quintana. Dios dará »á V., por lo que ha trabajado en tan escelente obra, la recom»pensa; y cuantos la conozcan, bendecirán la solicitud y piedad »de V., como lo hago yo de todo corazon. Me dice V. que la ca»beza del ilustre enfermo se halla despejada, y el alma comple»tamente tranquila. Esos milagros los hace solamente la fe en la »bienaventuranza. El ateo no muere con esa tranquilidad.»

El anciano poeta vivió todavía algunos dias, sin desmentir en todo este tiempo los sentimientos religiosos con que habia recibido el Santísimo Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Aunque conservó el uso de sus potencias hasta poco antes de espirar, no volvió á recordar ni una sola vez las máximas y sentencias de los filósofos paganos, tan frecuentes antes en su boca. Las muy raras veces que habló, fue únicamente para pedir perdon á Dios é implorar su misericordia; ó para manifestar su benevolencia y gratitud á las personas que le asistian. El último dia de su existencia, apenas dió señales de vida. Despues de recibir el santo Sacramento de la Estrema-Uncion, falleció tranquilamente. Su agonía fue muy breve. Embalsamado su cadáver aquella tarde, se le vistió con el mismo trage nuevo, que el poeta habia mandado hacer para presentarse en el salon del Senado el dia de su coronacion. Desde aquella solemnidad no le volvió á usar

sino en el féretro. Tampoco desde entonces salió mas á la calle, ni aun á las habitaciones de sus vecinos que vivian en la misma casa de Cordero, á alguno de los cuales visitaba de vez en cuando, aunque no sin fatigarse, poco antes de su ovacion.

Un brillante concurso acompañó su entierro al cementerio de la Patriarcal, á pesar de la copiosa lluvia que caia sin interrupcion. Su fiel criado Ceferino Alonso precedia al carro fúnebre con la corona de laurel de oro, colocada sobre una almohada de terciopelo carmesí. Varones eminentes de nuestras mas ilustres corporaciones literarias, llevaban las cintas del ataud. Muchos *títulos* y *grandes* de España, los mas distinguidos literatos, personajes políticos, en fin, de todos los matices, se presentaron de buen grado á ofrecer el último tributo de respeto y admiracion al patriotismo y al talento. La Sra. Avellaneda leyó muy conmovida, en el Campo-Santo, unos bellísimos y religiosos versos, junto á los restos mortales del poeta. Lo mismo hicieron otros vates. Tambien se pronunciaron elocuentes discursos en español y francés. El joven D. Emilio Castelar fue uno de los oradores. Doña Facunda Honrubia y la Marquesa de Cerralbo, llegaron en un coche hasta las verjas de aquella lúgubre mansion, donde ofrecieron al Eterno sus oraciones y sus lágrimas por el eterno descanso del difunto.

El último yo de los amigos del esclarecido Quintana, aunque el mas apasionado quizá de sus admiradores, no podia faltar á los sagrados deberes de la amistad y de la religion. Despues de acompañar la pompa fúnebre y de rezar junto á su tumba las postreras oraciones de la Iglesia, me retiré en el mismo carruaje, en que el citado sirviente volvia á su casa con la corona del finado Poeta. Al dar el pésame á su afligida y huérfana familia, procuré con mis palabras inspirarle consuelo y esperanza, recordando la bondad inefable de Dios, que no desampara ni aun á los tiernos pajarillos que no pueden alzar su vuelo para procurarse el sustento. No me separé de aquellas piadosas y desoladas señoras sin unir mis plegarias á las suyas, rogando al Padre de las misericordias se dignase recibir en la mansion de los justos el alma del difunto anciano. Así sea.

Madrid 1.° de abril de 1857.

EL CAPITAN BARONA.

Es V. uno de los oficiales mas valientes del ejército del Norte, Señor Barona. Tales palabras dirigió á este bizarro capitan el General Espartero al frente de su Estado Mayor, la tarde del 27 de noviembre de 1836, en las inmediaciones de Castrejana, donde, por servirme de una espresion árabe, *ardia el horno del combate* en una de las mas terribles y sangrientas acciones de guerra, para levantar el sitio de la capital de Vizcaya, que los defensores de D. Carlos se habian empeñado en dominar á todo trance. El puente se hallaba casi obstruido de cadáveres y moribundos, el fuego continuaba sin interrupcion, y Barona al frente de sus cazadores, á pecho descubierto, era el blanco de los hábiles tiradores contrarios. Su admirable sangre fria, el tranquilo continente con que se fumó un cigarro puro en medio de las balas que silbaban tan espesas como el granizo, las enérgicas espresiones con que alentaba á sus soldados, la tierna solicitud con que hacia retirar á los heridos, hasta la negra y prolongada barba, que daba á su animada fisonomía y aventajada estatura el aire noble y marcial que nos interesa y complace en los retratos de los heróicos vencedores de Ceriñola y Pavía, llamaron la atencion de ambos ejércitos, que con el brio y la constancia de los hijos de España se disputaban la victoria. Apenas fue relevado, el General en gefe se apresuró á llamarle por medio de un ayudante. Llegado á su presencia con la modesta circunspeccion que caracteriza al verdadero mérito, le habló el caudillo en los términos literalmente citados, al mismo tiempo que estrechaba con su diestra la mano de Barona, entre efusiones de entusiasmo y señales manifiestas de cariño paternal.

Menos afortunado fue este oficial benemérito en el sitio y ocupacion del castillo de Ares, pequeño pueblo del Maestrazgo. Allí pereció desgraciadamente la mañana del 27 de abril de 1840, á impulso de su decision y su heroismo. Bien merece tan distinguido Capitan, que se digan aquí dos palabras de su interesante y variada biografía.

Don José María Barona nació en Sevilla el 22 de febrero de 1803, y fué bautizado en la parroquia de San Estéban. Su padre D. Francisco mandaba entonces una compañía del regimiento de infantería de Burgos, y habiendo posteriormente

obtenido el grado de Coronel, fue algunos años Gobernador de Tarifa. Su madre, Doña Antonia Clanot, pertenecia á una ilustre familia de Florencia. Vino como camarista de la Infanta Doña María Luisa de Parma, esposa despues del rey de España Carlos IV. En 12 de febrero de 1819 tomó los cordones de cadete el joven Barona, ingresando en la Academia militar de San Fernando, de la cual, prévio un brillante examen, para cuyo feliz éxito le ayudaron mucho los especiales conocimientos que habia adquirido antes de entrar en aquel colegio, fue destinado al regimiento de infantería de la Corona, en cuyo cuerpo se le dió á reconocer por subteniente el 9 de enero de 1820. Sitiada la isla de Leon por las tropas del Duque de Angulema en 1823, hizo dos salidas con su compañía á las órdenes de D. Rafael Riego, distinguiéndose notablemente por su arrojo, no solo en aquella ocasion, sino todo el tiempo que estuvieron hostilizando los franceses á los defensores del Código gaditano. Por esta razon quedó poco despues indefinido, y finalmente impurificado en clase de escedente.

Por aquel tiempo peleaban heróicamente los helenos contra la tiranía de sus opresores, los secuaces del Islam. El ilustre Lord Byron acababa de llegar al Peloponeso, deseoso de combatir por tan santa causa, despues de haber celebrado en versos tan sublimes como armoniosos las hazañas de los dignos descendientes de Leonidas. Honrado el noble vate con el título de *ciudadano de Missolonghi*, y secundado por la actividad y celo infatigable del coronel Stanhope, organizó un respetable cuerpo de estrangeros con su correspondiente artillería.

Barona, que debia por entonces abrigar bien escasas esperanzas de ser colocado de nuevo en las filas del ejército español, y rehusando, por otra parte, seguir otra carrera que la de las armas, determinó dirigirse á la Grecia á defender la independencia de aquel pueblo, tan famoso en la antigüedad por sus glorias literarias y militares, como digno de compasion y de lástima por la degradante esclavitud y lamentables desventuras que ha sufrido desde mediados del siglo XV, en que el sultan Mahomet II lo encadenó á la coyunda musulmana. Con este objeto procuró adquirirse una carta de recomendacion, que le facilitó en Cádiz un amigo de su difunto padre, para el inmortal cantor de los viajes de Childe-Harold, que despues de visitar los vergeles del Guadalquivir y los floridos cármenes del Darro, habia manifestado tantas simpatías y entusiasmo por los españoles, al ensalzar dignamente los laureles de la Albuera.

Armado Barona con su espada de Toledo y aquel importante escrito dirigióse á Gibraltar, de donde se embarcó para Lon-

dres. En esta capital se reunió á varios jóvenes ingleses, con los cuales llegó á principios del año 24 á la Grecia occidental, donde aquella pequeña legion fue recibida con la mayor cordialidad por el célebre Maurocordatos, comandante general á la sazon de aquel distrito. Habiéndose Barona presentado á Byron, debióle particulares muestras de distincion y cariño, agregándole al batallon de estrangeros, donde el mancebo español supo en mas de una ocasion atraerse las miradas de sus compañeros de armas, al mismo tiempo que esperimentaban los rigores de su acero los implacables enemigos del nombre cristiano. Muchos y no poco gloriosos fueron los encuentros con el adversario, en que se halló nuestro hidalgo compatriota.

Dió principio á sus servicios en la Hélade, compartiendo el 18 de julio de 1824 el triunfo conseguido por los griegos, auxiliados por la hueste del general Saphacas, vencedores en Musonitza. Otro tanto sucedió el 26 del mismo mes, no lejos de Amplane, cuando fue derrotado el ejército albanés de Derwich Bajá, tan superior en fuerzas al de los cristianos, acaudillados por el Suliota Tzavellas. En 25 de agosto tomó parte en la refriega de Mavrylla, donde el infiel Omer vió con despecho morder el polvo á sus mejores soldados. Igual gloria cupo á Barona en el famoso combate de Myli, en que fue batida una columna egipcia por Demetrio Ipsilantis, tan valeroso como entendido capitan.

Pero el mas envidiable lauro del hijo de Sevilla fue haberse encontrado en el memorable sitio de Missolonghi, y en la heróica defensa del fuerte de la Trinidad, antiguo monasterio de la próxima isla Clissova, por donde únicamente se comunicaban con el mar los bravos defensores de aquella plaza. Cercados al fin por mar y tierra, agobiados de dolencias, careciendo enteramente de víveres y hasta de agua, una columna de Suliotas salió de la ciudad en la noche del 22 de abril de 1826, y atravesando por medio de dos formidables baluartes que habia construido Ibrain, y rompiendo la línea y atrincheramientos de los egipcios, llegaron no pocos al santuario de San Simeon, de donde se dirigieron al monte Aracinto. Entre estos valientes logró salvarse Barona; y el 4 de julio ya todos peleaban al lado de los hijos de Maina, descendientes de los antiguos espartanos, mandados por Mauromichalis, cuando rechazaron nueve veces á los mamelucos de Ibrain en los parapetos llamados *Tabores*.

Finalmente, en mayo y junio del 27 pertenecia á la guarnicion de Atenas, que capitulando, despues de una obstinada defensa, con Reschid-Bajá, salió de la plaza con todos los honores de la guerra en direccion á Salamina. Dado el combate de Navarino, tan desastroso para los infieles, y terminada la guerra

de Grecia, no teniendo, por otra parte, Barona interés ni objeto en continuar en aquel pais, deseando vivamente además volver al suelo natal, se embarcó en dicho puerto, y despues de permanecer algun tiempo en Inglaterra, arribó felizmente en 1829 á Barcelona.

Aquí le esperaban otros peligros mas terribles y dolorosos para su hidalgo pecho, que los que habia esperimentado en la Hélade, peleando por la santa causa de la cruz y de la civilizacion. O por sus antecedentes políticos, ó por haber tenido algun roce con los emigrados españoles en Lóndres, ó por alguna indiscrecion en sus palabras, bien disculpable en sus juveniles años, el terrible Conde de España dió orden de ponerlo preso, y cerrarlo en la ciudadela. Todos saben la suerte que esperaba comunmente á los desgraciados que eran conducidos á tan horrible mansion. Afortunadamente Barona recibió aviso anticipado, y disfrazándose de estudiante, con los desaliñados y pobrísimos arreos de los que entonces solian, en las vacaciones de estío, vagar de pueblo en pueblo buscando recursos, por medio de la guitarra ó pandereta, para continuar sus estudios, pudo llegar sin obstáculo al monasterio de Santa Susana de la Trapa, situado en el Bajo Aragon. Acaso este respetable asilo de la virtud y del arrepentimiento era el único sitio inaccesible á las pesquisas y poder sin límites del Visir estrangero, que oprimia y llenaba de terror y luto el infortunado suelo de los Wifredos y Berengueres. Siempre la Religion ha sido un puerto de salud para los perseguidos y desgraciados. Curioso y edificante era oir años despues al bizarro militar, en las noches y vigilas de los campamentos, ó en medio de penosas y eternas marchas por las fragosidades y riscos de la antigua Cantábria, recordar su retiro, sus ejercicios cristianos y pacíficas ocupaciones al lado de los piadosos hijos de San Bernardo, que reformados por el Abad Armando de Rancé, renuevan en nuestros dias las austeridades de la Tebaida. Allí permaneció oculto algunos meses, hasta que calmada la tempestad que tan de cerca le habia amenazado, se despidió, no sin sentimiento de los venerables monjes, que le facilitaron los mas ingeniosos y adecuados medios para refugiarse en Valencia.

En la ciudad del Cid vivió tranquilamente Barona, dando lecciones de matemáticas, geografía y lengua francesa, hasta el mes de abril de 1835, en que fue colocado en el 2.º batallon del Inmemorial del Rey, que desde principios de la guerra civil estaba operando en las provincias Vascongadas y Navarra. Destinado á la compañía de cazadores, mostró su bizarría y denuedo en las acciones de Murguía, de las Estacas de Trueba y de los

Arcos, y especialmente en Arroniz y monte Jurra, donde recibió el grado de capitan. Concurrió despues al levantamiento del sitio de Bilbao, asistiendo á los combates de Castrejana y Baracalco, de Azúa, Arriaga, puente de Luchana y alturas de Banderas. Por su comportamiento heróico en aquella ocasion fue nombrado capitan efectivo de su propia compañía, y adquirió el honroso título de *benemérito de la pátria*, y una cruz de distincion, como todos los individuos del ejército del Norte que contribuyeron, en la noche tremenda del 24 de diciembre de 1836, á lanzar de las puertas de Bilbao á las huestes de D. Carlos.

Nombrado gefe de dos compañías de preferencia para hostilizar á la division de Zaratiegui en su espedicion á Castilla, se encontró en la accion de las Rozas el 11 de agosto del 37; el 28 del mismo en la de Nebrero; el 19 de setiembre en Aranzueque; el 28 en la de Aranda de Duero; y el 15 de octubre en la de Retuerta. Incorporado á su batallon, y á las órdenes de D. Manuel de Latre, que mandaba el ejército de la izquierda, asistió á las acciones de Medianas y Villasuso, en el valle de Mena. Posteriormente coadyuvó á la tenaz persecucion del Conde de Negri, esponiéndose, con su arrojo ordinario, á inminentes peligros en las refriegas de Baranda, Saelices y Bendejo, y sufriendo con admirable constancia las crueles privaciones y espantosos padecimientos de aquella espedicion, en que tantas víctimas de ambos ejércitos sucumbieron al rigor de la estacion y al furor de los elementos en el puerto de Sanglorio, desfiladero el mas imponente de la asperísima Liébana, y en la collada de Carmona, montaña inaccesible del valle de Cabuérniga.

Vencida la hueste de Negri por el Conde de Luchana, fue destinado el batallon de Barona á la provincia de Alava, asistiendo á los pocos meses, es decir, en junio de 1838, al sitio y ocupacion de Peñacerrada, en cuyo avanzado castillo, llamado de Ulizarra, entró por asalto el esforzado capitan al frente de sus cazadores, que siguieron denodadamente su ejemplo. Una cruz de distincion que se creó poco despues con la denominacion de aquel baluarte, fue el signo de honor dispensado á los que habian penetrado á viva fuerza en su terrible recinto. Durante el diciembre del propio año, se halló con el General Castañeda en el valle de Soba, donde los defensores de Isabel II se apoderaron del fuerte de Quintana, despues de una vigorosa resistencia que opusieron los Carlistas, así como tambien en las acciones de Limpias y Ampuero. Finalmente, concurrió al sangriento cerco y disputada ocupacion de Guardamino y Ramales, en el que el grado de comandante fue la digna recompensa de su ardimiento y fatigas.

Celebrado el memorable convenio de Vergara, y partiendo para la campaña de Aragon, manifestó, por marzo de 1840, sus brios en Castellote, pueblo que al abrigo de un antiguo torreon de templarios y otros atrincheramientos, defendieron heróicamente los soldados de Cabrera. Pasando empero al reino de Valencia á sitiar el fuerte de Ares el 27 de abril, por desear el Duque de la Victoria solemnizar el natalicio de la Reina Gobernadora con un hecho de armas brillante, el intrépido guerrero, á quien habia respetado la muerte en cien combates; el que se habia tan briosamente batido al lado de los dignos hijos de Esparta y Atenas; que habia medido su acero con los alfanges de la indomable raza de Alejandría y de Menfis, y con las lanzas de los feroces esclavos de Mahamoud; aquel, en suma, que supo adquirirse tanta nombradía entre los valientes del ejército del Norte, encontró el fin de sus gloriosos dias, sucumbiendo herido de una bala enemiga, disparada desde las aspilleras de un pueblo insignificante y olvidado. Pueblo que acababan de fortificar los Carlistas para que sirviese de defensa por aquella parte á la plaza de Morella.

Al ver cortada en flor tan preciosa existencia por el mortífero plomo lanzado tras de un parapeto, séame lícito esclamar con el poeta español que lamentaba la prematura muerte del preclaro mancebo D. Luis de Velasco, en la defensa de la mas rica de nuestras Antillas contra las armas británicas:

«¡Pueda el tiempo acabarte,
Tirano del valor, vil instrumento
Del implacable Marte!
¡Invencion de su industria mas funesta!
De un pecho el esforzado atrevimiento,
Contra tu vuelo rápido ¿qué presta?
Por ti en las fieras lides
Triunfará un vil Tersites de un Alcides.»

Compañero inseparable el que esto escribe del ilustre Barona, en el 2.° batallon del Rey; testigo de su valor y serenidad á toda prueba; admirador de sus dotes morales (pues en él valia tanto el hombre como el militar); habiendo tenido el triste deber, por su sagrado ministerio, de dar, en el humilde cementerio de Ares, eclesiástica sepultura á su cadáver, no sin bañarlo con copiosas lágrimas de dolor, ha querido conceder un justo desahogo al corazon, lastimado todavía despues de treinta años que presenció la muerte de su amigo. Sobre todo, cree cumplir con una obligacion sagrada, escribiendo estas desaliñadas páginas á la

memoria de un guerrero que fue el honor de Sevilla, donde vió la primera luz, la admiracion del ejército de Doña Isabel II, y el orgullo, en fin, de la nacion española, que, en la edad presente, sabe producir héroes no menos esclarecidos que los que asombraron al mundo con sus hazañas en los siglos de su grandeza y sus glorias.

La oficialidad del regimiento, deseosa de perpetuar la memoria de su noble compañero de armas, determinó erigirle en el Campo-Santo de Ares un sencillo y decoroso monumento fúnebre, con cuyo motivo escribí el siguiente

EPITAFIO.

Al guerrero sevillano,
Yerto en esta huesa fria,
Un español con su mano,
Que impulsó discordia impía,
Hirió de muerte inhumano.
¡Cuándo mi patria querida
No verá ya estremecida
Tanto sangriento laurel,
Con que la aflije cruel
Nuestra lucha fratricida!

Desgraciadamente aquel pensamiento laudable quedó aplazado por los contínuos movimientos y marchas de nuestra division, que mandaba el activo y valiente aragonés D. Joaquin Ayerbe. La muerte, heridas y ascensos de varios oficiales del *Inmemorial del Rey* para otros cuerpos, con motivo del sitio de Morella, que se verificó muy poco despues; y en fin, nuestra espedicion á Cataluña, que siguió inmediatamente á la ocupacion de aquella importante plaza por las tropas del General Espartero, fueron causa de que no se realizara aquel patriótico y noble proyecto, como sucede con frecuencia en España con tantos otros, no menos dignos de loa. Por esta razon (doloroso es decirlo) la tumba del inmortal Barona quedará eternamente olvidada y oscurecida, como lo está la del manco de Lepanto y de otros héroes españoles.

A los pocos dias de haber enterrado al esclarecido hijo de Sevilla, escribí en una tienda de campaña un poemita elegíaco á su muerte, el cual se publicó en el *Boletin* de Soria, y despues en el *Numantino* y otros periódicos. Me es muy grato recordar y trascribir aquí algunos de aquellos versos.

Ya en fatídico tañido
Lúgubres campanas doblan,
Y los himnos del sepulcro
Los sacerdotes entonan.
Suena el destemplado parche,
Suena la trompeta bronca,
Y los amargos gemidos
Con que los bravos le lloran.
Ya sale ¡ó dolor! de Ares,
Pueblo de aciaga memoria,
El triste acompañamiento
Que á la huesa lo trasporta.
Cien y cien verdes laureles
Su amarilla frente adornan,
Merecida recompensa
De su bizarría heróica.
Ayer entró en ese pueblo
Con falange triunfadora
Por el camino difícil
Del honor y la victoria.
Mas hoy, por la puerta misma
El negro ataud asoma,
Que de su frio cadáver
Lleva la carga preciosa.
Faltó á Isabel un valiente
En sus invencibles tropas,
Mientras perdió una esperanza
La libertad española.
Ya la consternada plebe
Al cementerio se agolpa,
Por ver al soldado ilustre
Que el entusiasmo pregona.
Ya llega pálido, yerto
Como las marchitas hojas,
Que desprendidas del arbol
Violento el ábrego arrolla.
Sus ojos, oscurecidos
De la muerte con las sombras,
Petrificadas sus manos,
Muda su afluente boca.
Sobre su pecho, el acero
Que en la lid aterradora
Flameara tantas veces
Por la patria y por la gloria.

¡Cón qué sentida amargura
Los veteranos sollozan,
Cuando sus restos mortales
En el sepulcro colocan!
Ya da la señal infausta
La pólvora atronadora,
De que lo volvió á su grémio
La tierra, madre piadosa.
El *vale* postrero todos
Le dan con mortal congoja,
Bañando en llanto la sangre
De sus heridas honrosas.
A Dios, amigo del alma,
A Dios, ínclito Barona,
Descanso te dé en el cielo
De Dios la misericordia.

RESEÑA BIOGRAFICA

DEL

PADRE TOMÁS BÁGUENA, DE LAS ESCUELAS PIAS.

Ille habeat secum, servetque sepulchro.
(Æneid. lib. 4, vers. 29.)

Las producciones literarias, y sobre todo los versos, corren, generalmente hablando, igual suerte que los hombres. Hay muchos de estos que nacen con *mala estrella*, como suele decirse; los cuales, por mas esfuerzos que hagan, no pueden mejorar de situacion, ni librarse de calamidades y miserias, ni impedir, en una palabra, aunque tengan *voluntad de hierro*, vivir y morir en la oscuridad y la pobreza. Lo mismo sucede con los nobles, con los ilustres hijos del ingénio y de la aplicacion, ó sean los libros. No es muy nueva ciertamente esta sencilla observacion, pues bien sabido es, que lo que nosotros vemos y deploramos en este concepto, lo vieron y deploraron otras generaciones. *Pro captu lectoris, habent sua fata libelli*, dijo hace muchos siglos el célebre Terenciano Mauro, *doctissimus et suavissimus grammaticorum*,

como le llama Josef Scaligero. Lope de Vega, á quien (al menos por algun tiempo) sucedió algo de lo que sucede con otros literatos, no sin amargura de su alma noble y elevada, escribia en cierta ocasion:.

Hubiera sido yo de algun provecho
Si tuviera Mecenas mi fortuna;
Mas fue tan importuna,
Que gobernó mi pluma á mi despecho;
Tanto que sale de la vida mia
A cinco pliegos de escritura al dia.

He copiado los anteriores versos de un precioso manuscrito *autógrafo* del Fénix de nuestros ingénios, códice que conserva entre otras mil curiosidades, mi carísimo y escelente amigo el distinguido pintor D. Luis de Madrazo. Dicho códice lleva la fecha de 1631, escrita de propio puño y letra de Lope.

En efecto, cuando una obra de literatura fue concebida y nació bajo la influencia de signo adverso, por muy bella, por muy robusta, por perfecta que sea (si es que los hombres pueden hacer cosa alguna, que no sea muy imperfecta), entonces la cuna sirve de sepulcro al desventurado engendro intelectual, y nadie vuelve á recordarlo: á no ser que posteriormente, despues de trascurrir siglos quizá, tenga la fortuna de ser observado por los piadosos y perspicaces ojos de algun bondadoso crítico, que, compadecido de aquel profundo letargo tan parecido al sueño de la muerte, se empeñe en reanimar el aparente cadáver que yacia en el panteon del olvido. Mas de una vez se han visto fenómenos tales en la república de las letras.

En 1611 se publicó en Sevilla la *Cristiada* del Padre Diego de Hojeda, respetable sacerdote de la orden de Santo Domingo. Esta magnífica epopeya supera en grandeza y sublimidad, y especialmente en uncion religiosa, á la famosa *Cristiada* latina del ilustre obispo de Alba, Gerónimo Vida, si bien es muy inferior á ella en elegancia y correccion y poético lenguaje. A pesar del sobresaliente mérito que realza al poema castellano, ó por haber sido trasportada toda la edicion á Lima (donde residia el autor, como regente de estudios de su convento), segun sospechan algunos; ó por otra razon que se ignora, lo cierto es que, á escepcion del eruditísimo bibliógrafo D. Nicolás Antonio, nadie en España ni en las otras naciones cultas hizo mencion de aquel importante y desgraciado libro. Este y el nombre del escritor hubieran sin duda seguido en la misma oscuridad, si una casualidad feliz no hubiera puesto un ejemplar, indignamente

maltratado por los ratones y la polilla, en manos de D. Manuel José Quintana, que con el ardiente celo y patriotismo que lo animaban por nuestras glorias literarias, salvó aquel bello poema del eterno olvido, y de la muerte que tan de cerca le amagaba. Publicando sus mejores fragmentos en el tomo 1.° de la *Musa épica castellana*, dió un ejemplo laudable á otros literatos, que lo han imitado felizmente. Así es que todos conocemos hoy dia reimpresa y hasta refundida la *Cristiada* del estudioso dominicano, despues de haber estado por mas de dos siglos oscurecida y sepultada entre el polvo y telarañas de alguna olvidada biblioteca.

Otros hechos muy parecidos á este pudieran aquí referirse. Basta citar uno solo. Increible parece que *el Paraiso perdido* de Milton, preciosa joya literaria con que se enorgullece al presente, no solo Inglaterra sino la Europa toda, no llamara mas la atencion pública al salir de las manos del vate. Mas de dos años tuvo que luchar el infeliz escritor, ya viejo y ciego, desvalido y acosado por las enfermedades y la indigencia, para encontrar un sórdido y cruel editor, que le dió por el manuscrito diez libras esterlinas, ó sean mil reales. Milton no tuvo mas consuelo y alivio en tamaño infortunio, que desahogar en sentidas quejas la amargura de su corazon ulcerado. Todas las obras que publicó despues (á pesar de haber perdido la vista), y sobre todo la tragedia *Sanson*, que murió ciego como él, son un canto plañidero, una tristísima elegía en que lamenta sin cesar sus pesares y desgracias. Pero ni la pérdida de sus bienes de fortuna, ni el abandono y soledad cruel en que lo dejaron sus amigos, ó los que él tenia por tales, ni la derrota del partido á que pertenecia, ni la imposibilidad de contemplar los rayos del astro que ilumina, alegra y vivifica al mundo, ni el ver, en fin, desvanecidas sus esperanzas todas, debieron acibarar tan desapiadadamente su existencia como la fria, la helada indiferencia con que sus contemporáneos miraron en un principio su admirable poema. El mérito de este fue reconocido unánimemente en 1688, siendo considerado desde entonces el *Paraiso perdido* como un esfuerzo sublime, como un prodigio del humano ingenio. Brillantísima, pero tardía recompensa. El divino cantor reposaba ya en el sepulcro hacia casi tres lustros. Sin duda estaria muy lejos de pensar en los últimos años de su vida, que su libro enriqueceria á no pocos impresores; que los hombres de mas instruccion y talento le ofrecerian el homenage respetuoso de su admiracion y entusiasmo; y mucho menos, que siglo y medio despues de su fallecimiento, lord Byron, el genio mas independiente y orgulloso de la Gran Bretaña, que osa despreciar las admirables

creaciones de Shakespeare, humillaria su altiva frente ante los destellos brillantes que centellean en las páginas del *Paraiso perdido.*

Hablando yo de esto en 1843 con el mencionado Quintana, se lamentaba amargamente este sabio humanista, no solo de que fueran muy poco ó nada conocidos hoy dia algunos notables escritores de nuestro siglo de oro, sino de que se hubieran perdido muchas de sus obras inéditas, por la criminal incuria de sus contemporáneos, como por ejemplo, *El orador perfecto* de fray Luis de Leon, y varios escritos en prosa y verso de Fernando de Herrera. ¿Qué mas? añadió suspirando; hasta poetas y prosistas distinguidos del glorioso reinado de Carlos III, y aun de años posteriores, apenas se recuerdan ya; y lo que es peor, importantes escritos suyos, que no se publicaron por alguna circunstancia fatal, quizá desaparecerán para siempre.

Despues de mencionar el buen anciano á Olavide, Jovellanos, Cienfuegos, Melendez, Ayala, Iriarte, Forner, Estala, Huerta, Moratin, Samaniego y otros de sus coetáneos, añadia: «Tal »vez la juventud estudiosa del dia no sabe las vigilias á que se »entregaban diariamente, ni los esfuerzos heróicos de aplica»cion que desplegaron algunos de aquellos ingenios, á pesar de »que vivian entre nosotros no hace muchos años. Ya nadie se »acuerda de algunos de ellos; y es de temer que ignore la pos»teridad lo que valian, por no haber tenido un biógrafo que »consagre algunas páginas á su memoria.

»V., que es joven (tuvo la bondad de decirme despues) y »estudioso además, y amante de su patria, podria V. hacer al»gun servicio á la literatura española, escribiendo algunas re»señas biográficas de poetas y prosistas de indisputable mérito, »no tan conocidos como debieran serlo de la actual gene»racion.»

Finalmente, me recitó algunos *enérgicos y valientes* versos (así los calificó el gran Quintana) del *poeta aragonés* objeto de esta obrecilla. Me añadió, que los habia aprendido en Cádiz el año 12 de boca del célebre D. Isidoro de Antillon; que se los habia oido mas de una vez; y que habian llamado mucho su atencion por el vigoroso estro con que estaban escritos, lo mismo que la de otros hombres de letras que residian entonces en aquella ciudad.

Recordando yo la bondadosa indicacion del digno cantor de Pelayo, publiqué últimamente en las *Escenas contemporáneas* las biografías del abate Marchena y de mi paisano y amigo Mor de Fuentes, escritores casi desconocidos ya, aunque murieron uno y otro en el siglo en que vivimos. No serán las últimas, si Dios

me da salud y el tiempo necesario para coordinar los apuntes y materiales bibliográficos que tengo reunidos. Consecuente con esta idea, hoy me propongo desenterrar del panteon de lo pasado, en que duerme olvidado hace medio siglo, otro nombre bien digno, en verdad, de pasar á la posteridad mas remota, ornado con el bello lauro de la gloria, y bendecido además por todos los padres y madres de familia que deseen ardientemente, como es justo, la buena educacion de sus hijos, y por consiguiente la felicidad, no solo de estos sino del pais en que hemos tenido la dicha de nacer.

Hora es ya de nombrar al preclaro, aunque oscurecido poeta, que era además hábil helenista, profundo teólogo, orador elocuente, ingenioso físico, naturalista distinguido, docto anticuario, y lo que es mucho mas importante, varon muy respetable por sus ejemplares virtudes, que daban un realce brillantísimo á su ciencia y sus talentos. Antes, empero, de hablar del *escritor*, bueno será que los benévolos lectores conozcan al *hombre*.

El Padre Tomás Báguena de San José, sacerdote de las Escuelas Pias de Aragon, nació en 1745 en la provincia de Teruel. Fue su patria Peralejos, pequeño pueblo bañado por el Alfambra, apacible riachuelo, que bien puede envanecerse por haber nacido en sus dichosas márgenes tan canoro cisne, como se envanecen el delicioso Turia con su Gil Polo, el Cinca, de arrebatada corriente, con los Argensolas, el manso Tormes con su dulcísimo Batilo, y el Betis magestuoso, con su tierno y delicado Anfriso. Era hijo de una familia ilustre y opulenta, que se distinguia en el país, mas que por su riqueza y su esplendor antiguo, por su caridad con los menesterosos, y por sus costumbres patriarcales. Desde la cuna procuró inculcar el santo temor de Dios en el ánimo del niño, dócil y obediente de suyo. Es fácil comprender cuán pronto prenderia y cuán abundantemente fructificaria en aquel tierno corazon, la santa semilla que á manos llenas derramaron en él sus cristianos padres. Deseosos de darle una esmerada educacion que lo hiciera útil á la Iglesia y al Estado, apenas cumplió diez años lo enviaron al seminario de Escolapios de Daroca, como colegial ó alumno interno de aquel establecimiento, plantel de virtud y letras, que cultivaban y cultivan al presente, con su celo acostumbrado y proverbial esmero, los ejemplares hijos del gran Patriarca aragonés.

Terminados sus primeros estudios, tomó la sotana de escolapio á la edad de diez y seis años. Despues de profesar, cursó filosofía y teología con tal aprovechamiento, que trascurridos algunos años pudo esplicar hábilmente estas ciencias, y honrar con su magisterio al piadoso instituto á que tan dignamente perte-

necia. Antes habia enseñado latinidad, retórica y poética en los colegios de Albarracin y Valencia; fue despues rector dos trienios en el de Zaragoza; y finalmente Prepósito provincial. Cuando residió en Madrid, como secretario del P. Gabriel Hernandez de San Félix, vicario general de las Escuelas Pias de España, lo trataron con deferencia y respeto varios literatos de la Corte, y entre otros Gomez Hermosilla, que solia consultarle sobre la inteligencia de versos difíciles y oscuros de Homero, porque conocia y apreciaba debidamente el célebre traductor de la Iliada, la pericia del P. Báguena en la lengua griega.

Entre tantas y tan diversas ocupaciones como le daban la enseñanza, las prelacías, la predicacion de la divina palabra y otros estudios graves, en fin, á que tuvo que dedicarse, ya para el mejor desempeño de sus deberes sacerdotales, ya tambien por particular inclinacion, nunca le faltó aficion y tiempo para cultivar la poesía castellana, con tanta constancia y feliz éxito como acreditan sus composiciones, que llegaron á formar un tomo no poco voluminoso. Habia nacido poeta, y era una necesidad para él espresar en versos llenos de entusiasmo y gusto, las inspiraciones de su mente creadora.

El primer poema que compuso fue en 1778, con motivo del certamen abierto por la Real Academia de la Lengua. Entonces escribió su *Pironea*, canto épico que consta de ciento diez octavas. Sin duda me agradecerán los lectores que les dé á conocer algunas de ellas, con tanta mas razon cuanto que jamás se han impreso. Despues de estudiar los versos del inmortal Flumisbo Termodonciaco y de Vaca de Guzman al mismo asunto, todavía se ven con gusto los del vate aragonés, aunque se haya leido el canto de Moratin el padre, con las modificaciones, repulgos y atildaduras con que pretendió mejorarlo la osada mano de su hijo Inarco Celenio. El manuscrito del P. Báguena, que tengo á la vista, es autógrafo, y por cierto que el buen sacerdote era un escelente pendolista. No puedo menos de dar aquí las mas afectuosas gracias á mi ilustrado y bondadoso amigo D. Juan Eugenio Hartzenbusch, por haberme facilitado este importante manuscrito, conocido solamente de muy contadas personas. Las octavas quinta y sesta dicen así:

Despues que de Tabasco en el sangriento
Y duplicado choque peligroso,
De un número de bárbaros sin cuento
Logró quedar triunfante y victorioso,
Y de gracias despues que en hacimiento,
Con ánimo alentado y religioso,

Para eterna memoria de aquel dia
El primer templo dedicó á María;
Lleno de gloria, de valor y celo
Este divino acelerado Marte,
Fijó en la Vera-Cruz, por su consuelo,
De su fe y de su rey el estandarte.
Remontando de aquí la fama el vuelo,
Lleva abultado de esta á la otra parte
De los huéspedes nuevos el renombre,
Y no hay quien al oirla no se asombre.

Despues de hacer mencion de Motezuma, habla de su vasto imperio de este modo.

15.

A una voz, si el peligro lo pedia,
O quizá si el temor lo aconsejaba,
Un millon cabe sí luego tenia.
¡Tanto en gente su imperio redundaba!
Cada año veinte mil ¡qué tiranía!
A sus dioses, ¡qué horror! sacrificaba:
Y esto para su imperio era lo mismo
Que una gota respecto del abismo.

Es lástima que las anteriores octavas, y otras, notables por la grandeza y elevacion de los pensamientos, no estén espresadas con mas difíciles y escogidas consonantes, y lenguaje mas poético.

Se presenta inesperadamente al ejército de Hernan Cortés un español, que despues de estar á punto de ser inmolado, como lo fueron algunos otros compañeros suyos, al dios de la guerra de los mejicanos, quedó prisionero por mucho tiempo entre aquella gente inhumana y feroz. Libre del cautiverio se reune á sus banderas, y dice el poeta:

19.

No tan ansiosa la troyana gente
Al engañoso griego rodeaba,
Por saber el motivo ó accidente
Del horrendo caballo que miraba,
Como á este la española, que impaciente
De su venida el fin le preguntaba;
Y creció en gran manera este deseo
Cuando echaron de ver que era europeo.

20.

Mas él, su cuerpo de sudor bañado,
Y con el polvo el rostro denegrido,
El vigor y el aliento ya agotado,
En el suelo se arroja desvalido.
Del fuerte sobrealiento embarazado
No puede hablar palabra, y afligido
Prueba y no puede, y como el ansia crecè,
Cuanto mas quiere hablar, mas enmudece.

21.

Pero al fin cuando ya cesó algun tanto
El sobrealiento y golpe de la arteria,
Dejad la suspension, cese el espanto,
Dijo, varones de la clara Iberia,
Y ayudadme á dar gracias entretanto
Al que en dicha ha trocado mi miseria,
Al Supremo Señor de cielo y tierra;
Así Él os libre de tan cruda guerra.

Un viejo sacerdote ofrece al ídolo *Vizlclipuztli* (¡qué nombre propio tan cufónico!) un infernal sacrificio de víctimas humanas, y añade el vate:

Luego empuñando arrebatado y fiero
El sagrado cuchillo, rociado
Con la sangre, añadió: Si el estranjero
Caudillo del ejército acampado
En Quiabislan, con este no es primero
Sobre esta losa al ídolo inmolado,
Su bondad trocará ofendido en saña,
Y cederá el lugar al Dios de España.

Formada ya por Hernan Cortés la resolucion de quemar su armada, dice la octava

59.

Esto consigo mismo revolvia
En el silencio de la noche oscura,
Y aquel grande proyecto concebia,
Que el cobarde tuviera por locura:
Y aunque ejemplo en lo antiguo no tenia,
En ponerlo por obra se apresura;
Que cuando ya en el plan del heroismo
No halla mas que imitar, se imita él mismo.

Dirigiendo Cortés una mirada de cariño á sus naves, que iban á ser pasto de las llamas, dice estas palabras:

60.

O tú, que, verde selva, los gemidos
Del bando de las aves solitario,
Y luego, armada, oiste los bramidos
Del mar soberbio, caprichudo y vario,
Contrarios mil y mil por ti vencidos,
Es ya tu gefe tu mayor contrario:
Pero dichosa tú, pues que previenes
Con males propios los agenos bienes.

Forman una horrible conspiracion algunos soldados, y descubierta, manda castigar Cortés á dos de los mas culpados, y dice el vate:

74.

Aunque siente gran pena y amargura
En ver morir los mismos que condena,
Mostrarse fiero con ardid procura,
Porque así el tiempo y la razon lo ordena.
El mal violento con violencia cura,
Y el temor con mayor temor enfrena:
Así del mismo mal remedio saca,
Y del veneno mismo la triaca.

En la arenga que dirije el héroe á sus subordinados, se hallan las octavas siguientes.

82.

»Mas en vano Pluton convoca horrendo
»A sus rotas y lúgubres banderas,
»Con destemplado son de ronco estruendo,
»Sus negras sombras y sus huestes fieras;
»Pues de la Cruz el estandarte viendo
»Tremolar por el aire huirán ligeras,
»Cual de nocturnas aves negro bando
»Cuando Apolo sus rayos va mostrando.

83.

»Él verá con furor y con despecho
»Arruinada su fiera tiranía,
»Y al negro caos de su error deshecho,
»De la Fe suceder el claro dia.

»Vomitando volcanes de su pecho
»Los lugares verá en que recibia
»La sangre de los hombres inmolados
»Al Autor de la vida consagrados.

85.

»No en el terrible aspecto de la luna,
»Ni de cometas en el vulgo errante,
»No en la vista de mónstruos importuna,
»Ni en el ave en prodigios abundante,
»No en el estraño hervor de la laguna,
»Ni en la entraña del hombre palpitante,
»¡Despreciables y vanos fundamentos!
»Fundo yo mis proféticos alientos.

90.

»Mas ¡ó dolor! No temen desleales
»De Motezuma provocar la saña
»Los caciques, haciéndose parciales
»De sus mismos contrarios en campaña:
»Y nosotros, espíritus marciales
»Y católicos hijos de la España,
»Siendo causa de Dios la que emprendemos,
»De la patria y del príncipe..... ¡tememos!

En boca de Neptuno pone las palabras siguientes alusivas á Vulcano:

»Yo haré, yo haré que vea el temerario
»Su vana pretension. Yo haré que sienta
»El poder superior de su contrario,
»Y de su audaz intento se arrepienta.»
Dijo, y para estinguir á su adversario,
Con el tridente que su imperio ostenta
Hirió las aguas, y escupieron ellas
De coraje su espuma á las estrellas.

El prosaismo que alguna que otra vez se nota en este canto, disminuye sus bellezas. Tambien se advierte falta de invencion; pero es preciso no olvidar que fue el primer ensayo del vate. Otras composiciones escribió despues, recomendables por sus galas poéticas, que las hacen muy dignas de ser leidas y estudiadas. No es la menos notable de ellas el romance heróico titulado *La voz de la patria en Aragon*, con que celebró el primer sitio de Zaragoza, que tanto humilló á las tropas del emperador francés. Este patriótico y precioso poema es el que D. Isidoro

de Antillon dió á conocer á Quintana, y del que el eminente poeta conservaba tan gratos recuerdos. Es mas breve que la *Pyronea*, pues no llega á trescientos endecasílabos, pero tan vigorosos y bellos, que bien se puede aplicar á esta composicion poética lo que Ciceron decia del poco voluminoso libro de un académico: *Est non magnus, verum aureolus et ad verbum ediscendus libellus*. Hé aquí los primeros versos:

«Oigo tu augusta voz irresistible,
»Tu voz de honor y vida, ó cara patria,
»Y en tu divino fuego ardiendo el pecho,
»Cual tú lo ordenas, vuelo á la venganza.»
Así de Palafox el hijo escelso
Obediente reponde á la voz santa,
Que desde el alto y religioso Pano
Atruena la region que el Ebro baña.
Hay de aquel monte en el oculto seno
Una espaciosa cueva, cuya entrada
A los ojos oculta la espesura
De altos abetos y robustas hayas.
Esta en la oculta série de los siglos
De solas fieras árida morada,
Fue un tiempo de Atarés, de Voto y Félix,
Luego del pueblo fiel segura estancia,
Cuando del rey Rodrigo la torpeza
Y la traicion del Conde fueron causa
De que al infame yugo sarraceno
Doblase la cerviz cautiva España.
Esta fué de Aragon la ilustre cuna,
Y el taller de los héroes, cuya espada,
En mil y mil batallas vencedora,
Triunfó de la perfidia mahometana.
Aquí tambien sus ínclitas cenizas
Respetadas del tiempo en paz descansan,
Para escitar en sus futuros nietos
Del patriotismo la celeste llama.
De este augusto recinto, de estas tumbas
Salió la voz de guerra y de venganza,
Que, atronando los montes y los valles,
Del pueblo aragonés el celo inflama.
Cual rayo de la nube disparado
Hiere esta voz de Palafox el alma,
Del joven Palafox, á quien el cielo
Destina á la defensa de la patria.

Despues de poner una corta alocucion en boca de España, á la que personifica el poeta, continúa éste:

No pudo decir mas, que los sollozos
Y la pena le anuda la garganta;
Tanto bastó para que el noble pecho
De Palafox volase á la venganza,
Clamando enardecido: «Aragoneses,
Sed siempre los que fuísteis; ved que os llama
La patria en su defensa; socorredla;
Y cual lo juro yo, jurad vengarla.»

Estas palabras del caudillo, notables por su laconismo y energía, inflaman el patriotismo de los hijos de aquel país, cuyo armamento general describe el vate del modo siguiente.

De todas partes con igual denuedo
La aragonesa juventud lozana,
A la voz del caudillo generoso,
Ardiendo de furor corre á las armas.
Los que habitan los valles del Pirene,
Y de Moncayo las herbosas faldas;
Los que del Ebro undoso y raudo Cinca
Beben las puras y salubres aguas;
Los que cultivan las floridas vegas
Que el Jalon, el Jiloca y Turia bañan;
Y los que ingieren de Minerva el arbol,
Que fecunda el Martin y el Matarraña.
Tambien vosotros, ínclitos Oscenses,
A quienes Roma dió por mil hazañas
De *vencedores* el glorioso timbre,
Tambien vosotros empuñais la espada.
Todo está ya dispuesto: el padre anciano,
Cuando le ve partir, alegre abraza
Al armado garzon; la tierna madre,
Que de serlo parece aquí olvidada,
«*O vencer ó morir*, le dice al hijo,
»Por la fe, por el rey y por la patria.»
Y hubo dama tambien que al despedirse
Del dulce amante que á lidiar marchaba,
«A Dios, le dijo en ademán severo;
»O renuncia de verme á la esperanza,
»O si á mi vista vuelves, que tu frente,
»Del vencedor laurel se ostente orlada.»

Despues de leer los anteriores endecasílabos, el lector recuerda indeliberadamente la revista que pasa Agamenon en el sitio de Troya á las numerosas tropas que acaudilla, revista pintada con tan brillante y oportuno colorido por Homero, cuyo divino pincel imita felizmente el vate aragonés.

Al llegar las tropas francesas á las puertas de la ciudad heróica dice Báguena:

Llega Lefebre, y cuando ve de cerca
La ciudad sin defensa, sin murallas,
Y de tropas bisoñas guarnecida,
Dice á las suyas con pueril jactancia:
«No es menester que remonteis el vuelo,
»Aguilas nobles de la invicta Galia,
»Para ocupar los altos capiteles
»De esa ciudad..... quered, y tanto os basta.»
¡Incauto General, cuán mal conoces
Del pueblo que desprecia tu arrogancia
El invicto valor, y de su jefe
El indomable pecho y grande alma!
Presto verás los bravos adalides
De Jena y de Austerliz volver la espalda,
Y de nuevo terror sobrecogidas
Tus águilas, plegar las torpes alas.

Derrota de los enemigos y furor y despecho del vanaglorioso Lefebre, no pudiendo evitar la dispersion y fuga de sus tropas:

Rios se ven correr de sangre impía
A mezclarse del Ebro con las aguas,
Arrastrando consigo cinturones,
Bandas, penachos, gorras y corazas.
¿Quién cantará del altanero galo
El rabioso despecho al ver le arranca
El bizarro español, de un solo golpe,
Tantos laureles, tan ilustres palmas?
Acá y allá se arroja furibundo,
A manera de loba ó tigre hircana
Contra la turba armada de pastores,
Que sus tiernos cachorros le arrebatan.
Ya vuela á contener con su presencia
La fuga de los suyos; ya atroz carga
En los nuestros; ya increpa las legiones
Que en Marengo y Freiland se coronaran.

Pero todo es en vano, pues el cielo
Decretó proteger la justa causa,
Y levantar la libertad del orbe
Sobre las ruinas de la injusta Galia.
Ello será, por mas que el feroz corso
Pronunció ardiendo en vengativas llamas:
«Perezca la ciudad que fundó Augusto,
»Y sirva de escarmiento á toda España.»

Asaltos que dan á Zaragoza las columnas que relevan á las primeras:

Nuevas águilas vuelan orgullosas
A disparar los rayos del monarca,
Y emulando la gloria á las primeras
Las siguen otras, y otras las reemplazan.
Siete veces con vuelo estrepitoso
A la abierta ciudad fieras avanzan;
Siete veces batidas por los nuestros,
Retroceden temblando y destrozadas.
No desiste por eso de su jefe
La fiera obstinacion y furia insana;
Insta de nuevo, y la ciudad de nuevo
Con mas sangre y afrenta le rechaza.
Viendo imposible contrastar los pechos,
Ciego ya de furor, ébrio de saña,
Revuelve su coraje embravecido
Contra los santos templos y sus aras.

Incendio y destruccion del piadoso establecimiento de huérfanos y hospital de convalecientes.

No perdonó su bárbaro despecho
De la amable inocencia la morada,
Y de la triste humanidad doliente
El sacro asilo consignó á las llamas.
¡Insensato! ¿No ves que, aunque pudieras
Resolver en cenizas á Numancia,
Jamás de los valientes numantinos
Verán tus ojos la cerviz doblada?

Levantamiento del sitio en las altas horas de la noche.

Cual bandada de buítres carniceros
La codiciada presa desampara
Desde el punto en que hieren sus oidos
Del cazador astuto las pisadas;

De ese modo las águilas rapaces
Abandonan la presa que anhelaban,
Al notar que el leon zaragozano
Se dispone feroz á deztrozarlas.
¡Oh! si el lóbrego manto de la noche
No encubriera la torpe retirada,
¡Cual sintieran las sórdidas harpías
El horrible destrozo de sus garras!

Un poeta aragonés, sacerdote además, no podia olvidarse de ofrecer un himno de alabanza y entrañable gratitud al Dios de los ejércitos y á la *Virgen del Pilar*, viendo alejarse de Zaragoza, vencidos y humillados, á los enemigos de su patria, que habian querido, aunque en vano, apoderarse de aquella capital. El poema termina de este modo:

En tanto al sumo Dios de las victorias
Y á la nueva Judit zaragozana
Les tributa Betulia agradecida
Süave olor de incienso y timiamas;
Y al pie de la *Columna* en tono vario
Gratos himnos de honor y de alabanza
Cantando, los despojos enemigos
A su gran protectora le consagran,
Palafox, al divino patriotismo
Que se levante un obelisco manda
Para eterna memoria del suceso,
Y esta breve inscripcion en él se graba:
Aquí la lealtad aragonesa
Triunfó de la perfidia galicana,
Y con la sangre vil de los tiranos
Salvó la libertad, vengó la patria.

La facilidad de Báguena para versificar era tal, que cuando en 1789 el digno arzobispo de Valencia, Fabian y Fuero, celebró la proclamacion de Carlos IV con abundantísimas limosnas distribuidas entre los pobres y asilos de beneficencia de su arzobispado, el vate improvisó un largo y bello poemita, titulado *Triunfo de la Caridad*, el cual no solo fué *escrito* sino tambien *impreso* en una noche, con objeto de repartirlo al dia siguiente por toda la ciudad y pueblos de la huerta. Al cristiano poeta se debió en gran parte que todas las familias acomodadas imitasen el ejemplo del virtuoso prelado, y que celebrasen todos del modo mas noble y digno el advenimiento al trono del nuevo monarca;

los menesterosos, mezclando sus entusiastas vivas con lágrimas y efusiones de tierna gratitud, y los ricos con la dulcísima satisfaccion y júbilo que siente la conciencia del hombre, cuando acaba de hacer bien á sus semejantes, especialmente si son desvalidos.

Perteneció Báguena á las Reales Academias de Nobles Artes de Zaragoza y Valencia, y á las Sociedades Económicas de Amigos del pais establecidas en una y otra capital. En las actas y memorias de estas respetables corporaciones se publicaron discursos y disertaciones suyas, con objeto de fomentar y promover la ilustracion y prosperidad del reino. Tambien se imprimieron algunas de sus poesías, como la Oda titulada *El hombre con relacion á la sociedad*, y la cancion á la proclamacion de Carlos IV. Estimulado por el ejemplo que le daban algunos de sus ilustres compañeros, desplegó toda su laboriosidad y talento, alternando dignamente con tan doctos varones como D. Vicente Blasco, D. Félix Latassa, Perez Bayer, Antillon, Normante, Cerdá, y con poetas tan esclarecidos como Pichó y Rius, el abate Lasala, Plano, Montengon, Baamonde y Sessé, y D. Tomás Serrano. La obra mas estensa que escribió entonces fue la *Enciclopedia de Nobles Artes*. Aficionado á la numismática y á toda clase de antigüedades desde su juventud, llegó á reunir un rico monetario, al par que otros monumentos tan raros como curiosos, pertenecientes á épocas muy remotas.

Aunque se ejercitó mucho en la oratoria sagrada, solo se imprimió en 1793 su sermon de la Purificacion de la Virgen Nuestra Señora, que pronunció en la metropolitana del Pilar. Lo publicó á sus espensas el Ayuntamiento de Zaragoza, que se lo habia encargado. Poco despues se reimprimió en Valencia. La lectura de esta obra maestra de elocuencia evangélica, escita el justo sentimiento de que no se hayan impreso otros sermones suyos. Cuando predicaba iban á oirle con frecuencia, no solo algunos de los sábios ya citados, sino tambien prelados tan respetables como el Sr. Fabian y Fuero, y D. Fr. Miguel de Santander, auxiliar de Zaragoza, que tan brillante lugar ocupa entre nuestros religiosos oradores, por su importante coleccion de discursos sagrados. Finalmente, escribió algunas oraciones latinas, de las que es tal vez la mas notable la que tiene por título *de laudibus Ludovici Vives*, que salió á luz en Valencia en 1780, y fue muy encomiada por las Efemérides de Roma.

En los cuatro tomos de la *Corona Calasancia*, que últimamente se han publicado en Madrid con el laudable objeto de perpetuar la memoria de los escolapios insignes en virtud y letras, no se hace mencion del P. Báguena, á pesar de que en esta importan-

te obra literaria aparecen biografías de algunos religiosos que vivieron y murieron muchos años despues que aquel digno sacerdote. Es de esperar que en alguno de los volúmenes siguientes, ocupe nuestro vate el distinguido lugar que le corresponde, por su ciencia y sus virtudes, entre los ilustres hijos del gran Calasanz.

El único biógrafo que hasta el presente habló de Báguena, es el mencionado Latassa, que le consagró algunas páginas en el tomo VI de su *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*. Allí dice el docto racionero del Pilar: *Que su religiosidad, elocuencia, erudicion, varias y amenas letras, viveza, gran cultura y estremado juicio, lo hicieron muy estimado en Valencia, y despues en Aragon.* Lo llama finalmente: *Uno de los mas elevados y vastos ingenios contemporáneos;* y añade: *Solo le falta, á mi parecer, la antigüedad, para colocarle al lado de los Ercillas, Villegas, Garcilasos y Argensolas, siendo dignísimo conservarle por modelo, así en la poesía como en la oratoria, sin que Massillon, Granada y otros dejen de admitirlo junto á sí.*

Tambien en la reseña necrológica, leida poco despues de su fallecimiento en todos los colegios de escolapios, habia frases tan honrosas á la memoria del difunto, como este merecia. Despues de llamarle *Virum scientiarum, virtutum ac meritorum gloria commendatissimum*, y de mencionar *Orationes ejus, tum sacras, tum profanas, maxima eloquii castitate confectas, quarum aliquas typis vulgarit,* se leen estas literales palabras en aquel escrito: *Poetica vero in facultate quantum valeret, venusta et præclara illa satis ostendunt carmina, quæ publica tunc facta, ab omnibus plurimum habita, et avide conquisita sunt. Summus quoque antiquitatis amator, in hujus reconditis thesauris undequaque comparandis, nulli parcens labori, totus insudavit. Verbi quoque divini præconem ita egit, eximium ut sacros inter oratores locum principem sibi vindicavit.*

En el último período de su vida sufrió con admirable constancia y cristiana resignacion, penosas dolencias y dolorosos achaques, inseparables casi siempre de la vejez, y de una existencia tan activa y laboriosa como la suya. Cumplidos los setenta y dos años de edad, y despues de recibir con edificante piedad los santos Sacramentos y consuelos de la religion, el 9 de diciembre de 1817 terminó sus dias con la muerte apacible del justo, en el colegio de Valencia.

La enfermedad que lo llevó al sepulcro fue una hipocondría complicada, enfermedad muy frecuente en literatos y poetas de tan ardiente imaginacion y de sensibilidad tan esquisita como tenia Báguena. Su escelente amigo el ya citado abate Lassala, que tanto lugar se hizo entre los sábios de Italia al residir y

publicar en Bolonia sus estimables escritos, habia muerto igualmente en la ciudad del Cid en 1806, de la misma dolencia. Lo propio puede asegurarse de Melendez y Lista, que fallecieron posteriormente. Los aterradores efectos de tan grave mal sufrieron toda su vida el inmortal cantor de la *Jerusalén libertada* en el siglo XVI, y en nuestros dias el desventurado Leopardi, uno de los primeros vates de Italia, ó por mejor decir de Europa. Quizá no falleció de otro mal el tierno y sublime Virgilio, á juzgar por el subido matiz de dulce melancolía que respiran sus versos todos. Lucrecio, en fin, el cantor filósofo y divinizador de la prosáica materia, dando fin á su tétrica existencia por medio del antipoético y horrible suicidio, manifestó bien claramente que era víctima, no de la supuesta demencia que se le atribuyó equivocadamente, sino de la desgarradora tristeza, del *spleen* sombrío y espantoso que atormenta y acibara los dias de los infelices materialistas y escépticos. Si en lugar de ser *panteista incrédulo*, como le llama Didot, hubiera sido tan espiritualista y creyente como el divino cisne de Mantua, sin duda hubiera espirado, como este, tranquilamente en su lecho. Nadie ha esplicado ni definido mejor tan cruel enfermedad como mi difunto amigo (víctima de ella) Pastor Diaz, cuando dice: *Que es aquel disgusto del mundo que á cierta edad se apodera con tanta amargura de las personas entusiastas y poéticas, que ven disipadas sus ilusiones ante la realidad inexorable de la vida, y que, sin embargo, no se avienen, no caben en esta realidad.*

Dos años despues del fallecimiento de Báguena, ó lo que es lo mismo, á fines de 1819, el Excmo. Sr. Conde de Parcent y Contamina, su aprovechado y agradecido discípulo, mandó reunir todas sus composiciones poéticas, con objeto de publicarlas á sus espensas en un tomo en 8.° El editor D. Ildefonso Mompié se encargó de la impresion. El P. Lorenzo Ramo de San Blas, que fué despues Prepósito general de las Escuelas Pias y Obispo dignísimo de Huesca, discípulo igualmente del P. Báguena, escribió el prólogo, y una breve y elegante noticia biográfica de su maestro. La guerra civil, empero, que estalló desgraciadamente á principios del año 20, los trastornos que sobrevinieron inmediatamente en España, y otros sucesos imprevistos, impidieron (mal pecado) la realizacion de tan loable pensamiento. Hé aquí la causa de que el nombre del vate aragonés no sea tan conocido como debiera en la república literaria. Sería de desear que se buscaran de nuevo sus versos todos, y vieran la luz pública, ya por su indisputable mérito literario, ya tambien por el noble y ardiente españolismo que aparece en todos ellos.

Báguena, Boggiero y Arolas forman un bello triunvirato de

poetas, que son el ornamento y gloria de las Escuelas Pias. El primero se distingue por el vigor y robustez de la frase, y por la oportunidad y elevacion de sus pensamientos; el segundo por el espíritu religioso, por el sabor bíblico, por la gracia, dulzura y originalidad de sus inimitables versos; el tercero por su lozana, florida y fecundísima imaginacion, y en suma, por ser el primer vate orientalista de España, y quizá no inferior á los mas renombrados de otras naciones.

Es de lamentar que este inspirado y melodioso trovador de nuestros dias, en vez de cantar con blanda lira las perlas y joyas de Basora, y las brisas, flores y aromas de Oriente, y sobre todo la molicie y sensualismo voluptuoso de Stambul y de Bagdad, no eligiese para sus armoniosos acentos otros asuntos mas graves y elevados, y mas dignos, por tanto, de la severa musa española. No obstante, alguna vez entonó cánticos que, por su espíritu cristiano y solemne magnificencia, merecen colocarse al lado de los mejores versos del divino Herrera y de Fr. Luis de Leon; por ejemplo, el himno á Dios, en el que se leen las estrofas siguientes.

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,
Y al mar señalaste linderos prescritos;
Tu amago de enojo produjo el diluvio,
Tu enojo el infierno, do están los precitos.
En vano con sombras el caos se cierra:
Tú miras al caos, la luz nace entonces;
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,
Tú mides los siglos que muerden los bronces.
De largo reposo dictándoles leyes
Alzaste los montes, jigantes dormidos,
Poniendo en algunos, á guisa de reyes,
Diadema de fuego, volcanes temidos.
Concede á mis penas la luz de bonanza,
La paz á mis noches, la paz á mis dias,
Tu amor á mi pecho, tu fe y tu esperanza,
Que es bálsamo puro que al ánima envias.

Siendo objeto de esta obrilla un vate español tan digno de loa como olvidado, quizá no es inoportuno terminarla, no en *vil prosa*, como llama á esta (no sé por qué) cierto celebérrimo Monsieur *de cuyo nombre no quiero acordarme*, sino en el *sobrehumano lenguaje de los dioses y de las musas*, como decian los *clasiquistas* de antaño. Permítaseme, por tanto, añadir el siguiente soneto á los párrafos anteriores.

A LA MEMORIA DEL P. BÁGUENA.

Cantaste, sacro cisne, en digno acento,
Del bizarro adalid heróica hazaña,
Que al poder agregó del rey de España
El imperio de Méjico opulento.
Llora vencida Francia su escarmiento
Ante pueblo inmortal que el Ebro baña,
Y á su alto prez, que el tiempo nunca empaña,
Eternal erigiste monumento.
¡Y borrado tu nombre en tosca piedra
Sepulcral por las sombras del olvido,
No brilla con auréola de gloria!.....
Humildes hojas de laurel y hiedra
Recibe al menos, vate esclarecido,
Que ofrece mi cariño á tu memoria.

NUMANCIA.

Era una tarde de mayo. Agradable, deliciosa tarde, muy propia, por consiguiente, para dar largo paseo. El sol brillaba no lejos de su ocaso. Las cumbres de los altos montes de Castilla la Vieja, heridas de sus tibios rayos, comenzaban á alargar sus sombras por la superficie de los valles. Las copas de los árboles dejaban sentirse apenas, agitadas blandamente por el viento. Las avecillas con lánguida y cansada voz se despedian de la luz del dia. El Duero, ufano con el tributo que le acababa de rendir el Tera humilde, manifestaba su orgullo, batiendo con sus soberbias ondas los eminentes riscos que coronan sus márgenes. La naturaleza toda hacia alarde de los encantos y adornos con que tan liberalmente acababa de engalanarla el mas bello de los doce meses del año, el *mes de las flores*.

Todo contribuia á hacer mi paseo mas grato y delicioso: todo á prolongar mas y mas mi dulce y profundo enagenamiento. Caminaba Duero arriba por su orilla izquierda, cuando in-

sensiblemente me encontré al pie de la colina donde estuvo situada la memorable Numancia. «Aquí existió (me dije á mí mismo) la ciudad mas belicosa del mundo; la que por sí sola resistió muchos años á todo el poder de la soberbia Roma; la que destrozó cinco de sus mas poderosos ejércitos; la que ajó los lauros de sus Cónsules; la que mereció al padre de la elocuencia latina el honroso epíteto de *terror del imperio;* la que prefirió, en fin, verse reducida á cenizas, antes que sucumbir al yugo de los tiranos.»

¿Qué español, por poco que sienta arder en sus venas el fuego del patriotismo, por poco que eleve su mente con el recuerdo de nuestras antiguas glorias, no se llenará de un profundo respeto, de una veneracion augusta al contemplar aquel sitio venerando? Llegar yo á él, prosternarme por tierra en un involuntario movimiento de entusiasmo, y besar el ennegrecido suelo de aquella nueva Troya incendiada, fue todo obra de un momento. Doy una ojeada rápida por toda aquella vasta llanura, y con la mayor admiracion y sorpresa no veo mas que montones de hacinadas piedras, únicos padrones que publican la sin igual constancia, el invicto esfuerzo de tantos héroes, mas dignos en verdad de colosales y magníficas pirámides que los Faraones de Egipto. La vista de tan sencillos monumentos me recuerda los que el hijo de Valcluta levantaba en el desierto á la memoria de los Fingales y Cartones, y demás guerreros cuyas hazañas cantó el Homero de la Caledonia.

Mas aunque no quede ya ningun vestigio de aquella poblacion, tan antigua como ilustre; á pesar del silencio y soledad de aquella colina desierta, ¡quién, al verse en ella, no se trasportará en espíritu á la remota época de la guerra de Numancia con los romanos? ¿Quién no se figurará la ciudad que apenas contaba con ocho mil guerreros para su defensa, sitiada de un ejército de sesenta mil hombres? Sin embargo de esta enorme desigualdad de fuerzas, y de la justa nombradía de los sitiadores, que habian sujetado al yugo romano casi todo el mundo conocido, dejan mil veces los bravos numantinos el seguro abrigo de sus muros, salen á campo raso á batirse cuerpo á cuerpo con las legiones enemigas, las encuentran, las acometen, trábanse las mas sangrientas batallas, quedando las mas de las veces oprobiosamente batidos los romanos.

Cerca de allí se descubre el valle donde perecieron cuatro mil del ejército que comandaba Quinto Fulvio Nobilior. Algo mas lejanos aparecen los cerros, cuyas faldas quedaron enrojecidas con la sangre de veinte mil á las órdenes del malhadado Mancino, viéndose obligado á capitular este General, aunque contaba

todavía con otros tantos soldados disponibles para el combate. Allí se ve el sitio por donde la ciudad fue cercada con un vallado de seis millas de circunferencia, con un profundo foso, y con un grueso y elevado muro, que abrazaba toda la circunvalacion. Allí se muestra la altura donde se levantaban dos castillos para estrechar y hostilizar mas y mas á la desgraciada ciudad, que estaba solo guarnecida con unos débiles é insignificantes parapetos. Tales fortificaciones creyó absolutamente necesarias el *Grande* Escipion, para rendirla. Pero ¿qué mucho, si veia desalentarse y temblar á todo su numeroso ejército á la vista de un solo numantino? Allí suena el rio, cuyas aguas se empeñó, aunque en vano, en desviar el ejército sitiador, porque acometiéndolo con sobrehumano brio aquel puñado de valientes, lo pusieron en vergonzosa fuga, hasta precisarlo á parapetarse en sus trincheras.

Por cualquiera parte que allí se tienda la vista, se ofrecen objetos que recuerdan el valor de Numancia, y el oprobio de sus injustos invasores. Ya no queda mas que la memoria de tantos hechos gloriosos. El tiempo, que imprime su destructora huella hasta en lo mas respetable y sagrado, acabó de despedazar los restos de aquella ciudad perínclita, que habia perdonado el furor de las llamas; y el arado trastornó y rompió hasta los robustos y sólidos cimientos de los edificios, en donde hubiera tardado muchos siglos á ejercer aquel su ominosa influencia. Un profundo silencio, un reposo muy semejante al de los sepulcros reinan en aquella soledad, que la hacen mas augusta y solemne, si se comparan con la estruendosa gritería y hervir de sus antiguos habitantes. Solo de cuando en cuando suena el mugido del buey manso y pacífico, que pace allí libremente; ó la voz desapacible del rústico gañan, que hiriendo el viento con sus groseros cantares, acaba de sumir el alma en un abismo de amargas reflexiones.

¡Qué diferentes escenas presentaria en otro tiempo y situacion este mudo y desierto collado! ¡Qué sublime y grandiosa perspectiva no sería, cuando sus terribles moradores bajaban por aquella pendiente con la impetuosa precipitacion del rayo, para lanzarse al enemigo! ¡Cómo se irian inflamando los unos á los otros en el deseo de gloria! Hasta los menos valientes se esforzarian por ser los primeros en acometer y hacer estragos. Y trabados aquellos combates horrorosos, ¡cuál sería de oir el tumultuoso estruendo de las máquinas militares, el ruido de las armas, el agudo sonido de los clarines, la espantosa vocería de los combatientes, el relinchar de los caballos, y los desesperados alaridos de los moribundos!

Angustiado el espíritu con estos pensamientos lúgubres y sombríos, no puede menos de esforzarse por desvanecerlos, para respirar con otros mas halagüeños y dulces. ¡Qué ufanos, qué llenos de gloria y orgullo entrarian por las puertas, despues de arrollar á las huestes enemigas, aquellos héroes, cubiertos todavía con el polvo de las batallas! ¡Con qué placer, con qué entusiasmo las matronas y bellezas numantinas aplaudirian á sus hijos y amartelados, que venian á costa de su sangre de defender la libertad de su patria, y de ponerlas á ellas á cubierto del desenfreno y libertinage de los brutales romanos! Un abrazo maternal, una sonrisa dulce y amorosa recompensarian á los guerreros de su cansancio y fatigas. Y no puede dudarse ciertamente, atendido el espíritu belicoso de aquella república, que el amor contribuiria á inflamar mas y mas, en estas y otras ocasiones, el ardor militar de aquellos valientes.

Para solemnizar las victorias, tendrian en el silencio de la noche sus festines y saraos, menos brillantes y ostentosos, sin duda, pero harto mas importantes que los de nuestros dias. Allí se presentarian aquellos bravos á los ojos de sus damas, no ya ceñidos de la coraza y del casco, sino adornados de plumas y de otras sencillas galas, que no desmentirian su carácter marcial. Las varoniles beldades de Numancia, tan acostumbradas á presenciar todos los dias, sin miedo ni melindre femenil, las escaramuzas y refriegas mas reñidas, prodigarian al valor su tierno cariño y complaciente agrado, mientras con su desvío y severo ceño dejarian bien desairada la cobardía, si es que podia existir algun cobarde entre aquellos hombres, valientes por naturaleza.

¡Feliz república, en la que nadie podia ser amante correspondido sin ser esforzado! ¿Qué estímulo mayor para una juventud tan belicosa de suyo? Estas, que parecen ilusiones á primera vista, adquieren todo el grado de probabilidad posible, si se considera por un momento que cuando, ajustadas las paces con el Cónsul Pompeyo Rufo, se trató de entregar las armas, las numantinas fueron las que, desaprobando indignadas aquella condicion, obligaron á romper y anular tan ignominioso tratado; siendo en esta ocasion superiores á tan decididos guerreros en patriotismo y fortaleza.

Pero el ánimo no puede sin lástima recordar á Numancia en los últimos dias de su largo y terrible cerco. El tiempo volaba insensiblemente, sin que por ningun lado apareciese un rayo de esperanza. El sitio continuaba mas apretado de cada dia, y la ciudad estaba en el último trance por falta de comestibles. En vano Retógenes Caraunio, distinguido por su intrepidez entre los mismos numantinos, salió de la ciudad con otros cinco com-

pañeros, superando las mayores dificultades, para implorar el auxilio de otros pueblos; pero no halló en todo el país mas que una compasion estéril. Solo algunos valerosos jóvenes de Lucía se brindaron á ayudarles: castigados empero con la mayor crueldad por Escipion, quedaron atemorizados los demás pueblos.

Con todos sus sesenta mil hombres no se atrevia el General romano á entrar en lid con los numantinos, aunque ya no pasaban de cuatro mil. Empeñado en tomar la ciudad por hambre, se mantenia como sitiado en sus trincheras. ¡Qué ignominia! Numancia, obligada por la dura necesidad, le pide la paz, pero con aquellas condiciones decorosas á que era tan acreedora por su valor, y sobre todo por la nobleza y magnanimidad que habia manifestado con las legiones vencidas de Mancino. El desapiadado Escipion, no respetando la desgracia de unos héroes tan dignos de mejor suerte, se niega abiertamente á una demanda tan justa. Viéndolos acosados de la miseria, quiere obligarlos á rendirse á discrecion. Los hijos de Numancia, prefiriendo á la esclavitud el morir como hombres libres, salen á manera de torbellinos, que por do quiera que pasan dejan la destruccion, la ruina, y retan á todo el numeroso ejército enemigo, que aun encastillado en sus reales tiembla al verlos: siendo necesarios todo el prestigio é influencia de un Escipion, para impedir que sus falanges vuelvan la espalda, sobrecogidas de terror.

Diríjense los ciudadanos á Numancia con el mayor orden y serenidad, y aquella desgraciada poblacion representa en seguida la tragedia mas terrible y lastimosa que han visto los siglos. El corazon mas empedernido se enternece al recordarla; las lágrimas y sollozos anudan la lengua al quererla mencionar; y la pluma trémula, no acierta á pintarla con los debidos colores. Comienzan á arder los techos de las casas y templos y edificios públicos; por las calles y plazas espiran, entre horribles agonías y espantosas convulsiones, los que habian tomado veneno; resuenan por todas partes los mas descompasados gritos de furor, entre los que se deja entreoir confusamente el dulce nombre de *libertad;* los tiernos niños mueren á manos de sus desatentados padres; los esposos y los amantes degüellan sin piedad á sus mujeres y queridas; los hombres se matan unos á otros en combates particulares; algunos se precipitan con calma y sangre fria en las llamas; no pocos se atraviesan con sus propias lanzas; todos perecen, sin quedar uno siquiera para trofeo del carro triunfal del inhumano invasor. Entra este en la ciudad, y no encuentra mas que ruinas y cadáveres, cenizas y desolacion. Acaba de arrasarla, tomando venganza de los endebles muros y demás edificios que aún estaban en pie, desesperado de no

haber podido domar á sus invictos habitantes. ¡Triunfo digno de tal héroe! Desde entonces, el Duero que baña el cerro donde existió Numancia, publica al mar con su bronco murmullo el heroismo de aquella ciudad gloriosa, y la barbárie del feroz Escipion.

Estas reflexiones, al par que se agolpan de tropel en la fantasía del hombre pensador que recorre aquella muda y desamparada eminencia, dejan su corazon cubierto de luto y amargura. Y no deja de estrañarse, y sobre todo de sentirse muy mucho, el descuido y negligencia culpable con que se ha mirado hasta ahora aquel teatro de tantas y tan famosas hazañas, pues en todo él no aparece, por desgracia, ni el mas pequeño monumento, ni la mas humilde y sencilla lápida, que diga al inadvertido caminante: *Aquí fue Numancia.* ¡Tan exíguo es el interés que ha tomado España por eternizar la memoria de una ciudad, que fue su mayor gloria y ornamento! Sombras augustas y respetables de Megara, Retógenes, Aluro y demás héroes, que en el silencio de la noche vagais en torno de aquellas ruinas solitarias, bañadas de los escasos resplandores de la luna, vuestros nombres están grabados con caracteres indelebles en el libro de la inmortalidad y en el templo de la gloria; los ecos de vuestras hazañas llegaron hasta los últimos confines del mundo; y la pátria, la ingrata patria, por cuyo amor sacrificásteis de grado vuestras vidas, no piensan recordar vuestra memoria á las generaciones futuras en aquel mismo sitio que admiró vuestra intrepidez y constancia.

Mucha gloria se adquiriria el celoso patriota, que fomentase con calor la construccion de un monumento digno de las víctimas de Numancia. Así se desagraviaba, aunque tarde, á tan ilustres mártires de la independencia nacional. Este tributo de gratitud y de alabanza, que tanto se merecen, hubiera sido muy oportuno y debido en todo tiempo; pero nunca lo exigieron tan imperiosamente la razon y la justicia como en la época presente, en la que despertando los pueblos del profundo letargo en que dormian, combaten con tal denuedo por sus antiguos derechos y libertades.

¡Cuánto no se entusiasmaria nuestra juventud al ver que la patria premiaba el valor de sus preclaros hijos hasta mas allá del sepulcro! *A tales ardides debió Roma, en mucha parte, el dominio del orbe*, dice un escritor célebre. Ojala quede estinguido tan en breve como desean todos los buenos españoles el fuego de la discordia, y veamos finalizada la guerra fratricida y asoladora que nos aflije, para que en el seno de la paz (que es cuando pueden únicamente las artes alzar y desplegar sus vuelo) se erijan este y otros monumentos no menos gloriosos, que perpe-

túen en las edades futuras el nombre y lauros de nuestros esclarecidos mayores.

Nota. *El anterior artículo se publicó en el* Boletin oficial *de la provincia de Soria el* 3 *de junio de* 1836. *En el mismo periódico imprimió antes y despues el autor varias composiciones poéticas, con el objeto de llamar la atencion del público, y sobre todo de las autoridades, á fin de que se erigiese un monumento á los defensores de Numancia. Hé aquí una muestra de aquellos versos:*

Cumplido su fatal presentimiento
Vió el orgulloso vencedor de Jena,
Pues *Numancia*, *Numancia* en ronco acento
Allá sonando en la region serena,
El hispano leon despertó airado,
Y al águila imperial acometiendo,
Cual rayo de la nube disparado,
A pesar del vigor y ardiente brio
Que mostró envanecida
Con tanto y tanto prez y poderío,
El ave coronada cayó herida,
Dilatando su aliento fatigoso,
Hasta lanzar de Waterloo en los campos
El postrimer suspiro de su vida.
Tanto pudo el recuerdo
Del memorable pueblo numantino;
Del pueblo que vivir y morir libre
Supo á despecho del fatal destino.
No importa que lo agobien
Cuantas funestas plagas, cuantos males
Con la copa acibaran de amargura
La existencia infeliz de los mortales.
En vano se conjura
Con el rigor del hado,
Su poder desplegando prepotente,
El caudillo de Roma despiadado.
Perece y triunfa la ciudad valiente,
Humillando á la suerte y á los hombres
Que pretendian doblegar su frente.
Ni un ciudadano solo
El carro de Escipion sigue cautivo;
Y en vez de la guirnalda vividora
A que aspiraba el adalid altivo,
Maldicion, maldicion á toda hora
Su oido martiriza

Una voz de sepulcro aterradora.
De Numancia las víctimas en tanto,
A su vista vagando ensangrentadas,
Se gozan en su espanto,
Y gritan irritadas:
Libertad, libertad; mientras las Furias,
En su pecho cebándose crueles,
Aumentan su agonía, al enseñarle
De los héroes los cívicos laureles.
Desde entonces, Numancia, allá en el seno
De tus augustas ruinas,
Libertad, libertad, cual bronco trueno,
Que ensordece los valles y colinas,
Dia y noche retumba.
En vano el tiempo, en vano,
Para acallar sus ecos, las cenizas
De aquella inmensa tumba
Helar intenta con su fria mano.
Antes inmovil quedará la tierra,
Y oscurecido el astro que á torrentes
Su luz al orbe sin cesar derrama,
Que del fuego inmortal que allí se encierra
Puedan los siglos extinguir la llama.
Llama que nutren Génios tutelares
Con benéfico aliento,
Para inflamar los pechos generosos,
Que vienen de la Patria en los altares
Sus vidas á ofrecer con ardimiento.
Desde allí los Abarcas y Pelayos,
y Ramiros y Cides,
Honor de Hesperia, de Belona rayos,
Volaron á vencer en fieras lides.
Y al estruendo de cánticos marciales,
Que inspiraron, indómita Numancia,
Tus mil y mil trofeos inmortales,
La ciudad oriental que baña el Dauro,
Y cual bella sultana se adormia
En brazos del amor y la fortuna,
Mira sus altos muros desplomarse,
Y entre escombros yacer la media luna:
Mientras el Español, que entusiasmado
Su conquista magnánimo acomete,
En musulmana sangre ve lavado
El infando baldon del Guadalete.

No fueron inútiles mis esfuerzos, ni podian serlo en una capital tan ilustrada y celosa de sus lauros, como Soria. El Sr. Don José Alvarez Guerra, dignísimo Gobernador civil entonces de la provincia, y otras personas respetables, acojieron con entusiasmo tan laudable pensamiento. A fin de llevarlo á su debido efecto se abrió una suscricion, que comenzó á dar desde luego los mas felices resultados.

Mas cuando se trataba ya de comenzar la obra, fue preciso desistir de tan noble idea, con sentimiento de todos, con sentimiento el mas profundo, causado por la trágica y sangrienta jornada de Bañon, en que perecieron todos los Oficiales de los *Francos de Soria*. Hechos prisioneros por el gefe carlista D. Manuel Quilez, fueron fusilados, incluso el médico-cirujano del batallon.

Solo pudo librarse de la muerte, de un modo verdaderamente milagroso, el teniente D. José Ayuso, que aunque fue arcabuceado con sus compañeros de infortunio, no le tocó ninguna bala; recibió empero algunos bayonetazos despues del fusilamiento, que lo dejaron moribundo y sin sentido. A los pocos meses recobró la salud afortunadamente.

La tragedia de Bañon, que llenó de consternacion y de luto á los habitantes de Soria, no pudo menos de suspender y aplazar el patriótico proyecto que poco antes ocupaba la atencion de todos. En vez de monumentos de gloria á los héroes numantinos, fue preciso, como era justo, atender al socorro y alivio de los huérfanos y viudas de las víctimas de Bañon, naturales la mayor parte de dicha capital.

Ultimamente se ha comenzado á levantar el monumento en la colina de Numancia, y es de esperar se concluya pronto, para honor y prez de Retógenes y Megara, de los hijos de Soria y de la nacion entera.

ALCAÑIZ Y SUS HIJOS ILUSTRES.

ARTICULO I.

SONETO.

Renombrada Alcañiz, la bella historia
De tu origen y bélicos blasones
Pregonan esos viejos torreones,
Que alzó Don Jaime, de inmortal memoria.
El esplendor y palmas de victoria
Que ornaron á tus bravos infanzones,
Realzaron despues doctos varones,
Que son tu orgullo, tu delicia y gloria.
Es mas dulce tu nombre, ó patria mia,
Al bardo tu cantor, que la esperanza,
Lágrimas al secar de pobre niño:
¿Y una madre cual tú desdeñaría
El entrañable feudo de alabanza,
Que te consagra mi filial cariño?

Situada Alcañiz en la orilla derecha del Guadalope, al abrigo del baluarte que la domina y proteje, es mas notable por los hijos ilustres que ha producido, que por el título de antigüedad, casi siempre cuestionable, que le han atribuido varios escritores. Grennet en su Atlas, Harduino en su comentario á Plinio, y Mentelle en su Geografía moderna, han creido que dicha ciudad se fundó sobre las ruinas de la griega Leónica. Del mismo parecer han sido en nuestros dias Miñano en su Diccionario, Anchoriz en su Ensayo de geografía histórica, y Ranera en los elementos de la misma. Los escritores aragoneses Gerónimo Blancas, Blasco de Lanuza, Martin Carrillo, Francisco Andrés y Ambrosio Bondía, han sostenido que era el municipio llamado Ergavica en tiempo de la dominacion romana, y Arcabrica en la época de los godos. Dictamen muy conforme al de Abraham Ortelio, Lucio Marineo Sículo, Miguel Villanovano (ó sea Miguel Servelo, á quien mandó quemar vivo en Ginebra el implacable Calvino), Nebrija, Loaisa, Covarrubias, Alderete y Mendez Silva.

Masdeu y el P. Florez creen, por el contrario, que Santaver es la Ercavica de los antiguos; y el Doctor Traggia, que este municipio estuvo donde al presente se halla Murebrega, es decir, no lejos de Moncayo. Alonso Gutierrez, Gabriel Alamin, el Dominicano Fr. Tomás Ramon, Micer Gerónimo Ardid y Pedro Juan Zapater, hijos todos de Alcañiz, consagraron largas vigilias al estudio de la historia y antigüedades de su pueblo natal, dejando sobre el particular muy curiosos manuscritos. Utilizando estos trabajos literarios el docto Capuchino Fr. Lamberto de Zaragoza, fue del mismo parecer que aquellos eruditos alcañizanos, sosteniendo ser la antigua Ergavica la referida ciudad.

Todos ellos apoyaron su opinion con las inscripciones de tres lápidas, encontradas en las inmediaciones de Alcañiz en los siglos XIV y XV. El primero de estos monumentos, tenia por objeto recordar á los ercavicenses una victoria conseguida de sus contrarios los cartagineses; y el segundo perpetuar el nombre de su conciudadano Honorio Taxo, hijo de Mauricio, esforzado Capitan de los celtíberos; y el tercero, finalmente, era un tributo de gratitud á la memoria de Scipion el Africano. Once monedas antiguas, desenterradas en distintas ocasiones muy cerca del Guadalope, eran una prueba mas (quizá mas aparente que positiva y real) que confirmaba aquella opinion.

Traggia, empero, dudó, y no sin fundamento, de la autenticidad de las lápidas, que han desaparecido efectivamente hace siglos; no haciendo mucho caso tampoco de las medallas, puesto que otras, aunque en corto número, con el mismo nombre de Ercavica, se han descubierto igualmente en otros puntos de la Península. Por estas y otras razones de localidad no despreciables, D. Miguel Cortés, siguiendo en esta parte al historiador Ferreras, sostiene enérgicamente que Alcañiz es la Anitorgis mencionada por Tito Livio y Apiano Alejandrino. *Ciudad tan célebre en la historia*, son palabras literales de Cortés, *por ser la primera que se presenta en la trágica campaña de los dos Escipiones.* Poblacion en que, parapetado con su ejército Asdrubal Barca, vió dividirse, con mal acuerdo, á los dos hermanos Cneo y Publio, acampados en la ribera opuesta del rio, para sucumbir poco despues separadamente á mano de los cartagineses. Cuadrado y Madoz han opinado como el autor del Diccionario geográfico-histórico de la España antigua, y como el erudito párroco de San Andrés de esta Corte, el Sr. Ferreras. Beuter, sin embargo, en su Crónica, presume que Anitorgis es la ciudad de Albarracin.

No siendo posible conciliar tan opuestas opiniones, ni asegurar, sin peligro de equivocarse, qué nombre tuvo Alcañiz en la antigüedad, lo que puede afirmarse con mas fundamento es que,

destruida por las guerras y con el trascurso del tiempo, fue reedificada por los vencedores del Guadalete. En el siglo IX la menciona por primera vez la historia con el nombre de *Alkanit*, dominada á la sazon por los musulmanes. Sin duda le dió aquella denominacion árabe el caudillo Alaaka, en sus espediciones y conquistas por aquel país, fortificando el cerro en cuya pendiente se agrupó despues la poblacion, ó sean los habitantes de *Alcañiz el Viejo*, como llaman todavía á dicha altura los alcañizanos de la nueva ciudad. En sus inmediaciones se dió por aquel tiempo una sangrienta batalla entre el joven Wali Zeid, vástago de los califas de Córdoba, y el rebelde Afsun, muriendo en ella aquel gallardo príncipe, víctima de su lealtad y bizarría.

Alkanit fue conquistada por D. Alonso el Batallador. Así que llegó con su ejército á las inmediaciones de aquella plaza fortificada, que contaba además con una guarnicion tan decidida á la defensa como numerosa, considerando que no era fácil apoderarse de ella sin un largo y formal asedio, colocó el belicoso y prudente adalid su campo atrincherado en el alto y enriscado cerro, donde está situado el casi arruinado castillo de la ciudad moderna. Ocupada por fin la poblacion moruna por el victorioso príncipe, se edificó un baluarte, y un templo dedicado á Santa María Magdalena, en el mismo sitio del campamento cristiano, y alrededor de esta iglesia y de las fortificaciones que la escudaban, se fundó la actual Alcañiz.

Podrán los anticuarios y eruditos disputar á esta ciudad ilustre el nombre mas ó menos glorioso que tuvo allá en siglos remotos; pero nadie podrá negar que la poblacion de nuestros dias tiene por fundador á uno de los reyes mas esclarecidos que han gobernado en España y en el mundo entero: gloria que, sea dicho de paso, vale mas que el que se llamara en otros tiempos Leónica, Ergávica ó Anitorgis. Erigida en plaza de armas desde la reconquista, sirvió para enfrenar á los moros fronterizos del reino de Valencia, que en repetidas escursiones intentaron, aunque inútilmente, apoderarse de sus muros.

El valiente D. Sancho Aznar, que desde entonces se apellidó el de Alcañiz, encargóse de su defensa con otros caballeros, correspondiendo muy cumplidamente, tanto aquel gefe como sus subordinados, á la confianza del monarca. Andando el tiempo, D. Alfonso II hizo merced de aquel pueblo y su jurisdiccion al Maestre de Calatrava D. Martin Perez de Siones, para remunerar sus servicios militares, y los de la ínclita Orden á que tan dignamente pertenecia. A mediados del siglo XIII, apellidando guerra las autoridades de Alcañiz, y unidas á los hijos de la villa fuerzas de otros pueblos comarcanos, embistieron denoda-

damente á los infieles, fortificados en la Eslida y Veo, haciendo en ellos tan sangrienta carnicería, que no volvieron con sus algaradas á turbar las márgenes del Guadalope.

En Alcañiz se reunieron varias veces las antiguas Cortes de Aragon, siendo las mas notables las que convocó el Rey Don Jaime, para sosegar las turbulencias del reino promovidas por los Infantes D. Alonso y D. Pedro de Portugal, y las que se congregaron en 1437 para conceder un subsidio á D. Alfonso V, con destino á la guerra de Nápoles. Celebráronse las últimas en 1640, reinando Felipe IV.

En la edad media era una de las villas mas importantes de Aragon, á juzgar por las bellas y góticas construcciones de aquella época que todavía la hermosean, dándole cierto aspecto de esplendor y majestad. «La solidez y dorado tinte de los silla»res (dice el elegante Cuadrado), las molduras de las fachadas, »los arabescos de los ventanas, partidas á veces por ligeras co»lumnas, la gallardía, en fin, de los edificios, allí mejor que en »otra ciudad, corresponden á la nobleza y antigüedad de sus »poseedores.» Hasta nuestro siglo se han perpetuado los ilustres apellidos de Luna, Cervellon, Ram, Santapau, Castellon, Aznar, Bardají, Romeo, Jover, Blasco, Ferrer, Castillo, Ripoll y otros no menos distinguidos, pertenecientes á las familias de infanzones que se establecieron en Alcañiz al tiempo de la conquista.

Edificada bajo un cielo sereno y templado; dominando una vega tan risueña como fecunda, donde brotan copiosos manantiales y cristalinas fuentes por todas partes; cercada de estensos olivares, que forman un agradable contraste con el verdor y lozanía de su frondosa huerta, poblada de moreras y arboles frutales; realzada, en fin, la amenidad de sus campos con la bella perspectiva de su famoso estanque, formado en el declive de humildes cerros, que lo circundan, presenta á la vista un cuadro tan animado y poético, que no es estraño fuese *el Aranjuez de Aragon*, digámoslo así, en concepto del invicto D. Jaime el Conquistador, que solia en ella descansar de las fatigas de la guerra.

He nombrado el estanque de Alcañiz, y en verdad no sería justo dejar de hacer mencion de sus grandes y sabrosas anguilas. No seré yo el que las encomie, porque mi voto y opinion no tendrian la imparcialidad necesaria, pues no puede menos de ser apasionado el entusiasta elogio que un hijo tributa á su madre patria. Dejaré que las celebren testigos de mayor escepcion.

Cuando nuestro D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, Conde de Aranda, era embajador en París, tuvo en cierta ocasion la honra

de ser convidado á comer por los Reyes de Francia, los tan infortunados despues Luis XVI y María Antonia de Austria. Habiéndose presentado anguilas y queso en la mesa, el Conde apenas probó uno y otro manjar. Advirtiéndolo la Reina, le dijo con benévola sonrisa: «Apuesto, Conde, que ó no os gustan el »queso y las anguilas, ó creeis que estas y aquel son inferiores »al queso y anguilas de vuestro pais.—Señora (respondió el »prócer aragonés con respeto), si V. M. se digna darme su Real »permiso, dentro de pocos dias tendré la honra de ofrecer á los »pies de V. M. anguilas de Alcañiz y queso de Tronchon, »y V. M. resolverá por sí misma con mas acierto que yo esta »cuestion de gustos, que no es (como V. M. sabe muy bien) de »las mas fáciles de decidir.—Acepto de buen grado,» contestó con afabilidad la bondadosa Reina.

Poco tiempo despues, en fuentes y bandejas de plata, aparecian en la cocina del palacio de las Tullerías cien anguilas de Alcañiz y otros tantos quesos de Tronchon. El Cuerpo diplomático y no pocos magnates del reino, flor y nata de aquella ostentosa Corte, estaban invitados á comer con sus Majestades. El Conde de Aranda ocupaba un distinguido lugar, como digno representante de la hidalga nacion española, y de su monarca dignísimo el buen Carlos III.

Salieron por fin á la mesa las prometidas anguilas y los esperados quesos; y la Reina, despues de tomar de estos y aquellas, les dió la preferencia sobre cuantas anguilas y quesos habia probado en su vida. Por supuesto, el Rey y toda su Corte, y hasta los mas humildes pages de escoba y lacayos de palacio, que participaron del regalo español, celebraron con entusiasmo los nombres de Alcañiz y Tronchon, que tan escelentes manjares producian.

El Conde quedó tan complacido y ufano con este pacífico triunfo, como cuando consiguió en sus verdes años los brillantes lauros de victoria que adornaban sus sienes, adquiridos noblemente á costa de su sangre generosa, derramada heróicamente por su rey y por su patria en Camposanto, en el paso del Tánaro y en la sorpresa de Pavía. Estudiando yo Teología en Valencia en 1826 me contó este suceso un anciano y respetable sacerdote de Barbastro, que lo habia oido en Madrid de boca del mismo Conde de Aranda, el cual solia referirlo alguna vez con visibles muestras de satisfaccion y complacencia.

Todos los años, en un dia sereno de primavera, los alcañizanos celebran una romería en las orillas del referido estanque; y despues de rezar alguna Salve ó Ave María á la Santísima Virgen, venerada en una pequeña ermita no lejana, pasan un dia

de campo el mas grato y alegre que puede imaginarse. Bien merece aquella fiesta popular de mis queridos paisanos, describirse en verso. Con permiso tuyo, querido lector, voy á trascribir un poemita que en 1834 escribí en Alcañiz, al dia siguiente de haber asistido á la animada romería susodicha.

EL ESTANQUE DE ALCAÑIZ.

ROMANCE.

En la risueña Alcañiz
Hay un apacible lago,
Que fecunda y embellece
Del Guadalope los campos.
Al pie de verdes colinas,
No lejos de amenos prados
Llenos de flores y grama,
Que despuntan los rebaños,
Entre espadañas y juncos
Brotan manantiales varios,
Que en deliciosa llanura
Forman el estanque grato.
En sus fértiles orillas,
El cazador ya cansado
Halla siempre dulce sombra
De fresnos y álamos blancos.
Sobre aquella superficie,
Sobre aquel bello remanso
De aguas mas puras y claras
Que un espejo veneciano,
Se ven mil cándidos cisnes,
Y negras focas y patos,
Al través de leves ondas
Que mueve el céfiro blando.
Allí nacen las anguilas
Y sabrosísimos barbos,
Que hasta el gloton saborea
Con paladar estragado.
Desde allí raudal copioso
En los meses de verano,
Cuando benéfica lluvia

El cielo niega irritado,
Va á reanimar las mieses,
Olivares y ribazos,
Donde con la suelta cabra
Juega el corderillo manso.
No bien jovial y apacible
Asoma el florido mayo,
Do quiera vertiendo rosas,
Trébol, juncia y amarantos,
En tan ameno paisage
Suelen los alcañizanos
Reunion grata y festiva
Celebrar todos los años.
Apenas del sol fulgente
Doran los primeros rayos
Del Idúbeda las cumbres
Y convecinos collados,
Se ven pintorescos grupos
De labriegos y artesanos,
Mujeres, ricos y pobres,
Mozos, viejos y muchachos,
Que hácia el estanque gozosos
Dirigiendo van el paso,
A disfrutar del jolgorio,
O sea un dia de campo.
No hay familia que no lleve
Cesta de mimbre ó canasto
Con municiones de boca,
Sarten, cucharas y platos,
Y sobre todo botellas,
Bota, porron, quizá jarro,
Y copas de cristal fino,
O de vidrio humildes vasos.
Llegan por fin al estanque,
Y aquellos floridos llanos
Dan fresca y mullida alfombra
A los viejos fatigados.
Los mancebos y muchachas,
Sin respiro ni descanso,
De la vihuela y pandero
Al son dulce y concertado
Comienzan alegres bailes,
Que presiden los ancianos,
Su gravedad y sus canas

Por un momento olvidando.
Las bellas del Guadalope
Muestran allí sus encantos,
Que realza la modestia,
De la mujer bello ornato.
Nada, nada de mazurcas,
Ni de wals estrafalario,
La galop ó rigodones,
Propios de pueblos estraños.
Allí la jota campea,
Que en siglos allá lejanos
Alegró las régias bodas
De los Abarcas y Sanchos:
Baile, por alguna Vestris
Aragonesa inventado,
En que hoy mis paisanas lucen
Su pie pulido y su garbo.
¡Qué agilidad y soltura!
¡Qué cabriolas y saltos!
No se mueven tan ligeros
Los falderillos y gamos.
Bisabuelos achacosos,
Adustos, mal humorados,
Viendo bailar á sus nietas
Rien como unos muchachos.
Muy cerca sobre las ascuas
La sarten está chillando
Con el arroz y los pollos,
Con chuletas ó gazapos;
Y al par las cazuelas bullen
Con aves y con pescado,
Que sin cesar el estanque
Les facilita cercano.
Cuando los viejos y abuelas,
De estómago pobre y flaco
(No por sueño ni fastidio)
Bostezan de cuando en cuando,
Cesa el baile, y en la yerba,
A la sombra de algun árbol,
Comen y beben, alegres
Mas que un Creso perüano.
El júbilo y paz presiden
Aquel delicioso cuadro,
Que riendo no muy lejos

Himeneo está acechando.
A manjares esquisitos,
Con el hambre sazonados,
Suceden porron ó copa,
Que ruedan de mano en mano.
Hay bombas, vítores, brindis,
Porque mozos tan gallardos
Cual discretos dicen coplas
Con ingenio y entusiasmo.
Levantados los manteles,
Muchos jóvenes bizarros
Con la escopeta en la diestra
Entran en pequeños barcos,
Y al impulso de los remos
Recorren el hondo lago,
A las acuátiles aves
Persiguiendo y acosando.
El que diestro mata alguna,
Despues la presenta ufano
A su Filis, que recibe
Sonriendo el agasajo.
Cuando el rubicundo Febo
Se aproxima ya al ocaso,
Alargándose las sombras
De los cerros inmediatos,
Resuenan los molinillos,
Y otra vez todos sentados
Paladean con delicia
El néctar americano.
En dias tan venturosos,
Nunca jamás enturbiados
Por penas y desazones
O etiquetas de palacios,
Bodas lentas ó lejanas
Tienen el fin suspirado
Por amantes, que felices
Ven cumplido luengo plazo.
Al siguiente mes las novias,
Con los ojos mesurados,
Oyen de boca del cura
La epístola de San Pablo.
Vuelven del templo á sus lares
Los venturosos casados,
Y el matrimonio celebran

Con regocijo cristiano.
La mesa el cura preside,
Y asisten alborozados
Compadres, deudos, vecinos,
Y otros buenos ciudadanos.
No falta sopa dorada,
Y riquísimos garbanzos,
Con vaca, jamon, gallina
Y morcillas empedrados.
Las anguilas del estanque
Alternan con grandes barbos
Que, si es nadador el novio,
Él mismo audaz ha pescado.
El pastoso cariñena,
Puro, aromático, rancio,
Alegra á la buena gente,
Pero nunca demasiado.
El párroco allá á los postres
Toma una copa en la mano,
Y brinda por la ventura
De los buenos desposados.
Nunca falta un estudiante,
Aprendiz de literato,
Con ribetes de coplero,
Con ínfulas de inspirado,
Que al sacerdote contesta
Leyendo un epitalamio
Compuesto, no sin estudio,
Dias antes muy despacio.
Todos celebran los metros,
Y menudean los vasos,
Y doblan la servilleta,
Y el baile comienza pátrio;
Es decir, la alegre jota,
El saleroso fandango,
Las mollares de Sevilla
Y el bolero gaditano.
No bien á sonar comienza
El primer preludio grato
Del violin, por la bandurria
Y vihuela acompañado,
Discreto el Cura se aleja,
Y de alegría llorando
Bendice otra vez los novios,

Que otra vez besan su mano.
En una paz octaviana
Viven despues como santos,
Rien mucho al ver sus niños,
Y de rabia llora el diablo.

ARTICULO II.

Las fuentes que manan en el fecundo suelo de Alcañiz son tantas, y de aguas tan puras y saludables, que no le aventaja sin duda en esta parte el pueblo de Sulmona, *uberrimus undis*, como decia el triste y melancólico Ovidio, al recordar en las odiosas y sombrías riberas del Ponto (donde gemia desterrado) el nombre de su dulce y querida patria.

No siendo posible, por la brevedad que me he propuesto, hablar con individualidad de dichas fuentes, haré solo mencion de la mas notable y copiosa de todas, la cual está á pocos pasos del puente del Guadalope, y de la entrada á la ciudad por la parte del Oeste. Es un espectáculo, en verdad, bien sorprendente y grato á los ojos del inadvertido y curioso viajero, que llega por primera vez desde la parte de Zaragoza á las inmediaciones de Alcañiz, cuando ve brotar el agua perennemente por setenta caños de hierro. Al caer aquella con manso y apacible murmurio, la deposita en su seno un larguísimo recipiente de piedra, que la conduce á una charca, destinada á lavadero. Tiene este manantial abundantísimo la particularidad especial de ser sus aguas medicinales, y por tanto, no muy á propósito para beberlas á todo pasto.

Esta fuente de Santa Lucía (que así se llama en la actualidad) tuvo el nombre de fuente de la Loba hasta el año 1383, en que el Príncipe D. Juan, hijo de D. Pedro el Ceremonioso, fundó muy cerca de ella un convento de Santo Domingo, tomando por patrona y titular de su templo á dicha Santa mártir. Desde tiempo inmemorial existe en Alcañiz una tradicion tan ingeniosa como verosímil, muy conforme, por otra parte, con lo que dicen algunos de nuestros historiadores antiguos. No creo inoportuno contarla aquí, en los términos que á mí me la refirió en mi adolescencia el docto y modestísimo D. José Bielsa, Canónigo de la colegiata de aquella poblacion.

No pocos siglos antes de la era cristiana, parece afligió á España un sequía tan espantosa y prolongada, á causa de no haber llovido en muchos años, que los rios llegaron á secarse, á escep-

cion del Ebro y del Guadalquivir, como dice el Padre Mariana. Los campos quedaron incultos y yermos, y sin habitantes muchos pueblos, no viéndose por do quiera mas que la imagen de la desolacion y de la muerte. Todo era horror y espanto; todo soledad y silencio: el silencio tétrico de los sepulcros. Las fieras en busca de alimento, y de agua sobre todo, dejaban sus cavernas retiradas y silenciosas madrigueras, y los montes de su querencia, aproximándose á la morada de los hombres. Estos, por el contrario, acosados de la sed y del hambre, se alejaban del suelo natal, no sin lágrimas de amargura y despecho, con el ánsia de encontrar en otra parte los medios de satisfacer las dos mas imperiosas necesidades de la vida.

En tan fatales y horribles circunstancias emprendieron su peregrinacion forzosa varias familias de Alcañiz el Viejo, y siguiendo la margen izquierda del agotado rio, antes de caminar una hora, en cuyo breve tiempo volverian cien veces sus lagrimosos ojos hácia su abandonada patria, vieron salir de un sombrío y enmarañado bosque una loba seguida de sus cachorros, que llevaban las patas mojadas con el agua, que sin duda acababan de beber en aquellas malezas y espesuras.

Fácil es de comprender el espontáneo grito de asombro y de alegría, con que los desolados viajeros celebrarian el feliz y casual encuentro de los montaraces animales, que devolvian á sus desalentados corazones la esperanza de salud y de remedio á tan apurada situacion. Se internaron entre riscos y apiñados árboles, siguiendo la direccion que les habian enseñado la loba y sus hijos, y no tardaron en hallar el origen del raudal abundante, que encauzado muy posteriormente por la mano del hombre, se trasformó en la hermosa fuente de setenta caños, que es hoy las delicias y el ornato de la ciudad. Hasta el nombre de Guadalope, *Rio de los Lobos*, añade no escasa probabilidad á la referida tradicion,

Séame lícito reproducir aquí los versos con que por agosto de 1833 saludé aquel manantial, despues de algunos años de ausencia, en que con motivo de mis estudios viví lejos de Alcañiz.

ROMANCE.

Loor, loor á tus aguas,
Pura y cristalina fuente,
Gloria de la patria mia
Y vida de estos vergeles.

De júbilo y complacencia
Mi corazon salta al verte,
Muy mas que las arenillas
Que en tu fondo se remueven.
Desque mi oido no halagas
Con tu murmurio perenne,
Diez veces giró la tierra
En torno del sol fulgente.
Permíteme que en tu margen
Embebecido contemple
Las bellas trasformaciones
Que estas llanuras te deben.
Por ti de verdor se visten,
Por ti la rosa florece,
Y de oro y grana sus hojas
Pomposo el clavel estiende.
Tú eres madre de ese arroyo;
Tú, benéfica, mantienes
Las lozanas arboledas
Por cuyas calles se pierde.
Bajo su toldo sombrío
El segador se guarece
De las llamas con que ahora
Sirio la atmósfera enciende.
Por ti de espigas ornada
Está allí mostrando Ceres
Con el índice, al colono,
Las ya sazonadas mieses.
Y gozoso verá luego
Que el rico otoño aparece,
De frutos y verdes hojas
Ceñidas las rubias sienes.
O sitios, felices sitios,
Teatro de mis niñeces,
¡Cuánto halagüeño recuerdo
Hoy ofreceis á mi mente!
En estos álamos blancos
El nido cogí mil veces
Del pintado jilguerillo
Y del ruiseñor doliente.
En ese limpio remanso
Que apenas las ondas mueve,
Con el engañoso cebo
Solia prender los peces.

En las vecinas llanuras,
Veloz como el viento leve,
Tras jugueton cabritillo
Corria y triscaba alegre.
En aquella estéril rambla,
O en esa pradera verde,
Las incautas avecillas
Aprisionaba con redes.
O fresno, tu grata sombra
Me cubria, cuando Euterpe
Puso el blando caramillo
En mi labio balbuciente.
O alegrías inefables!
O deliciosos placeres!
Con mis cándidos abriles
Volásteis ya para siempre.
De mis lágrimas y ruegos
Movida, por fin, la suerte,
Al regazo de mi patria
Hoy bondadosa me vuelve.
Amena y fértil ribera,
De paz y ventura albergue,
Despues de suspiros tantos,
Ya torno feliz á verte.
Ya torno á oir el murmurio
De esta sonora corriente,
Que del ánimo afligido
Los pesares adormece.
¡Cuán copiosa, ó fuente, manas!
Por bocas diez veces siete,
A pesar del seco estío,
Líquidos cristales viertes.
Tú eres la gala y delicia
De ese prado floreciente,
Donde bellas y galanes
Solaz á sus penas tienen.
¡Cuántas veces has oido
A mil amadores fieles
Jurarse en éstasis grato
Tierno amor hasta la muerte!
Sigue en tu plácido curso,
En tanto sus ondas vuelquen
Los sesgos rios de España
En el mar del Occidente.

Si es grato al corazon celebrar con júbilo y entusiasmo la llegada al pais natal despues de larga ausencia, no lo es menos, lamentar en sentido acento la separacion y alejamiento de la dulce patria, con pocas esperanzas tal vez de volver á su maternal regazo.

Cuando en los primeros años de nuestra larga y deplorable guerra civil, salí de Alcañiz con direccion al ejército del Norte, por haber sido nombrado Capellan Párroco del 2.° batallon del *Inmemorial del Rey* (cuerpo que mandó en otro tiempo, como Coronel Brigadier, el mencionado Conde de Aranda), no pude menos de dirijir al rio que baña los casi arruinados muros de aquella ciudad, la siguiente despedida.

AL GUADALOPE.

A Dios, cristalino rio,
A Dios, manso Guadalope,
Tú, que besas de mi patria
Los antiguos torreones.
Torreones do estrellados
Vió el musúlman sus furores,
Al querer en esta vega
De Cristo eclipsar el nombre.
Aquí el denodado Alfonso
Incendió los pabellones,
En que relumbrado habia
La media-luna hasta entonces.
Allí prosternado Jaime
Bendijo la enseña noble,
Que despues tremoló invicto
Apellidando á San Jorge,
Al dominar las almenas
De la Capital, en donde
El Cid sucumbido habia
De la Parca al rudo golpe.
Allá desafía al tiempo
Gótica y osada torre,
Que su frente veneranda
Entre las nubes esconde.
Pregonero de los siglos,
Que cual torbellinos corren,
Publica de Calatrava

Los clarísimos blasones.
Aún adorna su cabeza
La Cruz que sirvió de Norte
A los bravos caballeros
En cien lides vencedores.
Lápidas que la embellecen,
Mudas anuncian al orbe
Hazañas de los Heredias,
Lanuzas y Cervellones.
En aquel sagrado templo,
Que domina con su mole
Cual imponente coloso
El despejado horizonte,
Para atajar el incendio
De civiles disensiones,
Y elegir Monarca augusto,
Aragon congregó Cortes.
¿Quién puede, Alcañiz, tus glorias
Cantar en dignos loores,
Aunque en las alas del genio
Atrevido se remonte?
Tú fuiste fecunda madre
De esclarecidos varones,
Que realzarte supieron
Con sus relevantes dotes.
¿Cuál de tus amantes hijos
Tendrá corazon de bronce
Para olvidarte, aunque el cielo
Lo lleve á ignotas regiones?
¡Mísero yo, á quien ceñudo
En este dia desoye,
Cuando con mi llanto riego
La cuna de mis mayores!
Aquí en silencio han corrido
Mis tiernos años veloces,
Tranquilos como ese arroyo
Que resbala por el bosque.
Aquí de Laso y Batilo,
Cisnes del Tajo y del Tormes,
El caramillo apacible
Ensayé, cándido joven;
Se disipó mi ventura,
Cual fugaces ilusiones
Con que el blando sueño halaga

En las sombras de la noche.
A Dios, cabaña querida,
Rica de paz, de oro pobre,
Que la fratricida lucha
No turbó con sus horrores.
Llegó de partir la hora
A los cantábricos montes,
Do en lid, ¡ay Dios! intestina
Fenecen los españoles.
En vez de los dulces trinos,
Con que aquí los ruiseñores
A los cantos del poeta
Desde la olmeda responden,
Mi corazon y mi oido
Lastimarán atambores,
Y el choque de los aceros,
Y el tronar de los cañones.
Y tú, ó rio, sacro numen
De mis números acordes,
Cuando mas propicia estrella
Me prodigó sus favores,
Mi endecha de despedida
Cual padre de amor acoje;
Así los campos que bañas
Eterno verdor corone.
Vuélvame el cielo á tu margen,
Do entre adelfa y tristes flores,
Mudas mis yertas cenizas,
En el sepulcro reposen.

En 1867 volví á mi pueblo natal (quizá por última vez) á pasar la estacion de verano entre mis parientes, condiscípulos y amigos, y compañeros de la infancia y de la adolescencia. Con tan plausible motivo saludé de nuevo al pintoresco y delicioso rio de mi patria con el siguiente

ROMANCE.

¡Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

(Lista.)

Gracias al cielo piadoso,
Y loor y bendiciones,
Pátrio rio, en cuya margen
Duermen en paz mis mayores.
Gracias al cielo piadoso,
Al son de rústico albogue,
Ofrece pastor de Arcadia
En sus números acordes.
Salud, aguas cristalinas,
En que la grandiosa mole
Copia Alcañiz de sus muros
Y de sus cristianas torres.
En vano con sus caprichos,
Y quizá con sus furores,
La voluble y cruel suerte
Que martiriza á los hombres,
Pudo separarme un dia,
Mi querido Guadalope,
De tu frondosa ribera,
Ornada siempre de flores.
Cual brújula que se agita
En pos la estrella del norte,
Guia de los navegantes
Allá en el Ponto salobre;
Así triste en larga ausencia
Mi corazon dia y noche
Recordaba tus corrientes,
Que partir me vieron joven.
Mi frente ya plateada
Por los años, hoy acojes;
Por los años, que, cual nave
De vapor, ligeros corren.
Si el desgraciado proscrito
Allá en estrañas regiones
Nunca sus lares olvida,
Ni sus primeros amores,

¿Podia yo ni un momento
Olvidar las impresiones
De niño, en el alma mia
Grabadas como en el bronce?
Cuando con mano de hierro
De tus campos alejóme
La guerra civil, manchada
Con mil sangrientos horrores;
Cuando en lágrimas bañados
Vieron mis ojos tus bosques
Por última vez, tu vega
Y tus márgenes, entonces,
Entonces ¡ay! pude al menos
De dignos padres, que dióme
El cielo, besar la mano,
Aunque lloroso, conforme.
Mas hoy, tan solo ofrecerles,
Entre llanto y oraciones,
Por su descanso un recuerdo
Al buen hijo corresponde.
Lejos de tus puras aguas,
Y de esos llanos y montes
Que pueblan verdes frutales,
Fresnos, olivos y robles,
¡Cuánto sufrí, patrio rio!
¡Cuántas penas y dolores,
Y lágrimas de amargura
Me atormentaron atroces!
A los campos de batalla
Cruel destino llevóme,
Do inflamaba la discordia
El fuego de las pasiones.
Campos de sangre y de luto,
Cuyos fatídicos nombres,
Esposas, hijas y madres
Todavía tristes oyen.
Víctimas allí inocentes,
Infelices españoles
Sucumbian inmolados
Cual bárbaras hecatombes.
En Arlaban y Luchana,
Guardamino y Castellote,
Escenas vi que estremecen
A un alma cándida y noble.

Del Abendaño en la márgen,
Del Deva y del Guadalorce
Vi cruzarse los aceros,
Oí tronar los cañones,
Y fenecer en el polvo,
Entre dolientes clamores,
Mil desgraciados, que España
Por sus hijos reconoce.
¡Madre infeliz! En idioma
Que hablaban Herrera y Lope,
Los beligerantes campos
La apellidaban á voces.
Hermanos, hijos y padres,
Y deudos, que Dios perdone,
Ciegos de saña, en la lucha
Se hostilizaban feroces.
Lucha tenaz, propia solo
De panteras y leones,
Que, con dolor, lustro y medio
Contempló asombrado el orbe,
Sin que de la paz el iris
Con sus brillantes colores
Consolara ¡ó patria mia!
Tus amargas aflicciones.
¿Por qué la blanca bandera
Que de Vergara en los montes
Reconcilió las dos huestes
Y alegró sus corazones,
No tremoló el primer dia
En aquel bello horizonte,
Con orgullo de la España
Y envidia de otras naciones?
¿Por qué yo en aciaga hora
Dejé estas vegas, en donde
Viví zagal venturoso
Entre felices pastores?
¡Tiempos de inefable dicha!
Ya se alejaron veloces,
Y mis lágrimas y ruegos
No conseguirán que tornen.
¡Dichoso yo si esta vega,
Y sus praderas y bosques,
Conocido hubiera solo
Cual en mis años mejores!

¡Dichoso yo, si mi choza
Y mi independencia noble
Jamás hubiera trocado
Por los palacios y cortes!
¡Infeliz! Dejé el retiro
Y la paz del Guadalope,
Por mares que agitan siempre
Huracanes bramadores.
Gracias á la Providencia
Que los ojos hoy abrióme,
Para ver en su negrura
Desengaños anteriores;
Por fin vuelvo al pátrio rio,
Que jamás los aquilones
Perturban, muerte y naufragios
Causando con sus furores.
En este seguro puerto,
Si el Cielo mis votos oye,
Esperaré de la Parca
El inevitable golpe.

ARTICULO III.

No es mi ánimo hablar estensamente de la importancia religiosa, política, militar y literaria que tuvo Alcañiz á fines de la edad media y los dos siglos siguientes. Sería para esto preciso escribir un voluminoso libro, y no un modesto y reducido opúsculo, que es lo que yo me he propuesto. Sin embargo, con razon se me culparía, si omitiese del todo tan importante materia. Para evitar ambos estremos, bástame repetir lo que ya indiqué mas arriba, á saber: que la capital del Bajo Aragon, fue corte repetidas veces de D. Jaime I. Ahora falta añadir, que dentro de sus muros, levantados por orden del mismo príncipe, resolvió éste la conquista de Valencia.

Sabido es que en la humilde y antigua iglesia de S. Pedro, cuyas venerandas ruinas se ven todavía al pie del vetusto y desmoronado castillo, se bendijeron las banderas que, ornadas y protegidas por la Cruz santa de la Redencion, ondearon despues vencedoras en el antediluviano y elevadísimo peñon de Morella, y en los inespugnables y afiligranados baluartes de la ciudad del Cid, en lugar de la infausta media-luna, que cual cometa sombrío despedia allí siniestros y pálidos fulgores, con

sentimiento profundo de España, con asombro y escándalo de la cristiandad entera.

La encomienda de Alcañiz, una de las mas importantes del reino, fue con frecuencia muy dignamente ocupada por príncipes de la Casa Real de Aragon, esforzados guerreros casi siempre, que al frente de las invictas huestes de Calatrava llevaron á cima las mas gloriosas y difíciles empresas, al mismo tiempo que con sus acertados consejos al monarca, contribuian á resolver árduas y complicadas cuestiones de alta política, para bien y prosperidad de la Iglesia y del Estado.

En aquella privilegiada villa se complacia en residir el renombrado D. Pedro de Luna, reconocido entonces como lejítimo sucesor del Príncipe de los Apóstoles por algunos reyes y pueblos cristianos; y de consuno con S. Vicente Ferrer, conventual muchos años del citado convento de Santa Lucía, y con el insigne obispo D. Domingo Ram, hijo el mas esclarecido de Alcañiz, y con otros varones ilustres por su virtud y su ciencia, se prepararon los preliminares del *Compromiso* de Caspe, que debia poner término á una lucha fratricida, y sosegar los ánimos inquietos y recelosos, y calmar las irritadas pasiones, y sentar por fin en el sólio vacante á monarca dignísimo, á Fernando I el Honesto.

Allí, con la penitencia y oracion, se preparaba el austero apóstol de Valencia, y coadyuvaban poderosamente los dos referidos prelados, y otros ejemplares eclesiásticos y seglares piadosísimos, á la conversion al catolicismo de la mayor parte de los muchos hebreos residentes en aquella época en casi todas las poblaciones del reino: conversion deseada y dichosísima, que con los auxilios del cielo se realizó no mucho despues, con inefable júbilo de todo el pueblo cristiano.

En su consecuencia, las familias israelitas establecidas y toleradas en Alcañiz desde que la fundó D. Alfonso el Batallador, recibieron el santo Bautismo, y entraron en el gremio de la Iglesia católica. Las dos Sinagogas que tenian en la poblacion y sus afueras, fueron purificadas y convertidas en templos cristianos. Una de ellas era la antigua parroquia de Santiago, que ya no existe, y estaba al pie del castillo, y junto al palacio de los Marqueses de Santa Coloma; palacio que tambien ha desaparecido. La otra se hallaba situada fuera del arrabal, y es hoy dia una preciosa ermita, dedicada á la Anunciacion de Nuestra Señora, cuya santa imagen veneran en ella con entrañable devocion los religiosos alcañizanos. A ruegos de algunos de estos escribí hace años el siguiente

CÁNTICO.

CORO.

Inmaculada María,
Tan pura como feliz,
Patrocinad, Madre mia,
A los hijos de Alcañiz.

I.

En la solitaria ermita,
Que ha sido en la antigüedad
Templo del israelita,
Os venera esta ciudad,
Y en incesante clamor
Os dice con tierno amor:
Inmaculada María, etc.

II.

Recordando la memoria
De nuestros padres y abuelos,
Que tenga Dios en su gloria,
Emperatriz de los cielos,
Hoy, cual ellos, con fervor
Cantamos en tu loor:
Inmaculada María, etc.

III.

El buen Alfonso Primero,
Rey cristiano aragonés,
Vencido el árabe fiero,
Aquí os alzó en su pavés,
Y ornado de lauros mil
En voz clamó varonil:
Inmaculada María, etc.

IV.

En esta riscosa cumbre,
De sus bravos campeones
Gritaba la muchedumbre,
Con devotos corazones
Y clamoroso rumor,
Cual su Rey *Batallador:*
Inmaculada María, etc.

V.

Don Jaime el *Conquistador*,
Cuando á trabar nueva lid
Contra el moro usurpador
Partió á la ciudad del Cid
Desde este pueblo inmortal,
Dijo con fe sin igual:
Inmaculada María, etc.

VI.

Entre sus nobles guerreros,
Cien y cien alcañizanos,
Al desnudar sus aceros,
Esclamaban cual cristianos
Con esperanza filial,
Del Turia en la capital:
Inmaculada María, etc.

VII.

Y al escalar las murallas
De la moruna ciudad,
O en las campales batallas,
Con devocion y piedad,
La ruda lanza al blandir,
No cesaban de decir:
Inmaculada María, etc.

VIII.

Y al enarbolar la Cruz
En torreones y almenas,
Do reflejaba la luz
En gumías agarenas,
Héroes de esta poblacion
Gritaban con emocion:
Inmaculada María, etc.

IX.

El Apóstol de Valencia,
Vuestro siervo San Vicente,
Aquí con dulce elocuencia
Exhortó á la hebrea gente

A renunciar el error,
Y repetir sin rubor:
Inmaculada María, etc.

X.

Y la estirpe de Israel,
De gracia eficaz el grito,
Cual Saulo, escuchando fiel,
Respondió al Santo bendito,
De vuestras glorias cantor,
Pidiendo amparo y favor:
Inmaculada María, etc.

XI.

Y la que fue hasta aquel dia
Sinagoga, ya fue templo,
Y con cristiana alegría
El converso daba ejemplo
De fe santa y devocion,
Clamando con efusion:
Inmaculada María, etc.

XII.

Dichosa, feliz la hora
En que el pueblo alcañizano
Todo al fin, Madre y Señora,
Ya grey del redil cristiano,
Dijo sin interrupcion
Implorando proteccion:
Inmaculada María, etc.

XIII.

Por eso, Reina del cielo,
Desde entonces todos, todos
Los que en este fértil suelo
Descendemos de los Godos,
Que abjuraron la impiedad,
Clamamos á tu bondad:
Inmaculada María, etc.

XIV.

Aquí no hay cristiano alguno
Que cual escéptico viva,
Ni que desprecie el ayuno,

El Rosario y rogativa,
Ni que omita veces mil
Con fe cantar infantil:
Inmaculada María, etc.

XV.

El infanzon y artesano,
La doncella, el padre, el niño,
La matrona y el anciano,
Llenos de filial cariño,
Despues de la Comunion
Dicen con el corazon:
Inmaculada María, etc.

XVI.

Cuando la esposa al esposo,
O la madre al dulce hijo
En trance ven peligroso
O en sufrimiento prolijo,
Despues de rogar á Dios,
Llorando os dicen á vos:
Inmaculada María, etc.

XVII.

Y cuando llega la hora
De la inevitable muerte,
A su Madre y Protectora
Recurren, y de esta suerte
Todos claman sin cesar,
El enfermo al espirar:
Inmaculada María, etc.

XVIII.

Confortado el moribundo
Con las voces de consuelo,
Deja alegre el triste mundo
Y abierto contempla el cielo,
Y en el último estertor
Aún repite en su interior:
Inmaculada María, etc.

XIX.

Madre de amor, y esperanza
De los pobres pecadores,

Dulce puerto de bonanza
Contra vientos bramadores,
Proteged esta ciudad,
Que repite en su piedad:
Inmaculada María, etc.

XX.

Alejad, Madre y Señora,
De la guerra los horrores,
Y la discordia traidora
Con sus odios y furores,
Y en paz toda la nacion,
Cantará esta poblacion:
Inmaculada María,
Tan pura como feliz,
Patrocinad, Madre mia,
A los hijos de Alcañiz.

Conocí y traté, siendo yo muy joven, con respetuosa confianza á un instruido y ejemplar sacerdote, natural de aquella ciudad, que frecuentaba mucho la ermita de la Nunciata (como la llaman vulgarmente), á donde iba de paseo siempre que podia, para dar gracias á Dios y á su Santísima Madre porque sus abuelos habian abjurado los errores y absurdos inconcebibles del Talmud, y abrazado la infalible y santa verdad del Evangelio; á causa de cuya conversion él era cristiano y Ministro del Altar, y sacerdote del Crucificado. El apellido, de etimología visiblemente hebrea, que llevaba dicho eclesiástico, corroboraba no poco la opinion en que estaba, de ser oriundo de los antiguos judíos que, con la predicacion de San Vicente Ferrer y los auxilios de la divina gracia, se habian hecho cristianos.

No fueron solo descendientes de Abraham y de Jacob los que entonces se convirtieron en Alcañiz y otros pueblos de la Corona de Aragon. Hubo tambien no pocos de la estirpe de Agar y de Ismael, que dejaron en buena hora las abominables torpezas y falsedades del Koran, por la casta y virginal pureza, por las verdades graves y austeras de la Biblia.

Una de las familias, que traian quizá su origen de Tarik, Muza ó Abdalacid, conocida con el apellido ó mote de *Alejandre*, vivia en dicha ciudad por aquellos tiempos, y era de tanta importancia social, que dió el nombre á una de las principales calles de Alcañiz, que todavía lo conserva; así como vemos en Madrid las calles del Duque de Alba, de Fúcar, de Anton Martin,

Juanelo, Jacome-Trezo y otras, por los personages y hombres notables, que en otros siglos habitaron en ellas.

Quizá la familia de *Alejandre* fue de las que recibieron en Alcañiz el bautismo en dicha ocasion. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que aquella familia, por causas que no es fácil averiguar, á fines del siglo XV aparece en nuestros anales fuera de Alcañiz, y establecida en Benavarre, que conservaba entonces todavía ínfulas de Corte, por haber sido anteriormente Capital de Ribagorza, pequeño principado, poseido siempre por algun hermano ó próximo pariente de los monarcas de Aragon. Parece que los Alejandres, con razon ó sin ella, se preciaban de ser vástagos de estirpe régia musulmana. Lo que no admite duda es, que en la rebelion de los Moriscos de la Coronilla, en que tomaron osada y resueltamente las armas con deseos de separarse de la obediencia del Rey de España, y fundar un pequeño reino independiente en las montañas de Aragon, pensaron en la mencionada familia para elevarla al soñado trono. Descabellado y criminal proyecto, que tuvo el resultado que era de esperarse de tamaña locura y temeridad.

Imposible sería, sin traspasar los límites de esta breve y desaliñada obrecilla, espresar la brillantez con que lucieron las Musas y las letras latinas en Alcañiz, desde el principio mismo del renacimiento. Pocas poblaciones de tan corto número de habitantes podrán citarse, en que la lengua de Ciceron y Virgilio se cultivase entonces con tanto ardor y con tal aprovechamiento; ni que diese á la república literaria tantos y tan distinguidos escritores. Alguna idea, aunque imperfecta, podrán formar mis lectores, al ver en los párrafos siguientes los nombres de algunos alcañizanos ilustres, que son y serán eternamente la gloria y ornamento de su pueblo natal, y el orgullo de la nacion española, que se envanece muy justamente con las virtudes y talentos de tan respetables varones.

Antes empero de mencionar los prosistas y cisnes del Guadalope, es preciso decir dos palabras sobre los templos de Alcañiz, que patentizan y pregonan la acendrada religiosidad, no solo de sus actuales habitantes, sino tambien la fe ardiente y el desprendimiento generoso y noble de sus cristianos y piadosísimos abuelos. Sería ciertamente una omision, ó mejor dicho, una falta imperdonable en un alcañizano como yo, es decir, tan amante y entusiasta de las glorias de mi patria, no hacer aquí mencion, aunque sucinta, de la famosa Colegiata; preciosa y rica diadema, digámoslo así, que cual augusta matrona ostenta en su frente de reina aquella ciudad ilustre.

Mas de una vez oí contar en mis niñeces á viejos muy respe-

tables de Alcañiz, que cuando vieron por primera vez aquel templo el venerable Fr. Diego José de Cádiz, y su compañero de apostólicas misiones Fr. Miguel de Santander (Obispo auxiliar despues de Zaragoza), dijeron unánimes, que en sus viajes y escursiones y predicacion por casi todas las provincias y obispados de España, habian visto no pocas catedrales muy inferiores, por ser menos capaces, magníficas y magestuosas que aquella Colegiata. Por desgracia, y desgracia bien lamentable, que deploran con razon los inteligentes y aficionados á las bellas artes, el gusto que preside y campea en todo aquel religioso, vasto y notabilísimo edificio, no corresponde á su grandiosidad sorprendente y pasmosa.

De todos modos es una gloria inmarcesible para los alcañizanos, que en el primer tercio del pasado siglo dieron principio á tan magnífica iglesia. Pudiera sin violencia aplicárseles lo que los Canónigos de Sevilla, contemporáneos de Enrique el Doliente, dijeron al echar los cimientos de su Catedral ostentosa: *Hagamos un templo tal, que los venideros nos tengan por locos.* No es esto comparar la Colegiata de Alcañiz con la Metropolitana del Betis, á la que el célebre Lord Byron daba la preferencia sobre la Basílica de San Pedro de Roma y la de San Pablo de Londres. No es mi ánimo, repito, hacer comparaciones, *siempre odiosas*, como dice el buen Cervantes; y sobre todo, como dicta el *buen sentido.* Si se cotejan empero la modesta y humilde Alcañiz y la populosa y régia capital de Andalucía, mas pequeña y reducida es la Catedral Sevillana para el número de habitadores de la antigua Corte del Rey D. Pedro de Castilla, que lo es la Colegiata susodicha para el vecindario de Alcañiz. A pesar de la amplitud y magnificencia de aquel templo (que fue Colegiata por espacio de cuatro siglos y medio), ya no es al presente sino una simple y mezquina parroquia, como la iglesia rural de la mas insignificante aldea. Todos los buenos hijos de Alcañiz esperamos en Dios y en el Gobierno español, que con el tiempo volverá á ser lo que fue, ó quizá Catedral, que sería lo mas acertado, por mil y mil razones, que no es del caso esplanar en esta lacónica y sencillísima obrita.

Todos los alcañizanos que vivian en 1736, en que comenzó á edificarse aquel templo, tomaron parte mas ó menos activa en la construccion de la casa de Dios, que debia en su sagrado recinto reunirlos á ellos y á las generaciones futuras, como buenos hijos de una familia cristiana, al congregarse para tributar al Altísimo y á su Santísima Madre el debido culto de adoracion y respeto filial y humilde, y los tiernos cánticos de gratitud y alabanza. Cuantos vivimos hoy dia, y contamos sesenta Navi-

dades, hemos alcanzado todavía personas muy ancianas, cuyos padres vieron abrir los cimientos de aquella iglesia. Por esta razon hemos oido con infantil avidez, y vivísimo placer y curiosidad, contar á nuestros abuelos, que sus padres y madres, y tios y deudos todos, de ambos sexos, llenos de fe y humildad cristiana, y rebosando sus ojos lágrimas dulcísimas de alegría inefable, habian puesto mano en la fábrica de la Colegiata.

Parecia entonces el pueblo alcañizano al pueblo de Israel, cuando al volver del cautiverio de Babilonia, y establecido de nuevo en las sagradas orillas del Jordan, reedificaba bajo la direccion del caudillo Zorobabel, y del piadoso y celosísimo Nehemías, el templo santo de Jerusalén: con la diferencia empero, que los israelitas fabricaron un segundo templo, tan inferior al primero, que lloraban sin consuelo en su justo dolor los ancianos de Judá, que habian visto el primero, erigido y levantado por Salomon. Por el contrario, los alcañizanos hicieron de planta una Colegiata, mucho mas grande y magnífica que la antigua, si bien de menos gusto artístico, desgraciadamente, que aquella. Pero los hijos de Alcañiz no tenian la culpa de que el barroquismo campeara á su albedrío, y dominara despóticamente en casi todos los edificios que en aquella época se levantaban en la nacion española y en otros pueblos de Europa.

Volviendo por un momento á la fábrica de nuestra Colegiata insigne, desde el Dean, Canónigos y Beneficiados de aquel respetable Cabildo, hasta el sacristan, pertiguero y monaguillo último de la iglesia; desde el Conde de Samitier, y Marqueses de Santa Coloma y de Tosos; desde los Barones de Salillas y de Andilla é Infanzones mas aristocráticos de la ciudad, hasta el artesano, labrador y vaquero mas humilde y pobre; desde la matrona, dama y señorita mas nobles y delicadas, hasta la espigadera rústica y pordiosera vieja y desvalida; desde el octogenario, que no podia sin apoyo del baston sostener su trémula planta en el suelo, hasta el rapaz que acababa de soltar la cartilla de las manos, todos, absolutamente todos los hijos de Alcañiz ayudaban, cuanto era dable á sus fuerzas, en tan santa obra. No era raro, ni causaba la menor estrañeza, ni mucho menos la hilaridad ó la risa, ver á un digno Prebendado ó preclaro descendiente de los ricos-homes de Aragon, ó de los ilustres pobladores de Alcañiz, compañeros del Batallador en los campamentos y lides con los moros, al lado del peon de albañil, ó del menesteroso jornalero, con la espuerta de tierra ó yeso en las manos; ni á la hidalga, y á la condesa, y á la joven elegante y nubil, ni á la tierna y candorosa niña de esclarecida estirpe, interpoladas con señoras de la clase media y con mujeres del

pueblo, llevar tejas, ó ladrillos ó piedra, para ayudar en lo posible, y no dejar á los hombres la cristiana, la envidiable gloria de levantar por sí solos el santuario dedicado á la Asuncion de la Beatísima Virgen María, nuestra Madre y Señora.

ARTICULO IV.

Los pueblos escriben su historia en los edificios públicos, se ha dicho mil veces. Los hijos de Alcañiz han corroborado una vez mas, con su laudable ejemplo, la verdad que encierra aquella célebre y repetida frase. La Colegiata, á cuya construccion contribuyeron, no solo con su óbolo modesto los pobres y con sus riquezas las familias opulentas, sino hasta con su trabajo y sudores los alcañizanos todos, es y será, mudo, pero elocuente y fiel monumento, que atestiguará siglos y siglos la fe y acendrada piedad, la bizarría y desprendimiento de los hijos de aquella ciudad preclara.

No crean mis benévolos lectores, que al escribir los párrafos que preceden me he olvidado de la circunspeccion y austera gravedad que exige la historia; ó que he trocado la modesta péñola de sencillo narrador de las glorias de mi pueblo natal, por el caprichoso pincel del poeta ó novelista, que á su placer pintan ó describen lo que solo ven en su acalorada, risueña y alegre fantasía. Cuanto llevo dicho es muy conforme á lo que en mis tiernos años referian ancianos tan respetables y dignos por sus venerables canas, como los canónigos Millan y Ejea, Mosen Diego Griñon, Capellan de Salinas, y otros buenos viejos, que trataron años y años á los que presenciaron la solemnísima funcion que se celebró en Alcañiz, al colocar la primera piedra de la Iglesia Colegial.

Además, cuando yo era adolescente, todavía quedaba en Alcañiz, cual vetusto monumento de otra época, un *testigo ocular*, al que no es justo olvidar en estos artículos, para corroboracion de la verdad histórica con que están escritos. *Testigo ocular* con quien yo hablé muchas veces, desde el año 1816 hasta fines del 23 en que salí de mi patria. *Testigo ocular*, por fin, que no solo recordaba muy bien la fundacion de la nueva Colegiata, sino otras mil cosas mucho mas antiguas, de aquella ciudad.

Cuando cumplí los dos primeros lustros de mi edad, vivia yo en la calle de Alejandre, número 37, es decir, al lado del *Portal de San Anton*, que sale al arrabal. Con este motivo solia jugar todos los dias con otros niños en las inmediaciones de mi casa, y principalmente junto á la Cruz del Carmen, monumento de

piedra, que acredita la religiosidad de los antiguos alcañizanos. En la escalinata que tiene el pedestal de aquel venerando signo de la Redencion, solíamos acomodarnos y sentarnos los muchachos algunas veces, porque allí encontrábamos hilando ó haciendo calceta una pobre y respetable vieja, llamada vulgarmente la *tia Barrala*, vecina de aquel barrio, que gustaba mucho de la conversacion y compañía de los niños; así como nosotros la queríamos y reverenciábamos, como á una abuela indulgente y bondadosa con sus nietos.

Era voz comun y fama pública en toda la ciudad, que aquella anciana contaba mas de cien años. Lo que no tiene duda es que referia historias y hechos de su juventud, pero del modo mas circunstanciado y sorprendente, que nos atraia y embelesaba de una manera irresistible; hechos que probaban hasta la evidencia, que la buena mujer era contemporánea del tratado de Utrecht, que dió fin en 1713 á nuestras guerras de sucesion entre las augustas casas de Borbon y de Austria.

¡Coincidencia singular! El P. Feijoo, que fue *la lumbrera de su siglo*, en los postreros años de su ancianidad venerable, segun nos cuentan los biógrafos de aquel grande hombre, no tenia mas complacencia, ni goces mas deliciosos, que entretenerse con los niños, y conversar con ellos largas horas, sentado al sol en la plaza de Oviedo y á la puerta de su Monasterio. Lo mismo que el famoso autor del Teatro crítico y de las Cartas eruditas, hacia la tia Barrala (que no sabia leer ni escribir); es decir, hablar con la inocente puericia, y contar á esta sucesos muy antiguos, que la tenian embebecida y absorta. El *Laudator temporis acti* del Poeta filósofo, será una verdad mientras haya viejos en el mundo.

Dicha anciana, que conservaba perfectamente el uso de sus potencias y sentidos, referia que en su mocedad llevaba cántaros desde el *Revedal* á la fábrica del Colegio de Escolapios, que se comenzó á levantar en 1729. Esta buena vieja, pues, habia trabajado tambien, como todos los demás hijos de Alcañiz, en la construccion de la Colegiata, desde sus principios, de lo que ella hacia alarde con gran satisfaccion, y hasta con cierto entusiasmo religioso, que enaltecia su buen corazon y patentizaba su fe cristiana. De los autorizados lábios de aquella escelente mujer oí, y no una vez sola, cuanto he referido sobre la cooperacion personal de los alcañizanos todos al edificarse la grandiosa Colegiata, en que cifraban, y con razon, la mayor de sus inmarcesibles glorias.

Si yo pudiera estenderme, sin abusar de la bondad y paciencia de mis amables lectores, me sería muy fácil, y no desagradable por cierto, referir sucesos, y recordar palabras y frases, y

aun graves sentencias, dignas de consideracion, que escuché de boca de la buena Barrala en aquellos felices años de mi niñez y adolescencia, y que si entonces oia yo con avidez y pueril curiosidad, me han llamado muy posteriormente la atencion, por mas de un concepto, cuando el hielo de la senectud ha encanecido mis cabellos, y la reflexion ha sucedido á la inesperiencia y candor de mis floridos abriles.

No obstante lo dicho, casi me es imposible resistir al deseo de narrar aquí un suceso, que no me atrevo á *calificar*, dejando en plena libertad á mis indulgentes y cristianos lectores para que lo *califiquen* por sí mismos. Debo añadir, que no era sola la tia Barrala la que hablaba entonces en Alcañiz de este hecho, acaecido en aquella ciudad, sino otras personas formales de mas elevado rango y superior talento, que lo contaban como una *tradicion*, mientras la anciana lo referia como *testigo de vista*, por haber conocido personalmente á los protagonistas de la historia trágica que voy á referir. Antes, empero, es necesario decir dos palabras sobre la famosa *procesion de los tambores*, que desde tiempo inmemorial se celebra todos los años en Alcañiz la tarde de Viernes Santo y en la madrugada del siguiente dia. El que no haya oido el estruendo de tantas cajas de guerra, de seguro no podrá formarse idea exacta de lo que voy á contarle. Una hermandad ó cofradía, titulada del *Santo Entierro*, está encargada de arreglar y dirijir las procesiones con que los alcañizanos hacen conmemoracion solemne, como los católicos de todos los paises, de la Pasion y muerte de nuestro divino Redentor.

VIERNES SANTO.

A las doce en punto del medio dia comienza por calles y plazas el estruendo de los tambores, todos enlutados. A la una se reunen en la plaza Mayor, y formando la procesion, marchan tocando cada uno segun le place, precedida dicha procesion de una bandera negra y muchos pendones que representan las edades del mundo. Por último, cierran esta procesion el Prior y Mayordomo de la Cofradía, y en los puntos señalados suena un clarin, que se comunica por otros hasta el fin de la procesion, y enmudecen los tambores; entonces el sacerdote encargado publica el pregon siguiente:

«Hermanos fieles y devotos cristianos, sabed como los pérfidos judíos, habiendo puesto pendiente de una Cruz al Hijo de María Santísima, murió por darnos vida el Autor de ella. Su Madre Santísima está desconsolada, esperando os apiadeis de su

soledad y pobreza, y asistais en el descendimiento, que será entre tres y cuatro horas de esta tarde, y el entierro de su Hijo *Nuestro Salvador Jesus Nazareno*, será entre seis y ocho de la mañana; y pues Cristo, nuestro Dios y Señor, murió por redimirnos y salvarnos, obligacion es de todos los cristianos asistir devotos y compasivos, acompañando en el llanto á María Santísima, Madre de Jesus y Señora nuestra; y por lo tanto, en nombre de la Iglesia Santa, os amonesto concurrais á tan sagrado, piadoso y tierno funeral.»

Esta procesion primera termina en la plaza Mayor. Pocas horas despues sale de la Colegial otra procesion llamada de la Soledad. Mil y mil luces la acompañan. No hay pobre ni menesteroso que no haga un sacrificio por acompañar á María Santísima con vela ó hacha encendida. En cuanto comienza á anochecer, aparece instantáneamente la iluminacion general por toda la carrera, y la santa imagen de María, ricamente vestida de terciopelo negro con brocados de oro, es llevada por familias distinguidas de la ciudad, bajo de un pálio digno de tan veneranda imagen. El Clero, el M. I. Ayuntamiento, las autoridades civiles y militares acompañan á la Santísima Virgen. La Capilla canta el *Miserere* con el bajon, y la orquesta, en tono fúnebre, responde al coro de voces armoniosas. Al volver la procesion á la Colegial, presenta esta iglesia á la entrada de la santa Imagen, un aspecto sorprendente y majestuoso, y hasta sublime.

SÁBADO SANTO.

Antes de amanecer comienza de nuevo por todos los barrios, plazas y calles de Alcañiz el ruido de los tambores (alguna vez pasan de mil), mas grandes la mayor parte que las antiguas cajas de guerra. Es muy frecuente ver y oir algunos, mayores que la tambora ó bombo que usaban en mi niñez las músicas de regimiento. Es tal el estruendo que forman, que suele oirse á muchas leguas de la poblacion. Imposible sería representar mas al vivo el trastorno de la naturaleza, la conmocion, el terremoto de nuestro globo, cuando lamentaba la agonía y muerte del Hombre-Dios, que voluntariamente espiraba en una Cruz por salvar y redimir á la raza pecadora.

A las seis se reunen todos en la plaza Mayor, dando la vuelta á la ciudad como el dia anterior, con la diferencia que esta procesion es el entierro de Nuestro Señor Jesucristo, y da principio precedida por guion negro y timbales en marcha fúnebre; ricos pendones representan hechos memorables del Pueblo de Dios y

las edades del mundo. En la primera edad, la Creacion con todo lo comprensivo hasta Noé; en la segunda, desde Noé hasta la vocacion de Abrahám; en la tercera, desde la vocacion de Abrahám hasta Salomon; siguiendo consecutivamente las demás, hasta la sesta edad, en que fue dada la libertad á Israel por Ciro.

Un pendon representa la bendicion de *Jacob* á sus hijos; y en otros estandartes se ven imágenes de santos y santas del Antiguo y Nuevo Testamento, así como tambien las diez Sibilas de la antigüedad, á saber, la Pérsica, la de Cumas, la Délfica, la de Samos, la Líbica, la de Frigia, la Tiburtina ó Albunéa, la Demófila, la del Helesponto, y por fin, la Eritrea, que es la mas célebre de todas, por mencionarla San Agustin en el libro 17 de su *Ciudad de Dios*, en que habla el Santo Doctor de un acróstico de aquella, cuyas letras iniciales formaban este sentido: *Jesucristo, Hijo de Dios Salvador*.

Tambien aparecen allí representadas las cuatro partes del mundo. El Asia, con sus perfumes y aromas; el Africa, de faz atezada y horrible, con la serpiente del Senegal; América, con sus variadas y pintorescas plumas, con su oro, plata y piedras preciosas; y la Europa, armada con sus espigas y sazonados frutos. Preciosa alegoría! La divina Sangre de Jesucristo remedió y salvó á los hombres todos que habitan en la tierra, sin distincion de colores ni razas, como hijas todas de Adan, nuestro primer padre.

Lo que mas, empero, llama la atencion del hombre pensador y cristiano en aquella solemnidad religiosa, es la *Muerte*, ó sea el esqueleto de un hombre de aventajada estatura, conducido en andas, como las sagradas efigies de los Santos. Los que las llevan en hombros, ó en las manos si son pintadas, lo mismo que los que tocan los tambores, van vestidos de Nazarenos, cubiertas las caras con larguísimas caperuzas. En Alcañiz los llama *Cucarachos* (no se por qué razon) la *gente menuda*, como llama constantemente á la multitud el grave historiador Juan de Mariana.

Vienen despues: otro pendon, que representa el velo que cubria el *Sancta Sanctorum*, rasgado en dos mitades; una elevada cruz, á cuyos costados están eclipsados el sol y la luna; un niño vestido de angelito, bajo de un hermoso arco triunfal; los tres piadosos varones (sacerdotes) que bajaron de la Cruz el cuerpo del Señor, con albas y estolas blancas; el Santo Sepulcro, ó mas bien una urna de cristales donde va colocado el Señor, con ricas ropas de seda, bajo un hermoso pálio; y últimamente, las imágenes de la Dolorosa, S. Juan y la Magdalena; el Clero y el M. I. Ayuntamiento, Prior y Mayordomos de dicha Cofradía, la Capilla con

bajon cantando lúgubres motetes, y cien soldados romanos con trage completo y armadura de aquella época, con la bandera del imperio, *S. P. Q. R.*, en ademan de custodiar el sagrado cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Llega la procesion á la plaza Mayor, y al sonido marcial de una trompeta, que toca el pregonero (este lleva túnica de Nazareno, pero no caperuza) enmudecen de repente los tambores todos, y á manera de encanto, sucede al anterior estruendo un silencio sepulcral. Los Sacerdotes que llevan en hombros el sepulcro del Salvador, lo colocan respetuosamente en mitad de la plaza, y adora de rodillas su santa Imagen todo el pueblo alcañizano, en tanto que Longinos, vestido y armado de Centurion, sella el sepulcro.

Cuantos llevan tambores van pasando ordenadamente, de cuatro en cuatro ó de seis en seis, poco mas ó menos, y hacen tres genuflexiones ante el sepulcro santo, escoltado y defendido por soldados romanos, que lucen su luenga lanza y escudo, su armadura y capacete de hierro, á la usanza de los Cincinatos, Régulos y Escipiones. Los que llevan andas ó estandartes con las imágenes de los Santos y de las Sibilas, se arrodillan tambien tres veces ante el sagrado cadáver del Señor. Despues de todos pasan igualmente los que conducen la Muerte, que se inclina y *dobla la rodilla*, digámoslo así, confesando y publicando mudamente, que va á ser vencida y humillada por *Aquel*, que hace tres dias yace y reposa en aquella tumba. ¡Espectáculo admirable, sublime, divino! La muerte, que triunfó de Adan, y triunfará de todos sus descendientes hasta la consumacion de los siglos, se prosterna y anonada, y pregona á su despecho que solo el Hijo de Dios, á quien plugo morir momentáneamente por salvar al humano linage, va muy en breve, por su propia virtud y poder, á resucitar, vencedor y glorioso de entre los muertos, para volver al seno del Eterno Padre, y recibir el ósculo divino de su boca sacrosanta; galardon inefable de los dolores, afrentas y amarguras de su sagrada Pasion.

Volvamos á la pobre y centenaria vieja olvidada en los párrafos anteriores. Contaba esta buena y sencilla mujer, muy afectada y hasta con cierto asombro y espanto, que en el mismo año en que falleció Felipe V, es decir, en 1746, llevaron á la Muerte en sus hombros en la procesion de los tambores cuatro mozalbetes de cabeza ligera, *á quienes no obligaba todavía el ayuno*. (Palabras literales de aquella anciana.) Al retirarse de la funcion religiosa, en vez de volver con las andas y la figura de la Muerte, para depositarlo todo hasta otro año en la casa *del Santo Entierro*, que así se llama el edificio donde se guardan todos los

venerandos objetos pertenecientes á las funciones de la Semana Mayor, se dirigieron temerariamente á la charca del Hospital de San Nicolás (cloaca de todas las inmundicias de la poblacion), y Muerte, y andas en que esta venia, cayeron con estruendo al fondo de las aguas, entre las carcajadas y chocarrerías disonantes y chanzonetas de mal género, con que acompañaban aquellos miserables la impía y ruidosa zambullidura del humano esqueleto, respetable y sagrado, no solo entre católicos, sino hasta entre paganos y hotentotes. Les formaron una causa criminal, cual merecian, y fueron encerrados en un calabozo. A los pocos meses, empero, les dieron libertad, sin que les impusiesen mas aflictiva pena, considerando los pocos años, y la irreflexion y atolondramiento de los criminales mancebos. Pero si los hombres no los castigaron con mas escesivo rigor, la muerte, de quien se habian sacrílegamente mofado, ó hablando con mas exactitud y precision, la divina Justicia, á quien habian dejado de respetar en un momento de aberracion y voluntaria demencia, se encargó de darles un castigo mas imponente y severo; castigo que aterró á la poblacion entera por de pronto, y que despues del profundo silencio, compañero del espanto y del asombro, dió *pábulo* por muchos dias, y aun años, á conversaciones piadosas y edificantes en todas las familias de Alcañiz. Al siguiente año de aquel suceso, 1747, ninguno de los cuatro jóvenes culpables pudo asistir, ni menos vestirse de Nazareno en la procesion de los tambores. Todos habian fallecido poco menos que de repente, sin que hubiera en la ciudad ni peste, ni dolencia alguna contagiosa. Repito lo que dije antes. No *calificaré* este hecho histórico, bien digno en verdad de llamar la atencion. Mis lectores, á su placer, lo pueden llamar *casual*, *sobrehumano*, *milagroso*, ó como les parezca. Yo solo diré que, bien considerado el suceso, da mucho que pensar y meditar sériamente á un alma cristiana que teme á Dios; y esto indudablemente es lo mas cierto y seguro.

En la que fue Colegiata de Alcañiz hay una capilla, llamada comunmente de la Soledad, que es de las mas grandes y espaciosas, y sobre todo, la mas bella de cuantas hermosean y realzan aquel templo. En el fondo aparece un precioso tabernáculo de orden compuesto, vestido y ornado todo de mármoles, cortados la mayor parte en las canteras de la ciudad. Allí se veneran dos devotísimas efigies, de Nuestro Señor Jesucristo y de su bendita Madre contemplando á su divino Hijo en la Cruz, traspasado de dolor y angustia su maternal corazon. Esta veneranda imagen de la Madre de Dios es la ya mencionada, que sale de la Colegiata en solemne y concurridísima procesion la tarde del

Viernes Santo. Desde el último tercio del siglo XVI reciben estas dos sacras efigies el mas afectuoso culto de los alcañizanos, especialmente todos los viernes del año por la tarde, en que se reunen muchas personas piadosas, presididas por un respetable sacerdote, para rezar en comunidad la Corona dolorosa á la Reina de los mártires. El historiador Lanuza, hablando del santo Crucifijo (lib. 5, pág. 16) dice: *Que nadie puede mirarlo sin reducirse á penitencia y lágrimas, si ya no es alma de bronce ó piedra, ó persona del todo desalmada.* La efigie de la Virgen, no inferior en mérito artístico, inspira igual devocion y filial ternura á los corazones cristianos. Hasta la procedencia de las dos imágenes, velada y oscurecida entre sombras misteriosas, acrecienta la veneracion y religioso respeto de los que conocen la historia y tradiciones de Alcañiz.

Por los años de 1570, los hijos de aquel pueblo estaban afligidos y consternados con una terrible y larga carestía, muy semejante á la que sufrió el reino de Israel en tiempo del Rey Acab. La benéfica lluvia no habia humedecido ni fecundado las huertas y olivares que riega el Guadalope, hacia casi un lustro. En estas durísimas y críticas circunstancias, en que todos imploraban inútilmente las aguas para los campos, el pan para la boca y el consuelo para sus penas, se presentó en la poblacion, vestido de peregrino, un varon de aspecto venerable, que dijo llamarse *Juan de Leon.* Hospedóse en la calle de Alejandre, en la casa que hoy tiene el número 12, cuyo edificio, por su magnificencia, y principalmente por *el color de hoja seca* de sus paredes esteriores, segun la feliz y bella frase de Chateaubriand, ha conservado hasta hace muy pocos años la grave fisonomía de respetable antigüedad que tienen todavía algunas otras casas de Alcañiz, las que tanto llamaron la atencion del culto y elocuente escritor, mi querido amigo, D. José Cuadrado.

En aquella casa vivia entonces D. Alonso de Huete y Rivas con su dignísima esposa Doña Isabel Valenzuela, matrimonio mas noble y preclaro aún por sus ejemplarísimas virtudes, que por la sangre ilustre que circulaba en sus venas. Vivió algun tiempo el peregrino con aquella edificante familia, muy retirado y abstraido en la oracion y ejercicios de piedad. Al despedirse dejó como en depósito á los cristianos consortes una caja de grandes dimensiones, en que trajo consigo las dos sagradas efigies de que se ha hecho mencion. Estas comenzaron desde luego á recibir culto público; y el cielo, antes de bronce, se ablandó, y las nubes con su riego fertilizaron los campos, y los corazones oprimidos se ensancharon; y pobres y ricos, en fin, dieron gracias á Dios y á su Madre Santísima por tamaño beneficio.

Viendo que trascurrian meses y años sin volver el pregrino determinaron las autoridades eclesiástica y civil trasladar á la Colegiata las dos santas imágenes, con gran contentamiento y devocion de los cristianos cónyuges y de todos los alcañizanos. Así se hizo en solemne procesion, que terminó con *Te Deum* y Misa cantada, á que concurrió la poblacion entera. Al dia siguiente, es decir, el 4 de marzo de 1578, se estendió un acta de depósito de las santas efigies en la Colegial, que autorizó el Notario Real, Pedro Ripol, Secretario de la municipalidad, y firmaron el Prior del Cabildo, Mosen Juan de Huete, y los Canónigos Juan Remolinos, Alonso de Viu, Juan Ros, Juan Maella, Miguel Antolin Ferrer, Onofre Romeu y Juan Perdiguer. Sirvieron de testigos Anton Lafon y Mosen Pedro Santapau, Beneficiados de dicha iglesia. Tambien autorizó con su firma aquella escritura el referido D. Alonso de Huete, que aquel año era Jurado en capítulo, como se consignó en el libro de registros y acuerdos del Ayuntamiento.

Los hechos que acabo de referir están compendiados de lo que dice el Padre Alberto Faci en su piadosa y erudita, aunque muy difusa historia, titulada: *Aragon, reino de Cristo y dote de María Santísima*. Esta última frase del buen religioso Carmelita me recuerda un felicísima *Espinela* que corrió por toda España de boca en boca en tiempo de la dominacion francesa, y que mi ilustre amiga y señora, Fernan Caballero, ha tenido el acertado pensamiento de conservar en su preciosa *Coleccion de artículos religiosos y morales*, página 117. Lástima es que ignoremos el nombre del inspirado vate. Hé aquí su bellísimo poemita.

Bonaparte subió al cielo,
De Dios á solicitar
Le dé reinos que mandar
En Europa, fértil suelo.
Dios condescendió á su anhelo,
Dándole cuanto le cuadre;
Y al pedir la España al Padre,
El Hijo le respondió:
¿Cómo es eso? España, no,
Que es *el dote de mi Madre.*

Tiene mucha razon la citada escritora, al decir que en estos versos, *como en toda poesía popular, donde nada es el arte y todo el corazon, se retratan al vivo los sentimientos del nobilísimo y cristiano pueblo español.*

Además de la capilla de la Soledad, que es de orden corintio,

son dignas de ser mencionadas otras dos, que son, la de San Vicente Ferrer y la de San Mateo. La primera, por conservarse en ella el púlpito en que el santo apostol de Valencia solia con frecuencia predicar, mientras fue conventual de Santa Lucía, inculcando á los alcañizanos el *santo temor de Dios*, que, como es bien sabido, era el tema ordinario de sus tareas apostólicas y sermones todos. En aquel mismo púlpito, arrancado de la pared, en que hoy está fijo, y colocado provisionalmente en la plaza de la Colegial (segun he oido muchas veces á mis piadosos abuelos), dió misiones al pueblo de Alcañiz á fines del siglo pasado el Venerable Fr. Diego de Cádiz, cuya beatificacion está muy próxima, segun noticias fidedignas procedentes de Roma.

La otra capilla, que no debe omitirse en estos artículos, es la indicada ya de San Mateo, por contener el sepulcro de mármol que guarda los restos mortales de D. Blas Ram y de su esposa Doña Aldonza Lanaja, padres del ilustre y renombrado Cardenal D. Domingo, de quien hablaré de nuevo con alguna estension, como merecen las eminentes cualidades de aquel perínclito alcañizano. Tambien llaman la atencion en el altar de esta capilla cinco hermosas estátuas y otros tantos medallones de mármol blanco, cincelado todo en Roma (lo mismo que el sepulcro) por encargo especial de dicho Emmo. Prelado, que, cual buen hijo, ofreció este obsequio á la tierna y veneranda memoria de los que le habian dado el sér, bien dignos por otra parte de eternal recuerdo por las cristianas virtudes que los distinguian. Ambos consortes eran de las familias mas ilustres del reino. Don Blas, con su mérito personal y servicios prestados á su patria y á su rey, realzó los blasones de su casa, ya como consejero de estado del Rey D. Pedro *el del puñalet*, como llaman las crónicas lemosinas á Pedro IV de Aragon, ya tambien como Comendador de Calatrava en el castillo-convento de Monzon, donde se crió y educó bajo la direccion de los caballeros Templarios (y sea dicho de pasada) el Gran D. Jaime el Conquistador.

Tambien merecen alguna mencion los cinco retablos, para otras tantas capillas, que el Cabildo de la Colegiata mandó levantar en 1830. El gusto greco-romano domina en todos ellos. Las graciosas estátuas que los adornan, son obra de D. Tomás Llobet, Director que fue de la Real Academia de San Luis de Zaragoza. Mucho mas mérito artístico que dichos retablos tiene el altar mayor de aquel templo; altar ornado todo y embellecido de mármoles y jaspes. Se hizo á principios de este siglo. Las preciosas efigies de la Santísima Trinidad, de la Beatísima Virgen María, de los Apóstoles, ángeles y santos, que lo decoran,

se deben igualmente al diestro cincel del mencionado escultor, ilustre hijo de Alcañiz.

Despues de hablar de la actual Colegiata, justo es decir algo del antiguo templo, demolido enteramente para edificar aquella. A juzgar por el notable campanario gótico del siglo XIII que quedó y subsiste de la obra primitiva, y sobre todo, por la descripcion, no poco circunstanciada, que nos han conservado los historiadores y memorias de Alcañiz al mencionar la primer iglesia Colegial, edificada á principios del siglo XV, se puede asegurar, sin recelo de equivocarse, que aquella era todavía mas digna de atencion, considerada artísticamente, que lo es el moderno templo, por su estension, magestad y grandeza. No hablaré de los antiguos altares de crestería, ni de las dos grandiosas puertas de seis y de doce arcos, ornados de encajes, guirnaldas, doseletes, y muchedumbre ordenada de ángeles y santos, porque desgraciadamente ya no existen.

«Nunca, ni mas pura, ni mas acabada belleza gótica, pereció »inmolada en la flor de sus dias al rigor del barroquismo;» como dice el Sr. Cuadrado, que deplora inconsolable aquella destruccion, comenzada en aciaga hora, y lo que es mas digno de lamentarse, llevada á cabo en breve tiempo. No obstante, preciso es repetir lo que añade el mismo escritor, á saber, «que el ar»quitecto alcañizano D. Miguel Aguas emprendió la restaura»cion desde los cimientos; y si pudiera merecer gracia su obra »tras de las ruinas, que para hacerse lugar amontonó, la obten»dría sin duda por su magnificencia y suntuosidad, y por un »gusto menos corrompido de lo que su época amenazaba.» Los lectores que quieran saber lo que era la antigua Colegiata de Alcañiz, pueden ver la importantísima obra de dicho Cuadrado sobre los templos de Aragon.

Yo por mi parte me contentaré con decir, que la mayor gloria de aquella iglesia gótica consiste en que San Vicente Ferrer, residente en Alcañiz en 1407, suplicó respetuosamente á D. Pedro de Luna, *Cardenal de Aragon* anteriormente y entonces llamado *Benedicto XIII*, la erigiese en Colegiata, y que así lo hizo este Prelado, como era de esperarse, accediendo á los ruegos del santo religioso, director en aquella época de su conciencia. Por lo demás, el mencionado campanario, á pesar de no estar terminado, por faltarle el último cuerpo á tan gigantesco monumento de la edad media, es quizá el de mas elevacion y solidez que hay en toda España, á escepcion de la Torrenueva de Zaragoza, y la moruna Giralda, que retrata el Guadalquivir en su cristalina y apacible corriente. *El primer cuerpo macizo* (de dicho campanario), dice el citado historiador mallor-

quin, *se nivela con la altura de la nave lateral;* y añade, *otros tres cuerpos se le sobreponen, divididos por ligera moldura, y flanqueados por pilares en sus recortadas esquinas; y grandes ojivas, adornadas algunas con arabescos, y partidas por una columna, dan vida á aquel coloso, cuya gallardía no reconoceria superior si no lo desluciese un remate de ladrillo.* Así escribia el Sr. Cuadrado en 1840. Posteriormente los hijos de Alcañiz han coronado su hermosísima torre de las campanas con otro remate mas bello, y por consiguiente mas en armonía con los delicados primores de la arquitectura gótica.

Al hablar de la iglesia, *que fue Colegiata, siglos y siglos*, como indiqué antes, quizá debiera haber hecho detenida y especial mencion de la antiquísima imagen de Nuestra Señora de Nazaret, venerada actualmente en aquel templo, por haber sido trasladada en 1650 á la primitiva Colegial desde la capilla de Santa María Magdalena, edificada el siglo XII en la parte interior del castillo. Ante aquella veneranda efigie de María Santísima doblaron cien veces la rodilla, y demandaron humildemente su amparo y la proteccion de su divino Hijo, Alfonso el Batallador y sus ilustres compañeros de armas; D. Jaime el Conquistador y los invictos guerreros que militaban en su glorioso ejército; el apóstol valenciano y el piadoso Cardenal Ram; y en suma, otros cien venerables y dignos varones, cuyos nombres vivirán eternamente en la historia, y, lo que es mucho mas importante, están sin duda escritos en el *Libro de la vida*, como podemos creer piadosamente, consideradas las cristianas virtudes que los enaltecian, y sobre todo esperando, como debemos esperar, en la infinita misericordia del Señor, y en la proteccion de su divina Madre, y Madre amorosísima nuestra.

Como estos artículos se van alargando mas de lo que creí en un principio, suplico á mis lectores benévolos se contenten con lo poco que acabo de indicar sobre la Virgen de Nazaret, y se trasladen conmigo por un momento á otros templos de Alcañiz y de sus inmediaciones, si no tan dignos de consideracion como la Colegiata, muy merecedores al menos de mencion particular, siquiera sea sucinta.

ARTICULO V.

Tengo insinuado ya, que á pocos pasos de la famosa fuente *de la Loba*, antes de la esclaustracion de los Regulares, realizada en nuestros dias, habia un convento de la orden de Santo Domingo, que por cierto ha criado en su seno, y ha dado á la

Iglesia y al Estado no pocos hijos ilustres, alcañizanos algunos, de los que, como es justo, hablaré despues con el debido elogio. El templo de dicho monasterio, dedicado á Santa Lucía virgen y mártir, consta de una sola nave de crucería, tan atrevida y esbelta, que no puede menos de llamar la atencion de cuantas personas de inteligencia y gusto en las bellas artes tienen ocasion de verla y observarla de cerca. Erigióse en 1518. Muchos mas años de antigüedad contaba el convento (destruido por las tropas de Napoleon en 1809), por haberlo fundado en 1383 el príncipe Don Juan, hijo del rey de Aragon Don Pedro IV. Afortunadamente la iglesia pudo librarse, annque no del todo, del vandalismo de los invasores.

Es de lamentar que este hermoso templo esté el dia de hoy convertido en alhóndiga. No sería menester hacer esfuerzos heróicos, ni vencer grandes obstáculos, para restituir al culto público aquel sagrado edificio. Estoy seguro que lo celebrarian con todo su corazon los alcañizanos, y principalmente los que viven en aquellas inmediaciones. Sería de desear que mis paisanos carísimos imitasen en esta parte á los piadosos hijos de Alcalá de Henares. Me esplicaré.

A principios del año 1852 estaba establecido en el grandioso edificio, que fue la Universidad del Cardenal Cisneros, el colegio de cadetes de caballería, al que yo tenia entonces la honra de pertenecer, como capellan y profesor de Religion y de Historia. Habiendo mandado el Gobierno que dicho establecimiento militar se trasladase á Valladolid, creyeron y con razon los vecinos de Alcalá, que aquel magnífico edificio se arruinaria dentro de pocos años, si no lo habitaba y cuidaba de él alguna corporacion ó personas particulares. A fin de evitar una ruina se reunieron las autoridades y vecinos influyentes de la ciudad, y resolvieron unánimes que el vecindario comprase la Universidad. Sin pérdida de tiempo se hizo así, tomando parte en tan preciosa y loable adquisicion, no solamente las familias acomodadas, sino hasta humildes artesanos y modestos labradores, que ofreciendo de buen grado sus módicas economías, contribuyeron á salvar de la destruccion y la muerte aquella riquísima perla de la arquitectura. Cediendo poco despues la poblacion el edificio á los Padres Escolapios, para fundar en él un colegio, volvió aquel en parte á ser lo que fue en sus principios, cumpliendo religiosamente la ciudad, en cuanto le fue posible, la voluntad del venerable Arzobispo, que erigió á sus espensas aquella Universidad famosa, que tantos grandes hombres ha dado á la Iglesia y á la España. Los hijos de Alcalá y de otros pueblos, reciben desde entonces la esmerada educacion cristiana y lite-

raria, que los dignísimos Padres de las Escuelas Pias dan gratuitamente á los numerosos alumnos de todas clases y condiciones sociales que frecuentan sus aulas. El sabio y piadosísimo Padre Scio, Obispo electo de Segobia, decia sonriendo en cierta ocasion: «He tenido la gloria de enseñar el santo temor de Dios »y las primeras letras á S. A. R. el Sermo. Sr. Príncipe de »Asturias, y á los hijos del honrado tio Isidro, pregonero de »Madrid.»

ROMANCE.

Himnos de amor y alabanza
A los hijos del Henares,
Venturosos compatricios
De Solís y de Cervantes.
La Universidad insigne,
El monumento admirable,
Sublime prez y ornamento
De las ciencias y las artes,
Entre escombros y rüinas
Amenazó desplomarse,
De su fundador egregio
Entristeciendo los manes.
Mas de la antigua Alcalá
Los celosos habitantes,
La destruccion evitaron
Con patriotismo laudable.
De Calasanz á los hijos
Las puertas luego se abren
De aquel cristiano Liceo,
Gloria de nuestros anales.
En sus antiguas almenas
No bien flota por los aires
Con el *Nombre de María*
El calasancio estandarte,
De su veneranda tumba
La frente alzó venerable,
De eternos lauros ceñida,
Mas que el Héspero brillantes,
El respetable Cisneros,
Y con sonrisa inefable
A la poblacion bendijo,
Como cariñoso padre.

Suenan en pos dulces arpas,
Y vítores y cantares,
Y así repiten los ecos
Por campos, montes y valles:
«¡Alcalá! Mientras al mundo
»El sol dore radiante,
»Vivirá orlado tu nombre
»En las futuras edades.
»¡Himnos de amor y alabanza
»A los hijos del Henares,
»Venturosos compatricios
»De Solís y de Cervantes!»

¿Qué dificultad habria en que los hijos de Alcañiz adquirieran la mencionada Iglesia, como adquirieron los vecinos de Alcalá el edificio que fue Universidad de Cisneros? Hasta los que vivimos lejos de nuestra queridísima ciudad natal, contribuiríamos con todas nuestras fuerzas y peculio á tan santa obra, á fin de ver de nuevo en tan sagrado recinto adorado el augusto Sacramento de la Eucaristía, y renovado el santo Sacrificio de propiciacion, ofrecido al Dios de las misericordias en las aras de aquel antiguo templo, en que siglos y siglos doblaron humildes y reverentes la rodilla nuestros piadosos abuelos.

Á MI PUEBLO NATAL.

ODA.

Patria del alma mia,
Alcañiz venturosa,
Madre de cien varones,
Delicias de tu amor, de España gloria;

No permitas mas tiempo
Que en la iglesia famosa,
Cuyos antiguos muros
Oyen sonar la *fuente de la Loba*,

De la humilde plegaria
Enmudezca en mal hora
El religioso acento,
Que del Señor al trono se remonta.

De aquel sacro recinto
La bóveda grandiosa,
Que alzaron tus abuelos
Con fe sublime, con piedad heróica,

Ya preces no repite,
Con que el cristiano implora
La proteccion del cielo,
Y en el trance postrer misericordia.

Aquella torre esbelta
No defiende y adorna
La cruz, signo de vida,
A cuyo pie los ángeles se postran.

Ni al declinar la tarde,
Ni al sonreir là aurora,
Argentina campana
Los fieles hijos de Alcañiz convoca,

Para cantar acordes
En voz melodïosa
Los himnos del Rosario
A nuestra Madre y celestial Señora.

El valenciano apóstol,
Allá en edad remota,
En aquel santüario
Mil veces ofreció divina Hostia.

De la callada noche
En las tranquilas horas,
De lúgubre lamento
¿Oyes allí cien voces misteriosas?

Son ayes de amargura
Con que el Santo deplora
El olvido y silencio
A que las aras mismas abandonas,

Donde en humilde ruego
Oraban fervorosas
Otras generaciones,
De la actual poblacion progenitoras.

Esclarecido pueblo
Por tu piedad notoria,
De Ferrer los gemidos
¿Cómo es posible que infeliz desoigas?

Aquella que fue un dia
Basílica preciosa,
Al culto restituye
Con que á Dios los católicos adoran.

Y esculpirás tu nombre
En la inmortal historia
Con diamantinas letras,
Que la mano del tiempo nunca borra.

Y el menor de tus hijos
Con cítara sonora,
Dirá entusiasta al mundo
Tu religiosidad..... tu fe española.

Y en el etéreo cielo,
Donde los justos moran,
De *Alcañiz la cristiana*,
En arpas de oro sonarán cien loas.

Basta por ahora de la iglesia de Santa Lucía, situada al Oeste de aquella ciudad, y vamos mis lectores y yo al templo, no menos notable, de San Francisco, que hay hácia el Oriente, en un estremo del arrabal, confinante con las eras, defendidas de los vientos (muy récios allí con frecuencia) por los dos altos cerros del *Cuervo* y del *Calvario*. Dicho templo, lo mismo que el convento, fueron fundados en el primer tercio del siglo XVI por Andrés Vives, venerable y sábio sacerdote, hijo de Alcañiz. Esta magnífica iglesia, que consta de tres hermosas naves, aunque muy deteriorada por el sangriento y obstinado combate que dentro del monasterio se dió entre cristinos y carlistas la noche del 4 de mayo de 1838, ha sido menos infortunada que el templo de los Padres Dominicanos, por la favorable circunstancia de que el ex-convento de los Franciscos fue habilitado años pasados para hospital civil y militar. Por esta razon se dice allí Misa diariamente, y se administra el sagrado Viático á los enfermos; y los fieles alcañizanos de aquellos contornos adoran contínuamente el augusto Sacramento del Altar en aquel antiguo templo, que tan agradables y religiosos recuerdos ofrece á mi corazon.

La música de Carril, dice Ossian, *era como la memoria de dichas y venturas ya pasadas: alegre y melancólica á la vez.* Lo mismo podria decirse de la ancianidad. Los viejos gozamos con delicia, y sentimos con amarguísima pena al parar mientes en los primeros y verdes abriles de nuestra existencia, marchita y dolorosa al presente. No puedo acordarme de aquel sagrado edificio sin una mezcla indefinible de sombría tristeza y de inefable alegría. Allí, cuando yo era rapazuelo, residia como conventual el joven sacerdote Fray Joaquin Serrano, hermano de mi buen padre; por cuya razon, en la pobre y modesta celda de mi querido y bondadoso tio (que murió posteriormente en el imperio del Brasil), en los cláustros del Convento, en el átrio de la iglesia y en la plazuela inmediata, comencé á soltar los andadores, y á dar por consiguiente, con vacilante pie, los primeros pasos en la carrera de mi ya larga vida. Allí, trascurridos algunos años, guiado y conducido por la diestra maternal, acostumbraba yo rezar todos los domingos por la tarde la Corona de la Santísima Virgen María en la capilla de la *Tercera Orden*, despues de oir la sencilla y edificante plática del Padre Presidente, cuyo respetable nombre siento muy mucho que se haya despintado de mi olvidadiza memoria. Allí por fin, apenas cumplí los tres primeros lustros, á instancias y ruegos de mi piadosa madre, tomé el cordon de dicha Orden Tercera; sabiendo ya muy bien, porque nos lo decia con frecuencia aquel dignísimo religioso, que habian pertenecido á ella el Rey de Francia, San Luis, hijo de la cristiana Infanta española Doña Blanca; el santo abogado de la peste (que en cada calle de Alcañiz tiene su efigie, su capillita y lámpara correspondiente); Santa Isabel, Reina de Hungría, madre y consuelo de los pobres y desvalidos; y otras mil piísimas y buenas almas, en suma, que tantos y tan admirables ejemplos de sus eminentes virtudes han dejado á la Iglesia de Jesucristo para nuestra edificacion y enseñanza.

Lo que yo ignoraba entonces es que en los reinados de Felipe II y de su augusto hijo, Tercero de este nombre, tan gloriosos y prósperos para las ciencias y las letras españolas, que con razon se les apellida *nuestro siglo de oro*, tuvieron la alta honra de ingresar en tan respetable y sagrada institucion muchos de nuestros mas ilustres escritores, y entre ellos los dos mas preclaros y famosos, es decir, el *Fénix de los Ingénios*, como llamaron sus contemporáneos á Frey Lope de Vega Carpio, y el Manco de Lepanto, el valeroso cautivo de Argel, el regocijo de las Musas, la gloria mas esplendorosa y envidiable de la literatura *moderna;* y no añado tambien *de la antigua*, por la admiracion, asombro y profundo respeto que me inspira el *incomparable*

cantor del iracundo, implacable y rencoroso Aquiles, y del amable, valiente, simpático y desventurado Héctor.

Aunque en la época presente no se apresuran, por desgracia, nuestros contemporáneos ingénios á inscribirse y alistarse como *Terceros* en dicha corporacion, establecida por el gran Patriarca de Asís, como lo hacian los preclaros escritores del tiempo en que reinaba el fundador del Escorial, y brillaban como astros de primera magnitud en el cielo de la Iglesia española Santa Teresa de Jesus y San Pedro de Alcántara, su austero y penitente, al par que afable y amabilísimo confesor; San Juan de la Cruz y Santo Tomás de Villanueva, San Luis Beltran y San Francisco de Borja; y florecian sábios como el arzobispo Antonio Agustin, Arias Montano y Luis Vives; jurisconsultos como Martin Alpizcueta y el Presidente Covarrubias; teólogos como Domingo Soto, Melchor Cano, Victoria, Medina, Suarez, Maldonado, Salmeron y Lainez; prosistas como el Maestro Avila, Luis de Granada, Sigüenza, Juan de Mariana, Marquez, Rodriguez y Malon de Chaide; poetas, en fin, como el divino Herrera, los Argensolas, Luis de Leon, Rioja, Balbuena, Céspedes, Figueroa y Gil Polo; no obstante, no nos faltan motivos para alabar á Dios, que tan visiblemente proteje y mira con ojos de Padre amoroso á la patria de Recaredo y San Fernando. Loada sea la divina misericordia. Todavía hay fe en Israel; todavía España es católica, como en tiempo de nuestros religiosos mayores. Todavía los padres de familia, antes de recogerse por la noche, rezan en compañía de su cristiana esposa, de sus hijos y sirvientes, el Rosario ó la Corona de la Virgen. Todavía hay ingénios nobilísimos, eminentes ingénios, que se honran ciñéndose de buen grado el cordon de la Tercera Orden de San Francisco. Todavía tenemos á mucha gloria ceñirlo no pocos españoles, que aunque no seamos esclarecidos ingénios, estamos cultivando las letras con ardor y constancia desde la adolescencia hasta la vejez, que nos agobia y nos trae mal parados: edad de la vida (y sea dicho de pasada) *en que no debe el hombre jugar con la eternidad*, segun el dicho, tan grave y sensato como religioso, del buen Cervantes.

Para probar y demostrar lo que dije poco há, basta y sobra citar á mi ilustre y malogrado amigo D. Jaime Balmes, el pensador mas profundo que en el presente siglo nació en España, y quizá en la Europa entera. A fines del año 1842 residia yo en Gracia, arrabal de Barcelona, en compañía de aquel ilustre y ejemplar sacerdote. Con este motivo ví no pocas veces al eminente escritor rezar la Estacion y la Corona de la Virgen, como suelen hacerlo con frecuencia los que pertenecen á la Tercera Orden de San Francisco.

Al lado del sábio y elocuentísimo autor de *el Catolicismo y Protestantismo comparados*, no vacilaré un momento poner otro nombre, bien esclarecido y aristocrático por cierto, por ser descendiente el que lo llevaba de D. Alfonso el Sábio, del Rey San Luis y de D. Jaime el Conquistador, como nieto que era del Infante D. Fernando *de la Cerda*, Doña Blanca de Francia, y Doña Violante ó *Yolanda*, como llaman las Crónicas lemosinas á la hija del citado monarca aragonés; nombre por otra parte que, á no haberlo impedido prematura muerte, hubiera ocupado en la historia literaria de nuestros dias un lugar muy honroso, no muy lejos de los difuntos Duques de Frias y Rivas, cuyos bellísimos escritos durarán mientras viva el idioma español.

¡Admirable república la de las letras! Sin estrañeza ni asombro vemos colocados en bello y grato desorden, cuando leemos libros de literatura, nombres y apellidos, los mas elevados de la gerarquía social, mezclados y confundidos con otros bien humildes por cierto. Enfrente del augusto escritor de las *Partidas* y de las *Cántigas* y *Querellas*, en las que imploraba el desolado monarca la proteccion de la Reina de los cielos, ó se lamentaba de sus desventuras, y de la rebelion de su primogénito D. Sancho, se nos presenta el *Ciceron de España*, hijo de una pobre lavandera de la ciudad de los Abencerrages, con la *Guia de pecadores* en la mano, libro el mas perfecto que han escrito nuestros ingenios, si hemos de creer al eminente crítico y volteriano Abate Marchena. No lejos del sabio prelado D. Rodrigo Jimenez de Rada, que al decirle Alfonso VIII en las Navas de Tolosa: *Aquí morremos, Arzobispo*, contestó con la inspiracion de un profeta y el heroismo de un guerrero, *Señor, aquí venceredes;* encontramos á Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, cuyo felicísimo ingenio sería mucho mas digno de alabanza si no se hubiera acordado jamás de la cínica *Trota-Conventos*, ni de satirizar á la Corte Pontificia, con una virulencia mas propia del pagano bufon de Aquino, que de un censor cristiano, y clérigo por añadidura. En compañía del infante D. Juan Manuel, del marqués de Santillana, D. Iñigo de Mendoza, fundador de la casa del Infantado, y del príncipe de Esquilache, D. Francisco de Borja, vemos á San Juan de la Cruz, cuyo padre fue un humilde tejedor de Ontiveros, y Juan de Mariana, hijo de padres desconocidos, y Vicente Espinel, *que vivió noventa años y nadie le dió favor*, segun la desgarradora frase de Lope en su *Laurel de Apolo*. Finalmente, el ínclito Jovellanos, cuya nobleza se remontaba hasta la cuna misma de la monarquía de Asturias, y Martinez de la Rosa, Presidente mas de una vez del Consejo de Ministros, no aparecen desairados, ni mucho menos, al par del maestro Lista, que

siendo adolescente habia trabajado como menestral en un taller de sedas; ni del desdichado *mulato*, Gabriel de la Concepcion Valdés, mas conocido con el seudónimo de *Plácido*, que al salir de la cárcel de la Habana para el suplicio en la madrugada del 29 de junio de 1844, fue recitando con humildad y resignacion cristiana, y voz entera y firme, una sublime plegaria, que habia momentos antes improvisado en la fatal capilla. Hé aquí algunas de sus estrofas.

Á DIOS.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos solo sois mi defensor, Dios mio;
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.
Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mia,
Cual del aire á la clara trasparencia,
Estorbad que, humillada la inocencia,
Bata sus palmas la calumnia impía.
Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz, y acabe mi existencia.....
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!

Si hoy resucitára el aristocrático poeta á quien aludí anteriormente, agradeceria muy de veras, y tendria un dulce y vivísimo placer, y se consideraria noble y gloriosamente honrado, al ver en estos artículos, asociado su preclaro nombre al del gran Balmes, hijo de Jaime, artesano modesto de Vich, y de Teresa Urpía, su cristiana consorte. El malogrado ingenio de que hablo fue el joven duque de Feria, mi querido y llorado y aprovechadísimo discípulo. Aunque no tuvo tiempo suficiente para dedicarse al cultivo de las Musas y de las letras, escribió sin embargo los bastantes versos para que su nombre no quede olvidado en el Parnaso español. Pertenecia á la Tercera Orden de San Francisco, lo mismo que los señores Duques de Medinaceli y de Abrantes, hermano aquel y cuñado este del respe-

table difunto. ¡Malogrado joven! Muy digno era de consideracion y respeto por su talento clarísimo y por el esplendor de su régia estirpe, pero aún lo era mas todavía por las cristianas virtudes que enaltecian su corazon. Los pocos versos que publicó en los periódicos, bastan por sí solos para librar del olvido el nombre del autor, como sucede con Baltasar de Escobar, el cual, por haber únicamente escrito en el siglo XVI un soneto en elogio de Fernando de Herrera, es muy conocido el nombre del panegirista del divino Cisne del Betis, y principalmente desde que el gran Quintana incluyó los catorce versos de Escobar, encomiándolos con entusiasmo, en el primer tomo de las *Poesías selectas* desde el tiempo de Juan Mena hasta nuestros dias.

Muy pocos meses antes de morir el Duque, bien lejos yo de pensar que muy pronto reposaría en el sepulcro aquel joven de tantas esperanzas, para alentar su modestia y timidez (propiedad del verdadero talento) á fin de que escribiera con mas frecuencia, le dirigí la siguiente

ODA.

Sigue, querido Feria,
Por la via escabrosa
Que á la risueña altura
Conduce de Helicona.
Entre rudas malezas,
Entre abismos y rocas,
Espinos al principio
Allí tan solo brotan.
Mas ¿qué resistir puede
A la constancia heróica
Con que los nobles pechos
Los peligros afrontan?
Si venciendo tu arrojo
Mil fatigas penosas,
Al triste desaliento
Débil no se abandona,
Hollarás algun dia
Matizadas alfombras
De verdor y frescura,
De jazmines y rosas:
Apacibles vergeles
Que, entre florida pompa,
Con la rama te brindan,

De vates aureóla;
Gratos, amenos bosques,
Donde tranquilas moran
Las vírgenes del canto
Que fervoroso invocas.
Las que amantes inflaman
La mente creadora,
Cuando salva el espacio,
Y al éter se remonta.
Las que inspiran los himnos,
Que en alas de la gloria
Vuelan de emtrambos polos
A las opuestas zonas.
Feliz, ilustre amigo,
Si tu esfuerzo redoblas,
Hasta ganar valiente
La cumbre deliciosa,
Embebecido entonces
Por el süave aroma
Que sin cesar exhalan
La auras bullidoras
Al sonante murmurio
De las castalias ondas,
Mas blandas al oido
Que lira melodiosa,
Conseguirás ufano
Tu sien adornar docta
Con la verde guirnalda
De hiedra vividora,
Láuro de mas estima
Que las perlas preciosas,
Con que al mundo enriquecen
Los reinos de la aurora;
Ornamento el mas digno
De la ducal corona,
Que heredó de cien reyes
Tu estirpe generosa.

ARTICULO VI.

No teniendo mas que añadir á lo dicho en los precedentes párrafos sobre la iglesia de San Francisco de mi pueblo, que me los ha inspirado, voy con mis buenos lectores (si me dispensan la honra de acompañarme) á la ermita de Pueyos, que dista media legua del arrabal. Larguillo es el paseo. No obstante, como no les ha de faltar conversacion, por parte mia, á mis compañeros de viaje, y sobre todo, por ser el camino tan variado, pintoresco y ameno en algunos sitios, quizá no les pese venir conmigo á tan donoso y pulido santuario. Otros he visitado mas grandes y magníficos, como el dedicado á San Saturio, no lejos de las ruinas de Numancia, el de la Virgen de la Vega en Rioja, y el de Santa Ana, cerca de la deliciosa Gandía; pero tan bella y graciosa como la iglesia de los Pueyos, no he visto ninguna ermita.

Al salir del convento de Franciscanos tomaremos, como es justo, el camino mas recto, ó por hablar con propiedad, el menos torcido, y por consiguiente el mas corto. Estamos ya pisando las *Peñetas* de San Francisco, como llaman los alcañizanos á la próxima calle, por ser el pavimento de roca durísima, y sin aceras, adoquines, arena ó greda, que le hagan mas blando y cómodo, especialmente para los pies ya delicados y aun doloridos de los pobres viejos. Despues de atravesar la inmediata calle del Plano (que ya está empedrada) llegamos al Portillo de las Herrerías, sobre el cual hay una capilla dedicada á Nuestra Señora de Loreto, cuya santa imagen veneran con especial devocion todos los vecinos de aquellos barrios. Al dejar atrás el arrabal tenemos precision de bajar por cuesta asaz pendiente y áspera, hasta llegar al *camino de la Peña*. Aquí nos encontramos el apacible y modesto rio á la izquierda, y el imponente y magestuoso cerro del castillo á la derecha; cerro tan riscoso y tan inaccesible por esta parte, que ni zapadores, ni minadores, ni aun los reptiles de uñas mas duras y vigorosas podrian por aquí subir á la esplanada de la antigua fortaleza.

Si place á mis lectores, imitemos (al menos en esto) á Santa Teresa de Jesus, que segun nos dice en sus celestiales escritos, gustaba mucho de ver y contemplar el agua corriente. Demos por lo tanto una mirada de cariño al próximo y risueño Guadalope, *aprendiz de rio* en verano, como llama Quevedo al Manzanares; y caudaloso, y aun soberbio y amenazador muchas veces,

cuando las lluvias, las nieves y los torrentes de los montes que dominan sus verdes márgenes, acrecientan y hacen desbordar sus raudales, mansos y pacíficos de suyo. El blando, eufónico y sonoro nombre que lleva al presente, aunque híbrido, como árabe-latino, ha sido celebrado mil veces por ingenios alcañizanos, con el amor, con el ferviente entusiasmo tan propio de los buenos hijos cuando hablan de su madre patria, y de los objetos que la realzan y embellecen.

Si queremos estender la vista por las lejanas alturas del Idúbeda, vemos la magestuosa cumbre de Palomita, cubierta de nieve muchos meses del año, á cuyo pie está situada la Iglesuela, y no muy lejos Villafranca del Cid, pueblos que guardan con el respeto debido mas de un recuerdo del héroe burgalés, á cuya fama, estendida por todo el mundo civilizado, tanto ha contribuido nuestra *Iliada nacional*, ó sea el antiguo romancero. Mas próxima á nuestros ojos aparece la enhiesta y riscosa eminencia, que aún conserva el nombre *de D. Blasco* de Alagon, conquistador de Morella á las órdenes del esclarecido D. Jaime. Tambien tenemos á la vista el cabezo de D. Perdiguer (Toreno equivocadamente le llama D. Rodriguer), eterno monumento de la victoria que en los campos de Alcañiz consiguió en 1809, contra los franceses, el general Blake. En memoria de este y otros lauros, recordados en un belicoso himno que Jovellanos dirigió á sus paisanos de Asturias, *himno en que*, segun Quintana, *espiraron la patria y la poesía en los lábios de tan ilustre patricio*, leemos el cuarteto siguiente:

Alcañiz arrastró sus banderas,
El Alberche su sangre bebió,
Ante el Tormes cayeron batidos,
Y Aranjuez los llenó de pavor.

Lástima es que aquel entendido, y probo y valiente caudillo, no tuviera de su parte á la fortuna (como la tuvo á las orillas del Guadalope) en la desgraciada batalla de María y cerca de los muros de Valencia, en donde cayó prisionero. Y mayor lástima todavía que el buen D. Carlos Areizaga, tan acertado y valeroso en el combate de Alcañiz, al defender la ermita de los Pueyos con los tercios de Aragon, que mandaba, tuviera tan mala suerte en la infaustísima derrota de Ocaña, en la que se perdió todo, menos *el honor* y la *constancia española*. Porque el descuido, desgracia, impericia ó lo que fuera, del humillado y vencido general vascongado, fue remediado despues en otras lides mas gloriosas para nuestras armas, por el mas célebre y

notable de todos nuestros generales *antiguos y modernos*, es decir, por el General *No importa*. Aquí vienen como anillo en dedo los enérgicos versos de mi querido, escelente y Excelentísimo amigo el Sr. Marqués de Gerona:

Pueblo rudo y tenaz, en cuyo escudo
No importa, por empresa se ve escrito;
Y *No importa* gritó con ira honrada
Ante el poder de Anibal todo junto,
Y terror de Cartago fue Sagunto;
Y *No importa* repite en su arrogancia,
Y terror del Romano fue Numancia;
Y *No importa* gritó, cuando Mahoma
El trono de los Césares desploma,
Y luchó siete siglos sin desmayo
Con Isabel Primera y con Pelayo;
Y *No importa* gritó cual siempre fuerte,
Y en trizas mil deshizo su cadena,
Y al gran Napoleon hirió de muerte,
Y se entreabrió su tumba en Santa Elena.

A mí con *las glorias* se me olvidan *las memorias*. Los valientes y vigorosos metros del digno sucesor del inmortal Alvarez de Castro, defensor de Gerona, me han impedido reparar hasta este momento en los muros de Alcañiz, que hay detrás del *mazador*, ó sea en el sitio en que majan yeso para los edificios en construccion. Cabalmente aquella parte de muralla es la mejor conservada de toda la ciudad. La puerta de San Jaime, por donde vamos á entrar en la poblacion, recuerda el nombre imperecedero del rey conquistador (tantas veces ya citado), que la amuralló, para evitar que los moros enarbolaran en las torres de sus cristianos templos los pendones de Mahoma. A nuestra derecha tenemos cien y cien modestas casas de honrados y laboriosos labradores, que cultivan los feraces campos, fecundados por el rio y otros manantiales, y la parte no pequeña del monte, que no tiene mas riego que las benéficas lluvias, ó la copiosa nieve que cubre á veces aquel seco terreno. A la izquierda volvemos á encontrar la muralla, que por cierto no puedo mirar ni recordar sin indignacion, al verla en tan lastimoso y deplorable estado; porque no es la despiadada mano del tiempo, sino la cruel y feroz mano del hombre, la que en nuestros dias destruyó casi del todo aquel monumento de gloria que habian respetado seis siglos.

Cuando el emperador Carlos V vió por primera vez la Cate-

dral de Burgos, pasmado de aquella maravilla del arte, dijo en un arranque de entusiasmo: *que deberia conservarse en una caja de plata para perpetuar mas y mas el acendrado gusto, la piedad y magnificencia de San Fernando, fundador de tan precioso y admirable templo.* No puede ni debe decirse otro tanto de los muros de Alcañiz; pero de mucha consideracion y respeto son dignos, por ser un padron glorioso que enaltece la memoria de uno de los monarcas mas ilustres que han reinado en Aragon y en el mundo entero. No era de esta opinion un gobernador militar (*de cuyo nombre no quiero acordarme*), que á principios de la guerra civil mandó arrancar miles de sillares de aquella muralla por la parte de que estoy hablando, para utilizarlos en otras obras que estaba á la sazon construyendo. Olvidemos al coronel mal aconsejado, y recordemos que estamos á la entrada de la calle Mayor.

Aquí se nos presenta á la vista la original, caprichosa y bonita capilla del Pilar, fundada sobre cuatro solidísimos machones, que forman un arco espacioso, por el cual baja y se precipita con estruendo en el fondo del Guadalope un torrente rapidísimo, cuando las aguas en tiempo de copiosas lluvias descienden impetuosas desde los barrios altos de la ciudad. Acaso no sepan mis lectores todos la piadosa y respetable tradicion que hay en Alcañiz, referente á la fundacion de aquel pequeño santuario, en el que se dice Misa con frecuencia por encargo y especial devocion de los vecinos que viven en sus inmediaciones. Muy conveniente por tanto me parece contarles la breve y edificante historia, que además de ser tradicional en la poblacion, la refieren muy detalladamente el mencionado carmelita aragonés Fray Alberto Faci, el Jesuita castellano Juan de Villafañe, el canónigo valenciano Dolz del Castellar, y otros escritores piadosos.

En el reinado de Felipe III, en que Alcañiz no era todavía ciudad, *sino villa de horca y cuchillo*, como se decia entonces, el desgraciado Pedro Sadon fue condenado á la pena capital por un robo que habia cometido. Las ejecuciones en aquel tiempo se hacian en el mismo sitio que hoy ocupa la Virgen del Pilar. Al pie ya del patíbulo el infeliz Sadon, pidió humildemente al verdugo, que en lugar de ejecutarlo de cara hácia la villa, lo ahorcase vuelto el rostro á Zaragoza, ó mejor dicho, hácia la basílica de María Santísima del Pilar, de la que era muy devoto el pobre hombre, á pesar de sus culpas; se arrodilló en tierra inmediatamente, y con lágrimas de fervor y arrepentimiento, suplicó á la Virgen se compadeciese de su alma y protegiera su vida. Acabada su brevísima oracion, comenzaron á subir el

delincuente y el verdugo por la fatal escalera de la horca, y se ejecutó sin demora la sentencia, de la manera por supuesto que aquel habia pedido por gracia. Bajó el ejecutor, y el reo quedó pendiente del patíbulo, creyendo todos los circunstantes que era ya cadáver. De repente, empero, quebrándose, con asombro de todos, la gruesa viga de que estaba colgado su cuerpo, cayó al suelo dividida en dos pedazos, y Sadon con ella. Este abrió los ojos, se santiguó, y comenzó en alta voz á dar gracias á María Santísima por el singular beneficio qua acababa de dispensarle. Enterado el comendador de Calatrava, de quien era la jurisdiccion, indultó al culpado en obsequio y reverencia de la augusta Patrona de Aragon, y entregó al mismo un testimonio del perdon otorgado. Recibido este documento con las muestras de gratitud que son de suponer, se dirigió Sadon á la capital, donde prosternado y humilde ante el Pilar sacro, agradeció fervorosamente las bondades de su divina Protectora, prometiendo enmendar sus anteriores estravíos, y vivir cristianamente. En recuerdo de este suceso edificaron los alcañizanos la mencionada capilla. *Cuando las creencias populares*, dice D. Antonio Trueba, *tienen el santo fin de mantener la fe y la probidad, es indignidad el destruirlas*. Siguiendo la opinion respetable del célebre cronista vasco, añado por mi parte *que deben aquellas fomentarse, repitiéndolas con frecuencia, para que no se olviden en un siglo como el nuestro, en que se trata de infiltrar el indiferentismo hasta en las ínfimas clases de la sociedad*. Por eso he querido dar cuenta á mis buenos lectores de la tradicion anterior, que oí mas de una vez, siendo niño, y he leido despues en los citados escritores.

A muy pocos pasos de distancia de la capilla del Pilar, encontramos el puente de piedra que en la guerra de la Independencia cortaron é inutilizaron los franceses, y que fue reparado algunos años despues. Apenas entramos en él, recréanse los ojos con una alameda frondosa de mas de un cuarto de legua, cuyos gigantescos árboles embellecen la orilla izquierda del pintoresco rio. Una amena y deliciosísima glorieta, formada últimamente á la entrada de aquellas estensas y sombrías calles, alfombradas de verde y menuda yerba, convida al descanso con sus cómodos asientos, despues de largo paseo por aquella encantadora y apacible ribera. La fuente de la Loba, que ya conocemos, halaga dulcemente los oidos de los que ocupan los bancos de piedra,

Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido,

como dice Fray Luis de Leon.

Vuelve á presentársenos momentáneamente el *que fue* templo de Santa Lucía, por cuyas puertas vemos entrar y salir traficantes en granos, cargados algunos con sacos de trigo ó de cebada. Al verlos mis lectores y yo, no podemos menos de recordar, que por aquellas mismas puertas entraron y salieron mil y mil veces, cantando el Rosario de María Santísima, en compañía de muchedumbre piadosa de aquellos contornos, San Vicente Ferrer, el venerable Fr. Jaime Samper, que murió mártir por la fe de Nuestro Señor Jesucristo, el docto y religioso historiador Tomás Ramon, el infatigable y celosísimo P. Antonio Garcés, apóstol de Aragon, y otros cien hijos ilustres del Santo Patriarca, gloria y prez de la régia estirpe de los Guzmanes.

Ruego á Dios con todo mi corazon, que antes de cerrar mis ojos para siempre, me conceda celebrar el santo sacrificio de la Misa en aquella antigua y veneranda iglesia, y volver á darle en ella las mas afectuosas y entrañables gracias, y ofrecer himnos de gratitud y alabanza á María Santísima del Pilar, y á la Santa virgen y mártir de Siracusa, por el beneficio, *tal vez sobrehumano ó milagroso,* que recibí en mi niñez: beneficio por el que no perdí enteramente la vista, *como debí perderla por un orden natural*, segun las literales palabras del entendido médico-cirujano D. Ramon Villalba, que con los remedios del arte atendió á la curacion de mis ojos, terriblemente amenazados de completa ceguera, ocasionada por una travesura mia, solo disculpable en la corta edad de diez años que yo contaba en 1816. Narraré sencillamente el caso á mis queridos lectores, á fin de que los que sean padres de familia no pierdan jamás de vista á sus tiernos hijos, pues como nadie ignora, toda vigilancia, todo cuidado es poco para librar á la puericia, y aun á la adolescencia, de los peligros *de toda especie* que la rodean y amagan de contínuo.

En dicho año, D. Julian Morlan, vecino de Alcañiz (aunque natural de las montañas de Santander) estaba edificando una casa á la entrada de la calle de Alejandre. Con este motivo habia á la puerta un gran monton de escombros, mezclados y revueltos con arena y tierra. Varios niños nos reunimos en aquel sitio, y comenzando á jugar alegremente con el trompo (en Alcañiz se llama *galdrufa*), uno de ellos sacó del bolsillo un cartucho de pólvora, hizo una mina muy en regla en aquel montecillo artificial, y encendiendo un pedazo de yesca, la colocó á la boca de la mina, y se alejó á cierta distancia, como nos alejamos todos, esperando que prendiese el fuego, reventase la mina, y saltaran la arena, la tierra y escombros aglomerados. Mucha era nuestra impaciencia, viendo que no volaba por los aires

aquella respetable cantidad de heterogéneos y desordenados materiales.

Algunos muchachos quisieron aproximarse á soplar la yesca encendida, pero pensándolo mejor, tuvieron la prudencia de no acercarse, contentándose con dar voces y gritos, azuzando á otros para que se abalanzaran á soplar. Yo, sin hablar una palabra, por ser menos meticuloso, menos reflexivo ó mas atolondrado que mis compañeros, me lancé á la palestra, soplé el fuego, estalló la mina, y quedé medio sepultado entre los escombros, sin sentido, abrasadas las cejas y las pestañas, chamuscada toda la cara, medio quemada la córnea de los ojos, y no del todo ilesas las pupilas. Don Ramon Capdevila y su digna hermana Doña Raimunda, paisanos de San Miguel de los Santos y de Don Jaime Balmes, ó lo que es lo mismo, naturales de Vich, que vivian casi enfrente del sitio de la catástrofe, me levantaron desmayado del suelo, y del mejor modo posible me condujeron á mi casa, que no estaba lejos. Vino al momento el facultativo citado, y me hizo la primera cura. Al ver mi afligida madre el inminente peligro en que me hallaba de quedarme ciego, corrió á la cerería mas próxima, compró una docena de velas, y las llevó á la dicha capilla del Pilar y á la iglesia de Santa Lucía, para que ardiesen durante las Misas que encargó se celebrasen en los altares de la augusta Patrona de Aragon y de la Santa mártir, que perdió voluntariamente sus ojos por no perder la fe de Jesucristo, su divino esposo.

Al mes poco mas ó menos (loado sea Dios) me hallaba completamente restablecido, por cuya razon mi piadosa madre me solia llamar el *hijo del milagro*, y creyó con la mas profunda conviccion toda su larga vida (murió de mas de noventa años), que Dios en su infinita misericordia se habia dignado obrar en favor mio un prodigio visible, por intercesion de la Virgen Siciliana y de María Santísima del Pilar. No estaba lejos de creer lo mismo el médico-cirujano Villalba, segun me dijo en mas de una ocasion, muchos años despues, en que yo le recordaba sonriendo al respetable viejo mis travesuras de muchacho. Loado sea Dios.

Mis cristianos lectores, sin mas indicacion mia, comprenderán fácilmente, y aun tendrán sin duda la benevolencia de aprobar mis ardientes deseos, de no morirme sin decir antes Misa en la que fue iglesia de Santa Lucía. Tengo mucha confianza en la misericordia del Señor que lo he de conseguir, y tambien la tengo en la religiosidad acendrada de los piadosos alcañizanos y piadosísimas alcañizanas.

Continuemos, si place á mis carísimos lectores, nuestro agradable y entretenido paseo hácia la ermita de Pueyos. Para ello

es preciso tomar un callejon asaz angosto, formado de altas paredes, tápias de bien cultivados huertos, cuyos deliciosos frutos no son inferiores á los de los famosos *cármenes* que riegan el Genil y el Darro; cármenes que con tanto entusiasmo han celebrado los vates árabes y cristianos nacidos en aquellas vegas, y aun alguno, como Moratin, que nació lejos de Andalucía, el cual dice:

Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envia.

Al quedar á espalda nuestra los huertos con sus verdes y estensos cuadros de hortaliza, con sus fertilísimos, pomposos y variados frutales, vemos á nuestra mano izquierda el edificio *que fue convento* de Capuchinos, erigido al pie de humilde y frondoso collado, parte del cual estaba dentro de la cerca de aquel monasterio. En él era conventual, en mi adolescencia, un ejemplar y santo misionero, llamado el P. Lucas de Berge, que era la edificacion de Alcañiz con su retiro y apartamiento del mundo, con su austera y penitente vida, con sus contínuas y edificantes pláticas y sermones. Siempre que he pasado por delante de tan respetable y sagrado edificio, he recordado indeliberadamente dos terribles y espantosos espectáculos que ví, antes de cumplir los tres primeros años de mi edad, á la entrada del puente de piedra que acabamos de dejar atrás mis lectores y yo, y á la puerta del convento de Capuchinos, que ahora tenemos al frente. Cuadros fúnebres y sombríos, que tienen tanta relacion entre sí, que no puedo separarlos en mi mente, porque se grabaron tan profundamente en mi memoria, que no será fácil olvidarlos en lo que me resta de vida, aunque yo llegue á contar *noventa y nueve* Navidades, como me anunció (sin que yo se lo preguntase) una *Sibila francesa, muy vieja*, en el pequeño pueblo de Bourg-Madame, una deliciosa mañana de mayo de 1842, que en compañía de un discípulo mio me dirigí paseando á dicha aldea desde Puigcerdá, donde estaba yo de guarnicion con mi regimiento *Inmemorial del Rey*. Martinez de la Rosa ha dicho, *que suelen los ancianos recordar mejor cosas y personas que les llamaron la atencion antes de poder andar por su pie, que otros objetos que vieron muchos años despues*. Esto me sucede á mí literalmente con las dos pavorosas y repugnantes escenas á que aludo. En este momento mismo, despues de sesenta años, las tengo tan presentes en la imaginacion, como si acabaran mis ojos de contemplarlas con horror.

Poco despues de rendirse Zaragoza, no á las armas de Napoleon sino al rigor del hambre, de la peste y demás calamidades,

compañeras inseparables de estas, las tropas invasoras se corrieron hácia el Bajo Aragon, y determinaron fortificarse en Alcañiz, punto estratégico de la mayor importancia, donde la guarnicion francesa podia darse la mano con las huestes imperiales, que recorrian ya el principado de Cataluña y el reino de Valencia. Habiendo los alcañizanos, con menos prudencia y prevision que valor y patriotismo, intentado impedir la entrada en la ciudad á los enemigos de su patria, estos consiguieron á viva fuerza apoderarse de la ciudad, *abierta casi por todas partes*, no sin sufrir pérdidas de consideracion; razon por la que dejaron largos y terribles rastros de sangre en su entrada, pasando á cuchillo á no pocos infelices, que no tuvieron voluntad ó tiempo de ausentarse. Entre los que prefirieron morir víctimas de su civismo heróico á rendir su frente al yugo estrangero, merecen mencionarse D. Tomás Barrera, cantor jubilado de la capilla Real de Madrid, y Miguel Rufí, cazador de profesion, los cuales fueron degollados, despues de haber dado repetidas muestras del mas brioso y acendrado españolismo. Armándose uno y otro con dos escopetas y abundantes municiones, se defendieron denodadamente desde las ventanas de su casa, hiriendo y matando no pocos franceses con su certera puntería; hasta que asaltando los enemigos la habitacion de uno y otro invicto alcañizano, sucumbieron estos, dejando un alto ejemplo de su abnegacion sublime. Tambien fue inmolada sin piedad (¡doloroso es decirlo!) en las aras de la patria la mujer de Rufí, en aquella desigual pelea. Siento muy mucho no saber el nombre de esta heroina, para tener la dulce satisfaccion de consignarlo en mis artículos, como fuera justo.

Pasados algunos dias, el General Musnier, primer Gobernador de la poblacion desierta, dió un bando, prometiendo respetar las personas que volvieran á sus hogares abandonados. Casi todas las familias volvieron de los montes, masías, chozas y pueblos comarcanos, donde se habian refugiado al apoderarse los estrangeros de la ciudad. Muy poco despues mi religiosa madre y otras amigas y vecinas se dirigieron con sus hijos á la ermita de los Pueyos, para dar gracias á Dios y á su Santísima Madre, porque las habian salvado del furor y venganza de los napoleonistas.

En aquella ocasion fue cuando á la entrada del puente vi un capuchino lego, colgado de la bóveda de piedra, todo cubierto de sangre, por haber sido antes fusilado. Muy cerca del ensangrentado cadáver daba, cual otra Respha al ver crucificados sus dos hijos por los Gabaonitas, terribles y lastimeros alaridos la madre de aquel infeliz, llamada Bruna, que se defendia y

pugnaba con todas sus fuerzas, por impedir que otras compasivas mujeres la alejasen de aquel pavoroso y horrible sitio. Las lágrimas de mi piadosa madre y de sus compañeras de paseo, vertidas en memoria del difunto, se aumentaron mas y mas cuando, al llegar enfrente de la iglesia de Capuchinos, vimos dos religiosos difuntos, muy bien conservados, sacrílegamente estraidos del humilde panteon del convento por los soldados de Napoleon, que estaban de avanzada en aquellas inmediaciones. Los esqueletos aparecian de pie uno enfrente de otro á la puerta del templo, con un pliego de papel en la boca, liado á manera de cigarro, y con sendos palos muy largos y gruesos en la mano, á guisa de fusiles, cual si estuvieran los dos muertos haciendo centinela. Repito que me parece estar viendo todavía aquellos dos cuadros de horror, presentados al cristiano y morigerado pueblo de Alcañiz (parece increible), por militares que pertenecian á tan civilizada nacion como la Francia.

Muchos años despues hablé varias veces con la desdichada Bruna, la cual, haciendo mencion de su hijo, entre lágrimas y sollozos me dijo, que habia sido arcabuceado, por haber hecho alguna indicacion á varios polacos de la guarnicion estrangera de Alcañiz, á fin de que fueran á engrosar la guerrilla del famoso capuchino Zabay, que hostilizaba á las huestes de Napoleon en las riberas del Guadalope, como lo hacian otros mil guerrilleros españoles por toda la Península. Aquellos indignos compatriotas del inmortal Sobieski, que salvó á la Europa cristiana del yugo musulmán, delataron al desgraciado lego, el cual murió resignado y tranquilo en un patíbulo, víctima de tan infame delacion.

Prosigamos nuestro viaje hácia el santuario de Pueyos. Antes que se me olvide (como se me ha olvidado anteriormente) quiero advertir á mis lectores que no hayan vivido ó nacido en Aragon, que la palabra *pueyo*, muy usada en aquel país, y desconocida enteramente en Castilla, significa *altura*, *cabezo*, *colina*, *etc.* La he buscado inútilmente en el diccionario de la lengua, y lo que es mas estraño, tampoco la he hallado en los dos diccionarios de *palabras aragonesas*, publicados hace años en Zaragoza por mis dos paisanos D. Gerónimo Borao y D. Mariano Peralta. Sin duda *pueyo* trae su origen de *podium* latino, y del griego *podion*. Véase el precioso y completísimo diccionario, que para gloria de las letras españolas dió á luz en Leipsick hace pocos años el Sr. D. Raimundo de Miguel, mi docto y carísimo amigo.

Casi enfrente del cerrillo mencionado de Capuchinos, se nos presenta una magnífica posesion con su casa de campo corres-

pondiente, que da animacion y vida á tan deliciosa huerta. Cuando yo era muchacho, el dueño de ella, Mosen Nicolás Pascual, capellan de la iglesia de Salinas, y celoso Presidente de la Escuela de Cristo, establecida en Alcañiz, hizo en aquella quinta un bonito oratorio, dedicado á Santa Casilda, de la que era muy devoto el buen sacerdote. Pocos pasos mas adelante aparecen las venerandas ruinas de la ermita de la Soledad, pequeño y antiguo santuario que derribaron los franceses en 1809. Un piadoso escritor del siglo pasado la menciona ligeramente, sin decir ninguna particularidad, que yo podria manifestar á mis lectores; por lo que me contentaré con añadir lo que pueden ya suponer, es decir, que nuestros piadosos abuelos frecuentaban mucho aquella ermita, por estar poco distante de los muros de la poblacion, y sobre todo por la entrañable devocion que, desde tiempo inmemorial hasta el presente, han profesado y profesan los alcañizanos á María Santísima.

A muy corta distancia encontramos la primera *Estacion*, bellísima capillita, que da comienzo al *Via-Crucis*, y termina en el santuario de Pueyos. Muchas cristianas familias de Alcañiz acostumbran en el santo tiempo de Cuaresma dirigirse de paseo á la ermita, y rezar de paso las Estaciones, con lo que dan pábulo á su piedad y fe cristiana, y miran por la salud de su alma sin olvidar la del cuerpo, como Dios manda. El mas alto cerro que tenemos á la derecha, se llamó antiguamente el monte Tabor, así como tambien tenia el nombre de monte Sion la suave colina de Pueyos, en que se levanta erguido y magestuoso el santuario. Por esta razon el citado escritor Alberto Faci dijo, no sin fundamento, *que en esto se asemejaba mucho Alcañiz á la santa ciudad de Jerusalén*. A pesar de haberlo intentado con empeño, no he podido averiguar, ni la época, ni menos el por qué los mencionados Sion y Tabor cambiaron de nombre.

Este último se llama al presente monte de Santa Bárbara, porque hay en su elevada y riscosa cumbre una ermita, dedicada á la gloriosa virgen y mártir de Nicomedia. Habitada todo el año por un santero y su familia, es muy poco frecuentada, ya por estar algo distante de la poblacion, ya principalmente por el agrio, áspero y penoso camino que es preciso andar para llegar al templo. En invierno especialmente, apenas una que otra persona visita aquella pobre y humilde iglesia. Solamente los lobos y raposas, que suelen algunos años reunirse y amuchigarse en aquellas espesuras y riscos, se acercan por la noche al corral donde el ermitaño tiene gallinas, conejos y otros animales domésticos. De dia es muy frecuente ver aves de rapiña cerniéndose por encima de aquellos colosales y altísimos

peñascos, y andar al acecho de los pollos y palomas que allí se crian, en los que no dejan alguna que otra vez de cebarse y hacer presa, con harta pena y dolor del pobre santero.

Durante el invierno de 1820, en el trascurso de muy pocos dias, fueron arrebatados por una águila, de la ventana de la cocina del ermitaño, el gato y gata, que estaban disfrutando de los gratos y consoladores rayos del sol, una tarde muy apacible y serena, cómodamente arrellanados y tranquilos encima de una mullida piel de carnero, sin parar mientes en la peligrosa proximidad y amenazador y tortuoso vuelo de la reina de las aves, que en un abrir y cerrar de ojos se llevó en sus uñas á los dos incautos animales, sin hacer el menor caso de sus dolorosos maullidos, ni de los gritos plañideros del ermitaño y su mujer, que presenciaron el rapto con el mas vivo y profundo sentimiento.

Era el santero un pobre viejo, á quien los estudiantes llamábamos *San Anton* (sin que se incomodase por este mote), porque para ser un verdadero retrato del santo Abad, solo le faltaba la barba de los orientales. Llevaba constantemente un gambeto ó capotillo pardo, ceñido á la cintura con una correa, y el cayado siempre en la diestra para apoyar sus pies, ya vacilantes y trémulos por los años. Por espacio de algunos meses, cuando bajaba á pedir limosna de pan en los hornos de la ciudad, que solia ser todos los sábados, no cesó el buen anciano de hablar de su gato y gata, robados por el ave de rapiña, deplorando amargamente aquella desgracia. Por esta causa, el acontecimiento, aunque tan insignificante de suyo, dió mucho que hablar en toda la poblacion. De aquí es que mi maestro de retórica y poética nos encargó á sus alumnos, escribiéramos una composicion latina en prosa y otra en verso castellano á dicho asunto. Hé aquí el principio de mi ensayo poético, que fue el primero que escribí *en consonantes*.

Aquel gato infeliz y pobre gata,
Que á las altas regiones,
El águila arrebata,
En paz á los ratones
Dejaron por desvanes y rincones.

No me acuerdo de los restantes metros, y en verdad que nada pierden mis amables lectores por mi falta de memoria en esta ocasion. Cuando escribí aquella composicioncilla, habia leido muchas veces, embebecido y absorto de admiracion y placer vivísimo, las poesías de Fr. Luis de Leon, por habérmelas

regalado pocos meses antes el Ilmo. Sr. D. Manuel Vicente Martinez y Jimenez, dignísimo Arzobispo de Zaragoza, á quien por encargo de mi preceptor habia yo felicitado en verso por su fausta llegada á mi pueblo, con objeto de hacer la santa visita á la parroquia y demás iglesias de la poblacion.

Ya que mis lectores han dado tal muestra de bondad, leyendo el comienzo de aquel *pergeño pobrísimo*, como diria mi buen amigo el docto canónigo de Soria D. Domingo Hevia, me es grato recordarles otro ensayo todavía mas imperfecto y pueril, que hice en el año 1814 en Zaragoza, donde yo vivia en compañía de mis padres; ensayo en que celebré la deseadísima y solemne entrada del Rey Fernando en aquella Capital, terminado ya felizmente su cautiverio en Valencey. La ciudad heróica mostró á los ojos de su atónito monarca aquellas ruinas sublimes, que atestiguaban mudamente la fe religiosa, la admirable fidelidad, la indomable constancia, la abnegacion y valor invicto de los aragoneses. El férvido entusiasmo, las cabalgatas, las músicas y festejos con que los zaragozanos celebraron la entrada del amado príncipe en la ciudad, era una demostracion muy pálida y fria, comparada con el aspecto ruinoso de casi todas las casas y edificios, que habian venido á tierra al impulso de las minas y proyectiles sin cuento, que los invasores habian lanzado contra la nueva Numancia.

Los versos de todas clases y metros con que los cisnes del Ebro y Gállego obsequiaron al monarca, fue una nube de verano; digo poco, un diluvio que inundó la poblacion, y despues la España entera. Los romances, principalmente, que se publicaron en todas las imprentas de Zaragoza, formarian mas volúmenes que los del romancero publicado por el difunto D. Agustin Durán. Los pobres ciegos lograron hacer su agosto en aquella ocasion. Niño yo entonces de ocho años *no cumplidos*, leí lo menos un centener de aquellos poemitas populares, que á falta de otro mérito literario, tienen la especialísima recomendacion (algunos de ellos) de hablar al corazon de la multitud y entusiasmarla, espresando en sencillísima frase, sentimientos los mas puros y nobles, y aun sublimes muchas veces. Acalorada mi mente, impresionable y viva de suyo, con aquella lectura, hice mi primer pinito en la escabrosa y asperísima senda del Parnaso, y escribí el correspondiente romancillo, suponiendo, con razon ó sin ella, que tenia, como cualquier hijo de vecino, mis ínfulas y ribetes de coplero. Mi prematuro engendro decia así:

Ya repican las campanas,
Los relojes andan sueltos,

Y se ve por Zaragoza
Grande alegría y contento.
Al venir el rey Fernando
De Francia, que está muy lejos,
Todos se alegran, porque
Mucho, mucho lo queremos.
Mi madre me dió una torta,
Y yo le dije al momento:
«Mas que á esa torta de miel,
Al rey Fernando yo quiero.»

Cuando mi madre oyó por primera vez de mi boca estos renglones (porque llamarlos *versos* fuera crimen de lesa poesía), pensó enloquecer de gozo. Los aprendió de memoria, por supuesto, y los dijo y repitió mas de una vez á todos los vecinos y parientes, amigos y conocidos de la familia.

Bien olvidado estaba yo de los tales renglones cuando en el otoño de 1863 fuí desde Madrid á Zaragoza, con el objeto de ver y abrazar á mi querida madre. No fue poca mi sorpresa al recordármelos y repetírmelos al pie de la letra la buena anciana, como si acabase de encomendarlos á la memoria. Algunos lectores quizá no comprenderán lo que estoy diciendo; pero las madres de familia que lean mis artículos, lo comprenderán perfectamente.

Si mi romancillo, ó lo que sea, es tan pobre y valadí como se ha visto, al menos está muy lejos de revelar y hacer patente un corazon de fiera, como los cuatro primeros versos que compuso Voltaire siendo muchacho. Segun nos cuenta uno de sus biógrafos, estaba aquel jugando al pie del campanario de Nuestra Señora de París, en ocasion que, por ser el dia de difuntos, sonaban á la vez todas las campanas de aquella gótica y preciosa Catedral. Irritado el chiquillo contra el inofensivo campanero, le asestó el siguiente

EPÍGRAMA.

Persecuteur du genre humain,
Qui sonnez sans miséricorde,
¡Que n'avez vous au cou la corde
Que vous tenez entre les mains!

Que quiere decir:

Perseguidor sin igual
De los míseros humanos,
¡Ojala que tu dogal
Sea la cuerda fatal,
Que están moviendo tus manos!

De otro modo:

Verdugo de los humanos
Con tus clamoreos vanos,
¿Por qué, por qué no te ahoga
La desapiadada soga
Que mover hacen tus manos?

Ni una ni otra version me satisfacen, ni mucho menos, ni me gustarian tampoco cuantas yo quisiera ofrecer á mis lectores que no sepan el francés, para darles el verdadero sentido del original; lo cual, *moralmente* hablando, no es de la mayor importancia. Bien decia Cervantes, mencionando la traduccion del *Orlando furioso* en metros españoles por el célebre capitan aragonés Jimenez de Urrea, *que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.*

Lo que mas importa consignar aquí, volviendo á los cuatro *celebérrimos* versos citados del cantor de Enrique el Grande, es *que el niño prometia*, cristianamente hablando, puesto que se espresaba en tales términos, y manifestaba deseos tales contra uno de sus semejantes que ningun daño le hacia, sino que se ocupaba únicamente en cumplir con su obligacion, convidando á los fieles, con el sonoro y grave clamoreo de las campanas, á implorar la misericordia de Dios en favor de los difuntos, y á pedir oraciones á los vivos por el eterno descanso de los muertos. No es estraño que, andando el tiempo, aquel irascible, precoz y cínico vate fuera la piedra de escándalo en la Iglesia de Jesucristo, cuya divinidad negó sacrílegamente, y lo que es peor, trató de ridiculizar en prosa y en verso, y en todos los tonos posibles.

No es estraño que algunos de los profundos pensadores franceses, no volterianos, hayan dicho despues, que *el escritor de los cien volúmenes*, como llama á su maestro la escuela enciclopedista, no solo deshonró la patria de San Luis, de Fenelon y Bossuet, sino á la humanidad entera. El célebre fisonomista Gaspar La-

bater dijo, hablando del Patriarca de Ferney, *que en su cara aparecian rasgos propios del águila y del mico.* Tal vez hubiera podido añadir mi tocayo, *que el autor de la Henriada tenia tambien sus puntos de contacto con la hiena y con el tigre*, puesto que desde niño manifestó, tan claramente como prueba el citado epígrama, los instintos perversos y la ferocidad de su negro corazon.

Un poeta español del siglo pasado, estando escribiendo versos, le molestaban las campanas de su parroquia, inmediata á su casa, con cuyo motivo les dirigió la siguiente

DÉCIMA.

Campanas, ¡oh si con vos
Cargara el diablo á dos manos,
Pues matais á los cristianos,
En son de alabar á Dios!
Cuatro sois, no una ni dos:
Vaya, callad, y entretanto,
Versos con mas dulce canto
Que el vuestro, en premio os daré.....
¿No callais?..... Aguardaré
A hacerlos el Viernes Santo.

Siento haber encontrado hace años este zonzo y prosáico epígrama en la mas completa edicion de las apreciables obras del buen Iriarte, publicadas el año 1805 en la imprenta Real. Pero al menos, el célebre fabulista no desea ver ahorcado al campanero que le distraia de su gratísima ocupacion literaria, como el muchacho Aruet, que tal era entonces el apellido del despues tristemente famoso Voltaire, como saben mis lectores. Mucho mas grato es leer *la Campana del Rosario*, edificante y precioso opúsculo de Fernan Caballero, que la anterior espinela del vate de Canarias.

Si el patriarca y fundador del moderno filosofismo irreligioso comenzó á escandalizar desde muy niño, el ya citado *Fénix de los ingenios*, por el contrario, manifestó desde sus primeros rasguños y ensayos poéticos el mas profundo respeto á la moral y á la Religion de Jesucristo. Sabido es que Lope de Vega comenzó á versificar antes de aprender á leer y escribir, ó lo que es lo mismo, antes de cumplir el primer lustro de su vida. Sabido es que no bien lo enviaron sus padres á la escuela para aprender la cartilla, dictaba ya versos á sus condiscípulos

mayores de edad, dándoles de buen grado el almuerzo en recompensa del trabajo que se tomaban, trasladando al papel los metros que él componia. En 1572, cuando solo contaba diez años, estudiando en Alcalá, tradujo en verso el *Rapto de Proserpina*, poema latino de Claudiano. Dedicó esta version al joven estudiante Ascanio Colona, que cursaba, lo mismo que el precoz poeta, en la Universidad de Cisneros. Era Colona digno hijo (como acreditó despues por la nobleza y elevacion de sus sentimientos) del célebre Marco Antonio, uno de los héroes y caudillos de Lepanto. Solo doce años contaba Lope cuando compuso la primera de sus comedias, titulada *El verdadero amante*, dividida en tres jornadas. Muchos años despues, es decir, en 1620, en que ya era padre de familias, publicó en Madrid aquel drama, dedicándolo á su hijo, llamado tambien Lope como su padre.

Perez de Montalban, contemporáneo de aquel feliz y fecundísimo vate, y con mas estension y mejor criterio mi docto y escelente amigo D. Cayetano Alberto de la Barrera, prueban con hechos cuanto llevo indicado. Es lástima que no se haya todavía impreso la curiosísima y notable biografía de Lope de Vega, escrita hace tiempo por dicho D. Cayetano, que ha tenido á la vista importantes documentos inéditos: cuyo libro, adquirido por el Gobierno, debe publicarse á espensas del Estado. Muy distantes los primeros ensayos literarios de Lope de respirar odio y deseos de venganza como los citados versos de Voltaire, son el reflejo del alma noble, candorosa, y cristiana sobre todo, de aquel grande hombre. El ser uno de los talentos mas privilegiados y eminentes que han honrado á España y á la humanidad entera, no le impidió la constante práctica de todas las virtudes que deben adornar á un buen cristiano y á un ejemplar sacerdote. Ya se dijo anteriormente que perteneció á la Tercera Orden de San Francisco, como tantas y tantas personas iliteratas y sencillas que, sinceramente religiosas como Lope, tenian á mucha gloria ingresar en tan piadosa y respetable Corporacion.

Si mis amables lectores no lo llevan á mal, continuaremos juntos nuestra espedicion hácia la consabida ermita, á la que llegaremos muy pronto con el favor de Dios, porque nos falta muy poco trecho que andar para llegar á sus puertas, y saludar y venerar en tan bonita iglesia la sagrada Imagen de Nuestra Señora de Pueyos. Entretanto, si cesando de mirar el alto monte de Santa Bárbara, queremos espaciar la vista por el vastísimo horizonte que aparece á nuestra mano izquierda, entre cien y cien objetos, muy dignos de llamar la atencion del via-

jero que por primera vez visita los amenos campos del Guadalope, descubriremos el nuevo cementerio, en que los piadosos alcañizanos dan sepultura sagrada á los muertos, dejando en el seno de la madre tierra los restos mortales de sus padres, hijos, hermanos, parientes y amigos; animados los vivos por la fe y esperanza dulcísima, como el santo Idumeo de la tierra de Hus, de que los difuntos se levantarán del polvo del sepulcro al soplo de la divina Omnipotencia, y al sonido de la trompeta con que el ángel convocará á la humanidad entera, para dar á cada uno de los descendientes de Adan el premio ó la pena correspondientes á sus virtudes ó á sus culpas.

ARTICULO VII.

Desde tiempo inmemorial hubo dos cementerios dentro del recinto de Alcañiz. Uno, que era el principal, á muy pocos pasos de la Colegiata, es decir, próximo á la puerta oriental de aquel templo, que es notable y en estremo bella por su mérito artístico; y el otro cabe los muros de la antigua iglesia de San Juan. El primero estaba situado en el barrio donde residian antiguamente las familias hebreas de la poblacion, hasta que se bautizaron todas y se hicieron sinceramente cristianas en tiempo de San Vicente Ferrer, como ya se dijo en anteriores párrafos de esta obrilla.

El nuevo Campo-santo se construyó el año 1834, con motivo del cólera, que hizo espantosos estragos en Alcañiz, lo mismo que en otras poblaciones del reino. Los piadosos alcañizanos eligieron para su enterramiento una vasta y solitaria llanura que domina el santuario de Pueyos, deseando reposar en la huesa y esperar la resurreccion de la carne, como buenos católicos, bajo la proteccion y amparo de María Santísima, cuya sagrada efigie se venera en la ermita. No es mi ánimo hacer la descricion de aquella silenciosa y modesta necrópolis, ni de la preciosa capilla que aparece en el fondo, aunque muy digna esta de describirse con el mas bello colorido. Basta consignar aquí que el Doctor en sagrada Teología D. Rafael Felez, último Dean de la Colegiata, dejó en su testamento una considerable cantidad para erigir aquel pequeño templo. Por esta razon, cuando falleció en agosto de 1851 se construyó junto al altar, y al lado del Evangelio, un hermoso mausoleo, que conserva los restos mortales de aquel distinguido alcañizano, cuya generosa piedad manifiesta un elegante epitafio latino esculpido en su sepulcro. Tambien es muy justo añadir que el que dirigió la cons-

truccion de tan esbelta y primorosa capilla fue el presbítero D. Nicolás Sancho y Moreno, mi querido amigo y condiscípulo, bien conocido en España y en el estranjero por sus doctos escritos, y por su inteligencia y gusto en las Bellas Artes.

¡Qué recuerdos tan dolorosos y lúgubres se despiertan en mi mente, y lastiman y entristecen mi corazon, al contemplar el nuevo cementerio de mi pueblo natal! ¡Cuántos amigos, y parientes, y compañeros de mi niñez, y adolescencia y edad viril reposan en el venerando recinto que ocultan aquellas blancas paredes! Allí yace el Padre Demetrio Ricarte de San Ramon, natural de Barbastro, que murió Rector del colegio de Escolapios de Alcañiz, y fue mi respetable maestro de latinidad, retórica y poética. Junto á su nicho fúnebre aparece el de Doña Martina Bardají y Azara, cuyo esclarecido ascendiente Berenguer de Bardají, señor de Zaidin, fue uno de los nueve jueces que en el célebre compromiso de Caspe dieron su voto al Infante de Antequera, que despues ciñó tan dignamente la diadema de Aragon con el nobilísimo renombre de *Fernando el Honesto*. Dicha señora, notable por su talento y cristianas virtudes, era hermana del Emmo. Sr. Cardenal D. Dionisio, y del Excmo. Sr. D. Eusebio, Embajador que fue en Rusia, y despues Ministro y Consejero de la Corona. Tambien era sobrina carnal de los tres ilustres hermanos D. Fray Eustaquio, D. Felix y Don José Nicolás Azara, el primero monje Benedictino y Obispo dignísimo de Barcelona, el segundo sabio escritor de la historia natural del Paraguay y brigadier de marina, y el tercero tan conocido de todos por sus bellos y castizos escritos, por su decidida y espléndida proteccion á las letras y á las artes, y sobre todo por los importantísimos servicios que prestó á la Santa Sede cuando, siendo Embajador en Roma, entró en la Ciudad santa el ejército republicano francés mandado por el General Bonaparte, el cual desde entonces manifestó constantemente la mayor consideracion y deferencia al eminente diplomático español, hasta que falleció este en París á principios del año 1804.

Al recordar los que duermen el sueño de la muerte en aquel cementerio de mi patria, no puedo olvidar al mencionado Canónigo D. José Bielsa, cuya estremada modestia, y amor al retiro y al silencio del hogar doméstico, fueron causa de que supiéramos muy pocos amigos suyos el delicado gusto y especiales conocimientos que en literatura y ciencias eclesiásticas tenia aquel sacerdote. Con un trabajo tan ímprobo como laudable, reunió en su librería las producciones mas notables de los ingenios alcañizanos que florecieron en otros siglos. No pocas de

ellas (por ser ya muy raras) las copió de su propio puño y letra, como por ejemplo algunas en prosa y verso del célebre Sobrarias; la Oracion latina *en loor de Alcañiz*, publicada en 1779 por el Padre Marcelino Boira, Prepósito Provincial que fue de las Escuelas Pias de Aragon y Valencia; y otros curiosos escritos, en fin, referentes á la misma ciudad, trabajados ó reunidos por el erudito Padre Pio Cañizar de San Sebastian, Rector de aquel Colegio.

Sobrino de Bielsa fue el abogado D. Pantaleon Ejea, heredero no solo de los escelentes libros de su buen tio, sino del ardiente y loable deseo de aumentar su catálogo, y sobre todo de su constante aficion al estudio. Desgraciadamente para su familia y sus amigos, no llegó á la edad avanzada de aquel respetable eclesiástico. Gracias á la afectuosa amistad del ilustrado jurisconsulto, tuve yo en mi juventud la grata satisfaccion de leer y estudiar algunas obras literarias que era inútil buscar en otras bibliotecas de Alcañiz, como el precioso libro de Don Diego Clemencin, en loor de Isabel la Católica y de los escritores que brillaron en su glorioso reinado; el Quijote de la Academia española; la edicion régia de las obras de Moratin y colecciones de premios, publicadas por aquella corporacion; la escogida compilacion de Mendivil y Silvela; y otras producciones, en suma, de no menor importancia.

No lejos del sepulcro de Ejea se ven las fúnebres lápidas que conservan el simpático nombre de dos ilustres alcañizanas, á cuya gallardía y belleza daba esplendor y realce la cristiana modestia que las distinguia. Respetuosas hijas, tiernas madres y ejemplares esposas, dejaron en pos de sí larga cosecha de lágrimas con su muerte prematura. Doña Bernarda Pascual de Treviño, desde Zaragoza, donde residia, se dirigió á su pueblo natal en busca de la salud que habia perdido, con pocas esperanzas de recobrarla. Estableciéndose en una habitacion del santuario de Pueyos, á fin de reanimar y fortalecer su debilitada naturaleza con las benéficas auras de aquel retirado y campestre apartamiento, que habian mecido su cuna, cerró para siempre sus ojos á la luz del dia bajo el manto y proteccion de la Santísima Virgen, cuyo augusto nombre invocó piadosa con moribundo labio, como lo habia invocado desde sus mas tiernos abriles. Mas joven todavía, por no haber cumplido los cinco primeros lustros de su edad, Doña Pilar de Pedro y Ardid falleció últimamente en la nueva invasion de la terrible dolencia que, nacida en el Ganges, es el azote de Europa y del mundo todo. Hija Doña Pilar de los señores Barones de Salillas, descendió al sepulcro en la primavera de su vida con resignacion edificante.

besando y adorando humilde la mano del Señor, que cortaba en flor el hilo de su juvenil existencia. La ciudad se cubrió de luto á su fallecimiento, y todos acompañaron á la respetable familia en el acerbo llanto que vertia, desolada por tan doloroso infortunio.

Lo mismo sucedió años antes, cuando murió de igual enfermedad D. Mariano Montañés y Bardají, hijo primogénito de la Señora Doña Martina, de que hablé al principio de esta necrológica y triste reseña. Aquel malogrado joven, con su vigorosa naturaleza, con sus morales dotes y otras bellas cualidades, era el vástago de su preclara familia, en quien su digna madre y sus deudos todos tenian fundadas las esperanzas mas lisonjeras: esperanzas que se desvanecieron *como el sueño de una sombra*, segun la feliz espresion del cantor de Tebas. Cuando á mediados de octubre de 1834 comenzaba Alcañiz á respirar y consolarse de la mortal ansiedad que le habia aquejado anteriormente; cuando, con las escasas defunciones que se advertian, no era ya necesario abrir mas huesas en el nuevo cementerio, falleció el hidalgo nieto de Berenguer de Bardají, siendo una de las postreras víctimas que sucumbieron de la aterradora epidemia. Era el dia de la Virgen del Pilar. Los auxilios y consuelos de la religion, que él mismo pidió como fervoroso creyente, fortalecieron su espíritu angustiado en los últimos momentos de su tranquila agonía. El que esto escribe, traspasada el alma de dolor, aplicó el santo Crucifijo á los cárdenos lábios del moribundo, y cerró sus ojos, ya apagados, con mano temblorosa. Al siguiente dia acompañó su féretro á la mansion de la muerte, y con lágrimas, sollozos y piadosas preces le dió sagrada sepultura. Desde entonces no ha trascurrido un solo dia, que no haya ofrecido un afectuoso recuerdo á la memoria del tierno amigo y del inseparable compañero de estudios, de infantiles diversiones y juegos inocentes.

Despidiéndonos del Campo-santo, no sin rogar antes por el descanso eterno de los que allí yacen en el seno de la paz y del olvido, continuemos la marcha hácia el santuario que tenemos ya á la vista. La suave y hermosa rampa de piedra que ha de conducirnos al venerando edificio, nos ofrece su cómodo pavimento de menudísimo empedrado y finas losas, que no lastiman las desnudas plantas de los piadosos romeros de ambos sexos, que suelen visitar descalzos el templo con frecuencia, para ofrecer el cristiano y honroso feudo de amor y gratitud á la Reina de los ángeles, por las mercedes recibidas de su mano.

Cuando en 1816 yo pude salir ya á la calle, despues de haber estado en cama cerca de un mes, muy espuesto á quedarme ciego por la voladura de la mina en la puerta de la casa de D. Julian

Morlán, de que hablé anteriormente, mi cristiana madre y yo, y mis dos hermanas, todos con los pies descalzos, desde nuestra casa, en la calle de Alejandre, fuimos una mañana de mayo en romería á la ermita. ¡Con qué santo júbilo de mi alma recuerdo aquella tierna y piadosa peregrinacion! Mi madre con el rosario en la mano iba llorando y rezando por el camino, que dista mas de media legua, desde la puerta de San Anton, donde vivíamos. Mis hermanas y yo llorábamos tambien de cuando en cuando, pero nos consolábamos pronto al pensar en el almuerzo que llevaba en una cesta la criada, para comerlo despues de oir Misa en la ermita, sentados á la sombra de los árboles que embellecen y adornan aquellos deliciosos contornos.

Mientras vamos subiendo por la artificial pendiente, que consta de mas de cien metros de longitud, daré á mis compañeros de viaje una ligera noticia del santero que en mi juventud estaba encargado de la custodia de la ermita. Llamábanle comunmente el *Cojo de Pueyos*, mote que, lejos de mortificarle, le envanecia y lisonjeaba sobremanera, por ser un recuerdo muy grato para él, de la grave y honrosa herida que habia recibido en la guerra de la Independencia, de cuyas resultas tuvo que sufrir la amputacion de una pierna en el hospital de sangre. Estaba adherido y pegado, digámoslo así, al tabernáculo de la Virgen, como la concha al peñasco marítimo, que en vano combaten irritadas las olas para arrancarla y sumergirla en el fondo de las aguas. Lejos de aquellas sagradas paredes se hallaba el buen hombre, como el pez en las arenas de la playa, fuera de su elemento natural, fuera de su querido centro. Hablaba del santuario y de la sagrada imagen allí venerada, con la fe mas ardiente, con el entusiasmo religioso del mas inspirado y cristiano poeta. Referia con una puntualidad y exactitud pasmosas las ocasiones en que el cielo habia favorecido con la lluvia los agostados y secos campos de Alcañiz, por haber trasladado en procesion de rogativa la efigie augusta, desde su ermita á la Colegiata insigne. Repetia, sin equivocarlos jamás, los nombres de las personas favorecidas, que en sus tribulaciones y enfermedades habian recibido consuelo y alivio con la visible proteccion de María Santísima. Entre varias otras, citaba una joven artesana, que vivia en el *Canto-muro*, llamada Cecilia, garrida como unas perlas, inocente como las palomas, muy temerosa de Dios, y en fin, sierva afectuosa y humilde de su Madre Beatísima. La salud que en su penosa y larga dolencia recobró la feliz paciente, de un modo tan instantáneo como inesplicable y oscuro á los ojos vizcos de la ciencia humana, que cree ver tanto como los linces, y que realmente solo ve lo que ven los murcié-

lagos y los topos, es un suceso que comprenderán perfectamente los hombres de profundas y sinceras convicciones religiosas, y muy digno, en mi concepto, de ser narrado en verso, para que mejor y mas hondamente se grabe en la memoria de mis cristianos y amabilísimos lectores. Tanto la breve y edificante historia que contaba el buen santero, como la fundacion de Alcañiz, serán el objeto de una *leyenda religiosa*, que por ser algo larguilla no la cópio aquí; pero saldrá, Dios mediante, al fin de estos artículos.

No es mi ánimo hacer una descripcion circunstanciada de la ermita de Pueyos. Algo, empero, es forzoso decir aquí, en gracia de los lectores que no hayan visto aquel precioso y bello santuario. La primitiva ermita se edificó á corta distancia de la actual, y se conserva todavía con el nombre de la *Virgen vieja*. Su antigüedad venerable indica ser cierta la tradicion que hay en Alcañiz, de que se edificó aquel primitivo y sencillísimo templo en el siglo XII, ó lo que es lo mismo, en tiempo del rey Don Alfonso el Batallador, fundador verdadero de la moderna Alcañiz. El templo actual del nuevo santuario no escasea de mérito artístico, desde que á principios del presente siglo el arquitecto alcañizano mencionado ya, D. Tomás Llovet, hizo en él muy notables mejoras, corrigiendo y perfeccionando la parte superior de aquella bonita iglesia. Tiene 32 metros de longitud, y 10 de latitud. La adornan cuadros muy bellos, y entre otros los de S. Bernardo y S. Francisco de Asís. Tambien la embellecen estátuas de no escaso mérito: pero la mas hermosa de todas es la de S. Ramon Nonat, debida al cincel del distinguido escultor Don Ramon Ferrer, natural de Mirambel, al que tuve la honra de conocer y tratar cuando en el mes de mayo de 1840, con motivo del sitio de Morella, estuve algunos dias en aquel pueblo con la division del General Ayerbe. A pesar de vivir tan retirado en el Maestrazgo aquel hábil artista, su nombradía llegó hasta Londres, por cuya razon un Lord, muy entusiasta por las nobles artes, le encargó una *corrida de toros completa*, en figuras de una cuarta, poco mas ó menos. El escultor desempeñó el encargo del aristocrático inglés tan á satisfaccion de este, que le hizo despues proposiciones muy honrosas para sacarlo de Mirambel y llevarlo á Londres, á cuya invitacion respondió el artista con muestras de gratitud entrañable, pero sin acceder á ellas por no separarse de su anciana madre, que con sus achaques y dolencias habituales necesitaba de los esmerados cuidados y tierno cariño de su digno hijo.

En la sacristía de la ermita llaman la atencion dos retratos de Santo Tomás de Aquino y de Santo Domingo de Guzman,

copiados hábilmente de los originales que hay en Roma. Una piadosa Cofradía, autorizada con bula del Papa Clemente XI, fomenta el culto público en dicha iglesia, y la devocion de los alcañizanos (muy afectuosa de suyo) á María Santísima, bajo la advocacion de los Pueyos.

Desde la estensa plaza del santuario, y sobre todo desde la habitacion del santero, se descubre un panorama encantador, que en vano se buscaria en otras partes. Enfrente de aquel inmenso edificio se ve en primer término la Colegiata magnífica y los edificios principales de la poblacion, las ermitas ya mencionadas de la Nunciata, de Santa Bárbara y del Calvario, y á derecha é izquierda olivares, frondosas huertas, decoradas con algunas quintas y casas de labranza y de recreo. Mas lejos aparecen varios pueblos, como Caltelseras, villa populosa y rica, Torrevelilla y Belmonte. Una cordillera peñascosa y árida, por la parte del Norte; los estériles y sombríos puertos de Tortosa hácia el Oriente, y los riscos antediluvianos de Orta; la mas elevada y magestuosa cumbre del Idúbeda hácia la banda meridional; el barranco del Moro, y varias alturas, en fin, mencionadas mas de una vez en la historia de Aragon, sirven de agradable contraste al animado cuadro que ofrecen la vegetacion y fertilidad de los vecinos campos, fecundados por el manso rio y por otros manantiales, y por las aguas del estanque famoso, que se descubre tambien desde aquel balcon, tan grato á los hijos de Alcañiz, ofrecido por la mano de la naturaleza, ó mejor dicho por la Providencia, tan pródiga y liberal en aquel suelo de bendicion y de encanto.

Si alguno de mis lectores ha visitado la ermita de Pueyos, y contemplado con fruicion el vasto y magnífico horizonte que desde ella se ofrece á los ojos y recrea la imaginacion, y eleva la mente á Dios, quizá estrañará que yo no haya mencionado el castillo-convento que descuella á espaldas de la ciudad, y realza no poco aquel precioso panorama. No ha sido olvido por parte mia, lector carísimo. Voy á decir dos palabras para saludar atento y despedirme triste de aquella fortaleza, gigante amenazador lleno de vida en otro tiempo, que miraban aterrados los soldados y secuaces del Islam, cuando la ínclita orden de Calatrava guarnecia el inespugnable baluarte, uno de los mas fuertes de la monarquía aragonesa. Arido esqueleto y sombra pálida de lo que fue, hoy amenaza ruina por todas partes, por haberlo herido y maltratado con furor la sañuda mano del tiempo, y, lo que es peor todavía, la osada y cruel mano de los hombres. Cuando yo era joven descollaba en aquel inmenso edificio la Torre del Homenage, con su argentina y sonorosa

campana, que reunia en el coro y en la capilla gótica de Santa María Magdalena á los valerosos hijos de San Raimundo de Fitero, y de su compañero dignísimo Fr. Diego Velazquez, para implorar el auxilio divino todos los dias, y sobre todo al marchar escuadronados á los campos de batalla en pos de la cruz de la redencion.

En 1821 aquella campana desapareció, lo mismo que parte de la torre, que quedó muy rebajada con las obras que de orden superior practicó allí el capitan de ingenieros D. Quintin de Velasco (Mariscal de Campo muchos años despues) á fin de colocar artillería en aquellas alturas. En 1823, de resultas de haberse inflamado el polvorin al abandonar precipitadamente la guarnicion constitucional el castillo, por aproximarse á marchas dobles el Conde de Molitor con 20.000 franceses, aquella fortaleza quedó en tan deplorable estado, que no pasará mucho tiempo sin que se hundan hasta las solidísimas paredes esteriores, y no queden mas que recuerdos de tan glorioso monumento de la edad media. Ruinoso ahora, medio destruido ya, y mutilado de su torre altísima y de su campana, que con voz magestuosa y grave daba animacion y vida á tan vasto y silencioso recinto, es ya la triste imagen del guerrero anciano y moribundo, terror un tiempo de los enemigos de su patria en cien y cien combates, y próximo á sucumbir en la tumba.

Alejándonos de la ermita de Pueyos, si no lo llevas á mal, querido lector, volveremos por un solo momento á la ciudad, para ver ¡ó dolor! nuevas ruinas, miserables ruinas, debidas á las discordias civiles que hace mas de medio siglo aniquilan y anonadan á la España sin ventura. Trasladémonos, si te place, á la puerta de San Nicolás, cuyas fortificaciones se conservaron hasta la época presente, donde contemplaremos los espantosos efectos de otra esplosion mas terrible y dolorosa. Despues del sitio y ocupacion de Morella, en mayo de 1840, por el ejército que acaudillaba el General Espartero, fueron conducidos y colocados en el Almudí de Alcañiz todos los pertrechos de guerra que habian servido en tan gloriosa campaña. Inflamado aquel copioso almacen por una centella en la tarde del 2 de setiembre del referido año, además de matar sesenta personas, y herir cerca de doscientas, de gravedad la mayor parte, destruyó completamente la inmediata calle de *la Pruñera* (llamada así por un pruno ó ciruelo silvestre que hubo en ella antiguamente), el hospital de San Nicolás, el palacio de los Marqueses de Tosos, no pequeña parte de la muralla, y muchas casas y edificios, en fin, aun de los mas lejanos del mencionado almacen. Bien merece tamaña catástrofe ser lamentada en sentidos y melancólicos acentos.

Á LAS RUINAS DE ALCAÑIZ.

ELEGIA.

Estos que ves, atónito viajero,
Escombros y rüinas,
En quejido publican lastimero
Nuestras bárbaras lides intestinas.

Ayer esa ciudad, ilustre cuna
De cien preclaros hijos,
Halagos celebró de la fortuna
Con solemne ovacion y regocijos.

Hoy, como pobre huérfana doncella
O mísera vïuda,
Ni á los hombres ni al cielo se querella,
De pena y de terror su lengua muda.

¡Infortunio cruel! En tanto duelo,
En tanta desventura,
Ni aun las lágrimas vierte de consuelo,
Que suavizar pudieran su amargura.

Entre desgarradores alaridos,
Con horror y sorpresa
Hoy contempló Alcañiz muertos, hundidos
A muchos de sus hijos en la huesa.

Por eso, cual cadáver silenciosa,
No puede dar al viento,
De su cuita en alivio, dolorosa,
Ni un gemido tan solo, ni un lamento.

Llora conmigo, llora, peregrino,
De mi patria querida
El deplorable y fúnebre destino,
Que ella mil años llorará abatida.

Esas piedras enormes y sillares
Que descubren tus ojos,
De torreon y muro seculares
Son restos miserables y despojos.

Torreon alto, inespugnable muro,
Monumentos de gloria,
Que en siglo pregonar allá futuro
No podrán de Don Jaime la memoria.

Allí fue el hospital, do en pobre lecho
Gemian los dolientes,
Que, las paredes al caer y techo,
Dirigieron á Dios votos fervientes.

El que allá remontábase al espacio,
Del buen Marqués de Tosos
Venerando, magnífico palacio,
Solo deja recuerdos lastimosos.

La tradicion, como la fe, sencilla,
Cuenta que al dar misiones
El valenciano apóstol á la *villa*,
Habitaba en sus viejos paredones.

La Colegiata insigne, aunque levanta
Su gallarda cabeza,
Nos descubre ¡ó dolor! herida tanta;
Que en su abandono triste y su pobreza,

El clero no podrá de aquel santuario
Evitar la rüina,
Si con algun prodigio estraordinario
No le socorre la bondad divina.

Como arrebata el huracán la hiedra
Y los olmos del valle,
No queda ya ni piedra sobre piedra
De la *Prunera* en la vetusta calle.

Calle otros dias para mí tan bella
Y de fausta memoria,
Pues mis ojos la luz vieron en ella,
Noble Alcañiz, para cantar tu gloria.

¡Desdichada ciudad! en dulce calma,
De celebrar apenas
Acababa el laurel y verde palma
Que de Morella ilustran las almenas.

Entre acentos de júbilo festiva,
Tras cercos y bloqueos,
De paz ornada con la grata oliva,
Del trïunfo ensalzaba los trofeos.

Del Guadalope ameno por la orilla
Cual relámpago cruza
De Bárboles la sombra y de Padilla,
De Maldonado, Bravo y de Lanuza.

Los manes de los ínclitos varones
Saludan la bandera
Qúe de Morella ornó los torreones,
Y ven del manso rio en la ribera.

Consolada Alcañiz, llena de gozo,
La aparicion admira,
Y bendice á Espartero en su alborozo,
Y tras fiera opresion, libre respira.

Mas ¡ay! cual infeliz, que en el regazo
Y la ilusion del sueño
Ha sido venturoso breve plazo,
Y luego ve de adversidad el ceño;

A la noble ciudad, cuna brillante
De Ram y Palmireno,
En pos del iris, que lució un instante,
Otra vez ronco atemoriza el trueno.

Ruje la tempestad, el rayo estalla,
Y al inflamar su aliento
La pólvora y terrífica metralla,
La bóveda tembló del firmamento.

Cual granizo fatal, que en primavera
Aniquila y destroza
Frutos en flor, naciente sementera,
Cercado frágil y pajiza choza,

Por Alcañiz, sus huertas y olivares
Disparados á miles,
Arrasan campos y modestos lares
Con estruendo infernal los proyectiles.

¡Dia de horror! Postrados en el suelo
Sus pobres habitantes,
Ojos y palmas hácia el alto cielo
Humildes elevando y suplicantes,

Invocan religiosos y cristianos
En tamaña agonía
Al que espiró en la cruz por los humanos,
Y á la Madre de Dios, Virgen María.

Sus plegarias oyó la Providencia,
Y amorosa y propicia,
Con el bálsamo dulce de clemencia
El amargor templó de su justicia.

Adora y besa, ó Alcañiz, conmigo
De Dios la diestra santa,
Que, aplacado su enojo y su castigo,
Hoy del polvo cual padre te levanta.

Hundida la discordia en el averno,
Serás, ó patria mia,
En el regazo de la paz materno,
Grande y feliz como lo fuiste un dia.

Seca tu lloro, calma tus dolores,
Pues la guerra intestina,
Que te martirizó con sus furores,
Y tu verdugo ha sido y tu rüina;

Aquella horrible y fratricida guerra
En que padres y hermanos,
Con lástima y espanto de la tierra,
Se degollaban de rencor insanos,

No asusta ya con su rugido fiero,
Desde la aurora aquella
Que el morado pendon alzó Espartero
En los muros antiguos de Morella.

Disfruta, ó Alcañiz, goza en sosiego
De la paz y sus dones,
Y Dios escuche mi ferviente ruego,
De tu gloria acreciendo los blasones.

Octubre de 1840.

ARTICULO VIII.

Una de las glorias que mas ennoblecen á dicha ciudad, es el haber sido cuna de no pocos varones insignes, que han dejado brillantes huellas de sus virtudes y talentos. El mas célebre y preclaro de sus hijos ilustres es D. Domingo Ram, del nobilísimo linage de los Condes de Samitier. Siendo Obispo de Huesca y despues de Lérida, y finalmente Arzobispo de Tarragona y Cardenal de la Santa Iglesia romana, prestó muy importantes servicios á la Religion y al Estado, ya en el concilio de Basilea, al que asistió como embajador del Rey de Aragon; ya cuando fue virey en Sicilia, por ausencia del Infante D. Juan; ya como plenipotenciario en las Cortes de Castilla y Nápoles; y sobre todo, en la pacífica eleccion de D. Fernando el Honesto, realizada en la villa de Caspe: siendo, despues de S. Vicente Ferrer, el mas notable de los nueve jueces que votaron en aquel respetable Congreso. Él fue el que ungió por su mano al dicho monarca, celebrando de pontifical en la ostentosa ceremonia de su coronacion, que se verificó en la metropolitana de la Seo de Zaragoza. En suma, como advierte un grave historiador, apenas se ofreció asunto de importancia en su tiempo, que no manejase este sábio, político y virtuoso prelado. Ainsa le apellida *Teólogo insigne*, y Zurita *letrado distinguido en ambos derechos*. Murió en Roma en 1445.

Para terminar la guerra con que en 1430 se hostilizaban desgraciadamente Aragon y Castilla, el ilustre prelado alcañizano, por orden de su Rey, se dirigió con otros embajadores á Osma, donde se hallaba el castellano monarca con toda su Corte. Hablando el grave Juan de Mariana de este suceso, dice lo siguiente.

«Fueron sobre el caso enviados embajadores de Aragon, que »llegaron á Osma á catorce dias de junio. Dióseles luego audien»cia. Don Domingo, Obispo de Lérida, que era *el principal y ca»beza* en aquella embajada, habida licencia de hablar, con un »largo razonamiento que hizó, relató cuán grandes beneficios »tenian los aragoneses recibidos de los Reyes de Castilla. Que la »memoria de ellos sería perpétua, sin embargo que tomaron las »armas, no por voluntad, sino forzados de los engaños de algu»nos señores, que se aprovechaban de la facilidad y nobleza de »su Rey para echar sus deudos de la Corte, sin dar lugar aun »de hablarle, como los que estaban con la privanza hinchados y

»acostumbrados á malas mañas. Que de buena gana las dejarian »si con reputacion lo pudiesen hacer, y que los partidos fuesen »honrosos y tolerantes. Ninguno ignoraba cuán grande sería el »estrago y desventura de todos, si se viniese á las manos de »poder á poder. Las espadas que una vez se tiñen en sangre de »parientes, con dificultad y tarde se limpian; no de otra mane»ra que si los muertos y sus cenizas anduviesen por las fami»lias y casas, pegando fuego y furia á los vivos, todos se embra»vecen, sin tener fin ni término la locura y los males. Punzados »por el razonamiento del Obispo D. Alvaro y el Conde de Bena»vente, respondieron por sí y por los demás: llegaron á malas »palabras, y parece buscaban ocasion de pasar adelante. Ramon »Perellós, uno de los embajadores, con loco atrevimiento se »ofreció á hacer campo, y probar con las armas, á cualquiera »que quisiere salir á la causa, que tenian la razon de su parte: »grande resolucion y brava, pero por estar el Rey presente, no »se pasó á mas de palabras. Con esto se acabó aquella junta: »despues los embajadores de Aragon hablaron de uno en uno á »los grandes de Castilla, é hicieron con sus amonestaciones »tanto, que los inclinaron á la paz. Estaban los reales de Casti»lla á la puente de Garray, sitio en que se entiende estuvo asen»tada la antigua Numancia.»

Al lado de este príncipe de la Iglesia, no aparecerá seguramente desairado el modesto Andrés Vives, tan ejemplar sacerdote como entendido médico, si consideramos las muchas obras de beneficencia y de caridad cristiana en que empleó sumas cuantiosas, fruto de una larga existencia, consagrada toda al consuelo y alivio de la humanidad doliente y á los piadosos ejercicios de su santo ministerio. Despues de estudiar en el colegio de San Clemente de Bolonia, y de graduarse de maestro en artes, fue médico de familia de los Papas Julio II y Leon X, escribano de letras apostólicas, y pronotario eclesiástico, Canónigo de Barcelona, y finalmente Prior de la Colegiata de Alcañiz.

Estando en Roma, tuvo noticia de la grave dolencia que aquejaba á Soliman II, llamado el Magnífico, el cual habia recurrido en vano á los mas acreditados físicos de su vasto imperio. Se dirigió Vives á Constantinopla, y poniéndose el Sultan confiadamente en manos del cristiano doctor, no tardó en recobrar la salud. Agradecido á su bienhechor el generoso príncipe, lo colmó de riquezas, regalándole además un precioso vaso que tenia por digno remate un turco, cubierto con un turbante. Vives hizo donacion de tan rara alhaja á la Colegiata de su pueblo, y mandando el Cabildo trasformar la figura del musulman en la de un Crucifijo, destinó aquel vaso, en que compe-

tia el mérito artístico con el valor de los ricos metales, á la conservacion de las sagradas reliquias veneradas en aquel templo.

En 1528 fundó y dotó un establecimiento en Bolonia en beneficio de los hijos de Alcañiz, y algunas becas posteriormente en su patria, con las que recibian educacion literaria y religiosa varios jóvenes de la misma ciudad. Dejó tambien un Monte de Piedad para el socorro de familias menesterosas, siete dotes para otras tantas doncellas, cuantiosas limosnas, que debian darse á viudas pobres todos los meses del año, un pósito de granos para alivio de labradores necesitados, y finalmente, otras obras pias de menos consideracion. Tambien fundó en su patria el magnífico convento de San Francisco. Tan laudable destino dió el buen clérigo á las piastras debidas á la ostentosa munificencia del vencedor de Belgrado y Rodas. El mismo escribió los piadosos y sabios estatutos para el referido colegio de Bolonia.

Siglos antes que estos dos dignos eclesiásticos vivió el Capitan Diego de la Torre, distinguiéndose por su heróico valor en el ejército acaudillado por el augusto conquistador de Mallorca y Valencia. Sobresalieron igualmente en la carrera de las armas, el Vizconde de Montoro, D. Pedro Ram de Viú, D. Juan Royo, D. Fernando Palao, D. Francisco Buendía y D. Pedro Amigo, que debió no pocas muestras de confianza al rey D. Felipe IV, á quien acompañó en su viaje á Cataluña, agitada por la guerra civil, porque el monarca apreciaba mucho á tan valiente soldado.

En una breve reseña, como esta, de los hijos de Alcañiz que han adquirido algun renombre, no debe quedar en silencio Fray Juan Santiago Samper, religioso del convento de Santa Lucía, cuyo venerable sacerdote murió víctima de su apostólico celo á manos de los secuaces del Corán, á quienes anunciaba el Evangelio con la constancia y abnegacion propias de los mártires que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia. Ni sería justo olvidar á los piadosos Dominicanos Diego Montañés y Tomás Mañes, que despues de ser por sus ejemplares virtudes la edificacion de sus contemporáneos, fallecieron con general sentimiento de los alcagnicienses en aquel monasterio. Finalmente, es muy grata la memoria que á principios del siglo pasado dejó de su inocencia y piedad cristiana Sor Francisca de San Antonio, hija de la ilustre familia de los Barones de Salillas, cuya joven religiosa murió en olor de santidad en su convento de la Concepcion de las Cuevas.

En los breves momentos de recreacion que suelen tener en las comunidades religiosas las almas privilegiadas que se retiran al claustro, huyendo del estruendo y peligros del siglo, la

madre superiora hacia improvisar versos espirituales y místicos á la monjita alcañizana, que tenia mucha facilidad en versificar, y no le faltaba por otra parte numen y verdadera inspiracion. Sin ser un modelo de poesía las composiciones suyas, que todavía se conservan (como lo son las de Santa Teresa de Jesus), hay tanta cordura en ellas y tanto juicio, y sobre todo tanto amor divino á su celestial Esposo, que es muy grata la lectura de aquellos sencillísimos y fáciles metros.

Hé aquí una muestra de aquellas improvisaciones.

Á JESUS.

¿A dónde estais, vida mia,
Que así me dejais penar?
Entre el dolor y la pena
Desfallece el natural.

El virtuoso y docto sacerdote D. Gerónimo Langa, confesor del convento de las Cuevas, glosó esta cuarteta, y lo hizo tan felizmente, que para solaz de mis lectores, voy á copiar tan sabrosas y bellas décimas. Son las siguientes.

GLOSA.

No siento, Señor, mi pena,
No siento no, el padecer,
Solo un temor viene á ser
Lo que tanto me enagena:
Busco vuestra faz serena,
Ya de noche ya de dia,
Y parece que á porfía
Os ocultais, Dueño hermoso,
Y el esclamar me es forzoso:
¿A dónde estais, vida mia?

Cuanto miro y cuanto veo
Todo me es oscuridad,
Y es mayor mi ceguedad
Cuanto mas veros deseo:
Con mil tinieblas peleo.
Si es fortuna ó es azar
Ignoro, mas sin pensar
Esclama mi desvarío:
¿A dónde estais, Dueño mio,
Que así me dejais penar?

Una pena y un dolor
Combaten mi pensamiento,
El dolor porque no os siento,
La pena por el temor.
O amante, ó Dueño, ó Señor!
Mostrad vuestra faz serena,
Pues su ausencia me condena
A tan severo tormento,
Que va faltando el aliento
Entre el dolor y la pena.
¿Dónde estais, Dueño querido,
Dónde estais, Dueño adorado?
Que un corazon lastimado
Os llora, mi Bien, perdido.
No á la fe, sino al sentido
Concededme una señal,
Porque en agonía tal,
Como ausente os considero,
Con un tormento tan fiero
Desfallece el natural.

La mencionada cuarteta fue improvisada *el primer dia de Carnaval de* 1732, y *al dia siguiente* fue glosada por el entendido presbítero Langa. Con tan dulce y santa ocupacion entretenian sus ratos de ócio y esparcimiento la monjita de Alcañiz y el buen sacerdote, que era natural de Alcorisa.

Lector carísimo, como creo piadosamente que eres muy erudito, ó tienes algunos ribetes de tal, no te haré la injuria de hacerte observar que, en dicho año 32 del siglo pasado, ni se habia publicado todavía la preciosa poética de D. Ignacio de Luzan (de la que habla con inmerecida severidad el difunto Quintana, lo cual no impide que este, en opinion mia, *salvo meliori*, sea el *Píndaro español*), ni habian tampoco nacido Cadalso, Moratin el padre y Melendez Valdés, restauradores de nuestra poesía, que yacía como difunta (aunque no estaba muerta de veras) desde que fallecieron Calderon, Solís, Villegas y otros floridos ingenios del siglo XVII. Digo todo esto, amigo mio, para añadir que las décimas susodichas del clérigo aragonés, valen mas de lo que podia y debia esperarse de una época tan desastrosa como aquella para las Musas españolas.

El ya citado Padre Pio Cañizar, en su bello discurso latino, impreso en Zaragoza en 1787, *De antiqua Aragoniensium gloria in litteris vindicanda*, de que hablaron con elogio las Efemérides de Roma, llama *fecunda madre de ingenios* á la ciudad de Alcañiz;

Fœcunda ingeniorum mater. No será pues inoportuno bosquejar aquí en pocas palabras la biografía de sus hombres de letras mas distinguidos.

Justo es comenzar por Juan Sobrarias, poeta laureado del siglo XVI. Se dedicó á la medicina, y á fin de perfeccionarse en ella, pasó al colegio mayor de San Clemente de Bolonia. Habiendo regresado de Italia, ejerció en Alcañiz la referida facultad. En 1504 fue armado caballero por D. Fernando el Católico. Enseñó humanidades en Zaragoza á instancia de las autoridades de esta capital. Aquí hizo dos correctas ediciones de Virgilio, con un lujo tipográfico poco comun en aquellos tiempos, ilustrándolas con algunas notas para el uso de sus alumnos. En 1513 remitió al Ayuntamiento de su patria un tomo de sus poesías latinas, pidiendo algun auxilio para poder publicar sus obras. Accedió á la súplica aquella ilustrada Corporacion, archivando el ejemplar que le remitió el agradecido autor. Hizo algunos años despues un segundo viaje á Italia, con cuyo motivo pronunció un discurso latino en presencia del Emperador Carlos V, y de los embajadores y príncipes que le acompañaban; cuya honra valió al orador señaladas muestras de gloria y recompensa.

El amor patrio hizo á Sobrarias despues volver á su pueblo natal, donde se encargó del magisterio de latinidad, en cuyo noble ejercicio terminó sus dias el 22 de abril de 1528, despues de recibir los Santos Sacramentos *con devocion edificante*, segun espresa su partida de defuncion. El Emperador, que se hallaba casualmente en Alcañiz de paso para las Cortes de Monzon cuando falleció el ilustre poeta, se dignó presidir su funeral. Ya en 1504 el Rey Católico D. Fernando, armando caballero al ilustre poeta, le habia dado otra prueba no menos visible de su benevolencia y distincion. Loor eterno á tan esclarecidos príncipes, que, honrando al modesto y laborioso escritor, supieron conquistarse un lauro que no olvidará jamás la historia de las letras. Fue sepultado en la antigua Colegiata. Dejó una hija llamada Juana, que á imitacion de sus contemporáneas Luisa Sigea y Beatriz Galindo, cultivó con fruto la lengua y poesía latinas. En defecto de su padre solia regentar la cátedra. Ella fue la que compuso el siguiente epitafio, que se grabó sobre el sepulcro del difunto escritor:

Carmina quod lugent, quod Musæ flebile cantant,
Quodque caret cultu lingua latina suo;
Nec mirum: cessit superis Sobrarius oris,
Hoc saxum corpus, spiritus astra tenent.

Que quiere decir:

Si de Aganipe se lamenta el coro,
Y el idioma latino yace triste,
Perdida su elegancia y su decoro,
Qué mucho, si Sobrarias ya no existe!
Sus cenizas encubre aquesta losa,
Mas el alma en el cielo ya reposa.

En el colegio mayor de San Clemente de Bolonia fue donde primero se dió á conocer como poeta, publicando el siguiente himno en loor del Santo Patron de aquel establecimiento literario, fundado, como todos saben, por la ilustrada piedad y munificencia del Cardenal D. Gil Carrillo de Albornoz.

AD DIVUM CLEMENTEM.

HYMNUS.

Pontifex Clemens, Superum sodalis.
Cujus excelsum celebratur omni
Orbe nunc festum, resonatque toto
Gutture gentis.
Tu pius noster meritò Patronus
Es, qui et hanc ædem propriùs gubernas,
Brachiis cujus retinemur omnes
Undique tuti.
Inde tu nomen placidum reportas,
Diceres Clemens, decorant corollæ
Vertice trinæ, regis et potenter
Orbis habenas.
Hactenus postque penitus per ævum
Omne servasti incolumes clientes,
Dive, nunc nostras rutilas pienter
Suscipe laudes.
Nosque adversis revoca periclis,
Laudibus nam te colimus verentes,
Et tuos læto modulamur omnes
Ore triumphos.

No quiero privar á mis benévolos lectores de la bellísima version de los anteriores metros latinos, hecha por mi carísimo y

respetable amigo el Sr. D. Javier de Leon Bendicho, tan venta josamense conocido en la república literaria por su preciosa version en metros castellanos de los *Argonautas*, poema de Valerio Flaco.

HIMNO.

Clemente augusto, morador del cielo,
Pues hoy celebra tu memoria el mundo,
En todo labio con amor resuena
Tu escelso nombre.
Bajo tu auspicio, como que gobiernas
Este recinto, nuestra grey acude;
Y en él á todos tu potente diestra
Do quier ampara.
Así, Clemente, con verdad te aclaman,
Y la ancha tierra poderoso riges;
Por eso luce en tu divina frente
Triple corona.
Constante ilesos tu eficaz auxilio
De toda cuita tus alumnos guarda:
¡O Padre egregio! sus fervientes himnos
Plácido escucha.
Contra los riesgos tu favor nos siga,
Mientras humilde nuestra voz te aplaude,
Y al par tus triunfos en alegre canto
Festivo ensalza.

Para el sepulcro de una matrona, respetable por su noble estirpe y mas aún por su acendrada piedad, escribió Sobrarias el siguiente epitafio:

Patria cui mundus, cœlum domus, unica Christus
Gloria, sub duro clauditur hoc lapide.
Clara viro, insignis facie, insignisque parentum
Sanguine, sed vitâ clarior ipsa suâ.

Y el señor Bendicho traduce así:

Yace bajo esta losa la que el mundo
Tuvo por patria: fue su casa el cielo,
Y su gloria Jesus. Si prez la daban
Buen esposo, belleza, alta progenie,
Aún mas la ennoblecian sus virtudes.

Despues de estar muy enemistados algun tiempo Gerónimo Cerdan y Gonzalo Paternoi, caballeros de Alcañiz, hicieron las paces, y se reconciliaron como buenos cristianos. El vate celebra tan fausto suceso en los siguientes dísticos.

Cedite in æternum, Mars et Bellona cruenti;
Cedite, in hanc urbem Pallas amica venit.
Pax nova discordes Equites conjunxit in unum,
Quosque odium rupit, nectit amore pari.

Bellísimo es el anterior poemita, no lo es menos la siguiente version del citado amigo.

Cese ya, Marte y Belona,
Vuestro combate sangriento;
Cese por siempre, y amiga
Torne Minerva á este suelo.
La discordia dividia
Antes aquí nobles pechos;
Hoy nueva paz los reune
Con lazos de mutuo afecto.

Habiéndole nacido un hijo al Poeta, lo saluda este con amor y paternal entusiasmo, pero desea su prematura muerte si no ha de ser virtuoso.

Vive diu felix, sed enim virtutis amicus,
Quæ tibi crescenti, crescat et ipsa simul.
Si tamen infringit mentem scelerata voluptas,
Vitam, quæ tribuit, auferat ipsa dies.

Que traducido por el Sr. Bendicho quiere decir:

¡Ojalá, si eres bueno,
Que larga vida tengas
Con dicha, y tus virtudes
A la par de ti crezcan!
Mas si del vicio torpe
Ha de ser tu alma presa,
Mejor es que la vida
En su aurora fenezca.

Sobrarias termina su *libellus carminum* con el siguiente poemita, en que habla con su docto amigo Marineo, manifestándole

que continuará escribiendo, si los versos que ahora le envia, merecen su aprobacion.

Scripsimus hos raptim versus, currente Camœna,
Hos cape, nam nostri pignus amoris erunt.
Quos si tu dignus censebis perpete cedro,
Munera præbebo dehinc meliora tibi.

Agradecido el escritor Siciliano á la amistosa urbanidad del vate español, le correspondió con la composicion siguiente, en que le dice que Alcañiz debe mostrarse tan ufana con los lauros de *Sobrarias*, como Córdoba con Lucano y Mantua con su Virgilio.

Æmula virtutum nunc Alcagnitia magnos
Terra viros peperit, *Sobrariumque* tulit.
Magnus ut ingenio populos decoraret Iberos,
Esset et ut patriæ gloria magna suæ.
Scripsit enim patriæ laudes, populumque, Senatum,
Et quod quid tellus fertilitatis habet
Patria; cui tantum debet, me judice, quantum
Corduba Lucanu, Mantua Virgilio.

Observa, lector carísimo, la propiedad y perfeccion con que están espresados en el idioma nuestro los delicados pensamientos de los dos vates neo-latinos, vertidos por el hábil traductor de los *Argonáutas*. Hé aquí su

VERSION.

A la carrera escribe
Metros fugaz mi Musa;
Acéptalos, cual prenda
De nuestra amistad mútua,
Otros irán mejores
Despues, si estos los juzgas
Obra digna del cedro,
Que escritos perpetúa.

Emula de otras ciudades
Alcañiz, en todos tiempos
Dió cuna á insignes varones,
Y á Sobrarias entre ellos.

¡Sobrarias! fue por sus luces
De toda España ornamento;
¡Cuánto mas escelsa gloria
Alcanzó á su propio suelo!
Pues en él, patria, Senado,
Con lo vistoso y ameno
De la ciudad y campiña
Celebraba en dulces versos;
Y si á Lucano y Virgilio
Córdoba y Mantua debieron
Tal prez, juzgo que á Sobrarias
Alcañiz no debe menos.

Entre las apreciables obras latinas que publicó Sobrarias, merecen particular mencion el poema en loor de Fernando V, la oracion de *laudibus Alcagnitii*, y los dísticos sobre la educacion de los niños, que se imprimieron en 1525, juntamente con los de Miguel Verino, encomiado por Cervantes; cuyas dos obritas, comentadas por Juan Sanchez, sobrino de Sobrarias, servian de testo en las clases de latinidad. Tampoco deben olvidarse el libro de poesías sueltas, ni sus eruditos comentarios á Sedulio, el poema á la eleccion de Adriano VI y entrada de este Pontífice en Zaragoza, ni la genealogía y origen de la casa de Ayerbe. Al morir dejó inéditos otros dos escelentes poemas, que publicó en su catálogo el difunto Marqués de Morante. En el primero celebra el vate con entusiasmo patriótico la victoria de Pavía, y en el otro el nacimiento de Felipe II. Sobrarias escribió este último en el año mismo de su fallecimiento. Tuvo íntima amistad y correspondencia con Lúcio Marineo, Lebrija y otros literatos. Además del Rey Católico y del Emperador, miraron con especial aprecio á Sobrarias, D. Alonso de Aragon, nieto de Fernando V, y el Sr. Fonseca, Arzobispo de Toledo. De este escritor hacen honorífica mencion el famoso Gaspar Sciopio, Pellicer en sus notas al Quijote, y sobre todo, Latassa en su biblioteca de escritores aragoneses.

El cronista Andrés Ustaroz, hablando de Sobrarias en su *Aganipe*, dice lo siguiente:

Donde el cristal de Guadalope inunda
La poblacion mas bella, y *mas fecunda*
De ingeniosos varones,
Que aumentaron sus ínclitos blasones,
Siendo de Calatrava el soberano:
Alcañiz, donde Flora

Frutos y amenidades atesora;
En sus selvas floridas
Parece que las Musas esparcidas,
En modulantes coros
Se miran dulcemente divertidas,
Acentos repitiendo mil canoros.
Aquí se oye el famoso Juan Sobrarias,
Que en poesías varias
Celebró de su patria los trofeos,
Y de sus hijos sábios los empleos;
Cuya pluma copiosa y elegante
En el cristal de Guadalope errante
Venera celebrado,
Como insigne *poeta laureado;*
Pues ninguno le dió mayor materia
En su gallarda y singular *Joveria.*
A Cecilio Sedulio
Con elocuencia igual á la de Tulio
Él celebra en sus doctos *comentarios;*
Y en las obras del grave Marineo
Se admiran versos varios
Y elogios tan frecuentes,
Que mereció ser dulce corifeo,
Ingenios floreciendo tan valientes,
Como sus cartas dicen elocuentes.

Lorenzo Palmireno *es una de nuestras glorias españolas, y de los que mas contribuyeron al renacimiento de las letras*, como dice muy oportunamente el citado Marqués de Morante. Véase lo que de aquel escritor decia un humanista del siglo pasado. «*Laurentius Palmirenus, alcagnitiensis, vir si quis alius in litteris humanioribus enutritus, in suo eloquentiæ campo, et orationes et declamationes et epistolas obsevit Ciceronis et ubertate et nitore, Quintiliani facilitate, Attici emendata dictione; epigrammata Catuli simplici venustate, et Marcialis acumine conspersa.*» Nació por los años de 1514. Comenzó á enseñar en su patria latinidad y retórica en 1557. Pasó despues á Zaragoza con el mismo objeto. De aquí se trasladó á la Universidad de Valencia, donde ejerció el mismo destino hasta 1579, en que murió. El Dr. Blasco García pronunció la oracion fúnebre en sus exequias. Segun la opinion de D. Nicolás Antonio, *Palmireno se asemejó á los espartanos en la persuasion y arte de convencer.* El P. Andrés Scoto encomia su ingenio, juicio y erudicion. Baltasar Gracian lo apellida *varon de sabroso ingénio, discreto, erudito, y mucho mas que gramático*, llamándole en fin,

la gloria de su pais. El Dean Martí lo cuenta entre nuestros grandes filólogos. Los Padres Mohedanos dicen que lució su instruccion en la retórica, y lo llaman *eminente aragonés*. Jimeno, en sus *escritores de Valencia*, asegura *que enseñó la lengua latina con grande aplauso*. Mi ilustre amigo el Sr. Ticknor, en su erudita y apreciable historia inglesa *de la literatura española*, mal informado indudablemente, dice que *era valenciano* aquel fecundo y esclarecido escritor.

Sus principales obras son, el *Compendio* de la lengua griega, la verdadera y fácil *Imitacion* de Ciceron, el *Comentario* á las epístolas á Atico, el *Epítome* de la retórica, las *Oraciones* recitadas en Valencia, el *Estudioso* cortesano, el *Camino* de la Iglesia, el *Oratorio* de enfermos y el *Compendio* de las antigüedades romanas. Tambien tradujo el *Catecismo religioso* del Jesuita Edmundo Anguerre, y las *Elegancias* de Paulo Manucio. Además de estas obras y algunas otras que vieron la luz pública, dejó Palmireno varios manuscritos pertenecientes todos al ramo de Humanidades, entre los que deben contarse el titulado *Comparatio inter Ludovicum Vives et Erasmum*, y el *Encomium pulicis et declamatio faceta*, de que habla el P. Jaime Villanueva, en su Viaje al Monasterio de Santa María de Ripoll, al mencionar los códices de aquella librería, tomo 8.°, pág. 54. En la *Aganipe* del citado Andrés se leen los siguientes versos:

No es el menos famoso
Lorenzo Palmireno,
Que ilustró de Alcañiz el sitio ameno,
Cuyo ingénio copioso
Se admira en tanto libro sentencioso,
Histórico, retórico y difuso;
Y referir los títulos escuso,
Porque no hay quien ignore sus afanes,
Dignos de coronarse de arrayanes.
Honró al Turia feliz con su presencia
Cuando leyó retórica en Valencia.
De Zaragoza el célebre Museo
Muchos años gozó de su elocuencia,
Y puede gloriarse su liceo
Que oyó sus elegantes oraciones,
Pagando su elocuencia en atenciones.

Don Bernardino Gomez Miedes. Nació en 1520, y despues de aprender los idiomas griego y latino se dirigió á Roma, donde vivió diez años, entregado al estudio y al trato de los hombres

doctos de aquella capital, mereciendo la estimacion de todos por sus vastos conocimientos, por la amabilidad de su carácter, y sobre todo por sus virtudes. A fin de perfeccionar su instruccion, recorrió las principales ciudades de Italia, y viajó por Alemania, Flandes, Francia y otros reinos. Volviendo á España, fué Canónigo de la Colegiata de Alcañiz, y obtuvo despues una dignidad en la Catedral de Valencia, con el título de Arcediano de Murviedro. En 1585 fue consagrado Obispo de Albarracin, cuya diócesis gobernó con laudable celo hasta su muerte, acaecida en 1589. Fue el cuarto prelado de dicha iglesia, despues de separada del obispado de Segorbe. En 1572 publicó en Valencia su obra *De sale*, que le costó veinte años de trabajo, como dice él mismo en una carta latina al célebre Arzobispo de Tarragona, D. Antonio Agustin. *Pulchrum opus et salsum vere*, la llama el erudito Juan Berzosa. Despues de la muerte de su autor se reimprimió dos veces este ingenioso libro, con nuevos capítulos que habia escrito el prelado pocos años antes de su fallecimiento, una en la misma ciudad de Valencia en 1605, por Juan Bernerio, y la última en Francfort, por Pedro Uffembaquio. Tambien publicó Miedes la historia latina de D. Jaime el Conquistador, que tradujo despues él mismo, y dió á luz en 1574, el *Tratado sobre la constancia*, que dedicó al Papa Sixto V; el *Manual de salud*, dedicado á Felipe II; y por fin, el *Compendio de las Constituciones* de la Iglesia de Valencia, en cuya publicacion le sirvió de Mecenas el venerable patriarca D. Juan de Rivera. Los escritos de este Obispo, dice uno de sus biógrafos, recuerdan la elocuencia de Ciceron, la sublimidad de las sagradas Escrituras, y la profundidad de los Santos Padres. Tambien escribió cinco libros *De apibus, sive de republica*. Esta obra no vió jamás la luz pública, por haber sido arrojado al mar en una deshecha tempestad un cajon de libros que contenia el único manuscrito, viniendo el autor desde Génova á España. Don Nicolás Antonio en su Biblioteca, y Capmani en sus *Memorias* sobre la Marina, hablan con elogio de este sábio Obispo. Lo mismo hace el referido cronista Andrés en los versos que siguen:

El docto Bernardino
De Miedes, que en el monte Cabalino
Sus sazonadas *Sales*
Gozaron alabanzas inmortales;
A quien tambien la Historia
Ilustre debe gloria,
Y de su génio grave la constancia
Süaves flores brota de elegancia,

Y aun la *Podagra* debe á su doctrina
Saludable remedio y medicina.
Albarracin se ufana ya ambiciosa
Porque en ella reposa,
Y porque de su Sede fue prelado,
De letras y virtud feliz dechado.

Pedro Ruiz de Moros, jurisconsulto y literato del siglo XVI. Estudió humanidades en Alcañiz bajo la direccion de su paisano Domingo Olite, profesor de un mérito no vulgar. Pasó despues á Lérida, donde comenzó el estudio de la Jurisprudencia, el que continuó en la Universidad de Pádua, teniendo por maestro, entre otros, al célebre Andrés Alciato. De aquí se trasladó á Bolonia para perfeccionarse en sus estudios. Se dedicó á la lengua griega y varia erudicion, que tanto renombre le dió posteriormente, con tan feliz éxito, que D. Antonio Agustin no dudó hacerle superior en esta parte al famoso Bonamico. Concluida su carrera literaria, comenzó á enseñar en la misma ciudad de Bolonia, retórica y poesía. Llegando á Polonia la fama de su mérito, el Arzobispo de Cracovia, Pedro Gamrato, le ofreció la cátedra de Jurisprudencia de aquella Universidad, destino que admitió agradecido Ruiz de Moros, desempeñándolo con universal aplauso por espacio de nueve años. El Emperador Fernando I quiso honrarle con el mismo cargo en la Universidad de Viena; pero el Rey de Polonia Segismundo I, yerno del Emperador, no se pudo resolver á privarse de este sábio Jurisconsulto, que tanto contribuia á la instruccion de la juventud polaca. Entre los discípulos insignes que honraron á Ruiz de Moros, no deben pasarse en silencio Estanislao Crancovio, Obispo de Uladislao, y Juan Peremberio, Arzobispo de Guesne. En justa recompensa de haber desempeñado con tanto acierto los importantes negocios de Estado que se le confiaron, fue nombrado Arcipreste de Vilna, Canónigo de la Catedral de Samogicia, Protonotario apostólico, Conde palatino, y por fin, Consejero del supremo de Lituania. Cultivaban su amistad los hombres de letras mas notables de Polonia, y otras personas de alto rango. Imprimió en Cracovia varias poesías latinas, que dieron á su autor un honroso lugar entre los primeros vates de aquella época, en que florecieron tantos ingénios. La obra, empero, que mas le acreditó, fue la publicada en la misma ciudad con el título de *Decisiones lituánicas*, que se reimprimió en Venecia y en Francfort. Tambien trabajó las Constituciones de la Iglesia de Samogicia. Don Antonio Agustin compuso en su elogio una elegante oda latina, que se omite por la brevedad.

Estando yo en Tolosa por mayo de 1842, á cuya ciudad fuí desde Puigcerdá, deseoso de asistir á la solemnidad de los *Juegos florales*, conocí y traté á Mr. Florentin Ducos, autor de algunas obras estimables en prosa y verso. Habiéndome enseñado el amable Monsieur algunos de los libros mas curiosos y raros de su escogida biblioteca, ví con grata satisfaccion, por primera y última vez, un ejemplar de las mencionadas *Decisiones lituánicas*, con el retrato del autor al frente. Manifestando yo á Mr. Ducos que Pedro Ruiz de Moros era hijo de Alcañiz, lo mismo que yo, me rogó hiciera una breve inscripcion al retrato de mi compatriota ilustre. No pude menos de acceder á tan justos y laudables deseos, y al dia siguiente puse en manos del docto francés la siguiente

OCTAVA.

Ved al ínclito alumno de Sofía,
Varon preclaro, de candor modelo;
Al nacer le arrulló la poesía,
Al morir sonrió bondoso el cielo.
El Sármata heredó su tumba fria,
Su amante corazon, mi patrio suelo:
Del Guadalope y Vístula fue gloria,
Y la virtud venera su memoria.

Domingo Andrés. A pesar de su celebridad y mérito literario, son muy pocas las noticias biográficas que nos han quedado de este vate alcagniciense. Aun de sus versos latinos, que forman un grueso volumen en fólio, solo han visto la luz pública los que insertó D. Ignacio Asso en sus *Monumentos de ilustres aragoneses*. Se sabe de él únicamente, que siguió la carrera de las armas, y que residió algun tiempo en Italia; y finalmente, que dejando el servicio militar, fue preceptor de Humanidades en Alcañiz, donde escribió la mayor parte de sus poesías, *opera auro cedroque digna*, como las llama un juicioso crítico. Aquellas son: un poema dividido en siete cantos, dedicado á Felipe II, sobre la *redencion del género humano;* una égloga al *Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo;* un poema en *loor del Príncipe de los Apóstoles;* otro consagrado *á los dos hermanos San Juan y Santiago;* otro sobre el *Juicio universal;* y cinco libros finalmente de composiciones diversas, de las cuales es muy bella la que tiene por objeto celebrar *el triunfo de Lepanto*. Tambien es muy notable, por lo afectuosa y tierna, su elegía al dolor de

la Virgen en la muerte de su divino Hijo. *Omnia suaviter, ingeniose, copioscque excogitata et formata*, dice D. Nicolás Antonio al hablar de estas producciones. Tambien se sabe que escribió Andrés algunas poesías juveniles, que mandó quemar á la hora de su muerte.

El erudito Canónigo Bielsa conservaba en su escogida librería las poesías autógrafas de este alcañizano ilustre, con cuyo motivo yo tuve ocasion de leerlas y saborear sus primores mas de una vez, siendo muy joven. Sería una pérdida irreparable para las letras, que aquel precioso manuscrito se estraviase, ó cayese en manos que no supieran apreciarlo debidamente. He oido que á la muerte del abogado D. Pantaleon Ejea, que, como dije, heredó los libros de su respetable tio Don José Bielsa, las poesías de Domingo Andrés fueron á poder de los Padres Escolapios del colegio de Alcañiz. Es de desear que esta noticia sea cierta: en tal caso, las Musas latinas están de parabien. Los dignos hijos del Patriarca aragonés conservarán eternamente con el debido aprecio aquel importantísimo códice. Hé aquí lo que el mencionado cronista dice de nuestro preclaro vate:

Entre cuantos insignes escritores
Gozaron del dios Febo los fulgores
En la famosa Ergávica, merece
Domingo Andrés un célebre renombre;
Y tanto con sus versos la engrandece,
Cuanto á Verona de Catulo el nombre;
Mas con la diferencia,
Que aquel cantó de Venus los amores,
Y deste varon docto la elocuencia
Pintó en fieles colores,
Y en acorde y sagrada melodía,
Alabanzas de Dios y de María,
Y del tremendo dia las señales;
Porque sus versos todos celestiales
Huyeron lo profano cautamente,
Y así los arrojó á la llama ardiente:
En aquella ceniza
Cual Fénix generoso se eterniza,
Apurando la llama
Los números indignos de su fama.

Don Gabriel Casellas, monje de San Gerónimo en el monasterio de Santa Engracia de Zaragoza. Despues de ser algunos

años catedrático de derecho en la Universidad de Huesca, y Vicario y Prior en aquella ciudad, fue electo General de su Religion, cuya eleccion celebró el Papa Adriano VI. Escribió diferentes *Tratados canónicos y legales*, que fueron trabajos bien acabados, segun la espresion del P. Sigüenza; habiendo tambien dejado un *manuscrito histórico* sobre algunos sucesos de su tiempo.

Fr. Tomás Ramon. Nació en 1599. Profesó el Instituto de Santo Domingo; recibió el grado de doctor en Filosofía y Teología, y fue Presentado y predicador general de su orden. Murió en su convento de Santa Lucía en 1640, despues de publicar algunas obras místicas, de las que hacen individual mencion Don Nicolás Antonio, la Biblioteca doméstica, y Blasco de Lanuza en su historia de Aragon. Tambien dejó este laborioso Dominicano un curioso manuscrito de antigüedades de Alcañiz, del cual habla Zapater.

Micer Gerónimo Ardid. Nació en 1573 de una familia ilustre. Estudió en su patria latinidad, y cursó Jurisprudencia en Zaragoza. Graduado de doctor, ejerció la abogacía con crédito. Fue Consejero en aquella capital, Asesor, y dos veces Jurado. En 1604 casó con Doña Luisa de Luna y Bardají. En 1626 fue enviado como diputado por el reino de Aragon á S. M. el Rey, y comisionado por la diputacion de las Cortes de Calatayud. Además de sus *Memorias de Alcañiz* y *adiciones* á las mismas, publicó la *Restauracion de la agricultura*, el *Comentario del Fuero*, varios alegatos y tratados de derecho, algunos discursos y otros opúsculos.

En el mismo siglo florecieron otros ingenios alcañizanos, de los que hace el siguiente elogio el tantas veces mencionado Andrés:

De *Juan Ripol* se mira el hilo roto,
Que dilatara la oficiosa Cloto,
Cuyos floridos años
Son de la vida claros desengaños;
Cuya temprana muerte
Gime su patria con infausta suerte,
Porque perdió en su ocaso
Un alumno erudito del Parnaso.

—

Dulcemente inspiraron
Las Musas todas á *Tomás Roberto;*
Cuyo fecundo Numen, docto, esperto,
En el Pindo armoniosas celebraron,
Y á sus sienes sirvieron de corona
Los *desprecios del hijo de Latona.*

La fúnebre memoria
Que de un ciprés agora está pendiente,
Refiere la infeliz trágica historia
De un orador dulcísimo, elocuente,
De un poeta eminente,
Gabriel de Mirabete, cuya fama
Apolo por el orbe la derrama.

—

De *Alonso de Segura*
La agradable dulzura
Admira Guadalope en su ribera;
Y las flexibles cañas,
Aun sin estar unidas con la cera,
Del dulcísimo joven *Juan de Mañas*
Admiran de su ingenio las hazañas;
En idioma latino
Al insigne varon y peregrino
Marineo le llama
Magnus, y en él aclama
A su dulce Talía,
Imán en la atractiva melodía.

Algunos de estos escritores no los menciona Latassa, que tan diligente fue en buscar noticias bibliográficas referentes á ingenios aragoneses. Por esta razon he copiado los desaliñados versos del Dr. Juan Francisco Andrés de Ustaróz, escritos en 1652, segun consta de los borradores autógrafos de la *Aganipe de los Cisnes Aragoneses celebrados en el clarin de la Fama;* cuyos borradores, llenos de enmiendas, correcciones, y escritos en hojas sueltas por su autor, se conservan cuidadosamente en la Biblioteca Nacional de esta Corte, en la sala de manuscritos, que está á cargo del Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera. A la afectuosa amistad de este distinguido bibliófilo he debido una copia de dichos metros, y algunos otros mas que hablan de Alcañiz y sus hijos ilustres.

En 1834 el canónigo Bielsa me dejó para leer un ejemplar de la *Aganipe*, que conservaba con el debido aprecio entre los mas curiosos y raros libros de su escogida librería. Desde aquel tiempo hasta la fecha hice en varias ocasiones las mas vivas diligencias por adquirir aquel poema, sabroso y agradable por mas de un concepto, á pesar de la incorreccion y desaliño con que está escrito. Es preciso empero hacer justicia al cronista de Aragon y leer con indulgencia su libro, porque al cotejarlo con el manuscrito original, lleno de borrones y de lagunas, se com-

prende fácilmente que es obra de primera mano, trabajada de prisa y corriendo, sin el tiempo y ocasion oportuna de aplicar la lima necesaria, tan encargada por Horacio y demás preceptistas.

Despues de tener ya en mi poder la copia mencionada de todos los versos de la *Aganipe* que hablan de los vates de Alcañiz, tuve la dulce satisfaccion de saber de boca de mi escelente amigo el Sr. D. Manuel Carnicero, jefe dignísimo de la biblioteca de Palacio, que habia en ella un ejemplar de dicho poema. Con tan grata noticia pude cotejar con él la copia manuscrita, resultando no pocas variantes entre el manuscrito y el impreso. Publicado este sin espresar la portada ni la imprenta, ni la poblacion en que salió á luz, contiene en su primera hoja blanca una nota, escrita por Pellicer (el docto comentador del Quijote), que fue Director de la Real Biblioteca de Palacio, cuya nota es del tenor siguiente: «Salió esta obrita por primera vez en Amsterdam en 1781, á espensas del erudito y celoso aragonés Don Ignacio de Asso, quien á la sazon se hallaba en aquella ciudad, sirviendo el empleo de Cónsul de España.»

De la apreciable carta de 21 de abril del presente año 1868, que me escribió de Zaragoza mi distinguido amigo el Ilmo. Señor Baron de la Linde, Rector muy digno de aquella Universidad, consta que en aquella biblioteca hay otro ejemplar de la *Aganipe*, y además una copia manuscrita de 38 fólios en octavo. El impreso tiene 133 páginas. Por lo demás, este donoso y rarísimo libro escasea en términos que no se encuentra ni en la Biblioteca nacional, ni en la de San Isidro de esta Corte, ni en la de la Historia (pero hay en ella copia manuscrita de muy buena y clara letra), ni en la del Marqués de Morante, ni en otras en que la he buscado con insistencia. Por esta razon no he vacilado en copiar casi todos los versos del buen cronista Andrés (que era mejor prosista que versificador), porque abrigo la conviccion profunda, de que los verán con gusto los aficionados á las letras que lean mis artículos.

Don Ignacio de Asso no vió sin duda los borradores autógrafos citados. La prueba es que faltan en el impreso que dió á luz, no pocos metros que hay en aquellos. Yo he procurado no omitirlos, haciendo mas caso del original que del volumen publicado en 1781.

Pedro Juan Zapater, escribano de número y secretario del Ayuntamiento, escribió una obra en folio, titulada *La tesorera descubierta y vengada de las injurias del tiempo. Antigüedades y escelencias de Alcañiz*. Del prólogo se deduce que su autor vivia en el reinado de Felipe IV, y que habiendo examinado los ma-

nuscritos de Alonso Gutierrez y del Dominicano Ramon, se propuso escribir la historia de su pueblo natal; proyecto que llevó á cabo felizmente, dividiendo su libro en tres partes. La primera contiene la fundacion de Alcañiz, su antigüedad y sucesos memorables por espacio de mas de tres mil años hasta su restauracion. La segunda refiere minuciosamente su conquista, progresos y memorias hasta el tiempo del autor, abrazando un período de mas de cinco siglos. La tercera trata de la fundacion de las iglesias, ermitas, casas religiosas, establecimientos de beneficencia, administracion de justicia, etc. En esta última hace mencion, aunque lijera, de algunos ilustres alcagnicienses. La muerte impidió á Zapater escribir la biografía de aquellos, como promete mas de una vez en su historia. Copiada esta en el tomo 9.° de la curiosa coleccion de manuscritos que pertenecieron al erudito D. Joaquin Traggia, existe actualmente en la Academia de la Historia. Algunos años despues del fallecimiento del escritor, es decir, á principios del siglo pasado, el Ayuntamiento de Alcañiz determinó publicar este libro, lo que no se pudo realizar desgraciadamente por las turbulencias de la guerra de Sucesion, que muy en breve afligieron aquel país y á la España toda. Con dicho objeto se escribieron en la ciudad varios versos latinos y castellanos en elogio del historiador, para que á la usanza de aquel tiempo precediesen á la obra. Hé aquí una de las composiciones, que no deja de llamar la atencion por su originalidad y grata sencillez, si se considera que hácia el año 1700, en que se escribió, la época no podia ser menos propicia para las Musas.

ROMANCE.

Cual mercader codicioso
Salió Simon á la plaza,
En busca de piedras finas
Con que enriquecer su patria;
Y llegando á su noticia
De que habia en cierta casa
Un escondido tesoro,
Lo desentierra y lo saca.
Perlas son de antigüedades
De Alcañiz, su cuna amada,
Lo que el tesoro contiene,
De precio y valor sin tasa.
Imposibles acomete,

Trabajo no le embaraza,
Por comunicar al mundo
Tesoro y riqueza tanta.
Antes empero, prudente,
Las remira no sean falsas,
Consultando á hombres peritos,
Y con finas las compara.
Cual alquimista famoso,
Con prudencia sobrehumana
Oro estrajo de la tierra,
Mas puro que el de Evilata;
Y cual artífice diestro
Forma preciosa guirnalda
Con el oro y con las perlas,
Para coronar su patria.

ARTICULO IX.

Padre José Jerico de la Concepcion. En el reinado de Carlos III, tan fecundo en célebres escritores como glorioso para la nacion española, floreció Jerico, siendo uno de los hombres mas doctos de aquella época. Su saber y sus virtudes dieron un nuevo realce al esplendor de su cuna. En la pureza y elegancia con que escribia la lengua latina, rivalizaba con los Palmirenos y Sobrarias, sus compatriotas; así como en el idioma de Cervantes no cede á los mejores hablistas de nuestro siglo de oro. Despues de haberse dado á conocer por algunas producciones publicadas en su juventud, se retiró al claustro, entrando en el instituto de las Escuelas Pias. A pesar de vivir tan ocupado como todos los de su profesion en la enseñanza de la niñez, prosiguió cultivando con ardor la literatura, dedicándose muy especialmente al estudio de la Historia. En la elocuencia del púlpito descolló de manera, que llegó á ser uno de los primeros oradores de su tiempo. Es de lamentar no hayan visto la luz pública algunos tomos de discursos sagrados, que dejó al morir, preparados ya para la prensa. Fue maestro del Duque del Infantado, y Teólogo de cámara del Infante Duque de Parma. Su corporacion hizo el debido aprecio de su ciencia y sus virtudes, nombrándole Rector del colegio de Valencia, Prepósito provincial de Aragon, y Asistente general. Nació en el año de 1707 y falleció en Roma en 1786.

Publicó en Valencia, en un tomo en 4.°, las vidas de los *Varones insignes en santidad y letras* pertenecientes á las Escuelas

Pias, la de su Santo Fundador en un volumen en 8.°, la *Instruccion á los nuevos predicadores*, un libro sobre *la oracion* y otros opúsculos de literatura y de piedad. Dió á luz tambien, traducidas de la lengua francesa, la *Vida* de Jacobo II y la *Biografía* del Padre Malebranche. Fue individuo de la real Academia de la Historia. El sábio y respetable Sr. Climent, Obispo de Barcelona, hacia especial aprecio de este virtuoso y docto sacerdote; y lo mismo puede decirse del Ilmo. Sr. Arzobispo D. Andrés Mayoral, fundador del Colegio Andresiano de Escuelas Pias de Valencia.

Don Francisco Mariano Nifo. Es bien digno de alabanza el uso que hizo constantemente de su aplicacion y no vulgares conocimientos este modesto y laborioso escritor. Moratin y sus tertulios se empeñaron en criticarle y zaherirle con inmerecida acrimonia. Pero las censuras y diatribas de los Zoilos no pueden rebajar, ni menos destruir su mérito indisputable, y sobre todo su ardiente celo por estender y propagar entre sus compatriotas tantos y tantos libros de la mas pura y sana doctrina, para que sirvieran de antídoto contra el error y la incredulidad.

Puede considerársele como el fundador de la prensa periódica en España, por haber sido entre nosotros *el principal autor de los papeles públicos, y deberle muchos esfuerzos y una gran copia de datos la política económica*, como dice D. Juan Sempere en su Biblioteca de Autores del reinado de Carlos III. Además de estos escritos originales, publicó la traduccion de muchas obras morales y religiosas, como las del Marqués de Caracciolo, las del Padre Montargon y Mr. Mesangui; procurando neutralizar de este modo el veneno de la impiedad, que el filosofismo de los enciclopedistas derramaba á manos llenas en todas las naciones de Europa. Nació Nifo en 1719, y trasladándose todavía muy joven á la corte, residió en ella hasta el fin de su larga vida. Su padre habia sido Gobernador en Maella.

El Excmo. Sr. General Baron de Andilla, Caballero de la orden de Malta, nació en 1764 y murió en Madrid en 1833. Cual digno descendiente de los antiguos reyes de Pamplona y Sobrarbe, y de D. Diego Garcés de Marcilla, el tan valiente soldado en las Navas de Tolosa como infortunado amante de Teruel, peleó denodadamente contra los enemigos de su patria, primero en el sitio y defensa de Oran, despues en la heróica y larga campaña del Rosellon, y finalmente en el ejército de Cataluña, distinguiéndose en los combates de Valls y Figueras, y principalmente en la batalla de Tolosa, en que mandaba una division. Por su bizarría en tan gloriosa jornada, mereció que lo recomendase al Gobierno el duque de Wellington, General en gefe de los ejércitos aliados.

Padre Gonzalo Moreno de la Virgen del Carmen. Fue muchos años maestro de latinidad y retórica, y despues lector de Filosofía y Teología en el colegio de Escuelas Pias de Zaragoza. Nació en Alcañiz de una acomodada familia de labradores honrados, que le enseñó con la palabra y el ejemplo el santo temor de Dios; la mejor herencia que los padres pueden dejar, cuando mueren, á sus hijos. Concluidos los años de profesorado, que desde sus años juveniles hasta la edad madura suelen emplear los Escolapios enseñando á la niñez y adolescencia virtud y letras, el P. Gonzalo fue Rector del colegio de Gandía, dos trienios, terminados los cuales y condecorado además con los honores de Provincial por sus méritos y relevantes dotes, se retiró al colegio de Valencia, donde murió durante la guerra civil. Con este motivo no se le pudo hacer el *sufragio* acostumbrado ó reseña necrológica (como tampoco á los demás Escolapios que fallecieron en aquellos años de perturbacion y discordias); reseña con que los prelados de tan benemérito y piadoso Instituto suelen acompañar la noticia del fallecimiento de algun individuo de la corporacion, que se envia á todos los colegios, para que se apliquen al muerto las Misas y oraciones que previenen las constituciones de la orden.

Por esta causa, por este silencio y olvido inevitable respecto al ilustre alcañizano, me estenderé algo mas en la presente noticia biográfica que en las anteriores, con tanta mas razon cuanto que de algunos ingenios de que he hablado hace larga mencion el biógrafo Latassa, D. Nicolás Sancho, en su erudita y bella descripcion de Alcañiz, y algun otro escritor. Al contrario, del P. Moreno nadie, que yo sepa, se ha ocupado hasta el presente. Hay además otra razon mas poderosa y grata al corazon, que me mueve á salvar del olvido, si es posible, la memoria de aquel varon respetable por mas de un concepto. Esta razon es la gratitud por mi parte al cariño paternal y beneficios que debí á mi dignísimo paisano.

En 1827 tuvo la bondad de darme leccion, algunos meses, de latinidad y lengua griega, de cuya ocupacion tuvo desgraciadamente que desistir mas pronto de lo que yo hubiera deseado, por su falta de salud. Hé aquí la causa de que conservo tan gratos recuerdos del docto y ejemplar sacerdote. Todavía guardo con el mayor aprecio y respeto, entre mis libros, un pequeño volumen de 269 páginas, titulado: *Coleccion de fragmentos escogidos de los mejores poetas y prosistas griegos*, con la traduccion latina al frente, cuyo libro se imprimió en Nápoles en 1764 *in typographia Simoniana*, y está dedicado al célebre helenista José Brancacio, hijo de Nicolás. El bondadoso alcañizano me hizo

este obsequio literario, tan grato para un estudiante deseoso de aprovechar en el estudio, en primer lugar para estimularme mas y mas al idioma de Homero, y tambien como una muestra de la benevolencia con que recibió un ensayo poético con que le felicité por su cumpleaños.

Era un orador evangélico nada vulgar. Por eso le oian con religiosa atencion y suma complacencia las gentes sencillas y los hombres ilustrados, aquellas por la uncion y sencillez con que predicaba, y estos por la pureza de su lenguaje correcto y castizo, y por su facundia y delicado gusto. En ciencias eclesiásticas y bellas letras tenia muy especiales y vastos conocimientos. Aficionado á las matemáticas, hizo en ellas laudables progresos. Era un placer, una dulcísima delicia oirle hablar de Historia y Geografía. Cuando se dió el famoso combate de Navarino, que anonadó á la Sublime Puerta, y cuando estalló despues la guerra de Polonia contra su opresor el autócrata de Rusia, los jóvenes le oíamos embelesados, y llenos además de admiracion, al verle describir palmo á palmo, como decimos vulgarmente, las costas marítimas, las islas y golfos por donde andaban las escuadras beligerantes de egipcios, turcos y cristianos, y las poblaciones, caminos, bosques y rios por donde tenian que atravesar los cosacos y demás soldados de Rusia para llegar á Varsovia; y en suma, cuando pintaba con bello colorido las murallas y fortificaciones de la capital desventurada, que en su desesperada lucha, y en los terribles momentos de su agonía, apellidaba el nombre sublime de *Zaragoza* para alentar mas y mas á todos los hijos de la sin ventura Polonia, que peleaba, como peleó la ciudad *siempre heróica*, por su independencia y religion.

El P. Gonzalo escribia en prosa y en verso, en castellano y latin, con tanta facilidad y soltura como elegancia y propiedad. En un tomo en fólio, escrito de su propio puño, tenia reunidas no pocas composiciones en ambos idiomas, del que yo tuve el gusto de copiar algunas para mi instruccion y recreo. Siento muy de veras el que se me estraviasen en mis contínuos viajes y correrías militares, durante los aciagos años de nuestra guerra civil. Recuerdo muy bien las bellezas y primores de un canto *al triunfo de la castidad*, ó sea á Santo Tomás de Aquino, cuando en el castillo de Rocasica alejó de su lado, con un tizon en la diestra, á la impúdica mujer que deseaba manchar la pureza de aquel casto joven. No he olvidado todavía una preciosa oda latina de nuestro alcañizano, á la sensible muerte de un perro valiente del monte de San Bernardo, que habia salvado la vida á muchos viajeros estraviados por aquellas espantosas fra-

gosidades y asperezas. Esta poesía, publicada en un periódico literario de París, fue reimpresa en Bolonia y Berlin. De estas y otras notables composiciones del hábil humanista, solo conservo una, que es *el primer ensayo poético* que hizo en sus años juveniles. La voy á copiar para solaz de mis lectores; muchos de los cuales la verán sin duda con verdadera fruicion, como yo la leí no solo la primera vez, sino otras muchas. *Decies repetita placebit.*

Ante todas cosas debo decir, que nuestro alcañizano era discípulo del célebre P. Basilio Boggiero, no *poeta mediano*, como le llama con estraña lijereza el famoso Alcalá Galiano en una nota de la traduccion que hizo de la historia de Mr. Tiers, sino *verdadero poeta*, *poeta inspirado*, como apellidaba al ilustre escolapio aragonés D. Juan Nicasio Gallego, que tenia mas voto en la materia, que el célebre orador de la Fontana de Oro y del café de Lorenzini.

Con tan buen Mentor, ya se deja conocer que el P. Gonzalo haría notables y rápidos progresos en el estudio de la literatura, atendido su talento, laboriosidad y aplicacion.

Cuando estudiaba filosofía el joven Gonzalo en el colegio de la capital de Aragon, se publicaba allí el *Semanario de Zaragoza*, y algun otro *periódico literario*, en que solia escribir el P. Basilio. Un dia en que sin duda estaba de buen humor aquel grande hombre, insertó la siguiente donosa

ANACREÓNTICA.

Los cálices de Baco
Los beba quien quisiere,
La rubia malvasía,
Los ciprios moscateles;
Que mis cinco sentidos
Los vinos aborrecen,
Los que quebrantan peñas,
Los que la sangre encienden.
El vino allá llevadlo
A los Triones siete:
Llevadlo allá, do hiela
Al año doce meses.
Aplique yo mis lábios
A cristalinas fuentes,
Que el fuego que en mis venas
Corre encendido, templen.

Y cuando bramen recios
Los cierzos montañeses,
De té dadme una copa
Con azúcar y leche.
Venga el té ultramarino
Que el alma al cuerpo vuelve;
Y la leche, ambrosía
De angélicos banquetes.
Y leche y té bebamos,
Y bebamos té y leche,
Y alárguese la vida,
Y púdrase la muerte.

En el siguiente número del periódico Zaragozano se insertó esta otra

ANACREÓNTICA.

Las congeladas aguas
Las beba quien quisiere,
Las horchatas, canelas,
Auroras y sorbetes;
Que mis cinco sentidos
Las aguas aborrecen,
Las aguas..... porque en ranas
A los hombres convierten.
Llevad allá las aguas
Donde el hombre padece
Escesivos calores
Del año doce meses.
Los montes, las campiñas,
Las aguas apetecen;
Mi cuerpo solo anhela
Los vinos moscateles;
Los vinos que conforten,
Los vinos que me alegren,
Y arrojen los pesares
A los Triones siete.
Cuando bramen furiosos
Los cierzos montañeses,
De vino dadme un vaso,
Que el alma al cuerpo vuelve.
Cuando pálida enlute
La tristeza mi mente,

Dadme, dadme la copa,
Para vivir alegre.
  Con el fragante vino
No hay cuidado que vele,
No hay cuita, no hay trabajo
Que el hombre no deseche.
  Él inflama los pechos
Y el cuerpo fortalece,
Y al cobarde trasforma
En soldado valiente.
  Dame vino, muchacho.
¿Oyes? ¿Qué te detiene?
Vino beban los hombres,
Agua beban los peces.

Hé aquí una verdadera Anacreóntica, podria yo en esta ocasion repetir con el docto Hermosilla, cuando en el 2.° tomo de su *Arte de hablar en prosa y verso*, menciona la lindísima traduccion de la sabrosísima Anacreóntica de Mr. Grecourt. El tierno y fácil Villegas, el sensible y delicado Cadalso, hasta el dulcísimo, el inimitable Melendez, se envanecerian con los versos del joven vate del Guadalope. Su graciosa impugnacion de la oda de Boggiero llamó sobremanera la atencion en Zaragoza. Pero como comprenderán muy bien mis lectores, en quien mas escitó la curiosidad fué en el vate, que no participando de la opinion de *Anacreonte, cuando de beber se trataba*, cantó el agua y el té con leche, en vez de celebrar los vinos de Chipre, como aquel viejo sensualista y beodo. No desistió en sus averiguaciones el buen P. Basilio, hasta saber el nombre del desconocido poeta su impugnador. Muy grande fue y agradable su sorpresa, al saber que su discípulo Gonzalo habia escrito aquellos bellísimos metros, cuya lectura escita la admiracion verdaderamente, al considerar que fue la primera vez que aquel adolescente pulsaba la blanda lira del amable y festivo anciano de Teos.

El inmortal P. Basilio Boggiero tenia un alma muy grande y muy noble, como demostró años despues en los memorables sitios de Zaragoza, y sobre todo al terminar sus gloriosos dias con tan heróica, sublime y cristiana muerte *en el puente de piedra* de aquella capital, donde fue *cobardemente asesinado á bayonetazos*, y arrojado su cadáver al rio, por orden del implacable, feroz y bárbaro Lannes, que no tuvo la generosidad de respetar, como debia, la vida del virtuoso y elocuente sacerdote, autor de las proclamas que firmaba el general Palafox, discípulo del preclaro escolapio; proclamas que, con su energía, fuego y admirable laco-

nismo, levantaron como un solo hombre á los zaragozanos y aragoneses todos en contra de los invasores. *¡Atrocidad inaudita! ¡A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad!* Así esclama justamente indignado el Conde de Toreno al hablar de la muerte de Boggiero, y del presbítero D. Santiago Sas, su compañero de infortunio.

De lo dicho en el párrafo anterior, fácilmente inferirán mis lectores que, lejos de darse por ofendido el P. Basilio, y de mirar á su alumno con los ojos de la envidia (propia solo de las almas envilecidas, raquíticas y enanas), fue el mas entusiasta y sincero panegirista de los versos escritos por el joven Moreno. En presencia de todos sus condiscípulos le dió el parabien mas cordial, celebró su ensayo poético con paternal efusion, y lo alentó á continuar en el estudio de las bellas letras, para las que tanta disposicion manifestaba el estudiante alcañizano. Hizo mas: aprendió de memoria la anacreóntica de su alumno, y la recitó con fruicion á varios literatos de Zaragoza, concluyendo la lectura con estas notabilísimas palabras, hijas de la cristiana modestia de aquel grande hombre: *Ya ven ustedes que mis discípulos van dejando atrás á su maestro.*

Cuanto acabó de referir no me lo contó el P. Gonzalo, porque como todos los hombres de verdadero talento, era muy modesto y sencillo en sus palabras y en su porte. Me lo refirió circunstanciadamente su condiscípulo y lector mio de filosofía, el Padre Miguel Bañolas, varon instruido y grave. El P. Gonzalo nació en la calle de *Panfranco*, frente al oscuro *trinquete* que desemboca en la calle Mayor, en la misma casa que tiene en su fachada un retablo de San Roque. Cuando hablé del P. José Jerico de la Concepcion, se me olvidó añadir que nació en la citada calle Mayor, esquina á la de Salinas, en la casa que actualmente lleva el número 50.

AL RETRATO DEL P. GONZALO MORENO.

INSCRIPCION.

Dióme cuna Alcañiz. El instituto
Calasancio en su seno recibióme
Con amor paternal. Amé las ciencias;
Las españolas Musas y latinas
Cultivé con ardor. El bello idioma

De Píndaro y Homero fue mi grato
Anhelo y docto afan. De mil alumnos,
Que al celo mio confió la patria,
Fuí no indigno Mentor. De todos ellos,
El mas agradecido y cariñoso
Consagró este retrato á mi memoria.

Si yo fuera autoridad ó persona muy influyente en mi pueblo natal, á la calle de *Panfranco* la llamaría desde hoy calle de *Gonzalo Moreno;* àsí como á otras calles y plazas de Alcañiz les mudaría igualmente el nombre, asaz prosáico y humilde, que han llevado hasta la fecha, y las bautizaría con los preclaros nombres del *Batallador* D. Alfonso, de D. Jaime el *Conquistador*, de D. Fernando el *Honesto*, Reyes perínclitos de Aragon, de quienes tan dulces y gloriosos recuerdos conserva aquella ciudad; y en fin, con los apellidos nobilísimos de los *hijos ilustres* de Alcañiz, que han honrado y enaltecido á su patria con sus hechos memorables ó con sus inmortales escritos. Esto se hizo últimamente en Madrid, en Zaragoza, Sevilla, Barcelona y otras ciudades del reino por sus ilustrados Ayuntamientos, deseosos de perpetuar las glorias de tan importantes poblaciones. Lo mismo podria hacerse en Alcañiz, esclarecida cuna del Cardenal Ram, del Baron de Andilla, de Andrés Vives, de Sobrarias, Ruiz de Moros, Domingo Andrés, y tantos otros insignes y distinguidos varones. Me atrevo á esperar de la ilustracion y patriotismo del actual Ayuntamiento de Alcañiz, que no desatenderá mis laudables deseos, con lo que todos los individuos de aquella respetable corporacion harán un verdadero servicio á su pueblo natal, y por consiguiente serán muy dignos de gratitud y alabanza, no solo el dia de hoy, sino tambien en los siglos futuros. En Alcañiz hay calles con nombres asaz ridículos. Lo mismo sucedia en la Corte de las Españas hace pocos años, y en las mencionadas capitales y otras poblaciones. Por eso los Ayuntamientos de las mismas, al parar mientes en ello, se apresuraron á dar á dichas calles y á otras, nombres de prez y gloria para la nacion española. Loor á los distinguidos patricios, autores de aquella acertada y feliz mejora, ó sea progreso, *verdadero progreso* en el camino de la civilizacion, y no *progreso aparente y falso*, como son algunos progresos muy néciamente cacareados en las presentes calendas, ó sea en el siglo de *las luces y de la ilustracion*, como dicen unos, ó de las *candilejas y fósforos*, como le llaman otros. Quizá ni estos *otros*, ni tampoco *aquellos* tengan razon. Averígüelo Vargas, como decia Felipe II. Lo que es yo no lo averiguaré, de seguro, entre otras

mil razones, porque en vez de calentarme la cabeza con esta cuestion, no poco dificililla y peliaguda, voy á continuar tranquilamente escribiendo las reseñas biográficas de los *alcañizanos ilustres*. Esta ocupacion (al menos para mí) es mas grata y sabrosa

Que meterme en honduras,
Por donde el mas despierto,
Sin ser *cegato como yo*, ni tuerto,
Camina el pobre á oscuras.

He hablado de respetables eclesiásticos, de guerreros insignes, de literatos famosos, de poetas notables, que son la gloria de Alcañiz. Ahora me propongo hacer mencion de otro hijo de aquella ciudad, que ni fue sacerdote, ni llamó la atencion por sus hazañas militares, ni por sus producciones literarias, ni por su opulencia, ni por el esplendor de su cuna. A pesar de esta verdad, es muy digno que yo no lo olvide en el catálogo de los *alcañizanos ilustres* que han realzado y acrecentado los lauros del pueblo que los vió nacer. En mí sería un descuido, una falta imperdonable que olvidase su nombre, porque *fue pariente mio* no muy lejano. Aprecio y estimo mas este deudo, y lo agradezco mas cordialmente á Dios, que si me hubiera hecho *hermano gemelo* del Lord Corregidor de Londres, ó sobrino carnal del *amantísimo padre* de los católicos polacos, es decir, de Alejandro II, autócrata y pontífice de los cosacos, y soberano de las Rusias.

Voy á hablar de un sencillo artesano de ejemplarísimas costumbres, y de relevantes virtudes cristianas, no muy frecuentes por desgracia en este siglo de racionalismo y de *alemana* filosofía, de indiferencia *religiosa y no religiosa*, de prosaismo, y de miseria y orgullo: orgullo verdaderamente satánico, desconocido de nuestros abuelos. No pocas de las *notabilidades*, de los banqueros, de los magnates *famosos*, de los héroes á lo D. Quijote, que logran en nuestra época *hacer atmósfera*, como dicen los galoparlistas, y meter mucho ruido, y alborotar el mundo quizá, y dar ocupacion *momentánea* á las cien trompas de la fama; muchos de estos miserables, digo, se trocarian sin duda á la hora de la muerte, por el *hombre oscuro y olvidado* de quien voy á decir dos palabras.—*Fuera yo un mecánico, ó fraile del Abrojo, e non Rey de Castiella*, decia al espirar el padre de Isabel la Católica, el cual, como hombre, y sobre todo como príncipe, valió mucho menos que su virtuosísima, esclarecida y augusta hija, *heroina* inmortal, que fue el *hombre* mas grande de su siglo, segun el dicho agudo y exactísimo de un sábio historiador. Si el

hijo y sucesor de Enrique el Doliente hubiera presenciado la dulce y sosegada agonía de *Miguel Ballester*, dorador de oficio, que es el piadosísimo y religioso alcañizano á quien aludo, hubiera sin duda envidiado la vida humilde, laboriosa y cristiana, y el dichoso y edificante fin de aquel artesano respetable, que terminó su existencia como habia vivido, es decir, con la tranquilidad de conciencia que acompaña siempre á *la muerte de los justos*.

El *Dorador*, como llamaban comunmente en vida los alcañizanos al virtuoso Ballester, fue en su mocedad un fiel y sincero creyente, *que no es poco;* juicioso, formal, muy trabajador, enemigo de pendencias, disputas y reuniones peligrosas, y sobre todo de malas compañías; muy amigo de frecuentar el templo y los santos Sacramentos, *que ya es mucho*, atendida la miseria y flaqueza humana, especialmente en los años juveniles. No llamó, empero, la atencion pública, ni debia llamarla en una ciudad morigerada y piadosa como Alcañiz, porque habia otros muchos jóvenes, por la misericordia de Dios, no menos ejemplares en su ajustada conducta.

Así trascurrieron oscuramente sus dias hasta la edad de cincuenta años, viviendo entregado á ejercicios de piedad y devocion, y practicando la caridad con sus semejantes, especialmente con los enfermos del hospital, y con los menesterosos y desvalidos, ganando el pan cotidiano con el sudor de su frente, y trabajando con actividad en su oficio.

En aquella época, es decir, á principios de este siglo, se presentó en el *Bajo Aragon* una comunidad numerosa de monjes franceses, con su Abad á la cabeza, hijos dignísimos de San Bernardo y del venerable Rancé, reformador de la Trapa. Aquellos religiosos habian podido años antes huir de su patria, ensangrentada por la revolucion y la guillotina, refugiándose con trabajo en el canton de Friburgo, á donde llegaron en procesion y con cruz levantada, como verdaderos discípulos de Jesucristo. Mas perseguidos de nuevo en la pacífica Suiza, y arrojados en fin por las armas victoriosas de la impía república francesa, vinieron á España como otro Pablo, primer ermitaño, en busca de la paz y del retiro, y de la *santa libertad* de poder servir á Dios tranquilamente en la soledad de fragoso y apartado desierto, lejos de los hombres, mucho mas feroces y crueles que los tigres y leones, cuando no conocen el santo temor de Dios. No se equivocaron los austeros cenobitas en la eleccion de país donde poderse entregar sin descanso á sus piadosos ejercicios. Recibidos con los brazos abiertos por el respetable prelado de Zaragoza y demás autoridades, y por los fieles todos del Bajo Ara-

gon, se establecieron allí, y fundaron el monasterio de Santa Susana, donde residieron, siendo la edificacion y el asombro de aquellos sencillos pueblos con su abstraida y penitente vida hasta el año 1835, en que tuvieron que emigrar otra vez y dirigirse á la Argelia y otras partes, haciendo varias fundaciones. En Africa viven todavía, protegidos y escudados por el pabellon francés, mereciendo el respeto y la veneracion, no solo de los cristianos de la colonia, sino hasta de los moros indígenas mas agrestes y montaraces. El mismo Abd-el-Kader, antes de caer prisionero en poder del valeroso Lamoriciere, besó respetuosamente mas de una vez la mano al Abad, al frente de sus indómitos guerreros. ¡Admirable prestigio el de la virtud! ¿Quién de los volterianos y sanguinarios demagogos de la Convencion hubiera podido prever que en 1868 habria en Francia (como hay realmente) diez y siete monasterios Trapenses, con mas de dos mil *religiosos*, y ocho de monjas de la misma reforma? Tambien los hay, y no pocos, en Inglaterra, en Prusia, en los Estados-Unidos, en el Canadá, en Bélgica, en Italia, y sobre todo en Roma, donde ha fundado últimamente un monasterio nuestro Santísimo Padre Pio IX.

Ahora mismo, mientras yo escribo estos renglones, están trabajando con infatigable actividad en esta Corte mis respetabilísimos amigos los Reverendos Padres Fr. José María Nager, natural de Villarluengo, partido de Alcañiz, Subprior que fue de Santa Susana, y Fr. Benito Moyne, sacerdote profeso del monasterio de Melleray, diócesis de Nantes, á fin de hacer una fundacion, que está á punto de realizarse á pocas leguas de Madrid. Dios en su infinita misericordia bendiga esta santa colonia, para que viva y prospere muchos años en la católica España, sin que nuevos trastornos y vicisitudes dispersen y alejen otra vez de nuestro suelo á tan ejemplares cenobitas, que además de edificar al pueblo cristiano con la santidad de su vida, fomentan admirablemente la agricultura (tan atrasada entre nosotros) con los especiales conocimientos que tienen en la materia, trasforman en vergeles los eriales y páramos mas estériles, y contribuyen muy mucho, en una palabra, á la verdadera civilizacion y á la prosperidad de los paises en que viven estos austerísimos y benéficos monjes.

No bien se establecieron los Trapenses el año 1802 en Santa Susana, que dista tres leguas de Alcañiz, se presentaron al Superior del nuevo monasterio muchos pretendientes aragoneses y de otras partes de España, pidiendo humildemente la cogulla, á pesar de la retirada, laboriosa y penitente vida que prescribe la regla de aquella santa Reforma. El santo Abad de Claravalle,

á los que le pedian el hábito, solia decirles, que para vestirlo dignamente *era preciso entrar en el monasterio con solo el espíritu, dejándose el cuerpo fuera de las puertas.* Esto es lo que se propuso en cierto modo el venerable Armando Juan Bouthillier de Rancé, al reducir á la observancia de sus primitivas Constituciones los Cistercienses de la Trapa. Por eso viven con tal austeridad, que asombra verdaderamente. Baste decir que no hablan jamás una sola palabra, ni aun para decirse mutuamente: *Morir debemos: Ya lo sabemos*, como los Cartujos. Baste decir que hacen una sola comida de veinticuatro en veinticuatro horas, compuesta de legumbres y hortalizas muy mal sazonadas, y de pan hecho de harina sin cerner, bebiendo agua pura, pues no prueban el vino ni aun cuando están enfermos en la cama, que se reduce á un tablado con dos ó tres mantas y una almohada de paja. Baste añadir que despues de muchas horas de coro, en el que nunca se sientan ni aun los ancianos, y de ratos larguísimos de oracion mental y vocal, cultivan la tierra todos ellos como laboriosos labradores, desde el Abad hasta el último converso ó hermano lego. Don Fabian Lorente, Juez de Alcañiz y su partido en 1820, amigo particular del superior de Santa Susana, fue en el mes de agosto á pasar unos dias en la hospedería del monasterio, y encontrando á su llegada á toda la comunidad segando en el campo, con el Abad al frente, en las horas mas calurosas de la tarde, suplicó á este que diera algun rato de descanso á los monjes, y que descansara él mismo. *Señor D. Fabian, aquí venimos á morir*, contestó sonriendo el Prelado, y prosiguió trabajando con la hoz en la mano, lo mismo que sus súbditos, hasta la caida del sol. Lorente repetia despues muchas veces con admiracion las lacónicas palabras del austero religioso D. Fr. Fulgencio Mora, que, sea dicho de paso, murió años pasados en Melleray, de ochenta años, segun me han asegurado los citados Padres Nager y Moyne.

Entre varios pretendientes que fueron admitidos en el establecimiento de Santa Susana, recien fundado, se contó Miguel Ballester, vistiendo la cogulla algunos meses, al cabo de los cuales cayó enfermo de tanta gravedad, que se le administraron los Santos Sacramentos. Restablecido de su dolencia, le manifestó el Superior que era imposible darle la profesion por falta de la robustez necesaria para el método de vida que era preciso llevar en la Trapa. Afligido el novicio con aquella intimacion pidió humildemente, con las lágrimas en los ojos, que se le permitiera continuar y hacer sus votos, esperando que tendria salud y suficientes fuerzas para seguir hasta la muerte en aquel santo retiro. No accedió el Abad á sus piadosos deseos, temiendo

sin duda que el alcañizano falleciera prematuramente, víctima de tantas privaciones y asperezas. La esperiencia empero manifestó posteriormente que Ballester, ayudado por los auxilios de la divina gracia, podia vivir muchos años y llegar á la senectud, haciendo tanta y mas penitencia que en los monasterios de la Trapa.

En efecto, volvió á su pueblo aquel santo varon, y poco tiempo despues se fue á vivir en una boardilla de las bóvedas del Carmen Calzado, con permiso del prior de aquella comunidad. Muy rarísimas veces desde entonces salió de su retiro y volvió á pisar las calles de la poblacion en los muchos años que vivió despues. A pesar de mis ardientes deseos de verle y hablarle, solo pude conseguirlo dos veces á fines de 1821, es decir, pocos meses antes de su envidiable y cristiana muerte. Un dia al anochecer se presentó en mi casa con objeto de visitar á mi padre, y consultarle sobre el medio mas fácil y sencillo de cobrar pacíficamente una onza de oro, que le debian por haber dorado unos cuadros, cantidad que, por lo visto, no tenian muchos deseos de pagarle. El buen hombre habia hecho, aunque en vano, todos los esfuerzos posibles porque le dieran lo suyo, que por otra parte le hacia suma falta para atender á sus poquísimas necesidades. Mi padre, que era muy conciliador y diestro en esta clase de asuntos, arregló tan felizmente el negocio, que quedó muy agradecido y contento aquel piadoso varon, que se habia firmemente propuesto no acudir al juez ni á las leyes, como hubieran sin duda acudido otros, para obligar al deudor á satisfacer el dinero que retenia en su poder, contra la voluntad de su dueño, y contra toda justicia sobre todo.

La otra vez que le ví fue en la iglesia Colegiata. Habiendo yo entrado en el templo á hora de Vísperas, le encontré en la capilla de San Gregorio, arrodillado, con los ojos cerrados enteramente, inmóvil como la estátua de un sepulcro. Con la curiosidad de muchacho le estuve observando, lo mismo que otras personas, mas de un cuarto de hora. No se movió ni poco ni mucho. Parecia estar fuera de sí, arrobado en la mas alta contemplacion. Quizá lo estaba. Algunas piadosas mujeres, fijos los ojos en aquel hombre, lloraban de ternura y devocion. Yo tambien lloré. ¡Dichosas lágrimas! ¡Cuántas veces las he recordado! Concluidas las Vísperas en el coro, salió del templo. Yo le saludé respetuosamente en el átrio, y queriendo acompañarle hasta el convento de Carmelitas, en que residia, no me lo permitió, diciéndome que se dirigia á otra parte. Así era en efecto. Despues de separarnos ví que entró en el hospital de San Nicolás, que estaba muy cerca de la Colegiata. Allí, segun supe despues de

boca de Mosen Vicente Moliner, Capellan del establecimiento, lavó las manos y cara, y cortó las uñas y el cabello á varios enfermos, concluyendo estas y otras obras de caridad con una limosna que dejó para socorro de los mas pobres y necesitados.

Las palabras, la voz, los ademanes, la mirada, el ropage, todo, en fin, era edificante y simpático en Miguel Ballester. Era imposible hablarle una sola vez, sin querer y apreciar al venerable anciano con benevolencia afectuosa, con filial afecto. Hasta su cara, gravemente jovial y alegre, como de San Pedro Alcántara dice Santa Teresa de Jesus, infundia respeto y aun veneracion. Se podria decir de él *que tenia cara de predestinado*, como decia el inmortal Balmes, hablando del P. Eduardo Carasa, hijo ilustre de la Compañía de Jesus, y uno de los sacerdotes mas dignos de la época presente. El Dorador se presentaba siempre en la calle muy aseado y limpio, como encarga San Francisco de Sales á Filotea. Vestia muy modestamente á la antigua usanza española, todo de negro: sombrero de tres picos, capa, calzon corto, y zapatos con hebillas. Tenia conversacion tan sencilla como grata. Nada de los alardes hipócritas de virtud y misticismo falso, nada de apariencias de austeridad y rigor, nada de celo amargo y de murmuraciones, nada en suma de ñoñerías y simplezas, con que suelen ponerse en ridículo algunos santurrones y beatas, que son el reverso de los verdaderos santos.

La venerable Doña Sancha Carrillo, hija del Marqués de Guadalcázar, sierva de Dios, que fué la admiracion de sus contemporáneos con su asperísima y penitente vida, y con su alejamiento del mundo y de sus vanidades, por haber pasado los postreros años de su existencia en un rincon el mas retirado y oscuro del palacio paterno de Ecija, mereció que Fr. Luis de Granada hiciera digna y circunstanciada mencion de sus virtudes, y que el docto y piadoso jesuita Martin de Roa escribiera un libro no poco voluminoso para perpetuar la memoria de aquella estraordinaria Señora, y enseñar á los fieles con el ejemplo de las eminentes dotes cristianas que la enaltecian. Si Miguel Ballester hubiera vivido en siglos anteriores, no hubieran faltado plumas dignas que se ocupasen en consignar los principales hechos de su vida, nada comun en estos tiempos, en que tanto y tanto hemos degenerado por desgracia de nuestros antecesores. Ya que nadie, pues, ha escrito una sola palabra referente al ejemplarísimo alcañizano, me es muy grato suplir este silencio, publicando en los presentes artículos el nombre de aquel hijo verdaderamente ilustre de mi pueblo natal, y hacer una lijera y sencilla relacion de su método de vida en el retiro del Carmen.

Durante los muchos años que allí permaneció, á escepcion

de las muy escasísimas veces que salió á la calle, se puede asegurar que apenas habló con mas de dos personas, y esto en muy pocas palabras, á saber, con su confesor el P. Juan Garbayo, escelente religioso de aquel convento, y con su sobrina y prima mia, Esperanza Estrada, mujer de alguna edad, y sobre todo muy buena cristiana. Esta llevaba todos los lunes la comida á su tio para los siete dias de la semana. Se reducia á una olla de arroz, patatas ó legumbres con hortaliza, y pan del mas ordinario y moreno que se vendia en la ciudad. Tambien le llevaba algunas frutas secas ó frescas, segun la estacion, y dos ó tres cántaros de agua. Con estas viandas se alimentaba el solitario, comiéndolas casi siempre frias, menos alguna que otra vez, que en un anafe de barro que tenia en su boardilla, calentaba un poco la comida con cuatro ó seis carbones que encendia él mismo.

Despues de despedirse Esperanza de su respetable tio, y de cerrar la puerta de su pobre habitacion, aparentaba ausentarse algunas veces; á impulsos, empero, de la curiosidad mujeril, volvia de puntillas, y observando por el ojo de la llave, veia al solitario ocupado santamente, ya arrodillado con los brazos en cruz, fijos los ojos en el Crucifijo, derramando lágrimas con frecuencia; ó bien con el rosario en la mano á los pies de la Virgen Santísima, implorando su poderosa intercesion; ó finalmente, sentado en una silla, leyendo y meditando algunas páginas de libros ascéticos que tenia sobre la mesa. Cuando aquella piadosa viuda hablaba en mi casa del fervoroso varon, con la admiracion y piedad que son fáciles de comprender, nos enternecia á todos, al oir la sencilla narracion de la vida estraordinariamente rígida que hacia nuestro buen tio en la soledad del Carmen. En tan piadosos y no interrumpidos ejercicios, y dorando cuadros que le llevaba la sobrina, la cual en todo y por todo se entendia con los parroquianos, trascurrieron los aprovechados dias del solitario. A pesar de tanta austeridad vivió setenta y dos años, es decir, hasta el 8 de marzo de 1822.

Yo fuí la siguiente mañana á la Colegiata con objeto de ayudar á Misa, y no fue poca mi sorpresa y sentimiento cuando encontré en el altar del Angel Custodio, que está al entrar á la izquierda de la puerta principal, depositado el cadáver del Dorador. Vestia hábito de Carmelita Calzado. No tenia ataud, por haberlo así prevenido en el testamento. Sus restos mortales aparecian en el féretro comun, ó *escaño*, como llaman en Alcañiz á las andas donde son conducidos al cementerio los que mueren en el hospital. Varias personas piadosas, especialmente mujeres, contemplaban aquel inanimado cuerpo, con señales visibles

del respeto mas profundo. La cara del difunto, lejos de causar la natural repugnancia que otros muertos, atraia dulcemente á los espectadores. Era mas hermosa que cuando vivia. Llegó el Padre Garbayo, en cuyas manos habia entregado su espíritu al Criador, y despues de celebrar el santo sacrificio en el citado altar, se acercó al féretro, dijo algunas palabras sobre la virtud del muerto y sobre su fallecimiento ejemplarísimo, rezó un responso por el eterno descanso de su alma, y besó los pies del cadáver. Cuantos estábamos presentes hicimos lo mismo, no sin llanto la mayor parte. Yo acababa de cumplir los tres primeros lustros de mi vida. Ahora, que ya cuento mas de sesenta Navidades, haría otro tanto.

Despues de su muerte, encontráronse en su humilde aposento los ásperos cilicios y las ensangrentadas disciplinas con que el siervo de Dios maceraba su cuerpo, renovando en nuestros dias la penitencia de los Juanes de la Cruz y Pedros de Alcántara, y de los antiguos anacoretas de la Nitria y la Tebaida. El mencionado sacerdote, que solia de vez en cuando visitar á mis padres, nos contó despues que Ballester, durante los años que permaneció en su retiro, confesaba y comulgaba dos veces á la semana, oia diariamente la Misa mayor y otra rezada, ayunaba á pan y agua con frecuencia, tenia una hora de oracion mental por la mañana y otra por la noche, rezaba cada dia los salmos *graduales* y *penitenciales* con las Letanías mayores y demás preces que las acompañan, el Oficio Parvo, el Rosario completo y la Corona de la Virgen, y otras oraciones, en fin, de su especial devocion. Tal fue Miguel Ballester. Su respetable nombre, acompañado del recuerdo de sus ejemplares y austeras costumbres, no debia omitirse en el catálogo de los hijos de Alcañiz que han honrado á su patria. Él fue en vida la edificacion de sus contemporáneos. La grata memoria de sus virtudes podrá servir de estímulo y ejemplo á los venideros que lean estos artículos. Debo por conclusion añadir, que entre otras piadosas mandas, dejó Ballester doscientos duros al hospital de San Nicolás, en que tantas veces habia dado relevantes muestras de su humildad y caridad ardiente durante su vida. Tambien impuso á sus herederos la sagrada obligacion de pagar el Sermon del sesto dia en el solemnísimo y devoto Septenario de la Virgen de los Dolores, que en la semana de Pasion se celebra en la Colegiata de Alcañiz desde tiempo inmemorial. Debo estas dos últimas noticias á Don Nicolás Sancho y Moreno, que despues de informarse muy detenidamente, y de ver por sí mismo la partida de defuncion del virtuoso Ballester, me las comunicó hace pocos dias desde aquella ciudad, donde reside.

El venerable y cristiano varon de quien acabo de hablar, estaba unido, como dije, con vínculos de consanguinidad con mi familia. Ahora voy á mencionar otro hijo de Alcañiz (bien digno en verdad de ser mencionado), con quien me enlazaron vínculos mucho mas íntimos y gratos para el tierno corazon de un buen hijo.

Sin duda conocerán ya mis lectores que voy á recordar el nombre de mi difunto padre D. Manuel Serrano y Comas. El sabio Padre Feijoo, que además de ser por sus doctísimos escritos una de las mas luminosas lumbreras de su siglo y de su patria, fue tambien un modelo de filial ternura y cariño (lo que no le honra menos que su talento y su ciencia), al fin de su brillante y patriótico elogio de los literatos españoles mas ilustres, hace especial mencion de su padre D. Antonio Feijoo y Montenegro, *no por lo que fue en materia de literatura* (dice el preclaro Benedictino), *sino por lo que pudiera ser, si por destino hubiese aplicado á ella los estraordinarios talentos con que le habia adornado la naturaleza; bien que tuvo lo que sobraba para su estado.* Lo mismo digo yo de mi querido padre, sin suprimir un tilde de las anteriores palabras literales, que estampó aquel grande escritor en su segundo discurso de las *Glorias de España*. Ya que no me sea posible en todo lo demás, me es muy grato imitar al autor del *Teatro crítico*, en dar una prueba de amor filial, y manifestar, como él, ya que la oportunidad se brinda de suyo, mi entrañable afecto al digno varon á quien debí la existencia.

Nadie estrañará sin duda, que yo ofrezca este dulce recuerdo á la respetable memoria de mi difunto padre. Si alguno lo estrañase, de seguro no perteneceria por desgracia al número de los *buenos hijos*, y quizá sería uno de aquellos desventurados que ni en vida, ni menos despues de la muerte, se acuerdan de sus padres, ni aun para rogar por el descanso de su alma. Afortunadamente estos malos hijos escasean tanto en los pueblos cristianos (y en la católica España sobre todo), como escasean los mónstruos en la naturaleza.

Desde muy niño manifestó mi padre talento y aplicacion, no muy comunes y frecuentes en la puericia y adolescencia. Por esta razon fue agraciado por el M. I. Ayuntamiento de Alcañiz con una beca de *colegial Valero*, en el seminario de Escolapios de aquella ciudad. En 1659 un digno alcañizano, llamado Don Miguel Valero, tan opulento como celoso de la buena educacion de los jóvenes, sus paisanos, fundó cuatro de estas becas gratuitas, las cuales fueron agregadas en 1729 al colegio de Escuelas Pias. Hasta que en nuestros dias los fondos de tan piadoso y laudable legado pasaron á dominio particular, aquellas becas

solian ser la recompensa de los estudiantes mas juiciosos y sobresalientes, que se educaban allí bajo la direccion de los dignos hijos del gran Patriarca aragonés.

Al respetable Padre Mariano Perallon, maestro que fue de mi padre en la clase de latinidad y retórica, oí decir muchas veces, *que entre mas de dos mil discípulos que habia dirijido, recordaba muy pocos de mas disposicion que aquel.* El venerable anciano me enseñó algunas composiciones latinas en prosa y verso, de mi padre, que con las de algunos otros discípulos suyos mas aventajados, conservaba con el aprecio y amor paternal con que los preceptores suelen mirar los ensayos de sus alumnos. *Estudia mucho, querido Gaspar*, me solia decir aquel buen viejo en 1829, *estudia mucho los autores del siglo de Augusto; en la inteligencia que por mucho que te apliques, nunca llegarás á saber tanto latin como tu padre.* Tenia razon el anciano sacerdote. Lo confieso con sinceridad. Aunque peino canas, y no he dejado los libros de la mano, y sobre todo los autores latinos del siglo de oro, y aun los neolatinos de la edad media y siglos siguientes, no sé tanto, ni mucho menos, la lengua de Ciceron como la sabia mi padre, á pesar de no haberla estudiado tantos años como yo, porque las ocupaciones de su profesion y el cuidado de su familia se lo impedian.

Cuando yo estudiaba latinidad por los años 1819 y 20 en el colegio de Escolapios de mi pueblo, solia tener muy contento á mi digno maestro, el P. Demetrio Ricarte, por lo bien que sabia siempre la traduccion de Salustio, Cornelio Nepote, César, Marcial, Virgilio y Horacio. ¿Y por qué? Por una razon muy sencilla. Tomaba mi padre en la mano el libro de testo que llevábamos á la escuela los niños, y con la paciencia paternal que es de suponer, me traducia la prosa ó verso del autor tantas veces, que yo llegaba á comprender el sentido del original, y repetir la traduccion á satisfaccion de mi padre. Tambien me esplicaba con mucha claridad los metros mas oscuros y difíciles de la *epístola* á los Pisones, por ejemplo, que, como es bien sabido, no son muy fáciles de entender, sobre todo en la adolescencia, por su concision admirable, y por otras razones que no ignoran los humanistas. Si algun profesor de latinidad pasa los ojos por estos artículos, comprenderá lo que no comprenderán los romancistas, y es, lo dificilillo que es traducir y esplicar de repente el *Arte poética* de Horacio, sin haberlo visto ni menos leido muchos años antes. Esto, pues, hacia mi buen padre, á fin de que su niño (que ya es un pobre viejo) no quedase deslucido en la escuela, delante de sus condiscípulos y de su maestro.

Despues de los *memorables sitios* de Zaragoza, en que el anti-

guo reino de Aragon quedó sujeto bien á despecho suyo á la dominacion de estranjeras bayonetas, vino de gobernador militar de Alcañiz el General Musnier. Picábase este de latinista, como seminarista que habia sido en su juventud, del famoso Colegio de San Sulpicio. Con este motivo, no bien llegó á la ciudad con una division de alemanes, polacos y belgas casi todos, pidió al Ayuntamiento de Alcañiz un intérprete que supiera francés ó latin. No habiendo entonces en mi pueblo ni en los inmediatos ninguno que hablara la lengua de Bossuet, se presentó mi padre al dicho Gobernador, saludándole en latin, y en una brevísima y sencilla arenga le rogó, en nombre de las autoridades y de toda la poblacion, tuviese la bondad de mandar á sus subordinados viviesen pacíficamente con los alcañizanos, prometiendo de parte de todos estos que no turbarian la pública tranquilidad, ni cometerian desmanes con los soldados estrangeros, si estos trataban á los españoles con respeto y consideracion. El General quedó prendado de la ilustracion y despejo de mi padre, y de su facilidad en hablar correctamente la lengua latina; con cuyo motivo quiso darle pocos dias despues un destino en la ciudad, á pesar de que no ignoraba Musnier, que era uno de los muchos alcañizanos que habian estado en los sitios de Zaragoza, peleando, como debian, por la independencia de su patria. Mi padre le dió las gracias, mas en lugar de aceptar el empleo, se fue á la capital, donde el Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza, le nombró administrador de la Mitra, con habitacion en la planta baja del palacio arzobispal, cuarto de la izquierda, entrando por la puerta principal de aquel magnífico edificio.

Segun acabo de insinuar, contribuyó, como buen español, con las armas en la mano á la defensa de la ciudad, siempre heróica, á pesar de no haberlas manejado anteriormente, y lo que es mas, á pesar de ser casado y con tres hijos, que, gracias á Dios, vivimos todavía. Con este motivo tuvo la alta gloria de sellar con su sangre su fidelidad al Rey y á la patria, haciendo muestra de valor y de civismo en la batería *Palafox*, á las órdenes del inmortal Comandante de Ingenieros D. Antonio Sanjenís, que tanta celebridad supo adquirirse entonces con sus hazañas y gloriosa muerte. Tambien fueron heridos otros alcañizanos en Zaragoza, y entre ellos D. Antonio Vicente, distinguido arquitecto, que tenia un tio monje Bernardo en el Real Monasterio de Rueda, á donde tuvieron que refugiarse todos para poderse curar cómodamente de sus heridas, por no tener fácil ingreso en los hospitales de la capital, por falta de camas para tantos heridos y enfermos.

Despues de la evacuacion de las tropas invasoras de la península, por la feliz caida de Napoleon y deseado hundimiento de su despótico imperio, y despues de la suspirada vuelta del Rey Fernando al suelo y trono español, mi padre volvió á su pueblo natal, donde fue Procurador de aquel Juzgado, y Secretario del M. I. Ayuntamiento muchos años, y por fin Concejal en 1834. Debí decir en los párrafos anteriores, que estudió filosofía en el convento de Santa Lucía, ya mencionado en estos artículos, y tres años de Teología en la Universidad de Zaragoza, con tal aprovechamiento, que cuando yo estuve en aquella capital en 1825 me aseguró el docto P. Fr. Antonio Negarra, ex-Provincial de los Dominicos de Aragon y uno de los profesores de mi padre: *Que este era uno de los discípulos que mas honraban á sus maestros.*

De seguro hubiera sido un gran matemático si hubiera podido dedicarse á la ciencia de Euclides y de Newton. Era tal su facilidad y prontitud en sacar *de memoria* cuentas las mas largas y complicadas, que mas de una vez yo quedé asombrado al verlo por mis ojos. *Toma, hijo mio, la pluma, y escribe lo que voy á dictarte,* me decia alguna vez que estaba de buen humor, y en seguida me dictaba una larguísima cuenta de arrobas, libras y onzas, ó de duros, reales y maravedises, por ejemplo, y sonriendo añadia: *Saca esa cuenta con la pluma.* Yo comenzaba la operacion, pero al momento me interrumpia mi padre diciendo: vuelve á escribir, y me dictaba con la mayor exactitud el resultado de la complicada cuenta. *Escribe tú otra mas larga que la anterior,* me añadia; y obedeciendo yo, no bien comenzaba á sacarla con la péñola en la mano, la sacaba mi padre de memoria sin la menor equivocacion, como comprobaba yo, despues de sacarla por mí mismo muy despacio. Por esta razon en 1817 y siguientes, mi padre hizo el catastro de Alcañiz y de Monroyo, por encargo de los Ayuntamientos de ambas poblaciones.

Si hubiera podido abrazar la carrera del profesorado y ser maestro de latinidad, como deseaba (lo que no le fue humanamente posible) cuando contrajo matrimonio con mi cristiana madre, hubiera sido indudablemente un distinguidísimo profesor, y es mas que probable que hubiera podido escribir de filologia y humanidades, libros que hubieran honrado, tanto á su autor y á la ciudad de Alcañiz, como la honran al presente los inmortales volúmenes que dejaron Sobrarias, Palmireno, Ruiz de Moros y Domingo Andrés. Dios no lo quiso. Loado sea Dios.

Cuando en su juventud cursó Teología en la Universidad de Zaragoza, solia, en los ratos que le dejaban libres sus estudios académicos, pasar muchas horas en la biblioteca del Convento

de San Ildefonso (una de las mas notables que los regulares tenian en la Corona de Aragon), embebecido en la lectura y meditacion de las obras de Fr. Luis de Granada, Cervantes, el P. Juan de Avila y otros grandes hablistas. Mas en lo que hizo un estudio muy detenido fue en las voluminosas obras de los célebres analistas de Aragon, y de algun otro historiador de la Corona de Castilla, por lo que toda su vida conservó á la historia una decidida y ardiente aficion. Cuando yo estudiaba filosofía en Alcañiz con el ya mencionado P. Bañolas, en las largas veladas de invierno, despues de estudiar yo mi leccion de lógica, física, ética, etc., y de tomármela mi padre con el libro de testo en la mano, y esplicármela con la claridad propia de su instruccion y buen talento, me hizo leer en voz alta y en presencia suya la *Historia* del P. Mariana, la de *Méjico* por Solís, los *Reyes de Aragon* por Sas, algunos discursos y cartas eruditas de Feijoo, la *Clave historial* del P. Florez, las *Recreaciones filosóficas*, el *Hombre feliz* y la *Armonía de la razon y de la religion* por el P. Almeida. La eleccion de tan escelentes libros por parte de mi padre para la instruccion de su hijo, prueban su escelente criterio, su gusto literario, y sobre todo, sus laudables deseos de inculcarme desde la adolescencia el santo temor de Dios y la fe cristiana, demostrada, digámoslo así, hasta la evidencia en la última obra citada del docto y respetable hijo de San Felipe Neri.

A nadie causará admiracion, despues de leer el párrafo ánterior, que yo añada, que mi padre escribia sus cartas con una pureza de lenguaje, con un estilo epistolar, con una elegancia, en fin, que aquellas eran muy dignas de ser leidas y aun estudiadas, porque algunas eran verdaderamente un modelo de cartas, como las mejores que andan impresas en tantos epistolarios que tenemos en España, desde el Obispo Guevara hasta Moratin y Jovellanos.

En los últimos años de su vida tuvo la desgracia de quedar ciego, por lo mucho que habia trabajado con la pluma para sostener y educar á sus hijos con decorosa decencia. Con motivo de tamaño infortunio, ya muy anciano salió de Alcañiz, y se estableció en Zaragoza con mi madre y dos hermanas mias, esperando encontrar allí un oculista que pudiera curarlo de su terrible dolencia. Desgraciadamente no fue así, y falleció en aquella capital á fines de 1853, casi octogenario.

PLEGARIA.

Ruego al que murió en la Cruz
Y á su pura Virgen Madre,
Que si no goza aún mi padre
Del Eden de eterna luz,
Por sufrir en la mansion
De transitorios dolores,
Do cristianos pecadores
Gimen en la espiacion,
Se alivie pronto su duelo,
Para que, en dichosa paz,
Del Señor la santa faz
Contemplar pueda en el cielo.

ARTICULO X.

Tambien hoy dia viven algunos alcañizanos que honran y enaltecen á su pueblo natal, como lo enaltecieron y honraron los ilustres varones difuntos, de que llevo hecha mencion. Hablaré de aquellos en el presente artículo, comenzando, como es justo, por los mas ancianos, y dando fin á esta reseña con el elogio biográfico del mas joven de todos.

Doy principio á mi agradable tarea recordando el nombre (que ya conocen mis lectores) del Sr. D. Nicolás Sancho y Moreno, digno sacerdote y escritor elegante y correcto, y como tal, uno de los individuos de que mas puede gloriarse la respetable Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida, fundada hace años por el celoso y ejemplar misionero apostólico, D. José Escolá.

Advierto á mis amables lectores, que los párrafos que van á dispensarme la honra de ver á continuacion, los publiqué ya en las *Escenas contemporáneas* de la tercera época, número 3, que salió á luz el 15 de noviembre de 1861. Don Nicolás Sancho nació el 5 de enero de 1891. Fueron sus padres D. Tomás Sancho y Doña María Agueda Moreno, natural aquel y vecino de Alcañiz, y esta del inmediato pueblo de Valjunquera, entrambos de honestas y honradas familias; habiendo desempeñado su padre por dos veces el cargo de Concejal. Estudió D. Nicolás primeras letras, latinidad y humanidades con notable aprovechamiento en el Colegio de Escuelas Pias de dicha ciudad.

En 7 de enero 1818 vistió la cogulla de monje cisterciense, y profesó al año siguiente en el real monasterio de Rueda, uno de los mas antiguos y célebres de la Corona de Aragon, por haberse fundado viviendo todavía San Bernardo, reformador de aquella orden. Poco tardaron los acontecimientos políticos en sacarle del claustro, pues á fines del año 1820 ya se hallaba otra vez en su casa paterna, en virtud del decreto de esclaustracion de los monacales, que en aquella época dió el Gobierno. Durante los tres años que permaneció en el siglo, cursó con brillantez, filosofía en el mencionado colegio, cuya enseñanza académica estaba á cargo del instruido y bondadoso Padre Miguel Bañolas de San Blas.

Verificado el cambio político de 1823, fue de los primeros en volver á su monasterio, concluyendo allí sus estudios con el erudito maestro de la orden D. Domingo Castañer. En 11 de marzo de 1826 lo ordenó de presbítero el Ilmo. Sr. D. Bernardo Francés Caballero, Arzobispo de Zaragoza. Así que regresó á su monasterio le confió su prelado el cargo de presidente; y en el mes de diciembre de 1830, en que aún no tenia cumplidos los veintinueve años de edad, ascendió al honorífico cargo de Prior de su comunidad, el cual desempeñó con laudable acierto y prudencia.

En noviembre de 1835 tuvo por segunda vez que dejar el claustro, en virtud del decreto de supresion de los regulares; y, como la vez primera, fue su casa paterna el punto de eleccion de su residencia. En ella ha permanecido constantemente hasta el dia, habiendo, cual buen hijo, acompañado y consolado á sus dignos padres hasta el fallecimiento de tan respetables ancianos hace pocos años. Consagrado en el retiro del hogar doméstico á los deberes de su santo ministerio, á obras de caridad y beneficencia, y al estudio y cultivo de las letras, recibió el despacho de Prior y Presidente mayor, del Ilmo. Sr. Vicario general de su orden, D. Antonio Escofet, para aquellos casos especiales de conciencia y demás que pudieran ocurrir con los monjes dispersos de su monasterio; lo cual tuvo lugar en 1.° de diciembre de 1854, en virtud de la autorizacion apostólica de que aquel prelado se hallaba revestido.

En su pueblo natal se ha hecho estimar por su carácter benéfico, siempre dispuesto á trabajar por los intereses de la poblacion, no menos que por los preferibles y santos de la religion y la moral, tan propios de su instituto. En 1842 aprovechó sus buenas relaciones con el gobernador civil de Tarragona, D. Cirilo Franquet, para que se iniciasen en el Bajo Aragon las varias carreteras enlazadas con el Principado y otros puntos, que al-

gun dia, y no muy lejano, han de ser su principal elemento de prosperidad y riqueza. Al efecto, despues de importantes trabajos preliminares, pasó de comisionado al pueblo de Batea, en donde una comision oficial de dos diputados provinciales de Tarragona, dos de Teruel y otros dos de Zaragoza, bajo la presidencia del espresado gobernador, puso la primera piedra al grandioso edificio de las carreteras correspondientes á estas tres provincias limítrofes. Los puntos capitales que allí se trataron, y las bases definitivas que se acordaron, fueron luego aprobadas por el Gobierno, y estampadas en la *Gaceta Oficial*.

En el mismo año se concibió en Alcañiz el utilísimo proyecto de formar una provincia en el Bajo Aragon, que tanto recomiendan muchas y muy poderosas razones; y en la junta general de las personas notables del país que se celebró al efecto, se encargó á D. Miguel Blasco y á D. Nicolás Sancho el arreglo y redaccion de este proyecto, cabiéndole al último no poca parte de este trabajo literario, que vió la luz pública y fue presentado al Gobierno. Lo mismo sucedió con el no menos útil proyecto de establecer una silla episcopal en dicha ciudad, tan conveniente en aquel punto, como lo demuestra en la razonada y elocuente representacion que el municipio y habitantes de Alcañiz dirijieron á la Reina en 7 de abril de 1849. Dicho escrito fue confiado á la pluma del Sr. Sancho. Este y el doctoral de aquella colegiata, D. José Zorrilla, pasaron á Madrid por encargo y comision del Ayuntamiento y Cabildo; y aunque tuvieron la suerte de dejar el negocio en la mejor disposicion, así en el Ministerio de Gracia y Justicia como en la Nunciatura, el descuido ú olvido de la Municipalidad de Alcañiz en los dos años que trascurrieron hasta la publicacion del Concordato, los cambios de influencia en el personal del Gobierno, y finalmente, motivos ó causas ignoradas, frustraron enteramente estos apreciables trabajos, por cuya razon no solo no consiguió aquella poblacion la catedralidad que deseaba y pretendia, sino que hasta su insigne y monumental colegiata quedó suprimida, y reducida á parroquia.

En los dos meses que el Sr. Sancho permaneció en la Corte, no se limitó solo á estos trabajos, sino que presentó además al Ministro de Obras públicas, D. Juan Bravo Murillo, una memoria sobre las carreteras del Bajo Aragon, valiéndose para ello de la influencia del diputado por el distrito de Alcañiz, Don Antonio Caballero, subsecretario de Estado que era entonces; siendo de notar, que así la carretera central de Madrid á Barcelona por aquel país (que abrevia treinta leguas á la de Zaragoza), como la provincial y trasversal de Zaragoza á Tortosa

por Alcañiz, y de Quinto al mismo punto por Caspe y Gandesa, ocupan en el dia la atencion del Gobierno, y aun se trabaja en ellas con alguna actividad. Y lo mismo sucede con la muy adelantada de Valencia, que desde Alcañiz va á atravesar luego todo el Maestrazgo.

En 1851 murió el último Dean de la colegiata de Alcañiz, y dejó al Sr. Sancho, con otros compañeros, de ejecutor testamentario. Una de sus piadosas disposiciones fue el que se construyese una capilla en el cementerio estramuros de la ciudad. El Sr. Sancho, venciendo no pocas dificultades, realizó tan laudable pensamiento, habiendo corrido por su cuenta la idea y direccion de la obra. Concluida esta, dió á luz una grave y correcta Memoria, titulada *Breve descripcion de la capilla del cementerio de Alcañiz y de su solemne inauguracion.*

En el año 1857 celebró aquella ciudad con solemnes fiestas la declaracion dogmática de la Inmaculada Virgen María, encargando el sermon de la misma á D. Nicolás Sancho, quien lo desempeñó con tan feliz éxito, que el Señor Gobernador civil de la provincia y otras personas ilustradas que asistieron, contribuyeron para que se publicase. Leido poco despues por el Señor Carbonero y Sol, director de *La Cruz*, periódico de Sevilla, como tan celoso propagador de las glorias de la *Inmaculada*, lo remitió á París, por considerarlo muy digno de formar parte de la obra monumental de todo el orbe católico, que se imprime en aquella capital en obsequio de María sin mancha.

En 1860 dió á luz el Sr. Sancho su descripcion histórica y artística de Alcañiz y sus afueras; siendo de notar que el autor, que por un compromiso repentino solo se encargó de escribir un pequeño opúsculo, segun así lo anunció al público, despues, por compromisos inevitables, tuvo que improvisar un libro estenso y de varias y difíciles materias, en que no habia pensado ocuparse. Esto disculpa en algun modo alguno que otro lunar, muy dignos de indulgencia considerando el poco espacio de tiempo que empleó en redactar la obra, impresa además en un establecimiento de escasos elementos tipográficos.

El docto canónigo de la colegiata de Soria, D. Domingo Hevia, publicó en la *Revista literaria de Sevilla*, tomo 6.°, página 664, un importante artículo bibliográfico sobre este libro. Creo oportuno copiar algunas cláusulas de dicho opúsculo, para dar mejor á conocer á nuestros lectores la *descripcion de Alcañiz*, que consta de 640 páginas:

«Las secciones (dice aquel erudito escritor) en que el histo»riador ha distribuido atinadamente su plan, resaltan por la ins»truccion amena, la fidelidad, el discernimiento y moralidad

»que ofrecen, combinando el deleite con la ilustracion, segun el »precepto del poeta venusino. ¿Y quién no descubre en su va»riada narracion un caudal de no comunes conocimientos, con »los cuales esplica las circunstancias de lugares, tiempos y per»sonas, con las causas y efectos que las produjeron?

»Desde luego se admira el grande acopio de materiales que »hubo de reunir antes de tomar la pluma; y se ve al escritor »alcañizano, ora consultando los monumentos de mas crédito, ora »comparando diversas relaciones, ó publicadas ó inéditas, en que »se consignan los hechos históricos que ilustra con notas críti»cas, las cuales, realzando su respectivo mérito, esclarecen la »cronología de aquellos remotos tiempos. El orden con que los »presenta permite descubrir sus causas, sus enlaces, y aquel »encadenamiento de circunstancias y hechos anteriores, que los »prepararon con su moral influencia en los posteriores aconte»mientos.

»En la pintura de los personages se revela un conocimiento »del corazon humano, que los acerca no poco á los retratos de »Salustio; y cuenta, que no entraba en el plan de la obra un »completo retrato de los hombres ilustres de Alcañiz, pues en el »sentido mas lato de la frase ni el mismo Tácito los tiene, porque »esta operacion reclamaba muchos volúmenes. En esta parte, á »imitacion de los griegos, el pincel es breve, sin omitir los ras»gos históricos mas relevantes, que, sin embargo, no esceden los »precisos límites de un elogio.

»Por lo demás, el título descriptivo que lleva, es el mas con»veniente á una obra en que se juntan muchas cosas para for»mar un todo; puesto que la historia eclesiástica y civil, la geo»grafía, cronología, religion, crítica, legislacion, política, agri»cultura, economía, ciencias, artes y literatura, entran á formar »en ella el grandioso cuadro histórico de la antigua Anitorgis, »que tantos y tan justos títulos atesora para ser celebrada como »capital del Bajo Aragon. Su estilo es grave y digno, sin fausto; »elegante y florido, sin artificiosas maneras; cortado en las re»flexiones, y en las descripciones ameno. Se halla, pues, en ar»monía con el espíritu investigador de la época.

»Encanto y suavísimas emociones deben sentir los nobles »alcañizanos al contemplar el cuadro magnífico que presenta la »*Descripcion histórico-artística* de aquella insigne ciudad; y »gratamente sorprendidos, viendo en él solo reunida tanta »variedad de objetos, á cual mas interesantes para la glorifica»cion de su patria. Tarea en verdad árdua, como dice el autor, »que ella misma indica no ser accesible á todos los ingénios; »pero que supo vencerla con la perseverante constancia de su

»amor pátrio, sosteniendo la dignidad de la elocucion á la altura »de los asuntos que trata.»

Aquí terminaba el artículo que imprimí en las mencionadas *Escenas*. Posteriormente, la pluma infatigable de D. Nicolás Sancho ha dado á luz otras producciones no menos apreciables, entre otras, doce artículos políticos, tan bien meditados como correctamente escritos, que insertó la *Perseverancia* de Zaragoza; artículos importantísimos (y sea dicho de pasada) en los que el autor, sin inspirarse en las opiniones esclusivistas de ninguna bandería ó partido, habla de las mejoras que pudiera recibir este infortunado pais, y propone acertadamente los no imposibles medios de conseguirlo, con un patriotismo, una independencia y una hidalguía, en fin, que honran mucho al sacerdote alcañizano.

Tambien ha publicado éste un tomo de sermones en loor de María Santísima, ó por mejor decir, los ha dado á luz la Academia citada de Lérida; cuyos sermones harán muy bien en estudiar para su instruccion nuestros jóvenes predicadores.

Su obra mas importante, empero, es su discurso académico, en loor igualmente de la Madre de Dios, que forma un tomo de regulares dimensiones. Muchos de los célebres escritores ascéticos de nuestro siglo de oro firmarian sin dificultad este libro, y se alegrarian de haberlo escrito.

Hace años remití un ejemplar de la susodicha *Descripcion de Alcañiz* al sábio historiador anglo-americano George Ticknor, mi preclaro amigo, residente en Boston, que agradeció mucho y elogió no poco tan importante y curioso libro. Tambien hacen honrosa mencion de él el difunto D. Antonio Cavanilles en su *Historia de España*, tomo IV, página 414; y Mr. Latour en la *Revue Britannique* de setiembre de 1866, que se publica en París, página 727 y siguientes.

Pero el mas entusiasta panegirista de dicha obra es el Sr. D. Nicolás de Benjumea, bien conocido por sus ingeniosas producciones referentes á D. Quijote. Habiendo yo puesto en manos de este carísimo y docto amigo un ejemplar de la *Descripcion de Alcañiz* para colocarla en el *Museo británico*, ó sea en la Biblioteca Real de Londres, me escribió por el correo interior la carta siguiente.

«Madrid 1.° de diciembre de 1867.=Sr. D. Gaspar Bono Serrano.=Muy Sr. mio y estimado amigo. He leido con el mayor interés y gusto la preciosa *Descripcion histórica de la ciudad de Alcañiz*, escrita por el laborioso y eruditísimo presbítero Sr. D. Nicolás Sancho, que V. tuvo la bondad de remitirme con destino á la Biblioteca del Museo británico, cuya comision desempeñaré

gustoso á mi regreso á Londres, entregando personalmente el volumen *to the principal librerian*, quien (seguro estoy de ello) apreciará y tendrá en mucho el poder aumentar con esta escelente monografía, la rica coleccion que ya posee aquel notable establecimiento, de obras de esta clase.

»Yo he leido las mejores que los ingleses, animados de un celo discretísimo y patriótico, han escrito de varios pueblos y ciudades del Reino Unido, con que prestan servicios incalculables, no solo á los historiadores, literatos y artistas, sino que bien ajustadas al plan y pensamiento que en ellas debe presidir, que es abrazar cuanto bajo cualquier concepto atañe á la ciudad que se describe, vienen á ser como la general historia de un pequeño mundo, en donde no hay género de interés que en algun modo no satisfaga, ni género de curiosidad que en laguna manera no despierte, especialmente en los estrangeros; y claro es que lo son todos, hasta los mismos naturales de la poblacion descrita.

»Es esta clase de trabajos utilísima sobremanera, en cuanto no hay en su parte histórica esa vaguedad que descontenta en las historias generales, ni la frivolidad y superficialidad de sus descripciones, ni sus alabanzas injustificadas, ni sus críticas pedantescas, ni lo inseguro de la ojeada, ni la impresion siempre falsa del examinador viajero; antes, al contrario, se apoya en la certidumbre, detalla las descripciones, da fundamento á las alabanzas, critica con conocimiento, inspira fe en su examen, y evita que el juicio se cimente mas en la fantasía ó las preocupaciones, que en la sólida base de la discrecion y la verdad.

»En todo esto raya á la mayor altura la obra del Sr. D. Nicolás Sancho, verdadero modelo entre los que conozco, por lo bien ajustada que está al vastísimo plan y complejo carácter de estas obras, dificultosísimas de escribir, si han de corresponder á su especial índole.

»El Sr. Sancho ha prestado un gran servicio á su pueblo natal especialmente, y en general á la España toda, con este fondo estimabilísimo de asíduas y á veces áridas tareas. ¡Ojalá que muchos le imitasen! Harta ocasion hay en nuestra patria para estudios interesantísimos de este género, tal vez desdeñados por temor á los universales conocimientos que requieren, y al perseverante y minucioso examen que exijen: cualidades y requisitos que generalmente repugnan á nuestro carácter inconstante, y aficionado á síntesis deslumbradoras en regiones elevadas; verdaderas puntas de pirámides, que tocan en el cielo sin base en que se apoyen en la tierra.

»Sírvase V. ser el intérprete de mi mas sincero parabien

para con su estudioso amigo el Sr. Sancho; y agradeciéndole la memoria que de mí ha tenido para esta honrosa comision, y el placer é instruccion que con la lectura de dicha escelente obra me ha proporcionado, quedo siempre afectísimo amigo, S. S. Q. B. S. M.=*Nicolás Diaz de Benjumea.*=Su casa, Lope de Vega, núm. 55.»

Voy á concluir. En el *Diario de Zaragoza* del 7 de marzo de 1869 publiqué el siguiente

SONETO.

—

Si el ínclito D. Diego Colmenares,
Sacerdote ejemplar y literato,
De segovianos cien hizo el retrato,
Sus dotes dibujando singulares;
Si de entusiasmo en plácidos cantares
Loaron su verídico relato
Cisnes ilustres con sonido grato
Por campos del Eresma y encinares;
De mi amigo tambien y compañero,
Que alcagnicienses de inmortal memoria
Pintó en su colorido verdadero,
Hablando del *Autor* y de su *Historia*,
Dirán todos en siglo venidero:
De su pueblo natal Sancho fue gloria.

De la biográfica reseña que precede, resulta que D. Nicolás Sancho y Moreno se aproxima á la edad de setenta años. Pocos menos cuenta el benemérito coronel de Artillería D. Serapio de Pedro. Es hermano del Sr. Baron de Salillas, diputado á Cortes que ha sido en varias legislaturas, comenzando desde la de 1834, y últimamente Senador del reino. Dicho gefe ingresó de cadete en el colegio de Segovia á principios de 1817, y terminados con aprovechamiento sus primeros estudios, y ascendido á subteniente, siguió dedicándose por espacio de dos años á las matemáticas sublimes en el mismo colegio, del cual salió destinado al primer regimiento del arma. En él obtuvo todos los grados de la milicia hasta el de Coronel, que disfruta al presente.

Desde 1830 hasta la muerte de Fernando VII fue profesor en dicho establecimiento, del cual salió entonces á campaña, donde dió pruebas de su bizarría en mas de una ocasion, durante los primeros años de nuestra aciaga y desastrosa guerra civil. Casi terminada esta, es decir en 1838, volvió á enseñar matemáticas en el mismo colegio hasta el año 1854.

Posteriormente ha desempeñado dignamente honrosas comisiones que le confiaron sus gefes, propias de un oficial facultativo, como los estudios especiales que hizo en las fábricas de Villafeliche, Salitrería de Zaragoza y en otras fábricas del reino. En debida recompensa de su inteligencia y actividad, fue por fin nombrado director de la fábrica de pólvora de Manresa. Pertece á la real y militar orden de San Fernando, y tiene la cruz y placa de San Hermenegildo. En 1835 y 36 desempeñó honrosamente el gobierno militar del castillo de su patria Alcañiz, y en 1854 el de Morella. Es autor de las *Lecciones de mecánica aplicada á las máquinas de vapor*, importante y utilísimo libro que sirve de testo para los alumnos del colegio de artillería, por lo que se imprimió á espensas del mismo establecimiento. Tambien ha dado pruebas de su inteligencia y laboriosidad, consagrando muchas vigilias á la composicion de otros científicos escritos, inéditos todavía.

En una certificacion, que tengo á la vista, dada por el Señor Brigadier Vazquez de Moscoso, director de estudios en la academia de dicho colegio de artillería, se dice: *Que D. Serapio de Pedro Fernandez de Heredia desempeñó su destino de profesor con el mayor celo, dando pruebas de los mejores deseos y conocimientos, haciéndose acreedor á la consideracion de sus gefes y al aprecio de los discípulos que tuvo á su cuidado;* y concluye diciendo, *que tan benemérito gefe es muy digno de que se empleen sus servicios para acreditar su saber y aplicacion en beneficio de la nacion y honor del cuerpo.*

La amena literatura se complace alguna que otra vez en imitar á la bella y variada naturaleza, la cual con su fecunda y caprichosa mano, en una deliciosa y fértil ribera, por ejemplo, al par de gigantescos árboles, que sombrean la comarca y la defienden de los ardores del sol, convidando con agradable sombra al fatigado viajero, aparecen enanos arbustos, y débiles juncos y flexibles cañas entre cristalinas corrientes, y cuadros de verdor y flores, donde al lado de la rosa de Alejandría y del pomposo clavel de cien hojas, y de la gallarda azucena, se ven la violeta humilde, la modesta margarita, la triste y pobre siempreviva, y otras florecillas, en fin, que dan grata amenidad y encanto al mas hermoso y risueño paisage, que puedan ofrecer á los atónitos ojos del pintor y del poeta las animadas y apacibles márgenes del Darro y del Ebro, del Guadalquivir y del Turia.

Despues de hablar de un eclesiástico de los mas doctos de mi pais, y de un militar pundonoroso y valiente, digno vástago de antigua y preclara estirpe, me es muy grato hacer debida y justa mencion de un pastor alcañizano, que en pos de su

rebaño hace ya medio siglo, *ni envidiado ni envidioso*, como dice Fr. Luis de Leon, vive feliz y contento en áurea medianía, halagado por los dulces encantos de la poesía y de la música, sin haberse alejado nunca de los fértiles montes y selvas frondosas, floridos y pintorescos prados, que fecundiza manso y apacible con su raudal sonoro el cristalino Guadalope.

Mariano Espallargas nació en 15 de diciembre de 1810. En el mismo año vinieron al mundo Anibal Alvarez en Roma; el General D. Juan de Lara en Vigo; en Vich, el perínclito Balmes; en Maracaibo, el distinguido filólogo Baralt; en Almendralejo, el enérgico y vigoroso cantor del *Pirata* y del *Diablo-Mundo;* D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, en Lima; y en San Fernando, por fin, el actual Regente del reino, D. Francisco Serrano y Dominguez. Esto quiere decir en puridad, que el pastor de Alcañiz abrió por primera vez sus ojos á la luz del dia en año no escaso de *notabilidades*, como *dicen* hoy, y como *no decian* Cervantes y Argensolas. Cuenta aquel, por lo tanto, sesenta Navidades, lleva cerca de cuarenta de matrimonio, y tiene cuatro hijos. Aunque pobre es muy honrado, muy fervoroso cristiano, por lo que merece de toda clase de personas la consideracion y el respeto, que se granjean siempre la probidad y la virtud.

Hasta la edad de diez ó doce años frecuentó la escuela de leer y escribir en el colegio de Escolapios, de la que lo sacó su padre para guardar ganado, en cuya ocupacion continúa desde aquella ya lejana fecha. Sin maestros á quienes consultar en su soledad y aislamiento, y sin libros en que poder instruirse, por sí solo, con su voluntad aragonesa, y con su aficion decidida y ardiente á la música y poesía, ha cultivado una y otra con fruto, como prueban el gusto y destreza con que toca el clarinete y la dulzaina, y demuestra la voluminosa coleccion de espinelas, romances y redondillas que ha compuesto, de que daré una muestra á mis lectores, para que vean por sí mismos que no carecen de mérito aquellos escritos.

¡Lástima de ingenio! Es un diamante en bruto. Mas á pesar de que no hubo desgraciadamente lapidario que lo abrillantase y puliese, todavía luce lo bastante para no quedar oscurecido y olvidado en las entrañas de la tierra, ó lo que es lo mismo, para que el brillo que despide, sea muy digno de estenderse mas allá de los campos que riega su pátrio rio. Cuando muera este sencillo pastor, y sea sepultado en humilde huesa, si tiene ocasion de visitarla respetuoso algun poeta de corazon levantado y noble, quizá la salude con los siguientes metros de un escritor granadino, que imitó la bellísima *Elegía* del inglés Gray *al cementerio de una aldea.*

Aquel césped á polvo reducido,
Tal vez encubre un pecho, cuya llama
Admiracion del mundo hubiera sido;
Manos en que ganara mayor fama
De un Alejandro el cetro, y de un Homero
La lira que á los próceres inflama:
Mas nególes auxilio placentero
La ciencia, y de su ingenio la semilla
Ahogó el destino inexorable y fiero.
.....
¡O tierra! séle blanda y amorosa,
Pues ni buscó el aplauso de la fama,
Ni el favor de fortuna caprichosa.
Nace, y melancolía en él derrama
Su hiel. Aunque de cuna pobre, oscura,
Sintió en su pecho la apolínea llama.
Un alma poseyendo noble y pura,
Dar no pudo otro alivio al desgraciado,
Que lamentar con él su desventura.
Halló un amigo, y vió su afan colmado.....
Sus cenizas no inquietes, pasajero;
De ti sea este asilo respetado.

El nombre y los versos de Gray, que acabo de mencionar, me recuerdan los versos y el nombre de su compatriota el zapatero Bloomfield, poeta muy popular en las Islas Británicas, desde que dejó el taller del artesano, para escuchar dócil y repetir los acentos melodiosos que le inspiraron las Hijas del canto. ¡Cosa estraña! Embebecido muchos años de su oscura existencia, y afanado en sus prosáicas y laboriosas tareas para ganar *el pan de cada dia*, no habia parado mientes jamás en los versos; sin sospechar siquiera que abrigaba en su mente creadora un raudal casi inagotable de blandas armonías, con que habia de celebrar con el tiempo los bellísimos encantos de la siempre hermosa naturaleza, y describir con fácil y animado pincel las praderas matizadas de variadas y aromosas flores, el silencioso y agradable apartamiento de los bosques, sombreados de copudos pinos, los paisages amenos, fecundados por cristalinos arroyuelos y bullidoras y risueñas fuentes, la tranquilidad y ventura, en fin, de la campestre vida. Bloomfield apenas vió un libro antes de ser poeta, pero habiendo caido en sus manos casualmente *las Estaciones del año*, publicadas entonces (es decir, á mediados del pasado siglo), la lectura de aquel precioso poema descriptivo de Thompson, despertó en el artesano las poéticas dotes que esta-

ban al parecer adormecidas en su corazon y en su mente, como el fuego subterráneo debajo de las aguas.

El talento suple por todo, así como nada, ni aun el mas asíduo y obstinado estudio, suple la falta de talento. Aquel menestral inglés se entregó con ardor á la lectura de libros importantes, que le sirvieron de maestros, y poco despues emprendió su poema *el Mozo de la quinta* (Farmers-boy), descriptivo como el de Thompson; y si no logró igualar á este preclaro vate, se le aproximó no poco, segun aseguran críticos que lo entienden. Quintana, muy versado en el idioma de Pope y de Milton, decia *que le gustaban muy mucho uno y otro poema*. Lo que no debe omitirse es, que Bloomfield se enriqueció en breve con los productos de su libro, y el que habia vivido poco antes con la estrechez y penuria de un pobre artesano, vivia despues tan cómoda y desahogadamente como el mas acomodado y rico propietario. Esto sucedia en Inglaterra hace un siglo con el cultivo de las Musas y de las letras; esto sucede allí todavía, y lo mismo en Francia, Austria, Prusia, etc..... ¿Y en España?..... Punto redondo y aparte.

Sabido es que Metastasio, siendo niño y huérfano, sirvió de lazarillo á un ciego, al que solia componer coplillas de las que suele oir con gusto la gente vulgar y sencilla de todos los paises. Oyó admirado aquellas el bondadoso y docto Gravina, y protegiendo al rapaz coplero, y dándole estudios, fue despues *Poeta Cesáreo*, y habitó en el palacio imperial de Viena, y fue y es de los mas eminentes escritores que honran á Italia.

Este párrafo histórico al menos, enaltece y glorifica á España. Loado sea el Señor. No todo ha de ser prosaismo, y miseria y desventuras en mi patria desdichada. Hace mas de cuarenta años que sentado en una verde y grata pradera, desde la que se divisaban cercanos los muros de Pamplona, un inocente y candoroso niño de ojos vivísimos y hermosos, que revelaban mucho y precoz talento, y de voz tan argentina y grata como la de un ángel, estaba cantando alegremente, alternando con los jilgueros y ruiseñores, que desde la próxima enramada respondian á sus infantiles y dulcísimos acentos. Pasó casualmente por las inmediaciones un ilustrado sacerdote, maestro de capilla en la catedral de la capital mencionada, y oyendo con sorpresa al muchacho, lo llevó en su compañía, le enseñó la música, y le nombró niño de coro. Aquel rapazuelo es hoy mi apreciable amigo el Sr. D. Hilarion Eslaba, digno Prebendado de la catedral de Sevilla, Director que ha sido de la Capilla Real de Madrid y del Conservatorio, autor, en fin, del *Solitario* y de las *Treguas de Tolemaida*, y de otras piezas religiosas, que han dado muy justamente celebridad europea al ejemplar eclesiástico.

Forzoso es volver al olvidado Espallargas. Mas vale tarde que nunca. Si este aislado pastor hubiera tenido la suerte de Bloomfield, y podido leer y meditar los inmortales cantos de nuestros poetas modelos, ó hubiera encontrado un benéfico Mecenas, como le halló Metastasio, ó un Mentor de alma noble y cristiana, como el que dirigió la educacion musical del maestro Eslaba; aquel alcañizano sin duda ocuparia hoy un lugar envidiable entre los mas ilustres vates españoles. Ya que la suerte no le fue propicia en esta parte, preciso es que los lectores de sus desaliñados metros nos contentemos con la rústica sencillez, con la no estudiada naturalidad, con la falta de adorno y de afeites, en fin, inevitable en un hombre sin cultura, apartado enteramente de gentes civilizadas y elegantes, y sobre todo, sin haber jamás abierto un libro, que pudiera ilustrar y pulir algun tanto sus facultades intelectuales. Los romances y jácaras de los ciegos, que desgraciadamente abundan hasta en los cortijos y chozas pastoriles; los Gozos á la Virgen y á los Santos, que serian preciosos, bellísimos poemitas, si fueran produccion de verdaderos, de inspirados vates, en vez de los copleros adocenados que (salvas muy pocas y honrosas escepciones) los escriben; algun otro canto popular, en fin, de los que andan en manos de los muchachos, y de gente iliterata y sencilla, han sido los únicos estudios poéticos del mencionado pastor. De todos modos voy á presentar á los ojos de mis lectores una muestra de la aplicacion constante de mi compatriota, y de su aficion á escribir y dictar versos. Todos ellos pertenecen al género sacro ó religioso. Todos ellos revelan la fe cristiana mas viva y ardiente. Esta circunstancia es un mérito relevante, que los enaltece y realza no poco á los ojos del hombre pensador que ha estudiado muy á fondo la actual *sociedad española*, y la Santa Religion de nuestros católicos abuelos. La coleccion que tengo á la vista es *autógrafa*. Basta hojear muy rápidamente sus páginas, para convencerse, por su mal formada letra, que Espallargas ni aun tiempo tuvo en su puericia de acabar de aprender á *escribir*, y que lo alejaron de la escuela muy prematuramente por desgracia.

No es esta la primera vez que sucede lo mismo en Alcañiz. Cuando yo en 1817 comencé á estudiar allí los rudimentos del latin, entre mas de cien condiscípulos que frecuentábamos la clase, no habia uno solo que tuviera, ni el claro entendimiento, ni la feliz memoria, en suma, ni el aventajado talento de José Viruete, hijo de una familia de labradores del arrabal, que sin saber lo que se hacia por supuesto, obligó al pobre niño á dejar el arte de Nebrija por el arado, el azadon y las yuntas.

Al frente de los ensayos del pastor hay una especie de prologuito que dice así:

ADVERTENCIA.

Advierto á los curiosillos,
Que mi pluma ni mi labio
No compiten con el sabio,
Y aluden á los sencillos,
Humildes y parvulillos;
Pues pocas veces la ciencia
Se junta con la inocencia.
Así te digo en verdad,
Que si en ti no hay humildad,
Vana será tu elocuencia.

¿Qué te parece, lector cristiano, de los metros de la decimita que están en bastardilla?

Siguen veinte á la Concepcion Inmaculada de María. Copiaré algunas.

5.

De tu Concepcion el nombre
Alabe toda la tierra,
Declarando cruda guerra,
Que á todo el abismo asombre,
Y feliz conozca el hombre
Que vuestro poder es tal,
Que el enemigo infernal
Halló su mortal caida
Cuando *fuísteis concebida*
Sin pecado original.

8.

Vos sois la mas bella Ester,
Que aplaca al divino Asuero
Desde el instante primero
Que comenzó vuestro sér;
Y con tu grande poder
Eres la Judit hermosa,
Que prudente y valerosa
Al Holofernes venció,
Y con sus plantas holló
La serpiente ponzoñosa.

10.

Es tal vuestra potestad,
Que, á no impedirlo la fe,
Diria que en vos se ve
Una suprema Deidad,
Pues os dió la Trinidad
Un poder tan soberano
Sobre todo sér humano,
Que lo que vos disponeis,
Concedido lo teneis
De su benéfica mano.

11.

Eres el mas alto cedro
En el Líbano exaltado,
A quien jamás el pecado
Pudo marchitar su medro.
Hoy la Cátedra de Pedro,
De Dios tan favorecida,
A voces, Reina escogida,
Os aclama sin recelo,
Con entusiasmado anhelo,
Sin pecado concebida.

20.

De la culpa original
Jamás os cubrió la sombra;
El sol os sirve de alfombra,
La luna de pedestal.
De la patria celestial
Eres la mística rosa,
Que la mano poderosa
En su jardin matizó,
Por lo cual os eligió
Por Hija, Madre y Esposa.

De otras veinte espinelas que *en loor de Santa Ana* siguen á las anteriores, copio las tres siguientes.

5.ª

Un varon justo y piadoso
De la tribu de Judá
Fue Joaquin, que el cielo os da

Por compañero y esposo.
Matrimonio tan dichoso,
Que por él el mundo espera
Una feliz medianera,
Que en tanto mal que lo inunda,
Repare la *Eva segunda*
Los daños de la *primera*.

8.

Dios oyó vuestra oracion,
Que la oracion mucho alcanza,
Y por ella os afianza
El fruto de bendicion.
Fuísteis vos la admiracion
De los cielos y la tierra,
Que vieron que en vos se encierra
Una Hija que dió á luz
Al que, muriendo en la cruz,
Al fiero Luzbel aterra.

10.

Eres palacio rëal,
Pues en él diste acogida
A la que fue concebida
Sin pecado original.
Para honrar al pedestal,
Bien se deja conocer
Cuál debería de ser
La morada que el Señor
Preparó en prueba de amor,
Y en prueba de su poder.

A continuacion de las que preceden hay otras *veinte*, que llevan por título: *Voces lúgubres del cuerpo muerto en el sepulcro.*

1.ª

La Parca, que sin piedad
Tendió su funesto lazo,
A mi vida cortó el plazo
En mi mas florida edad.
Prevía la eternidad,
Y temia al Juez severo;
Mas hoy en la tumba espero
Ver aquel Sol que han de ver

Los hombres y Lucifer
En aquel *dia postrero*.

4.ª

La antorcha de mi salud
Al mirar la Parca airada,
Quedó de un soplo apagada
En un fúnebre ataud.
No pudo la juventud
A su fuerza resistir,
Ni tampoco pudo huir,
Poseida del espanto,
Al ver el lúgubre manto
Con que la iba á cubrir.

5.ª

Mis miembros, ya fatigados
Con el peso de la vida,
Cedieron, esta rendida,
Y al cementerio entregados.
Aquí fueron estrechados
Por tierra, de que salieron;
Y aquellos que discurrieron
Por valles, riscos, montañas,
En sus piadosas entrañas
Hospedage recibieron.

6.ª

Es muy claro y evidente
Que está tierra que pisé,
Fue solo donde encontré
Una acogida decente.
No hubo amigo ni pariente
De cuantos tuve en la vida,
Sino esta tierra ofendida,
Que olvidada del ultraje,
Con el mas largo hospedage
Muy afable me convida.

8.ª

Cuando fin dí á mi jornada,
Este duro pavimento
Me preparó el aposento
En tan humilde posada.

Nadie la encontró cerrada,
Pues á ella es acreedor
El esclavo y el señor,
El hidalgo y el plebeyo
Y hasta Nabuco y Pompeyo
Se acojen á su favor.

11.

En funesta palidez
Todo mi cuerpo asqueroso,
Es teatro lastimoso
De la podre y hediondez.
Cubrieron mi desnudez
Con una pobre mortaja,
Que fue la preciosa alhaja
Con que el mundo quiso honrarle,
Y se apresuró á encerrarle
En esta fúnebre caja.

12.

La Muerte, que con empeño
Mi existencia destruyó,
Solícita le enseñó,
Que toda la vida es sueño.
Sueña el grande y el pequeño,
Y la Muerte muy aprisa,
Haciendo de todo risa
Para causar su letargo,
Con un golpe muy amargo
Obra primero que avisa.

De seguro Espallargas no ha oido en su vida el glorioso nombre de D. Pedro Calderon, ni su famosa y admirable comedia *La Vida es sueño* llegó á los oidos del pastor.

13.

Esta es la casa que hospeda
Lo mismo al rico que al pobre,
Sin que oro, plata ni cobre
A aquel distinguirle pueda.
Pero porque no suceda
Que te engañe el esterior,
Fija tu olfato al hedor
Que el uno y el otro exhala,

Y hallarás que Dios iguala
Al siervo con el señor.

18.

Como flor en primavera
Que el granizo marchitó,
El rigor me destruyó
De la negra Parca fiera.
Mi vida de esta manera
Herida quedó y ajada:
Mas una noble embajada
Que mi alma recibió,
Dichosa la trasportó
A la celestial morada.

19.

La Muerte con gran rigor
Asiendo de la guadaña,
Fuí víctima de su saña
Y blanco de su furor.
No fue vano mi temor,
Pues el mundo echa de ver
Cuánto es, Muerte, tu poder.
Aunque mil mundos hubiera;
Todo eso..... poco fuera
Para poderte vencer.

No haré comentarios á las copiadas espinelas: es inútil: ellas dicen y demuestran lo mucho que valen. No pocos de mis versos los cambiaria por ellas. De buen grado insertaría las *sesenta* que forman los poemitas indicados, pero sería preciso estenderme algo mas de lo que permiten mis artículos alcañizanos; casi todas las que omito son tan buenas, y mejores quizá, que las que acaban de leer mis complacientes lectores. Otras décimas, romances y redondillas aparecen en la coleccion de Espallargas, no inferiores á las espinelas susodichas.

Léase la siguiente

Á SAN MIGUEL.

Poseido de ambicion
Salió al combate Luzbel
Con los suyos..... y Miguel

Puso en orden su escuadron.
En funesta division
La tercia parte..... á Luzbel,
Lo restante..... á San Miguel:
Pero aunque solo estuviera,
Mil ejércitos venciera
Que lucharan contra él.

Siguen á la anterior otras cuarenta *á la institucion de la Sagrada Eucaristía*. Siento no poder copiar mas que la siguiente, por la brevedad que me he propuesto.

1.ª

Cinco caudalosas fuentes
En el mar de tu pasion,
Para obrar mi redencion
Desataron sus corrientes.
Mas no siendo suficientes
Para apagar el ardor
Que te inspiraba mi amor,
Ordenásteis un *Bocado*,
Quedando Sacramentado:
Que fue la prueba mayor.

Si las cuarenta espinelas al Santísimo Sacramento son muy notables por mas de un concepto, no lo es menos una égloga en variedad de metros, no poco estensa, en que el zagal Bato y la pastora Gila celebran el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Por la razon ya indicada, no copio algun fragmento, así como de otras composiciones menos importantes del buen alcañizano.

Dije arriba que este, además de versificador, tenia tambien algun conocimiento musical, debido esclusivamente á su aficion decidida, á su armonizado oido, y sobre todo á su enérgica voluntad y constante aplicacion al estudio. Tambien indiqué que además del clarinete, suele tocar la dulzaina con gusto y habilidad, por haberse ejercitado mucho mas en este que en aquel instrumento; por cuya razon Espallargas acostumbra lucirse con frecuencia como poeta y dulzainero, especialmente en la solemnidad con que obsequia la religiosa Alcañiz á San Antonio Abad, patron allí (como en otros pueblos) de los labradores.

Para solemnizar mas aquella fiesta, muy popular y grata en aquella ciudad, hay una cofradía que se llama de los *Mayorales*. Por lo regular la componen jóvenes imberbes y labriegos jui-

ciosos y formales, sin cuyo último requisito no ingresan en la religiosa corporacion. Desde el anochecer de la víspera de San Anton hasta mas de media noche del siguiente dia, los *Mayorales*, el dulzainero y tamborilero (compañeros inseparables de aquellos), y otros que voluntariamente se les agregan, ni descansan, ni duermen, ni se sientan casi mas que durante el panegírico del Santo, predicado en la solemnísima Misa cantada en la colegiata. Los Mayorales, vestidos de ceremonia, se presentan con sombrero de tres picos de dia, y con una montera muy donosa de terciopelo negro, durante la noche. Llevan al cuello una graciosa gorguera ó valona, muy blanca y rizada, que contrasta con su negra vestimenta; capa, calzon corto, chupa y zapato muy cuco. Lo que mas llama la atencion de los forasteros es la cortadora y tremebunda espada que todos llevan en la diestra. No entiendo mucho de antigüedades ni de antiguallas, pero no obstante oso afirmar que algunas de aquellas espadas son contemporáneas y hermanas gemelas de la temible *Colada* y espantadora *Tizona*, tantas veces mencionadas con gloria en el Romancero del Cid. Dicha confraternidad tiene dos gefes; el primero se llama *Rey de los Mayorales*, y el segundo *Conde*. Este luce en su encandilado sombrero un penacho verde de una vara, poco mas ó menos; de modo que es mas largo y magnífico tal vez, que el que ostentaba en su resplandeciente casco de acero el valeroso Héctor, cuando se asustó con sus luengas plumas el niño Astianacte en brazos de su nodriza, al querer besar á su hermoso hijo el caudillo de Ilion, que iba á morir poco despues heróicamente en defensa de su dulce patria á manos del furibundo Aquiles. El *Rey de los Mayorales* no es como algunos monarcas de estos tiempos, en cuyas sienes no brilla la real diadema. Aquel cubre el casquete de su sombrero con una *corona regia*, muy parecida á las de Chindasvinto y Recesvinto que se desenterraron hace pocos años, y de las que tan eruditamente escribieron algunos de nuestros ingenios.

Sobre la puerta de Alcañiz que sale al arrabal, hay una preciosa capilla con una bella estatua de San Antonio Abad, que hermosea un balcon corrido de metal dorado. La víspera del Santo, capilla y balcon parecen un pensil de Babilonia, por las macetas de flores, palmas, ramas de laurel, y frutos con sus verdes hojas, sobre todo *naranjas*, con que los *Mayorales* adornan la veneranda imagen de su Patron, traido todo á sus espensas de la huerta y de los jardines de Valencia. En la plazuela que hay delante de San Anton, dicha juvenil Cofradía celebra un animado y concurridísimo baile popular las dos noches de la víspera y fiesta del Santo, al rededor de inmensa hoguera, en que

arden encinas, pinos y otros árboles casi enteros, con romeros y retamas y otros arbustos de menor cuantía y volumen. En tan solemne funcion hay siempre larga cosecha de coplas, de que se encarga algun improvisador (que de ordinario no sabe leer ni menos escribir), rústico ingenio, pero espontáneo y fácil, que así dicta ó canta cuartetas, redondillas, y aun seguidillas y ovillejos, como pudiera hacerlo mi difunto amigo el buen Pascual Cataldi en su toscano idioma.

Cuando yo era muchacho, el repentista obligado en la fiesta de San Anton era un hortelano, á quien de mote llamaban *Chinchol*. Entre paréntesis, ¿saben ustedes qué quiere decir *Chinchol*?—No, Señor.—Pues yo tampoco. Esta ignorancia mia no quita nada de su mérito á las coplillas del hortelano. Oigan ustedes las dos con que en 1819 los Mayorales se despidieron de su Patron venerado.

1.ª

A Dios, San Anton bendito,
Mas cubierto de naranjas
Que todos los naranjares
De las huertas valencianas.

2.ª

A Dios, San Anton bendito,
Lleno de ramos de flores,
Dadnos lluvia mucha, mucha
A los pobres labradores.

ESTRIBILLO.

Glorioso San Anton, cuya gayata
Merece ser de oro y fina plata.

En seguida fueron, Mayorales, dulzainero, el *Trovador* y una turba de chiquillos, á continuar sus cantos á la puerta de las autoridades y del predicador, segun costumbre inmemorial, que observan religiosamente aquellos. El que estaba aquel año encargado del Sermon del Santo Abad era el P. Matías Lasarte, maestro de escribir en el colegio de Escolapios. Debajo de la ventana de este buen religioso, entre otras coplillas alegres y jocosas, con mesura, cantó así el inspirado Chinchol:

1.ª

Cuatro esquinas tiene el horno,
Cuatro la pescadería,

Y cuatro pilares tiene
Tu cama, Padre Matías.

2.ª

En la taberna de Blas
Hay vino de Cariñena,
Y muchos libros y estampas,
Buen religioso, en tu celda.

3.ª

En la iglesia Colegial
Hay dos torres y dos puertas,
Y dos cruces en la estola
Que el Padre Matías lleva.

5.ª

Adios, gran predicador,
Que de escribir dais lecciones,
Ojalá de San Anton
Prediqueis treinta sermones.

ESTRIBILLO.

Glorioso San Anton, cuya gayata
Merece ser de oro y fina plata.

Ya ven mis discretos lectores, que el buen hortelano no era un *génio* que digamos, ni mucho menos. Mas valdrán, por cierto, las improvisaciones de Espallargas para obsequiar al Santo Abad; pero como en Alcañiz no hay taquígrafos, ni el pastor ha copiado ninguna de aquellas en su coleccion manuscrita, que tengo en mi poder, no puedo ofrecer muestra alguna á mis lectores. Las de Chinchol las aprendí de memoria en mi puericia, como las aprendieron otros muchachos y gente menuda de Alcañiz.

Si recuerdas, lector carísimo, la *procesion de tambores* de que te hablé en mis primeros artículos, no estrañarás que ahora añada, te he contado dos hechos históricos contemporáneos, tan singulares y estraños, que solo se ven en mi pueblo natal. Primero, la dicha *procesion;* y segundo, lo que toca y atañe al *Rey de los Mayorales, coronado con preciosa diadema de plata;* y lo perteneciente al *Conde.* No sé por qué este joven alcañizano, en lugar del prolongado penacho verde, no luce tambien *corona condal* en el casquete de su sombrero.

Á MARIANO ESPALLARGAS.

ODA.

Pastor, que tus corderos
Apacientas feliz
Por los verdes oteros
Y fértiles praderas de Alcañiz;

Tú, que con dulce calma
Y rústico rabel
Cantas la paz del alma
Del que teme al Señor y le ama fiel,

En la florida vega
De esa noble ciudad,
Que el Guadalope riega,
Mi recuerdo recibe de amistad.

¡Envidiable ventura!
Tus ojos solo ven
Lo que con alma pura
Los pastores veian de Belén:

Candorosas costumbres,
Que da la soledad,
Selvas, llanos y cumbres,
Donde el vicio no impera y la maldad.

De Pucyos en la ermita
Prosternado á los pies
De la Virgen bendita,
Cada dia con fe su amparo ves.

O fe consoladora,
Solaz del pecador
Que peregrina y llora
Desterrado en los valles del dolor!

Mira, mira la puerta,
De Sion celestial,

Hermano mio, abierta,
Como la miro yo pobre mortal.

Cuando á la Virgen santa,
Ante el sacro escabel
Que á Lucifer espanta,
Pio veneres en el templo aquel;

Con humildosas preces
Ruega, ruega por mí,
Que yo tambien mil veces
Tierna oracion dirigiré por ti.

Sigue por el camino
De la santa virtud,
Al Hacedor divino
Alabando en tranquila senectud.

De Alcañiz los rebaños
Tu canto pastoril
Escuchen tantos años,
Cuantas cria el Señor flores de abril.

Don Vicente Alcober. Cuando el General Bonaparte, al frente del ejército republicano que operaba en Italia, se aproximó á las puertas de Roma, tan hostil y amenazador como Anibal en otro tiempo, la Santa Sede y la capital entera del orbe Católico temblaron y se estremecieron, como tembló y se estremeció la misma poblacion, al acercarse á ella el caudillo de Cartago.

Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,
Ven acercarse al vencedor de Canas,

pudiera yo aquí decir con el sublime cantor de Trafalgar y Pelayo.

El bondadoso Pio VI, para aplacar el caprichoso enojo del irritado triunfador de Lodi y Arcola, además de enviarle embajador de paz, tan entendido y conciliador como nuestro D. Nicolás de Azara, le envió sábios y doctos varones, á los que no podia mirar con indiferencia el dominante y ambicioso hijo de Madama Leticia, que se picaba, como Alejandro Magno, de guardar el respeto debido á los que cultivaban las ciencias. Entre los eminentes hombres de letras que se presentaron al orgulloso hijo

de Córcega, se hallaba un jóven sacerdote, de mas mérito entonces que categoría en el estado eclesiástico, llamado el Abate Mezzofante. Aunque este dignísimo varon, muchos años despues, solia, por modestia y humildad cristiana, llamarse á sí mismo *diccionario mal encuadernado*, su presentacion al republicano guerrero no fue inútil, para templar su injusta ira contra Roma y contra el Vicario de Jesucristo en la tierra.

El importantísimo servicio que el virtuoso y sábio clérigo prestó entonces á la religion y á la patria, no tardó en ser premiado con la púrpura cardenalicia.

Los periódicos españoles y estrangeros, *especialmente los de París*, han llamado mas de una vez *español Mezzofante* al ínclito alcañizano, objeto de esta mi última reseña biográfica, con que quiero dar fin á mis mal pergeñados artículos *sobre Alcañiz y sus hijos ilustres*. Mezzofante tuvo la honra de ingresar en el sacro Colegio, por sus profundos conocimientos lengüísticos, realzados por sus virtudes sacerdotales.

Hechos como este no llaman la atencion ni en Italia, ni en Francia, ni en Prusia, ni en Inglaterra; en suma, en ninguna nacion civilizada.

¿Y en España? Válame Dios con la patria de Cervantes y la patria nuestra. Válame Dios con la nacion que dejó oscurecido y humillado al Gran Capitan en los *agujeros de Loja*, como decia el mismo invencible guerrero en un escrito, que no puede leerse sin indignacion y justa ira. Válame Dios con la nacion que permitió *hace muy pocos años* se hundiera en Valladolid, de puro vieja, la *indecente y mezquina alcoba* en que murió perseguido, pobre y olvidado

El navegante audaz, el gran Colon,
Que con un nuevo mundo y rios de oro
Enriqueció á Castilla y á Leon.
O mengua de mi Patria! ó vil desdoro!

Yo fuí de los últimos españoles y no españoles, que vieron en 1852 la vetusta casa y angosta alcoba en que falleció Cristóbal Colon. Vivia entonces en ella mi buen amigo el Canónigo Roman, Prebendado de la Catedral de Valladolid. Muy pocos años despues casa y alcoba no existian, desmoronadas y hundidas bajo el peso de los años. ¿Qué dices á esto, lector carísimo? Lo que es yo, *no digo nada*, y prosigo *predicando en desierto*. Ya lo sé. No importa, aunque debiera importar mucho á los gobernantes, y á otros que pudieran y debieran remediar y desfacer este y otros entuertos y desaguisados, que nos ponen en ridículo á los ojos del mundo entero. Continúo con mi tema.

Válame Dios con la gloriosa patria de Camoens y de Quevedo, que permitió falleciera en un hospital de Lisboa, como un mendigo haraposo, el inmortal cantor de las *Lusiadas;* y que el autor del *Gran Tacaño*, de la *Política de Dios* y de la *Vida de San Pablo*, y traductor piadoso de la *Filotea* de San Francisco de Sales, terminara sus azarosos dias en una prision ó zahurda, donde el *segundo ingenio español*, á imitacion del santo Job, por su propia mano se cauterizaba las llagas de sus dolientes y gangrenadas piernas, por no tener una benéfica mano que con él ejercitase la caridad cristiana, ó el oficio, ó sea profesion de cirujano romancista. Válame Dios con la patria del infortunado Mor de Fuentes, la que en 1848 vió con la indiferencia, con la inhumanidad de una cruel madrastra, fallecer al infeliz anciano pidiendo limosna, ó poco menos, sin recordar que fue un soldado pundonoroso y digno en los memorables sitios de Zaragoza. Válame Dios con la patria de D. Vicente Alcober, que á pesar de poseer *cuarenta idiomas*, le ha recompensado hasta ahora dándole por junto (*¿risum teneatis?*) una plaza de escribiente en un Ministerio, con seis mil reales de dotacion:

Plaza que le quitó poco despues,
¿Lo creerás, buen lector? sin ton ni son,
Cual sucede en comedia ó entremés;
Y perdona mi justa indignacion,
Que no halla consonante..... ya lo ves,
Para finalizar mi clausulon.

Alcober nació el 19 de octubre de 1822. Estudió latinidad en Alcañiz, y filosofía en Zaragoza. Se han publicado varias biografías del famoso alcañizano en España y fuera de ella. Las mas honoríficas son las que salieron en París, es decir, en el *Diccionario universal de autores contemporáneos*, y en la *Galería de orientalistas europeos*. Cuando este políglota insigne acababa de cumplir los 30 años de su edad, el Sr. D. Ceferino Ceballos, gefe de la Cancillería del Ministerio de Estado y de la Interpretacion de lenguas, en una certificacion espedida el 23 de abril de 1853, que tengo á la vista, decia: «Que en virtud de orden »del Excmo. Sr. Ministro de Estado, Presidente del Consejo, su»frió D. Vicente Alcober y Largo, *en el acto y sin preparacion al»guna*, un examen de los idiomas hebreo, árabe, alemán, inglés, »latin, italiano, francés y portugués; que los examinadores que»daron satisfechos y convencidos de los vastos conocimientos »filológicos del Sr. Alcober; habiendo este declarado formal y »terminantemente, que conoce el griego, caldeo, samaritano,

»rabínico, holandés, sueco, danés, flamenco, y otra multitud de »idiomas y dialectos, lo cual no pueden certificar los examina»dores por no hallarse con suficiente idea de ellos.» Termina tan brillante certificacion con las palabras siguientes, que son tan decorosas para el caballero Ceballos y para el polígloto, como poco honrosas para todos los Ministerios, *para todos sin distincion*,, que han regido los destinos de España desde la citada fecha hasta el dia presente. Dice el digno gefe de la susodicha Cancillería: «Que la circunstancia de haber apren»dido el Sr. Alcober los idiomas citados, mas con su ingenio y »aplicacion que con los escasos maestros que ha tenido, le hace »acreedor á la generosa proteccion del Gobierno, para colocarle »en categoría mas ventajosa que la que tiene; no habiendo »podido serlo en el Ministerio de Estado, por ser ya mas que »suficiente el número de los indispensables para la interpreta»cion, y no haber artículo para ello en el presupuesto.»

La anterior certificacion se ha publicado en *letras de molde* mas de una vez; mas los Ministros y Ministerios *todos*, desde el año 1853, en que se imprimió la vez primera, hasta hoy, ¿qué han hecho en favor de un ciudadano tan pacífico y probo y digno como Alcober?

Lo mismo, ó patria amada,
Que los chicos que van á las escuelas,
O lo mismo que el Gran Cascaciruelas,
Que despues de hacer mucho..... no hizo nada.

Como buen español que soy, por la misericordia de Dios, he querido recordar dicha certificacion, por si hay algun Ministro ó Consejero del actual Regente del reino, que diga al buen Señor D. Francisco Serrano y Dominguez (con cuya fina amistad me honro desde el año 1834), que diga, repito, *lo que vale y de lo que es digno* el honradísimo polígloto aragonés.

Mi madre me predica,
Mas yo le digo:
Predicar en desierto
Sermon perdido.
Esto es tan cierto,
Como al que un ojo arrancan
Lo dejan..... tuerto.

Entre col y col..... chuleta. Aunque parezca un episodio inútil y ocioso (y quizá lo sea) el presente párrafo, no quiero, lec-

tor carísimo, que se me pudra en el cuerpo, ni se me quede trasconejado en el tintero. En 1834 y 35 era Capitan General de Aragon el digno Mariscal de campo D. Francisco Serrano, padre del *Duque de la Torre*. Yo entonces fuí desde Alcañiz á Zaragoza, deseoso de pedir una capellanía castrense con destino al ejército del Norte, mandado por el *joven caudillo*, como llamaban entonces al ilustre, al ínclito General D. Luis Fernandez de Córdoba. Dió la feliz casualidad que en casa del alcañizano D. Ambrosio Sanchez (escelente caballero), condiscípulo y amigo íntimo de mi difunto padre (q. e. p. d.), encontré un dia de visita al hijo ya citado del Capitan General mencionado. Con tan plausible motivo no tardamos en simpatizar y hacernos amigos el joven D. Francisco Serrano y Dominguez y yo, el cual tuvo la bondad de presentarme á su respetable y bondadoso padre, quien á la primera indicacion mia, me dió inmediatamente una breve y espresiva carta de recomendacion para su amigo el Ilmo. Obispo de Sigüenza, Patriarca entonces de las Indias, que produjo por supuesto muy en breve el apetecido resultado, despues de sufrir yo (como era justo) un detenido examen de Teología moral, de latin y de otras materias, en que el Subdelegado Castrense, por orden del prelado, quiso ver por sus ojos si era yo capaz de desempeñar el curato castrense. El amable Capitan General me solia llamar *tocayo*, aludiendo á nuestro idéntico apellido *Serrano*. Por aquellos dias tuve que ver y consultar muy despacio los *Anales de Aragon*, porque llevaba entre manos un artículo con ribetes de erudito para *el Mensagero aragonés*, periódico de Zaragoza, en que yo escribia de vez en cuando. Por esta razon, en uno de nuestros mas doctos y graves analistas leí la curiosa noticia, *de que todos los que llevan un mismo apellido, son deudos ó parientes mas ó menos aproximados ó lejanos, como originarios de un mismo tronco.* Daba la casualidad entonces que el benemérito Capitan General (*que era andaluz*) se apellidaba *Serrano*. Yo, que soy aragonés *por todos mis cuatro costados*, soy *Serrano*, y el pregonero de Zaragoza, que era manchego, se apellidaba tambien *Serrano*. Sin volverme calvo de discurrir, me ocurrió al punto la reflexion, que si el sabio analista susodicho tiene razon, yo ni perdia ni ganaba con ser deudo de los *Serranos todos*, ó lo que es lo mismo, pariente del pregonero zaragozano y del Capitan General. Entonces duraba todavía la estúpida preocupacion de que hay oficios ó destinos innobles y bajos. Lo que es innoble y bajo en superlativo grado, es el vicio y el crimen. La virtud (que es noble por esencia, presencia y potencia) puede muy bien adornar y enaltecer, lo mismo á un pregonero, que al monarca mas poderoso de los monarcas nacidos y por nacer.

Esta es verdad, lector, de Pero Grullo,
Que á la mano cerrada llama puño.

Lo que rieron el buen D. Francisco Serrano y su hijo, y toda la numerosa tertulia que lo visitaba por la noche en la Capitanía general de Zaragoza, cuando yo le hablé de este asunto, y de la opinion del analista, y del apellido del pregonero, no es fácil decirse en pocas palabras. Entonces era yo muy joven, y con esto quiero decir, que sabia casi de memoria toda la *Eneida*, lo que no me sucede al presente, pues á veces me olvido hasta de *Musa Musæ*, por cuya causa quedaron *turulatos* varios tertulios cuando les dije con mucha formalidad, aunque riendo como pudiera reir el mismo Demócrito, que el apellido *Serrano* era de mas antigua fecha que la mayor parte de los apellidos de Europa y del mundo entero, inclusos los apellidos de los Reyes y Emperadores de mas vetusta y añeja alcurnia, puesto que de mas de un *Serrano* se hacia mencion en el inmortal poema citado; por ejemplo en el libro 6.°, verso 844, en que dice el vate:

Fabricium, vel te sulco, *Serrane*, serentem,

en que habla Virgilio del austero Cincinato, dos veces dictador, y muchas mas, vencedor de los enemigos de su patria; lo que no impidió que siendo *octogenario* cultivara su campito de cuatro yugadas de tierra, el cual araba y *sembraba* por sus propias manos. Del *sero*, *seris*, verbo latino, parece se le apellidó *Serrano*. Por lo menos así lo dice terminantemente un docto comentador, por estas literales palabras: *octogenarius ex agro quatuor jugerum, quem arabat ipse et serebat, ad magistratum eductus, unde* Serrani *cognomen habuit à serendo*. En el verso 335 del 9.° libro de la susodicha Eneida se habla de otro Serrano, que lejos de contar ochenta Navidades como el respetable Cincinato, era un *pollo* ó mozalvete, ó cosa parecida:

Et juvenem Serranum, illa qui plurima nocte
Luserat, insignis facie, etc.

En el verso 454 del mismo libro, tenemos otro *Serrano* en campaña, muy diferente de los otros dos:

Primis una tot cæde peremptis
Serranoque, Numaque. Ingens concursus ad ipsa
Corpora, etc.

Tambien Tito Livio nos habla de un Cayo Atilio *Serrano*, Pontífice Máximo, durante la invasion y victorias alcanzadas por el terrible Anibal en Italia.

El Regente del reino, el pregonero mencionado y yo, ¿descenderemos de alguno de los tales Serranos? Mas fácil es creerlo, ó no creerlo, que averiguarlo. Vuelvo á mi querido Alcober. Lo que yo quisiera es saber tantos idiomas como sabe este filólogo. Lo de los Cincinatos y *Serranos*, que vivieron hace mas de veinte siglos, importa muy poco.

El perínclito alcañizano abrió años pasados en esta Corte, y en la calle Ancha de San Bernardo, *una Academia universal de lenguas*,

> En que esplicaba el joven bonachon
> Idiomas y dialectos muy variados.
> ¿Y qué sacó, lector de mis pecados?
> Lo mismito que el negro del sermon:
> *En la cabeza ardor, los pies helados.*

¡Cosas de España! Y no me digas amostazado, lector mio, que esto consistiría en que nadie tendria noticia de aquel establecimiento, porque si tal dislate profieres, pondré ante tus ojos veinte ó treinta periódicos de todos los matices, que salian á luz en aquella época, los cuales hablaron largamente del alcañizano y de su Academia. Para prueba de lo que acabo de decirte, copiaré las literales frases de algunos pocos, porque sería interminable copiarlos todos. Otra cosa quiero añadir, muy honrosa por cierto para la prensa periódica, y es que en cuanto al polígloto, por lo menos, *todos* los periodistas fueron de *una misma opinion*, reconociendo el mérito indisputable del docto aragonés. ¡Loado sea Dios! Aunque en materias políticas se trataban (como ahora) como espadachines, ó enemigos encarnizados, en esta cuestion científica y literaria, parecian los periodistas monjitas ó beatas, que responden *Amen*, *Amen*, cuando reza el sacerdote las oraciones y preces de la Iglesia.

La *Iberia* en 10 de enero de 1857 se esplicaba de este modo:

«Proteccion nacional. Hemos leido un prospecto de la Acade»mia de lenguas, que el Sr. D. Vicente Alcober ha estableci»do en esta Corte, y creemos justo llamar sobre él la atencion »de nuestros lectores, por lo que en ello se interesa la instruc»cion pública. El Sr. Alcober, que á la edad de 31 años poseia »cuarenta idiomas y dialectos, debiendo estos conocimientos, »mas bien á su ingenio é infatigable aplicacion que á los maes»tros y paises que ha visitado, fue admitido por unanimidad, el

»año 1849, *Miembro ordinario de la Sociedad Asiática de París*, tan »luego como esta tuvo noticia de los vastos conocimientos filo- »lógicos de nuestro compatriota. Nuestro colega el *Clamor* en su »número de 28 de setiembre de 1854, ocupándose de esta notabi- »lidad lingüística, decia: *En cualquier pueblo civilizado se le »aseguraria el resto de su vida á este hombre estraordinario; en »España nos contentaremos con no verle morir en un hospital.* Al Mi- »nisterio de Estado correspondia el haber tomado la iniciativa »para recompensar á un jóven que, sin recursos, casi sin maes- »tros, y por sola la fuerza de su ingenio, ha logrado alcanzar »tales resultados en la ciencia filológica, tan atrasada en Espa- »ña: pero ya que así no sea, exhortaremos al célebre políglota, á »que no desista del proyecto de generalizar sus conocimientos, »por medio del método racional y filosófico que ha inventado »para enseñar toda clase de idiomas, seguro de que obtendrá »beneficios, y se creará una posicion independiente cuando el »público le conozca, ya que nada debe esperar de nuestros Go- »biernos.» Hasta aquí la *Iberia*.

Al siguiente dia la *Península* se espresaba en estos tér- minos:

«Glorias nacionales. Recomendamos muy eficazmente á »nuestros compatriotas la *Academia de lenguas* dirigida por el »español D. Vicente Alcober. A la edad de 30 años posee este »eminente filólogo cuarenta idiomas y dialectos; siendo de notar »que han sido muy pocos los maestros que ha tenido, lo que po- »ne de relieve el fenómeno de sus felices disposiciones. La im- »portante Sociedad Asiática de París le cuenta en el número de »sus individuos. El Gobierno español le hizo merced de un os- »curo puesto en el Ministerio de la Gobernacion. Gracias á tan »lamentable desdén hácia los talentos útiles, nuestra juventud »tiene abierta una academia, donde hay clases ordinarias de los »idiomas hebreo, árabe, alemán, inglés, latino, italiano, portu- »gués y francés. Hay tambien clases estraordinarias de otros »muchos idiomas, que el Sr. Alcober conoce, no superficialmen- »te sino en su índole y filosofía; además de los estudios que ha »hecho del griego, caldeo, samaritano, rabínico, etc. Cuando »hace pocos dias hemos tenido que guardar un doloroso silencio, »al leer el anuncio de un profesor donde se revelaba la mas »completa ignorancia de la española (que ofrecia enseñar), tene- »mos la mayor satisfaccion en anunciar al público las lecciones »de D. Vicente Alcober, en la seguridad de que contribuimos á »una gloria del pais, y guiamos á los educandos hácia la sólida »instruccion.»

Debo advertir, que las palabras literales que acabo de copiar

de *La Iberia*, van acompañadas de otros elogios y períodos, que por ser algo largos, y porque repiten algunos de ellos lo que ya llevo dicho, no inserto en este lugar.

No gusto mucho de comparaciones, por lo odiosas que son casi siempre, segun la exacta observacion de Cervantes. Sin embargo, perdóneseme que hoy copie de *Las Novedades* del 13 de noviembre de 1856, el siguiente paralelo.

«Mezzofante y Alcober. Aunque no somos aficionados á los »paralelos, hay ocasiones en que no podemos resistir á la tenta»cion, y esta es una de ellas.

»Hubo en Italia un hombre que asombró al mundo con sus »conocimientos lingüísticos; poseia cuarenta ó mas lenguas y »dialectos: hay en España otro hombre que posee igual ó mayor »número de lenguas ó dialectos. El hombre de Italia era el »Cardenal Mezzofante; el hombre de España es el profesor Alco»ber. A Mezzofante le fueron favorables todas las circunstancias; »á Alcober todas, hasta hoy, le han sido adversas. Mezzofante »encontró proteccion en todos los gobiernos de su patria; Alco»ber no la ha encontrado en ninguno de la suya. Mezzofante »era italiano; Alcober español, y esto basta para su desgracia. »El italiano llegó á Cardenal y á Ministro de instruccion pública »en los Estados Pontificios; el español ha vivido en un rincon, »ocupando una miserable plaza de escribiente en el Ministerio »de la Gobernacion. A Mezzofante todos le han aplaudido y pre»miado en su patria; á Alcober le han adulado algunos egoistas »poderosos, porque le han necesitado, y en seguida le han de»jado en la pobreza y olvido. Mezzofante ha llegado á una vejez »mas que regular; Alcober apenas pasa de 30 años. Mezzofante »ha muerto sin hacer nada por la ciencia de las lenguas, ha »brillado como un meteoro, sin dejar tras de sí mas que una me»moria perecedera; Alcober propaga sus conocimientos lin»güísticos, por medio de la enseñanza, en una academia que tie»ne establecida en Madrid, y los propagará todavía mas por la »publicacion de las obras que tiene preparadas. ¿Cuál de los dos »políglotos tiene mas mérito? ¿Cuál de los dos es mas acreedor á »la consideracion del mundo civilizado? Nuestras simpatías se »van desde luego hácia nuestro compatriota, sin que por ello des»conozcamos el estraordinario mérito del célebre Cardenal; y »creemos que el Gobierno español debiera dar algun estímulo al »sábio modesto que, lejos de la intriga, ha desempeñado duran»te muchos años una plaza de escribiente, y que se afana por »adquirir conocimientos lingüísticos, para difundirlos despues »por medio de la enseñanza.»

Voy á terminar esta reseña con las palabras testuales del

alcañizano Sancho y Moreno, último biógrafo de aquel políglota insigne. Mi carísimo D. Nicolás dice así:

«El *Porvenir*, el *Diario español*, la *Esperanza* y sobre todo la »*Revista de Instruccion pública*, hicieron los mayores elogios de »Alcober, y recomendaron altamente su mérito y producciones. »¿Qué mas puede decirse de él? A pocos ha elogiado la prensa »tan eficaz y unánimemente, lo cual nos escusa á nosotros de »todo género de comentarios.»

EPÍLOGO.

En los diez artículos anteriores (carísimo lector ó amabilísima lectora), á fuerza de vigilias y de revolver libros, *en folio* algunos de ellos (por lo que no son muy leidos en este siglo del vapor y del telégrafo), he procurado darte un *brevísimo compendio* de la historia de Alcañiz, donde nací hace muchos años, y lo que es mas importante, donde tuve la dicha de ser cristianado por el cura Mosen Moya, que despues fue canónigo muy digno de aquella entonces colegiata, y hoy parroquia miserable y pobrísima, como la mayor parte de las parroquias de España. Dios mueva el corazon del ciudadano Figuerola, actual ministro de Hacienda, y Consejero, no de la Corona, que no existe, sino del Regente del reino, mi *tocayo* de apellido, á fin de que el clero de Alcañiz y de toda España sea mas atendido y considerado que hasta el presente. Tentado estoy por añadir *tarde piache*, como á Quintana decia Mor de Fuentes, en la epístola de recomendacion que copié en la página 4 de este libro; pero no digo nada, para que no se enfade y amosque D. Laureano (muy señor mio). Tampoco aludo á S. E., ni á ningun compatriota suyo en particular, al repetir aquí la breve historia siguiente, que me contó mi queridísimo y nunca olvidado Balmes, un dia que tuve la honra de dar un largo paseo por el *Retiro* de Madrid con aquel sabio, modestísimo y santo varon. Un ricacho, dueño de un *ingenio* de Cuba, en que trabajaban todo el dia *como negros* algunos infelices esclavos, recien llegados á la Antilla desde el interior del Africa; el indigno, cruel y feroz y bárbaro amo comenzó á dar latigazos á un pobre viejo, enfermo por añadidura, cuya tez era como la tinta; sin acordarse el infame europeo que los blancos y los negros, y los mulatos y los hombres todos, *somos hijos de Dios*, ni mas ni menos que los Reyes y los Papas. El infeliz anciano calló en presencia de su verdugo, sin abrir los lábios para quejarse de aquel ferocísimo señor. Mas no bien este volvió la espalda, se postró el desdichado negro en tierra, y le-

vantando sus ojos y manos al cielo, dijo con sublime y cristiana resignacion: *Dios mio, ¡quién fuera blanco, aunque fuera catalan!* Adviértase que el sayon, dueño del *ingenio cubano*, era paisano de Suñer y Capdevila. No sé (porque Balmes no me lo dijo) si aquel *buen señor* era tan *católico y temeroso de Dios*, como lo es el perínclito y famosísimo diputado por Gerona en las Cortes Constituyentes. El negro era cristiano, y por lo visto, muy buen cristiano.

No es esta la primera vez, querido lector, que escribo en loor de *Alcañiz* y *de sus hijos ilustres*. Ya en *el Henares*, periódico literario de Guadalajara, n.° 17, que salió el 26 de abril de 1846, publiqué un largo artículo con doce reseñas biográficas de los doce mas notables alcañizanos. Años despues procuré mejorar aquella obrilla, y con bastantes adiciones la publicó la *Revista de Ciencias y Artes de Sevilla*, tomo 3.°, pág. 17, en 1856. Finalmente, estos diez artículos hasta la biografía, *inclusive*, de mi virtuoso y venerable tio el *Dorador*, se publicaron en el *Bajo Aragon*, periódico semanal, que salió en Alcañiz, desde 7 de setiembre de 1867 hasta el 18 de julio del siguiente año. Por falta de suscritores murió aquel periódico en dicho dia, consagrado por la Iglesia nuestra Madre á celebrar el martirio de Santa Sinforosa y de sus dignísimos siete hijos. Por la misma razon mueren casi todos los periódicos españoles. En la biblioteca nacional hay 172 volúmenes del *Journal des Savans*, periódico científico y literario, que comenzó á publicarse en la nacion vecina en 1665. En la biblioteca del difunto Marqués de Morante hay no pocos tomos mas de tan importante publicacion. ¿Cuándo saldrá en España otra coleccion como esta, y por tantos años?

Sin que yo te lo jure, lector benévolo, me creerás de seguro al afirmarte, que para ensalzar dignamente á mi pueblo natal, quisiera yo poder decir aquí lo mismo que el orgullosillo y vanidoso Horacio en la última oda del tercer libro de sus inimitables cantos.

Exegi monumentum ære perennius
Regalique situ piramidum altius,
Quod non imber edax, non aquilo impotens
Possit diruere, aut innumerabilis
Annorum series et fuga temporum.
Non omnis moriar, multaque pars mei
Vitabit Libitinam, etc., etc.

Basta de latines, que son de *mal gusto* en este siglo descreido, prosáico, metalizado y *desaborío*, como dicen los andaluces. Allá

van en lengua española, y en fácil romancillo, los pensamientos del *Príncipe de los líricos antiguos y modernos*, ó sea una parodia de la oda de Horacio, oda que vale mucho menos que otras suyas. Esto no lo digo yo, lo dice nuestro difunto Javier de Burgos, que estuvo *cuarenta años* trabajando y sudando el quilo para dar una version digna de Horacio y de la lengua de Alfonso el Sábio. Quiero añadir, porque es la verdad, que ninguna de las otras naciones tiene mejor traduccion del vate latino, y unos comentarios mas instructivos y eruditos de tan elevado ingenio, honor del antiguo Lacio, como la que tiene España. Tampoco esto lo digo yo. Lo dijeron con honrosa franqueza sábios humanistas de allende, cuando se publicó en París, en 1834, la preciosa edicion políglota de todas las obras del Venusino, dirigida por Monfalcon.

IMITACION DE HORACIO.

ROMANCE.

Quisiera, noble Alcañiz,
En vez de blanda zampoña,
Que la benéfica Euterpe
Me dió en tu vega dichosa,
Pulsar la dorada lira,
Aquella lira sonora,
Do Augusto y Mecenas viven,
Y el prez de la antigua Roma.
Entonces ¡ay! mis cantares
A las edades remotas
Llegarian, y con ellos
Tu nombre, tus altas glorias.
Entonces mi dulce plectro,
De la fama voladora
Rival, cuando blanda suena
Aquí y en opuestas zonas,
Eterno como las cumbres
Del Idúbeda frondosas,
Que del manso Guadalope
Los verdes campos coronan,
Sobreviviera á las tumbas
Donde Napoleon reposa

Y Wasington, *muy mas grande*
Que aquel opresor de Europa.
Sobreviviera á la Alhambra,
Que se arruina y desmorona,
A pirámides de Menfis,
Y de China á las pagodas.
Sobreviviera al grandioso
Escorial, que la memoria
Del hijo de Carlos Quinto,
Mudo á los siglos pregona.
Mas ya que el numen del canto,
Cuando amaneció mi aurora,
No me sonrió bondoso
Cual á Melendez y Arolas,
En vez de sublimes versos
Y de perdurables trovas,
Te ofrezco, patria querida,
Mi desaliñada prosa.
Si es el don que te consagro,
Pobre y humilde, ¿qué importa?
Yo soy uno de tus hijos,
Y tú mi madre amorosa.

He recordado á mis buenos lectores el glorioso nombre de los alcañizanos vivos y difuntos, que por sus cristianas virtudes, por su talento y ciencia, ó por sus hechos de armas, honran al pueblo donde nacieron. Pudiera hablar de otros eruditos y escritores de Alcañiz, de quienes hay no pocas noticias bibliográficas en la difusa y ya rarísima obra del racionero D. Felix Latassa, donde, si gustan, pueden verlas mis lectores. Por mi parte nada diré de aquellos, ya por no acrecer el volumen de esta obrecilla, ya tambien porque los ingenios omitidos en los precedentes artículos, fueron mas dignos de loa por su aplicacion y laboriosidad, que por su talento y sus luces.

Solo añadiré que Alcañiz es una poblacion tan reducida, que *entre chicos y grandes*, como allí se dice vulgarmente, no llegan á *diez mil almas;* ó si se enfadan los materialistas (lo cual me tiene sin cuidado), *á diez mil seres racionales*. Tambien es preciso no olvidar, que á escepcion de la *Carolina*, de la *Carlota*, de la *Isabela* y demás poblaciones fundadas por nuestro buen Carlos III, de feliz memoria, Alcañiz es quizá la ciudad mas moderna de la península española. Ya indiqué anteriormente que su fundacion se debe al gloriosísimo y renombrado Alfonso I de Aragon, que arrojó á los moros de *Alcañiz el Viejo*, á quien ellos

dieron el nombre de *Alkanit;* no constando con la misma evidencia que la ciudad antigua fuera la vetusta *Anitorgis*, *ó ciudad de las lanzas* ó *de los lanceros*, como nos dice el eruditísimo canónigo Cortés, que se empeñó (aunque en vano) en *demostrar* esta opinion, que no pasa de ser mas ó menos probable, pero no llega ni llegar puede por ahora á ser demostracion. Quizá no sería difícil saber á ciencia cierta si *Alkanit* fue ó no fue la antigua *Anitorgis*, contemporánea de nuestro perínclito Orison, del indomable Viriato, y de los invictos caudillos de Numancia, Retógenes Caraunio, Aluro y Megara. Haciendo escavaciones en las vetustas ruinas de *Alcañiz el Viejo*, tal vez se encontrarian lápidas, medallas, inscripciones ú otras antiguallas que descubriesen la verdad, bastante oscurecida al presente, á pesar de haber intentado dicho Cortés, con mas celo y constancia que buen éxito, averiguarla á todo trance. Lo único, en mi opinion, que averiguó tan laborioso escritor (y no es poco averiguar), fue que Alcañiz no es ni la *Ergávica* ni la *Leónica* de los tiempos primitivos. A falta de otro nombre conocido, en la *Leyenda religiosa en loor de la Virgen de Pueyos*, que seguirá á esta modesta prosa, llamaré *Anitorgis* á dicha poblacion, por no saber á punto fijo si tuvo ó no tuvo otro nombre en los tiempos prehistóricos. Por otra parte, bien considerada la cuestion, en cierto modo *no merece la pena*. ¿Y por qué? Porque *le nom ne fait rien à la chose*, como dicen (y dicen bien) nuestros vecinos de allende los Pirineos. Lo que importa y mucho es la indisputable gloria de la actual Alcañiz, por ser madre de tantos hijos ilustres antiguos y modernos. Esto es lo que me propuse probar desde un principio, y, gracias á Dios, lo he podido demostrar con razones, y sobre todo con hechos, que es el verdadero modo de probar las cuestiones. Cuando solo se prueban estas con palabras, pueden destruirse fácilmente con razones ó argumentos mas convincentes, sólidos y poderosos. No sucede lo mismo con los hechos; son indestructibles por naturaleza.

Quise probar y he probado, que desde la fundacion de mi pueblo natal hasta hoy brillaron y brillan alcañizanos muy dignos. Si no has olvidado, lector querido, el nombre del Capitan Diego de la Torre, uno de los valientes que acompañaban á D. Jaime el Conquistador en sus gloriosas lides contra los musulmanes; si tienes presente al preclaro Cardenal Ram, que floreció en el siglo XIV y XV, y á los ilustres neolatinos de los dos siglos siguientes, Palmireno, Sobrarias, Andrés, Ruiz de Moros, etc., etc.; y si por un momento quieres parar mientes en los vivos, Sancho y Moreno, Espallargas y Alcober, no inferiores en talento á los escritores susodichos de época

lejana, verás por tus propios ojos, lector benévolo, que no he querido engañarte como engañan algunos escritores contemporáneos (y esta verdad no es mentira) diciendo *lo que no saben*, y sosteniendo opiniones *políticas y no políticas* que están ellos muy lejos de abrigar ó profesar con fe y conviccion profunda. Hace mas de veinte años hablé *una sola vez* por casualidad á un ateo (tan ateo como Suñer y Capdevila) que acababa de llegar á Madrid, deseoso de escribir en un *periódico cualquiera*. El negocio para él era hacer dinero con la péñola en ristre. No pudiendo encontrar periódico ni editor que quisiera encargarse de publicar sus impíos y sacrílegos escritos, mudó de parecer, y como no escaseaba de instruccion y talento, comenzó á escribir otros artículos muy religiosos y cristianos, con los que hizo algun caudalejo, que hubiera aumentado sin duda, si Dios no hubiera atajado los pasos y abreviado la vida de aquel miserable. No tenia el demonio por donde desechar al hipocriton audaz y libertino. Pudiera aplicársele muy bien el epitafio que Jovellanos escribió para el sepulcro de otro mal vicho muy semejante.

.....Jugó, perdió salud y bienes,
Y sin tocar á los cuarenta abriles,
La mano del placer le hundió en la huesa.

La muerte de aquel desventurado fue horrible y espantosa á los ojos del cristiano. Mal empleado ingenio, mal empleado estudio, mal empleada instruccion, la que no tiene por base *el santo temor de Dios*. Mucho mas vale la ignorancia modesta y sencilla del pastor Espallargas, que nos dice como ya saben mis lectores,

Que pocas veces la ciencia
Se junta con la inocencia;

cuyas palabras, bien profundas y notables por cierto en aquel rústico y sencillo alcañizano, se entienden de aquella *ciencia* que *inflat*, como dice el Apóstol. Los incrédulos opinan de distinto modo. No importa. Mi paisano el pastor tiene razon, y aquellos no pueden tenerla por desgracia suya y fortuna de los que tenemos la dicha de creer, no en brujas, pero sí en todo lo que nos manda creer nuestra Santa Madre la Iglesia. Basta de sermon. Vuelvo á mis paisanos, aunque antes necesito decir pocas palabras sobre la *cosa pública* de España en las presentes calendas. Hace ya muy cerca de dos años que se hundió el trono español, quedando sumergido y sepultado al parecer en el fondo de caudaloso rio y bajo el *Puente de Alcolea*. Como yo no soy

aquí el analista ó escritor de nuestra historia contemporánea, sino un modesto y sencillísimo narrador de las glorias y tradiciones de mi pueblo natal, y panegirista imparcial de los alcañizanos distinguidos, me contentaré con decir que estamos en un *interregno*, tan largo ya casi como el que siguió en Aragon á la muerte del Rey D. Martin al comenzar el siglo XV. No bien cerró sus ojos aquel buen monarca, se presentó con todos sus horrores la anarquía mas feroz, y la guerra civil (Dios nos libre de tamaña calamidad) con todo su infernal séquito de horrores y venganzas, sangre y desolacion que son consiguientes. Baste decir que un infame, y villano, y cobarde, y sacrílego Conde asesinó entonces alevosamente al respetable Arzobispo de Zaragoza, que seguia opuestas banderas. Iniquidad tamaña no volvió á deplorarse en la España católica hasta 1822, en que el bárbaro General Roten (afortunadamente no era español) mató á traicion y por la espalda, en Cataluña, al docto y virtuoso Obispo de Vich, que habia sido capellan de regimiento en los cinco años que duró nuestra guerra de la Independencia contra Napoleon I.

Al ver los próceres aragoneses, ó mejor dicho *los padres de la patria*, que la tea de la discordia ardia sin cesar, y que el incendio que habia ya producido, amenazaba ser inestinguible, llenos de noble y cristiano patriotismo, reuniéronse *en parlamento*, y dijeron *unánimes* á la gente de guerra, que se hostilizaba con infernal encarnizamiento: *Abajo las armas. Todo el mundo en su casa, y Dios en la de todos. Basta de lides intestinas y bárbaras.* ¡O prodigio de la virtud! ¡O prodigio del amor patrio! ¡O prodigio del principio de autoridad! Aquellos dignos descendientes de los indómitos almogábares, que con Alfonso *el Batallador* y Jaime I habian anonadado á los moros de Mallorca y Valencia, y á las órdenes de Roger de Flor, Corbalan y Berenguer de Entenza, habian vencido á griegos y turcos en Oriente; aquellos mismos aragoneses de tez denegrida, y torvo semblante, y mirar ceñudo, y gesto amenazador y terrible; aquellos mismos aragoneses, á *la voz de la ley* dejan las armas, y se retiran dóciles y pacíficos á sus lares, tan obedientes y sumisos como adolescentes novicias, que á la voz de la campana ó de la Madre Abadesa, dejan el paseo y esparcimiento por el jardin ó la huerta de su monasterio, y acuden inmediatamente al coro para rezar el Rosario ó cantar Maitines. ¡Admirable hazaña, que no vieron jamás los siglos, y (lo que es mucho de lamentar) no volverán tal vez á verla las futuras generaciones! Poco tiempo habia trascurrido, cuando reunidos algunos ancianos en el *Parlamento* de Alcañiz, y nueve *jueces*, algunos meses despues, entre los que los mas

notables fueron San Vicente Ferrer y D. Domingo Ram, fue nombrado *Rey de Aragon* el dignísimo Infante *D. Fernando de Antequera*, uno de los mas preclaros monarcas de cuantos reinaron en Aragon, en España y en todas las naciones de la tierra.

Carísimo lector, á pesar del consabido *stultorum infinitus est numerus*, creo de buena fe que tú no perteneces al numeroso catálogo *de aquellos*, que suponen que los hombres del siglo presente valemos mas que los de otros siglos. Válame Dios con el *siglo de las luces*. Aquí pega (ó me equivoco mucho) el toscano epigramita, conocido de los eruditos, que traducido felicísimamente por un ingenio nuestro contemporáneo, se publicó años pasados en un periódico. Dice así:

En tiempo de las bárbaras naciones
Colgaban de una cruz á los ladrones:
En el *siglo* que llaman *de las luces*,
A los ladrones se les cuelgan cruces.

Esto no lo dice un español, sino un poeta italiano. Siempre es un consuelo, aunque consuelo de tontos. Mal de muchos, etc. En todas partes cuecen habas, etc.

He dicho, y lo repetiré una vez mas, que las Cortes aragonesas del siglo XV, y San Vicente Ferrer, y D. Domingo Ram, y otros preclitos varones, guiados únicamente por la virtud, ó lo que es lo mismo, por el mas puro y santo amor á su patria, fueron el iris de paz y de salvacion en la deshecha tormenta que amenazaba ya de cerca destrozar y sumergir la nave del Estado. Aquellos probos y diestros pilotos evitaron el naufragio, y eligieron un rey dignísimo, que mas que monarca, fue el padre del pueblo aragonés.

Dios quiera en su infinita misericordia que dentro de poco, de poquísimo tiempo, podamos los españoles cantar el *Te Deum*, como lo cantaron en Caspe los aragoneses la mañana del 28 de junio de 1412, entonado por el dicho ilustre alcañizano, Obispo entonces de Lérida, que celebró de Pontifical la Misa del Espíritu Santo, despues de cuyo augusto sacrificio predicó el apóstol de Valencia. *Alegrémonos, y regocijémonos y glorifiquemos al Señor*, dijo el piadoso orador con el evangelista San Juan, al comenzar su inspirado y edificante sermon. *Gaudeamus et exultemus, et demus gloriam ei.* Dios quiera en su infinita misericordia, que en el trono de San Fernando y de Isabel la Católica se siente pronto, muy pronto, un rey que no se olvide jamás (son palabras literales de San Vicente Ferrer, pronunciadas entonces desde la cátedra de la verdad), que no se olvide: *Que debe en todo género de*

virtud allegarse lo mas cerca que pudiese para imitar la bondad divina. Todo lo que en los demás se halla de hermoso y honesto, es razon que él solo en sí lo guarde y lo cumpla. Que de tal suerte se aventaje á sus vasallos, que no le miren como hombre mortal, sino como á venido del cielo para bien de todo su reino. No ponga los ojos en sus gustos, ni en su bien particular, sino dias y noches se ocupe en mirar por la salud de la república y cuidar del procomun.

No añadiré una sola palabra á las del Santo, porque sería una temeridad, y una especie de sacrilegio por parte mia.

Capítulo de otra cosa. *Señores, por variar, ahí va la mesma.* Así decia un ciego en la Puerta del Sol dias pasados, que segun se ve, no sabia el pobre muchas coplas, por cuya razon solia repetir dos y mas veces

Con falsete de cigarra
Cuando en el estío chilla,
Una que otra seguidilla
Al son de bronca guitarra.
Un estudiante gallego,
Muy amigo de hacer bien,
En menos de un santiamen
Dictó versillos al ciego.
Yo pasaba por allí,
Y como soy tan curioso,
Del escolar bondadoso
Varias coplas aprendí.
Oye del nuevo Chinchol,
Lector mio, seguidillas,
Que además de muy sencillas,
Género son español.

1.ª

Al pasar por mi puerta
Estornupiste;
Allí estaba yo estonces,
¿Por qué no entriste?
¡Ah! tia Ramona,
¿Cuándo tendrá la España
Rey con corona?

2.ª

Así triste cantaba
Una gallega
Del Sil, famoso rio,
Allá en la vega;

Su vieja tia,
Entre vaquiñas flacas,
Le respondia:

3.

«El rey digno de España
»Que venga luego,
»Y no morirá de hambre
»Tanto gallego.
»¡Ah! por Santiago,
»De hambre perece el cura,
»De hambre el monago.

4.

»Nuestro Señor piadoso
»Tanta laceria
»Remedie, y tantos males
»Que hay en Iberia.
»Venga rey luego,
»Para que no se muera
»Tanto gallego.»

Lleno de angustia y dolor
Al oir al trovador,
Yo me marché suspirando,
Con toda el alma esclamando:
Su voz escuchad, Señor.
Apiadaos de la España,
De la España sin ventura,
Que ya el cáliz de amargura
En calamidad tamaña
Con resignacion apura.
Perdon, mi Dios; enviad
En vuestro amor y bondad
A mi patria digno rey,
Que con la espada y la ley
Ejerza la autoridad.
¡Qué tormenta!.... mis oidos
Ya escuchan, ya, los bramidos
De las turbulentas olas.
....
¡Desatentados partidos!
¡Pobres glorias españolas!

Basta de lamentaciones. Venga lo que Dios quiera. Mas que morir no será. De todos modos la muerte es inevitable, y á los viejos como yo, poco tiempo nos han de engañar y martirizar *cuatro miserables* (tal vez no lleguen á cuatro) con sus bromas algo pesadas. Así lo dice la voz comun y fama pública, y quizá tenga razon esta vez la *voz del pueblo español*, diga lo que quiera Feijoo. Tambien los sábios suelen equivocarse, como los que no lo somos. Punto redondo.

Me retiro y alejo del fangoso y resbaladizo terreno de la política, porque no quiero mancharme y embarrarme *à planta pedis usque ad verticem capitis*, ni meterme contra mi costumbre en honduras, *unde pedem proferre pudor vetet, aut operis lex*, como dice el autor de la *Epístola á los Pisones*, aconsejando á los poetas que no escriban versos, como dicta el sentido comun, superiores á sus fuerzas intelectuales. Perdona, lector querido; se me calentó un poco la cabeza, se me exaltó algo la bilis, y se inflamó bastante mi corazon indignado (que es muy español), recordando la prosáica política de estos tiempos. Considerando, empero, que la misericordia de Dios se ha mostrado siempre patente y visible en favor de la patria de los Isidoros, Leandros y Teresas de Jesus, se tranquilizó mi perturbado espíritu, esperando con resignacion y calma, los bienes ó los males que se digne enviar á España su paternal Providencia.

Para mejor inteligencia de la siguiente *Leyenda*, ten la bondad de darme tu benévolo permiso, para añadir un breve párrafo á la prosa larga que precede. Voy al caso.

Don Alfonso I de Aragon, llamado el Emperador, y el *Batallador* mas comunmente, es, como ya dije, el fundador de Alcañiz.

En 1119 aquel valeroso Príncipe venció á los musulmanes de Alkanit, poblacion antiquísima que habian ocupado cuatro siglos sin interrupcion, es decir, desde la entrada y dominacion de Tarik y Muza en España.

Ocupada la poblacion celtíbera por los moros, parece que con el trascurso del tiempo tomó el nombre de Alkanit, del caudillo Alhaaka, uno de los muchos jefes del Islam que recorrieron las vegas del Guadalope y dominaron aquel país.

Conquistada por el *Batallador*, como Zaragoza y otras cien poblaciones de la Celtiberia, de la Edetania, y en fin, del vasto país que se llamó posteriormente *Reino de Aragon*, Alkanit quedó muy pronto despoblada y oscurecida en las sombras del olvido, porque el previsor y religioso D. Alfonso erigió una pequeña iglesia gótica, y un castillo, en la cumbre del altísimo y escarpado cerro, donde colocó su campo atrincherado antes de comenzar el sitio de Alkanit. Lanzados los infieles de la ciudad, los

cristianos fijaron su residencia en torno de la fortaleza y templo dedicado á Santa María Magdalena, de quien era muy devoto el esforzado y piadoso Monarca: tal es el origen y fundacion de Alcañiz.

La santa Imagen de la Virgen de los *Pueyos* es venerada en las inmediaciones de la ciudad desde el tiempo de la reconquista. Una antigua y piadosa tradicion, que conservan respetuosamente los alcañizanos, dice que María Santísima se apareció á un pastorcillo de Alkanit que apacentaba su ganado por aquellos montes, y en premio de su inocencia, de su fe cristiana, de su humildad y devocion ardiente, le dejó, para su consuelo y e de los demás hijos del país, aquella Imagen preciosa, que es bellísima, artísticamente considerada.

Don Pedro Librana, que ocupa, como es justo, un lugar muy distinguido en esta humilde Leyenda, fue uno de los mas ilustres Obispos del siglo XII, como se colige de lo que refiere el insigne Zurita, y otros historiadores aragoneses no menos graves. Nombrado por Don Alfonso primer Obispo de Zaragoza en 1116, es decir, dos años antes que la ciudad heróica fuese reconquistada por el *Batallador*, á ruegos de este valeroso y cristiano príncipe fue consagrado D. Pedro por el Sumo Pontífice Gelasio II, que se hallaba casualmente dicho año en Alest de Languedoc, haciendo heróicos esfuerzos para estinguir el cisma que afligia entonces á la Cristiandad.

Por esta razon, y lleno además el Padre Santo de religioso y dulcísimo júbilo por las contínuas y brillantísimas victorias que conseguia contra los moros el ejército aragonés, acaudillado por su Rey dignísimo, le escribió Su Santidad una paternal y afectuosísima carta, *llena de amor, gratitud y bendiciones, que alegró sobre manera al Emperador, al ejército y á la Iglesia de Zaragoza*, como dice uno de nuestros mas doctos historiadores.

Don Pedro Librana no se separaba del lado de D. Alfonso ni aun en los campos de batalla, porque el príncipe lo consideraba como su mas prudente y leal consejero. Este prelado asistió al Concilio de Narbona, celebrado en la Semana de Pasion de 1129. Desgraciadamente para la Iglesia y el Estado, pocos meses despues, acompañando como siempre el respetable Obispo á su Rey invicto, terminó aquel su gloriosa carrera en el sangriento combate que dió el *Batallador* á los agarenos en las riberas del Giloca, entre Daroca y Cutanda. Murió el Prelado *por la fe y por el emperador*, como dice el erudito Fr. Lamberto de Zaragoza, al terminar, en su apreciable Historia de las iglesias de Aragon, el digno elogio del venerable Obispo.

Madrid 4 de junio de 1870.

ALCAÑIZ Y SU ERMITA DE LOS PUEYOS.

LEYENDA.

PRÓLOGO.

I.

En la famosa ciudad,
Madre de ilustres varones
Que prez y gloria á su patria
Han dado por todo el orbe;
En la cristiana Alcañiz,
Cuyos viejos torreones
Con su plácida corriente
Besa humilde el Guadalope,
Se ve antiguo santüario
De jaspes, granito y roble,
Que *la Virgen de los Pueyos*
Conocemos con el nombre.
Ermita graciosa y bella,
Templo católico donde
A Dios y á su Augusta Madre
Suenan sin cesar loores;
Porque los alcañizanos
Acostumbran dia y noche,
A los pies de aquella Imagen
Ofrecer sus oraciones.
Cuando con su blanda lluvia
No premia el cielo de bronce,
Del labrador laborioso
Las fatigas y sudores;
Cuando envia justiciera
La mano de Dios al hombre
Públicas calamidades,
Para que sus culpas llore;

Cuando la madre á su hijo
Ve del sepulcro en el borde,
Ó la desolada esposa
Moribundo á su consorte,
Todos acuden humildes
En tamañas aflicciones,
Implorando de la Virgen
La proteccion y favores;
Y á todos consuela, á todos
Ampara, alivia y socorre,
Porque María es la Madre
De los tristes pecadores.

RECUERDOS.

2.

En los maternales brazos
Me vió aquella sacra ermita
Pronunciar tu augusto nombre,
Inmaculada María.
Grato es recordar ahora
Los abriles de mi vida,
Cuando en balbuciente labio
Hablar apenas podia.
Grato á mi frágil memoria,
Que los años debilitan,
Fiel presentar á la mente
Aquella imagen divina.
Imagen que, venerada
En Alcañiz todavía
Desde el duodécimo siglo
Con amor y fe sencilla,
Es el eficaz amparo,
El consuelo y las delicias
De la ciudad, que piadosa
Tierno culto le dedica.
En la risueña llanura
De aquella fértil colina,
Que romero y verde yerba,
Y flores aromatizan;
Al pie de copudos pinos,
Donde las aves anidan,

Y cantan de Dios la gloria
Con apacible armonía;
  En aquel dichoso monte,
Que la Virgen santifica,
Porque en su modesta cumbre
Tiene su grata manida;
  Allí con filial ternura,
Cuando feliz sonreia
De mis juveniles años
La primavera florida,
  Tributé desaliñada,
Humildísima letrilla,
Á la que *su escelsa Reina*
Los ángeles denominan.
  Hoy, que la voz de mi plectro
Ya se apaga y amortigua,
Le consagro el postrer canto
De mi ancianidad marchita.

LA APARICION.

3.

  El *Batallador* Alfonso
Con sus bravos infanzones,
De Alkanit la musulmana
Batia muros y torres;
  Mientras en aquellos prados,
Verdes laderas y montes
Lucio con su grey vivia;
Lucio, candoroso joven.
  Cual otro David, cantaba
Sin cesar santos loores
Al Señor, que poderoso
Da animacion á los orbes.
  Feliz recordando á veces
Los venturosos pastores
Que adoraron al Dios Niño,
Desnudo, olvidado y pobre,
  Su corazon le ofrecia
Con lágrimas y oraciones,
Que, cual Maestro de humildes,
El buen Jesus no desoye.

Ó bien ornaba gozoso
Con aromáticas flores
Bella Imagen de María,
Que halló en apartado bosque.
Un dia que prosternado,
Al son de rústico albogue
La salutacion del Angel
Cantaba con voz acorde,
A sus deslumbrados ojos
Con mil y mil resplandores
Se apareció una Señora,
Que dijo tales razones:
«Hijo, ya que por tu Reina
»Y Madre me reconoces,
»La devocion que me tienes
»Quiero premiar con favores.
»Esa efigie, que veneras,
»Aquí estará mientras doren
»Los rayos del sol brillante
»La vega del Guadalope.»
Dijo la Reina del cielo,
Y á las etéreas regiones
Subir la ve estasiado
Lucio, cual estátua inmoble.

EL AVISO.

4.

A ejemplo de los Profetas
Que anunciaban inspirados
A Israel, pueblo escogido,
De Jehová los mandatos,
El pastorcillo dichoso
Marcha y corre alborozado
A dar sorprendente aviso
Al campamento cristiano.
A los guerreros encuentra
Ciñendo reciente lauro,
Por haber los torreones
De Alkanit reconquistado.
Busca al triunfador Monarca,
Y mas grave que un anciano

Su diestra besa, y le dice
En el polvo arrodillado:
«Rey de Aragon, ven conmigo,
»Ven, y verás un milagro
»Allá arriba por los Pueyos,
»Donde pace mi rebaño.
»La Virgen, la Virgen Santa
»Me acaba con dulce agrado
»De hablar. ¡Qué hermosa, qué hermosa!
»Mas que las flores del campo.»
El Príncipe bondadoso,
Atónito al escucharlo,
Mientras levanta del suelo
Al joven su augusta mano,
Mira á Don Pedro Librana,
De Zaragoza Prelado,
Su paternal consejero,
Confesor y secretario,
Y dice: «Ved, Padre Obispo,
»Lo que cuenta este muchacho,
»Y examinen vuestros ojos
»Toda la verdad del caso.»
Don Pedro hace reverencia,
Monta brioso caballo,
Y con el niño á la grupa
Parte, y corre á trote largo.
Mas al punto que descubren
El divino simulacro,
Súbito el corcel se planta,
Las dos rodillas doblando.
Apéanse tan ligeros
Como relámpago entrambos,
Se persignan, y la Salve
Rezan en tierra postrados.

HUMILDAD Y GRATITUD.

5.

Todo el ejército escucha
Con cristiano regocijo,
La aparicion que refiere
Aquel respetable Obispo.

Con inefable alegría,
Religioso, agradecido,
Hácia el Empíreo sus manos
Levanta el Monarca invicto.
«Gracias por vuestras bondades,
»Señor mio Jesucristo,
»Gracias por favor tamaño,
»Por favor no merecido.
»Y vos, Reina de los cielos,
»Madre, que nos dais auxilio
»Para salir en la guerra
»Libres de tantos peligros,
»¿Cómo agradecer podemos
»Las gracias y beneficios
»Que nosotros pecadores
»Este dia recibimos?»
Así esclamó Don Alfonso,
Y su rostro, denegrido
Con los soles, inundaban
Las lágrimas hilo á hilo.
Llama á Librana, y le dice
Disponga cual siempre activo
Procesion, Misa y *Te Deum*
En aquel momento mismo.

LA PROCESION.

6.

Por la frondosa ribera
Donde se desliza manso
El plácido Guadalope,
Cual arroyo por el prado;
Allí do el rio refleja
Mezquitas, muros, palacios
De Alkanit, ayer moruna,
Hoy por fin pueblo cristiano,
Aparece grata escena,
Pintoresco y bello cuadro,
Digno de que lo copiaran
Los Murillos y Ticianos.
Atónitos ven los ojos
Subir por aquellos campos

En procesion ordenada
Mas de veinte mil soldados.
El brillo de los escudos
Y de las lanzas y cascos,
Con sus fúlgidos destellos,
El sol aumenta de mayo.
Tras los peones con mazas,
Que como peso liviano,
Aunque ferradas, manejan,
Van jinetes á caballo.
La Cruz de la Redencion
Precede y guia los pasos
De aquellos nobles guerreros,
Que la siguen mesurados.
Don Alfonso los preside
Con el espléndido manto,
Que solo en Pascuas adorna
Su continente gallardo.
A marciales instrumentos
Responden himnos y salmos
De los Clérigos cantores,
Que van á Dios alabando.
Con capa de coro y mitra,
Y su báculo en la mano,
Se ve, entre dos Arciprestes,
De Zaragoza al Prelado,
Y muy cerca los de Jaca,
De Teruel, Huesca y Barbastro,
Canónigos y Deanes,
Curas y Beneficiados.
En pos de cien y cien monjes,
Tan modestos como sábios,
Que visten de pobre lana
Hábitos negros y blancos,
Va el de San Juan de la Peña
Digno Superior mitrado,
El Prior de los Cartujos
Y el Abad de los Bernardos.
A peregrinos que humildes
La Capilla visitaron
Del Pilar, donde María
Habló al Apóstol Santiago,
Muzárabes acompañan
Que en Alkanit conservaron,

Entre infieles, la fe pura
De Recaredo y Leandro.
A la procesion asisten
Con sayal áspero y pardo,
De cuerda tosca ceñidos,
Luenga barba y pies descalzos,
Austeros anacoretas,
Penitentes ermitaños,
Que por los yermos habitan
Del Idúbeda cercano.
Cien cautivos, que en mazmorras,
Sin luz ni pan, aherrojados,
A Dios y á su augusta Madre
Su rescate demandaron,
El corazon enternecen
Con vestigios inhumanos
De esclavitud que sufrieron
En Alkanit muchos años.
Obispos y cenobitas,
Clérigos y solitarios,
A la conquista famosa
Por Don Alfonso llamados,
Vinieron, y en los combates,
Con la Cruz santa en la mano,
De los héroes acrecieron
El valor y el entusiasmo.
No pocos de ellos, heridos
Por los agarenos dardos,
Su amor al Rey y á la patria
Con sangre noble sellaron.
De la tradicion el dedo
Señala el fértil *Collado*,
Que aquel pais y la historia
Denominan *de Don Blasco*,
Do murieron como buenos
El Benedictino Mauro,
Y dos jóvenes Levitas,
Hijos de Alkanit preclaros.
Cuando en su carroza de oro,
Como triunfador, el astro
Del dia alumbra á la tierra
Desde el cenit con sus rayos,
El ejército en silencio
Al Pueyo llega elevado,

Donde la voz de María
Prometió á Lucio su amparo.
El Rey, corazon de acero,
De duro y férreo brazo
Al blandir su enorme lanza
Contra el feroz Africano,
De niño tímido á guisa
Derrama plácido llanto,
Con dulce y filial ternura
La Imagen santa adorando.
Todos, todos el ejemplo
Imitan del Soberano,
Porque de la fe divina
Los inflama el fuego sacro.
Los Almogábares fieros,
Los valerosos Templarios,
La raza indómita y brava
De Pirene y de Moncayo;
En fin, los aragoneses,
Terror del moro y espanto,
Leones en la pelea,
Corderillos ahora mansos,
A las plantas de María,
Como rendidos esclavos,
Amanla cual fieles hijos,
Su dulce Nombre invocando.
Cuando el Pontífice eleva
En celestial holocausto
Aquella divina Hostia
Inmolada en el Calvario;
Mientras los Diáconos mueven
Riquísimos incensarios,
Al son de la campanilla
Que repican los monagos,
Cien pendones y estandartes
Caen á tierra humillados,
Vencedores tantas veces
Contra el árabe adversario.
Por fin á Dios dan las gracias
Con el cántico sagrado
Que San Ambrosio y su alumno
Allá en Milán entonaron.

REAL DECRETO.

7.

Cuando el sol ya del ocaso
Quiere tocar el confin,
El buen Don Alfonso vuelve
Al recinto de Alkanit.
No bien llega á su palacio,
Viendo de pie junto á sí
Al secretario, le ordena
Réal decreto escribir.
En él manda que al momento
Una ermita y camarin
Se levanten en la cima
De la colina feliz,
Que á la Santísima Virgen
Para altar plugo elegir
De su veneranda Imagen,
Mas hermosa que el abril.
Acompañado el Monarca,
Los cimientos al abrir,
De Obispos y Sacerdotes
Y de veteranos mil,
Besándola antes, coloca
La primera piedra allí
Con devocion y respeto,
Con alegría infantil.
Los guerreros invencibles,
Que cien veces en la lid
Lograron con sus proezas
Bellos lauros adquirir,
Dejan el escudo y lanza,
Digna de empuñarla el Cid,
Para tomar la paleta
Y llana del albañil.
Los hidalgos, infanzones,
Y mas de un digno adalid
Que consiguió en los combates
Corona ducal ceñir,
Trabaja como un soldado,
Con esperanza que así

Le protejerá María
Mientras viva y al morir.
Ayudando con sus manos
Y elocuencia varonil
El Clero docto y celoso,
Muy hábil en persuadir,
La construccion de aquel templo
Llegó muy pronto á su fin,
Y con júbilo de todos
Se pudo Misa decir.

REPARTIMIENTO Y RECOMPENSA.

8.

El generoso Monarca
Reparte campos y tierras,
Que con sus puros cristales
Baña el Guadalope y riega.
A la Virgen de los Pueyos
La devocion así premia
En los nuevos pobladores,
Que fijarse allí desean.
Los famosos veteranos,
Que no pueden de la guerra
Soportar ya las fatigas
Porque muchos años cuentan;
Los que entre tantos valientes
Distinguirse en la pelea
Consiguieron animosos
Con sus heróicas proezas;
Los gefes y capitanes
De las mesnadas aquellas,
Cuya espalda nunca moros
Volver atónitos vieran,
Todos reciben á un tiempo
Loores y recompensa
Del Príncipe esclarecido,
Honor de la Celtiberia.
Nietos dignos todavía
En mi patria se conservan
De los héroes que al trïunfo
Don Alfonso condujera;

Apellidos que la Fama
Con sus clarines celebra,
Cual de heroismo dechado,
Como ejemplo de nobleza;
Apellidos que gloriosos
Los blasones adquirieran
De Alkanit en la conquista,
En aquel pais aún quedan:
A Ram, Santapau, De-Pedro,
Ardid, Bardají y Heredia,
Blasco, Cerbellon y Luna,
Honrado el pueblo aún respeta.

FUNDACION.

9.

Aquellos conquistadores,
Que viven en la opulencia,
Como dignos herederos
De hidalga estirpe y riquezas,
Para su dulce retiro,
Para su grata vivienda,
Palacio y quinta edifican
Del rio en la fértil vega.
Mas los mil y mil soldados
Plebeyos, que en la pelea
Merecieron con su lanza
Un título de nobleza,
Con su no rico peculio
Construyen casas modestas,
Para vivir en los años
Postreros de su existencia.
Muy pronto del Guadalope
En la florida ribera,
Cual por encanto, á los ojos
Gran poblacion se presenta.
El *Batallador*, modelo
De prevision y prudencia,
Manda que en el cerro mismo,
Do entre verdes arboledas
Formó campo atrincherado
Para embestir las almenas

De Alkanit, se erija al punto
Torreada fortaleza,
Y que dentro del castillo
Construyan gótica iglesia,
Donde piadoso dar quiere
Culto á Santa Magdalena.
A la sombra de los muros
Que ciñen la ciudadela,
Los nuevos habitadores
Con vigorosa defensa
Resistirán algaradas
De la turba sarracena,
Que de Idúbeda los riscos
Todavía señorea.
La villa que Don Alfonso
Con mercedes y larguezas
Fundó próxima á los Pueyos,
Do el Bajo Aragon venera
A la inmaculada Virgen
Como á su Madre y su Reina,
Es Alcañiz, donde vieron
Mis ojos la luz primera.
Hoy ciudad, y cuna ilustre
De varones que descuellan
En la historia de las armas,
De la virtud y las letras,
Es bien digna que su nombre
Sonara cual yo quisiera,
De Luzan y de Argensola
En las dulcísonas cuerdas.
Ya que yo cantar no puedo
Su gloria imperecedera
Con la inspiracion sublime
Que el cielo á mis votos niega,
Recibe, querida patria,
Cual madre amorosa y buena,
El recuerdo que te ofrece
El menor de tus poetas.

DESPOBLACION.

10.

Cuando en la orilla derecha
Del Guadalope risueño,
Como una escelsa matrona
De rostro noble y sereno
Aparece la gran villa,
Perdurable monumento
Del valor de Don Alfonso
Y de sus dignos guerreros,
Alkanit la musulmana
Se desvanece al momento
A la otra margen del rio,
Como ilusiones de un sueño.
Sus inespugnables muros,
Del árabe los esfuerzos,
Ni sus ínclitos blasones,
Ni su origen celtibéro,
De la muerte y la rüina
Salvar unidos pudieron
La antiquísima Anitorgis,
La ciudad de los Lanceros.
Los que en ella residian
Moradores agarenos,
Con dolor y amargo lloro
Dejaron su patrio suelo,
Y de Aragon se ausentaron,
Para vivir de allí lejos
Con las costumbres y errores
Herencia de sus abuelos.
Los muzárabes piadosos
Que en su recinto nacieron,
Cual fieles adoradores
De la Cruz y el Evangelio,
Al amparo del baluarte
Que á plebe, nobles y Clero
En Alcañiz protegia,
Con discrecion se acogieron.
Tambien las familias todas
De comerciantes hebreos,

Con su hacienda y cara prole,
Siguen tan laudable ejemplo,
  Y Sinagoga edifican
En la cumbre de alto cerro,
Que circundan olivares,
Huertas y campos amenos.
  Hoy trasformada en ermita
Es ya católico templo,
Do la Anunciacion del ángel
Recordamos con respeto.
  En fin, la ciudad vetusta,
Aunque de recinto inmenso
Y de vecindario llena,
Despoblada quedó luego.
  De su nobleza y sus glorias
Como un estéril recuerdo,
Destruida y solitaria,
Cual cadáver del desierto,
  Solo quedan largas ruinas
Donde se hospedan los cuervos
Y cornejas, que en graznido
Melancólico, agorero,
  La destruccion y la tumba
Publican de aquel gran pueblo
Al pastor de sus contornos,
O á estraviado viajero.
  De murallas y palacios
Magníficos, que soberbios
La altiva frente ocultaban
En las nubes otro tiempo,
  Solo ya quedan escombros,
De grandeza pobre resto,
Que de aquel país los hijos
Llaman *Alcañiz el Viejo*.

DEVOCION Y GRATITUD.

11.

  Desde aquel, ya de estos dias
Siglo apartado y remoto,
En que debió su existencia
Mi patria al Rey Don Alfonso;

A la Virgen de los Pueyos
El amor afectüoso
Y devocion y cariño,
De buenos hijos tan propio,
De dia en dia aumentaron,
Cual de los tres santos mozos
En Dios la fe y esperanza
De Babilonia en el horno.
¿Qué mucho, si á la Señora,
La criatura que solo
Nació *Pura, Inmaculada*,
Cual definió Pio Nono,
Tantos beneficios deben
Los alcañizanos todos,
Y mas el bardo que canta
En pobre lira este elogio?
¡Diera á mi plegaria el cielo,
En vez de plectro insonoro,
El arpa santa, sublime,
Con que por campos y sotos
Del Jordán, sagrados himnos
David cantó armoniosos
A la divina clemencia,
Estático en dulce arrobo!
Entonces ¡ay! las mercedes
De María, á quien adoro
Con las rodillas en tierra
Y la frente por el polvo,
Cantaría en digno acento,
Y del uno al otro polo
Las católicas naciones
Me escucharan con asombro.
Ya que tal merced no alcanzo,
Al pie del sagrado trono
De la Reina de los cielos,
La venero silencioso.

EL SANTERO.

12.

En mis juveniles años,
Cuando sencillo estudiante
Trovas ensayaba humildes
Del Guadalope en la margen,
El Santüario de Pueyos
Y sus pobres heredades,
Cual un Argos custodiaba
Cierto viejo respetable.
A usanza antigua vestido
Con casaca, calzon de ante
Y coleta, parecia
Que nació en otras edades.
Menos gusta el palaciego
De ver los Sitios Reales
Cuando el Príncipe allí busca
Solaz á duros afanes,
Y á la retirada esposa
No agradan tanto sus lares,
Del marido y cara prole
Por no querer separarse,
Como al Santero piadoso,
Siempre fiel, siempre constante
En su deber, gratas eran
La ermita y su santa Imagen.
Cojo de Pueyos por mote
Le llamaban lenguaraces
Los muchachos; él empero
Los oia imperturbable,
Porque su lesion honrosa
Daba no escaso realce
A su noble españolismo,
Y á otras bellas cualidades.
Allá en sus verdes abriles
Perdió en glorioso combate
Una pierna, peleando
Contra Galia y sus falanges.
De la imperfeccion aquella
Él por eso hacia alarde,

Cual de su herida en Lepanto
El renombrado Cervantes.
A todas horas contaba
Las mercedes singulares
Que la Virgen de los Pueyos
Dispensa cual tierna Madre.
Con frecuencia referia
En conmovedor lenguaje,
Tierno, cristiano, entusiasta,
Una historia edificante.
Yo deseo repetirla
En metro sencillo y facil,
Porque ensalzar á la Virgen
Es lo que mas me complace.

HISTORIA.

13.

En el dichoso reinado
Del buen Don Fernando sesto,
Digno monarca de España,
Digno padre de sus pueblos;
En Alcañiz con su madre,
Viuda de un carpintero,
Vivia enferma Cecilia,
Buena y hermosa en estremo.
Su amado y difunto padre,
El artesano Florencio,
Mientras vivió, en todo el barrio
Fue de virtudes modelo.
A la doliente doncella,
Postrada en su pobre lecho
Veinte meses, no aliviaron
Ni boticas, ni Galenos.
Muy conforme con su suerte,
Dia y noche daba ejemplo
De resignacion cristiana
En sus dolores acerbos.
A quejas amargas nunca
Sus puros labios se abrieron,
Sino á la dulce plegaria,
De sus angustias consuelo.

Con el rosario en la mano
Pedia al divino Verbo
Y á su Madre, aún mas paciencia
En tales padecimientos.
Una mañana de abril,
Despues de tranquilo sueño,
Que no solia otras noches
Cerrar sus párpados bellos,
Despertó, y al lado suyo
A la tierna madre viendo,
Entre risa y blando lloro
Dijo en infantil acento.

LA HIJA.

—

14.

«Madre mia, madre mia,
Yo me muero, yo me muero,
Porque no hemos concurrido
A la ermita de los Pueyos.
Los amigos, los parientes,
Todos los vecinos nuestros,
Ayer domingo de Pascua
A orar á la Virgen fueron.
Mi palidez y tristeza,
La debilidad que siento,
Mis dias con tal angustia,
Mis noches con tal desvelo,
Tanto llorar, sufrir tanto,
A voces están diciendo
Que muy pronto mi cadáver
Llevarán al cementerio.»

LA MADRE.

—

15.

«Hija querida del alma,
No prosigas con lamentos,
Sin compasion desgarrando
De tu tierna madre el pecho.

No morirás, que Dios oye,
Cual Padre amoroso y bueno,
De los míseros humanos
Los gemidos y los ruegos.
No morirás, que la Virgen,
Fuente de vida y consuelo,
A la madre y á la hija
Nos dará eficaz remedio.»

LA HIJA.

—

16.

«De su bondad y clemencia
Así, Madre, así lo espero,
Si quereis acompañarme
A la ermita de los Pueyos.
Esta noche, ¡qué alegría!
Parecióme ver en sueños
Aquella divina Imagen
Visitando este aposento.
¡Qué hermosa y resplandeciente!
Paréceme estarla viendo
Sentada en un trono de oro,
Cercada de ángeles bellos.
No es tan hermosa la luna
En claras noches de enero,
Al brillar como la plata
En el despejado cielo;
El alba no es tan hermosa,
No es tan hermoso el lucero,
Ni es tan hermoso el sol mismo
Cuando, luces despidiendo,
De San Juan en la mañana
Asoma por altos cerros,
O las corrientes del rio
Hiere su grato reflejo.
¡Si la hubiérais escuchado,
Cual yo, con oido atento!
Al recordar sus palabras,
De alegría desfallezco.
Escuchad lo que me dijo:
«Solo, Cecilia, en mi templo

»La salud alcanzar puedes,
»Que ansías con tanto anhelo.»

CURACION.

17.

Los labios de la doncella
No bien así prorumpieron,
Con ardiente fe la madre
Levantóla de su lecho;
Y tomándola en los brazos
Con un varonil esfuerzo,
Sin fatiga la conduce
A la ermita de los Pueyos.
Era una hermosa mañana
En que el céfiro halagüeño,
Del Guadalope á las flores
Daba vida con su aliento.
El sol doraba apacible
Aquel rio pintoresco,
Aquella fértil ribera,
Aquellos verdes oteros.
Las canoras avecillas
Con dulcísonos gorjeos,
Al Criador ensalzaban
Por bosques, valles y cerros.
Tambien Cecilia y su madre,
Caminando á paso lento,
A Dios y á la Virgen pura
Loaban con santo rezo.
Llegan por fin á la ermita,
Y postradas en el suelo,
Oran con fervor, y asisten
Al Sacrificio incruento.
Al Amparo de afligidos,
Madre del divino Verbo,
Alivio piden humildes
A tantos padecimientos.
La súplica oyó María
Con rostro amable y risueño,
Y la presentó bondosa
Ante el solio del Eterno.

La dolencia de la joven
Súbito despareciendo,
En rosas los blancos lirios
De su tez se convirtieron.
Loor á Dios y á María,
Claman en blandos acentos
Ambas piadosas mujeres,
Su voz elevando á un tiempo.
Loor á Dios y á María
Repiten cual fieles ecos
Sus ángeles tutelares,
Al son del arpa y salterio.
Loor á Dios y á María
Pregonan allá en el cielo
Mil coros, que al pie del trono
Se postran del Rey supremo.
A sus lares ya dichosas
Vuelven, lágrimas vertiendo
De gratitud entrañable,
De dulcísimo consuelo.

BUENA VECINDAD.

18.

A la puerta de Cecilia
Al punto se reunieron
Niños y madres y ancianos,
Y doncellas y mancebos;
Y al apacible sonido
De vihuelas y panderos,
Así en dulce melodía
Sus voces al aire dieron.
«De la cristiana Alcañiz
»Viva la prez y ornamento,
»Viva su patrona augusta,
»Viva la Virgen de Pueyos.
»Viva la gloria y delicia
»De este religioso pueblo;
»Viva nuestra Intercesora,
»Viva la Virgen de Pueyos.
»Vivan Cecilia y su madre,
»Porque humildes merecieron

»Les concedieran su amparo
»Dios y la Virgen de Pueyos.»

FRATERNIDAD CRISTIANA.

19.

En el siguiente domingo,
Al santüario volvieron
Las dos felices mujeres
Con sus vecinos y deudos.
Las numerosas familias
De hidalgos y de plebeyos,
Que el *Cantomuro* habitaban
Y por los barrios aquellos,
Sin faltar una tan solo,
Con regocijo asistieron,
De gracias las mas cordiales
Al religioso hacimiento.
Hasta los menesterosos
Alegres contribuyeron
A solemnizar la fiesta
Con noble desprendimiento,
Porque á Cecilia y su madre
Hacia ya mucho tiempo
Que del padre y el esposo
Consternó el fallecimiento;
Desgarrador infortunio,
Pérdida, golpe tremendo,
Que sumió á las infelices
En pobreza y triste duelo.
Mas Dios, protector visible
Del pajarillo que hambriento
Socorro pide en su nido
Con quejidos lastimeros,
A la huérfana y viuda,
Despues de penas sin cuento,
Colmó de bienes y dichas,
De sus virtudes en premio.

FIESTA DE IGLESIA.

20.

La cristiana muchedumbre,
Llena de santo respeto,
Llegó por fin en buen hora
A la ermita de los Pueyos.
Las campanas de la torre,
Con sonoro clamoreo
Anunciaron que en la iglesia
La funcion daba comienzo.
Hubo una solemne Misa,
En que mucho se lucieron
Bajos, tenores, contraltos
Y otros cantores diversos;
Sobre todo los *Infantes*
Del alcañizano templo,
Notable por su grandeza
Y su estilo plateresco,
Cuyo cabildo, piadoso,
Ilustrado y opulento,
De música una capilla
Sostenia en aquel tiempo.
A las armoniosas voces
Muy acordes respondieron,
El órgano sonoroso
Y otros dulces instrumentos.
La ermita con tantas luces,
Con el escogido incienso
Y los cánticos divinos,
De la gloria era un remedo.
Despues que un diácono joven
Cantó el sagrado Evangelio,
En que al incrédulo Apóstol
Jesus reprende severo,
Subió al púlpito muy grave
Un aragonés ingenio,
Guardian venerable y docto
Del franciscano convento.
En frase pura, castiza,
Y con razones y testos

De la Sagrada Escritura,
Padres latinos y griegos,
Predicó un sermon sencillo,
Pero de sustancia lleno,
Con el fervor y elocuencia
Que distingue á un misionero.
Despues de concluir la Misa
Y de bendecir al pueblo,
Con capa de coro el Preste
Entonó grave el *Te Deum*.
Al himno con que la Iglesia
Suele mostrar al Eterno
Gratitud, cual digna hija
De Padre tan santo y bueno,
Siguió una Salve cantada
Como se canta en el cielo,
Cuando allí los Santos oyen
Angelicales conciertos.

LA VELADA.

21.

Dadas al Señor las gracias
Y á la Virgen de los Pueyos,
Cecilia y su digna Madre,
Honor de mi pátrio suelo,
En triunfo como dos reinas,
Mil vítores recibiendo,
Tornan á casa con todo
Su buen acompañamiento.
Por el camino mil flores,
Tomillo, juncia y romero,
Con mano esparcen callosa
Mozos del campo discretos.
Por la noche hubo en el barrio
Baile, lumbradas y fuegos,
Y luces en las ventanas,
A la virtud digno obsequio.
Allí lució la destreza
Del mas hábil dulzainero
Que tocó en el Guadalope
Lililíes agarenos.

Pero muy pronto eclipsado
Quedó aquel rústico Orfeo,
Por quien pulsaba las cuerdas
De mas plácido instrumento.
No sin asombro de todos,
Cual grata vision, en medio
De aquella gente sencilla
Se presentó el joven Diego,
Hijo del hidalgo Antonio,
Labrador y ganadero,
Regidor, no el menos digno
Del ilustre Ayuntamiento.
De filosofía alumno
Era el gallardo mancebo
En la Capital que baña
Con sus cristales el Ebro.
Gran músico, gran poeta,
Muy cortés y muy apuesto,
Y sobre todo, cumplido
Y cristiano caballero.
Tricornio en mano saluda
A la turba con despejo,
Y terciando no sin gracia
El polvoroso manteo,
Al pie de ventana angosta
Donde respira su dueño,
Su esperanza, su Cecilia,
Así en dulcísimo acento,
Al son de su blanda lira,
Del Guadalope embeleso,
Rompe el feliz estudiante
Aquel profundo silencio.

SERENATA.

22.

Asómate á esa ventana,
Bella niña, encantadora
Como lirio de estos valles,
Como alejandrina rosa.
Asómate á esa ventana
Con tus ojos de paloma,

Inocentes como el niño
Que ve su primer aurora.
Dos años há que te amo,
Y tú, Cecilia, lo ignoras,
Porque jamás te lo han dicho
Ni mis ojos ni mi boca.
Dos años há que te amo
Como Jácob á la hermosa
Raquel, la perla de Oriente,
De Siria espléndida joya.
Si aquel santo Patriarca,
Padre de las tribus todas,
Trabajó catorce años
Por merecer á su esposa,
Yo trabajaría treinta
Pastoreando por las lomas,
Por matorrales y riscos
De la sierra mas fragosa
Que el Guadalope humedece
Con sus cristalinas ondas,
Por lograr tu blanca mano,
Por tener tan dulce gloria.
Asómate á esa ventana
Con la enlutada matrona,
A quien deseo de madre
Dar el nombre desde ahora.
Vestís por desgracia luto,
Pero, Cecilia, ¿qué importa
Si hoy de júbilo inefable
Es dia para vosotras?
Volved mañana de duelo
A ceñir las negras tocas,
Y á llorar marido y padre
Que en el sepulcro reposa.
Mas hoy, que Dios y la Virgen
De beneficios os colman,
Y Alcañiz con vuestra dicha
Tanto y tanto se alboroza;
Cuando los vecinos todos
Así celebran y loan
La salud y la ventura
Que disfrutais una y otra,
¿En apartado retiro
Seguireis mas tiempo solas,

Sin que á la madre y la hija
Ninguno vea que asoman?
Cecilia, en este momento
Yo llego de Zaragoza,
Como el polvo manifiesta
De mi sombrero y mi ropa.
En la ciudad de María
Supe gozoso la historia
De tu salud, alcanzada
Por su mano protectora.
Apenas oí la nueva,
La capilla milagrosa
Del Pilar me vió postrado,
Gracias dando á la Señora.
Volví á mi casa corriendo,
Volando como una alondra,
La lira tomo, y camino
Cual un correo de posta.
Quiero celebrar cual todos,
Con mi plectro y con mis trovas,
Las mercedes de la Virgen,
De Dios las misericordias.
Asómate á esa ventana,
Y por buena y candorosa
Quizá ver puedan tus ojos
Que los ángeles se postran,
Cuando en mis doradas cuerdas
El nombre suene que adoran
De la Santísima Virgen,
Cual de Dios Madre dichosa.
Quizá veas que los astros
Y la luna, que ya asoma,
De estrellas mil escoltada
En plateada carroza,
Su veloz marcha suspenden,
Porque mi cítara nombra
A la que es de cielo y tierra
Emperatriz y Señora.
Asómate, si no quieres
Que me vuelva á Zaragoza,
A encerrarme en la Cartuja
Hasta que me abran la fosa.

ESFUERZOS INÚTILES.

23.

Calló el bardo, y su ventana
Abrió con trémula diestra
La casta viuda, que dijo
Al doncel de esta manera.
«Gracias, Diego, muchas gracias
»Por la bondad que nos muestras
»A la madre y á la hija,
»Que sus pesares lamentan.
»Mil gracias..... Dios y la Virgen,
»Bien lo sabes, recompensan
»Acciones como la tuya
»En el cielo y en la tierra.
»Diego, á Dios. Al crudo invierno
»Sucede la primavera,
»Y con el tiempo Cecilia
»Olvidará su tristeza.»
Cuando el escolar queria
Dar muy urbana respuesta,
Vió cerrarse la ventana,
Con harto dolor y pena.
Aunque inmóvil como estátua
Estuvo la noche entera,
Ya no la vieron sus ojos
Por segunda vez abierta.
En vano, en vano de nuevo
Sonaron las áureas cuerdas,
Del Guadalope vecino
Encantando las riberas.
En vano, cual por el bosque
Suele blanda Filomena
Enternecer á los riscos
Y animar montes y selvas,
Su voz de tenor divina
A sus paisanos alegra,
Del Cantomuro en la calle
Cuando armónica resuena.
En vano tierno modula
Las mas dulces cantinelas

Que desdenes inspiraron
A enamorado poeta,
De Cecilia y de su madre
En vano al oido llega
Aquel nombre para el joven
Mas dulce que miel hiblea.
En vano por fin exhala
Melancólicas endechas,
Como el cisne cuando anuncia
Su fin con voz lastimera.

CONFORMIDAD.

24.

Al ver el cristiano Diego
Que no se abre la ventana,
Dulce iman de sus amores,
Iris de sus esperanzas;
Al ver que ya por Oriente
Asoma riendo el alba,
Al santüario de Pueyos
Dirije veloz su marcha.
Condiscípulos queridos,
Amigos suyos de infancia,
Deseosos de alegrarle,
Al escolar acompañan.
Ya en el templo pide humilde
A Dios y á la Virgen Santa
Esposa prudente y buena
Como Abigail y Sara;
Y despues que les ofrece
Digno hacimiento de gracias
Por la salud que á Cecilia
En su bondad dispensaran,
Sale del sacro recinto,
Y al pisar verdes llanadas
Que á la poblacion conducen
Entre cuadros de esmeralda,
Otra vez fino y amable
Pulsa las cuerdas doradas,
Porque sus fieles amigos
Quieren de nuevo escucharlas:

Aquellas cuerdas que montes,
Rios y selvas arrastran,
Por ser dulces, como es dulce
La voz del consuelo blanda.
Cecilia dicen los valles,
Cecilia dicen las auras,
Cecilia repiten lejos
Los ecos de las montañas.
Al son de süaves cantos
Que con su voz y sus palmas
Los compañeros aplauden,
Se acercan á la Fontana,
Que por setenta y dos caños
Vierte raudales de plata,
A la que mis compatriotas
Fuente de la Loba llaman.
El pulcro Diego sacude
Su manteo y su sotana,
Lavándose en pos las manos,
Cabeza, y ojos, y cara.
Entran todos por la puente,
Saludando las murallas
Que de Don Jaime primero
El nombre escelso proclaman.
Cuando en la gótica torre
De *la insigne* Colegiata
A Misa mayor sonoras
Repican ya las campanas,
Tras de tierna despedida
Dejan á Diego en su casa,
Advirtiendo que á sus ojos
Sueño y descanso les faltan.

MATRIMONIO FELIZ.

25.

Por la santa Providencia
De Dios bondadoso y justo,
En este valle ó destierro,
En este mísero mundo,
Como la rápida sombra
Que por las cumbres á impulso

De sus alas van dejando
Al volar los aguiluchos,
  Todo pasa y desparece:
Al horror de invierno crudo
Suceden flores de mayo,
Y bellas noches de junio.
  A las espigas de agosto,
De octubre remplazan frutos,
Que del labrador aumentan
El júbilo y el peculio.
  Así tambien á la angustia,
Al dolor, al infortunio
Envia el Señor consuelos,
Que penas calman y lutos.
  La pobre viuda y su hija,
Que lloraron casi un lustro
El triste fallecimiento
De esposo y padre difunto,
  Por fin las fúnebres tocas
Dejaron el mes de julio,
Cuando *de la Santa Cruz*
Celebramos *el Triunfo*.
  La hermosísima Cecilia,
Gloria de Alcañiz y orgullo,
Su mano de rosa y lirio,
Su corazon tierno y puro
  Dió al joven Diego, al dichoso
Doncel, modelo y trasunto
De virtud, de amor y juicio
A sus años prematuro.
  Venturoso matrimonio,
Que sin afan ni disgustos
Vió crecer cristianos hijos,
Y á no pocos nietos suyos,
  Hasta que en plácida calma,
Con labio ya moribundo,
Invocando el *Dulce nombre*
De María, nuestro escudo,
  En ancianidad tranquila
Contempló abierto el sepulcro,
Donde se hundió, con la muerte
Propia solo de los justos.

MOR DE FUENTES.

Este escritor ha sido uno de los literatos mas desventurados de nuestro siglo. El mismo Cervantes, de quien fue tan apasionado el vate aragonés, vivió y murió en menos triste soledad y desamparo. Su probidad nunca desmentida, su acendrado patriotismo, sus servicios militares, sus vastos conocimientos hacíanle acreedor á mejor suerte. El cultivo de las letras, dominante pasion de su azarosa existencia, fue el estéril consuelo de tantos infortunios como le aquejaron hasta el sepulcro. Sus versos á la memoria del Manco de Lepanto, su elegía á la muerte de Abenamar, y otras cien composiciones que escribió en edad octogenaria, recordando la deplorable situacion en que vivia, desgarran el corazon y preocupan la mente con las mas graves y dolorosas reflexiones. A pesar del merecido renombre que logró adquirirse con sus escritos, no solo en España sino tambien en las naciones estranjeras, falleció en la indigencia y abandono en que terminaron sus infortunados dias el inmortal cantor de Vasco de Gama y tantos otros ingenios. Sensible es que la historia de las letras nos ofrezca ejemplos tan repetidos de la indiferencia y desden con que el poder y la opulencia acostumbran mirar las virtudes, la aplicacion y el talento.

Don José Mor de Fuentes nació de familia distinguida, el 11 de junio 1762, en Monzon, villa histórica y famosa del Alto Aragon, por haberse celebrado en ella mas de veinte veces sus antiguas Cortes. Fueron sus padres D. Francisco y Doña Benita Pano, apellido ilustre, que recuerda la cuna del reino de Sobrarbe. En su mismo pueblo estudió la lengua latina, á cuyo idioma trasladó los primeros libros de la Conquista de Méjico por Solís en la temprana edad de diez años. En Zaragoza asistió despues á las lecciones del Peripato, única filosofía que se esplicaba entonces en nuestras Universidades. Pasó despues á la capital del Garona, donde además de la lengua del país aprendió el griego. Finalmente perfeccionó su educacion en el colegio de Vergara, que bajo la direccion del entendido y celoso Conde de Peñaflorida, gozaba entonces de tan justa reputacion en toda Europa. En aquel establecimiento cursó humanidades, química y matemáticas, dedicándose á la lengua inglesa por via de descanso y distraccion. En edad mas adulta aprendió el árabe, el alemán y el toscano.

Concluidos los estudios, ingresó de guardia marina en la Armada, donde permaneció algunos años haciendo servicios importantes: nombrado alférez de navío en clase de ingeniero hidráulico se halló en el sitio de Tolon, tan célebre por haberse dado en él á conocer al mundo el Capitan del siglo. Solicitada y conseguida la licencia absoluta se volvió á su país, donde años despues combatió briosamente por la independencia de su patria en la memorable defensa de la *ciudad siempre heróica*.

Renunciando desde entonces á la carrera militar, se dedicó á escribir, siendo tal la fecundidad de su pluma, que sería difícil enumerar todas sus producciones, así en prosa como en verso. La primera que dió á luz fue la *Serafina*, novela original de que se hicieron tres ediciones en breve tiempo, y no poco recomendable por sus afectos, por su candorosa naturalidad y admirable sencillez, y sobre todo por el puro y castizo leguaje en que está escrita. Koska Vayo, novelista posterior, la ha colocado en esta parte al nivel de las *ejemplares* de Cervantes. El autor la completó en el último período de su vida con setenta y tres cartas mas, escritas con su característica facilidad y ligereza, con la frescura de pincel con que supo dibujar tan diestramente en sus juveniles años aquel interesante cuadro de costumbres españolas.

Antes de la invasion francesa vivió algun tiempo en la Corte, donde trató con familiaridad á Moratin, Melendez, Estala, Melon, Cladera, Hermosilla y otros literatos y poetas protegidos por el Príncipe de la Paz. A pesar de esta amistad, Mor de Fuentes fue quizá el único hombre de letras de los que entonces residian en Madrid, que jamás pisó los salones de *Buena-Vista* para hacer la corte al poderoso valido. Hasta el espartano D. Manuel José Quintana transigió en este punto con la austera severidad de su carácter, como le echó despues en cara Capmani en la ardiente polémica que sostuvieron en Cádiz el año 1811.

Cuando sus amigos ofrecian á Mor de Fuentes presentarlo al Generalísimo, se burlaba de ellos y aun de su protector, llamándole *principote* á boca llena, con aquel su brusco lenguaje y áspera y cerril franqueza que le era peculiar. Por el contrario, cuando en 1832 se encontró en París casualmente con Godoy el vate aragonés, le trató con deferencia y respeto, y hasta le presentó unos versos, para consolarle en el infortunio y destierro que le aquejaban. El antiguo ministro de Carlos IV por su parte, en las curiosas memorias que publicó pocos años antes de morir, dejó estampado mas de una vez el nombre de Mor de Fuentes entre los escritores que florecieron en el reinado de aquel monarca.

El poema descriptivo de las *Estaciones*, en doce cantos, era la obra en que cifraba todo su renombre poético el Cisne del Cinca, aspirando al honroso lauro que tan dignamente ciñen en Inglaterra y en Francia Thompson y Saint-Lambert. Pero desgraciadamente el poeta español no pudo publicar mas que la descripcion de la Primavera. De todos modos estos tres primeros cantos le dieron un lugar honroso entre los alumnos de Garcilaso y Rioja. Aparte del mérito literario de la obra, que es indisputable, el españolismo que en toda ella campea, es una verdadera gloria del autor, que ha sabido describir las ricas producciones de nuestras posesiones en ambos hemisferios, presentando con bello colorido, cuadros y paisajes pintorescos de España y sus colonias. Tampoco ha olvidado nuestras instituciones, usos y costumbres, que procura enlazar oportunamente con la pintura de la fecunda naturaleza que caracteriza á nuestra patria.

Véase este cuadro rústico tomado de la primavera:

Luego á su llano solariego albergue
Triunfante marcha, y el cantar sencillo
Con esforzado tono repitiendo,
La mústia yerba en desmayadas haces
Lleva en trïunfo sobre el fiel asnillo,
Que por la ancha dehesa
Desviado pació la humilde grama.
Llega, y en tanto que el lozano enjambre
De hijuelos tiernos con jovial acento
Saltando sin cesar al padre llama,
Y alza los brazos y le estrecha y besa,
La honesta esposa, de frugal sustento
Ufana cubre la aseada mesa.

Despues de hablar en el primer canto del Estío de la envidiable suerte

Del mortal venturoso,
Que en la margen florida
Del Genil delicioso,
Cuando el sol en torrentes incesantes
De llamas centellantes
Despoja al campo de su rica alfombra,
A la trémula sombra
De lozano emparrado,
Cuyos pámpanos mece mansamente
El halagüeño ambiente,
Sorbe el agraz helado, etc.

Esclama el poeta:

¡Infeliz musulmán! en vano, en vano
Desde el confin lejano
De la Libia abrasada,
Por tu dulce Granada
Con llanto amargo sin cesar suspiras:
Pues ya vibrando ponzoñosas iras
Surcar tan solo tus incultas playas
Monstruosas sierpes aterrado miras;
Y en vez de estos sensibles ruiseñores,
Que al eco celestial de sus amores
Encantan nuestras fértiles riberas,
Por siempre en torno de tu humilde choza
Bramar escuchas implacables fieras.

Admirador entusiasta de las proezas y blasones de nuestros marinos, á cuyo Real cuerpo habia pertenecido no sin gloria, consagró una composicion histórico-poética al heróico combate de Trafalgar, y un elogio al digno almirante Gravina, en que describe circunstanciadamente la retirada de nuestra escuadra de las aguas de Tolon.

Tambien publicó las odas de Horacio con un comentario crítico en castellano, muy estimado de nuestros humanistas, y señaladamente de D. Javier de Búrgos, que lo ha citado mas de una vez con encomio en sus juiciosas notas á la version del poeta latino. Mor de Fuentes tradujo asimismo varias odas del Cantor de Glicera, y algunas de ellas en idéntico número de versos que el original, sin omitir pensamiento alguno de su autor. Anteriormente habia impreso la version de los fragmentos mas notables de Tucídides, Salustio y Tácito, consiguiendo traducir el libro de la Germania con mas concision que el historiador latino. Trabajó este notable opúsculo de consuno con el sabio Don Diego Clemencin.

Su elogio de Cervantes, que se lee con interés á pesar de tantos como han aparecido en la república literaria en loor del mas eminente de los ingenios españoles, fue reimpreso en París en vida de su autor, así como lo habia sido años antes su oda á Bonaparte, en que celebraba su feliz arribo á las orillas del Sena, despues de sus triunfos en Oriente. Por esta circunstancia, y por haberse publicado en Burdeos y Bañeras algunas de sus poesías en varios idiomas, que encomió la prensa francesa, mereció Mor de Fuentes distinguidas consideraciones al ilustrado Duque de

Montmorency y al sábio Wolf, bibliotecario y catedrático de Viena, que le pidieron noticias referentes á su vida, para publicar su biografía en Francia y Alemania. Tambien la Academia de nobles artes de París le nombró por aclamacion sócio de mérito, apellidándole poeta polígloto en el ostentoso diploma que le entregó, imprimiendo en las actas de la Corporacion algunas poesías francesas de nuestro compatriota, y dispensándole otras demostraciones de respeto y deferencia. Finalmente, la Sociedad de Humanidades de Tolosa le hizo el honor de inscribirlo en el número de sus individuos, á instancia de su digno presidente Mr. Abadie.

Su *Cotejo* del Gran Capitan con Napoleon; su *Parangon heróico* entre los blasones de Aragon, Estremadura y Asturias; su patriótico poema de Gibraltar; su oda á Carolina Coronado, animando á la Cantora del Guadiana á celebrar el nombre del vencedor de Motezuma, son producciones que honrarán eternamente la memoria del escritor, recordando las virtudes del caballeroso patricio, cuyo ingenio se esforzó constantemente en realzar las glorias del pais que le vió nacer. ¡Pesa decirlo! No recibió la recompensa que merecian su civismo y escelentes cualidades. Bien digno era ciertamente de ser mas considerado y atendido en su patria, el que debió á gentes estrañas pruebas nada equívocas de benevolencia y entusiasmo.

Quizá no desagradará á los lectores alguna muestra de sus composiciones poéticas últimamente citadas.

Con ayes de amargura peregrina,
Exhalando pasion su ardiente numen,
La culta Carolina,
De nobles prendas en gentil resumen,
En su linda entrañable *Despedida*,
Al vivo se retrata enternecida.
Viva el audaz y campeador anhelo,
Por siempre viva la triunfal pujanza,
Que en raudo y fausto vuelo,
De tema en tema con feliz mudanza,
Abarca y pinta en su grandioso verso
De confin á confin el universo.
Mas ¿dónde asoma el ínclito prohombre
De tu suelo feraz, del orbe todo?
Su esclarecido nombre
Suene y resuene de encumbrado modo
En los acentos de tu insigne lira,
¡O Cortés!..... ó mi voz prorumpe en ira.

No se olvide la circunstancia de que el poeta compuso los anteriores versos en abril de 1846, publicándolos en el *Henares*, periódico de Guadalajara, cuando contaba ya ochenta y cuatro años.

De su poema á Gibraltar, en cuatro cantos, tomo las siguientes estrofas, con que principia.

Padron de iniquidad! Peñon horrendo!
Así el piélago airado
Contra ti disparado
Con pavoroso bramador estruendo,
Desde tus hondos senos te arrancara;
Y tu ceñuda cumbre
Con mortal pesadumbre
Del Breton, derrocára
Hasta el abismo, su codicia intensa
Hundiendo sin piedad tu mole inmensa!
Oyendo estoy al implacable Conde
Que por venganza clama:
«Arderá en viva llama
»(Al punto fiero el musulman responde)
»De confin á confin la España toda:
»Su altivo señorío
»Yacerá á mi albedrío,
»Y con la estirpe goda
»Las perlas preciosísimas y el oro,
»Que henchiendo están su espléndido tesoro.»
El claro Guadalete se ensangrienta
Con el trance reñido,
Y al Rey despavorido
Sepulta en su corriente turbulenta.
Vuela Tarik, y acosa y vuelca y rinde
El árduo inmenso trecho
Desde el Hercúleo Estrecho
Hasta la escelsa linde
Del Pirineo yerto y escabroso,
Que ante el caudillo tiembla pavoroso.
Tras ocho siglos de tenaz porfía,
La España al agareno
Del usurpado seno
Arroja al fin, y ufana señorea
Cuanto Rodrigo con encuentro aciago
Perdió en un solo dia.
O Dios! La patria mia,

Tras el horrendo estrago,
En negro panteon yerta y sumida
Yace al rendir el godo cetro y vida.

Estos y casi todos los demás versos de Mor de Fuentes, sin dejar de ser notables por su vigor y energía, adolecen por desgracia de aspereza y desaliño, por lo que su lenguaje aparece con harta frecuencia duro y escabroso, como observa juiciosamente el docto Salvá en el prólogo de su Gramática. De este imperdonable defecto es causa principalmente la precipitacion con que solia escribir el vate. Jamás hacia borrador. Segun salian los metros de primera mano, pasaban á la imprenta. Esta culpable falta de lima era en él tanto mas de estrañar, cuanto que sabia de memoria la Epístola á los Pisones, y casi todas las demás obras de Horacio, así como tambien la poética de Boileau y la de Gerónimo Vida. Le oí citar con mucha oportunidad páginas enteras de aquellos inmortales maestros, que tanto encargan la detenida correccion de los versos un año y otro, para que merezcan pasar á la posteridad.

Dudo que ningun poeta de nuestro siglo haya tenido mas facilidad en versificar que Mor de Fuentes. Solo Zorrilla y Arolas (tan superiores á él en todo lo demás) pueden comparársele en esta parte. Lo vieron mis ojos mas de una vez. Pudiera citar varios hechos. Me contentaré con referir uno solo. Tratábase de publicar en Barcelona el año 1842 el elogio del célebre botánico La Gasca (que acababa de morir), leido por el doctor Yañez y Girona en la Academia de ciencias naturales de aquella capital. Por haber sido paisanos y amigos el difunto y Mor de Fuentes, se encargó á éste una composicion poética en loor del ilustre finado, para que acompañase al discurso. La escribió sin pérdida de tiempo, y guardó el manuscrito entre otros papeles.

Estando yo de visita en su casa á los pocos dias, vino un académico, encargado por dicha corporacion, á recoger aquella poesía para llevarla inmediatamente á la imprenta. Comenzó á buscarla, y no pudiendo dar con ella, suplicó al mencionado caballero tuviera la bondad de esperar un momento. En seguida tomó la pluma, y sin dejar de hablar con nosotros al mismo tiempo, escribió otra composicion, que se publicó inmediatamente con el citado discurso en la imprenta de Bergnes.

Copiaré algunas de estas improvisadas estrofas. La 5.ª dice así:

Cual ideó la octava maravilla
El grande Herrera en majestad sencilla,
O cual noble adalid, que en digna pompa

Al ronco son de belicosa trompa,
Su innumerable ejército acaudilla;
O cual glorioso y triunfador monarca
De confin á confin su imperio abarca;
De tu saber el ámbito infinito,
Al reflejo incesante
De antorcha centellante,
En redoblado y halagüeño escrito,
Hasta el mínimo musgo en digno modo
Rasguea al par del majestuoso todo.

Recordando la emigracion de La Gasca á Inglaterra en 1823, como Diputado á Cortes que era entonces, y aludiendo á la sensible pérdida de sus libros, de su copioso herbario y de sus preciosos manuscritos de la *Flora española*, tesoro científico de inestimable precio, destruido bárbaramente en Sevilla el aciago dia 13 de junio, en que el populacho amotinado de aquella capital, arrojó á las llamas ó sumergió en el Guadalquivir los equipajes de los Diputados y empleados del Gobierno constitucional, que despues de la salida del Rey se dirigian precipitadamente á Cádiz, dice el poeta:

¡Mas ay! que de tu patria la tormenta
Con implacable saña se acrecienta,
Y en bárbara oleada
Contra la augusta ciencia desbocada,
Te asalta y acongoja,
Y hasta el remoto Támesis te arroja!
De tan atroz baldon la Europa sábia
Con solícito afan te desagravia,
Y al ver cuál ciñe tu grandioso numen
La Botánica inmensa en fiel resumen,
Te encumbra con ufana complacencia
Hasta el sublime solio de la ciencia.

Y hasta el remoto Támesis te arroja. El lector no habrá podido menos de tropezar en los puntiagudos guijarros de este renglon berroqueño, llamado verso por mal nombre. No sería fácil hallar endecasílabo igual en las obras de nuestros mas incorrectos poetas. Pero no es difícil citar otros de Mor de Fuentes, hermanos gemelos del susodicho. Hé aquí un octosílabo, con que comenzaba el fácil y grato romancillo que sirvió de dedicatoria en la 1.ª y 2.ª edicion de la *Serafina*. *Tras triste y largo silencio.* Este malhadado verso dió muy malos ratos al pobre

vate, contra el que llovieron epígramas y dichos picantes, con que lo mortificaron algunos ingenios de esta Corte. Preciso es confesar que tenian razon, al decirle que su oido era como las orejas de los hijos de la antigua Batavia. No lo creia el poeta, sin embargo, que contestaba con otros epígramas y pullas no menos mordaces. Mi bondadoso y respetable maestro D. Juan Nicasio Gallego, de cuya boca oí lo que estoy refiriendo, dió fin á toda disputa ulterior, consiguiendo con las palabras blandas de la amistad, persuadir al escritor aragonés á que corrigiese aquel detestable metro. Por esta razon en la edicion 3.ª de dicha novela se lee: *Tras largo y triste silencio.* Dichosos tiempos aquellos, en que un verso malo ó bueno llamaba mas la atencion, que la llamaría ahora la mas bella produccion literaria. Volviendo al buen Mor de Fuentes, no sería justo omitir otros versos suyos, no tan ásperos y duros como los citados.

En una afectuosa epístola que en 1804 dirigió á su amigo el digno magistrado de Zaragoza D. José Broto, se leen los siguientes endecasílabos, tiernos y agradables por mas de un concepto:

Tú desde el sólio de la augusta ciencia,
Mirando cauto á los mortales ciegos,
Por crudos riscos, tras soñados logros,
Cual indómita grey vagar inciertos,
La antorcha elevas, y triunfante lanzas
La densa niebla del error funesto;
Y en vez de hollar el vividor impulso
De la niñez lozana en triste encierro,
Al campo marchas, y al vital influjo
Del puro ambiente y del radiente cielo,
A tus dulces hijuelos vas mostrando
El bienestar en el trabajo honesto,
Y en el gozoso y fraternal cariño
Que de la culta sociedad los miembros
Estrecha en mútuo y entrañable lazo;
Y antes que vierta el desengaño fiero
Copas de hiel sobre sus tiernos lábios,
Sabrán que espera á los afanes nuestros,
Y á toda humana descollante prenda,
Escaso plazo y contingente premio.

En las estimables *Obras póstumas* de D. Manuel Silvela, se lee contra el vate aragonés el siguiente

EPIGRAMA.

Versos compone Fonteyo
En diez lenguas estrangeras:
Como no escriba en la suya,
Démonos la enhorabuena.

Estos fáciles y mordaces versillos aluden á dos ó tres pequeñas colecciones poéticas publicadas en Francia, por Mor de Fuentes, en latin, inglés, aleman, francés, italiano, etc. En honor de la verdad debo añadir, que el autor de aquel epigramita, en la escogida coleccion que publicó en Burdeos, juntamente con el docto Mendibil, de las mejores poesías castellanas, desde Juan de Mena hasta nuestros dias, incluyó una donosa anacreóntica del vate del Cinca, titulada la *Complacencia;* y por tanto, váyase lo uno por lo otro. Esto es lo que se llama un *favor y un disfavor.*

En las obras igualmente *póstumas* de Moratin, tomo 3.°, página 12, hay una carta muy curiosa é instructiva por cierto, dirigida á los estudiosos jóvenes D. Mariano y D. Pedro Nougués, que habian remitido al buen Inarco Celenio algunos ensayos poéticos, suplicándole les diera su parecer sobre ellos. Allí aparece la cláusula siguiente, cuya calificacion dejo á la discrecion y buen gusto de mis lectores. El autor del *Sí de las niñas* dice así: *En general diré á ustedes (y tal vez me equivoco) que el estilo y frase poética de estas piezas, particularmente las manuscritas, pertenece á la escuela (si escuela puede llamarse) de Cienfuegos, Quintana y Mor de Fuentes.* Dicha epístola está fechada en Burdeos el 4 de agosto de 1824.

En el mismo tomo citado, página 104, aparece otra carta de Hermosilla á Moratin, de la que copio las palabras siguientes: *En Melendez, Burgos, Lista, Reinoso, y de ahí abajo, en los Tapias, Noroñas, Arriazas, Quintanas, Cienfuegos, Mores y demás, hay respectivamente cosas buenas, ó no absolutamente malas.* Hasta aquí el *prosáico* traductor de la Iliada, que tanto escaseaba de poéticas dotes, á pesar de ser un hábil helenista. Su poco meditada carta está fechada en Madrid á 12 de julio de 1827.

Mor de Fuentes y el autor del *Arte de hablar en prosa y verso*, que por no estar escrito en metro, vale mucho mas que los desmayados endecasílabos de lo susodicha version de Homero, no eran muy amigos en verdad. El vate aragonés tambien pegó algunos mordiscos á Hermosilla, especialmente en su poemita en

loor de Melendez, impreso con todas las obras de Batilo, edicion de Barcelona. Sabido es que el Zoilo madrileño habló con injusta severidad y casi con furor de los romances octosílabos; cuando nadie ignora que hay romances anónimos, y otros de Perez de Hita, Góngora, Esquilache, Melendez, Mármol, Lista y otros ingenios antiguos y modernos, cuyos romances son de tal precio, que no tienen inferiores quilates si se comparan con las mejores poesías líricas de nuestros mas aventajados vates. El cantor de las Estaciones en dicho poemita llama á Hermosilla (aunque sin nombrarlo) *enanillo que debe hundirse en el polvo*, con otros piropos muy parecidos. Tambien el difunto Duque de Rivas se presentó en la liza, y defendió briosamente los romances, y venció y anonadó al audaz adversario de aquellos, que solo por ser *españoles de raza pura* (como las espinelas y seguidillas) debieran haber sido tratados con mas consideracion y decoro por el adusto D. José Mamerto que en paz descanse. Otro ingenio anónimo, indignado de ver por los suelos el romancillo octosílabo, imitando un epígrama de Moratin, improvisó el siguiente, que segun me aseguró Quintana corrió de boca en boca por toda la villa de Madrid, cuando en ella se publicó por primera vez el *Arte de hablar*.

¿Ves á Hermosilla, escuálido, estropeado,
Tuerto, deforme, feo por esencia?
Pues lo mejor que tiene es la presencia.

Este lenguaje es tan impropio como indecoroso en boca de las Musas. ¿Cuándo los hombres de instruccion y talento, cuándo los poetas se respetarán como es justo? *Antes guedeja peinará la rana*, como dijo Vargas Ponce en su proclama del Solteron. ¡Pobre humanidad! Voy á escribir el último parágrafo sobre el infelicísimo hijo de Monzon, que además de ponerme en comunicacion con Quintana, segun ya saben mis lectores, me hizo conocer tambien á sus buenos amigos, los dos respetables viejos D. Martin de Navarrete y D. Eugenio Tapia, nombres no poco gratos á las Musas y á las letras; cuya muestra de bondad no es fácil que se borre de mi memoria.

Siendo todavía joven Mor de Fuentes, ya lo dió á conocer el racionero Latassa en su Biblioteca de escritores aragoneses. Residió en Barcelona los últimos años de su vida. Habiendo colocado en una casa de comercio sus módicos intereses, fruto de sus tareas literarias y restos de su patrimonio, con los que tenia mas que suficiente para subsistir y cubrir sus necesidades, que eran bien cortas atendida la frugalidad y filosófica moderacion

en que vivia, quebró el comerciante, dejando arruinado y en la indigencia mas espantosa al infeliz anciano. En tan aflictiva situacion, quebrantada la salud además por los achaques inseparables de la vejez, se vió precisado á restituirse á su pueblo, vendiendo para costear el viaje algunos de sus libros, que le valieron una onza de oro. Partió, en efecto, con tan escasa cantidad, y entre angustias y dificultades pudo llegar á Monzon, pobre y desvalido, y casi moribundo de resultas de una caida fatal en su larga y malhadada travesía. Allí fue el verdadero peregrino en su patria, sin encontrar una mano benéfica que le asistiese y cerrase blandamente sus ojos oscurecidos por las sombras del sepulcro. Víctima del infortunio y de la miseria mas humillante, falleció á la edad de ochenta y seis años, el 4 de diciembre de 1848. Ocioso es añadir reflexion alguna. El silencio en esta ocasion, como tantas otras veces, es mas elocuente que las palabras.

Ya que no me fue posible, como hubiera deseado, depositar en digna y decorosa tumba sus mortales restos, agradecido al paternal afecto que desde los primeros años de mi juventud me profesó aquel Néstor de nuestros vates contemporáneos, apenas tuve noticia de su desgraciada muerte, la anuncié por medio de la prensa periódica á los amigos de las letras y á las almas sensibles, en el siguiente soneto, que posteriormente se ha reimpreso en la 2.ª edicion de mis poesías:

Descansa en paz, poeta sin ventura,
Honor del Cinca, respetable anciano,
Pues el consuelo, que buscaste en vano,
Por fin te halaga en pobre sepultura.
El cáliz apuraste de amargura
Como Ercilla y el Cisne lusitano,
A pesar de tu ingenio soberano,
Y noble corazon y vida pura.
Si, perseguido de contraria suerte,
Jamás te ha sonreido la alegría,
Tu bello nombre vivirá en la historia:
Que bondadoso el ángel de la muerte,
Para baldon de la injusticia impía
Consagra á la virtud himnos de gloria.

CONVERSION DE UN LIBERTINO.

Voy á referir la maravillosa conversion del P. Cárdenas, acaecida casi en nuestros dias: conversion que puede creerse piadosamente se debió á la poderosa intercesion de María Santísima, á quien nuestra santa Madre la Iglesia llama *refugio de pecadores*. Este hecho recuerda naturalmente lo que ha dicho un hombre de talento, á saber: *que la verdad es muchas veces mas inverosímil que la ficcion*. En el presente caso, la verdad será un enigma de los mas difíciles y oscuros, que no podrán descifrar ni esplicarse á sí mismos los escépticos, que por desgracia abundan en este siglo. Los que por la misericordia de Dios tenemos la inefable dicha de conservar la fe cristiana de nuestros piadosos mayores, comprendemos muy bien tales ejemplos, aunque se les quiera despojar de la parte sobrenatural y estraordinaria que en ellos pudo intervenir por permision especial del Señor. Para los creyentes, el resultado es el mismo.

He pensado mas de una vez hacer una leyenda poética de tan raro como sorprendente suceso, para lo cual se prestaba este de buen grado. Quizá el *Capitan Montoya* de Zorrilla no ofrece mas adecuado argumento. Pero reflexionándolo detenidamente, he desistido de aquella idea por mas de una razon. Las leyendas, con muy raras escepciones, en mi concepto, solo deben versar sobre tradiciones antiguas, que el pincel del poeta pueda embellecer y realzar á su arbitrio, con la mágia del lenguaje ó con los adornos fantásticos de la imaginacion. No necesita de estas galas postizas para interesar á los lectores la presente historia; además de que no podria sin violencia admitirlas, por pertenecer á época tan reciente.

El Excmo. Sr. D. Angel Saavedra, duque de Rivas, y otros ancianos que hace poco existian, conocieron y trataron con mas ó menos intimidad al religioso Cárdenas, y oyeron asombrados de su boca lo mismo que yo voy á narrar con la sencillez y candor que la verdad histórica exije, dando de mano á episodios, que solo sirven para agradar y entretener por un momento. Por otra parte, creo hacer una obra laudable escribiendo fielmente y procurando conservar en lo posible, para edificacion de las almas piadosas, un suceso que hasta el presente no sé que nadie haya pensado en publicar: suceso por tantos conceptos admirable,

que, como otros mil de su especie, prueba hasta la evidencia la misericordia infinita del Señor, y la poderosa intercesion de María Santísima, que por medios incomprensibles á la débil inteligencia humana, llaman y atraen de un modo irresistible al santo aprisco de sus escojidos, á los hombres mas olvidados de su eterna salvacion.

Cárdenas era hijo de una señora piadosísima, que en cumplimiento del mas digno y sagrado de los deberes maternales, con su ejemplo y sus palabras enseñó á su hijo el santo temor de Dios y la devocion á su Santísima Madre. En los últimos momentos de su vida ciñó al cuello de Cárdenas, todavía niño, el escapulario del Carmen, y le encargó con lágrimas en los ojos, que no se despojase nunca de aquel distintivo de los devotos de la Virgen María, y sobre todo que implorase su proteccion todos los dias de su vida. Así lo prometió el joven, y así lo cumplió algunos años, es decir, hasta que asociado á otros de su edad, que tal vez no habian recibido tan cristiana educacion, olvidó en gran parte el piadoso encargo de su madre moribunda; pero no le fue posible olvidarlo del todo, puesto que conservó con algun respeto el escapulario, y cuando por casualidad veia la santa imagen de la Virgen, rezaba el Ave María ó la Salve en recuerdo de su buena madre.

Creciendo en años Cárdenas fue honrado con la bandolera de Guardia de Corps, poco despues de haber subido al trono Carlos IV por fallecimiento de su augusto padre. Con este motivo le trató familiarmente pocos años despues el mencionado Duque de Rivas, que, todavía adolescente, ingresó en el cuerpo de Guardias de la Real persona. El ilustre escritor nos ha contado mas de una vez, á sus dignos hijos y á varios de sus amigos, y entre otros al Excmo. Sr. Brigadier D. Juan Guillen Buzarán, bien conocido en la república de las letras, la siguiente anécdota, referente á la asombrosa mudanza de vida de Cárdenas, cuando menos era de esperarse que entrara dentro de sí mismo *para meditar en los años eternos*, segun la frase de la Santa Escritura, y abrazara el estado religioso, en el que hasta los postreros años de su ancianidad venerable se entregó á las austeridades de la mas áspera penitencia, llorando amargamente los pecados y estravíos de su desenfrenada mocedad. Vivia, en efecto, aquel mancebo libertino sin acordarse de sus deberes cristianos, encenagado, como animal inmundo, en la hedionda sentina de los vicios, cuando mirándole Dios con ojos de padre amoroso, le sacó de aquel deplorable estado, atajando sus pasos criminales, que no podian menos de conducirle al abismo de la perdicion y de una muerte desastrosa.

Eran las altas horas de una tempestuosa noche de invierno, en que el trueno retumbaba pavoroso, y los relámpagos rasgaban sin interrupcion las nubes apiñadas. Nadie andaba por las calles de Madrid. Solo Cárdenas con su uniforme de Guardia se dirigia tranquilamente á su posada por la calle de Alcalá, no haciendo el menor caso del majestuoso y aterrador espectáculo con que el Señor irritado, que fulminó sus rayos en las cumbres del Sinai, cabalgaba sobre los huracanes, como dice el Profeta. Estaba muy acostumbrado el atrevido mozo á la inclemencia y rigor de la estacion mas cruda del año, para desistir de sus peligrosas aventuras en aquella espantosa noche.

Cuando mas descuídado andaba embebecido en sus pecaminosos pensamientos, oyó pasos á su espalda, y volviendo la cara indeliberadamente, vió á la luz del relámpago acercarse una mujer de deslumbrante hermosura y lujosamente ataviada, que lo saludó por su nombre, y apoyándose en su brazo con gentil desenvoltura, concluyó por manifestarle con cortesana sonrisa, que le andaba buscando por toda la coronada villa para convidarle á cenar. No era Cárdenas hombre de cortarse y sorprenderse con tales encuentros, si bien estrañó no poco que aquella mujer, desconocida para él enteramente, siguiera sus huellas á tales horas, y en noche tan horrible y tempestuosa. Admitió muy ufano y complacido el convite, como era de suponer, y se dirigieron de bracero y en conversacion muy animada á casa de la incógnita belleza, sin que se curasen mucho ni uno ni otro de la copiosa nieve que caia de contínuo, ni del rugido del viento, que soplaba maléfico y glacial, ni en fin, de los truenos y relámpagos que inflamaban la atmósfera y estremecian la tierra.

Así llegaron á la calle del Caballero de Gracia, y á pocos pasos se paró la mujer á la puerta de una casa grande y de vetusta fachada. Desprendiendo entonces su brazo de su acompañante, sacó una llave de no escasas dimensiones, y la metió en la cerradura para abrir. Cárdenas le preguntó, no sin alguna sorpresa, la causa de no haber llamado con el aldabon para que abriese el portero. Ella contestó con sencillez y coquetería, que por la mañana se habian desmandado sus ingratos sirvientes, á pesar de darles muy buen salario y de tratarlos con la bondad de una madre, por lo que indignada los habia despedido á todos. «Pero no tengas cuidado, querido Cárdenas, añadió sonriendo con »gracia, que para cenar muy á gusto no necesitamos de tales »criados, que por otra parte no eran los mas á propósito para »servir dignamente una mesa honrada nada menos que por la »flor y nata de los caballeros Guardias de la Real persona.» A tan urbanas y galantes palabras contestó el atolondrado mozo

con una estrepitosa carcajada, suponiendo que la crédula y descocada joven estaba sin duda persuadida de que él era algun gran mayorazgo, heredero de opulenta fortuna, y que por tanto se habia propuesto, ó casarse con él, ó gastar á sus espensas el oro del Potosí.

Abrió por sí misma el porton de su casa aquella mujer misteriosa, y no dejó de asombrarse Cárdenas, á pesar de estar muy curado de espantos, al ver iluminada la escalera con magníficos candelabros, y adornada con ricas alfombras y macetas, y flores tan raras como aromáticas, como los palacios encantados que nos describen las Mil y una Noches y otras leyendas semejantes. Entonces fue cuando, mirando á plena luz á su improvisada amiga, subió de punto su asombro, al descubrir la hermosura mas perfecta que hasta entonces habian contemplado sus ojos. Muy pronto, empero, salió de su arrobamiento al dulcísimo sonido de una música armoniosa que tocaba un reloj de pared de maravillosa estructura. No admiró menos las colgaduras de seda, los espejos, las estátuas y pinturas, en fin, los muebles todos de aquella casa, en los que aparecian en agradable consorcio el gusto mas esquisito y la magnificencia mas ostentosa.

Lo que mas, empero, le llamó la atencion fue la sala de comer, porque en ella, al par que pebeteros que aromatizaban la estancia, ardia un fuego muy agradable y consolador, bien necesario por cierto en aquella noche glacial. En medio habia una mesa con dos cubiertos, y dos magníficos sillones colocados anticipadamente, como esperando á solas dos personas. Los mas esquisitos manjares, y los vinos mas preciados y espirituosos de España y del estranjero, se veian distribuidos con simetría y gusto. El ramillete de suaves y bellísimas flores que coronaba la mesa, era digno de figurar en los espléndidos convites del monarca mas ostentoso de Oriente. A una lijera y graciosa invitacion de la joven se sentó Cárdenas á la mesa con desenfado marcial, quitándose antes la espada que llevaba ceñida, y colocándola en un ángulo de la sala. «Cuidado con ese noble acero, »señor militar, dijo sonriendo aquella mujer, cuidado con ese »noble acero, porque se lo va V. á dejar olvidado en un rincon »como trasto inútil. Y en verdad que no es muy honroso para »un Guardia tan pundonoroso y bizarro como el caballero Cár»denas, dejarse olvidadas las armas como un pobre recluta de »tierra de Campos. Pero no importa, V. volverá á mi casa y re»cojerá su espada sin que nadie la haya tocado.» A estas fatídicas palabras contestó con jovialidad el mancebo, que haria lo posible por tener memoria y por salir armado de aquella habitacion, como habia entrado en ella. El éxito probó despues, que es

mas fácil dar una palabra ó formar una resolucion, que cumplirlas.

Comenzaron inmediatamente á cenar, con el mismo apetito y satisfaccion que dos recien casados al celebrar el convite de boda. Aquella mujer estraordinaria hizo los honores de su casa con tal desembarazo y finura, con tal decoro y majestad, que parecia una reina. Fácil es presumir que no sería el silencio el que presidiria aquella mesa, como las de los anacoretas y cartujos. Difícil sería repetir los diálogos de entrambos, solo interrumpidos por los bocados esquisitos y las copas, á que no faltarian brindis y diálogos nada edificantes.

Levantándose de la mesa despues de tomar café, el mas grato y delicioso que en su vida habia paladeado el Guardia, se retiraron á otra sala, donde habia un lecho, propio de un sibarita ó de un monarca de Persia. Quizá el lector habrá olvidado ya la espada de que se hizo arriba espresa mencion, pero no sucedió á Cárdenas lo mismo, pues tuvo la advertencia de recojerla y llevarla consigo, y dejarla junto á la cabecera de la cama antes de acostarse. A pesar de haber comido mucho y bebido mas, no se le subió el vino á la cabeza, porque estaba muy acostumbrado á tales escesos, sin que ni aun los licores mas fuertes le hicieran gran sensacion en el cerebro. Por consiguiente, al dejar la mesa se acordó del acero que se habia desceñido para cenar, á fin de no dar ocasion á que se cumpliese el vaticinio de aquella Sibila. Es verdad que, aun prescindiendo de tal circunstancia, cualquiera otro hubiera hecho lo mismo, pues á poco que reflexionase, debia considerar que en casa tan sospechosa, á tales horas y en compañía de semejante mujer, y sin tener amigo ni escudero que le guardase las espaldas, un acero toledano podia serle muy útil, y quizá necesario cuando menos lo pensase.

El ángel custodio de Cárdenas se cubrió con sus alas el rostro pálido de tristeza, y alzó mil veces sus ojos y manos al Dios de las misericordias, rogándole se apiadase del criminal y desventurado mancebo. Este se durmió al fin profundamente, no con el dulce y tranquilo sueño de la inocencia, sino con la horrible calma, con la indiferencia espantosa del infeliz que no conoce el santo temor de Dios. A la madrugada se despertó bostezando, y con la escasa luz que entraba por una ventana medio abierta, vió en el reloj que habia colocado debajo de la almohada, que solo faltaban veinte minutos para las siete, hora en que entraba de guardia aquel dia. Mirar la muestra, y saltar de la cama furioso y maldiciendo su largo sueño, fue obra de un momento. La joven se levantó con la misma precipitacion, y

procuró con palabras dulces y afectuosas calmar su irritacion y su ansiedad, asegurándole que no llegaria tarde á palacio. Tambien le ayudó á vestir con tal actividad y esmero, que con su auxilio pudo en brevísimo tiempo verse en la calle, en la que andando á la carrera, acabó de abrocharse la casaca.

A poco rato advirtió con tanto furor como asombro, que las palabras proféticas de aquella mujer indefinible se habian cumplido. La espada de ceñir se le habia quedado olvidada. Mas calculando que si volvia por ella, ya llegaría tarde á su obligacion, prefirió como hombre cuerdo el menor inconveniente, esperando que tal vez el jefe (que cabalmente era muy corto de vista) no echaria de ver que se presentaba desarmado, y pidiendo despues la espada á un compañero de los que salian de servicio, salvaba la dificultad y quedaba impune. Redoblando mas y mas su acelerado paso, llegó á palacio sin aliento en el momento mismo que iba á verificarse el relevo.

Concluido este, aquel atolondrado y libertino mozo, en lugar de entrar á cuentas consigo mismo, y hacer las graves y sérias reflexiones á que se prestaba de suyo tan rara aventura, comenzó con el mayor cinismo á referirla y vociferarla entre sus compañeros. Estos la tomaron á broma, y atribuyeron á jactancia y exajeracion de Cárdenas los entusiastas elogios que hacia de la hermosura y atractivos de su huéspeda. Dos empero de sus mas íntimos amigos, sin dejar de dudar de la verdad de sus palabras, quisieron acompañarle al dia siguiente, cuando al salir de guardia, volvió á la calle del Caballero de Gracia á recojer su espada, y para ver de nuevo con la luz del sol á la misteriosa belleza.

Llegaron los tres efectivamente á la puerta de la casa, y tocaron con el aldabon de hierro. Nadie respondió aunque repitieron y redoblaron los golpes. Entonces se asomó al balcon de la casa de enfrente un caballero anciano, y les manifestó con urbanidad que no se molestasen en llamar, porque aquella casa estaba deshabitada hacia muchos años. Los camaradas de Cárdenas se rieron y mofaron de este á su sabor, indicándole que sin duda se habria embriagado, y entre los vapores del jerez habria visto en sueños á la encantadora princesa de aquel encantado palacio. Formalizándose Cárdenas se volvió al viejo, y díjole amostazado, que mal podia estar sin habitar aquella casa, cuando habia cenado en ella hacia dos noches. El vecino de la nevada cabellera se encogió de hombros, y sin responder una palabra, se quitó del balcon. Pero al momento lo vieron salir por la puerta de su casa con una llave en la mano. Acercándose hácia los tres Guardias, dijo á Cárdenas con gravedad: «Señor »mio, esta casa, en cuya puerta ha llamado V. mas de una vez

»sin que nadie haya respondido, es la que llaman vulgarmente »en estos barrios *la Casa del Duende*. Pertenece á un amigo mio, »que me entregó las llaves por si alguno quiere verla y alqui»larla. Hace muchos años que en ella no hay inquilinos. Los úl»timos, al dejarla, aseguraron formalmente que en varias habi»taciones se oia con frecuencia un estraño y temeroso ruido en »las altas horas de la noche. Desde entonces nadie, absoluta»mente nadie ha entrado en esta casa, al menos por la puerta y »abriendo con esta llave que tengo en la mano. Si por balcones »y ventanas ha penetrado alguien, lo ignoro, y además no lo »tengo por verosímil. Soy enemigo de disputas, que á nada con»ducen. Tomen VV. la llave, entren y registren la casa todo el »tiempo que gusten: de seguro no hallarán otra cosa que polvo »y telarañas, pulgas y otros vichos. Yo me retiro con permiso »de VV. Háganme el favor de devolver la llave cuando conclu»yan VV. de ver la casa.» Dichas estas palabras les volvió la es-palda el buen viejo, y se entró en la suya sin aguardar la contestacion que el irritado Cárdenas se disponia á darle.

Este abrió la puerta con visibles muestras de cólera, porque su veracidad iba quedando muy mal parada; y los tres entraron en la casa llenos de curiosidad y de impaciencia, sin hacer caso del duende y burlándose de la credulidad del viejo. Así que comenzaron á subir la escalera, que estaba efectivamente cubierta con un dedo de polvo, vieron impresas en él huellas de planta humana, pero muy diferentes y desiguales; las unas como formadas por un pie muy pequeño de mujer, y las otras por las botas de un hombre. Este primer encuentro les dió mucho en qué pensar á todos. La casa, lejos de estar amueblada y embellecida con el gusto y magnificencia que tanto habia ponderado Cárdenas, presentaba á su vista la completa desnudez y repugnante desaseo y abandono de todo edificio deshabitado hace mucho tiempo. Ni aun clavos aparecian en sus polvorientas y sucias paredes. Recorriendo las habitaciones encontraron la espada colocada en el mismo sitio en que Cárdenas la habia dejado, si bien rodeada de telarañas. Ante aquel acero, testigo elocuente aunque mudo de su libertinaje y olvido de Dios, Cárdenas, tocado sin duda por la divina gracia, hizo un nervioso y brusco movimiento, y quedó pálido y desencajado como un cadáver. No así los otros, que con algazara y pullas desapiadadas se mofaron del aterrado compañero, creyendo que todo era una farsa ridícula preparada de antemano, y desempeñada con cómico artificio para deslumbrarlos y engañarlos, y burlarse despues á su costa.

Desde aquel momento, el carácter jovial, bullicioso y atolon-

drado del Guardia libertino cambió de tal manera, que asombró á todos. Apenas hablaba una palabra. Andaba siempre muy sombrío y meditabundo. A las pesadas y crueles chanzonetas y repetidas preguntas de sus camaradas sobre el referido suceso, levantaba humildemente sus ojos al cielo, los fijaba despues en tierra, y le asomaba alguna mal reprimida lágrima de arrepentimiento. Así vivió algun tiempo todavía con sus compañeros, hasta que un dia, obtenida la competente Real licencia, desapareció de repente de la sociedad y del cuerpo de Guardias de la Real persona. Años despues se supo que se habia retirado al convento de la Paciencia de esta corte, donde habia tomado el hábito de capuchino. Allí vivió hasta una edad muy avanzada, y despues de ser con sus ejemplarísimas virtudes modelo de religiosos y la edificacion del siglo, al que tanto habia escandalizado con sus desórdenes, murió santamente en el ósculo del Señor.

Los incrédulos que lean esta narracion sencilla, negarán el hecho sin vacilar, como si los hechos quedasen destruidos por negarlos con resolucion y sin examen; ó se reirán quizás á carcajadas de lástima y desprecio, burlándose del arrepentido capuchino y del Duque de Rivas, y sobre todo de mí, porque no he desistido del propósito de escribir esta pequeña y edificante historia, segun la refirió mas de una vez el formal y respetable prócer, que la habia oido al mismo Cárdenas, su antiguo compañero de armas. A las carcajadas, empero, de los que no conservan la fe de sus religiosos mayores, no contestaré yo con ninguna cita ó máxima de los santos Padres de la Iglesia, ó de otro doctor católico autorizado y venerable. Los escépticos no hacen gran caso de las grandes lumbreras de la Religion, á pesar de la radiante luz con que están iluminando al mundo desde que comenzaron á brillar para bien del género humano. Me contentaré con decir, *que la risa es no pocas veces la razon de los mentecatos*, como afirma Juan Jacobo Rousseau, cuya autoridad para los incrédulos es de tanto peso.

Otros, por el contrario, tan preciados de profundos pensadores como enemigos declarados del absurdo pirronismo, dirán tal vez que todo fue una ilusion de la fantasía acalorada y ardiente del joven Guardia. *Dichosas ilusiones*, repetiré yo aquí con el inmortal Balmes, *que producen tan provechosas y admirables realidades*. Y mas dichoso todavía el hombre que, aun en medio del desbordamiento de sus pasiones, conserva, aunque amortiguada, alguna leve centella de fe religiosa, la que avivada al soplo de la gracia, enciende la llama del amor de Dios, que en el santo sacramento de la penitencia destruye y borra la culpa y hasta

los crímenes mas atroces. El amor de Dios, repito, que de una manera tan maravillosa como inesplicable á los ojos de la débil razon humana, hace virtuoso y santo á un malvado, á un facineroso, el cual, en vez de terminar su existencia con afrentosa cadena en un presidio ó en un cadalso á manos del verdugo, ó víctima de la desesperacion, finalmente, por medio del innoble y horrible suicidio, muere, por el contrario, tranquilamente en su lecho, pidiendo con filial confianza perdon á Dios de sus iniquidades y estravíos, adorando humilde y resignado la cruz santa de la Redencion, é invocando el dulcísimo nombre de María Santísima, nuestra Madre, refugio siempre y eficaz consuelo de pecadores arrepentidos, y en especial á la hora de la muerte.

ELOGIO DEL ILMO. SR. PEREZ BAYER (*).

Cuando la incredulidad y el indiferentismo comienzan á propagarse desgraciadamente entre nosotros con tan asombrosa rapidez, que hasta hombres que no son víctimas todavía de tan funestos errores, atacan sin piedad á los ministros del santuario, poniendo en duda, ó quizá negando con audacia la ilustracion y virtudes con que han brillado en todos tiempos no pocos indivi-

---

(*) En 1828, año en que estudiaba yo Teología en Valencia, presenté á la *Sociedad de Amigos del Pais* de aquella capital, este elogio del inmortal Perez Bayer. El opúsculo, entonces, no podia menos de resentirse visiblemente de la juventud de su autor, que solo contaba veintidos años; edad muy prematura para celebrar cual corresponde á tan esclarecido varon. Hoy sale á saludar atenta y respetuosamente á los benévolos lectores de mis obrecillas, menos incorrecto y desaliñado que lo estaba en aquella época, por haber sido corregido y limado últimamente con alguna detencion, á fin de que sea menos indigno de la luz pública. Por lo demás, solo un Jovellanos, un Lista, un Balmes podrian escribir dignamente el panegírico del sábio y virtuoso Mentor que dió á sus hijos el Rey Carlos III, de feliz memoria.

Mis fuerzas son muy pocas para tamaña empresa. No obstante, publico el presente Elogio de tan preclaro español, porque estoy seguro que mis lectores no olvidarán aquello de: *In magnis voluisse sat est;* y el consabido exámetro:

Etsi desint vires, tamen est laudanda voluntas.

duos del clero, es muy digna de loa la Real Sociedad de Amigos del Pais de Valencia, por haber propuesto en el certamen literario para el presente año 1828, el Elogio del Sr. Perez Bayer, como el tema en que han de ejercitarse los estudiosos ingenios que aspiren al honroso lauro de la victoria. No podia elegir mas bello y noble asunto aquella Corporacion respetable, que las merecidas alabanzas del sábio y virtuoso varon que fue uno de los socios que mas la honraron, la gloria y prez de la Iglesia española, y la admiracion, en fin, de las naciones estranjeras.

No es esta la primera ocasion en que la ilustre Sociedad se esfuerza por enaltecer el nombre y preclaras dotes de tan esclarecido y predilecto hijo. A su seno pertenecian el docto D. Juan Bautista Canet, que en 30 de julio de 1785 tributó loores á Perez Bayer, en el panegírico elocuente que consagró á su memoria, y el maestro Facundo Villaroig, que en 1796 pronunció un elogio latino, que honra tanto á su autor, como al gran varon objeto de sus encómios. Miembros eran asimismo de aquella Sociedad, el dulce vate Baamonde y Sessé, que celebró en los acentos de su noble lira el renombre de Bayer, aunque solo de pasada, por no ofender su cristiana modestia; así como tambien el erudito Abate Lasala, que en la traduccion de las fábulas árabes de Locman, estampó en la dedicatoria un delicado y elegante elogio del varon ilustre.

Entonces fue cuando no cabiendo la fama y aplausos de este digno sacerdote dentro de los muros de Valencia, se estendieron de provincia en provincia, resonando por la nacion entera, sin que hubiese en toda ella un solo ingenio que no bendijera su nombre. Entonces fue cuando los demás pueblos de Europa comenzaron á escucharlo complacidos, en los importantes escritos que publicaron Barthelemy y L'Hansse en Francia, Georgi y Mamachi en Italia, Michaelis en Alemania y Voide en Inglaterra. Entonces fue cuando la misma Real Sociedad vió, con el inefable júbilo y entusiasmo de una madre, consagrar á su idolatrado hijo retratos y estátuas, cooperando de este modo los pinceles con los cinceles y plumas, á perpetuar su renombre. A pesar de todo esto, ¿no está satisfecha todavía la ilustre Corporacion, y desea nuevos monumentos de gloria para el benemérito Perez Bayer? No es estraño, porque todo parece poco cuando se trata de una larga existencia de ochenta y tres años, que fueron los que vivió aquel respetable eclesiastico, consagrados todos al estudio y á la virtud.

Envidiable es ciertamente la gloria de la ciudad de Valencia por haberle servido de cuna. Los hijos de aquella dichosa capital todavía señalan entusiastas con el dedo, en la calle del *Empe-*

drado, la afortunada casa de su nacimiento. Todavía la iglesia parroquial de los Santos Juanes guarda, como blason de su archivo, la partida de su bautismo, verificado el 11 de noviembre de 1711. Todavía viven entre nosotros personas autorizadas, á quienes cupo la buena suerte de tratarle muy de cerca, y de oir de su propia boca hacer alarde de haber visto la primera luz en la ciudad del Cid, apellidándola con júbilo y gratitud, *la aurora de su fortuna*. En verdad, no sería justo dejar aquí olvidados á sus progenitores, bien dignos ciertamente de un respetuoso recuerdo. Llamóse el padre Pedro Perez, y la madre María Josefa Bayer. Nació aquel honrado aragonés en Saldon, obispado de Albarracin, y esta fue natural de Castellon de la Plana, poblacion ya célebre entonces por mas de un título en España. Domicilióse dicho matrimonio en Valencia, por ser mas fecunda en recursos que otras ciudades, y presentar mas campo y mas despejado á los afanes del hombre aplicado y laborioso.

Los padres de Perez Bayer fueron modestos y sencillos artesanos, sin otra hidalguía que su honradez, sin mas medios de subsistir que los que les proporcionaba el sudor de su frente, sin mas valimiento que el esfuerzo de sus brazos, y la proteccion con que acostumbra el cielo remunerar la contínua laboriosidad y la virtud.

La honrada pobreza, y aun la escasez, no es un defecto, y mucho menos una afrenta, que deban ocultarse cuando se trata de hombres tan esclarecidos y respetables como nuestro sábio valenciano. Al contrario, la estrechez en que vivieron sus padres es la mayor gloria del hijo, y la recomendacion mejor de la brillantez estraordinaria de su mérito. En efecto, la falta de medios no favorece á persona alguna, ni puede proporcionar escelentes ayos que eduquen, ni copia de selectos libros que instruyan, ni facilitar Mecenas que protejan; en fin, á nadie ayuda, ni para hacer carrera, ni para aprender. El que pertenece á familia menesterosa, es preciso que se lo gane todo á punta de lanza, como decimos vulgarmente; que suba por su pie á la alta cima de las ciencias, y por su mano tome y corte los laureles que hayan de orlar su sien con el trascurso del tiempo.

A pesar de estas reflexiones, no se crea que la familia de Bayer se encontrase tan apurada que le fuera del todo imposible la educacion de su amado niño, y soportar sin gran dispendio atender á aquellos gastos con que los maestros de primeras letras vendian bien cara entonces su miserable instruccion. Desgraciadamente en aquella época no estaba todavía establecido, para honor eterno de Valencia y de su dignísimo arzobispo el Sr. D. Andrés Mayoral, el sagrado instituto de las Escuelas Pias, donde de

contínuo se convida amorosamente á la niñez y adolescencia, para que sin recompensa alguna reciba la doble enseñanza de la piedad y las letras, que con tanto celo y amor paternal, como feliz éxito, proporcionan los dignos hijos del esclarecido Calasanz. Al niño Bayer, como á los demás, le costó á la sazon el comprarse el estudio, para lo cual entró en una de las escuelas asalariadas, donde leyó, escribió, aventajó á sus compañeros y pasmó á los maestros.

No habia aún cumplido el segundo lustro cuando murió inesperadamente su padre; golpe en estremo doloroso para toda su casa, pero sobre todo para aquel niño, en quien para mayor sentimiento, al par de la ternura de sus entrañas, se habia la reflexion adelantado á la edad. Consideraba que este suceso, despues de ser de suyo tan sensible y funesto, venia á trastornarle el destino, á sofocar sus vivos deseos de instruirse, á separarle, en fin, para siempre de la morada de la sabiduría, cuyas puertas apenas tocaba desde el umbral. En semejante conflicto, la desolada madre creyó lo mas acertado alejarse de Valencia con sus hijos (1), dirigiéndose á Castellon de la Plana, donde fueron recibidos en el cariñoso seno de la querida abuela. Un respetable sacerdote, tio de la desconsolada y menesterosa viuda, se constituyó desde luego en tutor y apoyo, y segundo padre de los dos inocentes y desvalidos niños.

Las plantas indígenas, trasplantadas de su lugar nativo á otro suelo, toman de ordinario mas incremento; y esto sucedió con Bayer cuando, dejada Valencia, se consagró al estudio en Castellon de la Plana. Las aulas de gramática latina de esta poblacion tenian entonces muy justa celebridad en toda la nacion, por el celo y esfuerzos laudables que habia desplegado poco antes Jaime Miguel Falcó, tan hábil maestro como distinguido escritor (2). Este infatigable humanista habia conseguido sacar las bellas letras del estado de abyeccion en que se hallaban sumidas en España hacia muchos años, y restituir la majestad y esplendor al noble idioma del siglo de Augusto, libertándole de la aspereza y rusticidad con que era tratado por algunos pedantes, aplicados tan solo á darle pueril mente á conocer en su mecanismo. Muerto aquel célebre restaurador de las bellas letras, sus dignos discípulos, entre los que debe contarse el ilustre Don Manuel Martí, procuraron conservar en todo su brillo el habla de Ciceron y de Horacio. En las mismas escuelas estudió el Señor Climent, que solo se adelantaba al joven Bayer en cinco años de edad, adquiriendo en ella los principios de aquel precioso caudal con que tanto enriqueció despues la oratoria sagrada (3).

La aplicacion y progresos de nuestro alumno en el estudio

por aquella época, aparecen en los bellos escritos que publicó posteriormente. ¡Qué pura diccion en todos! ¡Cuánta y cuán noble frase! ¡Qué sonido y rotundidad de períodos! Ahora etimologista, luego ortógrafo, despues analógico, segun lo exigen las cuestiones que trata. En sus obras, aquí habla Plauto, allí rie Terencio, y cuenta Livio, y pinta Tácito, y perora Ciceron. El oportuno uso que hace de los poetas, manifiesta bien á las claras cuán enamorado vivia de sus encantos, y cuántas vigilias habia consagrado al dulce trato de las Musas. En suma, su mérito en esta parte de la literatura es indisputable, de modo que no puede sin injusticia negársele un lugar, bien digno por cierto, al lado de los Heineccios, Bossios y Budeos, apellidados comunmente los *triunviros de la gramática.*

Concluidas las humanidades, y rico ya con el caudal de luces que habia adquirido en Castellon, ingresó en la metrópoli, se presentó en su concurrida Universidad, y se consagró todo en ella al estudio de las ciencias. No le aprovechó poco en esta ocasion la afectuosa amistad del ya citado Climent, que le servia de catedrático particular en su casa; amistad envidiable y virtuosa, que fielmente conservaron hasta el sepulcro, en el cual colocó por su mano Perez Bayer á su querido Jonatás, despues de cantar su Misa de cuerpo presente, y cumplir con las demás piadosas ceremonias del funeral. A las lecciones privadas del futuro Obispo de Barcelona debió mas adelantos en Filosofía el adolescente Bayer, que á su puntual asistencia en las aulas de aquella Universidad, donde, como en todas las demás del reino, dominaba despóticamente el embrollado y árido peripato, que era mas á propósito para producir vociferadores y estúpidos ergotistas, que verdaderos filósofos.

Ni un solo tizne de tantas futilidades y estravagantes cavilaciones que se enseñaban entonces en nuestras aulas, ha manchado nunca sus escelentes escritos. Por el contrario, se admira en todos la exactitud de ideas, el método de ordenarlas, el arte severo de raciocinar, la ciencia circunspecta de abstraccion; cuanto es propio, en fin, de un entendido lógico y metafísico. Por lo que hace relacion á la moral, parte esencialísima de la filosofía, en todos sus tratados la hace brillar de un modo admirable, ya aparezca como filólogo, ya se presente como historiador, ya sea, en fin, disertador ó crítico. En suma, es moralista en cuanto escribe, y este mérito inapreciable proporciona á Bayer mucha mas gloria que la que le dieron los grados y borla con que le condecoró el ilustre claustro de Valencia, al crearle maestro en dicha facultad.

Aunque un ingenio aplicado sea apto para todas las cien-

cias, sin embargo, no progresará mucho fuera de su elemento propio, es decir, de aquel estudio favorito á que á cada uno suele llamarle su natural inclinacion. Perez Bayer desde su adolescencia mostró especial predileccion por la sagrada Teología y demás ciencias eclesiásticas que la siguen y acompañan como á su reina, bien fuese por instinto especial de su entendimiento clarísimo, ó bien porque la misma elevacion de esta soberana facultad está de suyo convidando á las almas grandes, ó fuese quizá porque, sintiéndose desde muy joven llamado por inspiracion divina al sacerdocio, no podia menos de mirar con entrañable cariño aquella facultad que debe realzar la venerable cabeza del sacerdote, é instruirle en todos los deberes de su escelso ministerio.

Al consagrarse por tanto á los estudios teológicos, que era el objeto de su vocacion, sin duda dió rienda suelta, al generoso denuedo de su alma, acrecentando mas y mas su genial aplicacion, que admira y arredra á quien quiera que la contemple. Por eso en todas sus disertaciones sagradas se muestra siempre un teólogo consumado. Por eso llegó á adquirir con tanta perfeccion las lenguas orientales, y fue tan perito en el derecho civil y canónico.

Terminados sus años escolares con tanto esplendor, en lugar de darse al descanso, como hacen la mayor parte de los que han cursado las aulas, se entregó con avidez al estudio de la historia, que se oculta á los ojos mas penetrantes envuelta entre las sombras de los siglos. No olvidó en su ardiente anhelo de saber la numismática, epigrafía y paleografía, partes muy esenciales de los conocimientos históricos, para la inteligencia exacta, en lo posible, de los sucesos de la antigüedad.

Cumplidos ya los treinta años de una vida tan afanada y estudiosa como se ha visto, fue agraciado con un modesto beneficio en la parroquia de San Nicolás y San Pedro Mártir, á cuyo título se ordenó de sacerdote. El Ayuntamiento de Valencia, como patron que entonces era de la Universidad, le habia ya de antemano confiado la cátedra de hebreo, que desempeñó por poco tiempo, trasladándose á la de Salamanca á enseñar el mismo idioma. No contento con instruir á sus alumnos de viva voz lo hizo tambien por escrito, publicando una gramática hebrea en 1745, á la cual su natural modestia dió el humilde título de *Compendio*. Esta es la primera vez que, en obsequio de la pública ilustracion, tomó la pluma Perez Bayer; aquella pluma infatigable, que no se le cayó jamás de las manos, ni la tuvo ociosa un solo dia en el largo espacio de cincuenta años que le restaron de vida. Esta obrita, llamada con justa razon las primicias de

nuestro sabio presentadas en el ara de las letras, aunque realmente de reducido tamaño, si bien se considera, no es de tan escasa importancia que no honre sobremanera á su autor esclarecido, por ser el primer libro que se publicó en España por un hebraista cristiano, para entender el sagrado idioma de la divina Escritura; no existiendo hasta entonces mas que las gramáticas hebreas escritas por los rabinos en la edad media, no muy conocidas además por no haberse vulgarizado por medio de la prensa.

Otra obra no menos importante que la anterior publicó dos años despues, es decir, *las Etimologías de la lengua española*, tomadas de las fuentes *griegas* y *hebreas*. El mismo nos dice, que la escribió *á ratos perdidos*. ¡Con qué mejor ocupacion podia aprovechar sus ocios! Esta preciosa y utilísima produccion será siempre muy recomendable á los ojos de todo digno español, ya porque en ella da su sábio autor cuenta la mas detallada del nobilísimo origen y ascendencia del patrio idioma, ya tambien por la erudicion y trabajo esquisito, la fuerza de ingenio, la seguridad de juicio, la rectitud, digámoslo así, y buena fe con que está escrita.

Embebecido de este modo Perez Bayer en Salamanca con sus libros y estudios, estaba bien lejos de sospechar su modestia, que su nombre habia sonado con elogio ya en el Real Palacio del bondadoso Fernando VI. Por eso recibió con sorpresa la Real orden que le llamaba á la Corte y cerca de la Real persona, para asuntos de interés público. Se aseguró entonces como cierto, y no se ha contradicho despues, que estraviado del Real gabinete, por artificio ó casualmente, el Concordato poco antes convenido entre el soberano español y el gran Pontífice Benedicto XIV, necesitaba asesorarse el monarca en tan grave negocio, adquiriendo luces especiales, las que, segun los informes recibidos, encontraría muy cabales en Perez Bayer, atendida su probidad y erudicion, perspicacia y aventajado talento. Difícil era, por no decir imposible, encontrar en toda la nacion un eclesiástico mas decidido y entusiasta por los derechos del Rey y por la autoridad de la cabeza de la Iglesia. No es de admirar, por lo tanto, que quedase tan complacido Fernando VI, y que le encargase un nuevo y elevado designio, despues de ver por sus ojos el mérito incomparable de nuestro sábio.

Los viajes literarios son tan gloriosos adelantos para una nacion civilizada, que desde el reinado de Augusto, apenas hubo república ó soberano ilustrado que no fomentase y protejiese los progresos que de ellos tan conocidamente resultan. ¿Cómo podia desentenderse de tan importante verdad el ilustre Prínci-

pe que tan dignamente gobernaba entonces al pueblo español? Por eso le vemos con júbilo tomar tan importante resolucion, decretar el viaje, dotarlo á espensas del Real erario, y nombrar á Perez Bayer, que debia comenzar por la imperial Toledo tan complicada como honrosa comision. Bien fácil es comprender el tenebroso caos en que se vió el docto varon en un principio, no palpando mas que sombras, como decimos vulgarmente.

Una Iglesia Primada, madre de las demás de España; una ciudad que habia sido Corte de sus Reyes, donde, por consiguiente, se habian avocado todos los negocios de sus reinados; una poblacion donde se celebraron tantos Concilios, y se reunieron los Estamentos y otras asambleas civiles; una capital, por fin, cuya antigüedad se pierde en la oscuridad de los siglos, debia necesariamente presentar una biblioteca y un archivo con innumerables códices, tablas, diplomas, millares de documentos y papeles, finalmente, manuscritos en diferentes lenguas por el distinto origen de su procedencia, copiados por diversas manos, y en diversos caracteres de letra, cifras y números, segun el vario estilo y costumbre de sus épocas respectivas, viciados unos, borrados otros, carcomidos los mas, informes y llenos de polvo todos.

Lejos de arredrarse Perez Bayer á la vista de tamaña confusion (permítaseme por esta sola vez espresion tan osada), dijo: *Sea la luz, y fue la luz, y la luz quedó separada de las tinieblas.* Todos aquellos manuscritos fueron como por encanto examinados en poco tiempo; todo fue ilustrado y puesto en su debido lugar. En 1751, esto es, al año de su comision, presentó á la aprobacion del monarca su *Coleccion de códices, diplomas y tablas que se custodian en el archivo y biblioteca Ms. de la Santa Iglesia Primada de Toledo, copiados y ordenados por mandato de S. M.* (5) Apenas podia nadie comprender tan increible actividad y tanta inteligencia, cuando el infatigable sacerdote ofreció á la admiracion del público otro nuevo trabajo en el próximo año 1752, discurriendo sobre el *templo de los hebreos en Toledo*, y otras anécdotas pertenecientes á esta misma materia (6); obra de que se entregó copia al P. Rábago, confesor entonces del Rey. Este curioso libro no pudo menos de llamar la atencion de los rabinos dispersos por las sinagogas de Europa, viendo tratado tan cumplidamente un asunto que tan de cerca les pertenecia, del que apenas tuvieran noticia sin la erudita pluma del sábio español. Tantos y tan importantes servicios lo elevaron al alto clero, nombrándole Fernando VI, Canónigo de la Catedral de Barcelona.

No bien tomó posesion de su prebenda en 1753 continuó sus

estudiosas tareas, aumentando de este modo su reputacion literaria. Además de una *Oracion latina*, que pronunció en aquella capital y dió á luz en la misma el citado año, publicó inmediatamente el *Catálogo de monedas desconocidas*, que habia adquirido con tanta diligencia y á tanto precio. Esta obra, además de su mérito literario, es muy digna de alabanza por otras razones, á saber, por estar cada medalla exactísimamente copiada por mano del mismo Perez Bayer, tan hábil dibujante como entendido escritor. Además, cada moneda lleva anotado su propio peso; operacion y medida tan importante, que debió ejercitar bien su constancia para regularlas y apurar hasta los adarmes. Son muy dignas de atencion la hidalguía y modestia de este grande hombre al ofrecer dicho catálogo á los ojos del público, como implorando para su inteligencia el auxilio de los eruditos; generosidad pocas veces imitada por los que poseen tesoros de antiguallas tan preciosas.

Al comenzar la primavera del año 1754, intransitables todavía los caminos por los destrozos de los aguaceros y de las nieves, Perez Bayer emprendió de Real orden su viaje para Italia, encargado de una literaria comision, no menos importante que la que desempeñó cumplidamente en la antigua Corte de la monarquía goda. No podia haberse concebido pensamiento mas útil y acertado, y digno del honor español.

Sabido es que desde Niza y Chamberí hasta el golfo de Taranto, y desde la Marca de Ancona hasta el faro de Mesina, apenas hay poblacion que, en diversas épocas y con varias alternativas, no haya pertenecido á nuestra patria, y que por consiguiente haya dejado de estar mas ó menos en comunicacion con los españoles de otros siglos. Como á su pais natal iban allá nuestros Príncipes y nuestros magnates, nuestros valientes y nuestros literatos, nuestros comerciantes y nuestros artistas: tal era la union de entrambas penínsulas. La Italia, fuera de aquellas preciosidades que son como patrimonio suyo, y en que tanto aventaja á las demás naciones, debia conservar mas documentos que otra alguna con relacion á nosotros. Apenas habia pueblo en ella en que no apareciese algun busto ó monumento del Príncipe que lo dominó, ó la espada del capitan que cooperó á la conquista, ó el baston del que lo gobernó en la paz, ó la pluma del que le dictó leyes, ó en fin, el sepulcro, el epitáfio ú otro recuerdo de los españoles que en él terminaron sus dias con gloria. Este era el objeto del viaje á Italia, es decir, completar en todas sus partes, con tales adquisiciones, la historia de nuestra nacion. Tan grande era la empresa que se confió esclusivamente al ilustre Perez Bayer.

Sale en efecto de Barcelona con direccion á los Pirineos, cruza la parte oriental de la Francia, entra en un canton de Suiza, baja á la Saboya, sigue al Piamonte, visita el Genovesado, sube al Monferrato, llega al Ducado de Milán, al de Parma, al de Mántua, al de Módena, al de Plasencia, á la república de Venecia, desciende á Ferrara, á Bolonia, á la Marca, á Urbino, á la Umbría, hasta saludar, por fin, los muros de Roma. Todo lo ve, todo lo observa y examina, y deposita en su memoria, discurriendo sin cesar, juntando á la rapidez del rayo el irresistible poderío que manifiesta siempre este meteoro, obrando tan súbita como asombrosamente por donde quiera que pasa.

No hubo entre tantas, tan copiosas y escogidas bibliotecas como ennoblecen la docta Italia, ninguna que no registrase, ni curioso museo que no estudiara, ni monetario que no examinase con escrupulosa detencion. Aquí copia, allí estracta, allá dibuja, en otra parte imita los caracteres mas desconocidos y antiguos. En suma, recoge cuantas noticias encuentra conducentes á nuestra patria, ó en loor de alguno de sus varones ilustres en armas, virtud y ciencia, sacando todas las ventajas posibles, segun afirma él mismo (7). Todas estas jornadas y tareas se realizaron en el corto período de medio año. ¿A quién no causará admiracion tamaña actividad? Añádase á tantas fatigas, que describió sus marchas diariamente de su propio puño, amenizando su lectura con curiosas noticias geográficas, y otros rasgos oportunos de erudicion, tan instructivos y agradables, que su libro bien puede, sin temor de aparecer desairado, colocarse entre los tan renombrados viajes de los doctos Mabillon y Montfaucon.

No debe aquí omitirse una circunstancia bien honrosa por cierto para nuestro esclarecido viajero. Todos los hombres doctos de aquel pais (que no eran pocos á la sazon) le recibieron y obsequiaron cordialmente, le hospedaron con generosidad en sus casas, le honraron con su amistad, le comunicaron cuantos conocimientos y noticias podia utilizar, pusieron en sus manos, como en digno tributo, apreciables dones literarios, especialmente un considerable número de monedas samaritanas, con la única obligacion de que las descifrase con su admirable inteligencia, manifestando con tales pruebas de respetuoso homenage, la superioridad que reconocian en el talento y ciencia del preclaro español. Entre otros, que tan dignamente le manifestaron su desprendimiento, y su hidalguía y modestia, merecen ser citados Passini y Berta en Turin; Porta en Milán; el Conde de Roncal y el Cardenal Quirini, en Brescia; Trombeli y Mingareli, en Bolonia; el Marqués Maffei, en Verona; y finalmente, Zaneto

Collegerio y Costadoni, en Venecia. Quien considere cuánto esfuerzo cuesta á un literato renunciar al amor de gloria, y ceder los laureles, y rendir féudo de honor á otro sábio, singularmente siendo estranjero y español, sabrá dar á estos agasajos y obsequios la importancia que merecen; importancia que, en mi humilde opinion, realza y patentiza el mérito de Perez Bayer, mas que otras mil pruebas que pudieran discurrirse.

Al cabo de tantas y tan fatigosas jornadas, preciso es contemplarle por un momento en la capital del orbe cristiano, ávida su grande alma de acrecentar mas y mas el precioso tesoro con que llega ya enriquecido á los muros de Roma. Allí reside por espacio de ocho años. Nadie ignora que aquella metrópoli es el gran liceo de las ciencias y las letras, y el empório mas vasto de antigüedades eclesiásticas y paganas. Bayer es un sábio profundo, un distinguido anticuario. Su aficion y entusiasmo por los monumentos de otros siglos son muy ardientes, indecible su perspicacia, estraordinaria su sagacidad, incansables su aplicacion y diligencia. ¡Qué incremento debieron tomar sus conocimientos, engolfado noche y dia en aquella inmensa copia de preciosidades científicas! ¡Qué importantes adquisiciones logró hacer para el cabal desempeño de su comision gloriosa!

De tan afanosas tareas, en que andaba sin cesar embebecido, le distrajo súbitamente una Real orden, que le mandaba partir inmediatamente á Bolonia, á inspeccionar el famoso Colegio mayor, llamado de San Clemente, obra del genio del Cardenal español Gil Carrillo de Albornoz, y establecimiento que ha servido de modelo á los que posteriormente se han fundado en Europa. Un año ocupó á Perez Bayer esta visita. Tres gruesos volúmenes en folio, puestos al frente de otros tres, que se titulan *Diarios*, los cuales llevan por epígrafe, *Representacion al Rey sobre los Colegios Mayores*, dan un indicio bastante claro de aquel árduo y complicado negocio, que tanto fatigó su ingenio (8). Despues de terminar este asunto gravísimo, y de mejorar el Colegio, vuelve de nuevo, ansioso de saber, á la ínclita Roma.

Desde la fundacion de esta Capital, ó por hablar con exactitud, desde que Ciceron, siendo Pretor, iba á la escuela de Grifo, y Salustio á la de Teyo, quizá ningun otro sábio en edad provecta, y ocupado en los negocios públicos mas importantes, habia vuelto á frecuentar diariamente la casa de un gramático para escuchar sus lecciones. Hé aquí el bello espectáculo que, al volver de Bolonia, ofrece en la ciudad santa un canónigo á los cuarenta y ocho años de su edad, un varon doctísimo, un diplomático español, Perez Bayer, en una palabra, dedicándose con ahinco al idioma árabe, y sujetándose dócil y humildemente á

los preceptos de su maestro como el mas tierno de los alumnos. Este raro ejemplo de modestia lo enaltece tanto, como su ardiente anhelo de saber y su aventajado talento.

Era carácter especial de este varon incomparable, no poder distraerse de unas tareas literarias sino con otras, encontrando de este modo algun solaz y descanso en la grata variedad del estudio. Así ocupaba muy loablemente los breves ratos que le dejaban los afanes propios de su destino. Hoy copiaba un retrato; mañana blasones de prosápias ilustres; aquí un elogio; allí una incripcion; allá un epitafio; todo lo cual estendia despues con eruditas observaciones. El proyecto era noble, y muy digno de un sábio y de un celoso patricio, puesto que se propuso formar una coleccion de breves ápuntes biográficos, referentes á españoles ilustres no muy conocidos todavía. Sin duda su objeto era estimular con esto la ingeniosa curiosidad y amor de gloria de otros doctos, menos ocupados que él, que pudieran estender y llevar á cabo tan bella empresa, idéntica á la de Pomponio Atico, de que nos hablan Cornelio Nepote y Plinio. Al frente de dicha obra aparecia la vida del Papa San Dámaso y la del mártir San Lorenzo, hijos preclarísimos de la Iglesia española, cuya gloria querian arrebatarnos escritores italianos, asegurando, aunque sin fundamento, pertenecerles uno y otro santo, por haber nacido en Roma.

De mucho vigor y valentía necesitaba la pluma que habia de vencer en tan reñida contienda, haciendo patente la verdad contra los briosos adversarios que se presentaban enfrente, ceñidos de todas armas, sosteniendo contraria opinion. Se combatia, como suele decirse, *de potencia á potencia*. El palenque de tan famosa lid era Roma, es decir, la ciudad mas entusiasta de sus glorias, que jamás consentirá verlas menoscabadas, la cual se atribuia entonces, entre las principales, haber sido dichosa madre de estos dos invictos héroes del cristianismo. El que lo niega y contradice es un hombre solo y estranjero. Quien lo defiende es un brillante escuadron de sábios, Tillemont, Merenda, Terribilino, el Conde Alcamo, el caballero Victorio, Blanquini y otros eruditos, entre los que aparece en primera línea el respetable Cardenal Orssi, historiador elocuente de los Anales eclesiásticos, á cuyo nombre inclina todavía la cabeza todo el orbe católico.

Preciso es confesar que tales circunstancias no eran un anuncio muy favorable para vaticinar el triunfo del intrépido paladin español, que se presentaba en la liza. No importa. ¿Podia arredrarse Perez Bayer, cuando se trataba de oscurecer los blasones de su Patria, y escusar un duelo en que tiene de su parte

á la justicia, y las poderosas armas de la razon? «Si soy vencido »no me es tan indecoroso, como me es honroso ahora pelear por »tan justa causa.» Así dijo el modesto y sábio sacerdote español, y presenta á los ojos de Roma su célebre Disertacion, *Damasus et Laurentius Hispanis asserti et vindicati.*

No es fácil manifestar el incomparable mérito de esta obra. «Hace su autor brillar en ella de tal modo su admirable talento, »la sublimidad de su ingenio, su profunda y esquisita erudicion, »ya eclesiástica ya profana, de escritores hebreos, griegos y »latinos; en suma, con tal destreza y magisterio hace uso de la »lógica y de la erudicion, que no solo sostiene los derechos de »España como cuna de los dos santos, cuando se queria despo»jarla de lauro tan glorioso, sino que de tal modo los demuestra, »que no deja lugar á la duda ni á nuevas disputas. Tantos y »tan notables son los testimonios de la antigüedad, los docu»mentos de la historia eclesiástica y de los libros litúrgicos, »tantas las citas de los poetas cristianos y de los anales de la »religion.» (9) Estas son las literales palabras que dijeron en Roma y á la faz del orbe literario, por medio de la prensa, dos escritores italianos de no escasa nombradía en aquel país, y las dijeron al mismo Orssi, que con su capelo y vasta erudicion autorizaba al partido contrario. ¿Se puede decir mas en loor de este libro, y de la pluma que lo escribió, con tanta solidez como circunspeccion y modestia?

Al mismo tiempo escribió otra disertacion nuestro sábio crítico, de la que habló brevemente en la obra anterior (10). La opinion de los romanos se fundaba principalmente en la autoridad del antiguo ritual veronense, por ser obra de San Leon el Grande, en concepto de los citados literatos y tambien del docto Muratori. Era preciso, pues, ventilar esta cuestion, buscar la raiz de la controversia, y cortarla de un golpe, para que no pudiera retoñar con el tiempo. Esto es puntualmente lo que hizo Perez Bayer en su disertacion *De auctore sacramentarii veronensis*, en la que prueba hasta la evidencia, que este ritual no es obra de aquel santo Papa. Quedó, por consiguiente, derribada por tierra la pretension de los contrarios por falta de sólidos cimientos, como cayó reducida á polvo la famosa estátua por tener los pies de barro, aunque adornaban su cabeza y brazos los mas preciosos metales.

Despues de tales triunfos conseguidos en Italia, volvió al suelo natal este grande hombre. No bien llegó á la Corte, besó la mano augusta del esclarecido Carlos III, y le dió cuenta de su comision, presentando con respetuosa mesura los gloriosos trofeos de su espedicion. Ocioso es añadir, porque debe suponerse,

que el bondadoso monarca recibió á Perez Bayer con paternal benevolencia, ya porque tenia exacto conocimiento de la virtud y saber de tan digno eclesiástico, y de sus importantes servicios en obsequio de la Iglesia y del Estado, ya tambien por la decidida aficion y gusto que tenia por las antigüedades el ilustre Príncipe, como habia manifestado siendo rey de Nápoles, honrándose con el título de protector de los descubrimientos de Herculano y Pompeya.

Parecióle, pues, á nuestro sábio que debia aprovecharse oportunamente de aquella loable inclinacion del soberano, y ocupar todos los instantes que le dejaban otras obligaciones en formar una coleccion de las medallas que poseia, para ofrecerla á S. M. Delicado obsequio, muy digno del alma noble de Perez Bayer. Creia, no sin fundamento, que este don acrecentaria en el Real ánimo su amor á las antigüedades, y que imitando el ejemplo del Príncipe, los españoles se aficionarian mas y mas á un estudio tan escabroso y difícil, como ventajoso á las ciencias, á las artes y á la misma religion.

Un hecho como este no era nuevo en la historia. Cleomenes, rey de Esparta, calificó de fineza otro regalo igual, presentado por Aristágoras; y el emperador de Alemania aceptó muy complacido las monedas antiquísimas que le ofreció Petrarca, tan entendido numismático como preclaro poeta. Además, no pequeña parte de las medallas que tenia Bayer las habia recibido, como en depósito, del difunto Fernando VI. Ofrecerlas, por tanto, á su dignísimo sucesor, lejos de ser lisonja ni oficiosidad, era un deber de justicia. Hago estas reflexiones porque, en vista de la confianza distinguida dispensada por el gran Carlos III á nuestro sábio, no crea la suspicacia, que la ganó artificiosamente ó por veredas torcidas. Distribuyó, pues, en varias séries aquellos preciosos restos de la antigüedad, los ordenó cronológicamente, ilustró cada uno de sus perfiles y relieves con asombrosa erudicion, descifró, por fin, sus inscripciones con tal claridad, que bien pudiera el rey decir á la república de las letras, que Bayer le habia dado á conocer sus mas profundos misterios.

Poco despues de aceptar Carlos III esta ofrenda, tuvo por conveniente ocupar los talentos del docto varon en otra empresa mucho mas árdua que todas las anteriores, mandándole pasar al Real Monasterio del Escorial, para formar índices razonados de sus antiguos códices, góticos y castellanos, latinos, griegos y hebreos. Para tener una idea aproximada de esta nueva comision, es preciso no olvidar, que en la edad media los monasterios fueron el centro de la sabiduría de nuestros padres, y que por la magnificencia y generosidad de los príncipes españoles,

han ido á parar al Escorial innumerables manuscritos de otras cien bibliotecas. Todos ellos debia examinarlos Perez Bayer, y lo que es mas, estractarlos, es decir, dar el jugo, el espíritu y la quinta esencia de cada uno. Sabido es que dar el resumen acabado de un libro, es no menos difícil que sacar la perfecta miniatura de un cuadro de grandes dimensiones. Admiracion y asombro causa el que en el brevísimo espacio de tres años pudiera un hombre solo llevar á cabo obra tan colosal, que constaba de cinco tomos en folio (11). A estos debe añadirse otro libro voluminoso, en que tradujo del griego al latin la *Liturgia de San Basilio*, ilustrada con eruditas notas y disertaciones (12). Tambien trabajó en la misma época las *Selectas* del Escorial, y las *Anécdotas griegas* (13). Parece imposible que la misma pluma pudiera escribir tantos y tan variados y notables volúmenes en tan corto tiempo. Concluidas, por fin, tan fatigosas tareas, partió Bayer para Toledo, agraciado con un canonicato, y la prebenda de tesorero de aquella Iglesia Primada.

No bien se estableció en dicha ciudad, cuando se presentó en su casa como huésped D. Cristobal Medina *Conde*, canónigo de Málaga, deseoso de consultar con él sobre la deplorable historia de la Alcazaba. Doloroso es tener que hacer mencion de tamaña superchería. Seré muy parco, diciendo únicamente lo que redunda en elogio de Perez Bayer. Cuando este llegó á España en 1764, acababa de realizarse aquel supuesto descubrimiento de monumentos antiguos, de que tanto se habló en la Península y otras naciones. Tomaron parte en aquel ruidoso negocio, como era natural, españoles y estrangeros. Cada uno de ellos se esforzaba por atraerse nuevos prosélitos para autorizar su opinion, y muy especialmente los embaidores, porque la cábala y la intriga siempre fueron mas oficiosas y osadas que la verdad. En viendo, pues, en su patria á nuestro docto varon, se fijaron los ojos en él de parte de la mentira, bien persuadida su escuela de que, si lograba sorprenderle y ganarle, habia terminado la cuestion.

No es estraño. Desde que á instancias del Padre Florez, descifró y esplicó con tanta claridad Perez Bayer, siendo catedrático de Salamanca, el difícil epitafio hebreo que Alfonso el Sábio (14) consagró á su augusto Padre San Fernando, se habia acreditado de anticuario eminente; cuya reputacion se aumentó despues con el conocimiento práctico de tantas antigüedades, adquirido en su famoso viaje á Italia. Sabian todos además su grande inteligencia en los idiomas latino, hebreo, griego y arábigo, tan conducente para conocer á fondo los particulares idiotismos y frases de la antigüedad, principalmente griega y

latina, en cuyos caractéres estaban los mas de los documentos supuestos. Por esta causa, á todo trance se anhelaba su aprobacion, la cual, mas que voto, podria reputarse inapelable sentencia.

Tal pretension, pues, fue la que movió á Medina Conde á dirigirse desde Málaga á Toledo, donde permaneció doce dias en compañía de Perez Bayer, abogando por los dichos descubrimientos, y desplegando toda su pericia en antigüedades, de la cual no se hallaba tan escaso, como lo estaba de rectitud y de buena fe. Incapaz Bayer de disimular, y menos de prostituir su opinion, se la manifestó llanamente; le hizo ver que aquellos documentos, á escepcion de muy pocos, eran espúreos. Se lo demostró en términos que le obligó á confesar su equivocacion, de suerte, que al despedirse, le dió Conde las gracias de haberle desengañado, dejando en poder suyo un escrito, declarando con su firma, el error en que habia involuntariamente vivido hasta entonces. Lejos de ser este paso hijo de la sinceridad y de la hidalguía, no era mas que un innoble artificio. La soberbia y la codicia no suelen jamás corregirse; al contrario, se hacen mas petulantes y osadas al verse rebatidas. Medina Conde habia sido el intérprete y el oráculo de todos aquellos monumentos: no era fácil que mudara de opinion. Por otra parte, las supuestas antigüedades le proporcionaban una muy noble ejecutoria. ¿Cómo podia consentir de buen grado tornar á su oscurecida y humilde cuna?

No le sirvió, pues, la ilustracion de Bayer para iluminarle, sino para darse por ofendido de la luz, y reconocer en él un enemigo de sus proyectos, á quien era preciso desacreditar de todos modos. Hé aquí el orígen de las *Cartas del Sacristan de Pinos*, que no eran otra cosa que una sátira mordaz. De aquí nacieron las consultas á diferentes sábios de Europa, como al célebre anticuario Bartelemi, y al erudito Padre Tassin, Abad de la Congregacion de San Mauro, con el fin de sacar algun pretesto de sus contestaciones para hostilizar á Perez Bayer. De aquí finalmente los otros escritos que, al registrar su casa de Real orden, se encontraron en ella, como las *Apologías*, *Representaciones al Rey* y demás, las cuales atacaban principalmente á nuestro sábio. La gloria, pues, de este, que es el único objeto del presente discurso, es la de haber conocido y hecho frente á la superchería; haberla desde un principio sofocado, sin dar lugar á los graves acontecimientos que podrian resultar, de su admision, á la Iglesia y al Estado, esgrimiendo con denuedo la pluma en aquellas cuatrocientas ochenta páginas, en que tan victoriosamente refuta al impostor (15). A esta obra debe agregarse

tambien su *Dictamen*, publicado en la causa criminal que se siguió al mal aconsejado canónigo de Málaga y compañeros (16). Al fin de la *Biblioteca vetus* de D. Nicolás Antonio, se encuentra igualmente una relacion latina concerniente á tan lamentable como enojoso asunto.

Muchas y muy distinguidas muestras de aprecio y confianza habia merecido ya nuestro docto y virtuoso varon á la munificencia del buen Carlos III, pero cuando lo llamó á su Real palacio para dividir con él la educacion y cuidado de sus queridos hijos, le dió una prueba de cariño paternal, verdaderamente estraordinaria. Siempre será una honra privilegiada de un hombre haber llegado al estado de poder enseñar á sus semejantes. Mayor gloria debe reputarse, ilustrar el entendimiento y formar el corazon de los Príncipes. El honor, empero, de instruir á los augustos hijos de aquel preclaro monarca, viene acompañado de circunstancias que le hacen mas elevado y loable todavía. ¿En qué época se da á Perez Bayer tan alto como difícil encargo? En tiempo en que habia en la nacion tantos esclarecidos y sábios varones, que reproducen en España el siglo de oro de nuestra literatura (17). ¿Y quién daba este magisterio? Aquel rey que siempre vivió enamorado de la sabiduría, que la pedia á Dios con suspiros ardientes para sí y su familia, como el mayor bien que desciende del cielo. Aquel Rey que, siendo todavía Príncipe, anhelaba solamente el título de *sábio* (18), renunciando á todos los dictados pomposos que suelen darse á otros monarcas como emblema de sus reinados. ¿Y cuáles eran los escelsos vástagos de los que debia ser digno preceptor Perez Bayer? En sus dotes morales, bellísimos; en sus talentos, muy despejados. De estas reflexiones resultan las mas lisonjeras consecuencias en favor del ilustre sacerdote.

No se descuidó éste en dar cuenta de su eleccion, justificando la acertada prevision del rey, y poniendo de manifiesto á la faz del mundo civilizado, los frutos de su enseñanza. No es mi ánimo defraudar el mérito de tantos maestros que han tenido los príncipes dentro y fuera de la nacion. Todavía se oyen con admiracion y respeto los célebres nombres de Honorato Juan, en España; de Huet, de Fenelon, de Fleuri, en Francia; y de otros sábios, finalmente, encargados de tan elevada comision en diversos puntos de Europa. Tambien son conocidos los adelantamientos que han hecho no pocos de tan ilustres alumnos. Mas en la historia moderna de la literatura no se conservan sus nombres, como el del Infante D. Gabriel, discípulo del prebendado toledano. La traduccion de Salustio es una preciosa joya literaria de nuestras bibliotecas, por ser una de las mas apre-

ciables obras españolas; así como el original es uno de los mas célebres libros que produjo el siglo de Augusto. Hacen tan recomendable esta version su castizo lenguaje y su majestad y elegancia, y es tanta lo novedad, la erudicion, la agudeza y la importancia de las notas que la ilustran, que no se perderia la historia de Salustio aunque desapareciera su incomparable testo latino. Tal es la obra que ofreció Perez Bayer á la república de las letras, como testimonio y muestra de su magisterio.

Su disertacion sobre el alfabeto y lengua de los Fenicios realza mucho á la traduccion, por tener verdaderamente toda la importancia que ponderaba el erudito inglés Voide en sus cartas al mismo Bayer, diciéndole *que sin embargo de no haber tenido mas guia que su propio ingenio, habia sabido comunicar nueva luz á remotísimas antigüedades, que estaban envueltas en la mas densa oscuridad.* Para esplicar la cláusula de Salustio que insinúa la degeneracion de su idioma en Leptis, prueba el docto valenciano, con argumentos incontestables, que el idioma fenicio era un dialecto del hebreo, especialmente el que se hablaba en Sidon y en su colonia Leptis; asunto bien espinoso por cierto, y que necesitaba para ponerse en claro toda la erudicion de un Bayer. Con este motivo forma un alfabeto de la lengua fenicia, que abre en cierto modo un nuevo camino á las ciencias.

Los sábios de aquella época vieron atónitos esta ingeniosa combinacion, ó por mejor decir tan importante descubrimiento, que fue al punto anunciado en las efemérides de Italia y Alemania. El caballero Michaelis, autor de la *Biblioteca oriental*, vertió la obra de Bayer en lengua vulgar, obra que se apresuraron á adquirir los doctos, y las universidades y academias de todas las naciones cultas. Desde entonces pudo cualquiera deletrear ya un idioma que tantas disputas habia ocasionado por la verdadera inteligencia de una sola letra entre los ilustrados Bartelemi y Sivinton. No debe olvidarse una circunstancia especial, que llamó entonces muy mucho la atencion de los doctos, y es que Bayer trabajó dicha disertacion en solos veintidos dias. Unicamente un anticuario de tan vasta erudicion, talento y laboriosidad, era capaz de escribir con esta brevedad y premura de tiempo tan importante opúsculo. Este salió por apéndice en la bellísima traduccion de Salustio, por orden espresa del régio y agradecido alumno, á quien plugo de este modo dar público, solemne y eterno testimonio del filial y respetuoso cariño que profesaba á su digno Mentor. Desde entonces suenan juntos en la república de las letras los nombres y loores del preclaro maestro, y de su aprovechado y escelso discípulo. A esto

aludia sin duda el mote del ilustrado abate Lasala con respecto á entrambos personages (19):

Ipse tibi suas esse voluit communes laudes.

Por esta razon, obsequiando al Infante D. Gabriel la famosa Universidad de Oxford con una Gramática y Diccionario egipcio que acababa de imprimirse en Inglaterra, hizo el mismo regalo á Perez Bayer. Por esta razon, arrancando aquel generoso príncipe de su pecho la preciosa cruz de la orden de Carlos III, adornó con ella, por su augusta mano, á su ilustre preceptor. ¡Qué timbre de tan alto aprecio para este! ¡Qué ejemplo tan digno de ser imitado por los alumnos de alma noble y elevada!

Con las mencionadas tareas de Perez Bayer sobre antigüedades, al mismo tiempo que daba tanto brillo á las letras, hacia un estraordinario servicio á la Iglesia y al Estado, por la suma importancia que tienen las antigüedades respecto á los estudios religiosos del Cristianismo, y al origen y fundacion de los imperios y pueblos primitivos. Antes del siglo XV nada se adelantó en esta materia, porque no habia ni un solo vestigio que pudiera servir de guia. Arias Montano encontró despues un siclo de Simon, otro el arzobispo Antonio Agustin, y otros, en fin, varios numismáticos. Esto abrió el camino, y dió no poca luz para la inteligencia de tan antiguas monedas. Pero Bayer perfeccionó el arte de autenticarlas. Anteriormente cada cual esplicaba á su modo aquellas medallas. No faltó quien negase la realidad de todo monumento hebreo, sosteniendo con ardor, que los siclos samaritanos no eran de Simon Macabeo, sino del impostor Simon Barcoqueba, que vivió en el segundo siglo de la era cristiana. Con este motivo escribió nuestro sábio aquella asombrosa disertacion sobre las monedas hebreo-samaritanas (20), en la que logra fijar la existencia de aquellas medallas, señalarles la edad, descifrar sus inscripciones, establecer su valor y dar el peso de cada una. Desde entonces es el maestro y el oráculo de tan importante ramo de la numismática.

Las dos disertaciones de que se acaba de hacer mencion, eran como preliminares para ilustrar las *monedas desconocidas*, de las cuales habia adquirido Bayer muy considerable número á fuerza de afanes y crecidas sumas. Antes, empero, de comenzar á esplicarlas, deseoso del acierto proyectó un viaje por las costas de España y Portugal, colonias otro tiempo de los fenicios, cartagineses y griegos, de los que sin duda traian su origen tan antiguas medallas. Su objeto era inspeccionar la cuna de tales antiguallas, averiguar las poblaciones, desentrañar el ver-

dadero nombre que tuvieron estas en siglos lejanos, compararle con el de los pueblos inmediatos, y asegurarse por sus propios ojos de que era realmente el mismo, segun los grados, distancias y demás análisis geográfica. En una palabra, queria aumentar el caudal de sus conocimientos, y adquirir nueva luz en sus dudas, para poder escribir con la exactitud posible sobre tan difícil y oscuro asunto.

Cumplidos, pues, ya los setenta años de su edad, emprendió la marcha, á pesar de los achaques que le aquejaban, efecto de su ancianidad venerable, y de una vida tan laboriosa y afanada como la suya. Bien diferente era este viaje del que hizo á Italia treinta años antes. Entonces caminaba en carruaje, y estaba resguardado de las inclemencias del tiempo, y á cubierto del sol y de las lluvias; ahora andaba á caballo, y por consiguiente, sufriendo mil penosas incomodidades: entonces marchaba por veredas anchas y holgadas, y por caminos reales, derechos y llanos generalmente; ahora se veia en la precision muchas veces de atravesar cerros y montes escabrosos: entonces le esperaba por la noche buena posada, y á veces un suntuoso palacio; ahora le era forzoso en ocasiones parar en una choza ó cortijo, y muchas veces en campo raso: entonces hacia sus investigaciones con seguridad, y casi siempre con comodidad y decoro; ahora se ofrecian lances en que le era preciso hacerse atar con fuertes sogas por la cintura para que le descolgasen, quedando bamboleando su cuerpo entre tales precipicios y riscos que, mirados desde lejos, horrorizaban á la vista. Testigos los muros de Denia y de la arruinada Sagunto, que le admiraron en tan peligrosa postura al observar aquellos restos preciosos de la venerable antigüedad. ¡O patria, qué sacrificios tan heróicos exiges de tus verdaderos hijos!

Con tanta fatiga recorrió Perez Bayer toda la circunferencia de España en el corto espacio de diez y seis meses, teniendo gran cuidado de cumplir todos los dias la formal palabra que dió al salir de Valencia, es decir, no entregar sus ojos al descanso de la noche, sin contar primero á la pluma cuanto habian visto y observado á la luz del sol. Estos apuntes, condimentados con la sal ática de su ingenio, formaron aquellos dos tomos en fólio de su segundo viaje literario (21). Todavía deploran los eruditos, que la imprenta no haya inmortalizado tan curiosa obra. En la Real Academia de la Historia se conserva un estracto de su parte científica, hecha por el ilustrado comentador del Padre Mariana, D. Vicente Noguera Ramon.

A esta época deben referirse otros manuscritos de nuestro incansable y docto varon, como por ejemplo, la obra sobre la

nomenclatura de las ciudades y pueblos de la antigua España, y la de sus montes y rios, tomada de los antiguos geógrafos y poetas griegos y latinos (22). A la anterior debe añadirse el opúsculo sobre la voz *Granada*, y conjeturas de su etimología, y del tiempo en que empezó dicha ciudad á conocerse por este nombre. Agréguense á estos curiosos escritos el discurso sobre el verdadero sitio de la antigua Munda; y en fin, el apéndice á la obra titulada *Marmora taurinensia*, ó Mármoles de Turin. Algunos de estos escritos tenian por objeto mas ó menos directo la esplicacion de las *monedas desconocidas*. Nuevas y muy imperiosas ocupaciones, empero, le impidieron entregarse de lleno, como él deseaba con vehemencia, á su estudio favorito y firme resolucion de dilucidar tan importante materia.

El rey le nombró, muy poco despues de su última espedicion literaria, bibliotecario mayor de Palacio, cuyo alto destino debió robarle no pocas horas de su laboriosa existencia, y distraerle de aquel su constante y laudable propósito. Así lo da á entender el profundo silencio de todos los amigos panegiristas de nuestro sábio, que manejaron detenidamente sus manuscritos mientras los poseyó la Universidad de Valencia. Aunque quiera suponerse que en los setenta legajos que regaló á dicha corporacion se hallaban disertaciones, notas y otros documentos concernientes á esta materia, no ofrecian una obra ordenada y completa, como la pudiera escribir él solo quizá entre todos los numismáticos y anticuarios de Europa.

Pero por otra parte, si se considera el noble carácter de tan respetable sacerdote, su facilidad en escribir, los años que llamaba toda su atencion esta empresa favorita, lo que habia dado á la prensa, y la espectacion en que estaban los sábios, no solo de España, sino tambien de otras naciones, parece imposible que desistiese enteramente, sin hacer un esfuerzo por terminar obra tan importante. El abate Andrés dice espresamente, que la concluyó en efecto en tres tomos en folio (23). La autoridad de este célebre literato, el decirlo en lugar tan oportuno como es en la historia del estado actual de la literatura; el conservar esta proposicion, sin enmendarla, su traductor; el no haberla contradicho ningun escritor hasta nuestros dias; y lo que es mas todavía, el haber callado al ver pregonadas sus falsas glorias el modestísimo Bayer, que no solo vivia cuando se publicó esta obra original, sino que sobrevivió á la misma traduccion, todas estas razones son casi una demostracion de que nuestro anticuario llegó verdaderamente á escribir su tratado de las *monedas desconocidas*.

El haber nombrado á Bayer bibliotecario mayor, fue sin duda para ponerle al frente de la edicion que de Real orden se iba á publicar de la *Biblioteca española* del nunca bastante celebrado D. Nicolás Antonio. Cuando se imprimió esta obra la primera vez en Roma, ya salió separada la que se titula *Nueva* de la llamada *Antigua*. Ahora se queria repetir la misma deformidad, con sentimiento de los eruditos, pues se trataba solo de dar reimpresa y corregida aquella. No hubiera sido muy honorífico para España dejar en las tinieblas del olvido una parte tan principal de una obra que era reputada por los sábios Mansi, Echard y otros por *la primera* en su clase entre todas las otras *Bibliotecas de Europa*, siendo su testo el único de que se servian los doctos respecto á los conocimientos referentes á los escritores antiguos españoles. Además, quedaban muy pocos ejemplares de la *Biblioteca Antigua*, por cuya razon se vendian á tan subido precio, que no era fácil comprarlos por la mayor parte de los hombres de letras, no muy ricos, generalmente hablando. No pudiendo desentenderse Perez Bayer de estas y otras consideraciones, trató al momento de poner su mano en tan árdua empresa. Ya pensó en ella, estando en Roma, estimulado por los patrióticos deseos del bibliotecario del Rey, D. Francisco Manuel Mena. Habiendo entonces logrado la entrada en la maravillosa Biblioteca del Vaticano y anejas, halló con su incomparable aplicacion, no solo materiales para los tres tomos en folio que compuso, pertenecientes directamente al objeto de su comision, sino cuantos pudieran necesitarse, segun él mismo escribia, para comprobar la dicha obra de D. Nicolás Antonio, ilustrarla y añadirla. Estas apuntaciones fueron ahora muy oportunas para su publicacion.

Ya no habia pretesto para detener en Madrid al venerable anciano, y negarle el descanso que pedian sus años y sus tareas, impidiéndole buscar su sepulcro donde tuvo su cuna. Por tanto se le permitió trasladarse á Valencia su patria, y residir en ella como Arcediano mayor de su Catedral. Los quebrantos, empero, que le aquejaban, le obligaron á buscar la salud en Benicasim, esperando encontrarla en este pequeño pueblo, como lo habia conseguido en sus años juveniles. Aquí es donde recibió la *Diatriba* de Olao Gerardo Tichsem, consejero del Duque de Mecklenburg, profesor de lenguas orientales y primer bibliotecario de la Universidad de Rostoch, en cuyo folleto se impugnaban las *medalias samaritanas*. Este literato habia siempre negado su legitimidad; mas no pudiendo resistir á la luz que dió Bayer sobre la materia, confesó su pasada equivocacion, y ofreció eterna amistad al sábio sacerdote español,

que la admitió gustoso, descansando en la buena fe del anticuario alemán; por lo que no quedó poco sorprendido algunos años despues recibiendo la mencionada *Diatriba*, cuyo solo nombre indica la hiel con que estaba escrita. Habia este opúsculo corrido ya de mano en mano, por haberse reimpreso en Madrid antes que tuviese Bayer noticia de semejante ocurrencia. La contestacion, pues, además de necesaria era perentoria, urgentísima. La edad de ochenta y dos años que contaba entonces nuestro sábio, no era para acalorarse en disputas. No tenia libros, en aquella aldea, á que consultar; no habia llevado consigo apuntaciones sobre este asunto; en una palabra, le faltaban armas para defenderse, y la consecuencia necesaria de su silencio, debia ser quedar vilipendiada su reputacion. En situacion tan crítica, de la misma Diatriba saca argumentos para destruirla, manifiesta los absurdos de este escrito, hace patentes sus contradicciones, y en solos diez y nueve dias empieza y concluye su tratado de la *Legitimidad de las monedas samaritanas* (25), sellando á Tichsen para siempre los lábios con esta su apología, escrita en lengua vulgar para desengaño de todos. En aquella ocasion tuvo Pérez Bayer la gloria de vencer y anonadar al adversario con sus propias armas; despues de haberlo despojado de ellas, á pesar de que él estaba completamente desarmado.

Muy parecida á esta obrilla, por haberse igualmente compuesto sin libros, mapas ni otros recursos que la pluma, es otra que habia trabajado anteriormente en Aranjuez *por distraccion*, traduciendo en latin, é ilustrando con breves notas la primera parte de la curiosa *Descripcion geográfica* de Echerif Ben Edris, llamado el *Nubiense*. Este tratado, por ser el primero y último en que Bayer manifestó su pericia en el árabe, y tambien por ser una obra suya desconocida, de la que tal vez no existe mas que una copia (26), merece particular atencion. No es fácil averiguar la época en que escribió los *Orígenes de las voces españolas* (27), los que esplica con toda la claridad que es posible dar en asunto tan oscuro, cual es nuestro idioma primitivo. Tampoco se sabe cuándo escribió otra obrita sobre los *impresores valencianos* (28), la cual ilustró despues el docto D. José Villaroya, consejero honorario de Castilla.

Estos son los escritos debidos á la infatigable y fecunda pluma de nuestro eruditísimo varon. Muy poca estimacion y respeto mereceria, sin embargo, la memoria de este grande hombre, si á tanta sabiduría, si á tan ardiente anhelo por comunicar á los demás sus vastos y utilísimos conocimientos, no hubieran dado tal brillo y realce las dotes morales que adornaban y em-

bellecian su noble alma. Sin esta circunstancia, su privilegiado talento, su jamás interrumpida aplicacion, sus altos y honoríficos destinos, sus glorias inmarcesibles, finalmente, no serian mas que ambicion, vanidad y orgullo. La virtud es el mas digno blason, el mas precioso ornamento del sábio. Si esta le falta, no tiene ni aun idea de la *verdadera sabiduría*, basada en el *santo temor de Dios.*

En cualquiera de las épocas de su larga existencia que estudiemos la vida de Perez Bayer, nos convenceremos que su proceder y sus costumbres fueron constantemente no menos recomendables y dignas de loa, que su saber y su preclarísimo ingenio. Baste decir que fue un *ejemplarísimo* sacerdote, que al paso que edificaba á cuantos tenian la dicha de conocerle y tratarle de cerca, merecia el respetuoso afecto y la veneracion de todos. Por eso en los pueblos que recorria en tiempo de vacaciones, ó durante sus viajes científicos y literarios, las gentes, sin distincion de clases, de edades ni de sexos, para saludarle y darle muestras nada equívocas de atencion y benevolencia le salian al encuentro en los caminos, victoreándole á veces con repetidos vivas, y besándole respetuosamente la mano como á un tierno y bondadoso padre. Mozo todavía encomian ya los doctos su brillante mérito, y el célebre D. Gregorio Mayans (29) escribe recomendándole á un amigo, no solo por lo que Bayer ya valia como hombre de letras, sino principalmente porque era *un modelo de honradez.* No bien se ordena de sacerdote, su prelado dignísimo el Sr. D. Andrés Mayoral, le nombra secretario al emprender la visita de su arzobispado. Siendo canónigo, no le sirvió su elevacion sino para tratar con mas afabilidad á sus antiguos amigos y compañeros de la juventud, y sobre todo á familias menesterosas y humildes de las que habia anteriormente recibido alguna atencion, mostrando su gratitud con obsequios y beneficios; sistema de bondad que jamás alteró en los nuevos ascensos y dignidades con que fué posteriormente condecorado.

La modestia es el *mas bello distintivo del verdadero mérito.* Sin embargo (doloroso es decirlo) es muy difícil hallarla en un sábio que, como el nuestro, es ya reconocido y aplaudido por tal, y ascendió á caballero y áulico por su talento y servicios. *El que podia dar lecciones á los doctos*, como dice el ya citado inglés Voide (30), *se humillaba á recibirlas de ellos.* Hé aquí un hecho no poco notable, y no muchas veces repetido en la historia de las letras. El famoso Barthelemi disintió del parecer de nuestro anticuario sobre el sentido de *Julia.* Bayer agradeció cordialmente el aviso, rectificó su opinion, justificó la agena con muchas

razones, y cuando nadie tenia la menor noticia de lo que habia ocurrido entre estos dos sábios ilustres, el sacerdote español publicó su equivocacion pasada, presentándola impresa á los ojos de todos los eruditos de Europa.

Tambien debe aquí consignarse la gratitud y cristiana piedad y grandeza de alma de este hombre respetable. A impulso de tan nobles virtudes, enriqueció con costosos ornamentos y preciosas alhajas de plata la iglesia de Saldon, por ser oriundo de ella, la de los Santos Juanes, porque allí recibió el bautismo; y la de San Nicolás, por haber sido beneficiado de su clero. A la Catedral, además de una admirable pintura del martirio de San Lorenzo, regaló la placa guarnecida de brillantes de la orden de Carlos III con que lo habia condecorado el Infante D. Gabriel. A la Universidad de Valencia, por haber en ella recibido su instruccion, cedió en vida su copiosa y selecta librería, que constaba de mas de veinte mil volúmenes; tesoro literario de inapreciable valor, que fue ¡ó dolor! devorado por las llamas, y reducido á cenizas, en el horrible bombardeo que sufrió aquella desgraciada capital años despues, sitiada por las vandálicas tropas de Napoleon I.

En agradecimiento de haberse aliviado de una grave dolencia en Benicasim, ensanchó y agrandó este pueblo con nuevas casas y vecinos, proporcionando á estos considerables ventajas. Además edificó en él á sus espensas y desde los cimientos un reducido pero bellísimo y precioso templo, tanto por el gusto y gravedad de su arquitectura, como por los mármoles y pinturas que lo decoran. Tambien construyó una *Abadía*, fundando un *Beneficio curado*, y dotando al sacerdote y la iglesia con una suficiente cóngrua, para que el pueblo no quedase gravado en lo sucesivo.

Su caridad para con los pobres era tal, que solia decir el buen Carlos III, *que Bayer andaba desnudo por vestir á los indigentes*. Tenia asalariados este hombre benéfico varios fabricantes para tejer telas de lana y lino, y artesanos para proporcionar vestido y calzado á la gente menesterosa. Sus limosnas en metálico eran incalculables. Daba al labrador para comprar sus aperos de labranza, al menestral para proveerse de materiales, al desgraciado para reparar su casilla, á la mujer honesta para sostener su decoro sin esponerle; en fin, su mano estaba siempre abierta para socorrer toda clase de necesidades. Tenia un encargado de probidad y confianza, para que con el mayor celo y actividad averiguase dónde se padecia escasez, dónde habia un apuro, un peligro, con orden espresa de que lo dejase todo inmediatamente remediado. ¿Cuánto no hizo por la casa de misericordia? ¿Cuán-

to por la niños huérfanos, y por las cárceles, y por el hospital, y en fin, por todos los asilos de beneficencia? En una ocasion empleó mil libras en la torre de Cuarte, para proporcionar ventilacion, y dulcificar en lo posible la amarga suerte de las desgraciadas mujeres que allí gemian reclusas en aquel tiempo. Tambien consta por los libros de ingresos del hospital, que en los últimos nueve años de su vida dió mil ochocientas veinticinco sábanas, cuatrocientas cincuenta camisas, cuatrocientas noventa y dos almohadas, setecientas ochenta y cuatro mantas, y doscientos sesenta colchones. Todo esto hizo Perez Bayer en Valencia su patria. Lo que haria por los desvalidos en otras poblaciones, no es fácil saberlo. Lo que consta de un modo indubitable es, que donde quiera que residió, *los pobres* fueron siempre el objeto especial de su ternura y amor; que *los pobres* en todas partes le reverenciaban como al mejor de los padres; y que á *los pobres*, finalmente, dejó por herederos del resíduo de sus bienes en su último testamento.

Aunque de la religiosidad de Perez Bayer habria mucho que decir, porque esta virtud, tan propia de un digno eclesiástico, era una de las que mas brillaban en el alma de aquel venerable varon, sin embargo, me contentaré con hacer solo algunas indicaciones, por no alargar mas este discurso, ya estenso en demasía. Despues de haber visto sus tareas literarias, y las admirables producciones de su nunca ociosa y doctísima pluma, es bien edificante y consolador recordar los testimonios auténticos que nos dejó de su fe pura y ardiente. A Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, á quien veneraba con filial y entrañable afecto, no solamente lo eligió para titular del ya citado templo de Benicasim, sino que le erigió tambien un precioso monumento en la plaza del Socorro de dicha capital, notable y bellísimo por su magnificencia y mérito artístico, como todo lo que solia hacer este grande hombre.

A la Catedral de la misma ciudad, además de los donativos ya mencionados, regaló dos magníficas alfombras para el servicio del altar en sus clásicas solemnidades, y un paño de riquísimo brocado con almohadon y toalla correspondientes, que sirven hoy dia en la adoracion del sagrado *Lignum Crucis*, que se venera en aquella metropolitana iglesia. Dió finalmente á la capilla de San Vicente mártir, de la misma, ornamentos y cuadros de tanto gusto como valor, y una imagen de plata del santo diácono español, accediendo á los piadosos deseos del Gremio á quien correspondia aquel patronato.

Murió por fin, tan preclaro varon, el dia 27 de enero de 1794, á la avanzada edad de 83 años, consagrados, como hemos visto,

al estudio y á la virtud. Santo Tomás de Villanueva dió en su capilla y á la sombra de su manto grata acogida y descanso eterno á los restos mortales del cristiano sacerdote, que procuró imitar su caridad sin límites con los pobres y desgraciados. De lo dicho poco há se colige, que la religiosidad de Perez Bayer era igual á sus demás virtudes. Estas no fueron inferiores á sus letras. Unas y otras forman de consuno la corona de merecida gloria con que, *para honor de nuestra patria*, resplandece adornado, y resplandecerá eternamente su nombre imperecedero.

Solo resta añadir, que fue un vivo retrato de aquellos religiosos y sábios varones que florecieron en épocas menos infortunadas que la nuestra, los cuales, á pesar de ser antorchas resplandecientes que iluminaban al mundo con su ciencia y su talento, eran tan humildes y sinceros creyentes como el mas modesto y sencillo labriego. Ingenios privilegiados y dichosos, que descollando como gigantes entre pigmeos, humillaban su noble frente, decorada con los inmortales lauros del génio, al pie de los altares, y veneraban con docilidad de corazon las santas creencias de sus piadosos mayores. A esta esclarecida falange de españoles eminentes, lumbreras inestinguibles de la Iglesia y del Estado, pertenecia indudablemente el respetable Perez Bayer, como demuestran sus virtudes, y los doctos libros que dejó escritos.

NOTAS.

(1) Habia ya entonces nacido D. Pedro Perez Bayer, su hermano, que fue despues Canónigo de la Catedral de Valencia.

(2) Las obras de Falcon son: *Compendia syntaxis.* Un tomo en 8.°, impreso en 1677. *De Prosodia et Poetica*, en 1682.

(3) Nació el Obispo Climent en 11 de marzo de 1706. Amat en su Elogio histórico, impreso en Barcelona en 1782.

(4) Se hallaba el original en la Biblioteca de la Universidad de Valencia, con el juicio de la obra dado en Salamanca en 1747.

(5) Tambien fue elegido para esta comision el Padre Marcos Burriel por lo perteneciente al ramo eclesiástico, y D. José Velazquez de Velasco para el ramo civil.

(6) *De toletano Hebræorum templo. Accessere alia ejusdem argumenta.* Un tomo en folio. El original, con una inscripcion hebrea, fue regalado por su autor á la Biblioteca de la Universidad de Valencia. En la Biblioteca Real de Londres existe una copia de esta obra.

(7) En el prólogo de estos Viajes. El original del Diario de los mismos estaba en la Biblioteca de la Universidad de Valencia. Constaba de dos gruesos tomos en 4.°

(8) Diarios de los años 1771, 72, 73 y siguientes. Se hallan en la Biblioteca Nacional.

(9) El maestro Antonio Georgi, Agustino; y el Padre José María Mamachi, en la censura, ó mejor dicho, aprobacion del *Damasus et Laurentius*, etc.

(10) Habla de ella Perez Bayer en el *Damasus*, páginas 67 y 191.

(11) Se hallaba en la Biblioteca de la Universidad de Valencia, cuyos títulos, leidos por el P. Villaroig, están al pie de la Oracion fúnebre que dijo en las exequias de Bayer.

(12) *Sitne Basilus verus Liturgiæ de qua agimus, auctor.*

De notionibus, charactere et ætate voluminis in quo habetur Liturgia.

(13) *Excerpta escurialensia.* Un tomo en folio. Estaba en la Universidad de Valencia, así como tambien las *Anécdotas griegas*, que constaban de dos tomos en 8.°

(14) Maestro Florez, en el *Elogio del Santo Rey D. Fernando, puesto en el sepulcro de Sevilla en hebreo y arábigo, no publicado hasta hoy.* Madrid, 1774.

(15) Se titula este libro, *Confutacion de la Apología con que Don Cristobal Medina Conde, Canónigo de Málaga, intenta satisfacer á las dificultades que en* 1765 *le propuso y leyó en Toledo D. Francisco Perez Bayer.* El original se hallaba en la Universidad de Valencia.

(16) En la página 202. *Apuntaciones acerca de las nuevas escavaciones de la Alcazaba de Granada.* Escribiólas Bayer, consultado por un prelado español, que deseaba saber el valor de tales monumentos. Nuestro sábio demostró que todos eran falsos, menos cinco. Es muy digno de notarse, que de esta opinion fueron los doctos franceses Tassin y Barthelemi, y sobre todo la Real Academia de inscripciones de París.

(17) Véase la Biblioteca de Sempere y Guarinos.

(18) El Padre Feijoo en la dedicatoria del tomo 4.° de su *Teatro crítico.*

(19) El Abate Manuel Lasala, en la dedicatoria á Perez Bayer de su opúsculo latino, *Fabulæ Lochman sapientis*, impreso en Bolonia en 1780.

(20) *De Nummis hebræo-samaritanis.* Un tomo en folio menor, impreso en Valencia en 1781.

(21) Diario del viaje desde Valencia á la Andalucía.

(22) *Urbium et populorum, item fluviorum et montium veteris*

Hispaniæ nomenclatura, è veteribus Geographis et Poetis, tum græcis tum latinis, collecta.

(23) En su obra *del origen, progresos y estado actual* de la literatura, tomo 6.°

(24) Prólogo de la *Bibliotheca Vetus.*

(25) Un tomo en 8.° mayor, impreso en Valencia.

(26) La conservaba años pasados en Valencia con grande aprecio el Sr. D. Vicente Joaquin Noguera, Marqués de Cáceres.

(27) Tres tomos en 4.°

(28) *Typographi Valentini, et Valentinenses, quorum extat mentio apud Vincentium Ximenum in præclaro Bibliothecæ Valentinæ opere ab ipsis fere artis Typographicæ incunabulis, certe ab anno* 1484 *ad* 1748. Un tomo en folio.

(29) Carta de D. Gregorio Mayans, dirigida al Ilmo. Sr. Don Blas Jover Alcázar, fechada en Oliva á 9 de julio de 1746.

(30) Carta de este sábio inglés, inserta en el fin de este tratado sobre las medallas hebreo-samaritanas.

EL ABATE MARCHENA.

Esta reseña biográfica de Marchena salió en las *Escenas contemporáneas*, periódico mensual que se publicaba años pasados en Madrid. Entonces no habia yo tenido ocasion de leer las *Memorias de Mr. Riouffe*, ni menos la preciosa biografía del español Abate, publicada por mi ilustrado y escelente amigo Mr. Latour en el *Correspondant* de 25 de febrero de 1867, ni las cartas de Capmani contra Quintana, impresas en Cádiz en 1811, ni otros libros, en fin, que hablan de Marchena; por cuya razon este opúsculo sale ahora mucho mas completo que cuando se publicó en las *Escenas*.

Es una desgracia bien lamentable para este escritor, y aun para la España, que le dió el sér, que en lugar de venerar con humilde respeto y conservar constantemente la católica fe de sus buenos y piadosos padres, renunciase á las consoladoras creencias religiosas, entregándose al escepticismo desde muy

joven, cayendo por fin, como era natural, en el abismo insondable de la incredulidad y del ateismo: justo castigo del satánico orgullo que le dominaba. Tal fue el resultado del contínuo estudio de los filósofos enciclopedistas, á que se dedicó con hidrópica avidez el escolar andaluz. De aquí nacieron las persecuciones que sufrió mas de una vez, y las estrañas vicisitudes de su novelesca y borrascosa existencia.

Al mismo funesto origen se debe igualmente el que su renombre, como literato y poeta, no sea mas glorioso y digno en la república de las letras. Voltaire no adquirió el envidiable láuro de *primer historiador de la Francia*, por no haber sido escritor cristiano, como observa Chateaubriand. *No hay cosa mas prosáica que la incredulidad*, ha dicho nuestro elegante y profundo Lista. En este concepto bien se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que Marchena ocuparia hoy un lugar nada desairado por cierto entre Fr. Luis de Leon y Fernando de Herrera, si hubiera guardado sin estinguirse en el fondo de su corazon, como aquellos divinos vates, el sagrado fuego de la fe religiosa, principio y fuente del verdadero entusiasmo poético. El mismo Marchena era seguramente de esta opinion, cuando escribió su famosa oda *á Cristo crucificado*, la mas notable de sus composiciones poéticas; creyendo justamente que sola la religion que tan impiamente habia abjurado, podia inspirarle sublimidad en los pensamientos y grandilocuencia en las palabras.

Sepárense un momento de la historia de nuestra literatura los celestiales escritos de la Santa reformadora del Carmelo, y los de su digno compañero San Juan de la Cruz; los magníficos libros del venerable Juan de Avila, y los de su elocuentísimo discípulo Fr. Luis de Granada; las obras espirituales de los Padres Malon de Chaide, Diego de Estella y Alonso Rodriguez; las de los ejemplares sacerdotes Yepes, Marquez, Sigüenza y demás prosistas ascéticos; suprímanse de nuestro Parnaso todas las poesías sagradas, desde la que ensalza y engrandece la omnipotencia del Señor, por haber concedido á los españoles la mas cumplida victoria en el golfo de Lepanto, hasta las que han escrito en nuestros dias Melendez, Lista y Reinoso para cantar la religion de nuestros mayores, y en tal supuesto, nuestra riqueza, nuestro tesoro literario, que ahora no cede al de ninguna de las naciones de Europa, como reconocen y confiesan los mismos estrangeros, quedaría reducido con mengua nuestra á la escasez y pobreza mas humillante. Hasta las obras mismas del príncipe de nuestros ingenios no serian oro de tan subidos quilates, si mezclados con la sal ática de sus gracias y agudos chistes, no

brillaran en todas sus inmortales páginas aquel santo temor de Dios, aquella humildad, resignacion y fe cristiana que, lejos de cortar el vuelo á nuestros mas esclarecidos escritores de otros siglos, les prestaban alas para remontarse á las elevadas regiones de la sublimidad y de la grandeza.

Permítaseme repetir aquí (pues viene muy al caso) lo mismo que escribí en la biografía del sábio Obispo de Alba, Marco Gerónimo Vida, impresa al fin del tomo 6.° del Catálogo publicado hace años por el difunto Marqués de Morante.

«Este himno que el piadoso prelado dirije al Altísimo, como »principal objeto de la adoracion del cristiano, es un himno su»blime. Sola la fe católica podia sostener el atrevido vuelo que »toma el numen del poeta desde un principio, al celebrar el »inefable nombre del supremo Hacedor. El mismo Homero no »canta con tal grandilocuencia y solemnidad los dioses del »paganismo. La religion de Jesucristo, enseñando al hombre su »alteza y dignidad, y la grandeza de Dios, inspira á sus lábios »un lenguaje sobrehumano, desconocido de los vates de Grecia »y Roma, aunque estos á veces fueron mónstruos de talento, »como el cantor de Aquiles.»

De tan sencillas reflexiones resulta que Marchena, por haber sido incrédulo, no pertenece al reducido número de nuestros poetas de primer orden, entre los que no le hubiera sido difícil conquistarse un puesto no menos apetecido que honroso. De todos modos son muy dignas de ser leidas algunas de sus obras literarias. Publicadas estas en el estrangero, donde vivió el autor la mayor parte de su vida, no han corrido entre nosotros, como las de otros ingenios amigos y contemporáneos suyos, que dieron á luz sus composiciones en España.

Don José Marchena nació en Utrera, provincia de Sevilla, en 18 de noviembre de 1768. Era hijo de D. Antonio y de Doña Josefa María Ruiz y Cueto, que le dieron una educacion muy cristiana, destinándole al estado eclesiástico, por lo que recibió en su adolescencia la tonsura y órdenes menores. Segun informes que he recibido últimamente de un primo suyo, anciano octogenario y respetable, que lo trató muy de cerca, no quiso aprender mas que gramática latina en sus primeros años, habiéndose resistido obstinadamente á comenzar la filosofía, y sobre todo á dedicarse á los estudios eclesiásticos, como deseaba su familia. En cambio estudiaba con el mayor ardor la lengua y literatura francesa. Algunas de las obras que publicó posteriormente, manifiestan su aprovechamiento en uno y otro idioma.

No es cierto que se ordenara de diácono, como dijeron muchos

años despues, en son de crítica y de burla, algunos periódicos de Madrid. Además de que no hay de esto la menor noticia en su pueblo natal, donde viven todavía algunos viejos que lo conocieron personalmente, mi apreciable amigo el Sr. D. Fernando de Olmedo y Lopez, Canónigo de la Catedral de Sevilla, ha examinado detenidamente, por encargo mio, los libros de órdenes de aquel arzobispado, y de sus diligencias resulta, que jamás pasó aquel de grados menores.

Imbuido Marchena en las ideas volterianas, comenzó á manifestar opiniones tan osadas como irreligiosas, que no podian ni debian tolerarse en España. Encausado por el tribunal de la Inquisicion, y próximo á ser encarcelado, se refugió en Gibraltar, y desde allí se trasladó á Francia, donde acababa de estallar la revolucion. No tardaron en darle á conocer en la capital su actividad y talento, y sobre todo *su facilidad verdaderamente asombrosa en hablar y escribir el idioma del país y otras lenguàs*, como dice Michaud.

Marat fue el primero que le buscó y ofreció su amistad, franqueándole las columnas de su periódico el *Amigo del pueblo*, de cuya redaccion tuvo el español la cordura de separarse muy pronto, horrorizado de las ideas de sangre y esterminio que vertia sin cesar aquel cínico y furioso tribuno. A fin de escudarse contra el resentimiento y venganza de Marat, con la proteccion de Brissot procuró afiliarse en el partido de la *Gironda*, sufriendo con admirable estoicismo las vicisitudes y horribles padecimientos que le ocasionó aquella adhesion. Precisado á huir precipitadamente de París se dirigió á Burdeos, donde fue detenido el 4 de octubre de 1794, y conducido á la capital con el representante Duchatell y el marsellés Riouffe, autor de las *Memorias de un arrestado*, en las que dice lo siguiente, hablando de Marchena: *Fuí preso juntamente con un español, que bajo la garantía de la fe nacional habia venido á buscar la libertad en Francia, y que perseguido por la Inquisicion religiosa de su país, habia caido en manos de la inquisicion política de las comisiones revolucionarias. Es imposible que exista un alma mas verdadera y enérgicamente apasionada por la libertad, ni mas digna que la suya de gozarla. Podia decirse que su destino era el de ser perseguido por su causa, y el de amarla siempre con toda su alma. Referir mis desventuras, equivale á referir las suyas. La persecucion de que éramos víctimas, tenia el mismo origen. Nos aherrojaron las mismas cadenas. Los mismos calabozos oyeron nuestras quejas; y el mismo golpe debia terminar nuestra existencia.* Hasta aquí el citado escritor francés.

Retrato bien exacto de Marchena es el que hace Riouffe,

como aquel demostró poco despues, insultando desde su prision á Robespierre, á cuya voz rodaban entonces en la guillotina las mas poderosas cabezas. Degollados por orden del tirano Danton, Desmoulins, Lacroix y otros, fue perdonado Marchena. Mas en lugar de dar las gracias al opresor y verdugo de la Francia por su inusitada clemencia, osó desafiar su terrible poder y ferocidad, escribiéndole desde su calabozo las siguientes palabras en una cuartilla de papel: *Tirano, tú me has olvidado;* y al inmediato dia otro billete concebido en estos términos: *O mátame ó dame de comer, tirano.* Tanta firmeza de alma no pudo menos de hacer profunda impresion en el ánimo de Robespierre, quien no solamente perdonó tamaña audacia, sino que quiso utilizar aquel indomable carácter para llevar á cabo sus sanguinarios proyectos. Marchena, empero, rechazó con indignacion las muestras de proteccion y benevolencia con que quiso halagarle aquel hombre desalmado, que tan inhumano se habia mostrado anteriormente con Andrés Chenier, degollado bárbaramente, por otro billete que le dirigió el ilustre y mal aconsejado poeta.

Entre los presos de la Conserjería, compañeros de infortunio de Marchena y Riouffe, habia un venerable benedictino, digno de respeto y consideracion por sus canas, y mas todavía por sus admirables virtudes. El historiador francés (á pesar de ser un escéptico) habla siempre de aquel santo varon, no solo con atencion y miramiento, sino hasta con afectuoso entusiasmo. Privilegio esclusivo de la virtud.

Por distraer las largas horas de su encierro, y por burlarse tambien sacrílegamente de la ardiente fe cristiana del buen sacerdote, Marchena y sus compañeros de calabozo inventaron una *especie de religion*, en que daban culto á un dios llamado *Ibrascha*. Como habia entre ellos literatos y poetas, compusieron en loor del ridículo y falso numen, himnos que entonaban á coros á todas horas, remedando el grave canto de la Iglesia católica. Aquel culto impío era, como dice juiciosamente Mr. Latour, *una mezcolanza bastante concreta de las ideas de Sócrates y de las máximas de la Enciclopedia, con algunos tibios efluvios del sentimentalismo de Rousseau.*

No fue nuestro abate el que menos participacion tuvo en aquella satánica farsa. Mas á los pocos dias cayó en su angosto y duro lecho, tan gravemente enfermo, que el Benedictino y demás presos creyeron, con razon, que estaba próximo á la muerte el español desdichado. Las grotescas escenas que representaron en la Conserjería aquellos volterianos, bien dignos de compasion y lástima, será mejor que las cuente el mismo Riouffe. Dice así:

«Teníamos en nuestro calabozo á un buen Benedictino, que »estaba siempre con las manos cruzadas sobre el pecho, como »nos pintan á San Benito, lleno de la fe mas ardiente, y deseoso »de convertirnos. El amable Du Corneau, joven de Burdeos, lleno »de génio, de talento y de alegría (que fue guillotinado despues »por federalista), era el verdadero diablo tentador de este nuevo »San Antonio. Unas veces le robaba el Breviario, y el religioso »se veia obligado á correr tras él con el palo de la escoba; otras »le apagaba la bujía con que rezaba. Con frecuencia mezclaba á »sus antífonas y salmos el estribillo de una cancion alegre, y le »daba, en fin, tantos chascos, como tentaciones hizo esperimen- »tar Satanás á San Antonio.

»El religioso no se desesperaba por esto. Siempre alerta, y »siempre en oracion, tenia fijos los ojos al mismo tiempo en su »Breviario y en el mozo bordelés, el cual, *tuerto, de muy poca* »*estatura, moreno, y de muy maliciosa fisonomía*, daba una idea »exacta de la figura que tenemos formada del diablo; mientras »el *Benedictino tenia el aire de un bienaventurado combatiendo con* »*su enemigo.*

»El monje ofrecia sus trabajos y sufrimientos á Dios, y pa- »decia sus amargas penas con resignacion heróica, esperando »que al fin se convertiria alguno de nosotros con su ejemplo. »Para responder prácticamente á sus pláticas y sermones, y no »queriendo disputar mas con él, elevamos un altar enfrente, y »en contra del suyo. Al ver nuestro culto, y al oir el canto de »nuestros himnos, el santo hombre desesperó de nuestra con- »version. No dejaba por eso de mirar con particular atencion á »los que aún creia mas dispuestos á entrar en las vias de la sal- »vacion eterna. Mas cuando nos vió á todos afiliados bajo las ban- »deras de Ibrascha, perdió sus esperanzas todas. Lo que acabó »de destrozar su corazon, fue lo que le sucedió con el español »moribundo. A su alrededor daba vueltas el buen religioso, como »en torno de una presa la mas querida. ¡Qué felicidad para el »monje poder volver á un español al redil de la grey cristiana! »Mas el español en su agonía, sacando fuerzas de flaqueza, gri- »ta: *¡Viva Ibrascha!.....*»

La pluma se me cae de la mano al traducir del libro de Riouffe la horrible escena que acabo de ofrecer á los ojos de mis lectores. ¡De qué no es capaz el hombre abandonado, por su diabólico orgullo, de la mano del Señor! ¿De que servia en aquella ocasion la ciencia y el talento al infeliz Marchena? ¿No es preferible la santa simplicidad y sabia ignorancia de aquellos, llamados con tanta razon *dichosos*, porque *in Domino moriuntur?* Vuelvo al escritor francés, que á pesar de todo, hace justicia al candor

angelical y convicciones religiosas del Benedictino, aunque sin decirnos jamás su nombre. No importa; esculpido por los ángeles en *el libro de la vida*, como podemos creer y esperar piadosamente de la divina misericordia, cuando fue inmolado por la cuchilla revolucionaria aquel santo varon, con el absurdo supuesto de la *conspiracion de Luxemburgo*, ¿qué falta hace á su memoria y á sus virtudes que la posteridad repita su nombre? El historiador nos dice terminantemente, que él y todos los presos de la Conserjería, á pesar de sus diabólicas burlas, miraban con el mas profundo respeto al buen religioso, y que lamentaron con amargura y dolor su injusto suplicio. Lo que mas llamó la atencion de Riouffe y de sus compañeros, fue que el Benedictino no quiso jamás cambiar de calabozo, á pesar de las tribulaciones que le hacian sufrir sus desapiadados compañeros de prision. Tan ardiente era el celo que le devoraba por volver al santo aprisco de la religion alguna de aquellas descarriadas ovejas!

Otros escritores franceses, y entre ellos el Conde Bengnot, hablan tambien del hijo de Utrera. Dice aquel en sus Memorias: *Marchena, que nuestra revolucion arrebató á España, tenia cualidades con que poder honrar á cualquier pais que él hubiera adoptado por patria.* Con perdon sea dicho de tan elegante y aristocrática péñola, nuestro infeliz abate hubiera honrado mas á España y á la humanidad entera, si no se hubiera olvidado del santo temor de Dios, y de la fe cristiana que sus piadosos padres le enseñaron desde la cuna, de viva voz y con su ejemplo.

Al fin fue vencido y ajusticiado Robespierre, habiendo contribuido no poco á la caida de aquel mónstruo, con su travesura y talento, la famosa española Teresa Cabarrús, tan conocida despues con el título de *Princesa de Chimay*. La Francia respiró, y Marchena recobró su libertad, como tantas otras víctimas que gemian en las cárceles, esperando hallar en el cadalso el término de sus padecimientos. Entonces fue nombrado de la *Comision de salud pública*, y comenzó á escribir en el *Amigo de las Leyes*, periódico que dirigia Poultier. La persecucion le vino entonces de parte de sus mismos correligionarios, que á voz en grito le acusaban de *retrógrado*. No era Marchena muy capaz de perdonar á sus contrarios, que lograron, por fin, destituirle de su destino. De aquí es que, por vengarse, lanzó contra los gefes del partido triunfante, Talien, Legendre y Freron, no pocos folletos, que rebosaban la hiel y el veneno de su ira y de su indignacion. Estos apasionados escritos, al paso que causaban mucho daño á sus adversarios, produjeron á su autor no escasas amarguras y sinsabores. En esta época fue cuando hallándole en la

calle un amigo suyo, y viéndole armado de un sable mas grande que él mismo, díjole con burlona sonrisa: *Marchena, ¿dónde vais pegado á ese descomunal chafarote?* Cuyo chiste produjo algunos epígramas con que sus émulos trataron de ridiculizar su pequeña estatura y deformidad repugnante; porque Marchena no solamente era *feamente feo*, sino que mas que figura humana parecia *un sátiro de las selvas*, como ha dicho uno de sus biógrafos.

En 1797 aparece atacando encarnizadamente al Directorio, el cual, aplicándole la ley sobre los estranjeros, le mandó salir del territorio de la república. Mas al ser conducido por la fuerza armada hácia las fronteras de Suiza, recibió gracia del Consejo de los *Quinientos*, al que habia apelado, y se le confirmaron, como deseaba, los derechos de ciudadano francés que venia disfrutando hacia ya cinco años. Esta prerogativa le valió el nombramiento de Secretario, con que le agració el General Moreau cuando en 1801 se le confió el mando del ejército del Rhin.

Parece increible que en medio de una vida tan agitada y llena de peligros, tuviera Marchena humor y tiempo para cultivar las letras; y sin embargo, no hay cosa mas cierta. Por entonces escribió una obrilla que, aunque de muy breves dimensiones, llamó la atencion de los doctos, dando con ella su autor, una prueba mas de su travesura y talento. Publicó una cancion francesa muy libre, cuya lectura escitó la indignacion del austero Moreau, que reprendió con militar aspereza al impúdico vate. Este, por disculparse, aseguró á su gefe que aquellos versos no eran mas que una version literal de otros inéditos de Petronio. Efectivamente, á los dos dias presentó al General un fragmento latino, que decia haber copiado de un manuscrito antiquísimo de la biblioteca de Saint-Gall.

No dejaba de ser verosimil aquella invencion, á causa de las numerosas lagunas que ofrece el *Satyricon* de Petronio. Marchena habia llenado una de ellas con tal artificio y destreza, que su adicion parecia necesaria para la inteligencia y complemento del testo. Publicado el pretendido fragmento, se hizo una formal averiguacion, y algunos literatos lo tuvieron por original de Petronio, y su autenticidad fue reconocida y anunciada en los periódicos por uno de los mas distinguidos críticos de Alemania. Alentado Marchena con el feliz éxito de su ingeniosa y difícil superchería, quisó repetirla. Fingió que habia descubierto en un papiro del Herculano cuarenta versos inéditos de Catulo. Pero Eischtaedt, eminente profesor de Jena, hizo patente la falsificacion. Mas feliz fue en esta parte, algunos años despues, el poeta italiano Leopardi, cuyo himno original á Neptuno, como

dice mi docto amigo el Sr. Valera, *pasó entre los mas eruditos y perspicaces por traduccion de un manuscrito griego recien descubierto.* De todos modos, el humanista español se acreditó de un gran latinista.

Otra prueba dió poco despues de su talento, y sobre todo de su capacidad para aprender los mas difíciles idiomas. Moreau pidió á su Secretario la estadística de una parte no muy conocida de Alemania. No sabia entonces Marchena el alemán, pero comenzando á estudiarle inmediatamente con ardor, pudo muy pronto leer las principales obras escritas en aquel idioma, que trataban de la materia. El informe que dió fue tan cumplido, que mereció los mas entusiastas elogios. Cuando Moreau cayó en desgracia, volvió á París, y Marchena tuvo la hidalguía de acompañarle en la adversidad, como le habia acompañado en los dias de su gloria.

Tan noble comportamiento influyó en la colocacion de Marchena en 1808, en el que volvió á España como secretario de Murat. Pero no bien llegó aquel á Madrid, fue encerrado en un calabozo de la Inquisicion. El Príncipe francés intercedió en su favor con D. Ramon José de Arce, Inquisidor general, aunque inútilmente, porque el Prelado se negó con firmeza á dar libertad al preso. Entonces Murat envió una compañía de granaderos, que sacó al Secretario de las prisiones del Santo Oficio. Marchena en despique, escribió contra aquel tribunal el siguiente epígrama, tan escaso de sal y de chiste como lleno de hiel y ponzoña, y que revela únicamente la irritacion del autor, y su ineptitud además para las composiciones favoritas de Marcial y de Quevedo.

La horrible Inquisicion, ese coloso
Que del cieno nació de Flegetonte,
Y mamó de Megera el ponzoñoso
Jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,
Aún agita sus teas horroroso,
Y entre ruinas descuella, cual el monte
De Olimpo, en Grecia mísera, desierta,
Su frente esconde entre las nubes yerta.

Bien diferentes son los versos que dejó escritos el humilde y candoroso Fr. Luis de Leon en las paredes de la Inquisicion de Valladolid.

Algo mas vale otro epígrama que escribió Marchena para ridiculizar la tragedia de Voltaire *La muerte de César*, publicada entonces por el Ministro Urquijo. Dice así:

Ayer en una fonda disputaban,
De la chusma que dramas escribia,
Cuál entre todos el peor sería:
Unos, Moncin; Comella, otros gritaban;
El mas malo de todos, uno dijo,
Es Voltér traducido por Urquijo.

Si Marchena no era poeta epigramático, como se ve por las anteriores muestras, tenia no poca disposicion para la poesía elevada, como probarán los versos que insertaré al fin de esta obrilla.

El Gobierno del Rey José nombró á Marchena redactor de la *Gaceta de Madrid* y Archivero mayor del Ministerio del Interior, concediéndole además una pension para publicar sus traducciones del francés. Las dos que hizo en verso del *Hipócrita* y del *Misántropo* de Moliere, se representaron con aplauso varias veces en los teatros del Príncipe y de la Cruz, y en recompensa fue nombrado el traductor *Caballero de la Orden española*, instituida por José Napoleon.

Moratin solia llamar á esta condecoracion *la Cruz del Pentágono*, aunque tuvo tambien la triste gloria de adornar su pecho con ella.

Cuando dicho Príncipe se vió precisado á salir de Madrid, amenazado muy de cerca por nuestras armas vencedoras, y retirarse con su ejército al reino de Valencia, Marchena siguió la Corte del intruso, con los Ministros, Consejeros y demás comprometidos por aquella causa. En la ciudad del Cid solia reunirse casi todos los dias con algunos literatos y poetas de su partido en la librería de D. Salvador Faulí, en la que hacia procaz alarde de sus opiniones antireligiosas. Melendez, Quinto, Moratin y otros de sus compañeros impugnaban sin tregua al impío Abate, que con sus grandes conocimientos y verbosidad inagotable, se defendia vigorosamente contra todos. Podia aplicársele muy bien lo que de Ismael dice la Santa Escritura: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum.*

El mencionado librero, que tenia hijos de corta edad á quienes deseaba educar cristianamente, escandalizado con las peroratas sacrílegas de Marchena, fue á visitar á este en su propia casa, para suplicarle que se abstuviese de aquellas conversaciones delante de su familia. Mas no fue poco su asombro al encontrar al volteriano disputador muy engolfado en la lectura de la *Guia de pecadores* del Venerable Fr. Luis de Granada. Viendo pintadas Marchena en los ojos del timorato Faulí la admiracion y la sorpresa, le dijo sonriendo, y con la mayor formalidad, las siguientes inesperadas palabras:

«No estraño que V. se espante de verme tan embebecido es»tudiando este libro piadoso. Pero va V. á espantarse mucho mas »de lo que va V. á oir, advirtiendo que es la pura verdad. ¿Ve »V. este volumen, que por lo ajado manifiesta haber sido tan »manoseado y leido, como los Breviarios viejos en que rezan »diariamente nuestros clérigos? Pues consiste en que hace mas »de veinte años que lo llevo conmigo, sin que se pase dia en que »yo deje de leer algunas de sus páginas. Él me acompañó en »tiempo del terror en los calabozos de París; él me siguió en las »precipitadas marchas con los girondinos; él vino conmigo á »las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. »Me sucede con este libro una cosa que no puedo esplicarme »á mí mismo. Ni lo puedo leer, ni lo puedo dejar de leer. No »lo puedo leer, porque convence mi entendimiento y mueve »mi voluntad de tal suerte, que mientras lo estoy leyendo me »parece que soy tan cristiano como V., y como las monjas, y »como los misioneros que van á morir por la fe católica á la »China ó al Japon. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco »en castellano un libro tan admirable.»

Este hecho tan estraño lo oí en Valencia de boca del mismo Faulí en 1827. Me dijo tambien, que habia llamado mucho la atencion de los compañeros de Marchena cuando supieron el caso. Años despues me hizo referencia del mismo suceso el Señor D. Juan Nicasio Gallego, que lo habia sabido por un amigo del Abate, á quien este se lo habia contado.

Despues de la memorable batalla de Vitoria, en que José Napoleon fue arrojado del territorio español, Marchena se retiró á Francia, fijando su residencia, primero en Nimes, y despues en Montpellier y Burdeos. En la primera de dichas poblaciones ocurrió un percance al irreflexivo, al irritable emigrado, que pudo tener el mas trájico y sangriento desenlace. Por fortuna suya la autoridad militar lo trató con alguna consideracion, en atencion quizá á su carácter y triste situacion de estranjero pobre y desvalido. Hé aquí las literales palabras con que cuenta Moratin tan lamentable suceso, en carta dirijida al Abate Melon el 28 de setiembre de 1817. *Marchena, preso en Nimes por una de aquellas prontitudes de que adolece, dícese que le juzgará un Consejo de guerra, á causa de que insultó y desafió á todo un cuerpo de guardia. Yo no desafío á nadie, y nadie se mete conmigo.* Al fin de dicha carta se leen estas frases: *Parece que ya no arcabucean á Marchena, y todo se ha compuesto con una áspera reprimenda, espolvoreada de adjetivos.* (Obras póstumas, tomo 2.°) En 1820 volvió á Madrid, pero ni en el Gobierno ni en los particulares halló simpatías, por haber servido á Murat, que tan triste recuerdo dejó en la Corte y

en la nacion por los horribles sucesos del 2 de mayo. A principios del siguiente año terminó infelizmente sus dias, olvidado de todos y en el mayor abandono y pobreza. Solo despues de su fallecimiento se acordaron de él algunos afrancesados, que hicieron sus funerales con alguna pompa, pronunciando en su elogio algunos discursos.

Publicó muchas traducciones del inglés y del francés, y algunas obras originales en prosa y verso. Conocia muy á fondo los clásicos griegos y latinos; y se esforzó con buen éxito, no pocas veces, por imitar las admirables bellezas de aquellos modelos de la antigüedad. Su tragedia titulada *Polixena*, escrita *en vigorosos y magníficos versos*, como dice mi ilustrado amigo el Sr. Fernandez Espino, es muy digna de figurar al lado de la *Raquel* de Huerta, de la *Numancia* de Ayala, del *Pelayo* de Quintana y del *Edipo* de Martinez de la Rosa. Sus traducciones de las dos comedias de Moliere, *el Avaro* y *la Escuela de las mujeres*, están hechas con maestría. Tambien tradujo del francés la comedia *el Amigo de los hombres*, y *el Egoista*, y finalmente, *los dos Yernos*.

Sus *Reflexiones sobre los emigrados franceses*, que escribió en compañía de Valmalette, se publicaron en París en 1795, y al año siguiente su *Espectador francés*, y en 1797 su *Ensayo de Teología*, que fue refutado por el Doctor Hecket. Los *Anales de viajes* insertaron su *Descripcion de las Provincias Vascongadas*. Escribió tambien la biografía de Melendez Valdés, que no pudo imprimir, sorprendido por la muerte.

La obra que tal vez ha dado mas á conocer su nombre entre los que cultivan las letras, es la que publicó en Burdeos á principios de 1820, y se titula *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, que es una coleccion de los mejores trozos de nuestros mas distinguidos poetas y prosistas. Precede un largo discurso preliminar, que está escrito con saña verdaderamente volteriana. No eran de esperarse los rasgos de impiedad y de cinismo que hormiguean en aquel opúsculo, cuyo objeto no debió ser otro que recomendar á la juventud las joyas mas preciadas de nuestra literatura, que él, por otra parte, supo escoger y reunir en su libro con mucho acierto. Este era Marchena. Si se levantaran del sepulcro los venerables Juan de Avila, Leon y Granada, y los piadosos y respetables Mariana, Rioja, Herrera y Solís, y tantos otros ilustres y cristianos varones, cuyos nombres y escritos aparecen allí, precedidos de aquella infame sátira de su religion y de su patria, protestarian á la faz del mundo con toda la enérgica y sublime elocuencia de que eran capaces, contra el audaz y sacrílego libelista, que no se avergonzó de falsificar

nuestra historia civil y literaria, para aclimatar en España, aunque inútilmente por fortuna, los funestos errores en que él estaba tan imbuido y obcecado. Nadie diria que es el autor de algunas estrofas de su ya citada oda á Cristo crucificado. Hélas aquí:

Canto el Verbo divino,
No cuando inmenso en piélago de gloria
Mas allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de contino
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
En la perfecta forma no criada.
Ni cuando de victoria
La sien ceñida el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la antigua frente hollaba
Lanzando al hondo infierno,
Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el Padre levantada.
No le canto tremendo
En nube envuelto, horrísono-tonante,
Severas leyes á Israel dictando,
Del Faraon el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron:
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Cual humo que disipa el ráudo viento,
No fueron, la mar vino,
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amon y Canaan se estremecieron.
Ni en el postrero dia
Acrisolando al orbe con su fuego
Le cantaré, su soplo penetrando
Los vastos reinos de la muerte fria,
Que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
Al voraz tiempo luego
La eternidad en sus abismos sume,
Y lo que es, fué y será, todo consume:
Empero eterno vive
El malo, eterna pena le recibe.
Los justos gloria eterna se merecen.
Señor, cantarte quiero
Por los humanos en la Cruz clavado,
El almo cielo uniendo al bajo mundo,

Libre ya el hombre, y el tirano fiero
Por siempre encadenado en el profundo
Infierno, con coyundas de diamante;
Do el pendon del pecado
Tremolaba, brillando la Cruz santa,
Tu Cruz, que al Rey del hondo abismo espanta,
Cuando al oscuro imperio
Descendiste, del duro cautiverio
Tus escogidos á librar triunfante.
¿Qué es de tu antigua gloria,
Fiero enemigo del mortal linage?
¿Dó los blasones que te envanecian?
¿Dó está de Adan la culpa y su memoria?
¿Dó los que rey del siglo te decian?
¿Cómo el Hijo del hombre tu cabeza
Quebrantó con ultraje?
Tú, que en tu fuerza ufano te gozabas,
Tú, que la erguida frente levantabas
Mas que de Horeb la cumbre,
¡O coloso de inmensa pesadumbre!
Yaces, postrada al suelo ya tu alteza, etc.

Los anteriores versos prueban en mi opinion lo que ya llevo indicado, á saber, que si el vate de Utrera hubiera sido sinceramente religioso, y se hubiera dedicado con asiduidad á la poesía sagrada, para la que le adornaban las mas bellas dotes, hubiera dejado en la historia de nuestra literatura un renombre tan esclarecido como envidiable. No fue así por desgracia. Al contrario, su fama pasará manchada á la posteridad mas remota en las páginas de algunos escritores que nacieron sin duda para la inmortalidad. Chateaubriand en sus *Memorias de Ultratumba*, con un solo rasgo digno de Tertuliano, retrata al desventurado español en toda su deformidad y negrura. Pero quien lo pintó con mas vigoroso, terrible y sombrío colorido fue D. Juan Antonio Capmani, en una de las cartas que dirigió á Quintana en 1811, y publicó en la imprenta Real de Cádiz. Hablando de la tertulia que reunia el poeta en su casa de Madrid, poco antes de la entrada de las tropas de Napoleon en la Corte, tertulia que habia frecuentado el autor de *la Filosofía de la elocuencia*, despues de hacer mencion (bien triste por cierto) de Amorós, del Abate Alea, Esmenard, Mr. Quillet y otros tertulios, dice: *Allí veia sábios y sabihondos, locos y cuerdos, eruditos y legos, hombres sanos de corazon, y otros de alma corrompida.* Al referirse al cantor de *Cristo crucificado*, se espresa en estos términos: *Allí ví al*

renegado de Dios y de su patria, al prófugo, al apóstata y ateo Marchena, fautor, factor y espía de los enemigos que entraron en Madrid con Murat.

Concluyo repitiendo lo que indiqué en el comienzo de este escrito. Es una desgracia la mas lamentable para nuestro Abate y para las letras españolas, el que aquel desdichado olvidase la fe cristiana de sus compatriotas, por el escepticismo y la incredulidad de los estranjeros enciclopedistas. Para propagar en su patria las ideas de estos filosofastros, tradujo Marchena á nuestro idioma *el Emilio* y *la Nueva Eloisa* de Rousseau, las *novelas y cuentos* de Voltaire, el *Origen de los cultos* de Dupuis, y las *Cartas persianas de Montesquieu.* Así ocupaba el tiempo en los últimos años de su vida el infeliz Abate, el constante lector, el admirador entuasiasta de la *Guia de pecadores.* En la puerta de la casa que habitó Marchena en París, se leia este letrero: *Cátedra de ateismo.....* Dios nos tenga de su mano.

BIOGRAFIA DE MARCO GERONIMO VIDA,

PRINCIPE DE LOS POETAS CRISTIANOS.

El Pontificado de Leon X, rival de la época de Pericles en Atenas y del reinado de Augusto en la antigua Roma, considerado bajo el aspecto de las artes y de las letras, se presenta á nuestros ojos despues de la edad media como el sol radiante de un dia apacible y sereno, tras el horror y tinieblas de una noche tormentosa. No se limita á la bella Italia el esplendor de sus lauros, sino que refleja su brillo en el suelo español; y en breve tiempo la patria de Alfonso el Sabio, rica y feliz con sus Garcilasos y Granadas, con sus Argensolas y Cervantes, recoje larga cosecha de sazonados frutos en el campo de la civilizacion y la literatura; y la lengua de Castilla aparece en el apogeo de su grandeza, ostentando grabado en su frente el indeleble sello de la inmortalidad y de la gloria. La vecina Francia imita despues el ejemplo de ambas naciones; y cual si despertara de un pro-

fundo letargo, y se avergonzase de no haberse anticipado á seguir tan ilustres huellas, redobla su afan y su constancia, hasta asombrar al mundo con los imperecederos nombres de Bossuet y de Racine, de Felenon y de Despreaux, florones los mas brillantes y dignos de la magnífica auréola con que se coronó Luis el Grande.

Entre los escritores que bajo los auspicios del mas ilustrado y ostentoso de los Médicis, contribuyeron poderosamente á la restauracion del buen gusto y de las letras, es preciso no olvidar á un respetable y modesto Sacerdote, que uniendo á sus ejemplares virtudes el talento y el estudio, fue uno de los mas bellos ornamentos de la corte de aquel Pontífice, á la que acudian como á su centro los artistas y los sabios de todas partes, seguros de hallar en la magnificencia y bondad del Gefe de la Iglesia, estímulo y recompensa á sus afanes y vigilias. Ingenio privilegiado el de Gerónimo Vida, cuyas producciones, despues de haber sido el recreo y las delicias de sus contemporáneos, y la leccion mas elocuente de aquel siglo, se buscan todavía con avidez, y se leen con entusiasmo, y se traducen y comentan á porfía, á pesar del estraño desvío con que, por desgracia, mira la generacion actual el inimitable idioma en que se escribieron. ¡Venturoso literato! á quien todas las naciones cultas han ofrecido su tributo de admiracion y respeto, trasladando á sus respectivas lenguas los sublimes conceptos, los pensamientos delicados, las ideas de sus libros. *Príncipe*, en fin, *de los poetas cristianos*, que despues de haber hecho resonar tan dulcemente en las orillas del sacro Tíber el arpa de Sion, que pulsaba con diestra mano, ha merecido que el Tajo y el Danubio, el Támesis y el Sena, y tantos otros rios estrangeros, no se mostrasen insensibles á sus encantos, repitiendo de consuno sus acentos melodiosos.

Antes que de las obras literarias debidas á su bien tajada pluma, justo es hablar, segun la profunda observacion del inmortal Balmes, de la vida del autor, consagrada únicamente al santo ministerio de su vocacion, al socorro y alivio de los menesterosos, al retiro y al estudio, para que el lector conozca las escasas noticias referentes á tan envidiable existencia, que han podido libertarse de la injuria de los siglos.

Marco Gerónimo Vida nació en Cremona, de una familia tan ilustre, como escasa de bienes de fortuna. Uno de sus antecesores, llamado Bonvesino Vida, fue en 1166 uno de los Cónsules de dicha ciudad. No es posible fijar el año en que vino al mundo, por discordar notablemente sobre la fecha de su nacimiento los biógrafos del insigne Poeta. Arisio, Klotz y el P. Niceron dicen

que nació en 1470, en cuyo supuesto vivió muy cerca de un siglo. Si esta opinion no es verosímil, mucho menos lo es la de Pope Blount y de Souquet de Latour, que fijan la época de su nacimiento en 1507; opinion que no puede conciliarse con la publicacion de algunos de sus poemas. Otros escritores han dicho que nació en 1480, cuyo aserto parece el mas acertado, porque los primeros versos que escribió en 1503, y se conservan todavia, insinúan que contaba ya entonces mas de cuatro lustros.

Estusiasmado Celso de Rosinis en su *Liceo Laterancnse* al hablar del cantor de la *Cristiada*, apostrofa de este modo á su pueblo natal: «*Meritò lætari potes, inclita Cremona, Insubrum civitas perquàm egregia, ex te progenitum in teque una diu educatum M. H. Vidam, hoc est post Principem Virgilium, latini idiomatis Poetarum omnium ter maximum.*» Francisco Arisio ha dicho en su *Cremona litterata*, que estando en cinta la madre del Poeta, soñó que de su vientre salia un cisne, el cual, despues de remontar el vuelo, cantó con dulcísima armonía. Tambien afirma Auberto Le Mire que la noche antes de nacer el famoso Justo Lipsio vió su madre pasearse por su aposento dos *niños blancos*, que representaban, segun los panegiristas del célebre escritor, la ciencia y la modestia, ó la filologia y la filosofía. (Véase la interesante biografía de Lipsio, publicada por el Marqués de Morante en el tomo 2.° de su catálogo, página 571.) No serán muchos los que den crédito á tales sueños en el siglo en que vivimos. Pero esta incredulidad no disminuirá por cierto el indisputable mérito del filólogo Belga y del cisne Cremonense. El padre de este se llamaba Guillermo, y su madre Leona Oscasala. Los nombres de tan felices consortes fueron conservados y trasmitidos á la posteridad por su buen hijo, al consagrar á su memoria una tierna elegía, que no es la flor menos grata y aromosa de su poética guirnalda.

Despues de aprender humanidades en su pueblo natal bajo la direccion de Nicolás Lucaro, se dirigió á Mantua con el objeto de perfeccionarse en el estudio de los clásicos, y despues á Padua y á Bolonia, donde se dedicó á la sagrada Teología, siendo sus maestros Rómulo Amaseo y Bernardino Donato. Al mismo tiempo cultivaba con ardor la poesía latina, mereciendo muy en breve con su aplicacion y talento un distinguido renombre, que muy pocos jóvenes logran adquirir con sus primeros ensayos.

A la memoria de Serafin Aquilano, que murió en 1500, se publicó cuatro años despues en Bolonia una corona fúnebre, en que insertó Vida sus dos primeras composiciones poéticas. Entonces se llamaba Marco Antonio. En lugar de este último nombre to-

mó al recibir las sagradas órdenes el de Gerónimo, con el que se le conoce en la república literaria. El sangriento combate en que trece guerreros franceses pelearon en 1503 con iguales armas y denuedo, aunque no con igual fortuna, contra igual número de italianos junto á los muros de Barletta, cuyo dominio se disputaban los ejércitos beligerantes, le inspiró una composicion mas importante y difícil. «Es de lamentar, dice William Roscoe, que se haya perdido esta oda, ya por ser una de las primeras producciones de tan elegante escritor, ya tambien porque debia ser un monumento histórico muy curioso.» La causa de aquella lid singular fué la siguiente. Se hallaban á la mesa varios oficiales españoles y franceses, hablando de la última batalla, ganada por la valerosa hueste de Próspero Colonna. El distinguido capitan Diego de Mendoza, haciendo justicia al valor de los italianos, no vaciló en celebrar su heroismo y su victoria, enalteciendo al mismo tiempo la bizarría con que habian peleado, como siempre, los franceses. Mr. Carlos de la Motta respondió, que el valor italiano no se podria jamás comparar con los españoles y franceses; añadiendo indiscretamente, que estos habian mil veces humillado y vencido á los hijos de Italia. El caballeroso Mendoza y su digno compañero de armas Iñigo Lopez de Ayala, advirtieron al francés con hidalgo comedimiento, que no se espresase en aquellos términos tan injustos como injuriosos á los guerreros italianos. Pero el francés repitió lo mismo en mas alta voz, y con muestras visibles de desden y menosprecio. El resultado de esta imprudencia fue el desafío de los trece franceses con los trece italianos. Estos vencieron á los primeros, y nuestro poeta acrecentó la brillantez del triunfo conseguido por sus ilustres compatriotas con el mencionado poema, que fué leido y aplaudido, como era justo, en toda Italia.

Concluidos sus estudios teológicos en Bolonia, *Vida* se dirigió á Roma, donde asistió con frecuencia á las reuniones literarias de aquella capital, y principalmente á la Academia, digámoslo así, del palacio de Juan Corycio, noble y rico alemán, que se distinguia por la proteccion que dispensaba á las artes y las ciencias. La casa y jardines de este magnate eran el punto de reunion de todos los literatos y poetas. Casi todos ellos celebraron con himnos de amor y de gratitud el nombre de aquel Mecenas, contribuyendo mas que ningun otro á salvarlo del olvido Biagio Pallai, mas conocido con el nombre académico de Blosio Paladio, á quien se debe la publicacion de las poesías consagradas á Corycio con el título de *Coryciana*. Este libro, tan raro como curioso, arroja mucha luz sobre el estado de la literatura en la capital del orbe cristiano durante el Pontificado de

Leon. Concluye el volumen con un poema de alguna estension, escrito por el médico Francisco Arsillio, que tiene por título *de Poetis Urbanis*. En él están clasificados los escritos de un gran número de vates que entonces florecian en Roma. Se imprimió en esta capital en 1524. El poema de Arsillio está dedicado á Paulo Jovio. Despues de hablar de los poetas del siglo de Augusto, y de Sadoleto y Bembo, se espresa de este modo sobre Vida:

Est sacer à docto celebratus carmine Vida,
Vida Cremonensis candida Musa soli.
Panthoidem Samii corpus si credere fas est
Intrasse, et clypei pondera nosse sui;
Altiloqui Genium vatem hunc adamasse Maronis
Quis neget, ut Juli grandia gesta canat!
Grandia gesta canat, canat ut confectus ab annis
Ausonii molem sustinet imperii.

La celebridad de nuestro vate creció estraordinariamente con la publicacion del poema del *Ajedrez*, que escitó el mas vivo interés en la opinion pública. La gracia de su diccion, siempre correcta y pura, la flexibilidad de su talento, una imaginacion tan amena como profunda, su elocucion natural y fácil, le granjearon desde entonces una reputacion que no ha disminuido con el trascurso del tiempo.

Ya entonces habia sucedido á *Julio II* el gran Leon, que con su generosidad augusta daba tan noble impulso al renacimiento y esplendor de las artes y las letras. El Papa descansaba frecuentemente de los afanes y gravísimos negocios del Pontificado, recreándose con la instructiva y grata lectura de los metros de Vida, por encontrar en ellos el *mens divinior, et os magna sonaturum*, que exijia Horacio como dote indispensable á los hijos de las Musas. El orden, la claridad y la nobleza con que Vida trató un asunto que ofrece de suyo tanta novedad, parecian á Leon X casi superiores á las fuerzas humanas. *Ut haud crederet*, dice Faballi, *talia à mortali fieri, pervestigarique posse, nisi divino aliquo mentis instinctu*. Queriendo conocer al poeta, le fue presentado por *Mateo Ghiberti*, siendo recibido por Su Santidad del modo mas afectuoso y distinguido.

Deseoso este grande hombre de ser el apoyo mas firme de la religion, en cuyo augusto nombre tendia su mano poderosa á cuantos ingenios cultivaban cualquier ramo, por insignificante que fuese, del saber humano, y queriendo por otra parte que la poesía olvidase las flores profanas y sensuales afectos del

Pindo por los graves adornos y severo lenguaje que inspira la santidad del Gólgota, mandó escribir al vate de su predileccion un poema sagrado para celebrar el triunfo de la fe cristiana, que despues de salvar al hombre, ha moralizado su degradada estirpe, civilizando al mundo. No tardó el respetuoso Vida en presentar los dos primeros cantos de su Cristiada al Padre Santo, que estrechando entre sus brazos al poeta, despues de escuchar sus metros bondadoso, esclamó con Propercio: *Cisnes de Grecia y de la antigua Roma, no os envanezcais con vuestros lauros, pues el nuevo Cantor dividirá la gloria con vosotros.*

Cedite, Romani scriptores, cedite Graii;
Nescio quid majus nascitur Iliade.

Con tales demostraciones de admiracion alentaba Leon X al hijo de Cremona á continuar sus escritos, cuando este habia ya abrazado la carrera eclesiástica hacia algunos años, ingresando muy joven en la Casa religiosa de San Marcos, y poco despues en la de Letrán, Instituto uno y otro de Canónigos regulares. En justa recompensa de su religiosidad y tareas literarias, fue entonces agraciado por su augusto Protector con el pingüe Priorato de San Silvestre, prebenda que radicaba en el ameno y agradable Tívoli, inmortalizado por los Cisnes de Mantua y de Venusa. En este delicioso retiro, mansion querida de las Musas, y tan á propósito para la meditacion y el estudio, fue donde Gerónimo Vida compuso la mayor parte de sus obras. «Estos cam»pos son las delicias de mi alma (escribia el poeta á su buen »amigo Ghiberti), y la paz que en ellos reina, modera y satisface »mis deseos. A la sombra de jigante encina, cuyas ramas se in»clinan á la tierra con el peso de su fruto, me defiendo de los »ardores del sol, ó tal vez halaga mis oidos el murmullo de los »vientos, que mueven blandamente las hojas de los árboles, no »lejos de un manantial de aguas vivas que serpea por el prado. »En esta grata soledad invoco á las hijas del canto, y hago re»sonar las cuerdas de mi lira, ó me entrego á la lectura de doc»tos libros, para regular y corregir mis costumbres.»

Concluida su Poética, los ciudadanos de Cremona le pidieron con instancia una copia para la instruccion de sus hijos. El vate la remitió en 5 de febrero de 1520, acompañada de una larga carta, modelo de elegancia y patriotismo. Despues de manifestarles cuán peligroso era escribir sobre una materia tan varia y difícil, en una época como aquella, en que florecian tantos ingenios por la proteccion que dispensaba á las letras el gran Leon, añade: *¿Sed quid ego vobis, aut patriæ, quâ mihi nihil*

antiquius negare ausim? Malo apud alios temerarius et ineptus, quàm apud vos ingratus ac contumax censeri. Y concluye con estas palabras: *Ad hoc præstò erunt præceptores, quibus civitas nostra præ cunctis aliis est felicissima, tum græcè, tùm latinè eruditissimis.* Los cremonenses imprimieron inmediatamente la Poética *publicis sumptibus*, como dice Klotz.

Dada posteriormente la última mano á su Cristiada, despues de emplear 12 años en escribirla y limarla con la mas prolija detencion, la presentó á Clemente VII, que tras el corto Pontificado de Adriano habia sucedido á Leon X, no solo en la alta dignidad de cabeza visible de la Iglesia, sino tambien en la estimacion y deferencia que manifestó constantemente, como digno vástago de la casa de los Médicis, á los artistas y literatos. Clemente aceptó reconocido la dedicatoria del poema, remunerando á su autor con el honroso cargo de Secretario Apostólico, y posteriormente, es decir, en 1532, con la mitra de Alba, en el Ducado de Monferrato. ¡Epoca feliz en que, honrando el poder á la virtud y al ingenio, sabia adquirirse la gratitud de los siglos venideros, y un merecido renombre en la historia de las letras.

Vida gobernó su obispado con una vigilancia pastoral digna de todo encomio, *instruyendo á los fieles, no solo con su elocuencia, sino principalmente con el ejemplo de sus virtudes*, como dice Feller. Su palacio episcopal era el asilo y el refugio de los pobres y desvalidos, que veneraban á su Pastor como á un padre cariñoso. El mismo les distribuia los socorros, y antes de sentarse á la mesa los llamaba á son de campana, y repartíales la cómida diariamente. Por su propia mano sembraba alguna vez los campos que habian de alimentar á las menesterosos. Interesante es, bajo este concepto, y tierna sobre manera la composicion que escribió despues de haber entregado simiente de habas al seno de la tierra, cuando el hambre y la guerra aflijian de consuno á los desventurados habitantes de Alba. Bien difícil era ennoblecer un humilde vejetal en bellísimos versos, como lo consiguió el poeta cristiano. «Recibe y fecundiza en tus entrañas, ó bené»fica tierra, estas legumbres que han de socorrer la necesidad de »un pueblo desgraciado, víctima de la miseria y del furor de los »combates. Ellas serán el alimento y el alivio del pobre, á quien »yo contemplaré desde mis lares, henchido de alegría mi pater»nal corazon, cuando aquel repare sus desfallecidas fuerzas con »esa comida frugal. No destruyas, madre tierra, las semillas que »te confia mi mano, y el cielo bendiga y multiplique su co»secha.

»Tu, bona, tu interea, Tellus, ne defice jactis
»Seminibus, nusquam sit prior ulla seges.»

Así decia el bondadoso Prelado, y lágrimas de ternura corrian por sus mejillas venerables.

Forma ciertamente un agradable contraste con esa mansedumbre evangélica la firmeza de carácter, el heroismo bélico que desplegó el celoso Obispo en 1542, viendo desamparados los muros de Alba por la guarnicion del ejército de Carlos V que los defendia, despues de un terrible asalto por las tropas francesas, que á las órdenas del General Juan Antonio Benevelano asediaban la plaza, consiguiendo por fin apoderarse de uno de sus mejores baluartes. Esta retirada de los imperiales dejó consternados á los míseros ciudadanos, y en peligro inminente de ser despojados, y quizás pasados á cuchillo. Vida, empero, los anima á la defensa de sus hogares, les infunde aliento, empuñan las armas, acometen á los sitiadores, los desordenan, los vencen, los arrojan de su recinto, libran á su patria de la sangre y de los horrores del asalto, y saludan á su Pastor como al ángel tutelar que los habia salvado del saqueo y de la muerte.

Este hecho, y el Poema del ajedrez, y su pindárica Oda á la nueva Cruzada que se proyectó en su tiempo, y se frustró por la rebelion de Lutero y por el prematuro fallecimiento de Leon X, en cuyos vigorosos versos pinta con tal energía el fuego de los combates y el valor de los hijos de la guerra, prueban que Vida hubiera sido tan bizarro soldado como fue ejemplar sacerdote, si hubiera seguido la carrera de las armas. Veamos cómo se espresa el cantor guerrero. «Yo mismo, á pesar de mi vehemente »pasion por conquistar los lauros de Minerva, yo mismo siento »inflamado mi pecho en este dia con el fuego bélico de Marte. »Hoy me abandona el entusiasmo que me inspira el numen de »los cantos armoniosos: mas árdua empresa me arrastra al polvo »sangriento de las lides. Ya escucho embebecido el estrépito de »los aceros, el son horrible de los clarines, el choque de las fa»langes combatiendo. Ya me contemplo confundido entre sus »apiñadas filas, cubierta la frente con el capacete no usado, ful»minando contra el aterrado enemigo la destruccion y la muer»te. Por tu amor, ó Leon, en defensa de nuestros hogares y tem»plos, penetraré sin recelo en los últimos confines del Africa, y »beberé en la concavidad de mi casco de guerra las aguas del »Janto y del Indo. Sí; ya siento enardecerse mi corazon, hervir »mi sangre, arder mis venas, y veo sucumbir y morder el polvo »á los bárbaros, heridos por el formidable golpe de mi espada »vengadora. Llegará el dia, ó gran Leon, llegará el dia en que »un bardo cante tus laureles dignamente, y el vencimiento del »Asia y de la Libia, encadenadas al carro de tu triunfo. Tal vez »me coloque en sus himnos de victoria entre los guerreros ilus-

»tres, y la posteridad no ignorará que Vida afrontó los peligros »y la muerte, prodigando su propia sangre, no sin gloria.»

Forsan et vestros aliquis triumphos
Dum canet vates, Asiam Africamque
Cedere, et victum juga vestra ferre
Protinùs orbem;
Me quoque heroas memorabit inter
Maximos: noscent animæ in periclis
Prodigum expertemque metûs futura
Sæcula Vidam.

Todas sus esperanzas se desvanecieron desgraciadamente, como suelen disiparse las ilusiones de los poetas. A otras empresas mas pacíficas y no menos honrosas le llamaban su carácter sacerdotal, y los especiales conocimientos en ciencias eclesiásticas de que se hallaba adornado. Siendo tan profundo teólogo como eminente literato, el Papa le eligió para que acompañase á los Cardenales Reinaldo Polo, Juan María del Monte y Marcelo Corvino, Legados de la Santa Sede, que debian en su nombre presidir el Concilio de Trento, comision tan gloriosa como difícil, que desempeñó dignamente el Prelado de Alba, ilustrando en mas de una ocasion con sus luces las árduas é importantísimas cuestiones que para la paz y felicidad de las naciones cristianas se ventilaban en aquella augusta asamblea. En suma, él tomó parte muy activa en los negocios públicos de aquel tiempo, tan agitado por los errores del turbulento Lutero, como por las prolongadas guerras con que perturbaron la tranquilidad de Europa, la rivalidad y los celos que dividian al Emperador y á Francisco I de Francia.

A pesar de las distinciones que debió á varios Sumos Pontífices, Cardenales y altos funcionarios, jamás quiso dejar el retiro de su diócesis por la brillantez y fausto de ciudades populosas, ni admitir cargos elevados, incompatibles con el ministerio pastoral. Así vivió constantemente en medio de sus amadas ovejas, entregado al estudio y á la composicion de sus obras literarias, y sobre todo ejerciendo las virtudes propias de un celoso Obispo. Aunque sus rentas llegaron á ser muy escasas por las vicisitudes y turbulencias de aquellos tiempos, y su caridad con los indigentes no conocia límites, sin embargo, la frugalidad y moderacion con que siempre vivió, le permitieron reedificar y embellecer templos destruidos por el vandalismo de las guerras, construir una iglesia al Apóstol San Andrés, erigir una capilla en honor de San Pablo, otra á San Casiano Mártir, y altares, finalmente, á San Agustin, Santa Mónica y otros Santos.

Su profundo respeto y sumision á la Iglesia Católica, además de manifestarse por donde quiera en todos sus escritos, se echa de ver por las repetidas protestas del autor al fin de algunos poemas, en que sujeta, como buen hijo, á la autoridad de tan santa madre sus palabras todas, y hasta sus mas íntimos pensamientos. «Al que estos metros leyere (dice al concluir sus »himnos) ruega Vida encarecidamente, que si algo hallare con»trario á los santos Misterios, no lo censure antes de comprender »la idea del poeta, cuyos sentimientos son los mismos que los »que profesan los verdaderos hijos de la Iglesia. Sin embargo, »si por descuido se le hubiese escapado alguna palabra capaz de »inducir á error, la retracta desde ahora con todo su corazon, »declarando formalmente que no es la espresion de sus pensa»mientos.»

Si quid per imprudentiam dixit tamen,
Quod parte ab ulla claudicare censeant,
Vult esse non dictum, abolitumque funditus
Et ipse jam nunc abrogat dicto fidem.

Ejemplo de docilidad muy laudable en aquella calamitosa época, en que tantos ingenios, con menos títulos literarios que Gerónimo Vida, se separaron, por un desmedido orgullo, de la unidad católica, contribuyendo al cisma y á los furores de las guerras de religion que por tanto tiempo aflijieron al pueblo cristiano, de cuyas funestas consecuencias no se ve libre todavía despues de mas de tres siglos.

Su modestia y la dulzura de su carácter eran tales, que hasta en los libros que nos dejó, se descubre el fondo de su alma, adornada de las dotes morales que caracterizan al filósofo cristiano. De tantos versos como escribió, no hay uno solo que pudiera lastimar el amor propio de ningun hombre. Con toda su facilidad admirable para versificar, solo en el género satírico se conceptuaba incapaz de todo punto. Por eso Bembo, Sadoleto y otros poetas ilustres de su siglo se honraban con su amistad y correspondencia literaria, dándole frecuentes pruebas de cariño y de respeto. El mismo Jorge Sabino, cisne tan dulce como afluente que hechizaba las márgenes del Oder, le escribia desde su pais, creyendo que á su nombre de *Ovidio de Alemania* darian no poco realce la estimacion y el afecto del hijo de Cremona. No obstante, como la envidia ha sido siempre la sombra del mérito y de la gloria, un crítico oscuro se atrevió á morderle sin piedad. La contestacion de Vida, que se conserva en su coleccion poética, es el mejor testimonio de mi aserto. «¿Por qué za»herir en tus metros (le dice) al hombre que, enemigo de la sáti-

»ra, se complace únicamente con inofensivos versos, que no co»nocen la amargura de la hiel? Tú vienes á tenderme un lazo, »con deseo tal vez de que oponga una censura á la tuya. Pero »es vana tu esperanza, pues á mi Musa agrada solo el candor de »la inocencia.»

Meque remordentem cuperes tua cernère contra:
Nunquàm hoc efficies. Candida Musa mea est.

Un poeta que al ser criticado se espresa en estos términos, que tan al vivo retratan la pureza de su corazon infantil, no podia menos de ser modelo de amor filial. Pocos hijos han manifestado con tan amable abandono la ternura mas afectuosa para con sus padres, como el buen Obispo al dedicar su hermosa elegía, ya antes mencionada, á los manes de los que le habian dado la existencia. Nunca habló en un lenguaje tan sentido y bello la gratitud á los desvelos y á la solicitud paterna. Inimitable es el final de esta preciosa composicion. Difícil sería traducirlo á otro idioma. No solo se recomienda como un ejemplo clásico de poesía de sentimiento, sino que tambien ofrece una leccion muy útil de moralidad, de que no pueden desentenderse ni los hijos ni los padres. Hélo aquí:

Accipite has saltem lacrymas, hæc carmina mœsta,
Quæ longum nati absentis testentur amorem.
Salvete æternum, cari, atque valete, parentes,
Vida Gelelme, vale, vale, Oscasala Leona;
Sit, precor, ¡ó vobis! requies æterna sepultis,
Sit lux, quæ vestris æternum affulgeat umbris.

Son muy justas las observaciones que sobre estos versos hace Mr. Bernay, para omitirlas en este lugar. «La repeticion del »*Adios* postrero, colocada en medio de sílabas dulces y lánguidas, »es una palabra de luto que penetra en el alma, y la entristece »suavemente; es un eco de dolor, cuya impresion guarda largo »tiempo el oido lastimado. El *Vale* de Virgilio agrada sin duda, »porque retrata la tierna pasion de un corazon sensible y aman»te; mas el *Vale* del poeta cristiano, conmueve, arrebata, hace »verter lágrimas.»

No era menor su reconocimiento á las personas que le habian dispensado algun beneficio. Él ha sabido inmortalizarlas en sus cantos. ¡Envidiable privilegio el de los poetas! Véase al fin del segundo canto de su Poética, la apoteosis de Leon X, su mas decidido y generoso protector. Véanse sus Odas y sus Epístolas, y ellas probarán, que el manifestar su sincera gratitud, era una verdadera necesidad en aquel noble corazon. No podia este olvi-

dar al sabio y venerable Obispo de Verona Mateo Ghiberti, que cual otro Mecenas lo habia presentado al Gran Leon. Muchas veces lo recuerda en sus obras, y siempre con tan tierno cariño como profundo respeto. Ya lamenta su separacion y su partida á las orillas del Rhin, á donde se dirigia para negociar la paz de Italia como Nuncio Apostólico de la Santa Sede; ya teme por su salud y por su vida, viéndole emprender la marcha en el rigor del invierno, por montañas cubiertas de nieve y caminos erizados de peligros; ya, en fin, manifiesta con patéticas espresiones el triste presagio de que no se volverán á abrazar sobre la tierra: presentimiento fatídico que se cumplió desgraciadamente, pues la muerte de Ghiberti no tardó en lastimar el corazon del poëta. Cuando el tiempo dió algun lenitivo á su dolor, publicó un justo elogio de aquel prelado, en el que hizo ver cuánto habian perdido la religion y las letras con el fallecimiento del varon ilustre, á quien tres Soberanos Pontífices habian honrado con su paternal confianza, de cuyas austeras costumbres fue constantemente admirador San Cárlos Borromeo, y que habia sido, por último, amigo y favorecedor de tantos ingenios de su siglo.

Otro de los hombres á quien muestra Vida su cordial afecto es Scipion Vegio, insigne médico, á cuya ciencia y cuidado se reconoce deudor de la salud, despues de una dolencia cruel que amenazó poner fin á sus dias, cuando mas afanado vivia con sus poéticos estudios. El agradecido vate desea unir á su gloria el nombre del doctor, dividiendo con él sus nobles lauros, y prometiendo celebrarlo hasta en su misma ancianidad. «Un mal »desconocido (le dice), una languidez de muerte arruinaban mi »existencia, amenazándome ya con el sepulcro medio abierto. »Afligidas en torno de mi lecho de dolor las hijas del canto, que »son la lumbre de mis ojos y la esperanza de mi vida, me mos»traban en vano, para consuelo de mis cuitas, las verdes palmas »que habian cortado para ornar mi frente en los montes de Idu»mea, cuando yo lamentaba, al melancólico sonido del harpa del »profeta, el sacrificio y la muerte del Divino Verbo. Mas pene»trando tú, mi dulce amigo, en los umbrales de mi solitaria »mansion, la salud pareció presentarse en pos de tus huellas. »No bien te vieron mis ojos, cuando desapareció la dolencia, re»cobrando súbito mi cuerpo el vigor de mi juventud y las fuer»zas que ostentaba en sus años mas floridos.

Ipsa salus tecum pariter mihi visa subisse,
Ut vidi, ut penitùs fugit de corpore languor,
Atque suum rediit membris in pristina robur.»

Tal interés y atractivo sabia dar el Cisne de Cremona á los asuntos que menos se prestaban á los encantos de la poesía.

De este modo se distraia y descansaba su ánimo fatigado de la lectura y meditacion de las Santas Escrituras y de los Padres de la Iglesia, y demás cuidados graves que lleva consigo el ministerio pastoral. Si algun crítico, severo y desabrido en demasía, osase censurar al digno Obispo un solaz tan inocente como laudable, deberá tener presente que el trato y familiaridad con las hijas del Pindo no se opone ciertamente á la austeridad de la virtud. Santos venera la Iglesia en sus aras, que no se desdeñaron de cultivar la poesía, especialmente la sagrada, á la que dedicó Vida principalmente los ocios de su larga y laboriosa existencia. Sin necesidad de buscar ejemplos fuera de nuestra patria, basta citar á Santa Teresa de Jesus, gloria y honor de la nacion española, y al digno compañero de aquella muger sobrehumana, S. Juan de la Cruz, que nos dejaron versos admirables, los cuales, al paso que son la edificacion de las almas piadosas, sirven de instruccion igualmente á los alumnos de las Musas. Además, en el siglo de discusion religiosa y de movimiento intelectual en que vivió nuestro sábio prelado, era un verdadero deber en los católicos doctos y celosos no descuidar este ni ningun otro ramo de la literatura, para hacerlos á todos contribuir al triunfo de la religion, combatida en todos los terrenos por los infatigables partidarios de *la Reforma*. Por eso entre los sacerdotes, Obispos, Cardenales y aun entre los mismos Papas de aquella época, se encuentran no pocos que pulsaron con hábil mano las cuerdas de la lira latina, no reputando profanos los estudios poéticos, ni agenos del sagrado ministerio.

Tal fué la vida de aquel poeta mitrado, segun aparece de sus obras, y de los hechos que han podido reunir los biógrafos que procuraron darnos á conocer la existencia de tan recomendable escritor. Por espacio de treinta y cuatro años gobernó su obispado, viviendo en medio de la cristiana grey confiada á su vigilancia. Lleno de virtudes, y coronada su anciana cabeza con un lauro que no le disputó ningun vate contemporáneo, falleció en edad muy avanzada el año 1566, con la paz y resignacion del varon justo. Su clero y sus diocesanos, y especialmente los pobres, derramaron copioso llanto sobre su tumba. Fue enterrado en la catedral de Alba, donde yacen todavía sus cenizas venerables.

Cremona habia hecho grandes esfuerzos durante su vida, para que fuese trasladado á su Sede Episcopal. De los registros de la Catedral de esta ciudad, que vió el P. Niceron, resulta que nuestro vate fué Canónigo de la misma, y que el 14 de noviem-

bre de 1549 el Cabildo le eligió Obispo á la muerte del Cardenal Benito Acolti, que lo era anteriormente. Mas esta eleccion no tuvo efecto, por haber muerto cuatro dias antes Paulo III, que la habia deseado y promovido. Tambien consta que este Papa tenia reservado *in pectore* á Gerónimo Vida para condecorarlo con la púrpura cardenalicia. Su ciudad natal celebró unas solemnes exequias, erigiendo en el palacio episcopal un decoroso monumento, con una inscripcion que perpetuase las virtudes y talentos del mas ilustre de sus hijos. Era entonces Obispo de Cremona el piadoso Carlos Manuel Sardagna de Hohensteyn. *Immortalitate erat dignus*, decia aquella, *nisi naturæ communis conditio obstitisset. Vivit tamen adhuc apud nos, vivetque æternum ad posteros benef. jucundis, ac perpetuâ recordatione.* La inscripcion termina de este modo: *Qui non solùm piè et sanctè Deum coluit, sed ita etiam cecinit, ut in cœlo locum, ubi beatus ævo sempiterno fruatur, et in terris æternam sibi gloriam maximo omnium mortalium fructu comparavit.* Hablando Tiraboschi de su muerte, dice así en el tomo 7.° de la Historia de la Literatura Italiana: *Io ho veduto l'inventario de'movili trovati nel suo palazzo vescovile, il quale ci fa vedere, ch'ei mori assai povero.*

He aquí el retrato que hace Arisi de Gerónimo Vida. «Era de »aventajada estatura y magestuoso semblante, muy propio para »captarse el respeto y la veneracion; de hermosa cabeza y espesa »barba; rasgados ojos y pobladas cejas. *Grandi staturâ ac sublimi »vultu, gravitatis plenissimo, et ad captandam venerationem terro»remque facto, pulcherrimo capite, promissiori ac spisâ barbâ, oculis »magnis, magnisque superciliis.*» Despues de su muerte se batieron en su honor dos medallas, que describe minuciosamente Mazzuchelli en el tomo 1.° de su *Tesauro*. En la primera aparece la efijie del poeta con el traje de los filósofos antiguos, y en el reverso el caballo Pegaso hiriendo la roca con su planta, con la siguiente inscripcion: *Quos amarunt Dii.* La segunda representa al vate con insignias episcopales, y al reverso aparece sentado y escribiendo, y una muger (tal vez la musa Urania) adornando su cabeza con un laurel, y esta inscripcion: *Non stemma, sed virtus.*

Pocos escritores han debido á sus contemporáneos los elogios entusiastas que mereció Vida á los sábios de su siglo. *Admirari ego soleo id quod vos minimè fugit*, decia Giglio Gregorio Giraldi en el diálogo 1.° sobre los poetas de su tiempo, *Vidam Cremonensem, quem unum hac tempestate meo judicio eò pervenisse videmus, quò sine Græcis, duce cum primis Virgilio, pervenire Poeta potest.* En el libro 4.° de la célebre historia italiana, que publicó en Venecia nuestro Alonso de Ulloa sobre los hechos memora-

bles del emperador Carlos V, despues de mencionar á Cremona se espresa de este modo. *E'nativo di questa citta Girolamo Vida, poeta ecellentissimo et doctissimo, come si vede per le sue divine opere, il quale si puo comparare con gli antiqui poeti, et Cremona riputarsi non men felice con lui, che Mantoa col suo Virgilio.* Luis Vives decia: *Vida cum Sannazzario Virgilianæ imitationi tanquàm sacratis legibus alligatus.* Olao Borrichio hace de él este encomio: *Posterior ævo, sed nequaquam ingenio H. Vida, Episcopus dissertissimus, poeta dictione fabulæ concinnus, spiritu et nervis ubique plenus robustusque, etiam in minimis fœcundus, uber, floridus.* Juan Sandero le llama *poeta eximius,* y Celio Calcagnini, *vir unus ad poeticam natus, et doctorum judicio elegantissimus.*

Eobano de Hesse, célebre profesor de Erford, que esplicaba las obras de Virgilio y Ovidio á mil discípulos, como refiere Pedro Lotichio, escribiendo á Juan Megobaco de Nuremberg en 1532 decia: *Italorum poetarum ingenium vehementer admirari soleo. Sunt enim aut excellentes, aut nulli. Nam ut de Pontano taceam, quanti me facere putas Actium Sannazarium, quanti item H. Vidam? Quem tanti facio ut anno superiori ejus tres de poetica libros formis excudi curaverim et publicè prælegerim.* En sus poesías latinas habla el profesor alemán con mayor entusiasmo todavía. He aquí algunos de de sus dísticos.

Non ita Pontigenam Venerem benè pinxit Apelles,
Non ita Phidiacæ numina sancta manus:
Quàm bene puberibus juvenem deducit ab annis
Ad Musas docti provida cura Vidæ.
Hunc lege, qui magni cupis aurea scripta Maronis,
Tramite difficili non remorante, sequi.
Una ferè patria est, non una est vena, sed aurum
Hoc sperare tamen dixeris esse Vidam.

El Cardenal Bembo, en el libro 6.° de sus epístolas, página 338, edicion de Colonia de 1592, habla de este modo: *Se litteras non libenter modo legisse, sed etiam cupidissimè, avidissimèque perlegisse, quod sibi à Vida, hoc est, ab homine omnium sui sæculi clarissimo, missæ fuerint.* Sadoleto, además de otras alabanzas, escribia al poeta lo siguiente: *Id rectè existimans, conjunctionem tecum meam mihi magno honori semper fore, quod tuum de quoque hominum judicium in utramque partem magnam vim haberet, neque solum in præsentia honorificum existeret, sed illucesceret in omnem posteritatem.* Paulo Jovio le llama en el libro 4.° de su Historia, *Poeta famosísimo,* y lo mismo en sus elogios. Ghilini en su Teatro de los literatos dice: *Constat mirabile ingenium ejus ad*

omne litteraturæ cœptum aptissimum fuisse. Finalmente, el holandés Juan Segundo le apellidaba el *Gran Vida.*

..... Quid referam?
Quid Bembi, Magnique Vidæ, quid nomen et Acti,
Et quorum titulos nulla recondet humus?

Los sabios posteriores á nuestro Poeta no lo han ensalzado menos que sus contemporáneos. *Vida sans contradit,* dice Teissier, *est un très-bon poète, et au jugement des connoisseurs il mérite d'être placé immediatement après Virgile. Il passoit pour le Prince des Poètes de son temps.* Hablando de los vates que florecieron desde el renacimiento de las letras, decia el P. Rapin: «El que »tiene mas talento para sostener la noble elevacion que exije la »narracion en verso heróico, es Gerónimo Vida. Su estilo sería »incomparable, á no ser por algunas espresiones ásperas y du»ras, parecidas á las de Lucrecio.» Bellegardi, por fin, en sus Cartas, impresas en Leipsig en 1760, decia: *Entre los modernos, yo estimo infinito al Cisne de Cremona.*

Resta hacer mencion especial de sus escritos, á los cuales debe un renombre que se conservará en el orbe literario con toda la brillantez de su gloria, mientras viva el idioma de Ciceron y Virgilio. De los vates latinos de su tiempo es el mas conocido fuera de Italia, no solo por la feliz eleccion de los objetos que cantó, sino tambien por la nobleza y elegancia de su estilo. Las obras que publicó son la *Cristiada,* que consta de seis libros; la *Poética,* en tres cantos; el Poema sobre el *gusano de la seda,* que se divide en dos; el del *juego del ajedrez,* que tiene uno solo; los *Himnos sagrados,* cinco *Odas,* tres *Eglogas,* dos *Epístolas,* una *Elegía,* la apoteosis de Ghiberti, y cuatro composiciones sueltas de menos importancia y estension. Trabajó asimismo algunas obras en prosa, no inferiores á sus versos, como son los diálogos de *reipublicæ dignitate,* las constituciones del obispado de Alba, algunas cartas latinas, y los discursos *de Principatu,* publicados en París en 1562. Este último escrito es el que menos veces ha visto la luz pública, por lo que se ha hecho sumamente raro. Uno de sus biógrafos ha dicho que dejó al morir tres obras inéditas, á saber: un tratado *de Oratoria,* una *Paráfrasis de los Evangelios,* dedicada al Delfin de Francia, y un libro *de Magistratu,* del cual hace mencion Antonio Possevino en su *Aparato sacro* por estas palabras: *Hunc librum mihi, dum scriberet, vivens ostendit suo in Albæ Episcopatu.*

Sus poesías se imprimieron por primera vez en Roma en 1526, y despues en Cremona en 1535. Posteriormente se han

hecho 19 ediciones, que Adolfo Klotz enumera por el orden siguiente. La 1.ª en Basilea en 1537; la 2.ª en Lion en el mismo año; la 3.ª en Cremona en 1550; la 4.ª en Lion en 1554; la 5.ª en la misma ciudad en 1559; la 6.ª en Amberes en 1566; la 7.ª en la misma ciudad en 1578; la 8.ª en Cremona en 1581; la 9.ª en Amberes en 1585; la 10.ª en Brescia en 1586; la 11.ª en Lion en el mismo año; la 12.ª en Amberes en 1588; la 13.ª en Lion en 1592; la 14.ª en la misma ciudad en 1603; la 15.ª en Génova en 1605; la 16.ª en Lion en 1607; la 17.ª en Oxford en 1722; la 18.ª en Pádua en 1731; y la última en Londres en 1732. En la edicion de Pádua, que es una de las mas correctas segun Mr. Brunet, en 2 volúmenes en 4.° mayor, se encuentran reunidas casi todas sus obras en prosa y verso. La mas elegante y lujosa es la de Oxford, en 4 tomos en 8.° mayor, con preciosos grabados en acero hechos por el célebre Vertué, y con curiosas notas á la *poética* y *églogas*.

Su obra maestra es el poema sobre el gusano de la seda. Scalígero lo llama *rex librorum Vidæ*. Su autor lo dedicó á Isabel de Este, hija de Hércules I, Duque de Ferrara, y de Doña Leonor de Aragon. Aquella Princesa, nieta digna de D. Fernando el Honesto, llamado el Infante de Antequera antes de ocupar el solio aragonés, fue celebrada como una de las Señoras mas ilustres de su tiempo por Ariosto y el Trisino. Si, segun el docto Mabillon, *la frecuente reimpresion de un libro es la piedra de toque con que se conoce su mérito*, pocos pueden alegarlo en su abono con mas fundamento que esta produccion. Cincuenta y cuatro veces se ha publicado, ya separadamente, ya acompañada de otras obras del mismo autor, desde 1527 hasta 1852. Solo en Lion se ha impreso 17 veces, 5 en Cremona, 4 en Venecia, 7 en Amberes, 4 en París, 4 en Basilea, 3 en Oxford, y 2 en Roma. Finalmente, lo han reproducido las prensas de Presbourg, Brescia, el Hanau, Londres, Pádua, Génova, Mántua y Milán. Otros dos poetas italianos, es decir, Luis Lazzarelli, á quien coronó en el Capitolio el Emperador Federico III, y Giustolo, mas conocido por su *Historia de César Borja*, habian escrito anteriormente sobre el mismo asunto. Pero uno y otro poema cayeron en el olvido, no bien apareció el poema de Gerónimo Vida, que supo escitar por el gusano de la seda tanto interés y entusiasmo en la ilustrada corte de los Médicis, como Virgilio por las abejas en tiempo de Augusto al publicar sus inmortales Geórgicas.

En él se propuso Vida dar las reglas mas esenciales sobre el utilísimo arte de criar los insectos hiladores, con cuya industria no solo se adorna y hermosea el bello sexo, y se visten y engalanan los Reyes y poderosos de la tierra, sino que hasta la

Religion le debe sus magníficos ornamentos, que tanto contribuyen á la pompa y majestad de sus augustas solemnidades.

Los encantos de su estilo, sus oportunas ficciones, la gracia de los episodios, la vivacidad de las imágenes, su originalidad, en fin, hacen desaparecer enteramente la aridez de los preceptos. *No hay poema didáctico* (dice Safi en su Historia literaria de Italia) *en que la unidad y el interés se sostengan mejor desde el principio hasta el fin.* El autor sabe unir admirablemente la belleza de la fábula con el atractivo de la verdad, añade Bonafoux. Cuando describe de un modo tan pintoresco y dramático las tareas, las vicisitudes, los amores y la breve existencia de una república tan laboriosa como pacífica, el lector no puede menos de interesarse por el destino de aquellos séres, hasta el estremo de afectarse con sus peligros y regocijarse de sus triunfos. En suma, el poeta infunde tal animacion y vida á sus generosos instintos, y derrama tan esquisitas flores en toda su obra, que la leen con avidez y complacencia el alumno de las Musas, el amigo de los campos y el aficionado á las ciencias naturales.

La única censura que puede dirigirle una crítica imparcial, es la prolijidad con que está escrita. Sin duda hubiera ganado mucho constando de un solo canto. El autor se dejó seducir de su asombrosa facilidad en pintar y describir, y esto le hizo entrar en detalles sobrado minuciosos, que distraen la atencion y disminuyen el interés de los lectores; defecto que no puede compensar por otra parte una versificacion siempre deslumbradora y las demás bellezas del poema. Lo tradujeron en prosa Crignon y Levée; y últimamente ha dado á luz su elegante version en metro francés, con apreciables notas, Mateo Bonafoux, miembro del Instituto y docto naturalista, que ha hecho observaciones muy curiosas sobre los gusanos de la seda. De su traduccion se han publicado tres numerosas ediciones en poco tiempo.

El difunto Duque de Frias, mi respetable amigo, recordaba sin duda el poema de Gerónimo Vida, á cuya lectura era muy aficionado, segun oí de su misma boca mas de una vez, cuando en su hermosa epístola dirigida en 1831 desde Valencia al Marqués de Molins, decia así:

Aquí tambien el laborioso insecto
Con existencia efímera tributa
De la pompa oriental sutiles hebras,
Que en sus talleres unirá la industria.
Del sacro templo y del augusto trono
Tapizarán la artesonada altura

Lujosas sedas de matices varios,
O brocados, que el oro y plata abultan.
Tersas, bellas, ligeras, ostentosas
Aumentan el brillar de la hermosura,
Enseñas de belígeras naciones,
Con sus alas el viento las ondula.

En uno de los mas notables periódicos literarios de París, se espresaba de este modo Mr. Cherbuliez en agosto de 1840. «Este »poema es una obra maestra de la literatura moderna. Se asom»bra uno al ver la rica lengua y la armonía de Virgilio encontra»das por un Prelado italiano del siglo XVI, y empleadas por él »con tanta facilidad al describir la educacion del gusano de la »seda y su maravilloso trabajo, así como los preciosos tesoros que »ha sabido sacar de él la industria del hombre. ¡Qué profundo »estudio debió hacer de una lengua muerta, para identificarse »con su génio, para hacerse dueño de todos sus recursos, hasta »lograr emplearle tan felizmente en los arranques de la mas alta »inspiracion! Este trabajo nos parece hoy un verdadero esfuerzo »del ingenio humano; sin embargo, nada nos revela los estudio»sos afanes de Gerónimo Vida. Es preciso recordar la época en »que se escribió el poema, para apreciar bien las inmensas difi»cultades vencidas por el poeta.»

Menos elegante hablando en general, pero mucho mas importante por su argumento sublime, se nos presenta *la Cristiada*, destinada á cantar los misterios santos de la religion, y la vida y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Si algun poeta era capaz en el siglo XVI de celebrar objeto tan grandioso, era ciertamente Gerónimo Vida, á pesar de su modestia que le hubiera hecho abstenerse de emprender y continuar tamaña obra, si no se lo hubieran espresamente mandado dos Soberanos Pontífices. Este libro, al mismo tiempo que agrada á la imaginacion y al oido por sus animadas descripciones y por la armonía de sus versos, tiene el mérito particular de inspirar una piedad sincera en el ánimo de los lectores. El autor, como observa juiciosamente William Roscoe, *evitó con particular cuidado la mezcla de las fábulas del paganismo con los misterios de la religion cristiana, no cuidándose mucho de adornos profanos, asegurando de este modo para sus poesías sagradas la aprobacion unánime de los doctos.*

La Cristiada es el floron mas ostentoso de la guirnalda que ciñe al poeta. Ariosto, al celebrar los grandes hombres de su pais, felicita á Cremona por ser madre del ilustre cantor, *manantial inestinguible de elocuencia*. Torcuato Tasso lo ha traducido casi literalmente, al describir la reunion de los espíritus ma

lignos en el libro 5.º de su inmortal Jerusalén, y en la arenga que pone en boca del Príncipe de la tinieblas. Milton lo imitó igualmente en la enérgica pintura que hace de su *Pandemonium*. Pope, en el elogio que consagró al Pontificado del Gran Leon, dice que dos hombres influyeron especialmente en realzar su brillo, el divino Rafael y el autor de la Cristiada. Hé aquí sus palabras, aunque destituidas del colorido poético que resalta en los versos ingleses. «Rafael pintó, y Vida escribió. ¡Vida inmor»tal! En tu frente coronada reverdece la yedra vividora del crí»tico con el inmarcesible lauro del poeta. Cremona se envane»cerá eternamente con la gloria de tu nombre; Cremona, tan »próxima á la ínclita Mántua por sus muros como por la cele»bridad de su nombre.» Otro poeta contemporáneo de Vida, uniendo asimismo el nombre de este con el del cantor de Eneas, decia:

Donec Mintiadem jactabit Mantua vatem,
Jactabit Vidam clara Cremona suum.

Lotichio, en el bello encomio que dirije á los alumnos de las Musas latinas, ensalza el talento de Vida y el asunto de su poema sagrado, elevando al poeta sobre los mismos autores de la antigüedad.

Materiâ priscos superavit et arte poetas
Vida canens fidei carmina plena sacræ.
Cæsaris est vate Maro, Vida sed esse Jehovæ
Et Christi vates maluit esse sui.

Stigel, hábil humanista alemán, como el anterior, á despecho de su injusta prevencion contra el catolicismo y la Santa Sede, manifestada en dísticos que rebosan hiel, celebra sin embargo el raudal poético de nuestro vate.

Vindicis historias et facta salubria Christi
Facundo celebris reddidit ore Vida.

Jorge Sabino, en su epístola á Duis Beccatelli de Bolonia, impresa en Leipzig en 1533, dice:

Quin et ubi dominam venies ad Tybridis urbem,
Præstantes habitant quâ tot in Urbe viri:
Ausonios vates mihi conciliabis amicos,
Carminis auctores carminis auctor amo.
Fronde triumphali redimitum tempora Vidam,
Quem tulit Eridani juncta Cremona vadis.

Nicolás Reussero decia:

Mantua Virgilio, Vidâque Cremona superbit;
Vates hic Christi, Cæsaris ille fuit.

A imitacion suya Jacobo Boissard se espresaba así:

Virgilio gaudent Thebanæ mœnia Mantus,
Ut vicina suo est læta Cremona Vidâ.

Auberto Le Mire, hablando de la Cristiada y de su autor, dice: *Summi ingenii vir, summæque doctrinæ, poetarum scholæ christianæ facile princeps, heroico spiritu Maronem feliciter æmulatus fuit: quod satis ipse testatum fecit illo insigni Christiados opere, nunquàm satis laudato.* El presidente Mr. de Thou, al llegar al siglo XVI de su apreciable historia, no puede menos de recordar el nombre del Cisne de Cremona, diciendo que fue el primero despues de Sannázaro, que procuró elevar la poesía á la sublimidad de la inspiracion religiosa. *Primus inter Italos post J. Sannazarium Poeticam ad res sacras transtulit, et versibus elegantissimis ac purissimis provinciam suam excoluit.* Sisto Senense celebra la sublime magestad de sus cantos. *Vitam, mortem, resurrectionem, aliaque Salvatoris nostri gesta, sublimitate carminis Virgiliani majestati proximâ felicissimè cecinit.* Pope Blount no vaciló en decir, que tanto por el sagrado asunto que escogió, como por la composicion y estilo, era superior á todos los vates de su siglo. *Tam materiâ, quam compositione et stilo, præferri debere cæteris omnibus scriptis, quæ à nostri sæculi melioribus poetis tradita sunt.*

El distinguido helenista Miguel Neander, despues de loar el poema, encomia las virtudes cristianas del vate. *Christias verò meretur summam laudem. Non enim nisi à viro pio atque etiam optimo illa proficisci potuere.* El adusto José Scalígero, desarrugando el ceño que de ordinario arrugaba su frente al examinar agenos libros, no duda asegurar que la Cristiada es obra del talento y de la piedad; apellidando á su autor poeta eminente y perfecto. *Qui de H. Vida aliter sentiet quàm de summo ac perfectissimo poeta, nugas aget.* Y en otra parte le llama «feliz en la invencion, ingenioso y oportuno en las comparaciones, cual ningun otro vate; »lleno de gracia y de nervio, de candor y de eficacia;» concluyendo por decir que «escribe y pinta, unas veces como Virgilio, »otras como Lucrecio.» Giglio Gregorio Giraldi afirma, que habiendo Vida tomado por guia al Cisne Mantuano, llega á imitarle con tal arte, que nada pueden perjudicarle sus Zoilos, por la gracia y propiedad con que sabe embellecer los poéticos conceptos que toma de otros.

No le es menos favorable el parecer del docto Gravina, tan fino crítico como juez imparcial en materias literarias. Hé aquí sus palabras. *Il quale tolse quanto era di augusto in terra, qual'è la latina e la consular favella, e la poetica grandiloquenza ed all'espresion l'esaltò di cuanto é più augusto nel cielo qual' é l'istoria di Christo e sua dottrina.* El gran Quintana, finalmente, despues de lamentar la indiferencia con que se miran ya las poesías latinas del siglo XVI, dice que la Cristiada *es uno de los monumentos poéticos mas insignes de aquella época floreciente.*

El vate da principio á su poema con la resurreccion de Lázaro, á la que sigue la entrada triunfal en Jerusalén, para presentar despues en admirable contraste la pasion y muerte del Redentor. Por boca de S. José, á quien supone vivo, y del discípulo amado, hace saber á Pilatos los hechos anteriores de Jesus. Segun la juiciosa observacion del Conde Folchino Schizzi, Director del Liceo de Milán, Vida ha sabido superar una dificultad casi invencible al desempeñar con tal destreza un argumento religioso, que por la naturaleza de los nombres hebreos y frases bíblicas de que tenia que valerse, no se acomodaba á la elegancia del estilo latino, que el vate se habia creado con la lectura de los clásicos.

Algunos fragmentos de la Cristiada harán patentes á los ojos de los lectores las bellezas del poema, mas que todos los elogios apasionados. Hé aquí su comienzo, ó sea la invocacion con que el poeta pide la asistencia del Espíritu Santo para cantar dignamente al Divino Verbo.

Qui mare, qui terras, qui cœlum numine comples,
Spiritus alme, tuo liceat mihi munere regem
Bis genitum canere, è superi qui sede parentis
Virginis intactæ gravidam descendit in alvum,
Mortalesque auras hausit puer; ut genus ultus
Humanum eriperet tenebris, et carcere iniquo
Morte suâ, manesque pios inferret Olympo.
Illum sponte hominum morientem ob crimina tellus
Ægra tulit: puduitque poli de vertice solem
Aspicere, et tenebris insuetis terruit orbem.
Fas mihi, te duce, mortali immortalia digno
Ore loqui, interdùmque oculos attollere cœlo,
Et lucem accipere ætheream, summique parentis
Consilia, atque necis tam diræ evolvere causas.

«O tú, que llenas con tu divinidad el cielo, la tierra y los mares, dígnate, sagrado Espíritu, escuchar los acentos mios, que

van á celebrar aquel Rey que dos veces engendrado descendió desde el trono del Señor á las castas entrañas de una Madre Virgen, respiró en la cuna las mortíferas auras de la humana existencia, y se sometió por fin á la muerte, para libertar la raza delincuente de Adan de los horrores y tinieblas del Infierno, y conducir las almas justas á las mansiones de la paz y la ventura. En el momento que espiró por las culpas de los hombres, la tierra tembló de dolor, el Sol ruborizado en él firmamento no pudo contemplar el Deicidio, y tinieblas espantadoras horrorizaron al mundo. Sea permitido, con tu asistencia, á un flaco mortal cantar en digno verso un objeto divino, elevar los ojos hácia el cielo, recibir inspiraciones y luces, y descubrir los justos designios del Eterno, y las causas de una tragedia tan sangrienta y lastimosa.»

Descripcion de la frontera de Egipto, y alegría que manifiesta la naturaleza al llegar la Sagrada Familia á las riberas del Nilo.

Cedimus, et taciti malefidam linquimus urbem
Per noctem, ac propero petimus nemora avia gressu.
Et jam palmosæ saltus, atque ardua Idumes
Prætervectus eram; veteris jam mœnia Elusæ:
Quàque Asiam Libycis disjungit finibus omnem
Mapsa ferax oleæ: ingredior pluviæ inscia regna,
Regna Phari, quibus est cœli vis cognita primùm,
Astraque, Lunaique globus, Solisque meatus.
Ignotos passim montes, ignota saluto
Flumina, turrigerasque legens prætervehor urbes,
Jàmque papyriferi ripes Anthedonis ibam.
Auræ omnes torrent pavidos, capitique timentes
Tam caro: at puero blandiri murmure silvæ
Lauricomæ, et ramis capita accubare reflexis,
Aurarumque leves animæ indulgere susurro.
Ipsæ etiam nobis cautes, ipsique videntur
Verticibus leviter motis alludere montes,
Signaquæ lætitiæ dare stagna loquacia circum.
Audires blandum fessas erroribus undas
Perstrepere, et molli lapsu per saxa sonare,
Humida saxa super nitido viridantia musco.
Præcipuè ripis volucres, et fluminis alveo
Assuetæ liquidis mulcebant vocibus auras;
Et jactu alarum resonabant corpora plausa.
Sese etiam omnifero gremio venientibus offert
Læta Dei aspectu tellus: flant gramina odorem
Cuncta suum, et mollem prætexit amaracus umbram

Nec verò incerta latebrosus origine Nilus,
Non manifesta dedit salienti flumine signa
Adventante Deo; lætis se sustulit undis
Stagna arcana ciens, fundoque apparuit imo.

«Emprendemos la marcha, y saliendo con silenciosa cautela »de aquella ciudad temible, nos dirigimos á desviados bosques »en las tinieblas de la noche. Ya habíamos llegado á las palme- »ras que cubren las alturas de Idumea, á las murallas de la an- »tigua Eleusis, y á Mapsa, fértil en olivos, que separa el Asia de »los confines de la Libia. Mis plantas, en fin, huellan el Egipto, »jamás fecundado por la lluvia; region que conoció la primera »la influencia del cielo, el nombre de las estrellas, el curso de »la Luna y la marcha del astro del dia. Saludo montañas desco- »nocidas, saludo ignorados rios, y ciudades coronadas de altas »torres desaparecen ante mis ojos. Ya me aproximo á las riberas »del Anthedon, que sombrea el papyro. Las auras me sobresal- »tan con su aliento, y el mas ligero rumor me intimida y aco- »barda por la preciosa existencia confiada á mi custodia. Mas »para distraer y alegrar al santo Niño, un apacible murmullo »resuena en la espesura de la selva, los laureles inclinan su »pomposa cabellera, el susurro de los céfiros se deja oir en agra- »dable melodía, las rocas y las altas montañas parece que le »aplauden inclinando la cabeza, y las fuentes del contorno acom- »pañan con acentos de alegría. Oyense los rios al murmurar y »deslizarse con planta perezosa entre las peñas de su margen, »siempre cubiertas de verde musgo. Las aves que se bañan en »sus aguas, ó revuelan por sus vegas deliciosas, sueltan la voz »de sus harpadas lenguas, y agitan suavemente sus alas por la »region de los vientos. Sonrie de júbilo la tierra en presencia de »su Dios, y ofrece á los viajeros los tesoros de su seno. Las plan- »tas exhalan sus delicados perfumes, y la grata mejorana nos »convida con su sombra deliciosa. El Nilo, cuyo origen jamás »descubrieron los ojos de los hombres, reconoce á su Señor con »trasportes de alegría, se agita en su lecho misterioso, levanta »hácia el cielo sus bulliciosas corientes, y muestra á nuestros »ojos atónitos el fondo de sus abismos.»

El principio del 4.º libro presenta á San Juan Evangelista esplicando la Encarnacion inefable del Divino Verbo. Hé aquí los versos que sirven de introduccion al sublime y nunca oido lenguaje del Discípulo amado.

Hic juvenis, facié quo tùm non gratior alter,
Puberibusque annis erat ingrediente juventa,

Multa priùs veniam præfatus, multa recusans,
Verba diu premit; inde animo mortalia linquens,
Paullatim, oblitusque hominem, penetralia Divûm
Mente subit, cœlum peragrans, fruiturque beato
Cœlituum aspectu, omnipotentique ætheris aura,
Admissus superam depasci lumine lucem;
Inque Deo tota defixus mente moratur.
Qualis, ubi alta petens terris aufertur ab imis,
Alituum regina, vagas spatiata per auras
Dat plausum gyro, atque in nubila conditur alis,
Æthereâ jamque illa plagâ levis instat, et acrem
Intendens aciem, criniti lumina solis
Suspicit, obtutuque oculos fixa hæret acuto.
Illum adeò tacitum interea mirantur, in unum
Versi omnes velut exanimum, somnoque gravatum;
Et crebri excutiunt: demùm sibi redditus ipse
Cum gemitu ex imo sic fare pectore cœpit, etc.

Esta bellísima comparacion del águila fue imitada, ó por mejor decir, amplificada por Melendez Valdés en su oda 1.ª *á la gloria de las artes*. Como los versos del dulcísimo Batilo son al presente menos leidos de lo que debieran por los que cultivan la poesía en España, no es inoportuno ofrecer esta muestra á los ojos de los lectores.

Cual el ave de Jove, que saliendo
Inesperta del nido en la vacía
Region desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia,
Y ora vaga atrevida, ora medrosa,
Ora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta,
Tronar siente á sus pies la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura:
Entonce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late,
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido;
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento,
Y en su heróico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se para

La baja tierra, y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves.

Al fin del libro 5.° se lee la siguiente animada pintura del trastorno de la naturaleza, y de la consternacion de los moradores de Jerusalén en la muerte de Jesus.

Jamque ferè medium cursu trajecerat orbem,
Quùm subito ecce polo tenebris caput occulit ortis
Sol pallens; mediaque die (¡trepidabile visu!)
Omnibus incubuit nox orta nigerrima terris,
Et clausus latuit densis in nubibus æther,
Prospectum eripiens oculis mortalibus omnem.
Hic credam, nisi cœlo absint gemitusque, dolorque,
Æternum Genitorem alto ingemuisse dolore,
Sidereosque oculos terrâ avertisse nefandâ.
Signa quidem dedit, et luctum testatus ab alto est.
Emicuere ignes; diffulsit conscius æther;
Concussuque tonat vasto domus ardua Olympi,
Et cæca immensum percurrunt murmura cœlum.
Dissiluisse putes divulsi mœnia mundi.
Sub pedibus mugit tellus: sola vasta moventur.
Tecta labant; nutant succussæ vertice turres.
Obstupuere humiles subitâ formidine gentes,
Et positæ extremis terrarum partibus urbes.
Causa latet; cunctis magnum, ac mirabile visu:
Et populi æternas mundo timuere tenebras
Attoniti, dùm stare vident caligine cœlum.
Ipsam autem propior Solymorum perculit urbem,
Ac trepidas stravit mentes pavor; undique clamor
Tollitur in cœlum: sceleris mens conscia cuique est.
Templa adeunt subitò castæ longo ordine matres.
Incedunt mixti pueri, intactæque puellæ,
Perque aras pacem exquirunt, quas thure vaporant
Suppliciter, sacrisque adolent altaria donis.
Ecce aliud cœlo signum præsentius alto
Dat Pater altitonans, et templum sævit in ipsum.
Velum latum, ingens, quod vulgi lumina sacris
Arcet inaccessis, in partes finditur ambas,
Et templi ruptæ crepuere immane columnæ.
Jàmque Deus rumpens cum voce novissima verba
Ingenti, horrendumque sonans: «En cuncta peracta,
»Hanc insontem animam tecum, Pater, accipe,» dixit;
Supremamque auram, ponens caput, expiravit.

«Ya el sol habia llegado á la mitad de su carrera, cuando de »repente palidece, y se oculta en el seno de las sombras que »cubren el firmamento. Al medio dia, ¡espectáculo horrible! el »manto de la noche, de la mas sombría de las noches, enlutece »la tierra; el éter desaparece bajo un velo espeso de nubes, que »ocultan los objetos á los ojos de los mortales. Si en el cielo pu- »dieran oirse lamentos ó reinar el infortunio, podria decirse que »habia exhalado un gemido la boca del Eterno, oprimido por la »tristeza; y que habia desviado sus ojos de la tierra Deicida; »aquellos ojos que eclipsan á los astros. Con lúgubres signos el »cielo atestigua su dolor. Los relámpagos brillan, la bóveda ce- »leste es una hoguera inestinguible, retumba el trueno y estre- »mece los alcázares del cielo, y llena aquel bronco rimbombe sus »concavidades inmensas. Parece que se desquicia el mundo, »y vacilan y se hunden sus seculares cimientos. Bajo la planta »del hombre gime la tierra, el pavimento se conmueve, los edi- »ficios oscilan, y bambolean las torres de elevados capiteles. Las »naciones consternadas enmudecen de espanto, que se prolonga »y estiende desde Jerusalén hasta los últimos confines del uni- »verso. Nadie conoce la causa, todos, empero, tiemblan por tan »terribles prodigios. Velado el cielo con fúnebre sudario, cons- »terna á los míseros mortales, que creen llegado el imperio de »las tinieblas eternas. Un terror mas inminente, dominando á la »ciudad de David, atemoriza mas de cerca á sus habitantes in- »felices. Todos tiemblan; un clamor universal se levanta al fir- »mamento; no hay conciencia que no se crea delincuente. Las »madres piadosas corren en tropel hácia el Santuario; inocentes »niños y castas vírgenes se agrupan en torno de ellas. Todos »imploran la piedad del Altísimo, y prosternados y suplicantes »cubren el altar de aromas y religiosas ofrendas. Desde la altu- »ra de su trono hace brillar el Omnipotente un prodigio mas »aterrador todavía. Contra el templo mismo despliega el Señor »sus iras vengadoras. Instantáneamente se desgarra el sagrado »velo que ocultaba á los ojos profanos los misterios del Santua- »rio. Las columnas de Salomon bambolean y se desploman con »estruendo. El Redentor del mundo pronuncia con dolorida voz »estas palabras, las postrimeras de su boca moribunda: *Todo »está consumado. En tus manos, ó Padre, encomiendo mi espíritu.* »Dice, inclina la cabeza, da un suspiro, y deja de existir.»

Difícil es dibujar un cuadro mas patético y tierno que el siguiente, en que aparece María Santísima al pie de la Cruz acompañada de otras piadosas mujeres.

Ecce autem latè reboant plangore propinqui
Fœmineo montes: responsant flebile saltus:

Omnia flere putes sola lamentabile letum.
Ipsa sedet vivo Genitrix mœstissima saxo,
Ægro corde, comis passis, totoque cruentum,
Heu! natum complexa sinu, miserabile corpus.
Atque oculos fovet ore, patensque in pectore vulnus.
Nec jam ullus gemitus, nec jam ullos amplius edit
Singultus; magno sed enim exanimata dolore,
Frigida, muta silet, gelidoque simillima saxo.
Circumstant aliæ tunsæ omnes pectora palmis:
Pars calidis corpusque lavant, et vulnera lymphis:
Textilibus membra involvunt pars squalida donis.
Hæc siccat fuso rorantia genua capillo
Vulneribus super accumbens, hærensque cruentis:
Oscula dat manibus, pedibusque rigentibus illa.
Indulgent omnes lacrymis, tristique ululatu
Cuncta replent.

«Los vecinos montes entretanto retumban con los tristes »alaridos de mugeres desoladas. El eco de los bosques repite sus »lamentos. Todo el orbe parece deplorar tan dolorosa desgracia. »María, con la triste huella del dolor en la frente, el corazon des- »pedazado y los cabellos esparcidos, apoyada sobre dura peña, »estrecha, ¡ó Dios! en su regazo el sangriento cuerpo del Hijo »que ha perdido, y besa con su boca maternal, ya los ojos, ya »tambien la herida del costado de Jesus. Ni gime, ni solloza; casi »exánime, el esceso del dolor embotó su sentidos y ahogó la »voz de su garganta. En aquel silencio de muerte parece la es- »tatua de un sepulcro. Sus compañeras, empero, la asisten com- »pasivas; sus compañeras, que se golpean el pecho con sus ma- »nos. Esta baña con agua tibia el cuerpo y las heridas de Jesus; »aquella envuelve sus desfigurados miembros en fúnebres cen- »dales; otra, contemplando inmóvil sus heridas, que brotan san- »gre todavía, enjuga con sus destrenzados cabellos sus lasti- »madas rodillas, ó imprime besos de ternura en sus yertos pies »ó sus heladas manos. Todas lloran, ensordeciendo la esfera con »sus voces de dolor.»

En la última aparicion de Jesus al Colegio Apostólico des- pues de su resurreccion, da el Salvador sus postreras instruc- ciones á los Apóstoles, y dirigiéndose á Pedro en particular, le nombra Gefe y Cabeza de su Santa Iglesia. El poeta concluye su interesante narracion con estas dos oportunas y preciosas comparaciones.

Talia mandabat terras, hominesque relinquens.
Sic natis moriturus oves, et ovilia pastor

Commendans caris, furta, insidiasque luporum
Edocet, et pecori contraria pascua monstrat.
Sic sociis ævo jam fessus nauta biremem
Credit, inexpertosque docet varias maris oras,
Et brevia, et syrtes, et navifragas Sirenas.

«Tales fueron las órdenes de Jesus al despedirse de los hom»bres, y al dejar la tierra. Así el pastor moribundo, al entregar »á sus amados hijos el aprisco y los ganados, les manifiesta la »astucia y la rapacidad de los lobos, y los pastos que son noci»vos á la salud del rebaño. Así el piloto, al confiar en su ancia»nidad el gobernalle á las inespertas manos de sus compañeros, »les descubre las playas peligrosas, los bancos de arena mas te»mibles, ó los escollos de infausto nombre por sus repetidos »naufragios.»

Sonó tan alto el renombre del autor, no bien apareció su poema religioso en la república literaria, que este comenzó á darse de testo en las clases públicas de literatura en algunas ciudades de Italia, sustituyéndolo á los escritores del siglo de Augusto. Así se verificaba en los colegios de Bolonia por orden espresa de Clemente VII. Lo mismo sucedia en la universidad de Pavía, donde el Canónigo Bartolomé Botta no se contentó con traducirlo y esplicarlo, sino que publicó un erudito comentario para el aprovechamiento de sus alumnos. Pocos poetas han disfrutado en vida de tan grata satisfaccion. Ninguna obra de aquel tiempo se ha traducido tantas veces.

La primera lengua que la dió á conocer fuera de Italia, viviendo todavía su autor, fué el habla de Castilla. El compatriota y digno discípulo de Luis Vives, Juan Martin Cordero, clérigo tan instruido como virtuoso, que se dió á conocer por sus versiones de Séneca, Eutropio y Flavio Josefo, y que merece un recuerdo de veneracion por el favor y confianza que debió al santo Arzobispo de Valencia Juan de Rivera, siendo párroco aquel de la iglesia de Santa Catalina Mártir de dicha ciudad, tradujo en castellano la Cristiada, publicándola en 1554 en Amberes, donde residia á la sazon. En el libro 5.° introduce un episodio de invencion propia, que es tal vez la mejor página de su tarea literaria. Presenta al humano linaje en figura de anciano agobiado por los años y las dolencias, cubierto de luto, vertiendo lágrimas de amargura, que corren hilo á hilo por sus largas y nevadas barbas, y con la afrentosa marca del pecado en la frente, arada por el dolor y el infortunio. Prosternado á los pies del Eterno implora el perdon de su culpa, y lo consigue de la divina clemencia. Se consuma el sacrificio, el Salvador muere

en el ara de la Cruz, y la raza de Adan se reconcilia con su Dios.

He aquí el principio de este ingenioso cuadro, que hermosea y realza la gloria del traductor español.

Estando ya á salir aparejados,
Vieron venir alzado por los vientos
Y por sobre las nubes un viejo hombre,
Llorando con gemidos hasta el cielo.
La barba le llegaba á la cintura,
Los cabellos muy largos, todos canos,
Venia vestido de una ropa negra,
Que hasta los pies llegaba, y en su frente
Traia aquel pecado, aquella deuda
Que cometido habia en otro tiempo:
La culpa por la cual con tal trabajo
El Hijo de Dios alto padecia.

Al márgen de este episodio pone Cordero la siguiente nota: *Visum est nobis id addere. Arbitrati enim sumus, non futurum lectori extraneum à pia et eleganti poetæ fictione.* Hablando de la soledad y dolores de María al pie de la Cruz, dice así:

La Madre quiso hablar con gran tristeza,
Fuéle vuelta la voz, que habia perdido
Con el dolor y pena que sentia.
Gimió delante todos, y lavando
Con lágrimas y llantos aquel Leño,
Abrazando la Cruz amargamente,
Comenzó de quejarse de esta suerte:
«¡O lumbre de mis ojos, ó Hijo amado!
»¡O Espejo de mi alma dolorida!
»¿Cómo te muestras tal á esta tu Madre;
»Qué figura y qué cara es esa tuya?
Hermoso mas que cuantas cosas fueron
¿A tal muerte quisiste sujetarte?
¡De qué suerte te veo, Hijo amado!
¿No es esta aquella cara tan serena
Que me solias mostrar mas agradable
Que la luz de este mundo reluciente?
¿Son estos los tus ojos? ¿Quién ha osado
De tal modo tratarte ó darte muerte?
¡Cuán mudado estás, ó Hijo, en este punto
De aquel á quien las gentes y mochachos,

Las madres y doncellas con cantares,
Con alegría y fiesta recibian,
Tratando como á Rey del universo,
La ciudad y las calles populosas
Llenar de ramos verdes y de flores
Esparcidas por tierra, confesando
Todos con una voz hasta los cielos
Por Dios eterno á ti, por Rey del mundo!

La naturaleza acompaña enternecida el dolor de la Santísima Virgen, y el poeta espresa así aquel sentimiento:

Los montes y los rios muy de lejos
Vieron aquel dolor y pena tanta
Que la Madre sentia, y resonaron,
Moviendo á compasion á cuantos eran.
Las selvas tambien todas muy atentas,
Al dolor paresció que respondian.
Los cedros, que allá estaban en la cumbre
Del monte, se mostraron con sus llantos
Por el dolor tan grande de la Madre.

La traduccion está dedicada á la Reina María de Inglaterra, esposa de Felipe II. El Censor eclesiástico que revisó la obra fue Felipe de Almaraz, Canónigo de Santa María de Antuerpia, el cual concluyó su censura por estas palabras: *Omnia devotionis et pietatis plena esse*. El traductor, á imitacion de Gerónimo Vida, da fin á su libro con la siguiente protestacion religiosa. «Si alguna cosa se hallare que repugne, ó á los sagrados Evangelios, ó á los dichos y constituciones de los Santos Padres, columnas de la Iglesia de Jesucristo, quiero que sea tenida por no dicha, y por no hecha ni escripta.» En elogio del vate del Turia se escribieron entonces algunos versos, y entre otros los siguientes de Gerardo de Doni.

¿Quién en estilo griego ó en romano
Cantó al manso Cordero de tal suerte,
Que su vida esplicase y la su muerte
Mejor que en español el valenciano?
Cordero habia de ser quien ilustrase
El nombre de Valencia muy honroso,
Y corona de todos alcanzase.

Miguel Ruiz lo encomió de este modo.

Hendecasyllabum.

Audi quid referes ab hoc libello,
Lector: quæ cecinit Vida poeta
Divinus, gravis, æmulus Pelasgæ
Romanæque tubæ metris latinis,
De vita Domini per universum,
De Christi nece, de Crucis triumpho,
Hæc dignissima quoque Christiano,
Hispanæ celebris Poeta noster
Corderus benè transtulit sonoris
Mellitisque modis, et ut decebat
Hispanum, voluit tribus Poetis,
Non certare duobus ipse tantum.

Despues de esta version castellana se publicó otra italiana en Cremona, hecha por Alejandro Lamo, natural de aquella ciudad. El P. Niceron hace mencion de ella.

Dado á conocer en Inglaterra el nombre de Gerónimo Vida por uno de sus mejores poetas, como se dijo antes, no podia la rica literatura de aquel pueblo carecer por mucho tiempo de la *Cristiada*, ataviada con el ropage y severos adornos de la grave Albion. No tardó efectivamente Eduardo Granam en publicar su traduccion en verso, la cual hace recordar con frecuencia la energía y animacion del original. La dió á luz en 1771. Pocos traductores se han penetrado mas felizmente del espíritu del autor que trasladan á otra lengua, ó *le han bebido mejor los alientos*, como dice el P. Boggiero, para no desvirtuar la elevacion de las ideas y el vigor y grandilocuencia de la espresion. Puso tambien especial cuidado en conservar la armonía imitativa de los versos latinos, que parece característica de las poesías del Obispo de Alba. En fin, Granam supo colocarse entre los buenos escritores de su pais con la version de la *Cristiada*, que acojieron favorablemente todas las clases de la sociedad inglesa.

Mas recientemente, es decir, en 1811, la tradujo en hexámetros alemanes, verso por verso y palabra por palabra, el ministro reformado Müller, rivalizando noblemente con su compatriota el Conde de Voss, que tan célebre se ha hecho en Europa, traduciendo en igual forma las obras de Hesiodo, Homero, Virgilio, Horacio y el libro de las Transformaciones de Ovidio, á cuya traduccion llama *parto el mas asombroso de los ingenios modernos* el difunto Mor de Fuentes, no muy inclinado en verdad á tributar tales elogios á escritores contemporáneos. A pesar de tamaña dificultad (imposible de vencer en otros idiomas) la

version de Müller pasa por una de las mas exactas de cuantas se han publicado del poema de Vida, *pudiéndose dudar*, dice Souquet de La-Tour, *á quién debe darse la preferencia, cuando se compara el traductor con el poeta original.*

Antes que el protestante aleman, la habia vertido en octava rima al toscano el presbítero Ercolani, Canónigo de Mazerata, dedicando su obra al Pontífice Pio VI. A esta traduccion, mas parafrástica que literal, y por tanto muy inferior á las anteriores, aunque su versificacion tiene generalmente facilidad y elegancia, precede una bella disertacion, en la que prueba su autor que á la *Cristiada* no le falta ninguna de las altas cualidades que deben adornar al poema épico.

Sensible es que no pudiese concluir la traduccion en metro francés que comenzó Pedro Bernay, á juzgar por los fragmentos que se publicaron despues de su muerte. Mas feliz que aquel estimable profesor el digno Párroco de Santo Tomás de Aquino de Paris, Mr. Souquet de La-Tour, publicó la suya en prosa en 1826, que fue recibida con mucho aplauso, no solo por ser una copia acabada del original, sino principalmente por las interesantes noticias que da del autor y de sus obras en el discurso preliminar, noticias que en vano se buscarian en otro libro. He procurado dar á conocer las mas importantes á mis lectores, debiendo manifestar mi sincera gratitud al erudito sacerdote francés, que logró reunirlas á costa de un ímprobo trabajo, solo comparable á su modestia, que no le permitió manifestar su nombre al frente de tan apreciable publicacion.

La Cristiada de Vida ha tenido tambien sus imitadores. El P. Ceva, en su poema sagrado sobre la *infancia de Jesus*, que han recordado con elogio nuestro Luzan y el suizo Bodmer, autor de algunas poesías religiosas, se propuso por modelo al Obispo de Alba, como él mismo asegura; mas aunque la obra del estudioso jesuita mereció ser traducida al alemán y al toscano, quedó muy inferior al original, como sucede casi siempre con las imitaciones y copias. Lo mismo puede decirse de la *Cristiada* de Rosseo, publicada en Londres en 1638 y reimpresa en Berlin en 1764, produccion tan ingeniosa como original, por ser una compilacion de versos casi literales de Virgilio, aplicados muy oportunamente al asunto sagrado que se propuso el poeta escocés.

Otros dos poemas castellanos con el mismo título, citados por el docto Gayangos en sus eruditas notas á la Historia literaria de Ticknor, se publicaron en España: el primero es de Juan de Quirós, Cura de Sevilla, que imprimió su obra en Toledo en 1552. Esta es la primera octava.

Canta con canto triste y doloroso,
O Musa, de dolor enternecida,
La pasion cruda y trance presuroso,
La muerte acerba nunca merecida
De Cristo, Dios y hombre glorïoso,
Que morir quiso para darnos vida,
Llevando en hombros flacos y cansados
La grave carga de los mis pecados.

La otra Cristiada, muy inferior á la que precede, tiene por autor á Juan Francisco de Enciso. Se imprimió en Cádiz en 1694.

Mas si estos escritores no pueden compararse con Vida, otro vate español ha sabido colocarse á su altura. La Cristiada del P. Hojeda, aunque imita alguna que otra vez la obra del hijo de Cremona, ofrece, sin embargo, tal encanto y novedad generalmente, y sobre todo está escrita con tal espíritu de fe y devocion, con tanta sencillez bíblica, digámoslo así, que á pesar de sus defectos se lee con igual interés que la Cristiada latina. Hé aquí el juicioso paralelo que en la *Musa épica* hace Quintana de los dos poetas. «Vida es mas grande humanista, y sobresale por »la regularidad de su plan, por la facilidad con que escribe »poéticamente en una lengua ya muerta, y por su contínua »elegancia. Hojeda no puede competir con él en estas dotes de »ejecucion, pero le vence en uncion religiosa, en calor y en »grandeza de ideas, cuando se sabe elevar su espíritu á la altura »de su asunto. Vida, escribiendo para la Corte de Leon X, com»puesta de príncipes eruditos, de insignes literatos y de escri»tores elegantes, no podia poner nada bajo, nada pueril, que »hubiera ofendido sobremanera á los oidos de hombres tan de»licados. Todos se esmeraban en resucitar en la Italia moderna »el lenguaje y las Musas del Lacio antiguo; y así el mérito »principal de aquel escritor tenia que consistir, como realmente »consiste, en aplicar las formas poéticas del lenguaje latino al »asunto religioso de que se habia encargado. Esto lo desempeñó »con maravillosa destreza, y Virgilio no ha tenido quizá entre »los modernos mejor discípulo ni mas diligente imitador. Ho»jeda, en la soledad de un claustro, no proponiéndose por lecto»res mas que teólogos y almas devotas y religiosas, no debia »atender tanto á estas conveniencias de gusto mundano y lite»rario, que él por ventura ignoraba. Es verdad que no alcanza á »la elegancia sostenida, al decoro, y al gusto esquisito con que »está ejecutada la Cristiada latina; pero la suya tiene mas mag»nificencia, pasajes de mayor elevacion, y un calor de entusias-

»mo ascético mas propio del asunto, á pesar de sus desigualda-»des, que toda la cultura de Vida.»

Algunos críticos le han censurado, no sin razon, varios pasages de su poema, como, por ejemplo, la comparacion entre Ntro. Señor Jesucristo y el caudaloso Pó, aumentado con las corrientes de todos los rios de Lombardía; la escesiva estension de los discursos de San José y de San Juan Evangelista, cuando dan cuenta á Pilatos del nacimiento y vida del divino Salvador hasta el momento de su prision en el huerto de las Olivas; y las frases mitológicas, en fin, con que hace la pintura del infierno.

Además de las versiones de la Cristiada mencionadas anteriormente, la tradujo asimismo en versos italianos Camilo de Bernardis, natural de Cremona. Esta traduccion, que nunca se ha impreso, se conserva autógrafa en la Biblioteca pública de Ravena.

Aunque menos digno de atencion por su objeto que la *Cristiada*, el poema sobre *el juego del Ajedrez* ha merecido no obstante en todos tiempos ser leido y estudiado por los hombres de letras. Generalmente le dan el segundo lugar en cuanto al mérito poético, despues del ya mencionado del *Gusano de la seda*. Tal vez en ninguna de sus obras manifestó mas talento el autor. Solo vates como Gerónimo Vida pueden instruir y deleitar á sus lectores con asuntos tan frívolos y prosaicos en la apariencia.

Esta produccion, que Lascaris, legado régio, presentó á Leon X, fue la que dió á conocer al poeta, y por tanto la base de su futura elevacion en la sociedad. Los personages del poema son las deidades de la Mitología; por lo cual su lectura nos interesa mucho menos al presente que en el siglo en que se escribió, en el cual (forzoso es decirlo) los literatos *paganizaban* mas de lo que convenia á la verdadera civilizacion y aun á la religion misma.

Su argumento es el siguiente. Entre los juegos con que se celebraron las bodas del Océano y *la Tierra*, fue el principal, segun la ficcion del poeta, una partida de ajedrez, en la cual desplegaron toda su destreza Apolo y Mercurio. No deja de ser muy estraña la equivocacion que en esta ocasion padece un hombre tan erudito como Gerónimo Vida. Segun dice espresamente Hesiodo, el Océano casó, no con la Tierra, como dice nuestro vate, sino con el Cielo, de cuyo enlace nació la Tierra. El padre de los dioses, como juez imparcial, clava su penetrante vista en el tablero con la misma atencion que si fuera un campo de batalla, en que se disputase con empeño la victoria. Sirven de espectadores los númenes del Olimpo, á quienes ordena Júpiter que no

hagan la menor indicacion durante la partida. Todos en un principio obedecen y manifiestan la mas estricta neutralidad, hasta que por la indiscrecion y desobediencia de Venus, á la cual apoya Marte su amigo, toman parte unos y otros, como sucede ordinariamente en el juego, dividiéndose los pareceres. Se acaloran los ánimos, y aunque restablecida momentáneamente la calma, vuelve al punto á asomar la discordia, y el juego se convierte en un verdadero combate, que describe Vida con el fuego con que Homero pinta las encarnizadas lides de Troya. El resultado es que Mercurio con sus piezas ó soldados *negros* vence á su contrario, y por consiguiente el dios de la poesía se retira en derrota con los *blancos*, así como en el mundo las malas pasiones suelen triunfar del mérito y de la virtud. Las imágenes mas ingeniosas y bellas, y unos versos siempre fluidos, correctos y llenos de intencion, amenizan un asunto árido y desabrido de suyo.

Wbarton, célebre crítico inglés, citado por Michaud, hace un grande elogio de la claridad y elegancia de este poema, que fué comentado por Lucas Wielio. Ha sido traducido en Italiano varias veces. La primera version es de Nicolás Mutoni, que la imprimió en Roma en 1544. La de Cosme Grazzini se publicó en Florencia en 1605. Otra anónima salió á luz en Faenza en 1616. Segun el P. Niceron, esta se atribuyó á Sebastian Martini, abogado de la misma ciudad. En el siglo anterior la tradujeron tambien en italiano nuestro historiador Masdeu, y el célebre poeta Pindemonte. La lengua francesa cuenta tres versiones. La mas antigua es la del canónigo de Nuestra Señora de Doms, Mr. Vasquin Philieul, de Carpentras, que la publicó en París en 1559. La de Mr. Desmasures y la de Levéc, se han impreso en nuestros dias.

Klotz opinaba que para ser este poema tan célebre como merecia, solo le faltaba haber sido escrito por alguno de los vates de la antigüedad. *Ut paucis sententiam meam de hoc carmine dicam, nihil illi deesse puto ad summam omnium laudem colligendam, præter antiqui auctoris nomen.*

Camilo de Sitonis lo tradujo tambien en verso italiano, así como igualmente el poema sobre el gusano de seda. Arisi vió en Milan estos dos manuscritos. Para muestra del calor y movimiento poético que animaban al vate cuando lo exigia el caso, léanse los siguientes versos.

Incaluere animi parte ex utraque, et in armis
Concurrunt densi; simul omnis copia gentis
Albæque, piceæque, duces, ambæque phalanges.

Confusæque acies magno certamine totis
Densantur campis; virtus, fortunaque in unum
Conveniunt. Hi nunc victores agmina versa
Æquore agunt toto, versis referuntur habenis
Nunc iidem, variantque vices, et fluctuat omnis
Area bellorum. Vasti velut æquoris undæ
Si quando inter se recluso carcere sæva
Bella cient animosi Euri, vertuntque profundum
Jonio in magno, aut undisono Atlanteo,
Alternos volvunt procurva ad littora fluctus.

En 1539 publicó Julio Ascanio un poema lírico titulado *Duellum Scaccohorum*, que al punto quedó olvidado y oscurecido por el poema de Vida al mismo asunto.

En Zaragoza acaba de salir á luz un curioso tratado sobre el ajedrez, escrito por D. Gerónimo Borao, al que acompaña una elegante version que del canto de nuestro vate ha hecho el joven D. Angel Gallifa, digno discípulo de aquel aventajado profesor de literatura latina. Hé aquí algunas de sus octavas.

16.

No de otra suerte el campo aparecia
En filas de ordenados campeones,
Ni prestaba otra vista y armonía
El color de la tropa y sus pendones,
Que cuando el fuerte Galo combatia
Con sus blancas enseñas y legiones
A los pueblos de Mémnon, y la Aurora,
Cuya faz el ardiente sol colora.

26.

Con mas cautela los potentes reyes,
Que de sus pueblos son alta esperanza,
Caminan al combate entre sus greyes,
Guardados con indómita pujanza.
Su vida defender mandan las leyes,
Pues vence con su muerte la balanza,
Y con gloria la gente enardecida,
Por escudo del Rey pone su vida.

32.

Alados de Mercurio todavía
No eran los leves pies, ni en su carrera
El esplendente carro relucia

Del rubio Apolo en la azulada esfera.
Solo de éste en los hombros se veia
La aljaba y la dorada cabellera,
Y así á los dos el Padre Omnipotente
Les dió la direccion de aquella gente.

58.

Arrójase al contrario en raudo vuelo
Dispuesto á perecer con gloria tanta,
Y aunque ve que su vida pide el cielo,
El peligro cercano no le espanta.
Corre á morir, llevando por consuelo
Que ofrece por sus Reyes su garganta,
Y así valiente, sin temor bastardo,
Suelta la cuerda, que despide el dardo.

La Poética, sin ser la obra mas notable del autor, ha sido siempre mirada con especial cariño y predileccion por los alumnos de las Musas. Julio César Scalígero la prefiere á la Epístola á los Pisones, *est enim præclarum Poema*, dice, *tanto majore laude* (Vida) *quàm Horatius dignus est, quantò artificiosiùs de arte agit hic quam ille*. Gerardo Juan Vossio y Miguel Neander dicen lo mismo casi con idénticas palabras. Luis Vives se espresa de este modo en su tratado *de causis corruptæ artis. Vida nostræ ætatis scripsit carmen, excultum sanè et mirè Virgilianum, de Poetica, in quo satis habuit Homeri ac Virgilii virtutis percensuisse ac declarasse, easque pro absolutis artis præceptionibus tradidisse.*

El entusiasta Klotz osa decir, que si resucitaran los vates de Mantua y de Venosa, ellos mismos se conceptuarian incapaces de escribir una obra mas perfecta. *Equidem nec Horatium, nec Virgilium, si ex inferis redire, atque hos versus cognoscere possent, meliùs se de hoc argumento scribere potuisse, dicturos esse arbitror.*

El severo legislador del Parnaso francés la imitó en mas de una ocasion. Marmontel encomia la importancia de sus preceptos, y el gusto y precision con que está escrita. Batteux la coloca al lado de las de Aristóteles, Horacio y Boileau. El Padre Oudin la ilustró con algunas notas latinas, que acreditan el buen criterio del docto jesuita. Antes de imprimirse ya servia de código en Cremona para instruir á la juventud. En vida del autor la esplicaba á sus alumnos en la Universidad de Erfurth Eobano de Hesse, célebre profesor alemán, que escribió poesías latinas muy apreciables. Lo mismo hacia en la Universidad de Milán José Parini, uno de los mas distinguidos poetas que han

honrado á Italia en el siglo XVIII. Los ingleses la han adoptado como una obra clásica para uso de sus colegios, y además tienen dos versiones, la de Pitt, y la de Hamsom, acompañada de curiosas notas. La lengua francesa cuenta tres traducciones, con las que han enriquecido su literatura los laboriosos escritores Barrau, Bernay y Batteux. «Es un libro (dice este último) »trabajado con tanto método y juicio como elegancia y gusto. »Su plan está calcado sobre el de las Instituciones de Quintilia»no. Vida toma al alumno de la poesía desde la cuna, y le lleva »de la mano por los amenos bosques del Pindo, mostrándole »todas las fuentes frecuentadas por las Musas. Su obra es un »precioso ramillete de flores. Si Aristóteles y Horacio procuran »dirigir el génio, en cuanto él puede serlo, Vida se esfuerza por »despertar el gusto poético de los jóvenes, y para formarlo, »ofrece á su vista las bellezas de los grandes modelos que flore»cieron en la antigüedad.»

El cantor de Cremona, añade Mr. Bernay, *nos ha dado una Poética llena de admirables instrucciones, en las que, por una feliz combinacion, andan siempre juntos el precepto y el ejemplo.*

Mr. Valant hizo una bella imitacion en verso de esta obra, con el título de *Educacion del Poeta*. Se publicó en París en 1814. «Al leer el poema didáctico del Obispo de Alba (dice aquel es»critor) admiramos, además de la imaginacion florida del vate »latino, una vena inagotable, toda la riqueza, las gracias todas »de la elocucion, la facilidad, la ligereza, la elegancia, las com»paraciones mas oportunas y mas naturales, imágenes pintores»cas, quizá demasiado lujo en la espresion. Mas en todo el poe»ma hay consejos escelentes, reglas seguras, infalibles; en fin, »una alma de fuego, el alma del verdadero poeta, en la que á »pesar de las preocupaciones vulgares, la razon y el sentimiento »viven inseparables.»

El poeta dedicó su libro al Delfin, hijo del ilustre prisionero de Pavía, Príncipe que no llegó á reinar por haber fallecido en 1536, viviendo todavía su augusto padre. En el diario de Módena, tomo 19, página 158, publicó Tirabosqui un artículo muy curioso sobre el manuscrito autógrafo de la Poética, que habia examinado por sí mismo. Las numerosas enmiendas y correcciones que aparecen en él, muestran claramente el cuidado y prolijidad con que el autor limó su poema antes de darlo á luz. Muy pocos años despues lo tradujo al Toscano y en verso suelto Nicolás Mutoni, de quien ya se ha hablado. Publicó en Vicenza su version en la imprenta de Jorge Greco. La dedicó á Monseñor Silvestre Gigli, noble ciudadano de la república de Luca. En la portada se lee, que la traduccion se imprimia con privile-

gio para diez años, concedido por Paulo III y por el Senado de Venecia.

Despues de hablar de las cuatro obras mas importantes de Gerónimo Vida, resta decir dos palabras de sus demás poesías, pues no sería justo dejarlas en el olvido. No hay escrito suyo, por insignificante que aparezca á primera vista, que pueda mirarse con indiferencia. Sus himnos sagrados compiten con el mejor de sus poemas. Por tanto será preciso hacer de ellos mas detenida mencion.

Sus tres églogas son las composiciones mas débiles que escribió, por la escasa originalidad de que adolecen con frecuencia. Sin embargo, se leen sin disgusto por la pureza de su lenguaje, y lo que es mas, por los dulces y nobles sentimientos que respiran sus versos todos: sin duda fueron sus primeros ensayos poéticos. La tercera tiene por objeto la muerte del ilustre vencedor de Pavía, nuestro Marqués de Pescara, y el dolor con que la lloró su esposa Victoria Colona, insigne poetisa. Hé aqui sus primeros versos:

Conjugis amissi funus pulcherrima Nice
Flebat, et in solis errabat montibus ægra,
Atque homines fugiens, mœsto solatia amori
Nulla dabat, luctu sed cuncta implebat amaro,
Flens noctem, flens lucem, ipsi etiam funera montes
Lugebant Davali, etc.

Sus odas son muy superiores, á pesar de lo poco que cultivó el género lírico. Ya se habló de la mas bella de todas, compuesta con motivo de la Cruzada contra los turcos, que tanto ocupó la mente del gran Leon. A su lado aparece dignamente la oda á la paz, por las vigorosas pinceladas que campean en todos sus cuadros. Sus composiciones sueltas no son mas que improvisaciones felices, que prueban la facilidad del autor.

Mucha mas importancia tienen sus himnos, escritos con la ternura y uncion que distinguen á los de Sedulio y Aurelio Prudencio, autorizados por la Iglesia para elevar el corazon á Dios, ó para celebrar el triunfo de sus mártires y la pureza de las vírgenes cristianas, consagradas al Señor. Aunque Vida no hubiera publicado mas que su libro de cánticos sagrados, disfrutaria de inmortal renombre entre los vates religiosos. Cada metro es un rasgo de piedad, un despertador de la fe, una centella de amor divino, que se insinúa y prende tan dulce como irresistiblemente en el corazon. Algunos especialmente, como el de la Eucaristía, y el de la pasion del Redentor, y el de la Reina

de los ángeles, son tan elevados y al mismo tiempo tan tiernos y afectuosos, que es imposible leerlos sin conmoverse, sin levantar la consideracion al cielo, sin reconocer la inspiracion con que escribia el virtuoso Obispo. Dios, la Cruz, el Príncipe de los Apóstoles, el protomártir Esteban, el ínclito español Lorenzo, el gran Prelado de Hipona, el doctor Angélico y otros héroes del Cristianismo, hé aquí los objetos de su entrañable predileccion, de su religioso entusiasmo.

El primero dirigido al Altísimo como principal objeto de la adoracion del cristiano, es un himno sublime. Sola la fe católica podia sostener el atrevido vuelo que toma el numen del poeta desde un principio, al celebrar el inefable nombre del Supremo Hacedor. El mismo Homero no canta con tal grandilocuencia y solemnidad los dioses del paganismo. La religion de Jesucristo, enseñando al hombre su alteza y dignidad, inspira á sus labios un lenguaje sobrehumano, desconocido de los vates de Grecia y Roma aunque, estos á veces fueron monstruos de talento, como el cantor de Aquiles.....

Vida, usando de un apóstrofe admirable, dirige la palabra al mar, á la tierra y á los vientos, preguntándoles por su Dios; y todos de consuno le responden que son obra de la omnipotente diestra. Se eleva en alas del genio á la mansion de la luz, y asombrado y lleno de profundo respeto, encontrándose frente á frente con los coros de espíritus alados, va á doblar la rodilla para adorar al mas bello y radiante de los ángeles, que le detiene con su voz, entonando un cántico de amor y alabanza á Jehová, repetido por las sagradas legiones, que con santo júbilo y dulcísima armonía se apellidan obedientes y sumisas criaturas de su Dios y su Señor. Arolas hizo de este precioso himno una bella imitacion, que el conocido literato Ribot y Fonseré llama *piedra magníficamente labrada para el edificio de Chateaubriand.*

«El mar á la tierra pregunta tu nombre,
»La tierra á las aves que tienden su vuelo;
»Las aves lo ignoran, preguntan al hombre,
»Y el hombre lo ignora; pregúntalo al Cielo.»

Otros dos himnos de nuestro vate, á saber, el que consagró al Espíritu Santo y el que celebra las glorias de la Madre de Dios, no pueden pasar desapercibidos en una reseña como esta de sus escritos mas notables. Desde luego llama la atencion de los lectores la majestad y pompa del lenguaje verdaderamente Virgiliano con que el primero se anuncia ya en su primer hexámetro. Despues se ve al escritor dibujar con hábil pincel una serie

de cuadros, en que la tercera persona de la Trinidad Beatísima ya asiste á la creacion cuando en medio del caos suena la voz del Eterno, y aparece la luz; ya anunciando el porvenir de las futuras generaciones, ó bien descendiendo sobre el Colegio Apostólico para iluminar á unos pescadores que, inflamados con el fuego del amor divino, han de moralizar al mundo, y hacer merecedora de la patria celestial á la delincuente raza humana, purificada con la sangre del Hombre Dios. Termina con un ardiente y humilde ruego, implorando la asistencia del Espíritu Divino á favor de los pastores de la grey Cristiana, reunidos entonces en Trento, á fin de que puedan estinguir felizmente la discordia y el cisma que afligian á la Iglesia.

Muy diferente de los anteriores el que dedica á la Virgen, sobresale por la ternura mas afectuosa, por el amor filial con que se desahoga el corazon del poeta al cantar los loores de la mejor de las madres, que despues de haber abrigado en su seno vírginal al Salvador de los hombres, no se desdeña de dar á estos el dulce nombre de hijos. Bien decia Moratin, *que la misma Grecia no habia sabido inventar deidad tan pura y bella y merecedora de nuestro amor y gratitud, como María, ni tan digna de la lira y del canto.* Los principales rasgos de su vida inmaculada están admirablemente dibujados, especialmente la tierna y sublime escena de Belén, en que el poeta manifiesta su santa envidia á los pastores que asistieron á ella. Ruega por conclusion al Omnipotente, que en unos tiempos de guerra y desolacion como aquellos, que amenazaban con un cataclismo universal (no son mejores los nuestros), caiga humillado y vencido á las plantas de María el implacable adversario de los hombres. Este cántico es reputado por los críticos como una de las producciones mas bellas del vate.

El himno que recuerda la pasion del Redentor parece un cántico plañidero del Profeta, que abrevado con la hiel de la amargura, lamenta en melancólicos gemidos la destruccion de Jerusalén. El autor del famoso poema *de Partu Virginis*, cuya version castellana debemos á la laboriosidad del presbítero Gregorio Hernandez de Velasco, escribió igualmente una Elegía á la Pasion. Cuando se cotejan las dos poesías sobre un mismo tema, se advierte diferencia notable entre los dos vates mas esclarecidos del Pontificado de Leon X. Si Sannázaro compite con Gerónimo Vida por su lenguaje castizo y puro, y le escede alguna vez en elegancia y estro poético, queda siempre muy inferior en ternura y sentimiento, cualidad la mas esencial en esta clase de composiciones. No sucede lo mismo comparando los dos himnos del español Aurelio Prudencio y del Obispo de Alba á

la gloriosa muerte de S. Lorenzo, por los afectos que respiran constantemente los metros del primero, no siempre recomendables por su incorreccion y dureza. Un docto protestante que comentó algunos escritos de Vida, decia sobre este cántico sagrado, *que admiraba tanto el heroismo del santo Diácono Español, como el talento del poeta que lo habia cantado dignamente.* Andrés Vilkio, que hizo un erudito análisis del himno en loor de S. Juan Evangelista, hablaba de todos los demás en estos términos: *Pleni illi sunt bonis et veris sententiis; nec rarò poeta, tùm argumenti præstantia, tùm ingenii viribus excitatus, altiùs assurgit quàm alias solet, grandiùsque aliquid ore mortali canit.* Mr. Brunel tradujo algunos de ellos en francés, así como tambien otras poesías sueltas de Vida.

El Catálogo de la Biblioteca Barberina, Ughelio Ghilini y Paulo Freher atribuyeron á nuestro poeta, aunque sin razon ni fundamento, el *Carmen pastorale in quo deploratur mors Julii III*, y el *Epicedium in funere Oliverii Cardinalis Caraphæ*, impresos sin nombre de autor en Roma en 1611.

Los dos libros *de Reipublicæ dignitate* se publicaron en Cremona en 1556. Las conversaciones de Vida con los Cardenales Polo, Corvino y del Monte, y con Flaminio y Priuli, durante la celebracion del Concilio de Trento, son el objeto de estos diálogos latinos, que dedicó su autor al primero de dichos purpurados.

Naudé en su *Bibliografía política*, hablando de los libros que escribieron de *Republica* Averroes, Robortelo y Francisco Fidelfo, dice que estos escritos *priscæ gravitatis imaginem redolent, nitore stili et argumentorum præstantiâ;* y añade, *quod idem judicium ferendum est de Republica elegantissimi Oratoris ac poetæ H. Vidæ.* Auberto Lemire se espresaba de este modo: *Solutâ quoque oratione pollens, reliquit duos de optimo reipublicæ statu, ut utro dicendi charactere magis excelluerit ambiguum sit, quod paucis nostri memoriâ contigisse memini, in his fortassè M. Antonio Mureto et Petro Angelio.*

Los discursos *de Principatu* se imprimieron por primera vez en París en 1562, y despues en Venecia en 1764. Las ciudades de Cremona y Pavía se disputaron la preeminencia. Estas disputas en aquel tiempo eran muy frecuentes. La controversia debia ventilarse y decidirse en el Senado de Milán. Los de Cremona encargaron la defensa á Vida, el cual con este motivo escribió y publicó los mencionados discursos con este título: *Cremonensium orationes tres adversùs Papienses in controversia Principatûs.* Es la única obra de nuestro vate escrita con alguna amargura, por lo que algunos han llamado á estas oraciones *las*

Verrinas de Vida. Tienen, sin embargo, tanta pureza de lenguaje y tal erudicion y facundia, que Tirabosqui las cuenta entre los escritos mas elocuentes del siglo XVI.

De Vida se conservan algunas cartas inéditas muy curiosas en el archivo de Guastalla y en la Biblioteca Ambrosiana de Milán; y en el Archivo capitular de Cremona se guardan cuidadosamente las oraciones que debia leer en el Concilio provincial de Milán, así como tambien algunas inscripciones, ramo de literatura que cultivó toda su vida.

En medio del aplauso y admiracion que merecieron generalmente los escritos de Gerónimo Vida, no faltaron detractores que los atacasen con acrimonia. Uno de estos Zoilos fue Bernardo Sacco Ticinense. Tampoco le hizo justicia César Caporal en sus *Exequias de Mecenas*. Pero quien le trató con mas encono fue Enrique Farnesio Eburo, que lo llenó de dicterios, impugnando sus oraciones *adversùs Papienses*. El digno Prelado dió una prueba mas de su moderacion y virtudes evangélicas, respondiendo con templanza unas veces, y oponiendo otras el mas profundo silencio á las diatribas de sus impugnadores.

Entre sus Zoilos, empero, tanto antiguos como modernos, nadie osó atacarlo con tan feroz encarnizamiento como Le Fèbre Deumier. ¿Será pariente este Monsieur del General Le Fèbre, dignísimo *esclavo* de Napoleon I, cuyo General tamañas atrocidades hizo en Zaragoza durante el asedio de aquella *ciudad heróica?* El tal Le Fèbre Deumier publicó en París en 1854 un libro de 314 páginas, que contienen las tres biografías del Caballero Marino, de Ana Radcliffe y Gerónimo Vida. Dejando á un lado las dos primeras, justo es que yo diga algunas palabras sobre la desatinada y absurda opinion que formó el susodicho Monsieur sobre nuestro ilustre Obispo, llamado el *príncipe de los poetas cristianos* por humanistas que, de seguro, valian mas que el mencionado Le Fèbre Deumier. Para probar lo que he dicho, á saber, que este Zoilo combate y hostiliza al Cisne de Cremona *como un perro con rabia*, baste decir que le niega hasta *el título de poeta*. Estas son las literales palabras del escritor francés. *Jerôme Vida n'était nullement poète, ce qui est un tort très-grave, quand on fait des poèmes.* En la página 287 y siguiente dice el escritor francés, «que de los seis mil versos de que consta *La Cristiada*, solo ha »visto citar uno como modelo en todas las prosodias, y es el que »pinta la agonía de Jesus en la cruz;» es decir, el siguiente:

Supremamque auram, ponens caput, exspiravit.

Añade Le Fèbre, *que es difícil hacer verso mas bello y sublime.* Pero como si le doliera al descontentadizo y amostazado Mon-

sieur el justo elogio que á pesar suyo tributa al vate, añade, *que es el único verso bueno de Gerónimo Vida;* y concluye diciendo: Que un bosque que solo tuviera un árbol, se asemejaría muy mucho á una llanura. *Une forêt, qui n'aurait qu'un arbre, cela ressemblerait terriblement à une plaine.* Tambien el buen señor llama *Iliada de títeres ó muñecos,* y *caricatura de poema* al canto sobre el juego del ajedrez. *Iliade des marionnettes, et caricature de poème.*

En la página 258, hablando de la Poética del sábio Obispo, dice con mucha formalidad Le Fèbre, *que aquel quiso dar lecciones de un arte que él no conocia.* Y añade: *Siempre se ha dado por supuesto que un maestro debe saber lo que enseña, pero esto es una preocupacion.*

En la página 274, con una gravedad catoniana, capaz de hacer reir al Convidado de Piedra, al caballo Clavileño y á las Pirámides de Egipto, nos asegura el nuevo biógrafo de allende: *Que todas las obras del poeta llevan el sello de una incurable medianía, especialmente sus églogas, capaces de hacernos desagradables para siempre la inocencia y felicidad de los pastores.* Basta de citas sacadas de la obrilla del atrabiliario biógrafo, que ha escrito 63 páginas para hacernos creer (*credat Judæus Appella*) que Gerónimo Vida no era poeta. Por lo demás, Le Fèbre hace un digno elogio del corazon noble y generoso del ilustre Obispo de Alba. Algo es algo.

Si el preclaro vate ha tenido Zoilos que le han mordido sin piedad, mucho mas numerosos y respetables que estos han sido los biógrafos y encomiadores de tan ilustre escritor. Entre ellos pueden contarse Ghilini en su *Teatro de los hombres de letras*, Juan Imperial en su *Museo histórico*, Paulo Freher en su *Teatro de los eruditos*, Tomás Pope Blount en su *Censura de los escritores*, Ughello en su *Italia sacra*, Niceron en sus *Memorias*, Nicolás Comneno en su *Historia del Gimnasio Patavino*, Celso de Rosinis en su *Liceo Lateranense*, Moreri en su *Diccionario*, Tirabosqui en su *Historia literaria*, y el Dominicano Vairani en sus *Monumentos de los Cremonenses*, en los que publicó algunos opúsculos inéditos escritos por Vida en su juventud. Otra biografía publicó Tardisi en Bérgamo en 1788. El Jesuita Marcheselli defendió vigorosamente al poeta contra un diario literario, en tres discursos que dió á luz en Pádua en 1775. La edicion hecha en esta ciudad de la obra de Vida contiene un elogio suyo por Geróníme Faballi. Francisco Arisi escribió con estension la vida del Obispo de Alba en su *Cremona litterata*. Lo mismo hizo el inglés Tomás Tristam, que anotó además el *Gusano de la seda*, el *Ajedrez*, las *Eglogas* y la *Poética*. Este último libro fue comentado

con gusto y erudicion por el alemán Adolfo Klotz, que tambien ha consagrado algunas páginas al esclarecimiento de los hechos del poeta. El italiano Tomás Perrone, finalmente, ilustró algunas de sus poesías con doctos comentarios.

Voy á terminar, añadiendo algunas palabras sobre su *Poética*, aunque ya la mencioné en los párrafos anteriores. Todas las naciones civilizadas de Europa, menos la patria de Garcilaso y de Melendez, tenian años pasados varias versiones en prosa y verso de aquel magnífico poema didáctico. Yo tuve la dicha, siendo todavía muy joven, de leerlo y aun estudiarlo, por haberlo puesto en mis manos el difunto D. Juan Nicasio Gallego, mi respetable maestro. Me llamó tanto la atencion desde entonces aquel admirable opúsculo, que no tardé en comenzar á traducirlo para mi instruccion y recreo. Corregida muy detenidamente mi version, publiqué el primer libro al fin de la primera edicion de mis poesías. Posteriormente se imprimieron largos fragmentos de los tres cantos de que consta en la *Revista literaria* de Sevilla, con la biografía del autor original, que escribí despues de hacer aquella traduccion. Dos años despues, la misma biografía de Vida, su testo latino de la Poética y mi version al frente, salieron á luz en el tomo 6.° del catálogo del Marqués de Morante, el cual publicó tambien todo lo dicho en un tomo separado, que consta de 219 páginas.

Si ahora hubiera de acometer tan árdua empresa, de seguro me faltarian las fuerzas y el ánimo para terminarla. Por lo demás, hice mi traduccion (y me alegro de ello) deseoso de generalizar los sanos preceptos del eminente poeta, en obsequio de la juventud española que no haya tenido ocasion de verlos en el idioma original. A tan difícil tarea, que ofrece siempre mas trabajo que gloria, á falta de otro mérito le asiste la especial recomendacion de ser la primera que reproduce en idioma español los principios del arte, tan magistralmente desenvueltos por el juicioso Vida. Es de lamentar que tan importante libro no sea mas conocido de algunos jóvenes que, fiados únicamente en sus propias fuerzas, se pierden frecuentemente en deplorables estravíos, por no tener un guia seguro que los dirija por el escabroso camino que es preciso recorrer antes de ceñirse el laurel poético.

En defecto de la viva voz de un Aristarco, las instrucciones de aquel eminente preceptista pueden ser muy eficaces, si no para producir grandes bellezas, por ser hijas estas del corazon y del genio, al menos para evitar defectos enormes, y formar el gusto del alumno de las Musas. *Las reglas*, dice Quintana, *no pueden criar vida donde no la hay, ni dar alas á quien no las tiene.*

Pero tambien es muy cierto, como ha dicho Cervantes imitando á Horacio, *que el arte perfecciona la naturaleza, y que mezcladas la naturaleza y el arte y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectísimo poeta.*

Preferí para dicha version el endecasílabo asonantado, por ser el metro mas á propósito para los poemas didácticos, segun la autorizada opinion de D. Javier de Burgos, que tradujo así la epístola á los Pisones. Tambien procuré, á imitacion de este escritor insigne, traducir cada hexámetro latino en verso y medio castellano.

Solo resta hacer un breve resumen de la Poética. En el primer canto habla de la educacion que debe darse al novel Poeta, y de las cualidades de los profesores encargados de su enseñanza. Le aconseja no escriba por encargo ageno, sino por propia inspiracion. Recomienda el estudio de las lenguas griega y latina, y la contínua lectura de Homero y Virgilio. Deplora la decadencia y olvido de la primera, lamentando al mismo tiempo la caida del imperio griego en Oriente. Indica los esfuerzos de Ennio para perfeccionar su idioma. Bosqueja con tanto acierto como laconismo los defectos de Ovidio, Lucano y Stacio. Habla del celo y munificencia de los Médicis en favor de las letras. Cuenta brevemente la historia de la poesía. Dotes que caracterizan al futuro poeta. Elogio de Ciceron. Ensayos en que puede ejercitarse el discípulo. Indulgencia con que deben ser juzgados. El ánimo ha de estar libre al escribir. Paz y felicidad inalterable de los poetas. Origen de la poesía. Invoca al numen que inspira á los hijos de las Musas. Consuelos que estas dispensan á los hombres.

El canto 2.º comienza con una plegaria á las vírgenes del Pindo. Invencion y disposicion. Reglas generales para la composicion de la Epopeya. Necesidad de meditar el plan. La variedad y amenidad son dotes indispensables. Evítense los episodios inútiles, la erudicion pedantesca, las ficciones inverosímiles, la prolijidad de los discursos, y la repeticion de los pensamientos. Sublimidad épica. Grandilocuencia del autor al dar los preceptos. Decoro en el lenguaje. Momentos de inspiracion y de languidez. Imitacion de la naturaleza. Carácter y lenguaje propio de cada persona. Roma ha perfeccionado lo que inventó Grecia. Apóstrofe á los genios tutelares de Italia. Apoteosis de Leon X.

La Elocucion Poética es el objeto del canto 3.º Recomienda la claridad en el estilo, y la imitacion de los autores del siglo de oro. Censura la metáfora violenta, el prosaismo, la aspereza de los nombres propios, y las palabras supérfluas. El metro y el lenguaje deben ser adecuados á la naturaleza del poema. Arcais-

mos. Modo de rejuvenecerlos. Parsimonia con que deben usarse. Palabras compuestas. Armonía imitativa. Estilo sencillo, mediano y sublime. Fisonomía particular de cada verso. Detencion y cordura en la correccion de las composiciones. Aconseja viajar para rectificar las ideas. Gloria del poeta. Cántico de amor y gratitud á los manes de Virgilio.

Estos son en compendio los principios del arte que desenvuelve el escritor con mano maestra; principios que, como es fácil observar, han merecido la sancion del tiempo, y la aprobacion de los ingenios de todos los pueblos civilizados; lo cual demuestra que se apoyan en la base inmutable de la naturaleza, y por tanto sería imposible al humano capricho el alterarlos.

Del brevísimo estracto que acaba de verse resulta además, que la Poética de Vida no es únicamente una coleccion de reglas mas ó menos acertada, como algunas otras obras que llevan este título, sino que tambien es un libro que el poeta ha sabido embellecer con episodios llenos de gracia y oportunidad, consiguiendo de este modo teórica y prácticamente instruir á sus lectores.

BROMAS Y PERCANCES DE CARNAVAL.

El que dijo que los locos encerrados en los manicomios y hospitales no eran los locos mas locos, dijo una verdad como un templo. Que este mundo sublunar que habitamos los pobres hijos de Adan, no es mas que una gran jaula de dementes, no puede ni debe ponerse en duda. Bien hizo el pensador Erasmo en escribir su *elogio de la locura*, y arrojar aquel curioso libro en pleno siglo XVI, á los hocicos de tantos eruditos y aun sábios de aquel tiempo, para reirse y mofarse de ellos y de sí mismo. No fué ciertamente inferior la cordura y buen sentido de nuestro Cervantes *al vengarse noblemente* de su ingrata patria, que lo dejó abandonado, como cruel madrastra, en su ancianidad triste y desvalida, publicando las aventuras y fazañas del caballero de la Triste Figura, en despique y como un desahogo de su corazon ulcerado por tamaña injusticia.

¡El Carnaval! ¿Cuándo no es Carnaval, desde Venecia, París, Londres y Madrid, hasta el villorrio ó aldea mas insignificante y miserable de la Mancha ó de la Siberia? ¿Necesitan los hombres y las mugeres andar con careta y disfrazarse con grotescos ú ostentosos trages, y atiplar ó *asopranar* la voz, para hacer impunemente locuras, como el infeliz que ve su jaula abierta, y escapa del hospital, y sale furioso á la calle, recordando el terrible látigo de los loqueros, que lo han tratado como el Autócrata de Rusia suele tratar á los desventurados católicos de Polonia?

¡El Carnaval! Triste recuerdo del paganismo, que no debiéramos imitar los cristianos, ya que tenemos la desgracia de imitarlos en otras usanzas y desatinos. Triste recuerdo de las bacanales de griegos y romanos, en que hasta los filósofos mas graves y profundos perdian la chabeta, como la gente menuda y el populacho, y los esclavos mas estúpidos, envilecidos y degradados de aquellos *cultísimos* pueblos. ¡Desventurada humanidad! ¡Qué poco fundamento y razon tienen los orgullosos para envanecerse y mirar de soslayo, y despreciar á sus semejantes!

El Carnaval, talmente dicho, suele durar tres dias, descontando el Miércoles de Ceniza, en el que solo en algunas populosas ciudades hay costumbre de celebrar el sacrílego *entierro de la sardina*, contra el cual alzaron su voz inutilmente, años pasados, el vicario y gobernador civil de Madrid, por cuya razon fueron una y otra autoridad exoneradas de sus destinos. En Venecia el jolgorio carnavalesco principia el 6 de enero, ó sea el dia de Reyes, y termina en Cuaresma; lo cual solo demuestra, que los venecianos tienen menos *pesquis* (como dicen en Triana y los Percheles) que otros que nó son venecianos. En atencion á que en la villa del oso y del madroño no habia diversiones públicas en 1767, el Conde de Aranda introdujo los Carnavales en la corte de España; y como era natural, fue al momento imitada por todas las poblaciones del reino. Si no tuviera *mas gloria* que esta D. Pedro Pablo Abarca de Bolea, no era mucha su gloria que digamos. Afortunadamente, además de ser *el postrero de los Abarcas*, como él se apellidaba á sí mismo con amargura, tiene otros hechos en su carrera militar y política mas dignos de loa.

El dia de Ceniza de 1847 me dirigia de paseo hácia el Retiro, y al atravesar por el Prado, enfrente del monumento del 2 *de Mayo*, encontré sentados al General Villacampa (que me honraba con su amistad) y á su antiguo compañero el Conde del Llobregat. No bien me vió el primero, tuvo la bondad de llamarme, con cuyo motivo yo me aproximé, y saludé respetuosamente á los dos ilustres veteranos de la guerra de la Independencia.

Paisano, me dijo Villacampa, *¿va V. á la pradera del Canal á presenciar el entierro de la sardina?—Perdone V., mi General* (le contesté), *por la misericordia de Dios no estoy loco. Voy á dar un largo paseo por las alturas del Retiro.—Quiere V. venir con nosotros al entierro del General Palafox* (dijo Villacampa), *á quien vamos á conducir á la última morada? Estamos esperando el coche.* Accedí con el mayor gusto á tan benévola y honrosa invitacion, deseoso de tener el alto honor de acompañar al sepulcro al preclaro Duque de Zaragoza, una de nuestras mas esclarecidas glorias en este siglo de hierro, en que las glorias no abundan por desgracia.

¡Ay! Ya la luz que de Marengo y Jena
Supo el astro eclipsar nunca vencido,
Veloz como la llama
Que hace crujir el bronce, se ha estinguido!

Pena y dolor y llanto y amargura
Nutre en tu seno, desolada España,
Que la implacable muerte
Tu mas digno varon siega en su saña.

¡Qué resta, ó duelo, de los claros dias,
En que con pecho fuerte la violencia
Rechazaste del Franco,
Azote de tu santa independencia?

Espúreos hijos en tu suelo ahora
Nacen tan solo, y en feral batalla,
Contra españoles pechos
Nubes asestan de infernal metralla.

¡Cuán distinto blason, cuán otra gloria
Buscaban en la lid tus campeones,
Cuando al rayo del Ebro
Tembló el señor de tronos y naciones!

Vieron al héroe las soberbias huestes
Que el Vístula y el Mosa encadenaron,
Y en su feroz pujanza
Cual frágiles aristas se estrellaron.

Viéronle altivo como firme roca,
Desprecio al mar y al noto furibundo,
Y atónitas le oyeron:
«No has de vencerme, aunque venciste al mundo.»

Y vencido no fue. Y el duro estrago,
La atroz desolacion, la horrenda muerte,
Los humanos escombros,
Nada pudo abatir su ánimo fuerte.

Tan solo Dios. La sabia Omnipotencia
Te arrebató á la patria envilecida.....
No hayas miedo á la tumba:
No ha de acabar tu nombre cual tu vida!

Si algun lector de estas páginas es tan desdichado que vea ú oiga con fria indiferencia, y como quien oye llover, los anteriores hermosísimos versos de mi buen amigo D. Manuel Cañete en loor del invicto Palafox, que no vuelva á leer mas versos en su vida. *No se ha hecho la miel para la boca del asno.* Que se contente con leer prosa, y prosa que no sea la prosa de Solís, Feijoo, Saavedra, Capmani ó Jovellanos. Vuelvo al asunto.

Mientras estábamos tranquilamente sentados, esperando el coche del digno director del cuartel de Atocha, pasó el *entierro de la sardina* muy cerca de nosotros. Una turba de mozalvetes con antifaz ó careta se aproximó saltando hácia nuestros asientos, y comenzó á vociferar, llenándonos de flores y piropos, llamando *vegete* y *manco* al valeroso General Villacampa, al que (y sea dicho de pasada) el mismo Suchet en sus curiosas memorias sobre la guerra que hizo en Aragon, trata con respeto y sobre todo con justicia, á pesar de que el gefe aragonés tuvo la fortuna y suficientes bigotes para humillar alguna vez al General de Napoleon. Al dignísimo D. José Manso le apellidó otra máscara *Conde de Mochila.* Los dos respetables guerreros contestaron con el mas profundo silencio á tamaños insultos y desvergüenzas. Lo mismo hice yo (porque tambien me tocó algo) cuando otro disfrazado me llamó *coplero de ciegos y escritor de necedades.* Se alejaban ya aquellos alegres y atolondrados muchachos, cuando uno de ellos, el mas procaz y osado de todos ciertamente, encarándose al invicto Conde de Llobregat, le dijo estas literales palabras: *Manso, ¿te acuerdas del tiempo en que eras molinero?* El ilustre General, con aquel noble continente, con aquella calma y sangre fria con que tantos y tantos años recibió las cargas de caballería y los cañonazos y cuchilladas de los *invencibles* napoleonistas, que lo hirieron varias veces en el campo de batalla, respondió sonriendo al miserable que lo insultaba cobardemente: *Te equivocas, máscara, y faltas á la verdad sin saberlo. Yo no era molinero cuando empuñé las armas para defender mi patria. Era criado de un molinero.* El osado mancebo iba á contes-

tar al modesto y valeroso Conde, cuando Villacampa, que tenia menos cachaza que el caudillo catalán, se levantó furioso de su asiento, y enarbolando el baston que tenia en la mano, se dirigió precipitadamente contra el máscara, para santiguarlo con el garrote, como merecia. Por fortuna el villano infamador tenia las piernas tan sueltas y ligeras como la lengua, y corriendo como liebre al oir los ladridos de los galgos, pudo evitar el saludo cariñoso, con que deseaba acariciarlo el ceñudo y terrible General aragonés.

Pocos momentos despues acabó de pasar por delante de nosotros el ridículo y larguísimo *entierro de la sardina*. Con tanto asombro como indignacion, vimos detrás de aquella necia mascarada á un alto personaje, el cual, además de una gran cruz con que á veces condecoraba su pecho..... *de gallina*, tenia la faja de General, á pesar de que en su hoja de servicios se leian estas literales palabras: *Valor, se le supone*. Lo que dijeron Villacampa y Manso de aquel mentecato, viéndolo presidir en cierto modo el susodicho entierro en los momentos mismos en que se iba á dar sepultura al denodado y glorioso defensor de la heróica Zaragoza, no es para contado ni ahora ni nunca. Murió Palafox; murieron Manso y Villacampa; murió el majadero susodicho (no perdió mucho la patria): Dios los haya perdonado á todos. Y concluye aquí el primer lance de Carnaval. Vamos al segundo, que es un poco romántico por desgracia, y trágico por consiguiente, ya que el anterior ha tenido mas de cómico que de otra cosa. Párrafo á parte.

En 1835, el general Lacy Evans guarnecia con su legion inglesa la ciudad de San Sebastian, reedificada segun el gusto moderno, despues de haber sido destruida bárbaramente por sus paisanos en la guerra de la Independencia. ¡Válame Dios! He conocido y tratado con alguna intimidad á varios veteranos de aquella gloriosa guerra, los cuales no vacilaban en decir á cuantos querian oirlo, *que mientras España combatia con tanto heroismo á Napoleon, aliada con los ingleses, hicieron estos mas daño á nuestra pobre y desdichada patria, que los mismos soldados del despues vencido y anonadado en Waterloo*. Sea de esto lo que quiera, no apruebo, ni mucho menos, el final de un poemita patriótico impreso el año 12, el cual yo leí algunos años despues. Helo aquí:

Con todo el mundo guerra,
Y sempiterna paz con Inglaterra.

Con perdon de aquel vate, cuyo nombre ignoro, yo diria:

Paz con toda la tierra,
Pero alianzas jamás con Inglaterra,

Ni menos con el déspota de Rusia,
Ni con Austria, ni Italia,
Ni con el buen Bismark, aquel de Prusia
Ministro serio y grave
(Lo juro por el nombre de poeta
Y por las puras aguas de Castalia);
Con Bismark, que bien sabe
En qué parte le aprieta
El zapato, la bota ó la sandalia
(Ó si á V. place mas, la zapatilla),
Cuando desde un sillon ó de una silla
Responde á protocolos zalamero
Que suele enviarle Napoleon tercero;
Napoleon, el sobrino de su tio,
Que en el revuelto rio
De la infeliz España
(Como suelen hacer suegras y suegros
Al enviudar su desdichada nuera),
Con astucia y con maña
A España convirtiera
En merienda de negros,
Si la patria del Cid lo consintiera.
Paz, paz entre vosotros, españoles,
Y las naciones todas de la tierra
Os pueden importar tres caracoles.
Mas si seguís en intestina guerra,
Sin dar á la discordia tregua y calma,
Lo vaticina un viejo,
Harán todàs, ó España de mi alma,
Ridículo tambor de tu pellejo;
Y entonces ¡ay! la pobre patria mia,
Mas pobre y desdichada que Laponia,
Dirá, llorando, al mundo en su agonía,
Soy el segundo tomo de Polonia.
¡Paz y union, españoles!
Basta ya de civil maldita guerra,
Y todas las naciones de la tierra
Os pueden importar tres caracoles.

En dicho año 1835 vivia en San Sebastian el denodado patriota D. Julio Echevarría, capitan de una compañía de *chapelgorris*. Este caballero, que pertenecia á una ilustre familia de las montañas de Guipúzcoa, habia abrazado con ardor y entusiasmo la causa de la libertad. Era uno de los mas intrépidos par-

tidarios ó guerrilleros del ejército del Norte. Citábanse de él varios hechos de armas de un arrojo propio de Viriato, del Empecinado ó de Espoz y Mina.

Mas de una vez se le habia visto atravesar las líneas carlistas, sorprendiendo á varios gefes hasta en medio de su campo atrincherado. Pocos dias dejaba de venir cargado con algun rico botin, ó con prisioneros de guerra, capturados en sus espediciones nocturnas. Tenia por camaradas ó compañeros de sus hazañas y peligros un puñado de montañeses cántabros, no inferiores á su noble gefe en denuedo y bravura.

Tenia D. Julio en dicha capital una hermana muy joven, llamada Doña Rosita, casada á los quince años con D.ª Antonio (que pasaba de los cuarenta), cumplido caballero, pero por desgracia suya, y de su inocente y desventurada esposa, mas celoso que un portugués. El militar no ignoraba aquel flaco, aquella debilidad de su hermano político, y aun alguna vez lo reprendia con soldadesca aspereza, por los malos ratos que con sus indiscretos y estúpidos celos daba á la pobre consorte, á pesar de que por otra parte el marido estaba en la creencia y conviccion profunda, de que Rosita era un modelo de esposas. Por lo demás, D. Antonio era el mejor de los maridos. Sin apartarse, por supuesto, ni poco ni mucho de la compañía y lado de su muger, llevaba á esta de bracero á todas las diversiones públicas, á paseo, á Misa: á todas partes.

Así las cosas, llegó el Carnaval. Ojalá no hubiera llegado para aquella infeliz y desventurada familia. Don Antonio, que ya no tenia humor para plantarse el dominó y la careta, acompañó á su esposa, *disfrazada de manola*, á un baile de máscaras. No trataré de describirlo, entre otras razones porque no he visto ninguno (nada he perdido por eso), por lo que mi pincel sería la brocha de un pinta-monas ó pinta-puertas. Por otra parte, si alguno de mis lectores ha visto algun baile de máscaras en los teatros de Madrid, en *Capellanes* ó en otra parte, no necesita que ni yo ni nadie se lo describa minuciosamente.

Baste decir, que á la susodicha manola se abalanzaron, como moscas á la miel, cinco ó seis máscaras del sexo feo, rogándole muy urbanas que les diera la mano, para tener la honra de bailar con ella. Rosita nada hacia jamás sin contar antes con la voluntad de su marido, que estaba entonces sentado al lado suyo. Don Antonio (muy mal aconsejado en aquella ocasion) dijo á su consorte: *Baila con ese majo, que es el primero que se presentó deseoso de bailar contigo.* La candorosa y buenísima Rosita, ó porque le daba calor la careta, ó por *su fatalidad*, ó por otra razon que no es facil averiguar, se quitó el tafetan de la cara, y

apareció el hermosísimo rostro, cuya belleza realzaban las mil y mil luces artificiales que iluminaban el salon.

Aunque la gallarda jóven se descubrió, no tuvo á bien imitarla el disfrazado de majo, que la llevaba de la mano á donde se disponian á bailar otras muchas parejas. Desde el momento que el majo y la manola se alejaban del marido, que seguia en su asiento, el majo comenzó á dirigir la palabra á la jóven, inclinándose hácia su oido de vez en cuando. Rosita, con el atolondramiento de los pocos años, reia á carcajadas de lo que la decia en secreto el desconocido manolo. El marido, como si le hubiera picado un alacran, se puso en pié, y hecho un Argos, no separó un momento sus ojos del manolo y de la esposa. Comenzó el baile, y al pasar bailando junto á D. Antonio, Rosita y su acompañante, este hablaba siempre á la oreja de la Rosita, que reia con estrépito, sin considerar, en su candorosa inocencia, que su celoso marido sufria las penas del purgatorio, ó mejor dicho las del infierno, cuando el majo la dirigia la palabra en voz baja, y sobre todo, cuando ella mostraba, con manifiestas y públicas señales de hilaridad, el gusto y grata satisfaccion que tenia al escucharle.

Terminó una contradanza, rigodon, vals ó mazurka, ó lo que fuera (porque no soy muy inteligente en estas materias), y comenzó el bolero. En este baile nacional fue donde mas se lucieron una y otro, es decir, la Rosita y el andaluz, y donde este hizo rabiar mas al infeliz marido, que sufria lo que no es decible, maldiciendo la hora en que llevó al baile de máscaras á su cara mitad. Por fin respiró el nuevo Carrizales viendo terminado el baile. Ya se retiraba la Rosita hácia el asiento que ocupaba anteriormente, junto al cual la esperaba su marido hecho un vinagre, ó hecho un demonio (Ave María Purísima), cuando una señora parienta muy cercana de la jóven, la entretuvo unos momentos con su conversacion. En este intérvalo el majo se acercó á D. Antonio, y se sentó en la silla que debia ocupar Doña Rosita. Con la impaciencia, y la indiscrecion y ardor febril propios de un celoso como aquel desventurado, sin esperar á que el majo hablase una sola palabra, se encaró con él, y le dijo iracundo y desatentado: *Muy bien, señor majo. En verdad que estareis en vuestras glorias. Apostaria cualquier dinero á que no se os ha mostrado esquiva la preciosa manola que acabais de dejar, hablando con aquella dama.—¡Pse! ella me profesa algun cariño hace mucho tiempo,* respondió friamente el andaluz. El marido hizo un involuntario, brusco y nervioso movimiento, que procuró inmediatamente reprimir, continuando así por su desgracia las imprudentes indagaciones.

¡Con que de veras es antiguo el afecto de esa joven! ¡Ay! qué risa. Vamos, señor majo, que os acomodais perfectamente al disfraz de fanfarron que os encubre. Hablemos claros. Tentado estoy por deciros formalmente que os gloriais de una conquista imaginaria.—Enhorabuena, respondió con sorna el andaluz. *Una palabra, sin embargo, caballero. Quizá con el tiempo el corazon de esa mocita palpite por ti, como por mí palpita al presente.—En tal caso, ninguno de sus encantos debe serte desconocido.—Pues bien: Mírale debajo del brazo izquierdo, y le encontrarás un gran lunar que figura una granada*, dijo el andaluz, y haciendo atolondradamente una pirueta, se escurrió y desapareció entre la multitud de las máscaras.

El marido quedó como una estatua, sin advertir la desaparicion de su interlocutor. Mas al sonar de nuevo la música, hizo un movimiento de cabeza, como si le inflamase un fuego eléctrico.

Dió una mirada rápida por el salon, y partió como un relámpago hácia un grupo de caballeros, que se disputaban la blanca mano de la hermosa manola. Nuestro hombre tomó con violencia el brazo de esta, y se dirigió hácia la puerta. *Antonio, ¿á qué viene todo esto? ¿A dónde vamos?* Dijo la joven, medio riendo y medio temblando, al advertir que el brazo de su marido se agitaba violentamente sobre el suyo. *Vamos de aquí, Rosita*, contestó Antonio con una voz casi imperceptible.—*¡Marchamos, Antonio! ¿Y por qué tan pronto? A lo mejor del baile, cuando la orquesta acaba de dar la señal..... Tú estas de broma; ó quieres que me rebele y te deje marchar solo.....* La contestacion de Antonio fue echar un chal sobre la espalda de su mujer, asirla fuertemente del brazo, llamar al cochero, y subir en el carruaje. La desgraciada joven, dominada de un terror indefinible, no advertia un momento despues, que el coche corria desempedrando las calles de la ciudad.

Luego que llegó el carruage á la puerta de la casa donde el matrimonio vivia, Antonio arrastró mas bien que acompañó á Rosita á una sala interior, hizo traer luz, despidió los criados y cerró cautelosamente la puerta. Se acercó entonces á su mujer, y la lanzó una mirada siniestra, horrible, satánica. Rosita dió un grito de terror; atemorizada de ver el rostro de su marido, pálido como un cadáver, y horrorosamente desfigurado por el furor disimulado largo tiempo.

Vamos, gachona mia, dijo él con una voz irónica y balbuciente, *¿con que estás irritada conmigo por haberte obligado tan pronto á dejar á tu amartelado andaluz?—¿Qué quieres decir con esas palabras?* replicó temblando su esposa. *Antonio, no te entiendo. Por Dios, ¿qué quieres decir á tu infeliz esposa?*

¡Ah! qué quiero decir, Señora: yo quiero decir, que el majo es un caballero de prendas: yo quiero decir que es muy natural que la virtud de una manola no pueda resistir á su atractivo..... Y ¿cuánto hace que le conoces? añadió apretando desapiadadamente el brazo de la desventurada. *Te juro por el cielo, Antonio mio, que no sé quién es. Él me ha hablado tan solo de los intereses mas dulces y sagrados de nuestra familia, y para tener de ellos tan exacta noticia, Antonio, tú mismo has debido hacer con él alguna confianza.*

¡Confianza! interrumpió Antonio con una sonrisa infernal. *Sí, él me ha hecho una confianza, Rosita. Tú mientes. Él es tu amante, y lo es hace mucho tiempo: él me ha dado tales pruebas.....—¡Pruebas!—Sí, pruebas indubitables. Infame, teme la venganza de un marido celoso, á quien tan vilmente estás engañando: prepárate á morir.* Y dirigiéndose Antonio como fuera de sí hácia un escaparate, sacó una pistola, que preparó en un momento.

Rosita, helada de terror, se habia arrodillado maquinalmente. Aunque conocia el carácter arrebatado de su marido, no creia llevase á efecto sus terribles amenazas. Al verle con el arma en la mano, esclamó: *Perdon, Antonio mio. El cielo es testigo que soy inocente.—¡Inocente!..... Oye, desgraciada, oye las últimas palabras del andaluz.*

«*Quizá con el tiempo el corazon de esa mocita palpite por ti, como por mí palpita al presente.—En tal caso, ninguno de sus encantos debe serte desconocido.—Pues bien, mírale debajo del brazo izquierdo y la encontrarás un gran lunar que figura una granada.*»

¡Con que no respondes! ¿No tiene razon el andaluz, bella manola? No haciendo esta mas resistencia á su furor, Antonio dirigió su pistola hácia la frente de la desventurada, y disparó. Rosita dió un débil gemido, y espiró á sus pies. Al mismo tiempo, abriéndose con estruendo la puerta, el majo andaluz, jadeando y sin careta, entró precipitadamente en la sala.—*¡Ya es tarde!....* gritó él cruzando los brazos con desesperacion.—*¡Julio, esclamó Antonio con el acento del dolor!* y cayó sin movimiento sobre el cadáver de su víctima.

Don Julio, hermano de Rosita (como dije anteriormente), estaba en el ejército dias antes, y habiendo llegado aquella misma tarde de Carnaval á S. Sebastian, le ocurrió el malhadado pensamiento de embromar á su hermana y cuñado, bien lejos de prever la horrible tragedia que produciria tan pesada broma.

Despues de tan lamentable suceso, el desventurado Antonio se volvió loco, y no le faltaba razon y causa para ello. En algunos lucidos y breves intérvalos que tenia despues, contó el infeliz circunstanciadamente la deplorable escena que acaban de ver mis lectores. Cuando su cuñado lo iba á ver á su encierro,

se despejaba alguna rara vez, y entonces miraba sombriamente al hermano de su esposa difunta, y cayendo de rodillas, y con las manos juntas, *mi Rosita*, *Julio*, *mi Rosita*, esclamaba con voz suplicante que desgarraba el corazon. Poco tiempo despues murió el valiente guerrillero. Habiéndole armado una terrible emboscada los *Chapelchurris* de D. Carlos, despues de defenderse con denuedo él y sus bizarros compañeros de armas, murieron todos gloriosamente.

SUPLICIO DE UN DEISTA.

El catalan D. Cayetano Ripoll fue ahorcado en Valencia por deista el 31 de julio de 1826. Al pié mismo del patíbulo infamante, presencié su prolongada y dolorosa agonía. A pesar de haber trascurrido mas de cuarenta años, recuerdo aquella trágica escena como si todavía la estuvieran viendo mis ojos. Aún me parece contemplar el valor y la calma imperturbable de aquel desgraciado, y escuchar las postreras palabras de resignacion y confianza en Dios que pronunciaron sus labios, teniendo ya enroscados á la garganta los espantosos dogales. No quisiera haber sido testigo de tan lamentable espectáculo. Me causó una impresion la mas profunda y dolorosa, lo mismo que á los demás que lo presenciaron, aunque lo vieron á mayor distancia que yo muchos de ellos.

Dentro y fuera de España se habló en periódicos y folletos mas de una vez de este suceso, y la historia contemporánea le ha dedicado tambien una sombría y negra página, pues no era posible olvidarlo. Pero hasta la fecha, nadie que yo sepa lo ha contado con la imparcialidad conveniente. Por lo menos, todo lo que sobre el particular he leido impreso (que no es poco), está escrito con tal apasionamiento, que la verdad anda mezclada y confundida con la mentira y la calumnia.

Yo deseo rectificar las involuntarias equivocaciones de los mal informados, y sobre todo las de aquellos que, obcecados por la pasion política, han exagerado las circunstancias aflictivas que rodearon al desdichado Ripoll, al terminar los dias de su

oscura y penosa existencia. Por desgracia la política se apoderó de este hecho, como se apodera de tantos otros de menos importancia; se hizo de él un arma de partido; y hé aquí la causa y el origen de relatos nada ajustados á la severa imparcialidad de la historia. Yo escribiré únicamente lo que vieron mis ojos, ó lo que me refirieron personas tan justificadas como veraces, que no tenian el menor interés en desfigurar la verdad, ni mucho menos el deseo de faltar á ella.

Poco tiempo despues de haber sido ajusticiado Ripoll, se publicó en Francia un libro anónimo, y en el idioma de aquel pais, sobre la vida y muerte del español desgraciado. Se dijo en Valencia, donde corrieron algunos ejemplares aunque con mucha cautela, que su autor era uno de nuestros emigrados. Este libro, que yo vi muy rápidamente, porque su dueño no me dió tiempo para leerlo despacio, por miedo de que me sorprendiesen engolfado en su lectura, y quedásemos uno y otro espuestos á una cruel persecucion, entre otros hechos muy exactos referia fábulas y absurdos, en que se faltaba á la verdad sin pudor y sin conciencia. Además de otros desatinos, decia el procaz libelista, *que Ripoll habia sido quemado vivo, como los protestantes del tiempo de Felipe II en las hogueras de Valladolid, y con una mordaza en la boca.*

Tambien los periódicos ingleses hablaron del mismo asunto, con pormenores tan inexactos, como denigrantes y ofensivos al monarca español y al clero católico. Mas el Gobierno de Fernando VII no tuvo parte, ni quizá la menor noticia del suceso, hasta despues de la muerte de Ripoll. Publicada esta, y reprobada con furioso encarnizamiento por la prensa británica, el ministro Calomarde pidió informes sobre el particular á la Audiencia de Valencia, y esta, por toda contestacion, remitió á Madrid el proceso incoado contra el difunto por el *Tribunal de la Fe, y terminado por ella misma.* Presidia dicho tribunal el Arzobispo D. Simon Lopez, que lo habia establecido en su diócesis poco tiempo antes; y lo componian el inquisidor que habia sido de Valencia D. Miguel Taranzo, el fiscal D. Juan Bautista Falcó, y D. José Royo, que hacia de secretario. Se dijo entonces en aquella capital (no sé con qué fundamento), que el Gobierno desaprobó severamente el suplicio de Ripoll.

Un escritor *anónimo*, á quien conocí mucho en mi juventud, y traté con la familiaridad propia de estudiantes de una misma edad, en la historia *del reinado de Fernando VII*, que en tres tomos en 4.° publicó en 1842 en la imprenta de Repullés, muestra la mayor simpatía en favor de Ripoll, al paso que se desencadena en injurias y aserciones visiblemente falsas contra el sacer-

docio y contra aquel monarca; á pesar de que el nuevo *Tácito* se crió desde muy niño en casa de un buen tio llamado D. Miguel (hermano de su padre, que era sastre), eclesiástico no menos docto que respetable por sus virtudes, de cuyo amor paternal recibió el sobrino educacion muy cristiana y carrera brillante, quedando por fin único heredero de sus bienes. Este historiador equivoca el nombre de Ripoll, llamándole *Antonio* en vez de *Cayetano*, aunque en la pila bautismal recibió igualmente los nombres de Ramon y Miguel.

No todos los que hayan leido dicha obra, en que con tal animosidad se trata al hijo y sucesor de Carlos IV, habrán tenido ocasion de ver la *poética profecía* publicada en 1827 por el susodicho historiador. Es bien sorprendente y curioso cotejar la breve advertencia que precede á dicha poesía, con las calificaciones que quince años despues dió al monarca el mismo escritor. Volvia el Rey de Cataluña ciñendo un laurel bien glorioso y envidiable, por haber apagado con un soplo de su boca el imponente y aterrador incendio, que la infernal tea de la discordia civil habia logrado encender en aquel Principado. El futuro historiador, que como poeta (y joven además) era muy entusiasta de todas las acciones grandes y generosas, descolgó su plectro y dedicó al príncipe versos muy bellos, no solo por su correcto lenguaje y armonioso ritmo, sino tambien por su ingeniosa y original estructura, y lo que es mas importante, por los nobles sentimientos que aparecen en todas las estrofas de aquel poemita. No puedo resistir á la tentacion de copiar algunos de sus metros, sintiendo no poder copiar otros por la brevedad á que debe ceñirse este opúsculo.

De la discordia rotas
Y del furor las centellantes fraguas,
Se irán hundiendo en mares muy remotas
A impulso de las aguas.
No habrá partidos bárbaros,
Que impongan nombres é infamantes notas (1);
Habrá tan solo paz.
Entonces el hermano
Estrechará al hermano sin recelo
De que encubra el puñal entre su mano.
Florecerá este suelo,

---

(1) Alude el vate al apodo de *negros* y *blancos* con que entonces eran calificados los liberales y los realistas.

Y el laborioso rústico,
Viendo de rubia mies cubierto el llano,
Redoblará su afan.

A estos y demás versos precede un prologuito, en que el vate está muy lejos de escribir con la hidalga independencia, con el decoro y dignidad que era de esperarse. Su malhadada advertencia es como sigue:

La historia, que ha trasmitido á la posteridad las crueldades de los ambiciosos conquistadores que redujeron á cenizas los pueblos y ciudades, nos ofrece por desgracia pocos reyes célebres solo por sus privadas virtudes y su corazon sensible. Nuestro augusto soberano, abandonando sus comodidades por la felicidad de sus vasallos, sin mas comitiva que sus benéficos sentimientos y su amor á los españoles, ha volado, no como conquistador á talar y destruir los pueblos seducidos, sino á abrirles los ojos, á perdonarles, y restituirles la paz y la abundancia. Este rasgo de grandeza de ánimo asegura á nuestro amado Rey en los futuros siglos el renombre de Fernando el Generoso, y ciñe su cabeza de olivo mas apreciable que los sangrientos laureles de los Alejandros, los Césares y los Escipiones. En todas las épocas de su vida brilla la sublimidad de su alma; brilla la piedad, mas necesaria á los hombres que el funesto heroismo de la dureza. Sube al trono, y sube perdonando á los viles esclavos del osado favorito; le arrastra la perfidia á Francia, y vuelve indultando á los desgraciados, que dilataban su prision siguiendo las banderas del usurpador; recobra la plenitud de sus derechos en 1823, *y su primer cuidado es olvidarse de las ofensas personales, y conceder el perdon á los ofensores.*

He aquí un campo espacioso para los poetas. Mis cortos talentos, que he procurado emplear siempre en beneficio de la humanidad y en alabanza de todo lo que le es útil, no alcanzan á trazar tan sublime cuadro. Feliz yo, si con este ensayo rompo el silencio de las Musas españolas, y despierto á los ilustres poetas, que honran las orillas del Manzanares, para cantar la gloria de sus Soberanos.

Al frente de esta advertencia puso el vate por epígrafe el siguiente hemistiquio de Virgilio: *Parcere subjectis, et debellare superbos.*

Ocioso es hacer la menor observacion sobre el estraño contraste que ofrecen las precedentes cláusulas, y el lenguaje usado por el mismo autor al hablar del difunto rey Fernando en casi todas las páginas de su historia, y muy especialmente al recordar la infausta muerte de Ripoll.

El mismo autor de la *historia* y *profecía* susodichas me regaló una y otra, así como le regalé yo tambien mis obrillas todas:

ocioso es añadir (porque mis lectores lo darán por supuesto) que conservo todavía ambas publicaciones, á pesar de que han trascurrido mas de cuarenta años desde que me obsequió con el poemita citado, al que sigue una donosa letrilla en loor de la bondadosa Reina Amalia, que comienza así:

Coro. Rodillas á tierra,
Que asoma ya el sol:
No el astro celeste,
El astro español.

No menor simpatía y compasion que en el *anónimo* historiador de Fernando VII, halló la memoria del desgraciado Ripoll en D. Modesto Lafuente y D. Salustiano Olózaga. El antiguo Fray Gerundio, en el tomo 28, páginas 348 y siguientes de su *Historia de España*, dice (y es la verdad) *que Ripoll era un hombre caritativo, sóbrio, y dotado de otras escelentes prendas.* Añade el historiador, que aquel *fue denunciado al parecer por una mujer.* Nada sé de esta particularidad, y por tanto nada digo. Continúa Lafuente: *De la doctrina cristiana solo enseñaba á los niños los Mandamientos del Decálogo. Se examinaron trece testigos. El teólogo encargado de adoctrinarlo, informó que Ripoll «tenia fuerzas inte»lectuales muy débiles, que era muy apegado á su propio dictamen, y »que su ignorancia en materias religiosas iba acompañada de una »gran soberbia de entendimiento.»* Es muy cierto lo que dice el historiador en el párrafo precedente. Pero despues habla de otros pormenores copiados literalmente de la historia susodicha *del reinado de Fernando VII*, los cuales carecen de exactitud y de verdad. Lo mismo puede y debe decirse de varias frases que estampó el ciudadano Olózaga, en el circunstanciado y largo artículo que sobre el suplicio de Ripoll dió á luz en el *Almanaque* de las *Novedades* de 1864. Al diplomático y orador parlamentario no lo informaron bien las páginas de dicha *anónima historia*, de la que tomó noticias asaz equivocadas. Hasta con el verdugo se muestran algo durillos los tres escritores, pues dicen que al atar con todas sus fuerzas las muñecas de Ripoll para conducirlo á la horca, se quejó éste, diciendo: *hermano, por Dios, no tan fuerte;* y que respondió el ejecutor: *Mas mereces, perro.*

Esto no es exacto. Yo estaba presente. No habló una sola palabra el infeliz catalán. Por el contrario, manifestó en tan horrible trance una firmeza de carácter y una calma verdaderamente asombrosas. El verdugo era el que estaba mas muerto que vivo, como casi todos los que nos hallábamos en la *capilla.* Lo mismo le sucedia con otros reos en tales ocasiones, por lo que

habia renunciado muchas veces á su terrible y fatal destino; pero no fueron atendidas por el Gobierno sus repetidas instancias. Era de suaves y ejemplares costumbres, y de una sensibilidad y sentimientos no muy comunes en hombres vulgares, y menos en verdugos.

Además, las dotes que adornaban á Cayetano Ripoll, y hasta su figura noble y simpática, le conciliaban al momento el aprecio de cuantos le trataban. Por eso mereció el respeto y la consideracion de todos en Ruzafa, en la huerta de Valencia, y hasta en la cárcel de San Narciso, donde estuvo cerca de dos años, en la que el alcaide, los *calaboceros*, y hasta los presos y facinerosos con quienes vivia confundido, le miraban con una deferencia no acostumbrada en aquellas mansiones, donde solo reinan el crimen, la desesperacion, la injusticia, y la dureza mas desapiadada.

Si aquel hombre singular hubierá vivido en la antigua Grecia, hubiera adquirido el renombre de *justo*, como Arístides y Focion; y Sócrates lo hubiera colocado entre sus mas dignos y aprovechados discípulos. En Roma lo hubieran admirado Cincinato, Caton y Epícteto; y en la edad media, si á su valor y firmeza de carácter y amor hácia sus semejantes, hubiera añadido en divino consorcio la fe religiosa y la humildad cristiana, base de la fe, que desgraciadamente perdió en Francia cuando estuvo prisionero, aquel hombre singular hubiera sido indudablemente la edificacion y el asombro de sus contemporáneos.

Por una desgracia, bien lamentable por cierto, las dotes morales de Ripoll *iban acompañadas* de satánico orgullo, ó sea *gran soberbia de entendimiento*, como con tanta razon dijo el teólogo citado. Tan mala cualidad, que oscurecia y afeaba las otras bellas y relevantes prendas del infeliz catalán, fue la verdadera causa de sus desventuras y suplicio. Hasta los escolares de prima tonsura, que han leido algo la historia eclesiástica (que en último resultado es la historia de la civilizacion, *de la verdadera civilizacion del mundo*), saben muy bien que el orgullo y la lujuria fueron siempre, son y serán hasta el dia del juicio universal, la fuente y el origen de todas las heregías, del ateismo, del deismo, del materialismo, del indiferentismo, de los innumerables errores, en suma, que en materias religiosas afligieron y aflijen á la humanidad, trastornando el orden social no pocas veces. ¿Por qué fue heresiarca Martin Lutero, á quien con tanta y tan justa dureza ha calificado ya la imparcial historia, sin que sus discípulos y adeptos hayan podido restaurar su nombre, á pesar de los esfuerzos heróicos y casi fabulosos que ha hecho y hace la *Reforma?* Hasta los niños no ignoran que su

lascivia fue una de las principales causas de sus herejías. A pesar de sus cuarenta y tres Navidades, edad ya suficiente para tener juicio, y para no obcecarse y embrutecerse con los ojos de una mujer, aun cuando sean tan deslumbrantes como diz que lo eran los de la desdichada y *perdida* monja Catalina Bore, *digna* consorte de Martin, rompió este desventurado sacerdote la unidad de la Iglesia católica, produciendo tan espantosas, tan infernales consecuencias, que de seguro estuvo él muy lejos de preveerlas.

¿Por qué fue heresiarca Juan Calvino? Nadie lo pone en duda. Por su desmedido orgullo. Envanecido desde su juventud porque sabia escribir y manejar la lengua latina con mas pureza y elegancia que otros doctores que peinaban canas, siguió las desastrosas huellas de su predecesor Lutero; aunque separándose muy pronto de tan estraviado camino, *por campar solo*, como decimos vulgarmente, y porque no le apellidase la historia *carnero de Panurgo ó mulo de reata*, como llama á otros escritores luteranos; y siguió otro camino, aunque no menos estraviado que el fraile sajon.

¿Por qué en nuestros dias el desdichadísimo Lamennais, en lugar de ser una lumbrera de la religion, como anunciaban sus importantísimas y edificantes anotaciones al casi divino libro de la *Imitacion de Jesucristo*, y otros escritos no menos católicos y notables que publicó en su juventud, concluyó por fin desastrosamente, siendo el mas famoso heresiarca del siglo XIX? Porque orgulloso hasta la demencia con su estraordinario talento, y con el indisputable mérito de sus escritos, llegó á creer el miserable Clérigo, que podia dar lecciones y consejos al Papa, á los Cardenales, á los Obispos y á toda la cristiandad. Su inconcebible soberbia le inspiró la renuncia del Capelo, que de tan buen grado le ofrecia el bondadoso Leon XII. ¿Y por qué esta abnegacion, modestia y humildad *aparentes* del escritor? Porque se empeñó en ser el maestro y pedagogo del Vicario de Jesucristo y del episcopado católico, siendo él *simple presbítero*. Todavía no he olvidado, ni olvidaré jamás, las amargas lágrimas que vi correr de los ojos del respetable Conde de Montalembert en Málaga, cuando hace veinticinco años referia en mi presencia el ilustre y piadoso viajero francés, al venerable y sábio doctor D. José Muñoz de Aguilar, la caida horrible y espantosa del autor de las *Palabras de un creyente*. Si este mal aconsejado abate hubiera sido tan humilde y tan modesto como nuestro Balmes (el hombre mas modesto y humilde que traté en toda mi ya larga vida), Lamennais, cuya cabeza, aunque valia mucho, no valia mas que la de Balmes, no se hubiera separado de la unidad católica, asom-

brando y escandalizando al mundo entero. Volvamos al compatriota de Balmes, al desventurado Ripoll.

Para hablar de este hombre obstinado con la compasion que merece su fin desastroso, no se necesita recurrir á la impostura, ni mucho menos denigrar á todos los eclesiásticos que tuvieron que comunicar con Ripoll hasta los últimos momentos de su vida, ni calumniar al verdugo ni á persona alguna. No pocos de los sacerdotes encargados de oir sus opiniones religiosas, y de instruirlo en el conocimiento de las verdades reveladas, hicieron esfuerzos heróicos, sobrehumanos, increibles, sublimes (aunque inútilmente), lo primero para iluminar y convencer su entenebrecido y obcecado entendimiento, y además para salvarle del rigor de la justicia humana, poco dispuesta á mirar con indiferencia sus errores manifiestos, no tolerados jamás, y mucho menos entonces, en una nacion esencialmente católica, en la que la libertad de conciencia se castigaba con la pena de muerte. Los incrédulos y los escépticos dirán lo que quieran de esta intolerancia; pero el mismo Voltaire ha confesado, *que á la severidad inflexible de la Inquisicion debe la España, no solo su unidad religiosa sino tambien su unidad política, y su importancia y grandeza entre las naciones de Europa.*

Los dos eclesiásticos que con mas ardor trabajaron por atraer y reducir al gremio de la Iglesia al deista, y librarlo de los horrores y afrenta del suplicio, fueron dos religiosos, bien dignos ciertamente por mas de un concepto de trasmitir sus nombres á la posteridad. Estos eran el P. Lorenzo Ramo, Rector del Colegio de Escolapios de Valencia, y Fr. Felix Guillen de San José, Carmelita Descalzo del convento de San Felipe. Mucho podria estenderme en justo elogio de tan venerables varones, si aquí se tratara de hacer el cumplido panegírico de uno y otro sacerdote. Pero debiendo yo ser muy parco en palabras, por no traspasar los reducidos límites que prescribe la naturaleza de este artículo, me contentaré con ofrecer á su memoria algunas frases, para darlos á conocer á los lectores que no hayan oido sus nombres.

Ambos habian nacido en la provincia de Teruel. Ramo era natural de Mezquita, pueblo insignificante de la sierra, y Guillen, de Celadas. El primero, además de orador facil y elocuente y profundo teólogo, era un distinguido humanista. Murió obispo de Huesca, muy llorado de sus diocesanos por su amor paternal y caridad inagotable. El P. Guillen era una lumbrera de la Iglesia española. En los concilios de Toledo y de Trento hubiera brillado dignamente al lado de S. Isidoro y S. Leandro, de Melchor Cano, de Antonio Agustin y de Laynez. Además de sobre-

salir en ciencias eclesiásticas, descollaba tanto en medicina y jurisprudencia, que los médicos y abogados de Valencia le consultaban en los casos mas árduos y complicados. Sus conocimientos geográficos eran tan vastos, que ocurrió un caso bien original y notable con un joven polaco, natural de Vilna, el cual encontró casualmente de visita al buen religioso en casa de un amigo de entrambos. Habiéndose comenzado á hablar de dicha poblacion, el instruido sacerdote hizo de ella una pintura tan circunstanciada y exacta, que no olvidó ni los mas insignificantes pormenores. Asombrado el estrangero le dijo sonriyendo: *Padre mio, conoceis mi pueblo natal como si en él hubiérais vivido muchos años. Decidme ahora en qué casa nací yo, porque esto solo os falta que añadir á lo que con tal acierto habeis dicho.* De este suceso hablóse mucho en Valencia, segun me aseguró D. Nicolás María Garelli, de cuyos autorizados labios tuve la satisfaccion de saberlo. El respetable Garelli apreciaba muy mucho al Padre Guillen.

Pero lo que mas enaltecia á los dos religiosos era su bondad, su indulgencia, su *tolerancia*, no en el mal sentido en que la toman algunos, sino como la enseñaba prácticamente Nuestro Señor Jesucristo cuando trataba con la ternura de un padre á la pecadora, á la samaritana y á los publicanos; como la entiende el gran Balmes, cuando dice: *Nadie mas intolerante que Voltaire; Nadie mas tolerante que San Francisco de Sales.*

No bien se vió Ripoll en presencia del Padre Lorenzo Ramo, le manifestó con sinceridad que le inspiraba amor y filial respeto, entre otras razones porque habia estudiado gramática latina con los Padres Escolapios del Colegio de Solsona, su patria, y conservaba de sus antiguos preceptores los mas agradables recuerdos. Esta circunstancia fue causa, como era natural, de que el buen rector del colegio de Valencia le comenzara á mirar desde entonces como á un hijo estraviado de la casa paterna, formando el mas decidido empeño de restituirlo al santo redil de la Iglesia, de que andaba tan alejado. Además de latinidad, habia Ripoll cursado filosofía, y adquirido algunas ligeras nociones teológicas, habiendo dejado los estudios para ingresar en el ejército el año 1808. Durante los primeros años de la guerra de la Independencia llegó á oficial de infanteria, y cayendo prisionero, fue conducido á Francia por los invasores de nuestro pais. Volviendo á la península en 1814 fue de nuevo colocado en las filas, donde sirvió hasta fines del año 23, en que fue separado como tantos otros oficiales, y quedó en clase de *indefinido*, por haber pertenecido al disuelto ejército constitucional.

Se retiró entonces á Ruzafa, y tomó á su cargo el magisterio de primeras letras, con el que subsistia muy pobremente. A poco tiempo de haberse establecido en aquel pueblecillo agrícola, advirtieron con asombro y escándalo sus sencillos vecinos, que no asistia jamás al santo sacrificio de la Misa, ni entraba en el templo, ni se arrodillaba al encontrar en la calle al Santísimo Sacramento, cuando el cura iba á dar algun Viático; en fin, que á los niños sus discípulos no enseñaba las oraciones ni las piadosas prácticas de la Iglesia, exigiéndoles únicamente que dijesen al entrar en la escuela: *Alabado sea Dios.* Este proceder tan indiscreto y reprensible, como poco conforme á los deberes del cristiano, produjo su proceso primeramente, y despues su encarcelamiento y suplicio.

En la época de su residencia en Francia se entregó temerariamente á la lectura de libros irreligiosos, y como era muy poca su instruccion en tan importante materia, llegó primero á dudar, y á pasar muy pronto del escepticismo á la negacion mas completa de la santa fe de nuestros piadosos mayores. *Mucha ciencia atrae á la religion. Poca ciencia produce la incredulidad.* Aunque mil y mil veces se hayan repetido estas notables palabras de Montesquieu, nunca se repetirán lo bastante, y en especial á los jóvenes estúdiosos, aficionados á libros emponzoñados con el fatal veneno de la impiedad.

En la prision manifestó que únicamente creia en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma. Todas las religiones, en su concepto, eran inventadas por los hombres. Sin cólera y sin rebozo llamaba impostores á Mahoma, á Confucio, á todos los que habian fundado algun culto religioso. Toda su moral era tan breve como sencilla, á saber: no hacer daño á nadie, y por el contrario favorecer á sus semejantes en todo lo posible. Repetia con frecuencia el consabido: *Alteri ne feceris quod tibi fieri non vis.*

En Dios tenia una confianza sin límites. Invocaba respetuosa y humildemente su augusto nombre. Cuando en la cárcel se le daba á entender que su incredulidad sería quizá castigada con el patíbulo, se encogia de hombros con la mayor indiferencia, y respondia sencillamente, pero con una calma imperturbable que pasmaba: *La voluntad de Dios se cumplirá.* Se le indicó muchas veces que aparentase creer, y que escribiese y firmase una profesion de fe católica, en cuyo caso haria algunos dias de ejercicios en un convento, y sería despues desterrado de España. Se negó, empero con firmeza, diciendo que no podia ni debia mentir, ni mucho menos fingir una creencia que no tenia. A los argumentos y razones respondia con laconismo, ó con el

mas profundo silencio, del que no podian sacarle ni los frailes, ni los curas; nadie en una palabra.

A los ruegos y lágrimas de los piadosos Padres Guillen y Ramo, y otros no menos caritativos sacerdotes, se mostraba tan insensible y frio como una estátua de mármol. Agradecia, empero con palabras muy atentas el interés que se tomaban en favor suyo, el grande empeño que manifestaban por salvarle. Algunos creyeron formalmente, que padecia una aberracion mental; pero todas sus acciones y palabras (cuando no se trataba de ideas religiosas) desmentian esta opinion.

Difícil sería espresar lo mucho que trabajaron dia y noche por espacio de no pocos meses los mencionados sacerdotes. Difícil sería contar los votos y oraciones que dirigieron al trono del Altísimo, entre otras personas timoratas, almas tan santas y puras como suelen ser las castas esposas de Jesucristo, para alcanzar de la Misericordia de Dios la conversion y arrepentimiento, y la salvacion de alma y cuerpo de aquel infeliz. Inescrutables y profundos juicios del Señor! ¡Abismos insondables de su Providencia y de su eterna justicia! Un solo momento bastó al Buen Ladron para pasar del pecado y del crimen á la gracia santificante. Tantos dias y noches de afanes y vigilias, y de amargo lloro y sacrificios ofrecidos á Dios Nuestro Señor en favor de aquel hombre obcecado hasta la pertinacia, hasta la demencia; tantos y tantos esfuerzos, todo fué inútil, completamente inútil. *O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei, quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viæ ejus!* ¡Inesplicables arcanos de la gracia! Adoremos humildemente al Señor, y prosternados y confundidos con el polvo de la tierra, hagamos enmudecer el clamoreo de la soberbia con que rujen la insensata razon humana y nuestro orgullo, y digámonos á nosotros mismos las admirables palabras del Apóstol de las gentes: *O homo, tu quis es, qui judicas Deum?* Bellamente comentó y parafraseó esta frase de San Pablo el Capellan de honor D. Ramon García, Obispo ahora dignísimo de Tuy. *¡El hombre, miserable reptil que se arrastra por el polvo, y tropieza en un grano de arena, se atreve á escalar los cielos para residenciar al Altísimo!* (Sermon de Santa Bárbara.)

Por fin, el deista fue sentenciado á muerte y puesto en capilla, donde no desmintió su carácter ni un solo momento. El alcaide de San Narciso me dijo, *que aunque hubiera dejado abiertas al reo las puertas de la cárcel y de la misma capilla, no se hubiera fugado, por no perjudicar ni comprometer á nadie.* Llegó la mañana fatal de la ejecucion. Yo acompañé constantemente á mi respetable maestro el Padre Lorenzo Ramo, en la prision, en la car-

rera, y despues al pie del patíbulo. El Padre Felix con el Crucifijo en la mano, iba al lado del reo, hablándole dulcemente en voz baja, y rogándole con las lágrimas en los ojos, con copiosísimas lágrimas, que procurase como buen hijo volver al seno de la religion, dispuesta como tierna madre á recibirlo en sus amorosos brazos. Ni una sola palabra articularon los labios de aquel estóico. Solamente en el cadalso, teniendo ya ceñido el cuello con la funesta soga que iba á privarle de la dulce existencia; cuando el piadoso agonizante redoblaba su celo, y con las manos y los brazos levantados parecia un inspirado profeta, y esforzaba la voz, y nos desgarraba con ella el corazon á todos los circunstantes, entonces, al esclamar: *Hijo mio Cayetano, decid: creo en Dios Padre;* solo entonces, con vigorosa y firme entonacion, sin mudar el color del semblante, con serenos ojos clavados en el cielo, contestó el impasible catalan mas de una vez: *Creo en Dios*, sin haber querido decir *en Dios Padre*, por mas que repetia estas *dos palabras juntas* el religioso.

Finalmente, mirando Ripoll con dignidad y resignacion al Carmelita, le dijo así: *Padre, los hombres han juzgado mi cuerpo. Dios, en cuya presencia voy á comparecer, juzgará mi alma;* y sin esperar contestacion se volvió hácia el verdugo, y le dijo con calma: *Cumplid con vuestro deber.* El escribano, que á caballo presidia como representante de la justicia humana, sacó y agitó un pañuelo blanco, y á esta señal aterradora, el ejecutor se lanzó en el espacio, arrastrando en pos de sí á la víctima infortunada. Tardó mucho en espirar, ya porque aquel hombre estraordinario estaba en tan espantoso trance mas firme y entero que muchos de los que nos hallábamos presentes, ya tambien porque el verdugo era de muy pocas carnes, y de pequeña y raquítica estatura; por lo que formaba visible contraste con la talla aventajada del sentenciado. Tenia éste cara ovalada, color moreno claro, nariz aguileña, ojos y cabello negros, y poblada barba. No le acompañaron los hermanos de la Paz y Caridad en sus últimos momentos, pero le habian asistido en la capilla con el amor fraternal que acostumbran aquellos hombres piadosos. Tampoco se le puso la hopa con que morian otros reos. Iba muy pobremente vestido, con pantalon negro y chaqueta del mismo color, sin medias, y con zapatos muy viejos, atados con un bramante. Uno de estos se le desató y desprendió del pie á los movimientos y sacudidas violentas del ejecutor. Tenia cuarenta y ocho años. Habia nacido el 22 de febrero de 1778. Su padre ejercia el oficio de dorador. El cadáver fue metido en una cuba pintada de llamas, y arrojada al Turia. Estraida inmediatamente, le enterraron en las orillas del rio.

Tal fue la muerte del infeliz deista. Dudo que nadie haya mostrado en el suplicio mas firmeza y decoro. He visto *por mi desgracia* morir muchos hombres *fusilados*, especialmente durante la guerra civil de siete años, en los que, como párroco del ejército, me tocó la poco enviable suerte de acompañarlos al patíbulo, ejerciendo con ellos mi sagrado ministerio. Tambien en los acontecimientos de Madrid en 1848, como Capellan que era yo entonces de Ingenieros, confesé á Lorenzo García (Mayordomo del Duque de San Lorenzo), á un cabo y tres soldados del *regimiento de España*, y fuí al lado de los *trece* infelices que fueron pasados por las armas en las afueras de Madrid, junto á las tápias (que ya no existen) frente de la Plaza de Toros. Con mucha serenidad y firmeza saben morir los soldados y paisanos españoles, pero ninguno de los que yo he visto espirar en el cadalso, me ha causado tanta admiracion y tanto asombro como Ripoll. Sin la atolondrada coquetería y vanagloriosa afectacion de Madama Rolland; sin el valor finchado y nervioso, y quizá aparente, de Murat; y sin el cinismo y procacidad repugnante del regicida Merino, espiró Ripoll con la tranquilidad, con el heroismo sencillo y natural propio de Caton y Sócrates. Lamentable y fatal desgracia, digna de ser eternamente llorada con lágrimas de sangre por los españoles piadosos, que aquel hombre no muriera en la paz de la Iglesia y en el ósculo del Señor, y en regiones idólatras, confesando la fe santa de sus católicos progenitores; pues de este modo hubiera sido muy digno de ser colocado al par de los santos Levitas Lorenzo y Vicente, y de otros no menos esclarecidos mártires, con que tanto se honra la católica y noble nacion española.

Despues de exhalar el postrer aliento aquel infeliz, todos nos alejamos de la Plaza del Mercado, cabizbajos y meditabundos, lleno de luto y amargura el corazon, sin poder hablar de otra cosa por espacio de muchos dias. Nadie, absolutamente nadie de cuantos presenciaron su muerte, dejó de sentirla, y de ofrecerle una furtiva lágrima de lástima y compasion. Es horriblemente falso *que su agonía fuera insultada con improperios, y que llevase mordaza desde la cárcel hasta la horca*, como afirma el historiador *anónimo* susodicho. Calumnia absurda y grosera, tanto mas chocante y estraña, cuanto que el escritor estaba entonces en Valencia, y escribió despues en ella su libro, y oyó la relacion de tan triste acontecimiento á varios testigos de vista, y entre otros al que esto escribe.

Olózaga y Lafuente dicen, que las últimas palabras de Ripoll fueron las siguientes: *Muero reconciliado con Dios y con los hombres*. Yo no oí tales espresiones, ni creo que las oyera nadie. Al

menos no me las refirió persona alguna de las que como yo presenciaron la ejecucion, aunque varias veces hablamos de ella muy despacio.

Tampoco es cierto, que la política jugase para nada en el proceso, como dan á entender dichos escritores, y otros que han hablado del asunto. Ni Ripoll era hombre político, ni menos conspirador, ni se le interrogó una sola vez, ni habia para qué, en este sentido. No sé yo (ni es necesario saberlo) á qué *matiz* pertenecia de los muchos que entonces dividian á los hijos de la península, y los dividen por desgracia. Pero sea la que quiera su opinion en esta parte, lo cierto es que no trataron de averiguarla los tres jueces de aquella Audiencia, que lo sentenciaron á muerte.

A los pocos dias que esta se realizó fuí á visitar, como tenia de costumbre, al sábio y virtuoso Padre Félix, el cual habia estado enfermo, á resultas de lo mucho que se habia afectado y sufrido, tanto en la capilla como en la penosa y larga agonía de Ripoll. El santo sacerdote lloraba como un niño al acordarse de aquel hombre. Yo no quise, por prudencia, hablar de tan trágico suceso, por no escitar la sensibilidad esquisita y aumentar la amarguísima pena de tan bondadoso varon.

No tuve, como debia, esta consideracion y miramiento poco despues en la celda del mismo Convento de San Felipe, donde habitaba Fr. Mariano Gonzalez, joven cursante de teología, paisano y condiscípulo mio de latinidad. Allí, con la indiscrecion y el atolondramiento de mis pocos años, y con la energía que me caracterizaba entonces, manifesté á voces mi sentimiento profundo por el suplicio de Ripoll, como lo manifestaban, aunque con mas disimulo y cautela, muchos habitantes de Valencia, y sobre todo los que, como yo, habian sido testigos de su trágica muerte. No preveia yo, ni podia imaginar en mi inesperiencia del mundo, que estaba escuchando mis imprudentes palabras el Provincial de los Carmelitas, Fr. Joaquin Arnal de la Santísima Trinidad, á quien vulgarmente llamaban *cuatro ojos* por las grandes gafas que usaba constantemente. Este religioso no era un modelo de bondad paternal, ni de prudencia y discrecion indulgente, como el buen P. Félix Guillen.

Hechas mis dos visitas me retiré muy tranquilo, bien ageno de que se estaba armando encima de mi cabeza una tormenta de muy mal agüero. No me sorprendió poco á la mañana siguiente una alarmante carta de mi condiscípulo Gonzalez, en la que me avisaba, muy asustado, que iba yo á ser delatado á los tres mencionados jueces por mis indiscreciones del dia anterior. Me sobresalté como era natural, conociendo, aunque tar-

de, que debia haber guardado el mas profundo silencio en tan delicada materia.

Reponiéndome algun tanto de la primera impresion y sorpresa que me produjo aquella desagradable noticia, y despues de meditado el caso con la seriedad y detencion que su gravedad exigia, creí que lo mas prudente y acertado que yo podia hacer, era recurrir con toda confianza al indulgente y benévolo P. Félix Guillen, contarle el suceso con sinceridad, entregarme del todo á su acreditada prudencia, y esperar los resultados. Así lo hice, y en verdad que no podia haber tomado resolucion mas conveniente. El bondadoso Carmelita, despues de reprender con severidad paternal, como era justo, mi imprudencia y temeridad, me prometió parar aquel golpe, que podia haberme sido muy funesto sin la proteccion decidida de aquel venerable varon. Gracias á sus buenos oficios, á su respetabilidad, y á la benéfica influencia que ejercia con los tres Jueces y hasta con el mismo Arzobispo, no tuve que sufrir interrogatorio ni molestia alguna, ni menos las tribulaciones que de seguro en otro caso hubiera tenido que lamentar.

Veinticinco años despues de los sucesos que preceden, la *Revista católica*, que en 1851 se publicaba en Madrid, número 14 correspondiente á febrero, tomo 18, decia las siguientes palabras:

Ha muerto el Reverendo P. Félix de San José, Carmelita Descalzo. Valencia ha llorado su muerte. Era el consuelo de la viuda, el padre del huérfano, el amparo del rústico labrador, el director y consejero de los prelados y personages mas distinguidos. Su vida era muy ejemplarísima; su descanso el trabajo; sus delicias la virtud. Se le han celebrado exequias muy solemnes, y en el cementerio se le ha colocado en el local distinguido, destinado á los varones ilustres ó venerables, porque verdaderamente lo era el Reverendo P. Félix de de San José (Guillen), natural de Celadas, obispado y provincia de Teruel. Nació el dia 20 *de noviembre de* 1780, *y murió el dia* 1.° *de enero de* 1851. *Requiescat in pace. Amen.*

INGENIOS OLVIDADOS.

Articulo 1.°

Cuando en 1825 comencé á cursar teología, *la reina de las ciencias*, como con tanta razon la llama Cervantes, con el objeto de hallar algun solaz y descanso de las graves tareas y largas horas de estudio y meditacion que me era preciso consagrar á Melchor Cano y Cerboni, que eran los autores consignados por el Gobierno que regia entonces los destinos de España, creí lo mas conveniente dedicarme al mismo tiempo al cultivo ameno y grato de las bellas letras, por las que desde niño habia yo manifestado la mas tierna y entusiasta predileccion. No bien me ocurrió aquella idea, me armé con dos voluminosos libros en blanco, á fin de copiar de mi puño y letra, en el uno los mejores trozos de prosa latina y castellana que me vinieran á la mano, y en el otro las composiciones poéticas mas bellas en uno y otro idioma. No me fue dificil encontrar libros impresos y aun manuscritos, con que pude muy pronto llenar muchas de las páginas mencionadas. Dejando á un lado los impresos de que me serví (porque andan en manos de todos) para satisfacer mis deseos, y no hablando tampoco de las composiciones latinas que trasladé, porque desgraciadamente en la patria del Brocense y de Luis Vives, hoy la lengua de oro de Ciceron y Virgilio está en el olvido y desuso mas completo, voy á hacer participantes á mis queridos lectores de algunos versos *inéditos*, que en tan ya lejanos dias, me entretuve en mis ratos de ocio en copiar con tanto placer como constancia. La mayor parte de aquellas poesías se deben á tres nobles ingenios, que entonces florecian no sin gloria de España, y que dejaron de existir hace ya muchos años. Los tres ilustres varones pertenecieron al estado eclesiástico; los tres nacieron en el último tercio del reinado de Carlos III; los tres se apreciaban mutuamente como sínceros amigos; y á los tres finalmente tuve yo la alta honra de tratar con la respetuosa deferencia con que la juventud bien educada suele tratar á las venerables canas, ennoblecidas y realzadas con la virtud y el talento.

El mas anciano de aquellos distinguidos cultivadores de las letras era el Padre José Soriano, natural de Valencia y religio-

so Dominicano en el convento del Pilar de la ciudad del Cid. Cuando yo era rapazuelo, residia en el de santa Lucía de Alcañiz el Padre Andrés Villanueva, que solia de vez en cuando visitar á mis padres y abuelos. Este ejemplarísimo religioso, que en 1825 vivia en el convento citado del Pilar, viendo mi aficion á la poesía, tuvo la bondad de presentarme á su compañero y amigo particular el Padre Soriano, que desde mi primer visita me manifestó un cariño paternal, así como yo comencé desde luego á mirarle con el mas entrañable y filial respeto. No tardó en facilitarme varias de sus composiciones poéticas, de que hablaré despues, por ser antes preciso dar algunas noticias biográficas de tan docto hijo de Santo Domingo de Guzman, gloria de España y de la Iglesia católica.

El Padre Soriano fue muchos años catedrático de teología, y uno de los predicadores mas infatigables y elocuentes de Valencia y sus contornos, sin que tan graves ocupaciones le impidiesen jamás dedicarse á las letras y al trato con las Musas. Durante la dominacion en España de José Napoleon, arrojado aquel de su convento como los demás religiosos de la península, ejerció la cura de almas en una de las parroquias de Alcoy. En 1820, el ayuntamiento de Valencia le encargó la oracion fúnebre en las exequias que allí se celebraron en el aniversario de la trágica muerte del coronel Vidal, Bertran de Lis y demás compañeros de infortunio, ajusticiados el año anterior, por haber querido restablecer en Valencia la constitucion del año 12. Soriano predicó un bello discurso, en el que exhortó con vehemencia, como ministro que era de Jesucristo, al perdon de las injurias, á calmar las pasiones tan desencadenadas y embravecidas entonces, al olvido de las discordias políticas, á la reconciliacion y paz en suma entre los españoles, que en lugar de amarse como hermanos, se aborrecian y odiaban entonces (como se odian y aborrecen ahora) cual si fueran enemigos los mas encarnizados. Esta santa doctrina, tan conforme al espíritu del Evangelio, no libró al buen sacerdote de ser encarcelado y perseguido á fines del año 23. La Municipalidad habia mandado imprimir su sermon, en el que hablando de las víctimas mencionadas, dice el orador estas literales palabras: *Tronó el cañon; cayeron los héroes; se arruinó la patria*, palabras que sirvieron de base á la persecucion de Soriano. Este, que tenia mucho talento, y conocia por tanto muy mucho á los hombres (aunque es muy difícil conocerlos), y previendo que sus penas y tribulaciones serian muy largas y crueles, dejó de andarse por las ramas y acudió al tronco. Tomó un ejemplar de su oracion fúnebre, y en respetuosa y humilde súplica recurrió al Vicario de Jesucristo. El bonda-

doso Pio VII, despues de mandar leer y examinar aquel impreso, y de pedir informes sobre el suplicante que le pedia justicia, mandó que dejasen en paz al religioso perseguido. Este siguió en su convento del Pilar hasta la esclaustracion general de 1835, en que volvió á la parroquia mencionada de Alcoy, donde falleció ya octogenario en 1844. Voy á hablar de sus versos.

Un amigo suyo, llamado D. Simon Mata, que era cojo y dómine, ó profesor de latinidad, en Alcoy, le regaló tres libras de chocolate en el dia que el cojo cumplia años. El agradecido sacerdote le dió las gracias con una docena de espinelas, de las que copio cuatro, que no desagradarán á mis lectores.

DECIMAS.

Cantará mi caramillo
Tres libras de chocolate,
Que en busca de mi gaznate,
Sin pensallo y sin pedillo,
Y sin pechar mi bolsillo,
Me han venido de rondon
Por merced de D. Simon,
De San Simon en el dia:
Y ved una Simonía
Digna de mi absolucion.

Digo que el tal chocolate
Llega á linda coyuntura,
Es decir, en la premura
Que anda el mio de remate.
Cuando mi seco gaznate
Anhelaba tal recreo,
Piadoso Dios, segun veo,
Quiere que en mi suerte amarga
Lleve mi pesada carga
Otro Simon Cirineo.

Segun refiere la historia,
Un ángel de Dios ¡qué cosa!
Vino, y trajo á Santa Rosa
Chocolate de la Gloria.
Al repasar tal memoria
Llega y toca Marianito
Con su bulto y recadito;
Lo destapo, y digo: ¡Tate!

Aún hay gloria y chocolate,
Y lo trae un angelito.
  En actitud remilgada,
(A pesar del *mal de pata*)
Venia el dómine Mata
Intérprete de embajada:
Como venia preñada
Me enterneció la visita.....
Permita mi Dios, permita
Que truequen desde hoy á este hombre
De dómine *Mata* el nombre,
En dómine *Resucita*.

En la prision que sufrió por la oracion fúnebre citada, consoló á otro sacerdote que por sus opiniones políticas era compañero suyo de reclusion, y estaba muy abatido, con las siguientes redondillas, que hacen recordar mas de una vez las famosas de Baltasar de Alcázar.

  Calla, Bartolo, las cosas
Se toman conforme vienen:
Las penas ¿qué alivio tienen?
No hacerlas tan enojosas.
  Son las doce y media dadas,
Y la comida se enfria,
Y mi vientre al medio dia
Pide auxilio á mis quijadas.
  Pues venga la mesa acá,
Que el sol algo nos caliente.....
Mas acá, no pasa gente,
Y si pasa, ¿qué verá?
  Ahí van sillas, servilletas:
Todo está ya en su lugar:
Vamos, hermano, á empezar,
Sin andar en etiquetas.
  Es otra de las verdades,
El que los presos desquitan
La libertad que les quitan
Con tomarse libertades.
  Me escandaliza en el suelo
La bota que ahí has dejado,
Que en la cárcel es pecado
Renunciar á tal consuelo.
  ¡Tan solo viene un puchero!

No está Don Din muy bizarro:
Aparta, aparta ese jarro,
Y bebamos á lo arriero.
Destapa ya la escudilla.
¿Qué viene? ¡Voto va á tal!
Es la batalla naval,
Nabos y arroz con morcilla.
Entre los arroces todos
No hay otro que mas me cuadre:
Yo le llamo el arroz padre,
Descendiente de los godos.
Asoma ya el pimenton:
Ponlo aquí, que á ti te ofende;
En traje llega de duende
El grandísimo bribon.
Solo el tufillo provoca,
Alarmando mi galillo:
Venga la bota, un traguillo
Quitará el susto á la boca.
¡Tanto beber!..... Pues repara,
¡Qué enjuto, qué paladar!
Apuesto que es de Biär.....
¿Por dónde irá mi cuchara!

El poemita, que es un poco largo, concluye así:

Dimos fin á la racion:
¿Ves, Bartolo? así las cosas,
Desabridas ó gustosas,
Concluyen á su sazon.

A la respetable Señora Doña Josefa María de la Cerda, hermana del Conde de Parcent y Contamina, dió los dias con una pulida letrilla, en la que se leen entre otras las siguientes estrofitas.

1.ª

Suceda al quebranto
Y á mi tierno lloro
La vihuela de oro
Y el plácido canto,
Pues es hoy el Santo
Que os dió nombradía:
Celebrad el dia.

2.ª

El hado á mis dones
No quiere fastuosos,
Ni en rasgos pomposos
Orlar mis renglones:
Tiernas efusiones
El vate os envía:
Celebrad el dia.

3.ª

El dia dorado,
En que Primavera
Su faz lisonjera
Asoma en el prado,
Bullendo de agrado,
Loca de alegría,
Celebrad el dia.

4.ª

El dia de amores,
Que en himnos süaves
Adulan las aves,
Y rompen las flores
Su cáliz de olores
Con franca hidalguía,
Celebrad el dia.

Tan lindo poemita, que consta de mas de cien versos, termina con los siguientes:

10.

En él circuida
La mesa de hermanos,
Y amigos y ancianos,
Cual palma pulida,
Sírvaos de comida
Néctar y ambrosía.
Celebrad el dia.

11.

Con grato embeleso
En él vuestros niños
Os pidan cariños,

Y á estilo travieso,
Pellizquen el beso
Que os den á porfía.
Celebrad el dia.

12.

Estas bendiciones
Le decreta el cielo
Al que acá en el suelo
Comparte sus dones,
Curando aflicciones,
Cual curais la mia.
Celebrad el dia.

Además de la prision que sufrió Soriano por la oracion fúnebre mencionada, sufrió anteriormente en Alcoy otra persecucion y encarcelamiento por orden de la autoridad napoleónica, que allí mandaba, durante el asendereado y triste desgobierno y semi-reinado del rey José. Ocioso es añadir que el ardiente y entusiasta españolismo del sacerdote, fue el pretesto y la causa de aquella arbitrariedad. Entonces fue cuando compuso la *Maldicion de la casa*, que consta de doscientos versos. Siento muy mucho no poderlos copiar todos. Para muestra, lee si te place, carísimo lector, las siguientes

ESTROFAS.

—

1.ª

Estaba Pepa ufana,
Porque obtuvo la casa que queria,
Y las llaves tenia,
Pensando la ocupar la otra semana.
No era en verdad la casa lisonjera,
Mas sea lo que quiera,
Teníala alquilada á poco precio,
Y sazon no era de gritar muy recio.

2.ª

En la menguada hora
Yo me veia por desgracia preso,
Y pobre con esceso;
Y Pepa, mi criada ó servidora,

De sus trapos y afan me mantenia,
Y á sus sayas decia:
Ahorrando de alquiler algun dinero,
Lo ganará de magras el puchero.

3.ª

Y estando en tal estado,
Corriendo bonancible nuestro asunto,
Se barajó en un punto;
Que todo se le anubla á un desgraciado.
Un cierto amigo mio (que lo fuera
Si gratitud tuviera),
Visitando al casero se propasa
A quitarnos, pujando, la tal casa.

4.ª

Así que hubo noticia,
Y luego que ve Pepa el artificio,
A par de aquel perjuicio,
Por tan villana accion ardió en malicia:
Y al darme á conocer sus pesadumbres,
Tambien yo arrojé lumbres
Por ojos, cara y por el cuerpo todo,
Maldiciendo y bramando de este modo:

5.ª

Yo te anatematizo,
Desventurada casa, y te maldigo,
Del umbral y postigo
Hasta el mas alto y empinado piso,
Y á tu suelo y paredes, y á tu ambiente
Los maldigo igualmente,
Conjurando en tu mal la rabia mia
A oriente, ocaso y norte y mediodía.

6.ª

Por todos cuatro vientos
Maligno azar te arrolle á torbellinos
Crueles y contínos:
Y asesten contra ti los elementos
Centellas, huracanes y temblores,
Y otras plagas peores,
Tu recinto azotando desde ahora
Con cuantos males recogió Pandora.

9.ª

La luz que el sol envia,
Sin esquivar la choza y la cabaña,
Que en claridad las baña,
Ni aun te salude á ti por cortesía.
No te llegue aura pura y nuevo viento
Que purgue tu aposento:
Arruinada, mohosa, triste, oscura,
Seas en vez de casa..... sepultura.

10.

Toda la garullada
De muchachos que acuden á la escuela,
Sita en esa plazuela,
Tu puerta al ver fatal, que está cerrada,
Haciendo ensayo del creciente brazo,
Den terrible aldabazo,
Y cuando se abra amainen sus rigores,
Entrando á miles á colar licores.

12.

Ráfaga de luz pura
Nunca jamás columbre tu cocina.
Maritornes mohina
A tientas apalpando y mal segura,
Busque aquí, rompa allí, y acullá bata
Tazas, vasos, piñata,
Concluyendo la escena postrimera
Con volcarse en las faldas la aceitera.

17.

A tu alcoba el invierno
Con tal rigor erice y con tal frio,
Que adúltero desvío
No pueda en ella gananciar un cuerno.
Con su tea apagada esté Himeneo,
Poniendo el rostro feo,
Y si quiere tratar cosas amigas,
De mano á boca hiélense las migas.

18.

Al revés, el estío
Con sus llamas lo ahogue y su bochorno,

Y bullan en contorno
Las mil progenies que empolló su brio,
Las moscas importunas, los mosquitos
Con arpones y pitos,
La pulga saltatriz, la roja chinche,
Con cuanto insecto mortifique y pinche.

21.

No pase por tu calle
Festiva procesion ni cabalgata,
Ni danza alegre y grata,
Ni galanes, ni damas de buen talle:
No se escuchen cantares ni instrumentos
De armónicos acentos;
Solo maulle el gato, ladre el perro,
Y los sollozos se oigan de un entierro.

Si mis carísimos lectores quieren tomarse la pena (que me he tomado yo) de comparar los anteriores versos con la célebre *Invectiva* al murciélago alevoso, y con su *Parodia* los *Huevos moles*, verán por sus propios ojos que la *Maldicion de la casa* no vale menos que las dos citadas poesías de Fr. Diego Gonzalez y Don Felix María Samaniego. El valenciano vate no tiene el delicado aticismo que aparece en los metros del religioso Agustino, ni la admirable *dificil facilidad* del fabulista riojano; pero en cambio tiene una *intencion*, una energía, una originalidad, que no tienen los otros dos poetas. La produccion que mas ocupó los ocios de Soriano por espacio de muchos años, fue un poema didáctico *sobre el origen de la palabra*. En 1829 constaba de tres cantos, de mil versos poco mas ó menos cada uno. Segun el plan del autor faltaban otros tantos. Leyóme varios fragmentos que me parecieron muy bellos. Ignoro si posteriormente pudo terminar su obra, de la que siento no haber podido copiar algunas descripciones y cuadros, porque el poema estaba entonces en borrador y en pliegos sueltos, por lo que no me los prestó para sacar copia, como hice de las otras composiciones que mis lectores han visto.

Artículo 2.°

Don Ceferino Leandro Lagrava, hijo de un médico muy instruido, nació en Zaragoza. Estudió latinidad en el colegio de escolapios, y filosofía, teología y cánones en aquella Universidad en compañía de mi padre. Por ser los dos estudiantes que mas

frecuentaban la biblioteca de San Ildefonso, eran tan amigos, que los otros escolares solian por broma llamarles *la soga y el caldero*. Lagrava en 1808 estaba en vísperas de ordenarse *in sacris*, pero lo impidió la invasion del ejército de Murat, y la guerra que siguió, tan gloriosa para España como funesta á la maquiavélica política de Napoleon. Durante los sitios de la ciudad *siempre heróica*, Lagrava fue Vocal y Secretario de la Junta de *armamento y defensa*, que creó Palafox en Zaragoza para ayudarle en aquella lucha de gigantes. Muchas de las proclamas y papeles sueltos que salian entonces de aquella nueva Numancia, y llamaban la atencion del mundo entero, se debian á la vigorosa y elegante péñola de D. Ceferino. Lo mismo digo de algunos himnos patrióticos, en que eran con entusiasmo celebradas las hazañas de los españoles y las derrotas de los franceses. Hé aquí una muestra.

Coro. Pues libertad y vida
Solo hay entre guerreros,
A las armas, iberos,
Iberos, á la lid.
Grata, dulce es la muerte
Del patriota, veloz á las alarmas,
Lejos el miedo inerte;
A las armas, iberos, á las armas.
Maldicion al cobarde, al vil que ofenda
A la patria querida,
Y maldicion de Dios á quien la venda,
Cual fue otro tiempo al musulmán vendida.
Aún hay varones de robustos pechos,
Donde la patria está. Aún es España;
Y si Pirene no hay, hay altos hechos,
Hay ardimiento, hay saña,
Que valen mas que muros y antepechos.
Hay valientes, por fin, hay muchos bravos,
De su Dios y su rey y patria amantes,
Que tú, aleve tirano, no desarmas:
Valientes que morir sabrian antes
Que la coyunda soportar de esclavos.
A las armas, iberos, á las armas.

De otra cancion bélica me es grato copiar las siguientes estrofas:

Mas el Franco, de ciego error domado,
A la voz del Altísimo ya esquivo,

Al gaditano suelo parte altivo,
Amenazando á España despiadado,
Y grita en voz furiosa
Que ha de lavar sus pies en trono alzado
Con sangre de españoles generosa,
Las vírgenes uncir al adulterio,
Y herrar la juventud en cautiverio.
Levántate, Señor, Dios de los justos,
Y aparta de los tuyos la cadena.
¿Cómo podrán servirte en tierra agena?
En Babel oprimidos y entre injustos,
Sin ara, ni átrio inmenso,
¿Cuando te alabarán libres de sustos?
¿Dó quemarán la mirra y el incienso?
¿Qué voz de canto sonará en tu gloria
Al cantar el pecado la victoria?

En una oda en loor de Wellington y otros héroes españoles, leo como sigue:

Ya veo, oigo y siento
A Castaños, Giron, Eroles, Mina,
Que entre héroes sin cuento
Muerte y muerte fulmina,
Y al galo cerca de inmortal rüina.
Y veo al gran soldado,
A Wellington, de la Anglia prez y gloria,
Sobre el Tajo afirmado,
Y en vividora historia,
A la sombra del árbol de victoria.
Ya no es Galia lo que era:
Fue Massena, fue Soult, fue Marmont fiero,
Fue el águila altanera:
Mas ya el valiente ibero
Sobre los huesos francos va ligero.

En otra oda titulada *el Templo de la Gloria*, el vate consagra estos versos á varios guerreros ilustres:

Aquel es Villacampa,
Que cubre de cadáveres la tierra
Donde audaz su pie estampa;
Este O'Donell, aquel Elío, en guerra
De hoz á fuer acèrada
En seca yerba por el sol tostada.

Allí Alava entra,
Mendizabal, Morillo y otros ciento,
Que el de Austerlitz encuentra,
Y asombrado, se turba sin aliento.
¡Oh, si me fuera dado
Cantar de España glorias inspirado!

Lagrava, como todos los zaragozanos capaces de tomar las armas, combatió á los sitiadores, y derramó su sangre en defensa de su patria. Llegó el año 1814, y la recompensa que recibió por sus desinteresados servicios, fue salir desterrado del suelo natal por su amor á la libertad política de España. Con este motivo se refugió en casa de un tio suyo, párroco de un pueblecillo inmediato á Huesca, en el que vivió sosegado y tranquilo por algunos años, entregado á estudios graves, que alternaba con el cultivo de las letras. No pocas de sus muchas poesías fueron escritas en aquel forzado retiro. Van á ver, si gustan, mis complacientes lectores muestras de una epístola que dirigió entonces á un amigo suyo que residia en Jaca. Comienza así:

Desde la falda del riscoso Guara,
Donde suspiro triste y desterrado,
Salud, Laurencio, y amistad te envia
Tu fiel amigo, tu infeliz Leandro.
Hice bien, sufro mal: esta es la queja
Que acostumbro dar solo en mi quebranto.
¿Y por qué no he de darla? ¿El torpe miedo
Callar haria la inocencia acaso?
¡Ah! no; jamás: mientras el aura ingrata
Respire yo del territorio hispano,
Cuanto mas me maltrate la fortuna,
Cuanto me ultrajen mas mis adversarios,
De mi honor en defensa justamente,
Fuerte mi voz levantaré otro tanto,
¿Es delito el amor (diré) *entre fieras?*
¿Es crimen la verdad entre tiranos?
Pues amor y verdad son mis delitos;
Venga el castigo que se deba á entrambos,
Que por grande que sea, todavía
Será el gusto mayor en tolerarlo.
Pero ¿qué mal habrá que ya no sufra?
¿Qué bien del que no me halle yo privado?
La vida solo en mi dolor me resta;
Si vivir es el respirar penando.

Despues de hablar de sus primeros años, dice el poeta:

Así volaron los abriles mios,
En áridas tareas marchitados,
Y cuando libre por la vez primera,
La lira estaba con quietud pulsando,
La trompa escucho de Mavorte fiero,
Que llama al español, de guerra al campo;
Y aunque yo nunca por natura fuese
Ni al clarin ni á las armas destinado,
Aquel hago sonar, nunciando sangre,
Viudez, desolacion, muerte y estragos,
En vez de placentero caramillo,
Mucho mas propio de mi tierno labio.
Tronó el bronce mortífero á mis ecos,
Y al golpe ciego de sus crudos rayos
Cayeron, ay! sin vida juntamente
Mis amigos y deudos con el Galo.

Lagrava escribió esta epístola en 1816. Despues de hablar en ella de la triste situacion en que se hallaba entonces España, dice á su amigo (que, como ya indiqué, residia en Jaca) lo que sigue:

Tú que vives, Laurencio venturoso,
En el fecundo suelo jacetano,
Pregunta á sus cenizas olvidadas
Qué fruto sus proezas les han dado.
Vuela en alas del dulce patriotismo
De la cumbre de Oruel á la del Pano,
Y ante sus tumbas silenciosas llora
La ignoble frialdad con que miramos
No tan solo los huesos, que allí yacen,
Sí es tambien los ejemplos que dejaron.
Bebe en tan pura fuente españolismo;
Invoca á los Ramiros y á los Sanchos;
Besa la tumba en que durmiendo Abarca,
Guarda memorias de eternal aplauso;
Nobles memorias que inflamando infunden
Aliento al pecho, robustez al brazo.
¡Oh, quién me diera por mi patria ahora
En lid sangrienta perecer matando!
¡Quién me ciñera el vengador acero!
¿Quién me calara el refulgente casco!.....
Mas yo deliro..... Ni mi patria existe,

Ni me oyen ya sus defensores bravos,
Finaron unos sus gloriosos dias,
Suspiran otros en país lejano,
Aquel murio aherrojado allá en la Libia,
El invicto Porlier en un cadalso,
Mientras feroces sus verdugos triunfan
De tanta ciencia, de civismo tanto.

Mas adelante dice así el poeta:

¿Quién viendo en triunfo la maldad riendo
Y entre cadenas la virtud llorando,
Vivir no quiere lejos de los hombres,
Allá en la cumbre del fragoso Cauno?
¡Qué dichoso yo allí disfrutaria
El fruto de mi rústico trabajo,
De modesta alquería en el recinto,
O á la sombra de abetos y castaños!
Nunca al umbral de mi pajiza choza
Llegarian dolosos cortesanos,
Sino tan solo el pasagero errante,
Que sería con júbilo albergado.
Si algun mendigo á demandar sustento
Allí llegara en vacilantes pasos,
Tanta lástima á todos nos haría,
Que hasta mi can le hiciera mil halagos.
Al fin un dia luciría alegre
En que vendria mi Laurencio amado
A completar mi gozo y mi ventura,
Entre sus tiernos amistosos brazos.
¡Oh, cuán ansioso le sirviera entonces
En mi mesa frugal, con larga mano,
De mi huerto, mi grey y mi granero
Saludables manjares no comprados! etc.

A principios de 1852 (en que D. Ceferino se aproximaba ya á los ochenta), yo residia en Alcalá de Henares, como Capellan y Profesor de Historia y Religion en el Colegio de Cadetes de caballería, y maestro además de latinidad en el establecimiento llamado el *Complutense*, agregado á la Universidad Central de Madrid. Llegó el cumpleaños de aquel buen viejo, y me pareció muy justo felicitarle con un sencillísimo romancillo pastoril, por el estilo de los de Melendez, que, sea dicho entre paréntesis, gustaban tanto á Lagrava, que casi todos los sabia de memo-

ria. Este, segun su invariable costumbre (á pesar de sus muchas Navidades), me contestó en endecasílabos. Hé aquí algunos de ellos.

EPÍSTOLA.

¿Por qué, Argiro, por qué con tus querellas
Redoblas inhumano mi martirio,
Si sabes que volver á tu regazo
No depende, ó dolor! de mi albedrío?
Si dependiera de él, como algun dia
En que el cielo mirábame propicio,
No tan solo á tu lado me tuvieras,
Sino que nunca hubiérasme perdido.
El honor, el deber (tú lo conoces)
Me prescriben vivir en este sitio,
Y á su imperiosa voz, jamás rebelde
Ni lo será Leandro ni lo ha sido.
La amistad va con la virtud, y aquesta
Exige dolorosos sacrificios,
Sin escluir de todos el mas grande,
Cual es el ausentarse los amigos.

Despues de hablarme aquel escelente anciano de la fundada esperanza que tenia de vernos y abrazarnos dentro de breve tiempo, me exhorta á continuar el estudio y cultivo de las letras, y añade:

Rompan, pues, tus armónicos acentos,
Loando de amistad los atractivos,
Y haciendo llevadero mi quebranto
De tu cantar con el calmante hechizo.
Pláceme, dulce amigo, que mi nombre
Suene por el Henares cristalino,
No en la soberbia trompa de la fama,
En tu modesto y blando caramillo.
Modesto, sí, porque á modesto anciano
Lo consagras bondoso en tu retiro,
Y desdeñando públicos aplausos,
Te sabes contentar con mi cariño.
Te lo aseguro: las desgracias todas
Que mi espíritu aflijen de contino,
Me han hecho tan feliz en amistades,
Que con el alma toda las bendigo.

Bendícelas tambien; y pues la dicha
Labrar anhelas de los tiernos hijos
Que á tus cuidados confió la patria,
Para que de ella se los vuelvas dignos;
Si la llama advirtieres en algunos
Que prende de amistad con fuego activo,
Procura diligente fomentarla,
Cuéntales lo de Eurialo y de Niso.
Estréchalos lloroso entre tus brazos,
Haz que tambien se abracen ellos mismos,
Que serán venturosos de esta suerte,
Y amantes de la paz y compasivos.
Mal conocen, Argiro, en su dureza
De esta divina llama el poderío
Los pedagogos que con torvo ceño
En un pecho pueril miran su brillo.
Es pasion, en verdad, pero muy noble;
Y si saben fogosos estravíos
Prudentes evitar, de las virtudes
Será aguijon, y freno de los vicios.
Yo lo sé, yo lo sé: jamás mi labio
A un joven ofreció no corrompido
Amistad tierna y síncera, que al punto
No haya emprendido el áspero camino
De la virtud, siendo despues modelo
De humanidad, justicia y patriotismo,
A pesar de los óbices que opone
A su práctica el mundo fementido.
Y si justos y humanos fueran todos
Y amantes de su patria, dulce Argiro,
¿Viéranse con desdoro de la España
Tanta depravacion, tanto delito?
Lloremos ¡ay! lloremos de consuno
Tamaña ceguedad y desvarío,
En vez de lamentar una desgracia
Que no por culpa nuestra merecimos.
Desgracia pasagera, que cual sombra
Disiparse veremos de improviso,
Que endulza la amistad con sus caricias,
Y que ha de convertirse en regocijo.

Parece mentira, y no lo es, que estos metros, tan fluidos y sencillos como notables por la sustanciosa miga que contienen, salieran de una cabeza octogenaria. Mas vigorosos y correctos

son otros latinos que me envió el vate desde Zaragoza en 1828, exhortándome de parte de mi profesor de latinidad á versificar en el idioma de Virgilio y Horacio. Escríbí por entonces un poemita sagrado que remití al buen Lagrava, residente á la sazon en su pueblo natal. Lo leyó á mi Maestro el Padre Demetrio Ricarte, y este le dijo *que, al contestarme, me indicara lo que llevo dicho*. El poeta, que manejaba la lengua latina con la facilidad y pureza misma que el propio idioma, en vez de responderme en prosa, ó en versos endecasílabos asonantados, como otras veces, me dirigió los siguientes

DISTICOS.

Carmina perlegit tua cum modulata Magister,
Increpuere manus plausibus ecce suis.
Vult tamen Inachidum sacra exemplaria volvas,
Quæque Venusinus protulit, atque Maro.
Aurea scripta jubet nobis jam sedulo adire,
Vertere et hispano sæpe latina sono.
Incitat ipse sitim vivis sedare Heliconis,
Ausoniâque Lyra fundere dulce melos.
Pectora nostra virent flagrantia numine Phœbi:
Carmina cui reddam? Gaspar amice, tibi.

Nada diré de los precedentes exámetros y pentámetros, porque los latinistas verán por sí mismos, que el humanista zaragozano sabia escribir dísticos tan bellos como los neo-latinos mas estirados de la época del renacimiento.

En el citado 1828, Fernando VII y su augusta y angelical esposa, María Josefa Amalia, visitaron la capital de Aragon, con motivo de los graves y trágicos acontecimientos del año anterior en Cataluña. Con tan plausible motivo hubo fiestas públicas en la ciudad *siempre heróica*, y versos, y sobre todo coplas y romances de ciegos en abundancia. El ayuntamiento, celoso de su honra, encargó á Lagrava un poemita, con el objeto de solemnizar en verso la visita que hacian los reyes á la moderna Numancia. Justo es copiar aqui algunas de las patrióticas y rotundas octavas del vate.

Despues de hablar de las escenas de horror y sangre que presenció el Ebro en tiempo de los sitios de Zaragoza, y de otros objetos no menos graves, aludiendo á los alegres pescadores de aquel caudaloso rio, dice el poeta:

OCTAVAS.

6.ª

Deja el leño en la líquida campaña
Plateado rastro de brillante espuma,
Y á un lado y á otro lado le acompaña
Banda de cisnes de nevada pluma,
Que dejando su nido en la espadaña
El barco admiran, que la espalda bruma
Del rio tantos años no surcado
Por barquichuelo alguno empavesado.

8.ª

Ni las bellas que lavan los cendales,
En su labor persisten afanosas,
Que viendo cerca el término á sus males,
Blancos lienzos sacuden bulliciosas,
Y enlazadas con jóvenes zagales,
Sobre el verde tapiz danzan airosas,
Y hay quien oye á su amante: *Si el Rey viene,*
Segura es nuestra boda, linda Irene.

9.ª

Llega luego del piélago de oriente
Afanado un triton con su bocina,
A intimar con la pompa conveniente
Por la fluvial llanura cristalina
Las órdenes de aquel, cuyo tridente
En la mar y en los rios predomina;
Y á su torcida trompa dando aliento,
Paran las aguas, enmudece el viento.

13.

El rio empero, con su gran prudencia,
Despues de tantos siglos adquirida,
Pues la mejor maestra es la esperiencia,
Segun los varios lances de la vida,
Al ver al mensajero en su presencia,
Presume la razon de su venida
En ocasion á todos tan felice,
Y con pausada voz así le dice:

14.

«Ya sé á qué vienes, mensajero fausto,
»Con tal presura desde la onda Ejea,
»Donde Neptuno, al musulmán infausto,
»En su concha de nácar se pasea.
»Grato ha sido á los cielos mi holocausto,
»Grato de èsa ciudad, que aún hoy humea
»El glorioso leal asolamiento:
»Llegó, llegó ya el fin de mi tormento.

20.

»¡Cuánto en el tiempo aquel me deleitaba
»Por ese gran canal ir de contino
»Cuando mi antigua ruta abandonaba,
»Entrando ledo por mejor camino,
»Y so frondoso pabellon marchaba
»Entre el fresno, y el álamo y el pino,
»Ruedas moviendo, manejando sierras,
»Y vida dando á productoras tierras!

30.

Suena en tanto el cañon estrepitoso,
El fin de los anhelos anunciando,
Y visto el torbellino polvoroso
Que al puente colosal vase acercando,
El Ebro mueve su escuadron hermoso
De ninfas bellas, rápido marchando,
Y al ver al Rey, le dice en voz süave:
Tomad, Señor, mi cristalina llave.

31.

El monarca sonrie, y en la frente
De Amalia luce el Iris de bonanza;
Crece con esto de la ibera gente
A tal punto la noble confianza,
Que al dulce impulso de su amor ardiente,
Vencido ya el temor, riendo danza,
Y en derredor de la triunfal carroza
Así en tiernos cantares se alboroza, etc.

Desde la falda del riscoso Guara, do el vate gimió tantos años desterrado, los sucesos políticos de 1820 le condujeron al congreso nacional como diputado á Cortes por la provincia de Hues-

ca. Muy pocas veces habló en el estamento, aunque era mas capaz que otros que hablaban mucho. Cuando dejó oir su voz elocuente y fácil palabra con mas energía y solemnidad fue en defensa de las Escuelas Pias, amenazadas de muerte. Garelli, Marcial Lopez y Lagrava, discípulos los tres de los hijos del gran Calasanz, triunfaron de los adversarios de tan humanitario y util instituto. Por aquel tiempo dió á luz un precioso opúsculo político, poniendo por lema en su primera página las tan sabidas palabras de Tácito: *Summa libertas, parere legibus.* Las asonadas, los *trágalas* y desatinos de aquellos tres años, no dejaron oir ni las palabras de Tácito, ni las juiciosas reflexiones del diputado aragonés. Este fue posteriormente gefe político de Chinchilla, donde dejó tan paternales y gratísimos recuerdos, que en junio y julio de 1843, cuando estuve en aquella ciudad con mi regimiento, que acompañaba á Espartero en su espedicion á la *tierra baja* de Andalucía, mi patron de Chinchilla, que era un respetable sacerdote, se hacia todo lenguas en justo loor del buenísimo D. Ceferino, llamándole entre otras cosas *amparo de los desvalidos y padre de los pobres.* A pesar de todo aquel respetable varon, cuando vino el Duque de Angulema, fue de nuevo perseguido y aun encarcelado, Habiéndolo dejado en paz, fué apoderado general del Marqués de Albaida y San José, destino que tuvo que tomar para poder subsistir. Años despues se ordenó de sacerdote, y fué canónigo de Murcia muchos años. El respetable Garelli y otros amigos se empeñaron en presentarlo para una mitra; pero el modestísimo D. Ceferino rehusó con tanta humildad como firmeza aquella muestra de bondad. Los muchos años que vivió en su catedral, ejerció con frecuencia la oratoria sagrada con tan ardiente celo como elocuencia. No renunció por eso nunca al cultivo de las Musas y de las letras. En 1848 dirigió al Papa un precioso poema, y el bondadoso Pio IX se dignó darle las gracias, en una carta que rebosa ternura y benevolencia paternal.

Se me olvidó decir anteriormente, que en 1809 y 1812 publicó dos cantos ó rasgos épicos á los dos sitios de Zaragoza. El primero está dedicado al invicto Palafox, y el segundo al denodado Mina. Por no tenerlos á mano (y lo siento mucho) no copio algunos fragmentos. La obra poética, empero, de mas estension que escribió, fue una coleccion de *Heroidas políticas* sobre el estado social de España. Es una lástima que el autor no publicase este importante libro, indignado al ver la poca aficion que hay en nuestra patria á toda produccion seria y formal, aun cuando sea de conocida utilidad pública, como lo eran realmente aquellas *Heroidas.*

Artículo 3.°

Quisiera poder disponer de mas tiempo, y sobre todo de mas espacio en esta coleccion de mis obrillas, para escribir la biografía del Reverendísimo Padre Joaquin Esteve de San Miguel, Vicario general dignísimo de las Escuelas Pias de España. No siendo esto posible, ofreceré algunos ligeros apuntes biográficos á la memoria de tan respetable y docto prelado. Nació en Fuentespalda, villa del *Bajo Aragon*, con cuyo motivo hizo todos sus estudios en el Colegio de Escolapios de Alcañiz, desde los rudimentos de las lenguas latina y griega, hasta la sagrada teología y matemáticas inclusive. Bien puede afirmarse que desde la fundacion de aquel piadoso establecimiento en 1729, hasta el dia de hoy, no salió de él discípulo mas aprovechado, ni ingenio mas brillante y profundo. Esteve nació *para dominar todas las ciencias*, como se dijo de otro sábio del siglo XVI. Si su renombre no es tan grande en el orbe literario como debiera serlo, consiste principalmente en su falta de salud durante los últimos años de su vida, y además en las contínuas y graves ocupaciones que le absorbian todo el tiempo, ya en la enseñanza de la niñez y adolescencia cuando era joven, ya tambien en el desempeño de las prelacías en sus postreros años. Despues que terminó su generalato, determinó salir de Valencia y retirarse al colegio de Albarracin (por consejo de los médicos), donde pensaba reunir, coleccionar é imprimir sus escritos, cuya publicacion hubiera dado no escasa gloria á las letras españolas.

Desgraciadamente para estas, no pudo realizarse aquel feliz pensamiento, por haberlo impedido la muerte, cuando Esteve solo contaba 58 Navidades. Si hubiera vivido tanto como Soriano y Lagrava, las joyas literarias de aquel preclaro y fecundísimo ingenio, enriquecerian hoy el tesoro de nuestra literatura nacional. De todos modos no morirá su nombre, á pesar de las pocas veces que apareció impreso durante su vida.

De la breve reseña necrológica latina, que al fallecer en Valencia aquel varon ilustre en 9 de julio de 1830, se remitió desde aquella capital á todos los Colegios de España, es muy oportuno dar á conocer á mis lectores algunos períodos. Hablando de su magisterio en el Seminario *Andresiano* de dicha ciudad, dice así: *Cumplió admirablemente sus deberes de maestro. Modelo de profesores, no omitió diligencia, ni cuidados ni afanes para gravar en los ánimos juveniles de sus discípulos el gusto literario mas acendrado y esquisito, á fin de que se acostumbrasen á mirar con horror los vicios,*

leyendo con inteligencia los escritos del paganismo, es decir, las obras del culto y elocuente Ciceron, del vehemente y fogoso Demóstenes, del magestuoso, florido y galano Tito Livio, del característico, elegante y gracioso Terencio, etc.; para que de este modo quedasen mas profundamente arraigados en sus alumnos los inmutables y divinos principios de la moral y de la religion cristiana.

Fue despues nombrado Esteve lector de los jóvenes escolapios, á fin de que les enseñase filosofía y teología, y además humanidades, para que con el tiempo pudieran ser maestros aventajados de los innumerables alumnos que se educan en sus escuelas. Con este motivo dice así la citada reseña: *Para que el raudal de su doctrina no quedase reducido á estrechos límites, sino que pudiera fluir y correr con inestinguible abundancia por el vasto campo de nuestro religioso instituto, se le encargó la instruccion de nuestros jóvenes clérigos en el ramo perteneciente á la filosofía, teología y bellas letras. Esteve, abriendo entonces á sus discípulos tan saludables y puros manantiales, bebieron aquellos á boca llena, recogiendo despues las Escuelas Pias ópimos frutos en la literatura y ciencia de Dios, que es el objeto de su institucion veneranda. Adoctrinados los discípulos con el ejemplo y lecciones de su digno preceptor, sobresalieron posteriormente muy mucho en virtud y letras.*

Haciendo mencion aquel escrito del tiempo en que Esteve ejerció la autoridad, dice estas notables palabras: *Aunque exactísimo por su parte en la observancia de nuestra regla y constituciones, y religioso ferviente como el que mas, y de rostro serio y grave por naturaleza, y de celo ardentísimo contra la tibieza que tanto perjudica á la religiosidad del claustro, siempre templó con la prudencia digna de un padre el ardor de su celo, para que no degenerase en indiscreto y amargo.*

Despues de hablar de sus dotes como sacerdote y religioso, corresponde hacer mencion de su talento y su ciencia. Quizá era el único literato en toda España que sabia versificar con facilidad y elegancia, lo mismo en la lengua de Garcilaso, que en los idiomas de Virgilio y Homero. Los Escolapios le llamaban el *Griego* comunmente, á pesar de los muchos helenistas que honraban la corporacion. No solo se habia dedicado al estudio de los dialectos todos que se hablaban en la antigua Grecia, sino que poseia tambien el griego moderno, bien diferente en verdad del que usaban Platon y Tucídides, Píndaro y Alceo. Cuando en vida de Esteve llegaban griegos á la ciudad del Cid (lo que sucedia con alguna frecuencia), no se encontraba allí intérprete mas idóneo, para entenderse aquellos con las autoridades ó con otras personas.

Desde muy joven comenzó el buen sacerdote á llamar la

atencion con sus discursos sagrados y con sus producciones, á pesar de que publicó muy pocas, como ya indiqué anteriormente. La poesía de mas estension que imprimió, fue su cancion en la distribucion de premios que hizo la Academia de bellas artes de Valencia el 6 de diciembre de 1798, cuando el vate solo contaba 26 abriles. Aquella respetable corporacion, á la que pertenecian las personas mas notables é ilustres de la ciudad, insertó en sus actas, impresas con un lujo verdaderamente régio, esta y otras producciones en prosa y verso del ínclito aragonés.

He aquí algunas estancias de aquella cancion.

1.ª

¡Cuál se encumbran, oh cuán arrebatados
En las fogosas alas
Del entusiasmo audaz suben al cielo
Fieles alumnos de la sabia Palas,
Los creadores Genios inspirados,
Espléndido blason del patrio suelo!
El presuroso vuelo,
O voladora planta,
Mas y mas animad, almas divinas.
La luz de vuestras obras peregrinas
¿A quién hoy no suspende? ¿A quién no encanta?
¡Oh! si á mí dado fuera
Alzar la humilde lira á vuestra esfera,
¡Cómo entonces cantara las victorias
Del mágico pincel, sus altas glorias!

2.ª

Mas ya el etéreo fuego que en el pecho
Fijó naturaleza
Se ceba con aliento soberano,
Ondea volador, y ligereza
Mi numen gana tanta, que es estrecho
El ámbito mayor al rapto ufano:
Me eleva diestra mano
A la eminente cumbre,
Do en pródiga efusion todas las partes
Hinchen de su esplendor las *Nobles Artes*.
¡Oh, qué inefable y hechicera lumbre!
¡Region encantadora!
Aquí el prodigio de belleza mora;
Aquí los manes de las grandes almas
Ledos embrazan las triunfales palmas.

3.ª

Salve, grandiosa mole peregrina,
De Palas sacro templo.
Desde estos áureos ínclitos umbrales,
¡Qué vario hechizo atónito contemplo!
¡Cómo surte la vena cristalina
Que anega los ingenios en raudales
De rasgos inmortales!
¡Cuál por floridos llanos
Marchan los héroes en augustas pompas,
Los claros héroes que á sonoras trompas
Inflaman con sus hechos sobrehumanos!
Aquí los coliseos
Se ostentan, las estátuas, los trofeos
Del divino pincel, de la escultura,
De la exacta y sublime arquitectura.

4.ª

Las ásperas fatigas galardona
Benéfica Minerva
Aquí de alumnos y de atletas fieles,
No en orla estéril de caduca yerba,
Mas en brillante y eternal corona
De mérito esplendente. Los Apeles,
Los Fidias, Praxiteles,
Y los augustos manes
De Sancio, Bonarrota, Paulos Ponces
A una la aclaman, y en eternos bronces
Grabados muestran émulos afanes.
En distinguido solio
Dominan los que el fiero Capitolio
Alzaron, y de Rodas el Coloso,
Y de Escorial el templo suntüoso.

6.ª

¿Qué fuera el quinto Carlos, y qué fueran
Nuestros héroes gloriosos,
Si nuevos Zeuxis, Fidias ó Lisipos,
Nuevos Rubens en rasgos animosos,
Que llamas celestiales encendieron,
No dieran en vivientes prototipos
Los Carlos, los Filipos?
Poder irresistible

¡Del genio creador! Omnipotente
Abres la oscura tumba, y prontamente
Soplas vida á la muerte; al invencible
Pincel fáciles ceden
Las edades, los siglos retroceden:
En su invencion feliz, fuerza espresiva,
Nada puede morir, todo se aviva.

Aludiendo al retrato de D. Jaime el Conquistador (premiado por la Academia de Valencia) en la triunfal entrada del vencedor monarca en dicha capital, despues de ser ocupada por sus huestes, que la arrebataron al poder y dominacion de los musulmanes, dice el vate aragonés:

8.ª

¡Mas, cielos! ¿Dónde estoy? Tembló la tierra,
Todo, todo zozobra;
Un negro polvoroso torbellino,
Que mas violencia á mas estragos cobra,
Un héroe avanza, un rayo de la guerra.....
¿Quién eres, sombra augusta? Lo adivino.
Jaime, Jaime el divino,
El guerrero piadoso
Que con la roja cruz nuestras almenas
Orló, eclipsando lunas agarenas.
Palas, Palas, en Rey tan venturoso
Sus lápices aviven
Tus bellos genios. ¡Oh! cuál lo describen,
Mientras grato holocausto á Dios inmola,
Cuando el pendon Alibufat tremola.

Esta cancion consta de diez y seis estancias. La última dice así:

16.

La sien ceñida con diadema de oro,
Los que en la lid honrosa
Han aspirado un tiempo á la gloriosa
Palma, ya os llaman con feliz ejemplo
De insignes genios al divino templo.
En vos, en vos la patria alborozada,
La florida Valencia
Sus glorias cifra. Fausta la Academia
Crecer os mira en noble competencia.
Acorred. ¡Oh! ¿No veis cómo esmaltada
Os brinda la corona con que os premia?

Subid, genios, subid, que ansiosa os llama
De la inmortalidad al alto asiento:
Subid felices, y mi rudo acento
Cese, y comience la incesable fama.

Don Juan Nicasio Gallego, que fue muy amigo del Padre Esteve, y sabia de memoria su cancion á las Nobles Artes, despues de elogiarla con entusiasmo, me dijo, que cuando Melendez Valdés estuvo el año 1812 en Valencia, vió por una feliz casualidad dicha composicion, con cuyo motivo fue al Seminario Andresiano, á visitar y felicitar al vate, lo que no pudo realizar el bondoso y dulcísimo Batilo, porque residia entonces el docto escolapio en el Colegio de Zaragoza, como lector de los jóvenes clérigos del Instituto.

Todas las poesías que escribió Esteve (que no son pocas), lo mismo que sus obras en prosa, como han podido ya observar mis lectores por sus ojos, tienen por distintivo el delicado aticismo de los griegos, y la correccion y *severidad* latina de los escritores del siglo de Augusto. No es así la literatura romántica de nuestros dias. Elogio igual podria hacerse de las oraciones fúnebres, panegíricos y sermones morales que predicó, y dejó al morir correctamente copiados en varios tomos. Además de su entendimiento clarísimo, tenia tan feliz memoria el buen sacerdote, que cuando estaba entre helenistas recitaba páginas enteras de San Basilio, San Juan Crisóstomo ó de San Gregorio Nacianceno, con la misma oportunidad y desembarazo que decia versos de Homero, Píndaro y Aristófanes, ó párrafos de Platon, Tucídides y Jenofonte. Por supuesto hacia otro tanto con los autores latinos, españoles, franceses, italianos, ingleses y alemanes, por haber hecho un estudio profundísimo de los idiomas en que escribieron aquellos.

De todos sus discursos sagrados, solo se imprimió su oracion fúnebre en las exequias de la reina Amalia, que le encargó la Maestranza de Valencia. A pesar de que estaba ya *casi moribundo el orador*, desempeñó tan felizmente aquel honroso encargo, que cuando poco despues publicó el citado D. Juan Nicasio su hermosa y animada descripcion de aquellas exequias, hizo un grande elogio de la oracion fúnebre, como lo hicieron cuantas personas inteligentes oyeron al predicador, ó leyeron su oracion impresa.

Otra obra en latin habia publicado el sábio sacerdote años antes; es decir, cuando, joven todavía, ejercia el magisterio de humanidades en el *Andresiano*. Con motivo de un certamen de los alumnos que allí se educaban, uno de ellos recitó desde el

púlpito (segun costumbre en tales ocasiones) un discurso de su Mentor ilustre, sobre el modo de enseñar: *De ratione docendi. Oratio.* Si en lugar de ser yo un clérigo (y clérigo cesante por añadidura), fuera un hombre acaudalado, publicaría *en letras de oro* aquel testo latino, acompañado de traducciones en castellano, en lemosin, en gallego y vascuence, y hasta en *caló* ó jitanesca gerigonza, para que no quedara un solo español, ni aun en las madrigueras y cuchitriles de Triana, Guadalmedina ó el *Mundo Nuevo* de Málaga, que dejase de leer aquel opúsculo precioso, muy digno de ser estudiado en todos tiempos, y sobre todo al presente, en que el *plan de estudios* que hoy rige no es el plan mas adecuado para fomentar la instruccion pública, pues perjudica mucho á los pobres, ó lo que es lo mismo, á los *hijos del pueblo*, del verdadero pueblo español, del nobilísimo pueblo español, y solo favorece á las clases acomodadas, á los hijos de los ricos, que son los menos. ¡Y dicen que estamos en tiempo de *libertad* y de *progreso!* Volvamos al Padre Esteve. Este sacerdote, por encargo de Calomarde, formó un *plan de estudios*, que él solo bastaria para inmortalizar á su autor. Desgraciadamente para el Ministro del rey difunto, *no se atrevió á ponerlo en planta.* Eso mas perdió Don Tadeo, y lo que es peor, la patria del Abulense y de Cervantes.

Si D. Juan Prim, hoy Presidente del Consejo de Ministros del Regente del Reino D. Francisco Serrano, hiciera resucitar el plan de Esteve para que rigiera en los establecimientos literarios de España, Prim y hasta mi *tocayo* Serrano se pondrian al pecho una venera tan honrosa y mas que el Toison de oro. Vuelvo al sábio sacerdote de Fuentespalda, y vuelvo para concluir diciendo, que en los últimos años de su existencia escribió un admirable opúsculo para instruccion de los escolápios jóvenes, en que les prescribia un admirable método *de aprender y enseñar las bellas letras* á los discípulos que frecuentan las Escuelas Pias. De esta obra (que no es larga) digo lo mismo que dije de su elocuentísima y elegantísima oracion: *De ratione docendi.* Dios quiera que los viejos *veamos* (no será mala señal) impresos los escritos del sábio aragonés, para nuestro aprovechamiento y enseñanza, y para eterna gloria de las letras españolas. Si llegan á realizarse estos mis ardientes y laudables deseos, ocupará el P. Esteve en el templo de la gloria el honrosísimo lugar que de justicia le corresponde; es decir, un lugar al nivel del que ocupan al presente los difuntos D. Alberto Lista y Aragon y Don Juan Nicasio Gallego; y de este modo los tres preclaros eclesiásticos formarán un triunvirato, que quizá nos envidien otras naciones.

EL ROSARIO DE MI MADRE.

LEYENDA.

Con esta devocion (que pertenesce á la gloria del Hijo y de la Madre) alcanzará el hombre la gracia y el favor de ambos, para que le sean favorables en todos los negocios y trabajos de esta vida, y mucho mas en el postrer trance de la muerte, para que ayudado en este paso, vaya á gozar y ver á esta Santa Virgen con su precios Hijo en el Cielo. (Fr. Luis de Granada, Misterios del Rosario, cap. 28, párrafo último.)

¿Qué no han dicho los hereges modernos, Calvino, Lutero y otros para desacreditar el uso del Rosario? Mas es conocido el gran bien que esta augusta devocion ha traido al mundo. ¡Cuántos por medio de ella se han librado de sus pecados! ¡Cuántos se han convertido á una vida santa! ¡Cuántos han hecho una buena muerte y se han salvado? (San Alfonso Ligorio, Glorias de María, obsequio 3.º, del Rosario y del Oficio Parvo.)

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LATOUR.

Mi estimadísimo y respetable amigo: Cuando á fines de junio escribí á V. participándole la muerte de mi buena Madre, acaecida pocos dias antes en Zaragoza, añadiendo que me habia sido imposible dirigirme á dicha ciudad para recibir el último á Dios y la bendicion de aquella respetable anciana, por haber opuesto á mi ardiente y filial deseo un obstáculo insuperable las terribles escenas del 22, que habian ensangrentado las calles de Madrid, y llevado el asombro y el espanto á todos los pueblos de España, V., con la indulgente y bondadosa amistad que tanto le distingue, me dió desde San Lúcar de Barrameda, donde V. á la sazon residia, una contestacion de pésame, ó mejor dicho de consuelo, que no pude leer entonces, ni meses despues, sin bañarla con llanto de mis ojos.

V. sabe muy bien, amigo mio, y yo no lo ignoro por la misericordia de Dios, que únicamente los consuelos, los inefables, los divinos consuelos de nuestra santa Religion pueden atenuar, y aun disipar completamente, los dolores y amarguras y tribulaciones en los grandes infortunios, que á todos los hombres sin escepcion nos aflijen con harta frecuencia en este valle de lágrimas. Los consuelos, pues, de la filosofía cristiana fueron los que V. me dirigió en aquellos dias de pesar y luto, dias los mas amargos y tristes de toda mi vida. Tiene V. mucha fe y mucha piedad, mucho talento además y mucha ilustracion y cono-

cimiento de los hombres, para tratar de consolarme á mí con otras filosofías en aquella ocasion, en que brotaba sangre mi corazon, lastimado con la herida reciente.

¿Cómo era posible dejar de dar á V. las gracias mas afectuosas por su finísima y tierna y elegante y preciosa carta? Era un deber mio, y así lo hice volviendo á escribir á V., y mencionando de nuevo, como era natural, aunque de pasada, el respetable nombre de la cristiana Señora que me abrigó en su seno maternal y me crió á sus pechos; cuya dicha, cuya gloria no tienen todos los hijos, por desgracia suya y de sus madres.

En esta segunda carta mia manifestaba á V. con la mas dulce y amistosa y entrañable efusion de mi alma, que habia recibido últimamente el Rosario con que mi piadosísima y religiosa madre habia rezado por espacio de mas de ochenta años: Rosario que me habian enviado desde Zaragoza por orden espresa de la difunta, que lo habia encargado muy encarecidamente á su virtuoso confesor pocos momentos antes de entregar el alma á Dios. Sobre este particular me contestó V. las siguientes frases:

Je m'associe de toute mon âme à la joie que vous aurez éprouvée, en recevant le *Rosario* de votre mère sainte. C'est un talisman que vous protegerá. C'est un rélique pour le fils et pour le chrétien, et qui aura bien quelque jour son Poème sous ce titre: *El Rosario de mi Madre*. Moi aussi, j'ai fait quelques vers ces jours derniers. Je vous les enverrai à la première occasion.

Me ha parecido oportuno, mi respetable amigo, decir todo lo que precede, para probar que á nadie debo yo dedicar este poemita con mas razon y justicia que á V., que fue quien me indicó, ó mejor dicho, me inspiró la idea de escribirlo. Tenga V., pues, la bondad de aceptar esta sencillísima Dedicatoria, y de leer los versos que la acompañan, con la indulgente benevolencia con que se ha servido V. leer otras obrillas mias, y será un nuevo favor que yo deberé á la afectuosa amistad con que V. me honra.

Madrid 20 *de diciembre de* 1866.

EL ROSARIO DE MI MADRE.

LEYENDA RELIGIOSA.

I.

En la ciudad venturosa
Que la Virgen del Pilar,
Cual tierna Madre, á sus hijos
Visitó en carne mortal,

Yace postrada en su lecho
Anciana que cuenta ya
Noventa y tres Navidades,
Y dos lunas además.
Aunque al peso de los años
(Verdadera enfermedad)
Y de cruel paralisis
Débil y agobiada está,
Conserva fresca memoria,
Entero juicio y cabal,
Y despiertos los sentidos
Como en su mejor edad.
La nieve de sus cabellos,
Su noble y tranquila faz
Y resignacion cristiana,
Realzan su ancianidad.
De cuando en cuando los ojos
Acostumbra humilde alzar,
De un devoto Crucifijo
A la imagen celestial;
O á la veneranda efigie
De la Madre de piedad,
Que consuelos y esperanzas
Desde su Columna da.
Su fe no contenta, empero,
De ver y de contemplar
Desde lejos á su Dios
Y á su Madre virginal,
Al confesor que la asiste
Ruega con toda humildad,
A sus lábios aproxime,
Lívidos, helados ya,
Al Redendor de la vida,
Al Dios de amor y de paz,
Y á su Madre y Madre nuestra
Por divina voluntad.
¡Con qué devocion, y ardientes
Lágrimas de amor filial,
Los pies de Jesus adora,
Rasgados con crueldad!
¡Con cuánto respeto besa
El sagrado pedestal
En que la Reina del cielo
Muestra inefable bondad!

II.

«Jesus, Jesus de mi vida,
»Que quisiste derramar
»Tu divina Sangre toda
»Por la progenie de Adan;
»Jesus, que en vuestra agonía
»No cesábais de mirar
»A vuestra Madre angustiada
»En amarga soledad;
»No permitais que yo muera
»Sin bendecir y abrazar
»Al hijo mio, que lejos
»De su tierna madre está.
»Y si mis culpas lo impiden,
»Con vuestro amor paternal
»Dadme, Señor siempre justo,
»Cristiana conformidad.
»Y Vos, Santísima Virgen,
»Que os dignásteis visitar
»A vuestro siervo Santiago
»Y este mi pueblo natal;
»Por aquel rudo martirio,
»Por aquel triste solaz,
»Al buen Jesus ya difunto
»En tu seno al estrechar,
»Concédeme, Madre mia,
»Ver en mi postrer afan
»Al hijo de mis entrañas,
»A mi querido Gaspar.»

III.

Así con dulce lamento
La buena anciana decia,
Y á todos enternecia
Aquel tan sentido acento.
Toma despues el Rosario,
Y sus loores y preces
Reza á María mil veces
Con fervor estraordinario.
A cada Misterio santo,
Que embebecida medita,
Ruega á Dios y á su bendita
Madre con humilde llanto,

Que para dejar la vida
Con cristiano regocijo,
Permitan que de su hijo
Le consuele la venida.
«Si esta pobre pecadora
»No es digna de tal favor,
»De la mano del Señor
»Venga la muerte en buen hora.
»Cúmplase su voluntad
»Al negarme este consuelo,
»En la tierra y en el cielo,
»Hora y en la eternidad.»
Dice con filial amor,
Que su corazon inflama,
Y en voz suplicante llama
Al Ministro del Señor;
Y con lábio balbuciente,
Pero con serena calma,
Para el hijo de su alma
Dictó la carta siguiente.

IV.

«Hijo, voy á morir. Borre mis culpas
La Sangre del Cordero inmaculado,
Por la salud y redencion del hombre
Derramada en la cima del Calvario.
Proteja mi ya próxima agonía
Con su benigno y maternal amparo
La Virgen pura, que dejó en Augusta
Su efigie santa y su Pilar de mármol.
¡Hijo del corazon!..... Ven, corre, vuela
Por la postrera vez á mi regazo,
Y tu madre feliz aún podrá darte
Su bendicion con temblorosa mano.
Plegue á Dios, hijo mio, que tú solo,
Cual ministro piadoso del Santuario,
Cierres entre plegarias, con tu diestra,
Mis ojos, por la muerte ya eclipsados.
Por un prodigio del amor materno,
Al estrecharte en mis amantes brazos,
Recobrarán vigor mis flacas fuerzas,
Y alegría mi espíritu angustiado.
En las ligeras alas trascurrieron
Del tiempo rapidísimo tres años;

Tres años (que tres siglos me parecen)
Desde aquel dia de noviembre aciago,
Que tan triste lució para nosotros,
Cual de lóbrega noche negro manto:
Funesto dia de amargura y duelo,
Que te arrancó, hijo mio, de mi lado.
El deber te llamaba á las orillas
Del Manzanares apacible y manso,
Mientras tu anciana madre al pátrio Ebro
Las aguas acrecia con su llanto.
La Providencia empero, bondadosa,
Dulcificó el dolor al separarnos
Con el bálsamo dulce del consuelo,
Que á espíritus dispensa resignados.
El Señor disponia que ejercieras
Lejos de mí tu ministerio santo;
¡Y osada resistencia á sus decretos
Opondrian los débiles humanos!
Desde entonces, ni un dia, un solo dia
Desplegó el sol sus refulgentes rayos,
Que de la Virgen santa no me hallara
Postrada ante el augusto simulacro,
Pidiendo con fervor te defendiera
De insidia tanta, de peligros tantos,
Con que Luzbel encadenar las almas
Sin cesar quiere en sus terribles lazos.
Ven, hijo mio, ven; y de consuno,
Mil y mil gracias con piadoso lábio
A Dios daremos y á su digna Madre,
Porque mi ancianidad han prolongado.
¡Qué padre es el Señor tan amoroso!
¡Cuántas á su clemencia dispensarnos
Mercedes plugo! Menos flores brotan
Por las praderas en abril y mayo.
¿Y las gracias, y aquellos beneficios
Tan visibles, Gaspar, y señalados,
Que nuestra Madre del Pilar bendita
Se dignó pia conceder á entrambos?
Mas fácil fuera enumerar del cielo
En clara noche los lucientes astros,
Las hojas de los árboles pomposos,
Y las conchas que cria el Oceáno.
Todavía conservo en la memoria
(¿Cómo fuera posible el olvidarlo?)

El consuelo que quiso concederme
De mi existencia en el mayor quebranto.
Aunque mil veces te conté el suceso,
Quiero al morir de nuevo mencionarlo,
Y así en tu corazon, hijo querido,
Eternamente quedará grabado.
Así al Señor y á su amorosa Madre
Todos los dias, por favor tamaño,
De amor y gratitud darás mil gracias
Al ofrecer el Sacrificio santo.
Nunca olvides entonces, hijo mio,
Por mi dichoso y eternal descanso
Pedir humildemente..... te lo ruego,
Lágrimas de esperanza derramando.
Del imperio francés por vez primera
Al recorrer las águilas los campos
Que fecunda el risueño Guadalope,
Y besa de Alcañiz los muros altos,
Tú, todavía candoroso niño,
En la cuna gemias, tan postrado
De dolencia mortal, que me temia
Ver cortados en flor tus verdes años.
Un dia, horrible dia, que mis ojos
Te contemplaban ya casi espirando,
De trompeta marcial llega á mi oido
El rumor de matanza y de rebato.
El ruido de las puertas bronco suena;
Retumban los cañones ya cercanos;
Se oyen gritos de saña, y de las madres
Los alaridos de dolor y espanto.
Los franceses, Dios mio, los franceses
En la ciudad abierta han penetrado,
Y do quier de su planta sanguinaria
Dejan de muerte y esterminio rastro.
Así el eco repite. Las mugeres
Se mesan los cabellos, y sus manos
Elevan hácia el éter, con plegarias
El auxilio divino demandando.
El furor se apodera de los hombres:
Todos corren intrépidos, bizarros,
A empuñar el fusil, morir queriendo
Por su Dios, por su Patria y por Fernando.
Tu buen padre, que herido en Zaragoza
Al rechazar valiente fiero asalto

De la hueste invasora, puede apenas
Andar con lento y vacilante paso,
Se arma tambien, y me abandona, y dice
Mientras besa tu frente con sus labios:
Huye, querida esposa, corre y salva
Al niño enfermo en tus amantes brazos.
Yo en mi seno de madre te recibo,
Y casa y poblacion atrás dejando,
Sigo veredas ásperas y ocultas,
Sin saber ¡ó Dios mio! á dónde marcho.
Vadeo el rio, huello matorrales,
Y ramblas, y colinas, y peñascos,
Y olivares, y huertas, y espesuras,
Con ansiedad y pies ensangrentados.
Así llegué á Calanda, villa insigne
Por el piadoso antiguo santüario,
Que de la Virgen del Pilar anuncia
Las mercedes y el ínclito *Milagro* (1).
Desfallecida, sin aliento casi,
Me postro y beso el pavimento sacro,
Donde á Dios y á su Madre cada dia
Se ofrecen oraciones y holocaustos.
A imitacion de la matrona santa

---

(1) Alude al milagro obrado por intercesion de María Santísima del Pilar en la persona de Miguel Pellicer, natural de Calanda. Hallándose en Castellon de la Plana, cayó de un carro que él dirigia, y pasando las ruedas por encima de su pierna derecha, fue preciso amputársela. Hizo esta operacion el cirujano Juan Estanga, con ayuda del practicante Juan Lorenzo García, en el hospital general de Zaragoza, á donde se dirigió pidiendo limosna y con gran trabajo el dicho Pellicer. Dos años y medio despues, hallándose el cojo en su pueblo natal, apareció con nueva pierna de carne y hueso como antes de la amputacion. Se realizó este hecho en 1640.

El cronista de Aragon Fr. Gerónimo de San José, Carmelita descalzo, publicó un opúsculo muy circunstanciado del suceso. Otra relacion latina del mismo dió á luz en Madrid en 1642 el médico aleman Pedro Neurath. Otra historia del milagro imprimió en Munster el conde de Peñaranda, y dice en ella *que jura santa y religiosamente vió con sus ojos á Pellicer, que tocó sus piernas, y en él veneró el poder de Dios.*

Pellicer fue llamado á la Corte por orden de Felipe IV, y apenas le vió, se arrodilló el Rey y besó la pierna milagrosamente restituida.

Otras particularidades de tan admirable milagro, que aquí se omiten por la brevedad, pueden verse en la Historia del Pilar de Zaragoza, publicada en 1862 por mi ilustrado y escelente amigo y paisano D. Mariano Nougués, página 163 y siguientes.

Que á Samuel ofreció con casta mano
Allá en Siló, tu fragil existencia
Al Señor y á María yo consagro.
Desde el momento aquel, feliz momento,
Tu salud quebrantada recobrando,
Pocos dias despues eras, cual antes,
De tus padres el júbilo y encanto.
¡O bondad inefable! ¡A quién, Dios mio,
En este pobre mundo será dado
Tributaros debidas alabanzas,
Celebrar tu clemencia y tus arcanos!
¡O Virgen del Pilar, ó Madre mia,
Yo te adoro humillada, yo te amo
Con alma y corazon!..... ¿Por qué no puedo
Tu nombre realzar con dignos cantos?
Espíritus angélicos, que el arpa
En loor del Altísimo pulsando,
A su Divina Madre, vuestra Reina,
Ofreceis de respeto el feudo santo;
De esta su indigna sierva y de su hijo
Cantad en nombre, con acento blando,
Himnos de gratitud que aplauda el cielo,
Y tierra y mar repitan en sus antros;
Pues de nuevo á vivir comenzó el niño,
A quien ya preparaba yo el sudario
Para cubrir su pálido cadáver,
Entre suspiros de amargura y llanto.
Por eso, Gaspar mio (no lo olvides),
Acostumbré desde tus tiernos años,
De fe y de gratitud henchida el alma,
Denominarte *el hijo del milagro.*
Por eso desde entonces, cada dia
Suelo rezar tres veces el Rosario
Ante el Pilar augusto de la Virgen,
Que la vida á los dos se dignó darnos.
Por eso mi Rosario, que al presente
Con tierna devocion estoy besando,
Y en lágrimas de gozo humedeciendo
Mi postrimer suspiro al ver cercano,
En herencia te dejo. Hasta la muerte
Guardarás, hijo mio, ese legado,
Cual recuerdo de madre moribunda,
Cual recuerdo de amor sublime y santo.
¡Qué reliquia tan digna de respeto!

Niño, mancebo, sacerdote, anciano,
Tú de piedad los ósculos has visto
Que imprimió en ella mi ferviente lábio.
¡Prenda de mi cariño veneranda!
Signo de religion, símbolo sacro,
Que mi cristiana y virtüosa madre
Al espirar depósitó en mi mano.
¿Becuerdas tu puericia, Gaspar mio?
¿Recuerdas por ventura que, entretanto
Al amor de la lumbre yo cosia
En largas noches del invierno helado,
Tú la Vida leerme acostumbrabas
Del gran Padre Garcés, Dominicano,
Apóstol de Aragon, cuyas virtudes
A la Iglesia Católica asombraron?
¡Venerable varon! Al ver postrada
De las aras al pié con fervor tanto
A tu bondosa abuela con frecuencia,
Su fe acendrada y su piedad mostrando,
Despues de oir su confesion un dia,
Le dió con dulce y paternal ágrado
Esta sagrada joya que tú heredas,
Con la que yo recé mas de ochenta años.
¡Joya del alma mia! compañera
Y consuelo en las cuitas y trabajos
Con que á Dios plugo visitarme un tiempo
En este valle de afliccion y llanto.
¡Joya del alma mia! En la jornada,
En el penoso viaje acelerado
Que emprendí de Calanda hasta la villa,
Sin aliento llevándote en mis brazos,
Ella fue quien valor y fortaleza
Me dió por el camino solitario,
Por aquellos de horror bosques umbríos,
Solo por fieras y aves frecuentados.
¡Joya del alma mía! Cuando vino,
De mi existencia en el florido mayo,
A Zaragoza el Misionero humilde,
Gloria de Cádiz y del suelo hispano,
Todos, todos corrimos á sus plantas,
Doncellas y matronas, magistrados,
Sacerdotes, soldados, viejos, niños,
Todo el pueblo por fin Zaragozano.
Despues de haber el Evangelio un dia

En la santa Basílica anunciado
Del Pilar con aquella voz sonora,
Aquella uncion y celo y entusiasmo,
Salió á la plaza, donde pude hablarle,
Y poner en su diestra mi Rosario:
Fray Diego, bendecidlo, bendecidlo.....
De mi difunta Madre es un legado.
Así dije, y el santo capuchino,
A quien la augusta voz del Vaticano
Se dispone á elevar á los altares,
Su memoria y virtudes venerando,
Le echó su bendicion. *Guarda, hija mia,*
Esa prenda de fe, de amor cristiano,
Y pídele á la Virgen, nuestra Madre,
Ruegue por el perdon de mis pecados.
Al oir de su boca estas palabras,
Con emocion, con humildad su mano
Besé feliz, y me alejé gozosa,
De alegría dulcísima llorando.
Ven, hijo mio, ven; con la reliquia,
Que dos varones bendijeron santos,
Quiero ceñir tu cuello al estrecharte
Por la postrera vez en mi regazo.
Así dichosa, los divinos nombres
De Jesus y la Virgen invocando,
A mi vejez, dolencia y sufrimientos
La bondad del Señor dará descanso.

V.

Ya en las riberas del Ebro
Comenzaba á oscurecer
El dia veinte de junio
Del año sesenta y seis,
Cuando la doliente anciana
Rubricaba este papel,
Las páginas con su llanto
No sin mucho humedecer.
El hijo lo recibió
Veinticuatro horas despues,
Al convocar las campanas
En Madrid al pueblo fiel,
Para que en el templo santo
Veces invocára cien

A la Inmaculada Virgen,
Que abate al fiero Luzbel.
Aquella epístola triste
No bien comenzó á leer,
Sus lágrimas á las letras
Descendian en tropel.
Mil y mil veces besó
Con doloroso placer
Aquella firma, aquel nombre
Tan sagrado para él.
«Madre querida del alma,
»Madre dulcísima, á quien
»En este mísero mundo
»Quizá ya no abrazaré;
»De tu inconsolable hijo
»Oiga la plegaria Aquel
»Que es el Padre de clemencia,
»Todo amor, supremo Bien.
»Y vos, Virgen del Pilar,
»Que tanta y tanta merced
»Dispensar á pecadores
»Con larga mano soleis;
»Por aquel amor divino
»Que mostrásteis en Belén
»A Jesus, con tal pobreza
»Por mis culpas al nacer,
»Dadme de mi anciana madre
»Besar por última vez
»La mano, al fortalecerme
»Con su bendicion postrer.»

VI.

¡Pobre hijo! Su oracion,
Muda de pena la boca,
Con ayes del corazon,
A María, á quien invoca,
Dirijia en su afliccion.

VII.

Del veintiuno de junio era la noche,
Cuando Madrid, la coronada villa,
Asombrada veia en triste coche
La opaca luna, que sangrienta brilla,
Fatídica anunciando al Manzanares
Luto y muerte, infortunios y pesares.

Reina do quier silencio el mas profundo;
Ni aun las flores halaga manso el viento;
El cárabo enmudece, y duerme el mundo,
Sin vida, animacion ni movimiento.....
Mas era paz y calma engañadora,
De horribles tempestades precursora.

Solo de angosta calle en los confines,
Cual suelen á su Dios cantar las aves,
Entonando los salmos de Maitines
Con voces tan acordes como graves,
Esposas de Jesus allá en el coro
Respondian al órgano sonoro.

Tambien en el antiguo *Humilladero*,
Donde la hija oraba de Cervantes,
Un sacerdote el fúlgido lucero
Con ojos acechaba vigilantes,
Anhelando volar á Zaragoza,
Al relumbrar el sol en su carroza.

Mas no bien ¡ay! el astro resplandece
De la mañana en despejado cielo,
Marcial clarin que lúgubre entristece,
Cual nuncio de rüina, y sangre y duelo,
Con ronco y melancólico sonido
Del ministro de Dios hirió el oido.

Al súbito rumor, hórrido trueno
Del infernal cañon bronco retumba,
Diciendo al orbe, que el profundo seno
Abrió otra vez de la sombría tumba,
Para los hijos de la Madre España,
La Discordia feroz, ardiendo en saña.

La Discordia feroz, que cual vestiglo,
Cual satánico mónstruo del infierno,
Un lustro y otro lustro y medio siglo
Su encono inspira y su rencor eterno,
Y los furores de intestina guerra,
Al pueblo mas hidalgo de la tierra.

¡Funesta obcecacion! Ya la mañana
Entre nubes asoma y arreboles

A presenciar la lid mas inhumana,
Españoles á ver con españoles,
Hermanos todos ¡ay! todos hermanos,
Como los tigres destrozarse hircanos.

Dia fatal, de lúgubre memoria,
Que los Marianas de la edad futura
Describirán en la veraz historia
Con hiel y llanto, y rasgos de negrura,
Maldiciendo tal vez á sus mayores
Por tanto frenesí, tantos horrores.

¡Dia, dia fatal!..... El Dos de Mayo,
Cuando cavó un sepulcro en Santa Elena
La valerosa raza de Pelayo,
No vió, no vió Madrid, de miedo agena,
Tantas víctimas ¡ay! cual este dia
Vió sonriendo la Discordia impía.

Piedad, Señor, piedad. Tu justa mano
Dígnate desarmar; cese el castigo,
Y no sucumba el pueblo castellano,
Como el godo en los tiempos de Rodrigo.
¡Perdon, Señor! que se dignó María
Con sus plantas honrar la patria mia.

Al ángel de la paz, al ángel santo
Enviad ¡ó Señor! que venga luego,
Y cubriendo á la España con su manto,
Estinguirá de la Discordia el fuego,
Y cual amigos vivirán y hermanos
Los que se ensañan hoy como tiranos.

VIII.

A pesar de las descargas
Con que el fusil y el cañon
Del tranquilo Humilladero
Retumban en derredor,
Sordo al rugir de la muerte,
Sordo á su terrible voz
Que en las inmediatas calles
Pregona desolacion,
El hijo, que tanto ansía
Con tierno y filial amor

De su moribunda madre
Recibir la bendicion,
De su casa muy tranquilo
Sale con planta veloz,
Que detienen barricadas,
Gritos y escenas de horror.
Vedle cuál marcha sereno,
Con gran confianza en Dios,
El Breviario en una mano
Y en la otra su baston.
De la Muerte no le espanta
El ceño amenazador,
Pues en sus verdes abriles
Muy de cerca ya la vió
En Luchana y Guardamino,
Y amurallado peñon
De Castellote, que un dia
El Templario conquistó.
¡Y quién, y quién su existencia,
Sea mujer ó varon,
No ofreciera por su madre
Con entusiasmo y valor!
A la puerta de Toledo
El viajero se acercó,
De seguir su larga ronda
Con firme resolucion.
«Atrás, atrás, Padre Cura;
»Nadie puede salir hoy
»De Madrid; es la consigna
»Con que cumplir debo yo.»
Así con fusil en mano
Le dice, y resuelta voz,
Un cívico, de su patria
Y su Reina defensor.
—«Por vuestra madre os lo ruego,
»Os lo suplico por Dios,
»Que obstáculos á mi viaje
»No querais oponer, no.
»Mi madre está en la agonía;
»El mas desdichado soy
»De los hombres. Bondadoso
»Tened de mí compasion.»
Apiadado el veterano
Al clérigo respondió:

«Pasad..... Tambien tengo madre:
»Soy buen hijo, y español.
—»Mil gracias. Que os la conserve
»Tantos años el Señor
»Como espigas en los campos
»Doran los rayos del sol.»
Sigue su marcha el viajero,
Llega en fin á la *Estacion*,
Mas ¡ay! al verla cerrada,
Se desmaya de dolor.

IX.

Al declinar la tarde,
Acallado el clamor de la pelea,
De la Discordia el fuego ya no arde,
Y el blanco lino de la Paz ondea.

Las cariñosas madres
Estrechan sus hijuelos contra el seno,
Y los besan, y miran á sus padres
Con afable semblante, ya sereno.

Sus virginales manos
Alzan al éter niñas y doncellas,
Y al oir ensalzar á los ancianos
El nombre del Señor, responden ellas.

Al pie de los altares,
Con dulcísona y blanda melodía,
Resuenan del Rosario los cantares
En loor y homenaje de María.

Con férvido suspiro,
Cual cándidas palomas amorosas,
Del solitario cláustro en el retiro
Invocan á Jesus castas esposas.

Hacimiento de gracias
El pueblo de Madrid, el pueblo entero,
Porque ya terminaron las desgracias,
A Dios tributa con amor sincéro.

España pide y clama,
En ardientes y tiernas oraciones,

Que la infernal Discordia con su llama
No volcanice mas los corazones.

En el Humilladero
Tambien exhala ruegos y loores
El que dejó sus lares, cual viajero,
De la infausta mañana en los albores.

Mas al creer que vive
Su venerada Madre todavía,
Aviso telegráfico recibe,
Que de la anciana el confesor envía.

Su lúgubre lectura
Lo deja de estupor, de pena yerto,
Pues le dice lacónica escritura:
«*Del justo con la paz tu madre ha muerto.*»

X.

Con el papel en la mano,
Que el fallecimiento anuncia,
Queda inmóvil y en silencio
Aquel hijo sin ventura.
En su corazon grabára
Huella muy menos profunda
Súbito rayo estallando
En cercana selva oscura.
Pálido como un cadáver,
Ni siente, ni ve, ni escucha,
Y la sangre por sus venas
Al parecer no circula.
A un observador atento
Semejára estátua muda,
Que trofeos de la muerte
Preside en marmórea tumba.
Las lágrimas de consuelo
Se estancan secas y ocultas
En lo interior de su alma,
Que espinas hieren agudas.
De esta suerte largo tiempo
Su pensamiento fluctúa,
De que ya no tiene madre
Cual si le quedara duda.

Cuando súbito los ojos
Clavó en imagen augusta
De la Virgen, á quien sirve
De trono, santa Columna.
Aquella filial mirada
Sus penas calma y endulza,
Como las airadas ondas
Del mar sosiega la lluvia.
Raudal de plácido llanto,
Cual blando rocío inunda
Sus mejillas, que cual antes
El terror no desfigura.
Prostèrnado ante las plantas
De María, se refugia
A su maternal amparo
Con entrañable ternura.
Desde entonces la congoja
Su corazon no atribula,
Ni la lumbre de sus ojos
Tristeza mortal anubla;
Porque si perdió á una madre
Bondosa como ninguna,
Al sepulcro destinada
Cual humana criatura,
Halló otra Madre divina,
Cuya proteccion escuda
A los míseros mortales
Que solícitos la buscan.
La que de estrellas ornada
Reina en el cielo y fulgura,
Por escabel de su trono
Teniendo al sol y la luna.

XI.

Ya tres veces la aurora
Doró del Manzanares las arenas
Con su apacible luz encantadora,
Que adormece las penas;
Y despertando al hombre,
Le convida á cantar de Dios el nombre.

Cuando al siguiente dia,
Del hijo pesaroso á manos llega
La prenda maternal, que tanto ansía,

Como agostada vega
Blanda lluvia del cielo,
Que de verdor matiza estéril suelo.

La prenda dulce y santa,
Que á tierna compasion mueve á María,
A Dios complace y á Luzbel espanta,
Y es gloria y alegría
Del corazon cristiano,
Que con ella jamás suplica en vano.

A Domingo loores,
Deudo preclaro de Guzman el Bueno,
Que esta guirnalda entretejió de flores
En el Edén ameno,
Para adornar la frente
A la Madre del Verbo omnipotente.

Desde entonces con ella
El Rey, el pobre, el niño, la matrona,
El sacerdote, el viejo, la doncella,
Toda España corona
Las sienes de María
Entre cantos de célica armonía.

Al reir la mañana,
Y el Héspero al brillar en occidente,
A los fieles llamando la campana
Con su voz elocuente,
El pueblo se congrega,
Y á la Madre de Dios alaba y ruega.

Por eso á la Señora
Plugo ser de la dulce patria mia
Antemural, escudo, protectora,
Y de España fue un dia
El nombre sin segundo,
Envidia, y prez, y admiracion del mundo.

Por eso allá en Lepanto
Triunfaba, y en Pavía y Ceriñola,
En Orán, y Bailén y Campo-Santo,
Y á la enseña española
Estrangeras naciones
Humillaban sus ínclitos pendones.

Por eso bardos ciento,
Teólogos, canonistas y oradores,
El vuelo remontando al firmamento,
Cual génios superiores,
Por su gracia y decoro
Pudieron renovar el siglo de oro.

Por eso como soles,
Con sus altas virtudes y su ciencia
Luciendo los prelados españoles,
Su divina elocuencia
Mereció ser en Trento,
De la Iglesia Católica ornamento.

Por lo mismo son tantos
Los mártires y vírgenes de España,
Santas viudas, confesores santos,
Cuantas arenas baña
El piélago de Atlante,
Y rayos vibra el astro rutilante.

Por eso la famosa
Capital de Aragon, con el escudo
De su Patrona augusta y poderosa,
Mil y mil veces pudo
Vencer sin torreones
Del *Capitan del siglo* las legiones.

Por eso, en fin, la anciana,
Hija de la ciudad esclarecida,
Que acababa de ver cual sombra vana
Finar su larga vida,
La piedad cada hora
Imploró de su Madre y Protectora.

No bien aquel Rosario
Con que en tierno gemido tantas veces
Del Pilar tributaba en el Santuario
Afectüosas preces
A la Reina y Señora,
Que el coro angelical humilde adora;

No bien aquella muestra
Del maternal amor, llorando el hijo

Feliz contempla en su dichosa diestra
Con dulce regocijo,
Una y otra rodilla
Cual tierra y polvo por el suelo humilla.

Piadoso y reverente,
Mas con el corazon que con la boca,
Inclinando á la cruz su cana frente,
A la Virgen invoca
Su filial sentimiento,
Y así prorumpe en religioso acento.

XII.
MISTERIOS GOZOSOS.

Por aquel gozo santo,
Delicioso, inefable,
Con que oiste arrobada
Las palabras dulcísimas del Angel;

Por aquel gozo santo,
Con que en sacros cantares
Al Señor ensalzabas,
Cuando á Isabel tu prima visitaste;

Por aquel gozo santo,
Cuando al divino Infante
En Belén, amorosa
Envolviste con cándidos cendales;

Por aquel gozo santo,
Con que al Verbo hecho carne
En el sagrado templo
Virginal desposada presentaste;

Por aquel gozo santo
Que calmó tus pesares,
Al Niño antes perdido
Viendo enseñar á los doctores graves;

Por aquel gozo santo,
A tu sierva cubriendo con tu manto,
Rogad, Virgen María,
Rogad, Señora, por la Madre mia.

XIII.

MISTERIOS DOLOROSOS.

Por el dolor acerbo
Que á Jesus afligia,
Copiosísima sangre
En el huerto, al sudar, de las Olivas;

Por el dolor acerbo,
Cuando manos inícuas
Crueles flagelaron
Sus carnes delicadas y divinas;

Por el dolor acerbo
Que su cabeza heria,
Taladrada en mil partes
Con la corona de punzante espina;

Por el dolor acerbo
Con que tanta caida,
De Amargura en la calle,
Dar á tu Hijo con la cruz veias;

Por el dolor acerbo,
Con que ya oscurecida
La lumbre de sus ojos
Contemplaste en larguísima agonía;

Por tan vivos dolores,
Tu amparo dispensando y tus favores,
Rogad, Virgen María,
Rogad, Señora, por la Madre mia.

XIV.

MISTERIOS GLORIOSOS.

Por tu gloria inefable,
Cuando la tumba abriendo
Con su poder divino
Resucitó Jesus de entre los muertos;

Por tu gloria inefable,
Al subir á los cielos
Aquel Sol de justicia,
Vencedor de la Muerte y del Infierno;

Por tu gloria inefable,
Cuando en plácido estruendo
El Espíritu Santo
En vivas lenguas descendió de fuego;

Por tu gloria inefable,
En el feliz momento
Que al Empíreo ascendiste,
Cual aurora entre fúlgidos luceros;

Por tu gloria inefable,
Cuando en tu trono escelso
Los ángeles, al verte,
Por su Reina y Señora te aplaudieron;

Por tanta gloria y tanto regocijo
Rogad, Virgen María,
Rogad, Señora, por la Madre mia,
Rogad, Señora, por su pobre hijo.

LAS VÍCTIMAS DEL 2 DE MAYO.

SONETO.

Tribuno despiadado y turbulento,
Instigador de bárbara campaña,
En que los hijos de la madre España
Se despedacen con furor sangriento;
Tú, que miras el noble monumento,
Donde yacemos de estranjera saña
Víctimas cien y cien, tras una hazaña,
Digna del español, heróico aliento;
No, no por opiniones de partido,
Que á la patria infeliz hielan de miedo,
Hemos el Dos de Mayo fenecido:
Afrontamos la muerte con denuedo
Por vencer al tirano aborrecido,
Por el trono y la fe de Recaredo.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE CERVANTES.

DISCURSO.

Trovadores entusiastas
De las glorias nacionales,
Que suenan en vuestros himnos
Orillas del Manzanares;
Cubrid el arpa de luto,
Y á laureles y arrayanes
Sustituya negra rama
De ciprés y triste sáuce.
Matronas, adolescentes,
Niños, viejos venerables,
Vírgenes tímidas, castas,
Intrépidos militares,
En fin, españoles todos,
Vestid funerario traje,
Como al perder un hermano,
Como en la muerte de un padre.
Y vosotros, Sacerdotes,
Que al pie de nuestros altares
Ofreceis tiernas plegarias
En holocausto agradable;
Rogad al Señor humildes
Que en paz eterna descanse
De nuestros cultos ingénios
El mas famoso, el mas grande.
Hoy es el aniversario
De aquel dia lamentable,
Que Madrid lo vió, llorosa,
Pálido, yerto cadáver.
Hoy la lúgubre campana
De la agonía, en son grave
Y melancólico dijo:
«Orad, ya murió Cervantes.»
Hoy sus amigos y deudos
En modestos funerales
Dieron su cuerpo á la tierra,
Cual polvo mísero y frágil.

Polvo que cubria el alma,
De Dios formada á la imagen,
Capaz de elevar su vuelo
A las cumbres eternales,
Donde dulcísimas arpas
Y dulcísimos cantares
Loan del Omnipotente
El nombre augusto, adorable.
El Clero y pueblo sus palmas
Elevaban suplicantes
Al que en la cruz espirando
Salvó al humano linaje.
Esposas del almo Verbo,
Con la pureza de un ángel,
Sus preces por el difunto
Mezclando con tiernos ayes,
Recibian en el templo
Aquellos restos mortales,
Que animará nueva vida
Al resucitar la carne.
Despues el sacro recinto,
Donde oscurecidas yacen
Sus cenizas ¡ay! revueltas
Con osamentas vulgares,
Todos los años repite
Aquel *Requiescat in pace*,
Que enlaza á vivos y muertos
En union inseparable.
Todos los años repite
De las voces virginales
El eco fiel, mas que aroma
A Dios plácido y süave,
Cuando las santas paredes
Ven felices renovarse
Del Gólgota el sacrificio,
Obra de amor inefable.
Desde aquel dia, en que abierta
Del mortal cuerpo la cárcel,
Voló de su Dios al seno
El ánima de Cervantes;
Desde aquel dia de luto,
Que, cual cariñosa Madre,
Nuestra Pátria sin ventura
Aún lamenta inconsolable,

¿Qué corazon generoso,
Que al amor de España late,
Y recuerda la fe santa
De sus católicos padres,
No ha visitado mil veces
El panteon venerable
Donde al hijo de Alcalá
Lloraron otras edades,
Vestido en el ataud
Con franciscano ropaje,
Y el Crucifijo en las manos,
Que en fiero naval combate
Dieron al cristiano pueblo
Prez y gloria contra alarves,
Orgullosos con su escuadra
Y damasquinos alfanges?
¡Feliz la sangre que entonces
Se prodigaba á raudales
Por la fe de Jesucristo,
Por la Pátria y por los lares!
Feliz, feliz el soldado
Que de su valor, alarde
Hizo sublime y heróico,
Y la derramó abundante.
Por eso á voces el mundo
Lo preconiza y aplaude,
Y del *Manco de Lepanto*
El nombre le da envidiable.
Dichoso tiempo, en que solo
Contra fieros musulmanes
Blandia su aguda lanza
El Español indomable,
Y de la infernal Discordia
No ardia el fuego, cual arde
Estos dias por aldeas,
Villas, campos y ciudades;
Y Málaga no gemia,
Ni se lamentaba Cádiz,
Ni en Jerez y sus viñedos
Brotaba española sangre.
Buen Miguel, tú, que escribiste
El libro mas admirable,
Que con caractéres de oro
Registran nuestros anales,

De tu ignorado sepulcro
Las puertas cerradas abre,
Y con tu sublime ingénio
Y grandilocuente frase,
Diles á los españoles
Que cual hermanos se amen,
Al blason de sus abuelos
Para dar nuevo realce.
Diles que la Pátria gime,
Y en sus acerbos pesares,
En vez de alivio y consuelo
Que sus aflicciones calme,
Apenas hay, ¡ó vergüenza!
Quien su corazon no rasgue,
De la desunion y el odio
Con los agudos puñales.
Ven, Miguel, yo te lo ruego:
En aparecer no tardes,
Mostrando de lauros llena
Tu cabeza venerable;
Y los españoles todos,
Que, aunque en discordias fatales
Divididos y sañudos,
Convienen en admirarte,
Al pié de tu sacra tumba
Verás cuál juran las paces,
Y á insano rencor sucede
Fraterno amor entrañable.
Entoncés al dulce grito
Que den las Cortes leales,
Armadas con el escudo
De las pátrias libertades,
Del perínclito Pelayo
El trono augusto, que yace
En el polvo por tres dias
Inanimado cadáver,
Mas espléndido, mas bello
Que el sol de abril cuando nace,
Resucitará glorioso,
Resucitará triunfante.
Así mi Pátria querida,
Tranquila, dichosa, grande
Con el amor de sus hijos,
Dignos de tan digna madre,

Al mundo dirá envidioso
Con alegría inefable:
«Yo soy la feliz Matrona
Que dió la vida á Cervantes.»

Madrid 23 *de abril de* 1869.

A LA MUERTE DEL GENERAL MENDEZ NUÑEZ.

SONETO.

En la que baña el golfo brigantino
Famosa villa, su postrer aliento
Al exhalar, mirando al firmamento,
Como cristiano, el ínclito Marino;
La madre Patria del cruel destino
Se querellaba en fúnebre lamento,
Y su triste alarido, ronco el viento
Anunciaba rugiendo al mar vecino.
La fama entonces en su trompa de oro
Cantó del Héroe la mayor hazaña,
Y en acento esclamó grato y sonoro:
«Tus lágrimas modera, noble España:
»Hasta el Perú con su doliente lloro
»En la afliccion hidalgo te acompaña.»

EN UN CONVITE DE CONFIANZA.

IMPROVISACION.

Aunque soy viejo y cesante,
Mas no propenso á gemir:
De hacer versos y reir
No he de cesar un instante,
Y rabie el diablo tunante,
Que me acosa y hostiliza
Para que en tan ruda liza
Pierda yo mi buen humor.
Con la gracia del Señor
Voy á darle una paliza.

(*Diciembre de* 1868.)

GLOSA NO IMPROVISADA.

I.

Bendito sea mi Dios
Por sus perennes bondades,
Consuelo en mis Navidades,
Que son ya sesenta y dos.
De tanto diciembre en pos
No hago ningun desatino,
Cuando con plectro sonante,
Y sopitas y buen vino
Me burlo de mi destino,
Aunque soy viejo y cesante.

II.

Ni muela, ni un solo diente
En mi despoblada boca
Dejó la fortuna loca,
O sea el tiempo inclemente.
Vértigos, tos, reuma ardiente
A lo dicho hay que agregar.
De estas cuitas á pesar,
Y otras que puedo añadir,
Soy amigo de cantar,
Mas no propenso á gemir.

III.

Aunque me lleven al Ponto
Como al desdichado Ovidio
(Cuyo destierro no envidio),
Y el mundo me llame pronto
Coplero infeliz y tonto,
Y otras cosas que sé yo,
Que la ignorancia inventó,
Y no se deben decir,
Nunca dejaré, no, no,
De hacer versos y reir.

IV.

Que yo no tenga pan tierno,
Y me siga la desgracia,

Y venga la democracia,
Y venga todo el infierno,
Y con su rencor eterno
Me combata Lucifer,
Cual aragonés constante,
A las Musas ¡ó placer!
Dulce culto de ofrecer
No he de cesar un instante.

V.

Cuando mis coplas aliño
(Aunque escasas de valía),
Mi júbilo y alegría
Esceden á la del niño
A quien besa con cariño
Mamá sensible y amante:
Y si no hallo consonante,
Me rio de mi memoria
Cual otro Bobo de Coria,
Y rabie el diablo tunante.

VI.

Con mi lira ó mi guitarra
(Llámela usted como quiera)
Canto mas que la cigarra,
Del estío pregonera:
Y al decirme algun vecino,
Que mi voz hiere y desgarra
Su oido, y lo martiriza,
Le respondo algo mohino:
«Culpad al cruel destino,
Que me acosa y hostiliza.»

VII.

En este siglo de prosa
Y de política odiosa!
Es anacronismo estraño
Cultivar con fe ardorosa
La poesía de antaño.
¿Y qué importa? A mí me hechiza,
Me divierte y electriza.
¿Quereis saber el por qué?
Pues clarito lo diré:
Para que en tan ruda liza

VIII.

De partidos y opiniones,
Que en vez de cordial saludo
(Aunque parezca increible)
Suelen andar á menudo
A palos y mojicones;
Como cosa preferible,
Y á todas luces mejor,
En medio de tanto horror
Sea del todo imposible
Pierda yo mi buen humor.

IX.

Luzca luego el fausto dia,
En el que á la patria mia
Rija dignísimo Rey,
Que con la espada y la ley
Nos libre de la anarquía;
Y á la católica España,
Enemiga del error
Que sus blasones empaña,
No aflija *civil* campaña,
Con la gracia del Señor.

X.

En fin, con sus cien legiones
Mueva contra mí el demonio
Envidias, persecuciones,
Y mas y mas tentaciones
Que padeció San Antonio.
Aunque Satán horroriza,
De la fe visto á la luz
Tan poco me atemoriza,
Que armado yo con la cruz
Voy á darle una paliza.

A LA SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA DE ESPAÑA

DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA,

DANDO EL AUTOR LAS GRACIAS Á S. A. R.

por haberle encargado celebrar algunas Misas en sufragio de su augusto y difunto Padre, el Sr. D. Fernando VII. (q. e. e. g.)

SONETO.

Desde las playas, do en arenas de oro
Mezclada tu corriente al Oceáno,
En el suelo se arroja lusitano
Tajo inmortal, con ímpetu sonoro,

Modelo de piedad y de decoro,
La Infanta, honor del pueblo castellano,
Recordando á su Padre y Soberano,
De amor filial bañada en dulce lloro,

Encárgame que ofrezca en sacrificio
La Sangre del Cordero sin mancilla,
De la cruz inmolado en el suplicio;

Y ruego yo, doblando la rodilla,
Que á su sierva el Señor mire propicio,
Y al difunto Monarca de Castilla.

Madrid 30 *de enero de* 1869.

A LA MUERTE DEL PRECOZ POETA JESUS RODRIGUEZ CAO.

ROMANCE.

¡Quante esperanze se ne porta il vento!
(PETRARCA.)

Florestas, bellos jardines,
Umbrías de negros pinos,
Que dais variedad amena
Al madrileño Retiro,

Mostradme el apartamiento
Mas ignorado y sombrío,
Para poder confiarle
Mis lágrimas y suspiros.
Mostrádmelo complacientes,
Y pediré agradecido
Al cielo, que nunca os falten
La lluvia, el grato rocío,
Y del estanque las aguas,
Que este frondoso recinto
Trasforman en las delicias
Del terrenal paraiso.
Lejos de la Corte, lejos
Del rumoroso bullicio
Con que alegre muchedumbre
Ensordece mis oidos,
Quiero desahogar mi pena,
Sin que importunos testigos
Rian tal vez, mientras lloran
A raudal los ojos mios.
Allí la cúpula humilde
Del sacro templo diviso,
Parroquia de los colonos
Que alberga este Real Sitio,
Donde el poeta rezaba,
Y su corazon sencillo
A Dios y á la Virgen Madre
Ofrecia compungido.
Cabe las santas paredes
Veo el modesto edificio,
Donde en los maternos brazos
Exhaló el postrer gemido.
Por estos gratos vergeles,
Al pie quizá de ese tilo
Que con su apacible sombra
Me convida enternecido,
El mas precoz y fecundo
Ingenio de nuestro siglo,
Pulsaba de oro las cuerdas
En armónico sonido.
Feliz él, que candoroso
No conoció los peligros
Del mundo, ni amor insano,
Ni desleales amigos.

Feliz él, porque á su pecho
Tan solo el filial cariño
Hizo palpitar con dulces
Emociones y latidos.
Feliz, feliz: de las letras
El incesante cultivo
Guardó su inocencia pura,
Cual cristal diáfano y limpio.
Mas ¡ay de ti! patria mia;
Si él fue feliz, porque hundido
Cayó en la huesa, ni el nombre
Conociendo de los vicios,
Tú gimes, cual tierna madre,
Por ver tan preclaro hijo
Cual rosa morir temprana
Que hiela viento maligno.
¡O malogrado talento!
Pobre cantor, pobre niño,
Que ya duerme en las mansiones
De la paz y del olvido!
A los tres lustros, el ángel
De la muerte cortó el hilo
De sus apacibles dias,
De sus abriles floridos.
¡Cuántas bellas esperanzas,
Cuánto esplendoroso brillo,
Cual rapidísimo lampo
Vemos ¡ay! desvanecido!
Esa verde, umbrosa calle,
Que de tantos reyes dignos
Embellecen y decoran
Las estátuas de granito,
Era el mas grato paseo,
Que frecuentó de contino
Al alba, ó cuando sus rayos
El sol mostraba ya tíbios.
Mil veces ¡ay! con asombro
Mis propios ojos lo han visto
En hondas meditaciones
Arrobado, embebecido
Al pie de la noble imagen
Del inmortal Carlos Quinto,
Entusiasta recordando
Los láuros de su heroismo.

¡Pobre Rodriguez! Su plectro,
Ya ¡ó dolor! enmudecido,
Consagrar á la memoria
De aquel gran príncipe quiso.
Mas la santa Providencia,
Que el mundo donde vivimos
Gobierna y rije, y alarga
O abrevia nuestro destino,
Cortó en flor aquella planta,
De cuyos frutos opimos
Queda sazonada muestra,
Quedan eternos vestigios.
¡Pobre Rodriguez! Él solo
Con su ingenio peregrino
A las glorias de la patria
Alzára el noble obelisco,
Que por desgracia no vemos
Majestüoso y erguido
Entre los láuros de España,
Nunca lácios ni marchitos.
El bello idioma de Homero,
El de Tasso, el de Virgilio,
El de Camoens, Lamartine,
Y de Klopstok y de Milton,
Todos tienen una joya
De valor grande, infinito,
Prez de pueblos tan dichosos
Cual nobles y esclarecidos;
Una brillante Epopeya,
Que eternizó con el ritmo
Los nombres, las altas glorias
De sus reyes y caudillos.
La Madre España tan solo.....
¡O mengua!..... ¿Por qué, Dios mio,
Murió adolescente el bardo,
Y viejo inútil..... yo vivo?
Perdon, Señor siempre justo,
Que humillas de los impíos
La razon loca y soberbia,
Como Padre compasivo,
Permitiendo que lozano
Prospere estéril espino,
Mientras viven solo un dia
Rojo clavel, blanco lirio.

Perdon, Señor siempre justo,
¿Quién es tan audaz y altivo
Que á residenciar se atreve
Tus inescrutables juicios?
Murió el vate, cuando el bozo
Aún no habia ennegrecido
Aquel delicado cutis
De sus labios purpurinos;
Murió el vate, que invocaba,
Arrodillado y sumiso
En el polvo, al pie del ara,
Tu nombre santo y divino;
Mientras Navidades ciento
Alumbra el sol al inícuo,
Y á los que en la sima yacen
Del ciego materialismo,
Que sin corazon, y sordos,
Oir no quieren los himnos
Con que los cielos pregonan
Tu gloria y poder á gritos.
¡Triste condicion humana!
A su réprobo sentido
La razon al confiarse
Allá en su orgullo maldito,
Solo ve sombras, tinieblas,
Como en su lóbrego nido
El buho, que de natura
No descubre los prodigios.
La humildad, virtud sublime,
Admirable distintivo
De Gerónimos, Ambrosios,
Crisóstomos y Agustinos,
En el alma de Rodriguez
Tuvo su plácido asilo:
Por eso fue tan cristiano,
Como bardo esclarecido.
Desde aquel aciago dia
En que sauz negro y sombrío
Cubre su ataud, las Musas
Lanzan dolientes gemidos.
Sombra de Pelayo augusta,
Noble Cid, Gonzalo invicto,
Y vosotros, vencedores
En las Navas y Clavijo;

Oigo vuestra voz, los ayes
Oigo roncos, doloridos,
Con que llorais del poeta
El prematuro destino.
Tambien Hesperia solloza,
Porque él hubiera podido
Llenar de sus *Bellas letras*
El degradante vacío.
Él solo á sus doctos lábios,
Por pátrio amor impelidos,
La marcial trompa sonante
Del vate aplicando argivo,
En sus números acordes,
Inimitables, divinos,
Con aliento sobrehumano
Cantado hubiera atrevido
Los inmortales laureles
En árabe sangre tintos,
Que la sien régia decoran
De Alfonsos y de Ramiros.
¡Humanidad miserable!
Audaz eleva castillos,
Que hundirse contempla al soplo
De Aquilon embravecido.
Engañosas ilusiones
Que formó nuestro delirio,
Súbito desparecieron
Como sueño fugitivo.
En vano al cisne las hijas
Del canto inspiraron himnos,
Que repitieron sonoros
Pátrios y estranjeros rios.
En vano de la belleza
Mostraba los atractivos,
Y de juventud naciente
La robustez y los brios.
Llegó la Muerte en silencio,
Y de su guadaña el filo,
Del doncel contra la vida
Asestando de improviso,
Cayó de la eternidad
En el insondable abismo,
Como las marchitas hojas
Que arrebata el torbellino.

Al golpe fatal, en ronco
Melancólico tañido,
Consuelo de los finados,
Despertador de los vivos,
No bien sonora campana,
Que convoca en el Retiro
Los fieles al templo augusto
Para el santo sacrificio,
Su fin anunció, los ecos
Que callaban adormidos
Despertaron, y llorosos,
Y con doliente suspiro,
Murió, esclamaron, murió
El ruiseñor, cuyos trinos
De estas verdes arboledas
Eran encanto y hechizo.
Murió, repite la fama
Por cañadas y altos riscos,
Y praderas que humedece
Manzanares cristalino.
De Madrid los claros vates,
Por el rumor sorprendidos,
Diríjense de la iglesia
Hácia el sagrado recinto,
Y contemplan consternados
Aquel cadáver ya frio,
Que animó un alma tan bella,
Mientrás Dios así lo quiso;
Cadáver de tierra y polvo,
Que enalteció Jesucristo
Con la santa y pura sangre
De su costado divino.
Dichoso el precoz poeta,
Dichoso el cándido niño,
Que con lágrimas filiales,
Y devoto y compungido,
Logró en su lecho de muerte
Recibir el cuerpo mismo
Del que á lavar nuestras culpas
Del cielo á la tierra vino.
Mil y mil veces dichoso,
Porque á los coros unido
De las angélicas huestes
Que á Dios loan de contino.

Repetirá: *Santo, Santo,*
En cantar no interrumpido
Nunca jamás por la serie
De los venideros siglos.

PLEGARIA EN LA CAPILLA DEL CEMENTERIO.

SONETO.

En este, de silencio y alto olvido
Muda, triste mansion donde reposa
Bajo la sepulcral, fúnebre losa,
El cristiano ya en polvo convertido;
Aquí, donde los llantos y el gemido
De la desgracia pálida y llorosa
La muerte despiadada y rigorosa
Jamás escucha con atento oido;
Para templar mis horas de amargura,
En futuro y quizá proximo dia
Sus puertas abrirá la tumba oscura.
Perdon, mi Dios, piedad, Virgen María,
Y de inefable y eternal ventura
Disfrutará feliz el alma mia.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LATOUR

EN LA MUERTE DE SU ANCIANA Y RESPETABLE MADRE.

EPÍSTOLA

Madrid, febrero de 1869.

Desde este umbroso y retirado bosque,
Donde silencio sepulcral domina,
Del Manzanares solo interrumpido
Por el raudal que cerca se desliza;
Desde este apartamiento mudo y triste,
En que el estruendo y bronca gritería
No perturban la paz, como allá lejos

En el recinto de la régia villa;
Desde esta soledad sin musgo y flores,
Al cementerio fúnebre vecina,
Que pensamientos lúgubres de muerte
A mentes melancólicas inspira,
Pláceme saludarte, caro Antonio,
Que del Sena en las márgenes habitas,
Bañando con tus lágrimas la tumba
Do yacen de tu Madre las cenizas.
¡Con que murió por fin aquella anciana,
Tan bondadosa, tan cristiana, y digna
De honrar de San Lüis la noble corte
Y de la augusta Blanca de Castilla!
¡Hijo infeliz! Perdiste para siempre
El maternal cariño, las caricias,
Aquel único amor que templar sabe
Los amargos afanes de la vida.
Amigos te acompañan, mas en vano;
La amistad de los hombres es muy fria
Para cicatrizar con sus consuelos
Esa reciente cual profunda herida.
Solamente la esposa, fiel Rebeca,
Que te donó la religion divina,
Como al joven Isaac, conllevar puede
El dolor que cruel te martiriza.
Llora pues, dulce amigo, en su regazo,
Y tu afligido espíritu, que agita
Ruda tribulacion, verá tranquilo
Sus penas un momento adormecidas.
Llora, porque llorando ¿qué infortunio,
Qué bárbaro martirio no se alivia,
Y mas cuando en el seno de una esposa
Las lágrimas el hombre deposita?
¡Qué suavemente al corazon sensible
Acerbas amarguras dulcifica
Llanto apacible, como blanda lluvia,
Que mañana de abril al campo envia!
Yo tambien, yo tambien perdí una madre,
Modelo de piedad, madre querida,
De cuyos labios aprendí en la cuna
Los nombres de Jesus y de María.
Desde el momento aquel de horror y luto,
Tétrica noche, noche denegrida,
De aterradora, de mortal tristeza,

Oscurece funesta mis pupilas.
Desde el momento aquel de horror y luto,
Mi enferma y exaltada fantasía
En el sudario envuelta ve á la anciana,
Cuando el sueño mis párpados visita.
Ya medio lustro ante los ojos mios
Trascurrió como sombra fugitiva,
Y desde entonces ¡ay! mi pecho agobia
La mas negra y tenaz melancolía.
Desde entonces jamás pudo alegrarme
Del alba pura la infantil sonrisa,
Ni con su luz el sol, ni el campo ameno,
Ni con himnos de amor las avecillas.
El aterido invierno con sus brumas,
Con sus auroras la estacion florida,
El estío jovial y otoño grave,
De frutos este ornado, aquel de espigas,
Leyes del Criador obedeciendo
Con admirable precision varían
A la naturaleza sus adornos,
De gala ó de viudez siempre vestida.
Solo, cual risco estéril y desnudo
Del mar helado en la desierta orilla,
Siempre uniforme, inconsolable siempre
Permanece ¡ay de mí! la pena mia.
Inútil fué querer amortiguarla
Con sones lastimeros de mi lira;
De mi lira, que en tiempo mas dichoso
Era grato solaz de mis cüitas.
Cuando sus cuerdas recorrer intento,
Acordes melancólicos me gritan:
«¡Vas á cantar, cuando tu Madre calla
»En el sueño del túmulo adormida!»
Dichoso tú, dichoso, amigo caro,
Que en el suelo doblada la rodilla,
Entre efusiones de filial cariño,
Con llanto de tristísima alegría,
Recibiste, merced al alto cielo,
La bendicion, la tierna despedida
De la matrona respetable y santa,
Que en sus entrañas te abrigó algun dia.
En el confin de Hesperia, donde el Tajo
Al Atlántico mar se precipita,
Embebecido en tus afanes doctos,

Lejos del ruido mundanal vivias,
Cuando hiere tu oido infausta nueva,
Mas terrible que víbora nociva
Al corazon de un hijo, mas que el rayo
Al estallar en la region vacía.
Tu venerable madre allá en el Sena,
So el peso de los años oprimida,
Postrada en lecho de dolor, la hora
Esperaba de próxima agonía.
Con la humildad cristiana de los justos,
Resignada, pacífica, tranquila,
Serena pide que á su Antonio ausente
La peligrosa novedad escriban.
Sábesla, y en la máquina de hierro,
Que en rapidez al viento desafía,
Y á Stephenson, el célebre artesano,
Y á Salomon de Caus inmortaliza,
Entras, ferviente demandando al cielo
Que abrazar á la enferma te permita
Antes que exhale el postrimer suspiro,
Y al supremo Hacedor el alma rinda.
Del afecto filial volando en alas,
Dejas atrás la Lusitania antigua,
Y del Guadiana campos y arenales,
Que el héroe de Cervantes recorria.
En la que fue de Atocha humilde puerta
Veneras desde lejos en su ermita
A la Madre de Dios, y con su manto,
Que á la paciente ampare le suplicas.
Quedan á un lado Carpetanas cumbres,
Lindes y muros de las dos Castillas,
Y despues de cruzar el raudo Ebro,
Ves de Cantabria rios y colinas.
Penetras en tu patria, la saludas,
Y con recelo y sobresalto arribas
A la augusta Lutecia, do gozoso
A la anciana en su lecho encuentras viva.
No fuí yo tan feliz, amado Antonio,
Pues desoyendo Dios plegarias mias,
De cerrar á mi madre moribunda
Los ojos ¡ay! mi diestra no fué digna.
En vano desde el pobre, estéril suelo,
Do Manzanares vierte escasas linfas,
Quise volar á la ciudad cristiana

Que del Pilar la imagen santifica.
Tal ventura á mis culpas negó el cielo.
Rugió sañuda la discordia impía,
Y de Madrid ensangrentó las calles,
De junio el veintidos, lid fratricida.
Erizado el cabello, entre deformes
Muertos al estampar la planta mia,
Que con su sangre ¡ó Dios! noble, española,
El encharcado suelo enrojecian,
A la estacion corrí despavorido,
Llena de horror el alma, estremecida;
Mas ¡ay! las puertas encontré cerradas,
Que abren el paso á la ciudad invicta.
Triste como la tumba, silencioso,
Con grave lentitud, la sien caida
En el pecho ulcerado, que rasgaban
De amargura y dolor duras espinas,
Entré abatido en mis humildes lares.....
Horas despues mi nombre repetia
En Zaragoza venerable anciana,
Besando al espirar la Cruz divina.
El apagado maternal acento,
Cuando en el estertor me bendecia,
Sonó en mi corazon, no en mis oidos (1),
Sordos con el cañon y marcial grita.
¡Y lloras, dulce amigo! No, no llores:
Quien lágrimas sin duelo cada dia,
Cada instante, infeliz, derramar debe,
Soy yo, soy yo, por tan fatal desdicha.
Desdicha ¡ay me! que cual peñasco enorme
El corazon me oprime todavia,
Y por sus muertos hijos á la patria
Copioso llanto á derramar obliga.
Si hubiera al menos, como tú, abrazado
A mi madre al morir, sí de rodillas
Con respeto filial besado hubiera
Por la Parca su mano yerta y fria,
¡Qué consuelo, qué plácido consuelo
El amargor, ingrato mas que acíbar,
De mi pena cruel, desgarradora,
Con celestial dulzor no calmaria!
Mas los pobres y míseros mortales,

(1) Verso de Martinez de la Rosa.

Que cual Judío errante peregrinan
Por este valle de dolor y angustia,
Su dulce patria por Adán perdida,
Debemos adorar la santa mano
Del santo Adonaí, cuya justicia
Nos condenó al trabajo, al infortunio,
Cual de Adán pecador raza maldita.
De aquel primero y delincuente padre
Por la culpa mortal, feroz domina,
Cual espectro espantoso entre sepulcros,
La torva muerte con guadaña erguida.
Dios empero benéfico, amoroso,
Ya en el Eden, jardin de las delicias,
Que el Tigris y el Fison, Gehon y Eufrates
Fecundizaban mansos á porfía,
Al hombre consoló con la promesa
De que admirable Virgen sin mancilla,
En el girar futuro de los siglos,
A la infernal serpiente humillaria.
¡Gloria al Señor! ¡A sus bondades gloria!
Belén, aldea pobre, pero rica
Por albergar en mísero pesebre
La lumbre de los cielos y alegría,
De pastores y reyes con asombro
Ve la promesa del Señor cumplida,
Y al soberano Verbo ya nacido
De Virgen Madre prosternada admira.
Despues el buen Jesus con sangre pura,
Cual de inocente víctima divina,
El enojo del Padre ya aplacado,
A la estirpe de Adan el cielo abria.
¡Culpa, culpa feliz! por la que el hombre
Al Hacedor supremo de la vida
Llama su Redentor, y dulce Madre
A la Madre de Dios, Virgen bendita.
Por eso los cristianos, cuando pierden
Las prendas de su pecho mas queridas,
Porque la eternidad ante sus ojos
Abre su pavorosa y negra sima,
Desolados la pérdida lamentan;
Mas el amor de Dios los ilumina,
Y la esperanza y fe, y en regocijo
La profunda afliccion ven convertida.
No lloremos desde hoy, amado Antonio,

A nuestras buenas madres, pues un dia,
No lejano quizá, podremos verlas
En la mansion de paz y eterna dicha.
Allí (de Dios en la piedad lo espero)
Con sangre del Cordero redimidas,
Cantan el dulce *hossanna* de los justos,
A la bondad pidiéndole infinita,
Que á sus hijos defienda en el destierro,
Donde vertimos llanto sin medida,
Hasta que tiernas abrazarnos puedan
Allá en Sion, de amor entre caricias.

AL SEPULCRO DE MI QUERIDO Y MALOGRADO AMIGO

EL INMORTAL BALMES.

SONETO.

De láuros lleno en caractéres de oro
Aquí ¡ó dolor! grabado el nombre leo
De mi Píladés caro y fiel Teseo,
Cuya muerte precoz triste deploro.

Pueblo español, con tu doliente lloro
De la Muerte cruel baña el trofeo,
Pendiente de este negro mausoleo,
Tu prez eterno, tu mayor tesoro.

Patria del Abulense y de Cervantes,
Si otras naciones faltas de memoria
A tus hijos acusan de ignorantes,

Recuérdales de Vich la noble historia,
Y menos obcecadas y arrogantes
Envidiarán á Balmes y tu gloria.

A FERNAN CABALLERO,

remitiéndole un ejemplar de la reseña biográfica del Padre Tomás Báguena.

A Fernan Caballero,
Español novelista sin segundo,
Que en el Alcázar vive de Sevilla,
Con paternal cariño verdadero
Y respeto profundo,
Envia un ejemplar de esta obrecilla,
Escrita con el fin (tal vez en vano)
De disipar las sombras del olvido
Que á un vate esclarecido,
A pesar de su ingenio sobrehumano,
Tienen oscurecido,
Su atento Capellan

BONO SERRANO.

A LA MUERTE DE LAMARTINE.

SONETO.

Como dardo mortal de antigua aljaba,
La vil envidia á la inocencia pura,
Al talento, al saber, á la hermosura
Rabioso escupe su funesta baba.

Aunque arroje veneno, arroje lava,
Cual Mongibelo, de su boca impura,
No denigra la voz de la impostura
Nobles ingenios que virtud alaba.

Por mas que con las sombras del olvido
El ciego mónstruo oscurecer intente
A Lamartine, en polvo convertido,

La fama en su clarin de oro luciente
Proclamará al poeta esclarecido,
«El primer Cisne de la edad presente.»

AL SEÑOR DON AGUSTIN MENDOZA,

CURA PÁRROCO DE SANTA CRUZ DE MANILA.

EPISTOLA.

Madrid: diciembre de 1868.

Señor Mendoza, mi dueño,
Dignísimo Padre de almas,
Y respetable español
En ese confin del Asia;
Sabed que, de parte vuestra,
El comandante Lacambra,
Mi paisano y compañero
Allá en la civil campaña,
Cuando se batia el cobre
Por las libertades pátrias
En Arlaban y el Nervion,
Guardamino y Ulizarra,
Me ha entregado treinta duros
En monedas de oro y plata,
Brillantes aún mas que el astro,
Bello precursor del alba.
Treinta duros sin descuento,
Limpios de polvo y de paja,
Para decir treinta Misas
En otras tantas mañanas.
Ya he celebrado catorce
En el templo que se llama
De Irlandeses, oratorio
Que está cerca de mi casa.
Sin interrupcion las otras
Tambien serán celebradas,
Si con el favor del cielo
Vida y salud no me faltan.
Remitidme, si es posible,
Cuando querais, otras tantas,
Y cumpliré como es justo
Con puntualidad exacta.

Aquí escasean las Misas,
¿Pero cómo? no se hallan,
Aunque Diógenes viniera
Con su linterna á buscarlas.
No ha mucho, ¡ó dolor! dos curas
Famélicos de la Alcarria,
Que allí tan solo comian
Pan moreno y verdolagas,
Vinieron buscando Misas
A la Villa coronada,
Para no morir del hambre,
Que ya cruel amenaza;
Y además una limosna
Para dar siquiera escasa
A sus pobres feligreses,
Que en vano auxilio demandan.
Despues de sudar no poco,
Despues de cien caminatas
Por Madrid, ¿qué consiguieron?
Absolutamente nada.
Por buena dicha unas pocas
Les dió un rico de Pastrana,
Con que podrán este invierno
Mezclar el pan con chanfaina,
Y socorrer en su aldea
A la clase infortunada
De labradores, mendigos
Cuando abril niega sus aguas.
No lo dudeis: la miseria
A los ciudadanos mata
De esta Villa y sus contornos,
De Castilla y toda España.
El pobre pueblo perece,
A pesar de que trabaja,
Y con sudor y aun con sangre
Moja el bocado que gana.
Merced á los tahoneros,
Gente durilla y avara,
El pan está por las nubes,
La contribucion no baja;
El tocino, carne, aceite,
Abadejo y ensalada,
Todó, en fin, aquí se compra
Por un ojo de la cara.

¿Y el casero? ¿Y el casero?
¡Qué punto, hermanos y hermanas
El que toco! Así decia
Un predicador de Arganda,
Y el dorso de la barriga
El orador se rascaba,
Porque le picó en la parte,
Chinche gorda como araña.
¡El casero! Dios me ayude,
La Virgen pura me valga,
Y cuantos hay en el cielo
Angeles, Santos y Santas.
Oid, amigo Mendoza,
Oid, si podeis, con calma
El caso que sucedióme
La precedente semana.
Matrona ilustre, opulenta,
De conciencia timorata,
Que se confiesa conmigo
Cual verdadera cristiana,
Puso cincuenta pesetas
En mi mano consagrada,
Rogándome que, ocultando
Su nombre, las entregara
A un albañil que, doliente
Y postrado en una cama,
No podia mantener
Su familia dilatada.
Me despido, y el dinero
Llevo á paso de Luchana
Al infeliz artesano,
Que en verdad no lo esperaba.
Noventa y ocho escalones
Subí (tuve la cachaza
De contarlos), y al fin llego
A una miserable estancia,
Humilde chiribitil,
De once personas morada,
Con tres piezas, que parecen
Celdas de monja descalza.
Así que toqué á la puerta,
Despacio y con mano helada
Vino á abrir, del pobre enfermo
La madre septuagenaria.

Entro, saludo, y un cuadro
Veo á la primer ojeada,
Que fuera bueno lo vieran
Los banqueros y monarcas.
A mis ojos aparece
En duro jergon de paja
Un moribundo, del Carmen
Besando pequeña estampa.
Su triste esposa me dice
Entre lágrimas amargas,
Que ya de los sacramentos
La Uncion tan solo le falta.
Yo le entrego la limosna,
Y con piadosas palabras
Procuro á enfermos y á sanos
Dar consuelos y esperanzas.
La pobre vieja al momento
A sus ocho nietos llama,
Bésanme la mano todos,
Y preguntan con instancia
Abuela, padres y niños
Por el nombre de la dama
Caritativa, que alivia
Con tal bondad su desgracia.
Se afijen cuando repito
Que si mi lengua lo calla,
Lo prometí, y en conciencia
Debo cumplir mi palabra.
Todos á una voz me dicen
Que á Dios y á la Virgen santa
Rogarán por la Señora,
Que de los pobres se apiada.
Al salir ya por la puerta,
Pregunto á la buena anciana:
Dispensadme, ¿cuánto es
El alquiler de esta casa?
Da un suspiro, que sin duda
Salió del fondo del alma,
Y me dice: *¡Padre mio,*
Padre, peseta diaria!
Tomo entonces la escalera,
Y con la cabeza baja,
Meditabundo, afligido,
Así mis labios esclaman:

«¡Desdichados menestrales!
»Clase pobre, cual honrada,
»Que por mantener sus hijos
»Con ardor tanto se afana,
»Y para poder pagar
»Bohardilla desvencijada,
»Dia y noche trabajando,
»Ni para el casero gana.
»¿Cuándo habrá capitalistas
»Que vean tales desgracias,
»Y la miseria que ocultan
»Desvanes á teja vana?
»Mas ¡ay! ellos no se acuerdan,
»En sus carrozas doradas,
»De venir á ver al pobre,
»Cuando salen de su alcázar.
»Pero el pobre se consuela
»Con Dios, que benigno ampara
»Al hambriento pajarillo,
»Que con triste voz lo llama.»
Cuando á mil menesterosos
De la clase proletaria
La necesidad acosa,
Aniquila y anonada,
Hay ricos (Dios los perdone)
Que en el tren se van á Francia,
Donde en modas y jolgorios
Dinero y salud malgastan.
¡Miserables españoles!
Pues cuando la madre patria
De sus hijos necesita,
La dejan desamparada.
De lo dicho inferireis
Que, en tan graves circunstancias,
Clérigos y sacristanes
No tenemos una blanca
Para hacer cantar á un ciego
Las coplas estrafalarias,
Con que las iberas Musas
Hoy por el polvo se arrastran.
¿Dónde están los Argensolas
Para zurrar la badana
A los vocingleros grajos,
O si se quiere cigarras?

El pauperismo de Londres,
Terrible, espantosa plaga,
Que á nuestros padres y abuelos
Jamás aterrorizaba,
Asoma ya la cabezá,
Y de cerca nos amaga
Con su miseria y horrores,
Como en las islas Britanas.
Docenas de pordioseros
Por campos, calles y plazas,
Cuando el sombrero de teja
Atisvan y la sotana,
Siguen en pos de los curas,
Y en voz lastimera y alta
Piden limosna, creyendo
Tenemos llenas las arcas
De patacones, pesetas
Y calderilla prosáica,
Como arciprestes de antaño,
O canónigos de Jauja.
Mas aunque con sus lamentos,
Y lágrimas y plegarias
Nos aflijen y entristecen,
Y el corazon nos desgarran,
No pueden darles dos cuartos
Nuestras bolsas estenuadas,
Para comprar un mollete,
Una sardina ó patatas;
Ni menos para el casero,
Que los persigue y ultraja,
Porque pagarle no pueden
Veinte ó cincuenta mesadas.
Ya sabeis, amado Cura,
La verdad como el sol clara,
Conocida aun de los niños
Que van por el suelo á gatas:
Que nadie da si no tiene,
Por mucho deseo y ansia
Que tenga de dar. Porque.....
Porque los medios le faltan.
Mas da el duro que el desnudo:
El refran así lo canta,
Y diz verdad como un templo,
O como el Pirene y Atlas.

¿Y estrañareis, buen Mendoza,
Mi solícita demanda
De Misas, si, cual supongo,
Teneis de ellas abundancia?
No lo estrañareis. Amigo,
Quisiera tener palabras
Tan elocuentes y bellas,
Y tan sublimes y gratas
Como las del gran Cervantes
Y de Fray Luis de Granada,
Y de Rioja y Melendez
La cítara sobrehumana,
Para daros como debo
Las mas entrañables gracias
En prosa y versos divinos,
Que á los lectores encantan.
Pero si mi lengua es muda,
Y mi lira tambien calla,
Porque un viejo ya no puede,
Aunque quisiera, pulsarla,
Mientras yo viva y respire,
Prosternado ante las aras
Pediré á Dios que, bondoso,
Os premie con mano larga,
Y os dé mil años de vida,
Y felicidades tantas,
Como infortunios y males
Hoy martirizan á España.
¡A España! La patria nuestra,
Que el mundo pasmado acata,
Recordando el *dos de mayo*,
Bailén, Pavía y las Navas.
Si proseguís, buen Mendoza,
Aliviando la desgracia
De un sacerdote cesante,
Que de serlo no se enfada,
Cesante, amigo, con poca,
Con poquísima esperanza
De mejorar, que con Misas
Ha de sostener su casa,
Encontrareis en el cielo
La recompensa colmada,
Que Dios, cual Padre, concede
A la caridad cristiana.

IMITACION DE LAS PALABRAS DE UN CURA RURAL,

citadas por Chateaubriand y dirigidas á la Asamblea constituyente en tiempo de la revolucion francesa.

SONETO.

No importa, no, que con osada mano
Derribe la impiedad templos y altares,
Donde exhalaba preces y cantares
El religioso pueblo castellano.
Las preciosas imágenes en vano
De santos desparecen tutelares,
Relicarios y alhajas á millares,
Veneracion un tiempo del cristiano.
Si audaz volterianismo persevera
Sus cruces de oro y plata furibundo
En robar á la Iglesia en esta era,
Con esperanza y fe y amor profundo
Adoraremos cruces de madera.....
¡Una Cruz de madera salvó al mundo!

AL SR. D. FERMIN IRRIBARREN,

digno poseedor de preciosa y devotísima imagen de marfil de Ntro. Señor Jesucristo crucificado.

(*Imitacion de un bello soneto francés de Mr. Latour, publicado en París en* 1867.)

ROMANCE.

Si yo, Irribarren, tuviera
El sagrado Crucifijo,
Que por sus labios parece
Exhalar tiernos gemidos;

Si poseyera esa efigie,
Esfuerzo, raro prodigio
De aquel cincel sobrehumano,
Que un ángel ha dirigido,
Al desgraciado Renan,
Que un tiempo adoró sumiso
Al buen Jesus, y es ahora
Su mas cruel enemigo,
Diria con blando acento,
Y lágrimas y suspiros:
«¿Por qué en el Jordan lo buscas,
»Ó de Oriente en el camino?
»¡Infeliz! Aquí lo tienes:
»Él te mira compasivo,
»Y cual descarriada oveja
»Te llama á su santo aprisco,
»Contempla su imagen viva,
»Ya que en Salem no ha podido
»Tu corazon encontrarla
»Por su helado escepticismo.»
Al oirme, de fe ardiente
Tal vez el fuego divino
De nuevo ardiera en su pecho,
Como en sus años floridos;
Y ante esa cruz veneranda
Con mano firme su libro,
Dando de humildad ejemplo,
Quemaria arrepentido.
Dichoso yo si escuchase
Al novelista contrito
Esclamar de eficaz gracia
Con el celestial auxilio:
«Si del Justo las virtudes
»En Judea solo he visto,
»Hoy á Dios en esta efigie
»Contemplan los ojos mios.» (1)

---

(1) *El Peninsular*, diario progresista de Cádiz, despues de insertar un soneto del Sr. D José Navarrete, el martes 12 de febrero de 1867, dice lo siguiente: «Inspiró al Sr. Navarrete tan delicada poesía la vista de un hermoso Santo Crucifijo de marfil, que es una maravilla del arte, y el cual es propiedad de Don Fermin Irribarren, del Puerto de Santa María. No se sabe cuál fué el escultor que talló tan celestial efigie, pero sí aseguran las eminencias del arte, así en España como en el estranjero, que no alcanzaba á tanto el cincel de Miguel Angel.» Hasta aquí dicho

AL ANIVERSARIO

de la inauguracion en esta Corte de la Escuela dominical bajo la advocacion de San Vicente Ferrer.

ODA.

Ya un lustro se ha cumplido,
Que para dicha nuestra
En la Corte de España
Se estableció esta escuela.
Plantel de bendiciones,
Que florece y prospera
Como frondosa palma
Del Betis en la vega.
¿Qué mucho, si la escuda
Con su amparo y tutela
El español Apóstol,
El hijo de Valencia?
Como pobre arroyuelo
Que brota de las peñas,
Humedeciendo manso
La vecina pradera,
Ella nació algun dia
Tan humilde y modesta,
Que el malicioso mundo
La descubria apenas.
Hoy, caudaloso rio,
Ya fecundiza y riega
De la virtud naciente
Flores puras y bellas.
Contad, si os es posible,
Las rosas y azucenas
Que en Aranjuez su cáliz
Abren en primavera,

---

periódico. Muy poco despues de la mencionada fecha, el Sr. Irribarren, que continuaba viviendo en Cádiz, salió un dia de su casa con el Crucifijo (pues lo llevaba constantemente consigo), y en la calle le asaltó de improviso la muerte, no sin darle tiempo para besar y adorar la sacrosanta Imagen, que habia resuelto regalar á Nuestro Santísimo Padre Pio IX.

Y contareis entonces
Las jóvenes honestas,
Que este sagrado asilo
Á porfía frecuentan;
Asilo en que cien damas
Las educan y enseñan,
Con su ejemplo y lecciones,
Virtud santa y austera.
Señoras bondadosas,
Que con su mano alejan
De inminéntes peligros
A la casta inocencia.
Loor á sus afanes,
Que el cielo remunera
Multiplicando el fruto
De sus nobles tareas;
Tareas envidiables,
Pues un dia con ellas
Aumentarán sus lauros
El Estado y la Iglesia.
¿Veis esa muchedumbre
De discípulas tiernas,
Que en esta santa casa
Hoy dia se congregan?
Pues cuando sean madres,
Como Sara y Rebeca
Guiarán á sus hijos
De virtud por la senda.
Y Dios, cual tierno padre,
Dará su recompensa
A las buenas alumnas,
A las dignas maestras.

Á MI AMIGO EL BIZARRO GENERAL BUZETA,

al salir de Madrid para incorporarse al ejército de Cuba.

SONETO.

¿Sucumbirá por fin la hermosa Antilla,
A pesar de blandir fulmíneo acero
Tanto leal intrépido guerrero,
Por salvarla de oprobio y de mancilla?

¿Se empañará la perla que ahora brilla,
Mas que la clara luna del enero
Y el matutino espléndido lucero,
En la diadema augusta de Castilla?
Así esclamaba yo, como buen hijo
De la patria del Cid, cuando fulgente
La noble sombra de Colon me dijo:
No, que Buceta, campeon valiente,
Dando á España victoria y regocijo,
Con lauro de oro ceñirá su frente.

Madrid: febrero de 1869.

RESPUESTA ANTICIPADA.

ODA.

Dirá un adusto Zoilo,
«Que en vano me fatigo
Por lograr de poeta
El nombre esclarecido;
»Que aunque ahora mis versos
Gusten á los amigos,
Su benigna indulgencia
Es hija del cariño;
»Mas desde aquel instante
Que con rigor debido
La crítica sobre ellos
Ejerza su dominio,
»Quedarán en el polvo
Sepultados y hundidos,
Sin ver la luz del dia
En los futuros siglos.»
Pero, Señor, ¿qué importa?
¿No es el objeto mio
Divertir con la lira
Mis penas y martirios?
Ya que, gracias al cielo,
Dichoso lo consigo,
Del crítico profeta
Desprecio el vaticinio.

Á UN FALSO AMIGO.

EPIGRAMA.

Por modelo de amistad
Te tuve yo desde niño,
Y te llamé con cariño,
Del alma mia mitad (1).
¿Pues cómo en la adversidad
A mis contrarios ayudas,
Y me abrazas y saludas
Al venderme con engaño?
Mas ¡ay!..... de ti no lo estraño.....
Tienes el pelo de Judas.

Á LA MUERTE DE RIEGO.

SONETO.

Los nietos de legiones, que en Pavía
Y San Quintin, Pescara y Ceriñola,
Hundidas en el polvo, la aureola
Perdieron de sus láuros algun dia;
Los mismos que en Bailén vencido habia,
Gerona y Alcañiz, gente española,
Llamados del error por la voz *sola*,
Proclamaron aquí la tiranía.
De sayon fiero sucumbia á manos
Riego, mas infeliz que Casio y Bruto,
De Roma libre, libres ciudadanos;
Y España se cubrió de negro luto,
Al esclamar verdugos inhumanos:
Viva Fernando séptimo absoluto (2).

Madrid 7 de noviembre de 1868.

---

(1) Frase de Horacio: *Dimidium animæ meæ.*

(2) En los momentos de espirar el desventurado Riego, el verdugo gritó: *Viva el rey absoluto*, á cuyas voces solo contestó el *ayudante del ejecutor*. Así lo dicen ancianos que presenciaron aquella tragedia el 7 de noviem-

A LA SEÑORITA DOÑA JACINTA GUTIERREZ DE LA CONCHA,

EN SU ENLACE CON EL CONDE DE JIQUENA.

FELICITACION.

San Ildefonso, agosto de 1864.

Al rumor grato y sonoro
De las halagüeñas brisas,
Que en el español Versalles
Mecen florestas y umbrías;
Al apacible murmullo
De las fuentes cristalinas,
Que á Felipe el Animoso
Nos recuerdan todavía,
Oigo la voz de la fama
Que tu himeneo publica,
Mi queridísima alumna,
Bella y donosa Jacinta.
Cuando repiten los ecos
Tan lisonjera noticia,
Mi corazon de entusiasmo
Alborozado palpita.
Al impulso del afecto
Que me arroba y estasía,

---

bre de 1823. *Aquellos polvos trajeron despues otros lodos.* Dios nos dé paz, y acierto á los gobernantes en las presentes calendas, un poco y un mucho peliagudas. *Un abismo llama á otro abismo*, y un crimen produce casi siempre otro crimen, y *con frecuencia muchos crímenes.* En tiempo del absolutismo murieron en un patíbulo Porlier, Lacy, el Empecinado y otros cien españoles, *beneméritos de la patria* casi todos. En épocas constitucionales tuvieron la misma desgracia los Generales D. Javier Elío, Santos Ladron, Alzáa y otros bizarros soldados, que habian hecho servicios importantísimos al país en nuestra heróica guerra de la *Independencia.* Riego fue ahorcado en Madrid, porque el año anterior habia sido agarrotado en Valencia el citado Elío. Bárbara, sacrílega, infernal y diabólica *ley de represálias.* El Duque de Angulema quiso á todo trance salvar al desventurado Riego, pero le taparon la boca y le ataron los brazos, recordándole el suplicio de Elío. Esta es la verdad. Lo mismo, ni mas ni menos, sucedió en España posteriormente. Los progresistas fusilaron al valeroso Diego

Como las arpas eolias,
Al resonar imprevistas,
En estos desaliñados
Versos de trova sencilla,
Mi ya abandonado plectro
Te saluda y felicita.
Dios, que en la azulada esfera
Su curso á los astros fija,
Y á los humanos proteje
Como á su imagen divina,
Hoy con su amorosa diestra
Tu matrimonio bendiga,
Como á Raquel, como á Sara,
Piadosas israelitas;
Y cual Padre te conceda
Tantas virtudes y dichas,
Como lauros de alta gloria
Deseo á la Patria mia.
Ojalá que por mil años
Con tu digno esposo vivas
Con tal salud y ventura
Cual disfrutaste de niña.
El cielo te dé propicio
Amables y santas hijas,
Para esperanza y consuelo
De tu ancianidad tranquila.
Entre sus gracias y encantos,
Que recuerden á porfía
Los encantos y las gracias
De tu juventud florida,

Leon, á Borso di Carminati (que como soldado no valia menos), á Montes de Oca, Fulgosio, Boria, etc., etc. Subieron al poder los moderados, y por no ser menos que los otros, fusilaron al intrépido Martin Zurbano, á sus hijos Feliciano y Benito, al cuñado Cayo Muro, etc., etc. Esta es nuestra historia contemporánea: bonita historia. *Debiera escribirla solo la mano del verdugo*, como dice Lista hablando del reinado de D. Pedro de Castilla. Se me olvidaba *lo mejor*. Cabrera fusiló en el *Bajo Aragon* á dos Alcaldes, y á los pocos dias era pasada por las armas en Tortosa la inocente y virtuosa madre del guerrillero. Este, por no quedarse atrás, fusiló á no sé cuántas mujeres tan inocentes y virtuosas como su madre. ¡*Viva el siglo de las luces*! ¡Válame Dios! ¡Qué atroces, qué crueles, inhumanos, y feroces, y sanguinarios, y bárbaros son los partidos, ó bandos políticos! Tentaciones me vienen de alargar mas y mas esta ya plúmbea nota, porque la materia se presta de suyo..... *pero mucho*. Lo dejaré para mejor ocasion. Punto final.

Brille, como el sol radiante
En el firmamento brilla,
Un varon fuerte y robusto,
Modelo de bizarría,
Joven fogoso y gallardo,
Que acero de temple ciña,
Si á la España sin ventura
Adversarios hostilizan;
Esclarecido guerrero
De tanto prez y valía,
Que en páginas inmortales
Su nombre la historia escriba.

A LA SEÑORITA DOÑA PETRA GUTIERREZ DE LA CONCHA,

Marquesa de la Conquista.

ODA.

Del despejado oriente
Ya asoma por las puertas
El alba iluminando
La carpetana sierra;
El alba, precursora
Del dia en que celebra
Su fausto cumpleaños
La venturosa Petra.
Sus amorosos padres
Al blando lecho llegan,
En que la niña duerme
El sueño de inocencia,
Y dulce beso imprimen
En su frente serena,
Que adornan y realzan
El candor y belleza.
La cariñosa hija
Sonriyendo despierta,
Y al ósculo responde
Con mil caricias tiernas;
Y luego alza sus manos
A la celeste esfera,
Y por sus dignos padres
Plegaria santa reza.

Recordando gozoso
Tan agradable escena
Un viejo que algun dia
Tuvieron por poeta,
Descolgó el instrumento
De ritmos y cadencias,
En que cantar solia
Sus dichas y sus penas,
Y la voz dando al viento
En la apacible vega
Del régio Manzanares,
Dice de esta manera:
«El bondadoso cielo
»Bendiga la existencia
»De mi querida alumna,
»De la joven Marquesa.
»Virtud y dicha tanta
»Benigno le conceda,
»Que del sexo piadoso
»Honor y gloria sea.
»Nunca en la negra copa
»Del infortunio beba,
»Ni desengaños llore,
»Ni la aquejan dolencias.
»Su pacífica vida
»Así trascurrir vea,
»Cual dia bonancible
»De hermosa primavera.
»En fin, por años ciento,
»Como las hijas buenas,
»Honre á sus nobles padres
»Y venerable abuela.»
Así el anciano dijo,
Y en raudo vuelo lleva
Un ángel sus palabras
De Dios á la presencia;
Y Dios, cual siempre, oyendo
La voz que humilde ruega,
Con su mano bendice
A la dichosa Petra.

Nota. El autor dió por espacio de algunos años, á las señoritas mencionadas en las dos composiciones anteriores, leccion de religion y moral, de gramática española, historia, geografía, estilo epistolar, etc.

ADHESION AL CONCILIO VATICANO

CONVOCADO Y PRESIDIDO POR NTRO. SMO. PADRE EL PAPA PIO IX.

SONETO.

Aunque valor y juvenil denuedo
No me ornan ya, desde que soy anciano,
Y con mi débil temblorosa mano
Escribir y firmar apenas puedo,
Adherido á la fe de Recaredo
Cuando, el error al abjurar arriano,
Regocijó al Pontífice Romano
Y á la Iglesia de Dios allá en Toledo,
Con el favor y amparo de María,
Y de gracia eficaz con el auxilio,
Que prosternado imploro..... no me arredro.
¡Feliz si derramar la sangre mia
Lograra yo en defensa del Concilio
Que el sucesor preside de San Pedro!

A S. A. R. LA SERMA. SEÑORA

INFANTA DOÑA MARIA LUISA FERNANDA.

FELICITACION.

Hasta el postrimer momento,
Hasta el último estertor
De mi senil existencia,
Que ya el tiempo marchitó,
Con toda el alma, Señora,
Con todo mi corazon
Daré gracias á María
Y al divino Redentor,

Porque una bondosa madre,
Una madre como vos,
Despues de tamañas penas,
Ya no gime en la afliccion.
Por los ángeles del cielo
Sea ensalzado el Señor,
Que vuestras amargas horas
Cual Padre dulcificó.
Por los ángeles del cielo
Reciba eterno loor
La que con su pie la frente
De Lucifer quebrantó;
Aquella que siempre escucha
Nuestro llanto y oracion,
Cuando pedimos humildes
Con esperanza y amor.
La fama, en su trompa de oro,
Mas que los vientos veloz,
De vuestro hijo el alivio
Por el orbe publicó;
Y los dignos ciudadanos
Del fértil suelo español,
Donde brota la hidalguía
Como en los prados la flor,
Se prosternan en el polvo,
Y cantos de bendicion
A la Virgen Madre ofrecen
Del eterno Criador.
Dispensad, Señora augusta,
Que en dia feliz cual hoy,
No me deje hablar acorde
De mi pecho la emocion.
Estoy loco de alegría.
¡Ah! perdonadme por Dios,
Pues casi os pierdo el respeto,
Pero no es con intencion.
Perdonad á pobre anciano,
Testigo del dia atroz
Del *Dos de Mayo;* Madrid
Lo recuerda aún con horror.
Quiso el déspota del Sena,
En su orgullo y ambicion,
Manchar de Pelayo el trono,
Y esclavizarnos feroz.

Mas humilladas sus huestes
Por el hispano valor,
En Santa Elena una tumba
Abrimos á Napoleon.
Descanse en paz..... ¡Desdichado!
Y el sobrino y sucesor
De aquel soldado que el sólio
De Clodoveo usurpó,
¿Querrá dominar á España
Con un rey de su eleccion,
Y tratarla cual rebaño
Que ya no tiene pastor?
¿Podrá, obcecado, olvidar
Que los españoles son
Hijos y nietos de aquellos
Que el tio suyo inmoló?
Que venga su protegido
Con tanta y tanta legion
Cuantas el polvo mordieron
En Vitoria y Waterlóo.
No importa: si duerme ahora
El indómito leon
Que al águila del Imperio
Con sus garras destrozó,
Despertará, y su rujido
Hará blandir con furor,
En brazos de hierro, lanzas
Que el Tajo temple y Jalon.
No importa: mil españolas,
Con asombro y estupor
Verá el mundo pelear
De la libertad en pro.
A sũ ejemplo, mil valientes
Lidiarán cual Mina-Espoz,
Y Alvarez el de Gerona,
Y Velarde y Palafox.
No importa: los viejos mismos,
Inútiles como yo
Para esgrimir un acero,
Levantaremos la voz,
Y la juventud briosa
Luchará con el teson
De la raza que ocho siglos
Al árabe combatió.

Todavía, todavía
Siente el bizarro español
Por sus venas correr sangre
Del burgalés Campeador.
Todavía bondadoso
Nos defiende Sabahot,
Y María con su manto
Nos escuda protector.
María, que á Zaragoza,
Para su veneracion,
Al visitarla cual Madre
Su Imagen santa dejó.
Todavía mis paisanos
Fieros cantarian hoy,
Cual cantaba mi buen padre
Ante enemigo cañon:
La Virgen del Pilar dice
No quiere al Emperador,
Que quiere ser Generala
De los hijos de Aragon;
Himno de guerra sublime,
Que de patriótico ardor
Corazones de diamante
El año nueve inflamó;
Y como Numancia un dia
A Mancino y Escipion,
La *siempre heróica Ciudad*
Vencer supo al invasor.
Loada sea María,
Y loado sea Dios,
Que del estranjero yugo
A mi patria libertó.
Loado, loado sea
Aquel buen Padre y Señor,
Rey de reyes, y consuelo
En toda tribulacion,
Que oyendo á tan tierna madre
Y digna esposa cual vos,
Al hijo de sus entrañas,
Al bello infante salvó.
Si de este débil anciano
Se digna escuchar la voz
El que impera Omnipotente
En la celeste Sion,

De vuestro amor y ternura
El vástago encantador,
Vivirá feliz mas años
Que luces ostenta el sol.

Madrid 10 *de diciembre de* 1869.

IMPROVISACION CON PIE FORZADO

EN UN CONVITE DE AMISTAD Y CONFIANZA.

ESPINELA.

De Aragon la rebeldía
Nunca verán los mortales;
Que solamente leales
Produce la patria mia.
Si alguno con osadía
Quiere decir lo contrario,
Digo que es un temerario,
A la faz del mundo..... miente;
Y si se me pone al frente.....
Le doy con el incensario.

AL EXCMO. SR. D. ANTONIO DE LATOUR.

LA GRATITUD.

ODA.

A ti, mi dulce amigo,
Que benévolo acoges
Los frutos literarios
Que producen ingenios españoles,
A ti, que de la envidia
Contrastando las voces,
Con que el prez de mi patria
Negar quieren osados escritores,

A ti, que á nuestra gloria
Has levantado noble,
Vividor monumento (*)
Mas que el granito y mármoles y bronces;
A ti, mi dulce amigo,
Sus números acordes
Agradecido envia
El humilde cantor del Guadalope.
¡Qué mucho si, bondoso,
Entre doctos varones,
Orgullo de la España,
Has colocado mi modesto nombre!
¡Qué mucho si te debo
Un favor de favores,
Y gratitud me ordena
Que en alta voz mi lengua lo pregone!
Cuando mi anciana madre,
Que de paz santa goce,
Murió, los pies besando
Del que espiró en la Cruz por pecadores,
Tu amistad cariñosa,
Que el cielo galardone,
Fué el bálsamo precioso,
Que suavizó mis penas y dolores.
Por ti mi ruda lira,
Al viento dando sones,
De mi madre el Rosario
Celebró triste en cántigas discordes.
Empero, aunque insonoras
Las fúnebres canciones,
El filial sentimiento
De mi abatido espíritu calmóse.
Así templó con su arpa
David, el santo joven,

(*) Alude á los importantes y bellos artículos *sobre las glorias religiosas, políticas, militares y literarias de España*, que en la *Revue britannique* y en el *Correspondent* ha publicado Mr. de la Tour. Coleccionados estos preciosos opúsculos en tomos de 400 páginas, y reimpresos en París, forman ya seis volúmenes. El sábio y elegante escritor francés ha tenido la bondad de hablar no pocas veces en ellos de mis obrillas en prosa y verso, por cuya razon es muy justo que yo le manifieste mi sincera gratitud, y la haga pública por medio de esta sencillísima odita.

La negra hipocondría
Que á Saul inspiró tantos furores.
Del Támesis umbrío
Así cantó *las Noches*,
Su afliccion aliviando,
El vate melancólico de Londres (*).
En tus bellos escritos,
Que las alas veloces
De la fama conducen
A los opuestos límites del orbe,
Metros de Argiro Latmio,
Aunque de ingenio pobres,
Ufanos, orgullosos
Con tus gratos benévolos loores,
En el francés idioma,
Que los pueblos conocen
Del Oriente al Ocaso,
Del blando Mediodía al frio Norte,
Embellecidos vuelan
Con las galas y flores
Que tu péñola brota,
Cual perlas concha de la mar salobre;
Y salvando sus ondas,
Y salvando los montes,
Que entre el Garona y Ebro,
Entre el Sena y el Tíber se interponen,
Por ti mi pátrio rio
Resuena allá en regiones
Y riberas lejanas,
Que nunca oyeron su ignorado nombre,
Y de Alcañiz saluda
Los ínclitos blasones
En su cuna la Aurora,
En su túmulo el sol cuando se esconde.
Con la sin par constancia
Propia de mis mayores,
Aragoneses todos,
Cual de mis padres la copiosa prole,
Cultivé el dulce ritmo
De Argensola y de Lope,
Y de Lista y Melendez,
Cisnes del Bétis y del manso Tormes,

(*) Young.

Por conquistar los lauros,
Por lograr el renombre,
Que no muere en la tumba,
Do yacen inspirados trovadores.
Mas ¡ay! en vano: solo
Allá en el horizonte
Que de mi pátrio rio
Descubren los pacíficos pastores,
Sonaron los acentos
De mi rústico albogue,
En los verdes abriles
De mi edad, que volaron ya veloces;
Y del Ebro y del Turia
Por los amenos bosques
Despues repitió el eco
De mi plectro insonoro los acordes:
Mas desque tú bondoso
Con amor y loores
Al mundo publicaste
Mis ensayos poéticos y nombre,
¿Quién hay, mi dulce amigo,
Que al presente lo ignore
De cuantos estudiosos
Han leido tus doctas producciones?
En ellas, mientras Febo
Ilumine los orbes,
Viviré laureado,
Vivirán Alcañiz y el Guadalope.

GLORIFICACION

DEL DOCTOR D. FRANCISCO SUÑER Y CAPDEVILA.

Advertencia, prólogo, aviso, proemio, preámbulo, prolegómeno, ó lo que sea.

No es dificil ni inverosímil que haya españoles tan ignorantes y españolas tan estúpidas, que en todos los dias de su vida hayan oido hablar de Cervantes, de D. Quijote y Sancho Panza.

No es un imposible que á las Batuecas y aldehuelas mas pobres y olvidadas, y cortijos mas trasconejados de la península, no hayan llegado todavía los nombres de S. A. el Regente del reino, y del general Prim, y del brigadier Topete, y del ciudadano Rivero, y del diplomático D. Salustiano, y otros y otros, en fin, no menos famosos y renombrados en Europa y todo el orbe.

Si pescan entre sus uñas
Este opusculejo mio,
Que bien tasado no vale
Ní un ardite ni un comino,
Las manos de algun lector,
Feo, ceji-junto, bizco,
Crítico mal humorado
Y muy descontentadizo,
Grave me dirá: «Buen viejo,
»El sensorio habeis perdido,
»Y estais tocando el violon
»Como un travieso chiquillo.
»No hay hombre, mujer ó anciano,
»Joven, rapazuela ó niño
»Que pueda ignorar los nombres
»De sus gefes y caudillos.»

A tal objecion responderé con la serenidad y continente de Ayax al desafiar los rayos de Júpiter, segun cuenta el buen Homero: *que siendo yo mozalbete estuve en la Zoma, lugarejo insignificante de la sierra de Aragon, donde á escepcion del cura, que era el único que sabia leer, nadie habia oido mentar á Napoleon I, ni á sus huestes invasoras, que es mas; á pesar de haber estas hecho tanto ruido el 2 de mayo en Madrid, y despues en Zaragoza, Gerona, la Albuera, los Arápiles y Vitoria.* Repito, pues, y reflauto, como decia Fr. Gerundio, *que no es un imposible lo susodicho.*

Lo que yo no creería *jamás, jamás, jamás*, como dijo el de los Castillejos, aunque dijera lo contrario el mismo lucero del alba, es que haya un solo español aquende y allende los mares, que no conozca el nombre del Sr. D. Francisco Suñer y Capdevila.

Mucho han escrito, para ensalzarlo por supuesto, clérigos, seglares, periodistas, teólogos, hombres doctos, literatos de tijera, folletineros, etc., etc. Si se reuniesen todos los escritos que en su loor se han publicado, formarian razonable número de volúmenes.

Como yo tambien, por mis pecados, pertenezco á la turbamulta de los que embadurnan papel (porque al presente somos

mas los que escribimos que los que leen), quise dias pasados publicar algunos articulejos sobre las filosóficas, y sanas, y religiosísimas doctrinas del sábio doctor y diputado ilustre.

Pero pensándolo mejor, despues de haber leido y aun estudiado algunos importantes y sólidos opúsculos, que graves y doctos varones han publicado sobre el particular, he creido, y creo, que terciar yo con mi mal tajada péñola en el asunto, además de no poderlo hacer tan bien como los dichos escritores, era lo mismo *que llevar vasos á Samos*, como decian los cultos griegos, ó arrojar una vinajera de agua en el fondo del Océano, como dirian los sacristanes de Santurce, Castrourdiales, Cádiz, ó Algorta.

No obstante lo dicho, si desistí de echar mi cuarto á espadas como dicen los gariteros, renunciando sin dificultad á escribir en prosa, no pude resistir á la tentacion (Dios me perdone) de perjeñar el romance ó jácara siguiente, que suplico á mis benévolos lectores se sirvan recibir con indulgencia, en gracia de mis buenos deseos de realzar y enaltecer mas y mas, como buen español que soy por la misericordia divina, el ya famoso renombre del famosísimo Sr. D. Francisco Suñer y Capdevila.

EPIGRAFE.

Si niegas como yo á Dios,
Cual filósofo profundo,
Sábios de pró, voto á brios,
Asombraremos al mundo
Nosotros, nosotros dos.

(*Poesías inéditas, anónimas y acéfalas.*)

ROMANCE.

Perínclito ciudadano,
Esplendorosa lumbrera
De las Cortes, sol del siglo,
Honor y gloria de Hesperia.....
¿De Hesperia dije? de Europa,
De la humanidad entera,
Desde los tiempos de Adán
Hasta la presente fecha;

Permite que estos renglones
De ocho sílabas (que fueran
Versos dulces y elegantes
Si el noble ingenio y la vena
De Moratin ó Melendez
Yo venturoso tuviera),
Te saluden este dia
Con urbanidad modesta.
Soy un clérigo muy viejo,
Calvo, sin dientes ni muelas,
Flaco, enclenque, chiquitin,
Con tos, ictericia y reuma;
En fin, con mas alifafes
Que tiene una burra vieja,
Salva la comparacion:
Hombre soy, y burra es ella.
Pero, compadre, á pesar
De mi estatura pigmea,
De mis muchas Navidades
Y de todas mis dolencias,
Todavía, todavía
Mi feliz naturaleza
Me tiene en pie, y mas alegre
Que sonaja ó castañuelas.
Todavía no me asusto
Al ver matones que ostentan
Largos bigotes, trabuco,
Puñal y espada tremenda.
Todavía, con bonete
Hablaria, ó con montera,
Sin temblar mis pantorrillas
Ni trabárseme la lengua,
Al capitan Serrallonga,
Que cual si fuesen cerezas,
Diz que cien chiquillos crudos
Se tragaba por merienda.
Todavía de paseo
Acostumbro andar tres leguas,
El dia que no estoy cojo,
Por no dolerme las piernas.
Todavía á la pelota
Suelo jugar con frecuencia,
Tiro á la barra y al canto
Cual los jaques de mi tierra,

Porque soy aragonés
(Muy cerrado de mollera),
Para servir á mi Dios,
Y á ti tambien, dulce prenda.
Todavía contar suelo,
Como allá en mi adolescencia
Cuando lucia el tricornio,
Chascarrillos, historietas,
Que al aire arrojan mis canas,
Y á mis oyentes alegran,
Y á todos reir nos hacen
Como lelos ó babiecas.
Todavía en tono grave,
Y gimiendo de tristeza,
Prolijo, cual otro Néstor,
Suelo referir escenas
De horror, de sangre y de luto
Que la nacion aún lamenta;
Escenas que presencié
Allá de Andía en la sierra,
En las cumbres de Arlabán
Y del Nervion en la vega,
Cuando hermanos con hermanos
Lidiaban con saña fiera.
Dios perdone á pecadores
Que la discordia fomentan,
Y en otra lucha intestina
Sumir á España desean.
Todavía, si Espartero
A desenvainar volviera
El acero de Luchana,
De Guardamino y Morella,
Yo tornaria á su lado
Como en la civil contienda,
Y á sus héroes moribundos
Absolveria mi diestra:
Héroes ornados de lauros,
Que con la calma serena
Del varon justo morian,
Porque católicos eran.
Oyelo, Suñer, abriendo
De par en par las orejas,
A fin de que esta *verdad*
Que te digo llegue á ellas.

Mas dejemos, camarada,
Melancólicas ideas,
Pues no es fácil nos aflija
Otra fratricida guerra.
Quiéralo el cielo, y así
Dichosa la patria nuestra
No llorará, en tanto rian
Las naciones estrangeras.
Hablemos de otro negocio,
Es decir, de la *materia*
Que á tu noble y levantado
Corazon mas lisonjea.
Me refiero á la aureóla
De gloria imperecedera
Que embellece, que realza,
Que da luz á tu cabeza.
Es tan admirable y tanto
El brillo de la luz esta,
Que de una noche de truenos
Puede ahuyentar las tinieblas.
No, no morirá tu nombre:
Aunque yo no soy profeta,
Ni lo fueron mis abuelos,
Ni nadie en mi parentela,
Yo te juro por Apolo
Y por sus hermanas bellas,
Que *vivirás de la historia*
En las páginas eternas.
¡Suñer, vivirás!!! La grande,
Alta, sublime y escelsa
Nombradía que adquiriste
Con tus folletos y arengas,
Ha dejado ya en el mundo
Mucho mas brillante huella
Que el matutino lucero
Y la lámpara febea.
Del esplendor de tu fama
¿A quién la fúlgida estela
Eclipsar es permitido
En el cielo ni en la tierra?
Recibe, pues, *de este Cura*
La cordial enhorabuena,
El parabien mas cumplido,
La alabanza mas completa.

No considero imposible
Que allá en el siglo noventa,
O en el milésimo siglo
(Si hay aún varones y hembras),
Nadie recuerde á Galeno,
A Hipócrates y á Avicena,
Y en el arte de curar
A otras fúlgidas lumbreras.
No es muy difícil que entonces
De Pirro, Alejandro, César,
Napoleon, Jaime el Barbudo,
Y Timantes y Orbaneja,
Muertos de risa, olvidados
En el panteòn ó huesa,
Los nombres hoy retumbantes
La fama calle parlera.
¿Quién asegura á Bismark,
O al vencedor de Magenta,
Que llegará su renombre
A tan lejanas calendas?
De seguro la grandiosa
Maravilla que hoy ostenta
El Escorial, realzando
El génio del grande Herrera,
Habrá desaparecido
Como el polvo de las eras,
Cuando la paja y el grano
Furioso Aquilon avienta.
¡Morir, empero, tu nombre!
Caro Suñer, no lo creas,
Aunque el orbe todo entero
A una voz te lo dijera.
Al médico, al diputado
Por la Sagunto moderna (*)
Aplaudirán entusiastas
Las edades venideras.
Lo creo, ni más ni menos
Que creo que es la pez negra,
Blanca la nieve, y oscuras
Las alas de la corneja.
Antes el Tajo y el Ebro,
Guadalquivir y Pisuerga

(*) Gerona.

Dejarán con sus corrientes
De fecundizar á Iberia,
  Que tu ilustre nombradía
Oscurecer, borrar pueda
El cruel tiempo, ó el diablo
Con su atezada caterva.
  ¿Por qué, Señor de mi alma,
Por qué yo no soy poeta,
Sino insípido coplero
Que halla lectores apenas?
  ¿Por qué, por qué este romance,
Digno de las callejuelas,
Escribir tan solamente
Me permiten las Pimpleas?
  ¿Por qué soy soldado raso,
O mejor, pobre trompeta
En la república insigne
De las Musas y las letras?
  ¡Oh, si mis hombros ornaran
Las brillantes charreteras
Que lucian Garcilaso,
Cadalso, Ercilla, Espronceda! (*)
  Entonces ¡ay! mi renombre
En magnífica epopeya,
Enlazado con el tuyo
Volaria á las estrellas;
  Y desde allí descendiendo
Con rápida voltereta,
Llegaría á los confines
Mas opuestos de la tierra;
  Y salvaria los siglos
Al par de tu fama egregia
Yo, yo, ¡qué dicha! cual otro
Preclaro cantor de Tebas.
  ¿Por qué soy un mentecato?
¿Por qué en mi pobre mollera
Hay poca sal, como dicen
Los del Perchel y Mairena?
  ¡Perdon, Dios mio, perdon!
Adoro tu Providencia
Y voluntad siempre justa,
Que á unos da lo que á otros niega.

(*) Espronceda fué Capitan de la milicia ciudadana.

Dadme amoroso, Dios mío,
Resignacion y paciencia,
Por no adornarme el talento
Que tanto Suñer demuestra.
Ese talento admirable
Que ha negado tu existencia,
La que ven hasta los topos
Aunque no tienen linternas.
¡Filosofía sublime!
¡Gran capacidad y ciencia
La del Doctor, que enaltece
A Barcino la opulenta,
Y á la ilustre Cataluña,
Donde felices nacieran
Paulo Orosio y Jaime Balmes,
Y tantos hombres de letras!
Pero, pardiez, tales sábios
¿Qué valen en competencia
Con Suñer y Capdevila?
Lo que niños de la escuela.
Prosigue, exímio Doctor,
En tu laudable tarea
De predicar ateismo
Que las virtudes fomenta.
Te lo voy á demostrar
Con historia verdadera,
Que ilustre paisano tuyo
En doctas páginas cuenta.
El que *la Filosofía*
Publicó *de la elocuencia*,
Y otros libros inmortales
Que son prez y gloria nuestra,
Refiere un hecho curioso (1)
Que pega aquí como pegan
En un baile de candil
La bandurria y la vihuela.
Oyelo con atencion,
Sin perder sílaba ó letra,
Y de tan grave suceso
Sacarás la consecuencia.
Cuando nos vino de allende
La famosa Enciclopedia,
Algunos la fe abjuraron
De la católica Iglesia;

Entre ellos *preclaro ingenio*
Como el tuyo (no se ofendan
De mi sincera lisonja
Tu gravedad y modestia).
El tal ingenio casó
Con bellísima doncella,
Tan candorosa y cristiana
Como su madre y su abuela.
El ilustrado, el discreto
Marido, al ver tantas prendas
De virtud y de hermosura
En su dulce compañera,
Creyó estaban desdoradas
Por la infantil inocencia,
Por la fe y la devocion
De su amada Timotea.
Repugnábale muy mucho
Al pie de las aras verla
Con el rosario en la mano,
Rezando humilde y modesta.
Quiso, pues, *filosofarla*,
A fin de lucir con ella
En reuniones brillantes
Y en su tertulia casera,
Donde sábados y jueves
El buen Don Gil Bengochea
Reunia á los amigos
Y compinches de su escuela,
Enciclopedistas puros,
Privilegiadas cabezas,
Muy pensadoras, de nobles,
Y dignas y altas ideas.
Comenzó por enseñar
A su consorte la lengua
Del gran Voltaire, como llaman
Al de Ferney las francesas.
Desde luego tradujeron
La *Pucelle* y otras novelas (2)
Del mismo, con la *Eloisa* (3)
Que publicó el de Ginebra.
Tambien quemó el digno esposo,
Sin que su mujer lo viera,
El *Kempis*, *devocionario*
Y *obras* de Santa Teresa,

Que la regaló otro tiempo,
Allá en la casa paterna,
El viejo Prior del Carmen,
Director de su conciencia.
En suma, trabajó tanto
Con argumentos, leyendas,
Sofismas, chistes picantes,
Y burlas y chanzonetas,
Sobre todo con su ejemplo,
Que al fin logró hacer *atea*
A su costilla, y ufano
Cantó victoria completa.
Ahora viene lo mejor,
Es decir, la moraleja,
El efecto, el resultado,
La precisa consecuencia.
Era la Semana Santa,
Viernes por cierto; la Iglesia
Con luto y grave silencio
Dia tan triste celebra.
Las campanas de las torres
No sonaban vocingleras,
Y Madrid al sacro Oficio
Asistia de Tinieblas.
El buen marido entretanto,
En alegre francachela
Con sus amigos, de Dios
Se reia á boca llena.
Albricias, chicos, albricias,
Apurando una botella
Esclamó, mientras los lábios
Limpió con la servilleta.
«¡Albricias! triunfo admirable
Hoy logré. Mi Timotea
En Viernes Santo almorzó
Jamon, anguila y chuletas.»
—*Viva Don Gil*, todos claman,
Y le dan la enhorabuena,
Y con báquico entusiasmo
Al triunfador victorean.
Vamos á ver la Señora,
Ya por fin es de las nuestras,
Uno grita algo beodo
Con mirada picaresca.

—*Poco á poco* (amostazado
Responde Don Gil), *mi buena*
Y fiel mitad no es de nadie:
¿Oye usted, señor bodega?
—*No lo decia por tanto*,
El camarada contesta
Con sonrisita burlona,
Algo, y aun mucho, siniestra.
«Señores, paz entre amigos,
»Dejad á un lado reyertas;
»No hagais caso, amado Gil,
»De dichos y bagatelas.
»Que no se hable mas del caso,
»Las copas, el café vengan;
»Bebed en buena armonía,
»Amistad jurando eterna;»
Conciliador así dice
El director de la fiesta,
Y Don Gil abraza al otro,
Y este en su seno lo estrecha,
Y beben, cantan y brindan,
Y suena blando y resuena,
Cual dulce acorde en el arpa
Que mano pulsa maestra,
El nombre de la heroina,
De la filósofa egregia
Que se mofó del ayuno,
De la Vigilia y Cuaresma.
Y continuan bebiendo,
Tanto que alguna cabeza
A medios pelos ya estaba;
Tal vez á peluca entera.
Uno mal aconsejado,
Que veia candilejas
Al mirar do quier, un libro
Sacó de la faldriquera,
La Lira de Medellin,
Que escribió el festivo Iglesias,
Y riendo á carcajadas,
A gritos comenzó á leerla.
Don Gil, filósofo grave,
Que odiaba las borracheras,
Indignas de hombres como él,
De formalidad y ciencia,

Tomó al instante el sombrero
Frunciendo torvo las cejas,
Y se dirigió á su casa,
Asaz mohino y de priesa.
Aquí fue Troya: en sus lares
No encontró á su compañera,
A su idolatrada esposa,
Al consuelo de sus penas.
Buscóla con inquietud
Entre amigas y parientas
Y vecinas. ¡Cosa estraña!
Hasta la buscó en la iglesia;
Mas ¡ay! en vano. Tras muchos
Dias, noches, diligencias,
Sudor y angustias y afanes,
Y preguntas y respuestas,
Supo al fin que á la Señora,
Disfrazada de pasiega,
Con otro prójimo vieron (4)
Embarcarse en Cartagena.
Letrillas poco embozadas,
Sarcásticas espinelas,
Coplillas á lo Quevedo,
Con picantes indirectas,
Llovieron y granizaron
Sobre la pobre cabeza
De Don Gil, que perdió al cabo
Su estoicismo y su flema.
Una mañana de abril,
Del Canal por la pradera
Digno padre con sus hijas
Ufano andaba de huelga,
Cuando vieron con espanto
De las aguas verdinegras
El cadáver estraer
Del infeliz Bengochea.
Venerable Sacerdote,
Al presenciar la tragedia,
Contó al padre de familias,
Y á sus niñas, de horror llenas,
La triste y aciaga historia
Del matrimonio, que hubiera
Sido modelo admirable
De cónjuges en la tierra,

Si el filósofo Don Gil,
En vez de la Enciclopedia,
El *Kempis* y *Año cristiano*
A su consorte leyera.
¿Qué tal, compadre Suñer?
No te dije que son buenas,
Muy rebuenas y loables
Tus religiosas ideas?
Sigue en tu filosofismo,
Habla como un sacamuelas,
Predica, perora, suda
Para que suden las prensas,
Y las columnas ocupes
De periódicos ochenta,
De ciento, de mil: escribe
Mas que el Tostado escribiera,
Ya que tienes, picaruelo,
Fecundidad y elocuencia
Mas que el orador de Roma,
Mas que el orador de Atenas;
Prosigue un año y dos años,
Y toda la vida entera
En tan honrosos afanes,
En tan laudables tareas.
A la España sin ventura,
Donde todos somos bestias,
Pero bestias, *nota bene*,
De albarda y largas orejas,
Menos tú, vástago digno
De los sábios y lumbreras
Del siglo décimooctavo,
Astros y sóles de ciencia;
A la envilecida España
(Este Cura te lo ruega)
Hasta desasnar del todo
No desistas de tu empresa.
¿Quieres que todos seamos
Gente de pro, de decencia,
Dignos de alternar contigo
Sin que te cause vergüenza?
¿Quieres buenos ciudadanos,
Que sumisos obedezcan
A la voz de los Alcaldes,
Cual soldados en la guerra?

A propósito, Suñer,
Si Luis Napoleon intenta
Honrarnos y engrandecernos
Con otro Pepe Botellas,
¿Quieres que España se lance
Cual un hombre á la pelea,
Un hombre solo, y humille
Cual otro tiempo al de Jena?
¿Quieres que padres y madres,
Hijos y nietos y nietas,
Hombres, mujeres..... y todos
De virtud modelo sean?
¿Quieres trasformar á España
En otra Jauja? ¿Deseas
Que atemos con longanizas
A los perros y las perras?
¿Pretendes que en Paraiso,
Donde la pícara Eva
Comió la negra manzana,
Esta nacion se convierta?
Pues prosigue, Suñer mio;
Que si en trabajar no cesas,
Y logras por fin hacernos
Ateistas como anhelas,
En lugar de los Cisneros
Y políticos de acelga
Que á la nacion española
Gobernaron otra era,
Tendremos aquí Dantones,
Robespierres y otras prendas,
Que en Francia de amor fraterno
Dejaron brillantes huellas.
En lugar de Arias Montanos,
Y Cervantes y Teresas,
Y otros mil escritorzuelos
Que no merecen la pena,
Nos ilustrarán ¡ó dicha!
En la política ciencia,
Literatura y moral,
Marat y cien de su escuela.
Suñer, Suñer, continúa:
Ya veo que no te arredra
De los curas y del pueblo
La ignorancia crasa, ¡espesa!

¿Y las benditas mujeres?
¡Válgame Dios con las hembras!
Diz que á muerte, despiadadas,
Te han declarado la guerra.
¿Es verdad que cada dia
Recibes, pero á docenas,
Cartas en prosa y en verso
Escritas por manos bellas?
Quiero hablarte en confianza:
Aseguran malas lenguas
Que el apetito y el sueño
Te quitan las bachilleras.
¿Por qué airadas te combaten
Como leonas, sin tregua
Ni reposo? ¿No estarian
Mejor haciendo calceta?
¡Pobrecillas! ¡Pretender
Andar con la pluma á vueltas,
Y en lides con el Doctor
Mas famoso de la tierra!
¿Y por qué, Suñer amigo?
¡Pse! por una friolera,
Porque negaste á la Virgen
Su *integridad y pureza*.....
Pureza que como dogma
Desde su origen veneran
En Oriente y Occidente
La Iglesia latina y griega.
Pureza que hasta los moros
Hoy acatan y respetan,
Sin esceptuar los kabilas
Que en montes viven y selvas.
Pureza y virginidad
Loadas con reverencia,
De Toledo y toda España
En concilios y asambleas.
Pureza que veneraron
Las Badas y Recibergas (5),
Y Marías de Molina,
Isabeles, Berenguelas;
En suma, cuantas mujeres
Ricas, y pobres, y reinas,
Hijas humildes del pueblo,
Infanzonas ó plebeyas,

Nacieron en suelo hispano,
Desde que en la fértil vega
Del Ebro, el Pilar bendito
De la Virgen se venera.
¡Y por tan poquita cosa,
Por tan fútil bagatela,
Olvidadas de la aguja,
Del dedal y las tijeras,
Hoy las damas españolas
Con billetes te molestan,
Y te zurran la badana,
Y mal parado te dejan!
¡Y briosas y valientes
Mas que heroinas de Grecia,
Contra tu noble persona
Y tus doctrinas pelean!
No hacer caso, buen Suñer.
¿Qué tienes que ver con ellas?
O aturrúllalas, cual sabio,
Y que callen á la fuerza.
Y si no te fuere fácil
En un zapato meterlas,
O al silencio reducirlas
Para que á charlar no vuelvan,
En vez de paños calientes,
Y folleticos y arengas,
Publica luego ese libro
Que los doctos de ti esperan.
Ese in-folio, ese volumen,
Que consta ya de dos resmas
De papel segun afirman
Tu aguador y lavandera.
Cuando imprimas esa obra
(La mas científica y séria
Que vió la luz en la patria
De Séneca y Juan de Mena),
Entonces, ¡ó Dios! entonces
(El cielo piadoso quiera
Que este pobrecito anciano
Tan feliz aurora vea),
Entonces, caro Suñer,
Los de *estrangis*, que detestan
Por envidia al español,
Y su heroismo y sus letras,

No nos llamarán *salvajes*,
Cual Voltaire á boca llena
Nos ha llamado en un libro
Que tengo en mi biblioteca.
Entonces ya no dirán,
Cual hoy dicen, que comienza
La bárbara Mauritania
En las faldas pirineas.
Al contrario, con respeto,
Y cortesía y modestia,
Al oir de España el nombre
Descubrirán su cabeza;
Y la patria agradecida,
Cual madre amorosa y buena,
Te levantará una estatua,
No de yeso ni de piedra,
Sino de oro y de diamantes
Mas gruesos que berengenas,
Y pimientos de Logroño,
Y melones de Valencia.
No faltará algun banquero,
Digno espléndido Mecenas,
Que aflojando los cordeles
De sus cerradas talegas,
Aprontará generoso
Diez ó doce mil pesetas,
Para que sirvan de premio
Y de estímulo á las letras.
Certamen se abrirá honroso,
Y lo dirá la *Gaceta*,
El *Imparcial*, la *Esperanza*,
En suma, toda la *Prensa*.
Al tratarse de una gloria
Nacional, y hasta europea,
Quién reparará en pelillos,
Opiniones y miserias?
Trovadores y prosistas
En loable competencia,
Cortarán muy bien la pluma
Para celebrar la fiesta.
Y el mas fecundo de todos,
Despues de noches cincuenta
De sudor y de vigilias
Y pasar la pena negra,

Estudiando, discurriendo,
Rascándose la mollera
Y mordiéndose las uñas
Para hacer una cuarteta,
Recibirá el noble lauro,
De su ingenio recompensa,
Por la siguiente inscripcion
A la estátua jigantesca:
Catalanes, españoles,
Pueblos todos de la tierra,
Soy Suñer y Capdevila;
¿Y no os quitais la montera?

(*Octubre de* 1869.)

NOTAS.

(1) De éste notable y trágico suceso habla el célebre catalán D. Antonio Capmani y Montpalau en un opúsculo que tengo á la vista, precioso como todas sus obras, y publicado en Cádiz en la imprenta Real, año de 1811. Hé aquí su título: *Carta de un buen Patriota que reside disimulado en Sevilla, escrita á un antiguo amigo suyo domiciliado hoy en Cádiz.* Aquel esclarecido y cristiano escritor no hace mas que indicar por incidencia el hecho en cuestion, porque otro era el principal objeto de su importantísima obra.

Las especiales y tristísimas circunstancias referentes al matrimonio de D. Gil y Doña Timotea, al olvido del santo temor de Dios en que incurrió esta desventurada señora, á sus estravíos y abandono de la casa conyugal, al suicidio, en fin, del bárbaro y criminal marido; estas circunstancias y particularidades, repito, me las contaron D. Eugenio Tapia, D. Juan Nicasio Gallego y la Princesa de la Paz, que conocieron y trataron con mas ó menos intimidad á los infortunados esposos. Tapia y Gallego me recitaron, y no una vez sola, algunos de los epigramáticos versos (dignos por cierto de Quevedo y de Iglesias) con que ingenios anónimos y malignos zahirieron cruelmente al desdichado D. Gil.

La Princesa de la Paz, que hasta su muerte me trató con suma benevolencia, porque en el Colegio militar de Valladolid

fuí maestro de su nieto D. Carlos Arturo Godoy, me dijo varias veces, hablando de la figura de Doña Timotea, *que era tan hermosa, sobre todo su cabeza, que esta era digna de ser modelada en bronce ó en mármol para adorno de un Museo.* ¡Qué lástima de cabeza! ¡Pobre señora! ¡Pobre marido!

(2) El infame Voltaire, entre otras fazañas dignas de su corazon corrompido y hediondo y de su estraviada cabeza, quiso poner en ridículo, en su libelo *la Pucelle*, á la angélica y valerosa Juana de Arco, heroina la mas ilustre que tienen los franceses. ¡Qué buen patriota era Voltaire!

(3) La *Nueva Eloisa*, de Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra. Otro santo Padre de la Iglesia, como el anterior. Estos dos penitentes, aunque se picaban de filósofos, por *envidia literaria*, que es feroz y cruel en superlativo grado, se mordian como perros con rábia ó como demonios del infierno. ¡Cuánto se reirá el pensador D. Francisco Suñer y Capdevila cuando lea mis últimos renglones! Eso mas tiene que agradecerme su merced.

(4) Este *prójimo* era un escritor envidioso, y volteriano por añadidura. He leido uno de sus libros. No faltaban al tal *prójimo* erudicion y talento. Lo que le faltaba completamente era el *sapere* de que habla Horacio. Los sacerdotes y confesores (con perdon del Sr. Suñer) podemos decir el pecado, pero no el pecador.

(5) La reina Bada era digna esposa del católico y piadoso Recaredo. Reciberga, virtuosa reina goda, mujer de Recesvinto. Doña Berenguela fue madre de San Fernando; y no digo mas en su elogio, aunque habria mucho y muy bueno que decir.

Doña María la Grande, ó de Molina, no está desairada ni mucho menos al lado de Doña Isabel la Católica, una de las princesas mas ilustres que han reinado en la tierra.

Al folleto *Dios*, publicado por el Sr. Suñer y Capdevila,

EPIGRAMA.

Aunque magnífico es,
Capdevila, tu volumen,
Mil envidiosos presumen
Lo escribiste con los pies.
Pero no tienen razon,
Voto al diablo; lo aseguro,
Gran filósofo, y te juro
Que es digno de Salomon.

Este folleto consta de 46 páginas. En la octava dice el autor con mucha formalidad, *que Dios no cabe en la ciencia*. Es preciso hablar con seriedad, y dar á cada uno lo que le corresponde en justicia. Alfonso el Sábio, Luis Vives y Fray Luis de Granada, y el Maestro Leon, y el Abulense, y Melchor Cano, y Cervantes, los Argensolas, Jovellanos, Balmes, etc., etc., no sabian lo que se pescaban cuando invocaban al Omnipotente con las rodillas en tierra. Si hubieran estudiado los luminosos escritos del Doctor de Barcelona..... ¡Pobrecillos, no fueron tan dichosos!

Otro pelo les luciera,
Otro gallo les cantara,
Y su luz resplandeciera
Como resplandece clara
La de Suñer..... ¡Gran lumbrera!.....

En la página 12 dice, que *Dios es posterior* al hombre. Una pregunta suelta, mi respetable Doctor: ¿Qué fué antes, la gallina ó el huevo? Si me respondeis categóricamente, os prometo pediros prestado por favor el bisturí, y cortarme las orejas (de los zapatos).

En la página 25 dice, que *Dios es un vestido de arlequin, aquí roto y allí descosido.*

De su jaula en un rincon
El pobre loco Beltrán
Me dijo en cierta ocasion:
«Ni son todos los que están,
»Ni están todos los que son.»

No quiero infernar mi alma, ni que me llamen *Pelagiano* en lugar de *plagiario*, como decia una monjita novicia al leer las crónicas de su Orden en el refectorio mientras comia la *santa Comunidad*, como decian nuestros piadosos mayores.

La quintilla anterior no es obra mia. Solia cantarla mi abuela cuando estaba de buen humor, que era pocas veces, porque era muy vieja y regañona.

En la página 28 habla de sus dos niñas, Carolina y Julia, que, segun nos dice su buen padre, *no van nunca á la iglesia, ni menos se arrimarán jamás al confesonario.* ¡Angeles de paz y de inocencia! ¡Criaturas tan candorosas como desgraciadas! Dios las bendiga, y las mire con ojos de misericordia.

Para esas bellas niñas
Al cielo pido
Fe cristiana, virtudes,
Y un buen marido.
Y de este modo
Serán las mas dichosas
Del mundo todo.

Santa Teresa de Jesus nos dice, que uno de los mayores beneficios que podemos recibir de Dios Nuestro Señor, *es nacer de padres cristianos y virtuosos.*

Á JESUS CRUCIFICADO.

ORACION.

Dios mio, que en esa cruz
Clavado, con tanto amor
Esperas al pecador;
Ilumina con tu luz
Al incrédulo Doctor.
Y al grito de la conciencia,
Sus errores en el templo
Abjurando sin violencia,
De sus hijas la inocencia
Imitará el buen ejemplo.

En la página 35 dice, que con su ateismo *nos abre los ojos para salir del engaño y para que encontremos la verdad.*

Gracias, amable Doctor,
Gracias por tanto favor:
Aunque me llames *cegarra*,
No lo admito, buen señor.....
Soy clérigo de zamarra.
Ilumine tu parola
A otros mil, y tu aureola
Siga despidiendo luces:
No todos son avestruces,
Ni arrimados á la cola;
Como este Cura insensato,
Que tu ciencia y tu talento

Por no entender, mentecato.....
Se libra *de ser jumento*
O mulo de maragato.

Oiga V., Doctor desventurado, sírvase V. escuchar á un sacerdote anciano que cuenta mas Navidades que V., y quizá que su señor padre, si es que para dicha de V. vive todavía. Le hago á V. el favor de suponer, que por hablar con curas que tenemos tantas canas (*cabellos blancos* las llaman los galo-parlistas) como pocos dientes y muelas, no creerá V. desdorar su muceta y su *bolrra*.

Calrros el de *Belrranga*
Va por melrruza,
Y encontrando á la *Pelrra*
Ella se *bulrra*.
Y al ver su *bolrra*,
Le dice: *Calrros*, *Calrros*,
Vaya una honra.

VARIACIONES.

Queridísimo Suñer,
Olvida, te ruego, olvida
La anterior descabellada
Insípida seguidilla,
Que *jugandillo* escribí,
Como allá en Andalucía
Suele decir gente *crua*,
Y á veces la gente fina.
Si te acomoda y te place,
Respóndeme por tu vida
A una pregunta pueril,
A una pregunta sencilla.
Si de Dios no somos hijos,
Como dice la doctrina
Que las madres nos enseñan
En nuestra feliz puericia,
¿Quién el padre fué del hombre
Primero y de su costilla,
Por cuya union nuestra raza
Se ha propagado hasta el dia?
Si de Dios no somos hijos,
Por consecuencia precisa,

Que jamás podrá negar
Toda tu filosofía,
¿No es forzoso que seamos,
Cual pollinos y pollinas,
Hijos de burra..... ó de monos
Que Sierra-Bullones cria?
Si á ti te agrada esa alcurnia
Tan ilustre como antigua,
Buen provecho, y nunca temas
Te la dispute la envidia.

Con una gravedad verdaderamente catoniana, el sábio Doctor catalán, hablando de los clérigos, dice estas literales palabras: *Confesad que el cura es feo, horriblemente feo.*

Á MI AMIGO ROQUE.

ROMANCE.

El filósofo Suñer
(Nadie conmigo se enoje)
Es por su gentil figura
El mas bello de los hombres.
Me contó un paisano suyo,
Ampurdanés formalote,
Que le conoce y le trata
Desde que lleva calzones,
Que al estudiar Medicina
En Cervera, ó no sé dónde,
El Doctor hoy envidiado
Por su glorioso renombre,
Solteras, pollas, jamonas,
Señoritas, maritornes,
Gitanas, blancas, morenas,
Artesanas, ricas, pobres,
Al ver gallardía tanta,
Y su andar airoso y noble,
Y su aquel..... por él toditas
Dábanse de mojicones.
¿Por qué fatal desventura
De Grecia los escultores,
Al Adonis de Barcino

Nunca vieron los bigotes?
¡Ah! si hubieran atisbado
Al hermosísimo joven
Aquellos grandes artistas,
Prez y admiracion del orbe,
Por sacar con el cincel
Su busto, querido Roque,
Se hubieran roto la crisma,
Cual palurdos, con garrotes;
Y la estátua de Suñer
Desde los tiempos de estonces
Serviria de modelo
A estrangeros y españoles.

Habrán ustedes sin duda visto en manos de fosforeros, fumadores ú otras personas, cajillas de fósforos que tienen en la tapa una caricatura de nuestro Doctor. Las tales cajillas corren por toda la villa de Madrid. Mirándolas de cierto modo aparece la cabeza de un jumento, tan parecido al Rucio de Sancho, como un huevo á otro huevo. Dando la vuelta á la cajilla, aquella cabeza se trasforma en la cabeza del Sr. Suñer con esta inscripcion debajo: *el Doctor*. Cotejando la cara de la cajilla con el retrato que se ve al frente del folleto *Dios*, resulta la mas completa semejanza. ¡Válame Dios, qué abuso tan prosaico de la libertad! Tener la osadía de poner en ridículo y convertir en cabeza asnal la filosófica, la pensadora cabeza del profundo y grave Doctor barcelonés!

Me han asegurado personas dignas de crédito, que dias pasados recibió el Sr. Suñer un regalo anónimo, y era una caja preciosa y elegante llena de paja, con el siguiente billete:

En esa bonita caja
(Perdonad la pequeñez)
Remito por esta vez
La adjunta racion de paja.
Tambien cebada al instante
Quisiera poder enviar;
Pero, Suñer, no ha lugar,
Es mi marido cesante.

¿No lo dije? Ya pareció el peine. Apenas comenzaron á referirme el cuento, dije para mi balandran: «Ese obsequio al sábio Doctor, es obsequio de alguna de esas muy Señoras mias, que no se ilustran y desasnan, y sueltan el pelo de la dehesa leyen-

do el folleto *Dios*, publicado por el doctísimo y laureado Doctor. Estoy seguro que la obsequiadora que ha tenido tan mal gusto y tan poquísima discrecion, no ha leido jamás (¡fanaticona!) ni los dos famosos libros de Ernesto Renan, ni las filosóficas y morales novelas de Eugenio Sué, Jorge Sand, Victor Hugo y otras no menos bellas y románticas; ni los folletos, en fin, en que se enseñan las mismas doctrinas que quiere enseñarnos el filantrópico y esclarecido Sr. Suñer. Apuesto mis zapatillas del año pasado y mis calzoncillos mas viejos, á que esa buena Señora pasa las horas muertas, especialmente los domingos y fiestas de guardar, leyendo con profunda atencion (vaya una cachaza) la *Guia de pecadores* de Fray Luis de Granada, la *Perfecta casada* del Maestro Leon, la *Filotea* de San Francisco de Sales, el *Combate espiritual* del Benedictino español Fray Juan de Castañiza (y no del teatino Lorenzo Escúpoli, como pretenden las beatas italianas), la *Fabiola* del Cardenal Wiseman, los *Mártires* de Chateaubriand, los escritos de Fernan Caballero, y otros librotes, en fin, con que ignorantísimos clérigos, y estupidísimos frailes, y fanatizadísimos seglares están obstruyendo el paso á la civilizacion en España y en todo el mundo, sirviendo, ¡qué horror! de matacandelas para apagar las luces del siglo. Esto dije, y esto repito ahora, y concluyo:

Damas cristianas, discretas,
Con regalos y tarjetas
(Lo van ustedes á ver)
Al filósofo Suñer
Meterán en calzas prietas.
Mala la hubiste, Francés,
En eso de Roncesvalles.
.....
.....
Compadrito ya le ves.....
Mejor será que te calles,
Médico barcelonés.

AL EXCMO. SR. D. JUAN DE LA PEZUELA,

CONDE DE CHESTE,

SOBRE LA PROTECCION Á LA POESIA EN ESPAÑA.

EPÍSTOLA.

—

DOS PALABRAS.

Era el año de gracia 1834. Yo vivia en Alcañiz, dedicado únicamente á los deberes de mi sagrado ministerio y al cultivo de las letras, sin acordarme de la política; porque entonces, como ahora, la aborrecía muy cordialmente. Al menos en esto tengo la gloria de parecerme á Moratin, á quien tampoco agradaba mucho, que digamos, la *ciencia de engañar y de mentir* (¡vaya una ciencia bonita!), como se colije de sus cartas familiares últimamente publicadas en esta Corte. Ya comprenderás, amigo lector, sin que yo me tome la pena de indicártelo, que no hablo de la política fundada en la moral y en los inmutables y severos principios de la justicia: política, como sabes muy bien, que hace felices á gobernantes y gobernados, y eleva á las naciones al mas alto grado posible de prosperidad y grandeza.

Alcañiz en aquella época era una plaza de armas fortificada, y guarnecida por tropas de la Reina. Con este motivo llegó á la ciudad el Comandante D. Juan de la Pezuela, y se alojó en casa de mi escelente amigo y paisano D. Pantaleon Ejea. Este abogado con sus ribetes de humanista y erudito, despues de tener varias conversaciones literarias con su alojado, me lo manifestó complacido, añadiendo que habia hablado de mi aficion á la poesía con el ilustrado militar, el cual á su vez habia tenido la bondad de manifestar vivos deseos de conocerme, y de leer alguno de mis ensayos poéticos. No tardé en visitarle, y de pasear mas de una vez en su compañía por las deliciosas márgenes del Guadalope, teniendo ocasion con este motivo de ver por mis propios ojos, que el amigo Ejea no habia exajerado al hablar con entusiasta elogio de la instruccion y amabilidad de aquel

joven y gallardo gefe de Caballería. Desde tan remota época me honro con su amistad, y me honraré hasta la muerte.

Hace muy pocos dias que he sabido, por una fèliz casualidad, una cosa que yo ignoraba; y es que en 1863, el Sr. D. Juan de la Pezuela me hizo un señalado favor *literario*, que es tanto mas de agradecer, cuanto que yo no dirijí al digno caballero y General ilustre, ni ruego, ni frase, ni indicacion alguna sobre el particular. Hay mas: aunque varias veces he comunicado despues con tan caballeroso amigo, ya por escrito, ya de palabra, jamás ni directa ni indirectamente me ha mentado el beneficio que tan espontáneamente se sirvió hacerme. No todos son tan loablemente reservados y nobles, al favorecer á sus amigos y á los que no lo son. ¿Y estrañarás, lector benévolo, que me complazca yo en imitar al preclaro Conde de Cheste? Si tienes el alma noble, como piadosamente creo, de seguro merecerá tu aprobacion el que yo publique mi gratitud al frente de esta sencillísima epístola, á fin de que sepan la hidalguía del ilustre patricio y soldado valiente, los lectores presentes y futuros de tan humildes versos.

El dia de hoy, el Sr. D. Juan de la Pezuela está caido y en desgracia. Este es un motivo y una razon mas para publicar yo mi obrilla. He concluido, lector carísimo. Dios te guarde, y que á mí no me olvide en su infinita misericordia, ni á la desventurada España, que por culpa de unos, por culpa de otros, por culpa de todos, no se halla ¡mal pecado! en mucho mejor situacion que en el susodicho año 1834.

Madrid 18 de agosto de 1869.

Sint Mæcenates, non deerunt, Flacce, Marones,
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt.

(Marcial, epig. 56, lib. 8.)

Cuando brillen espléndidos Mecenas,
Amantes de la noble poesía,
Ostentará feliz la Patria mia
Riojas, Lopes, Góngoras y Menas,
Cual ostentaba con orgullo un dia.

(Traduccion libre.)

Siempre fue, siempre fue, mi dulce amigo,
El poético numen y el ingenio,
De la naturaleza don precioso
Y un favor especial del alto cielo.

Con él antiguos bardos, cuyo nombre
En caracteres de oro brilla impreso,
Adornado de fúlgida aureóla,
De la gloria inmortal allá en el templo,
A la estirpe de Adan degenerada
Orden y leyes y cultura dieron,
Y las tribus errantes por los bosques
Forman despues civilizado pueblo.
En bellos cantos que, á su ingrato siglo
Legaron al morir Tassos y Homeros,
Herreras y Leones, inspirados
Por pátrio amor y por sublime génio,
Los lauros de cien héroes, que marchitos
En el oscuro panteon del tiempo
Olvidados yacieran, resplandecen
Cual del alba el espléndido lucero.
Sin el cisne de Smirna, ¿el fin glorioso
Quién hoy sabria del bizarro Héctor,
Inmolado en las aras de su patria
Por el furor del hijo de Peleo?
¿A quién sino al cantor de Caledonia
Deben Oscar, Fingal y otros guerreros
De heroismo sin par famoso nombre,
Que entusiasta repite el universo?
Sin la lira de voz melodïosa
Que al valor eterniza con su acento,
¿Recordaría España nobles lauros,
Arrancados con sangre al agareno?
Loor, loor á los ilustres vates
Que, lumbreras del siglo en que nacieron,
Dejan en pos, cual sol en Occidente,
De su fúlgida gloria mil destellos.
¿Qué importa que la envidia y la ignorancia,
Abominables monstruos del Averno,
En vida los persigan, cual milano
Al dulce ruiseñor acaso fiero?
¿Qué importa que la suerte caprichosa
Sonria á los malvados y á los necios,
Y desdeñosa mire como á Párias
A la virtud modesta y al talento?
¿Qué importa que á los ínclitos poetas,
Víctimas ¡ay! de su destino adverso,
Hasta la muerte aflijan de consuno
Pobreza, soledad y apartamiento?

La providencia santa les prodiga
Inefables, dulcísimos consuelos,
Que comprender no pueden los profanos
De mente fria y corazon plebeyo.
Cuando el mundo cruel los abandona,
Alzan ojos y voz al firmamento,
Y Dios acoje, cual bondoso Padre,
Sus lágrimas de amor, su filial ruego.
De afectuosa gratitud á impulso,
Dobladas las rodillas en el suelo,
Pulsando de Sion el arpa santa,
En himnos á Jehová prorumpen ellos:
Cánticos que tal vez desdeña el mundo,
O los acalla con su ronco estruendo,
Mientras al vate religioso aplauden
Las legiones angélicas del cielo.
Tú, caro amigo, que en tu pecho hidalgo
Sientes del entusiasmo el santo fuego,
Y como alumno de las nueve hermanas,
Sueles pulsar el apacible plectro;
Tú, que del Tasso y Dante has merecido
En las alas feliz alzar el vuelo,
Y ceñir á tu sien honrosos lauros,
Mas que el oro y el mármol duraderos,
Deplora la dureza de este siglo,
Que á los pies del aurífero becerro
Se postra degradado, en sus altares
Para ofrecer, ¡ó mengua! vil incienso.
Férreo siglo, en que vivir debieran
Idólatras y bárbaros hebreos,
Que libertó Moisés, y blasfemaron
De su Padre y su Dios en el desierto.
Siglo en que es cultivar la *gaya ciencia*
Tan insólito y raro privilegio,
Que á quien, cual tú, la amó desde la cuna,
Debe la madre patria agradecerlo.
Mas perdóname, Conde. Yo deliro.
¿Dónde están en España los Gobiernos
Amantes decididos de las letras,
Protectores celosos del talento?
Desde que en la miseria y el olvido
Espiraron Cervantes y Quevedos,
Y Ercillas, y Villegas, y Espineles,
Prez de la humanidad y orgullo nuestro,

¿Hubo jamás benévolo Mecenas
Que á la ciencia y virtudes diera premios,
Aunque ofrecieron en sus aras culto
Varones probos de florido ingenio?
¡Doloroso es decirlo! Busco nombres
De loa dignos y laurel eterno
En los anales de la patria mia,
Envidia, admiracion del universo;
Y entre Próceres mil, que allí aparecen,
Uno tan solo con dolor encuentro,
El Duque de la Alcudia generoso,
Que de España (¡infeliz!) espiró lejos.
A Don Manuel Godoy vivas y aplausos,
Pues de Píndaro el arte protejiendo,
Enalteció las españolas Musas,
Y realzó á Batilo y á Celenio:
A Celenio y Batilo, en cuyos cantos
El bondadoso prócer estremeño
Vivirá laureado, mientras viva
La lengua de Madrid y de Toledo.
Aquellas ¡ay! que el Príncipe dejara
Huellas profundas con su noble ejemplo
En el camino de la gloria impresas,
¿Siguió alguno despues? ¡O vilipendio!
¡O afrentoso baldon!..... ¿Quién, dulce amigo,
En la patria de Séneca y Prudencio
Tan fea mancha lavará dichoso,
Borron tan colosal, deforme y negro?
En tanto que el Mecenas aparece,
Deseado varon, que me recelo
Vendrá por fin..... cuando el Mesías venga,
A quien espera de Israel el pueblo,
Permite que mi epístola prosiga,
Tu blando corazon de luto y duelo
Llenando á mi pesar, los que ya sabes
Al recordarte dolorosos hechos.
En el siglo que llaman de las luces,
Porque inventó *quinqués* y reverberos,
¿Cuántos vates en sábanas de Holanda
Y colchones de pluma fallecieron?
No hablaré de Abenámar y Espronceda,
Monroy, Cea y Arolas y otros ciento,
Tan pobres de fortuna, como ricos
Por su ciencia, invencion y láuros bellos.

Los gratos nombres callaré este dia
De tan sonoros cisnes, que, mancebos,
La fresca y pura flor de sus abriles
A la guadaña de la Parca dieron.
Mas omision imperdonable fuera
Dejar en el abismo del silencio
Al mas desventurado de los vates,
A Mor de Fuentes, de las letras Néstor.
Su cuna ilustre ornada de blasones,
Que en Sobrarbe ganaron sus abuelos
Con Aristas y Abarcas, en el Cinca
Las hermanas de Apolo remecieron.
Entusiasta despues y valeroso
Guardia marina, su fulmíneo acero
Defendió, de Tolon allá en las aguas,
El pabellon de España con denuedo.
La *ciudad siempre heróica*, sin sorpresa
Vióle en su edad viril noble ardimiento
Mostrar contra invasor envanecido
Con Ulma y Austerliz, Jena y Marengo.
Sus bélicos laureles ornar supo
Con la hiedra, pacífico ornamento
De sienes doctas, que á Minerva solo
Consagran sus afanes y desvelos.
Él cantó de la invicta Zaragoza
Las palmas inmortales y trofeos,
Que hasta el postrer suspiro de su vida
Lloró de rábia Napoleon Primero.
Él cantó con su cítara enlutada,
Entre lágrimas tristes y lamentos,
El que vió Trafalgar combate horrible,
Combate de titanes giganteos,
Do á los bravos marinos españoles
No venció, vive Dios, no venció Nélson,
Mas los venció envidiosa alevosía
De falaz *coronado* Maquiavelo.
Él del año cantó las Estaciones,
Y en cuadros de su patria pintorescos
Vió España alborozada los pinceles
De Sant Lambert y Tompsom hechiceros.
Él cantó de doncella malograda
Las gracias, la inocencia y el gracejo:
Serafina bellísima, tu muerte
Aún lamentan las Náyades del Ebro.

Él exornó con doctos comentarios,
Y castellanos y sonoros metros,
Las odas del difícil Venusino,
Para instruccion de alumnos y maestros.
Él á sábios franceses y alemanes
De esclarecida prez y alto respeto
Mereció estimacion, mereció aplausos,
De amistad fiel y de entusiasmo llenos.
El erudito Wolf y el noble Duque
A quien Montmorencí dió nombre y feudo,
La gloria del cantor hijo del Cinca,
A los siglos futuros trasmitieron.
¡Anciano respetable!..... Cuando plugo
De España al Rey la antorcha de Himeneo
Encender cuarta vez, á propia estirpe
Para legar de San Fernando el cetro,
En la ciudad preclara, de Argensola
Cuna inmortal, yo, joven inesperto,
Celebré el nombre augusto de Cristina,
Dulce esperanza del hispano pueblo.
Mor de Fuentes, cual padre afectüoso
Me estrechó en su regazo, y mis acentos,
Aunque insonoros, encomió entusiasta
Con el cariño de indulgente viejo.
Llora conmigo, llora, ilustre Conde,
La muerte del anciano, el fin funesto,
El deplorable fin que, como daga,
Tras años veinte me desgarra el pecho.
De Berenguer en la vetusta Corte,
Que fundó Amílcar en lejanos tiempos,
Ya lustros diez y seis cumplido habia
El noble veterano, el caballero.
En áurea medianía allí tranquilo,
Con sus libros feliz y con su plectro,
Vivia, ni envidioso ni envidiado,
Mas alegre y ufano que cien Cresos.
Allí dichoso en apacible calma
Esperaba á la muerte como bueno,
Para entregar á Dios el alma pura,
Y dormir en la paz del cementerio.
Cuando cual rayo, que tonante rasga
De espantadora nube el pardo seno,
La desgracia le hirió con férrea mano,
Descargando feroz golpe tremendo.

Los frutos de loable economía,
Que en almacen impuso del comercio,
Declarados en quiebra, vió agostarse
Como temprana flor que hiela el cierzo.
Sin fuerzas ya para escribir, doliente
Y pobre, y desvalido y sin aliento,
En carreta prosáica el digno hidalgo
Se dirijió á Monzon, su amado pueblo.
Tras infortunio tanto y desventura,
Mala estrella guió sus pasos lentos,
Pues de su patria al saludar los muros,
Cayó entre riscos y quedó mal trecho.
Meses despues, con báculo y muleta,
Andrajoso cual vago pordiosero,
A la cristiana caridad pedia
El sufrido varon frugal sustento.
¡Espectáculo triste! Tambien Grecia,
La infame Grecia vió mendigo y ciego
Al sobrehumano cisne, á quien su gloria,
Su gloria toda deben los helenos.
¡Y qué mucho que España, indiferente,
Al vate aragonés viera muriendo
En miseria humillante, cual madrastra
Que los hijos morir contempla agenos!
Años ¡ay! antes, siglo diez y nueve,
Presenciaste el cruel fallecimiento
Del cantor inspirado *de las Artes*,
Del mas dulce cantor del patrio suelo.
¡Melendez inmortal! Dame la lira
Que oculta el funerario monumento
Donde mudo reposas, pues tu muerte
Contar horrorizado al mundo quiero.
Mas no temas, Batilo, que yo turbe
La paz de tu sepulcro y el silencio;
Si tú á la madre patria perdonaste,
Perdonarla tambien todos debemos.
Cual á restaurador del noble ritmo,
Que mil grajos y mil envilecieron,
Te proclamó el benéfico reinado
Del bondadoso Carlos el Tercero.
A los alumnos de las Musas todos
Guiaste con tu voz y con tu ejemplo,
Estravíos fatales evitando
En tan oscuro y áspero sendero.

Sacerdote de Astrea, honor del foro,
Cual digno juez y magistrado recto,
Tu toga fue del inocente egida,
Terror del asesino y del perverso.
Náufrago años despues en las tormentas
Que á la española nave combatieron,
Menesteroso y desvalido anciano
Te miró sin piedad rio estrangero.
Dos lustros, ¡ay! cubrió mezquina losa
En su ribera tus mortales restos,
Despues que el dulce nombre de la patria
En tu gemido resonó postrero.
Mas dos nobles discípulos, que en vida
Padre te apellidaban y maestro,
El sublime cantor del *Dos de Mayo* (*),
Y del *Buen Conde de Haro* el digno nieto,
De amor filial y gratitud á impulso,
A Montpeller su planta dirijieron,
Y entre mármoles y oro colocaron
Tu ataud en honroso monumento.
Loor á los perínclitos patricios
Que de veneracion y de respeto
A Batilo y sus manes, ya olvidados,
Tan dulces pruebas de consuno dieron.
Loor, loor al que despues, ó Mantua,
Cuyos muros pacífico y risueño
El Manzanares besa, las cenizas
Trajo del bardo á tu recinto regio.
Así de Calderon y Garcilaso
Al par de los sepulcros, noble fuego,
Inspiracion y patriotismo ardiente
Infundirán en jóvenes iberos.
Jóvenes ¡ay! que tal vez olvidaron,
Jóvenes ¡ay! que tal vez no leyeron
Del Zurguen y el Otea al blando cisne,
Orgullo de la España y embeleso.
Solo el noble cantor *de las Estrellas*,
Solo el cantor dulcísimo *del Viento*,
Poético entusiasmo el mas ferviente
Puede inspirar en tan aciagos tiempos.
¡Desventurados tiempos! Otros siglos

(*) Don Juan Nicasio Gallego y el Duque de Frias, difunto.

Que á Cervantes sin pan ni capa vieron (*),
Y morir de hambre al portugués Camoens,
Oian á los vates por lo menos.
Cuando cantaban sus divinas trovas,
El mundo todo, el universo entero (**)
Estático, gozoso, embelesado
Escuchaba sus cantos halagüeños.
¡Qué galardon mas grato á los poetas!
Si hoy cantara en Hesperia el sacro Homero,
Y Píndaro y Virgilio, el de Venosa,
Y Tibulo, y Simónides, y Alceo,
Madrid, la España toda, escucharia
Sus celestiales métricos acentos,
Cual hoy el Avapies y sus contornos
Las coplas oyen de *Perico el Ciego.*
¿Dudas de mis palabras, Conde mio?
¿Creer acaso puedes que los metros
De los genios del canto mas ilustres
Entre nosotros hallarian eco?
Pues pregunta á Durán, pregunta á Sanchez,
Pregunta, en suma, á todos los libreros,
Y te dirán que ni siquiera un tomo
De Quintana se vende y de Gallego,
De Leon y de Herrera y Argensolas,
De Moratin, de Lista y de Cienfuegos,
Y en fin, de los perínclitos cantores,
Del Parnaso español prez y ornamente.
¿Y por qué, dulce amigo? Tú lo sabes,
Y todos por desgracia lo sabemos:
La fe ¡ó dolor! la fe cristiana hoy dia
Se entibió en la nacion de Recaredo.
¡Sacrílego baldon! Aun en las Cortes,
¿Lo podrian creer nuestros abuelos?
A la Madre de Dios, nefanda lengua
Quiso manchar con torpe vilipendio.
La fe de nuestros padres venerandos,
Fuente de lo sublime y de lo bello,
Amortiguada, ¿pueden sonar dulces

(*) Cervantes dice en su Viaje al Parnaso (y es preciso creerlo), que en su ancianidad no tenia capa para cubrir su desnudez. Mis lectores harán los comentarios que gusten: yo los haría muy negros. Los dejo, por tanto, para otra ocasion.

(**) Verso de Quintana.

La blanda lira y el sagrado plectro?
No soy yo, no soy yo de estas verdades
La Casandra fatal ó el agorero;
Es Proudhom, el *filósofo del siglo*,
El *Sábio*, el mónstruo que abortó el infierno.
¡Con qué placer, con qué feroz sonrisa,
Propia de Satanás, aquel ateo,
Vió de la poesía, reina augusta,
Caido en tierra y desdorado el cetro!
Mas consuélate, amigo, y la esperanza
Arda en tu hidalgo y religioso pecho
De poeta, y católico, y soldado,
Cual del sol arde inestinguible el fuego.
La fe del Redentor y poesía
Vivirán en feliz ayuntamiento
Mientras el astro luminoso dore
Por orden del Señor los hemisferios.
Otros siglos vendrán mas ilustrados
Que este decimonono, á quien los necios
Proclaman de las luces..... *apagadas*
Añadir acostumbran hombres cuerdos.
El ritmo entonces lucirá brillante,
Y magnates, ministros, palaciegos,
Y monarcas, en fin, á los poetas
Mirarán con amor y con respeto.
Mas en tanto esperamos claros dias,
Dias de ilustracion y de fe llenos,
¿Quién del siglo presente no se rie,
Cual siglo de sainete y menosprecio?
¿Quién en la actualidad, ni por el forro
Mira los libros? Cuatro pobres viejos,
Desde su tierna infancia acostumbrados
A dar al alma sólido alimento.
Los mozos, y aun la gente ya madura,
Que viven de políticos enredos,
¿No limitan su estudio y su lectura
A periódicos solos y folletos?
¡Y qué folletos, Conde! Dios me valga,
De adulacion ó de calumnias llenos,
Donde hallar la verdad es tan difícil
Cual en Sahara benéfico arroyuelo.
¡Lectura provechosa! La mentira,
El servilismo y el atroz veneno
Allí dominan. Jóvenes incautos,

No lo olvideis, os lo suplico y ruego.
Quizás mañana deslumbrados muchos
Con sueltas hojas y *papeles nuevos*,
De Danton, Robespierre y Marat dignos,
Desnudarán el toledano acero,
Y de horrores y luto, sangre y muerte
Mancharán otra vez el patrio suelo,
Y la discordia triunfará, que muerta
Los verdes campos de Vergara vieron.
Himnos de gloria á las bizarras huestes,
Himnos de gloria al ínclito Espartero,
Y á nobles adversarios que, leales,
Abrazo fraternal allí se dieron.
No permitais, Dios mio, en vuestro enojo,
Que pendon fratricida flote al viento
En mi patria infeliz. ¡Sus nobles hijos
Destrozarse cual tigres carniceros!
¡Otra guerra civil!..... De justa infamia,
De execracion y de baldon eterno
Se cubrirá la frente del que osado
Mortífera bandera alce el primero.
¡No lo permita Dios! ¿Quién lo desea?
Muchos, ¡ay! muchos con ardiente anhelo.
Mas no son hijos de la madre España,
Son todos..... miserables estranjeros,
Que, envidiosos, la patria de Pelayo
Quisieran ver en el inmundo cieno,
Cual de Carlos Segundo el enfermizo
Allá en los tristes malhadados tiempos.
Cantad, poetas, de la paz los dones,
Y con santo fervor pedid al cielo
Que para siempre de intestinas lides
Pronto veamos estinguido el fuego.
No importa, hijos del canto, que hoy el mundo
Desdeñe sordo líricos acentos:
Pulsad el arpa, que su voz süave
Resonará en los siglos venideros;
Resonará inmortal, y los que ahora
Publiqueis gratos y apacibles metros
Repetirán los niños y doncellas,
Aplaudirán generaciones ciento.
Los futuros cantores, alentados
Por Príncipes y nobles y plebeyos,
No olvidarán vuestro querido nombre,

De España al ensalzar preclaros hechos.
Y si estranjeros conquistarla intentan,
Alumnos y rivales de Tirteo,
Con su enérgica voz y su entusiasmo
Inflamarán á jóvenes iberos,
Que intrépidos al campo de batalla
Se lanzarán con saña y ardimiento,
Guiados por valientes capitanes,
Dignos del español heróico pueblo.
Entonces, ¡ay! entonces, con asombro
Verá otra vez, ó patria, el universo
De Calatañazor las altas glorias,
Del Salado y las Navas los trofeos.
Y brotarán, como brotaron siempre,
Los verdes lauros de inmortal recuerdo,
Que Gerona y Bailén y Zaragoza
Con fementida sangre enrojecieron;
Lauros que ensalzarán en trompa de oro
Bardos de noble y generoso aliento,
Como los Genios á Minerva gratos
Que en Atenas y Roma florecieron:
Y en sus himnos patrióticos, sublimes,
La juventud, virtudes aprendiendo,
De los Cides y Minas y Velardes
Emulará los bélicos esfuerzos.
Nosotros, de la vida en el otoño,
Que ya en la frente nuestra solo vemos
Tantas canas cual negros desengaños
Lamentamos con pena y desaliento,
No tan bellas auroras, caro amigo,
Contemplar con el júbilo podremos
Con que verlas podrán quizá algun dia
Los hijos de tus hijos y sus nietos.
Terminaré mi epístola, asaz luenga,
De un trovador contando alpujarreño
La historia deplorable. Ya descansa
En pobre y olvidado enterramiento.
¡Mozo infeliz! Nació para la gloria,
Que fué su afan y su dorado sueño;
Mas ¡ay! sin proteccion, oscurecido
Murió, cual muere el ignorante y necio.
Hijo de labradores, en el campo
Vivió desde inocente rapazuelo,
De la siempre feraz naturaleza

Silencioso admirando los portentos.
Los mágicos preludios de su lira
Le enseñaron la alondra y el jilguero
Y el dulce ruiseñor, en los vergeles
Que el Dauro baña y el Genil ameno.
Imberbe todavía, por su juicio
Y grave discrecion era embeleso,
Orgullo de sus padres y familia,
Admiracion y asombro de los viejos.
Soldado por la suerte, su bravura
Y noble lealtad mostró en Marruecos,
Hasta que herido de fatal gumia,
Vino á Madrid inválido y hambriento.
Consagrado al estudio desde entonces,
Con decision, con voluntad de hierro,
Comenzó á cultivar la Poesía,
Esperando encontrar el justo premio.
¡Vana ilusion! Tan solo desengaños
Hallaron su valor y su talento,
Por no existir un alma generosa
Que diera pan al bardo y al guerrero.
En mezquino portal, que alquilar pudo,
Con escasez ganaba su sustento,
Regando el pan con lágrimas acerbas,
Memoriales y cartas escribiendo.
Pidió favor á poderosa dama
Que, aunque vana y de altivos pensamientos,
En su casa feudal, y aun en su mesa,
Recibe á prestamistas y toreros.
Mas allí la acogida encontró el vate
Que á Lázaro infeliz, pobre y enfermo,
Dió el rico mas *famoso* de los ricos
Por su dureza y corazon protervo.
Un poema escribió, do el amor patrio
Brillaba noble con su ardiente fuego,
Consagrado al renombre del caudillo,
Conquistador del mejicano imperio.
A un General de espada ociosa y virgen,
Y nariz roma y romo entendimiento,
Lo quiso dedicar; mas el *buen* gefe,
Ni vió al poeta ni admitió sus versos.
Con esperanza de mejor fortuna
Buscó entonces amigos, buscó empeños,
Y se creyó feliz porque sus cantos

Logró poner en manos de un banquero,
Ilustrado varon, que el manuscrito
Recibió tan formal, tan grave y sério
Cual insensible autómata, y dejólo
Entre gacetas y papeles viejos.
Llegó despues un bárbaro criado
(Era digno del amo), prendió fuego
Con periódicos, fósforo y poema
A las estufas, y quedó tan fresco.
Lo que lloró sus números acordes,
Ya ceniza, el autor, su sentimiento
Por la pérdida aciaga, irreparable,
A tu profunda reflexion lo dejo.
En tamaño infortunio, en pena tanta,
¿Hubo reparacion? Ni aun de portero
Al vate recibió, que lo ansiaba,
El ricachon brutal y berroqueño.
Original comedia de costumbres,
Que hacia recordar al buen Moreto,
A un ministro ofrecer de la corona
Intentó el infeliz, con mal acuerdo.
Ministro con sus ínfulas de sabio,
Aunque era un escritor nada correcto,
De servir á los hombres poco amigo,
Y de servir á Dios ¡ah! mucho menos;
Escéptico, tal vez materialista,
¿Podia oir su corazon de hielo
De la divina caridad las voces,
De la pobreza y la orfandad los ruegos?
Pudo el memorialista al fin hablarle
Despues de mil afanes y rodeos,
Y ¿para qué....? Mandóle su Escelencia
No volviera á pisar el ministerio.
Perdidas ya sus ilusiones todas,
Lo presentó cristiano caballero,
De sus prendas y mérito entusiasta,
A renombrado Senador del reino.
Era un señor que se jactaba ufano
De protejer las letras y el talento;
Mas cual de Augusto César el valido
No logrará renombre duradero.
A la torpe lisonja sordo el vate,
Manifestó sus nobles sentimientos
Al egregio aristócrata cien veces,

En fáciles, castizos, dulces versos.
No eran indiferentes al Mecenas:
Aprendió de memoria muchos de ellos,
Que en horas de espansion y de alegría
A sus amigos recitaba y deudos.
En vida, solo con urbanas frases
Agradeció al cantor aquel obsequio,
¿Y al fallecer? Escucha, Conde mio,
Veraz historia que parece cuento.
La Parca inexorable, que destruye
Enanos juncos y gigantes cedros,
Y á Pontífices mata y sacristanes,
Y al rico, al pobre y al monarca escelso,
Tocó el hilo vital con su guadaña
Del digno Senador, y quedó yerto
Escuálido cadáver. Su alma fria
Piadoso Jehová tenga en el cielo.
Antes del funeral, de escasa pompa,
Se leyó su cerrado testamento,
Asombro de parientes y de estraños,
Escarnio de Sevilla y otros pueblos.
Aunque pingües legados en sus fojas,
Escritas de su puño, dejó el muerto
A limpia-botas, pinches y lacayos,
A lavandera y rapador barbero,
El nombre del poeta quedó á oscuras,
Por su ausencia brillando, sin recuerdo
En veinte codicilos, do el difunto
Habló hasta de sus gatos y sus perros.
Pocos meses despues, ¡estrella infausta!
De un hospital en el angosto lecho,
Olvidado de estúpidos magnates,
Mas no de Dios, amparo de los buenos,
En santa paz el joven fallecia
Con la muerte del justo. ¡Noble ingenio!
Las lágrimas recibe en el sepulcro,
Que á tu memoria con dolor ofrezco.
No serás tú la víctima postrera
Que la historia imparcial del siglo nuestro
Ofrecerá de infortunados vates
Para leccion de siglos venideros.

AL SEÑOR DON GUILLERMO PICARD.

EPISTOLA.

Madrid 4 de junio de 1869.

Tu epístola he recibido
Con profundo sentimiento,
Amigo nunca olvidado,
Mi carísimo Guillermo.
¡Con que aliviarte no pueden
Las boticas y Galenos,
En esa que te atormenta
Enfermedad de los nervios!
¡Pobre humanidad!..... Ya sabes
Que tambien yo estoy sufriendo
Tan aflictiva dolencia
Hace dos años y medio.
Cuando empezó á molestarme,
Gasté paciencia y dinero
En consultas muy costosas,
En inútiles remedios.
Viajé mucho, tomé baños
En verano y en invierno,
Quina en polvo, quina en rama,
Píldoras, tila, refrescos.
Busqué en la homeopatía
Un lenitivo, un consuelo,
Mas todos sus globulillos
De nada, nada sirvieron.
Con rábanos cuatro meses,
De un físico por consejo,
Interpolé caldo y sopa
En la comida y almuerzo.
Se lo dije á otro doctor,
Inclinado al vino añejo,
Y me ordenó que bebiera
Cariñena y jerez seco.
Otros, despues de escucharme,
Recetáronme paseos,
Y del patrio Guadalope

Los aires puros y frescos.
Un cirujano latino
Quiso con tenaz empeño
Sangrarme, mas yo le dije:
No en mis dias, vade retro.
A todos, á escepcion de este,
Obedecí, cual cordero
Al balido de su madre,
Cuando brama ronco el trueno.
Mas mi infantil obediencia
Fue cual ventosa de fuego,
Que el practicante novel
Ensaya en cadáver yerto.
Quien la salud ha perdido,
¿Qué tonterías, qué esfuerzos
No hará con valor heróico
A fin de ponerse bueno?
¿Y estrañarás, dulce amigo,
Que en tamaño aburrimiento
Yo consultara *de ocultis*
A un charlatan curandero?
El buen hombre, aficionado
A la escopeta y los perros,
Una partida de caza
Me preparó desde luego.
Marché á los montes del Pardo
Con él y cuatro podencos,
A perseguir dia y noche
Corzos, aves y conejos.
¿Y qué conseguí? Volverme
Tan desabrido y enfermo
Cual antes á mi casita,
A mi dulce apartamiento.
A un médico, en fin, recurro,
Hombre de maduro seso,
A quien hace muchos años
Entre mis amigos cuento.
Es alegre y decidor,
De sus canas á despecho,
Y gusta de la ironía,
Mas con discrecion y tiento.
En la ciencia de curar,
Hospitales y colegios
Desde que era estudiántillo

Admiraron sus progresos.
Entre sus laudables dotes
Hallo solamente un pero,
Y es que mira de reojo
La poesía y los versos.
Le llamé, vino á mi casa,
Y en pos de los cumplimientos
De educacion, y sentarse
En blando sillon de cuero,
Me toma el pulso, la lengua,
Mira con detenimiento,
Y me hace varias preguntas
A que yo solo contesto:

YO..... ¡Ah! Doctor de mis pecados,
Yo me muero, yo me muero;
Y á mis palabras de angustia
Él me dice sonriendo:

MÉDICO.... ¡Morir sin permiso mio!
Os guardareis muy bien de ello,
Y no hareis tal disparate
Hasta el postrimer momento.
Decidme en frases muy breves
Qué síntomas son los vuestros,
Pues os dan algun cuidado,
Cuando pensais morir luego.
Para morir, ¿qué es preciso?

YO..... ¿Quién lo ignora? No estar muerto.

MÉDICO.... Razon teneis, y nosotros
Morirnos ahora podemos.
Esplicaos.

YO..... Permitidme
Que tome el agua de lejos,
La gota de agua que hoy forma
Un torrente, un mar inmenso.

MÉDICO.... ¿Desde qué edad, desde cuándo
Vienen los padecimientos
Que os martirizan crueles
El espíritu y el cuerpo?

YO..... Desde el año diez y seis.

MÉDICO.... Larga es la fecha.

YO..... Lo veo.

MÉDICO.... ¿Que edad teníais?

YO..... Dos lustros.

MÉDICO.... ¡Vaya un mozo macareno!

Yo..... Es verdad. Era un rapaz
Vivarachillo, travieso,
Muy amigo de reir
Con Bertoldo y Cacaseno,
Aficionadillo al trompo,
A escuchar coplas á ciegos,
A correr por verdes llanos,
A trepar por altos cerros,
Buscando y cogiendo nidos
De calándrias y jilgueros,
Que despues me deleitaban
Con dulcísonos gorjeos.
Médico.... ¿Desde entonces padeceis?
Yo..... Me esplicaré. Mas ó menos,
Aunque con interrupciones,
Desde aquel año padezco.
Médico.... ¿Cuál fué el visible motivo
Del ataquillo primero,
En que esa larga dolencia
Sacó las uñas? Saberlo
Necesito.
Yo..... Os hablaré,
Como cuando me confieso,
La verdad pura, sencilla,
Hija divina del cielo.
Médico.... Sed muy breve.
Yo..... Lo seré
Cuanto pueda.
Médico.... Lo deseo.
Yo..... Yo tambien.
Médico.... Decidlo todo.
Yo..... Lo diré, y en el tintero
Absolutamente nada
Quedará.
Médico.... Así lo creo.
Yo..... Me haceis justicia, y os doy
Las gracias. Oidme atento,
Como acostumbrais con todos
Cuando en la calle y paseo,
O en las casas, os consultan.
Médico.... Al grano, al grano.
Yo..... Comienzo.
En el año diez y seis
(Cual os dije ya) vinieron

A mi lugar comediantes,
De la legua por supuesto.
Eran pobres, desdichados,
Sin hogar, abrigo y puerto
Do vivir, casi desnudos,
Descoloridos, hambrientos.

MÉDICO.... Dejad á un lado la paja.

YO..... Pues, amigo, los arrieros
La paja y cebada mezclan
Cuando á los burros dan pienso.
No es alusion personal.
¡Válgame San Hemeterio!
¿Seríais tan malicioso
Que creyérais?.....

MÉDICO.... Siga el cuento.

YO..... No es cuento, amigo doctor,
Es una historia, es un hecho
Tan exacto, como somos,
Yo aragonés, vos manchego.
Errantes, como gitanos,
Eran actores de aquellos
De quienes nos da Cervantes
El retrato verdadero.

MÉDICO.... ¡Pues en hacer sus papeles
Tendrian feliz pergeño!.....

YO..... No lo sé; solo una cosa
Decir, afirmaros puedo,
Y es que á mí, chiquillo entonces,
Gemir y llorar me hicieron,
Como cuando me zurraba
En la escuela mi maestro.

MÉDICO.... ¿Pues cómo?

YO..... Muy fácilmente;
Lo recuerdo, lo recuerdo.
Representaron un drama
De ayes y lágrimas lleno;
Melancólico poema,
¡Qué tristísimo, qué serio!
Otro igual posteriormente
A oir ó leer no he vuelto.

MÉDICO.... Esplicaos.

YO..... Figuraban
En él la muerte de Héctor,
Y de Andrómaca su viuda

El dolor y los lamentos.
Ahora mismo me parece
Que escucho y pálida veo
A la joven que infelice
Lloraba al esposo muerto.
Era de gentil figura,
de hermoso, de noble aspecto,
Melancólica mirada,
Algo morena, ojos negros;
Desprendidos en desorden
Por los hombros sus cabellos,
Larguísimos, tan oscuros
Como las alas del cuervo;
De los pies á la cabeza
Cubierta de triste duelo,
Parecia las estátuas
Que adornan los cementerios.
Con mas gemidos que voces
(Porque el dolor no es parlero)
Y muy propios ademanes
Y melancólico acento,
Aquella pobre muchacha,
A quien su destino adverso
Afligia, y no de Aquiles
El odio y fatal acero,
Desempeñó su papel
Con tal verdad, tal acierto,
Que lágrimas como ella
Yo derramé sin consuelo.
Un espectador cercano,
Un solemne majadero (*),
Al ver mi llanto gritó:
¿Por qué llora ese zopenco?
¡Qué lástima de levita
La que adornaba aquel cuerpo,
En vez de cubrir sus lomos
Con albarda y aparejo!
Aristocrática dama (**),

(*) Este ciudadano murió tísico algunos años despues. Su tisis no provenia del estudio, porque cuando aquel prójimo tomaba un libro en la mano, *le estorbaba lo negro.*

(**) Doña Martina Bardají y Azara, de quien hice mencion al hablar del nuevo cementerio de Alcañiz.

Notable por su talento
Y virtudes, defendióme
De las burlas del tal necio,
Y le dijo: «Señor mio,
»Si llora ese rapazuelo,
»Es porque su corazon
»No es corazon berroqueño.»
Y acercándome á sus brazos
Y en mi frente dando un beso,
Me acarició bondadosa,
Y añadió con dulce afecto:
«Calla, chiquitin, no llores,
»Y toma esos caramelos,
»Que á la verdad los mereces
»Por tan sensible y tan bueno.»
Mas yo, lejos de callar,
Y de reir aún mas lejos,
Cual reia el avestruz
Que me dijo un improperio,
Mientras duró la tragedia
Estuve siempre vertiendo
Tanto lloro, que á secarlo
No bastaba mi pañuelo.
Y no sollocé tan solo
Aquella noche; creedlo:
Derramé copioso llanto
Por mucho, por mucho tiempo.

MÉDICO.... Es historia muy curiosa:
Mas descansad un momento,
Porque estareis fatigado
De tanto hablar.

YO..... Nada de eso.

MÉDICO.... Pues proseguid en buen hora,
Porque el desenlace espero
Con impaciencia.

YO..... Allá voy
Con ese permiso vuestro.
De Andrómaca los suspiros,
El trágico fin de Héctor
Se grabaron de tal suerte
En la cera de mi pecho,
Que dia y noche pensaba
En los esposos aquellos,
Separados por la tumba

Que abrió el hijo de Peleo.
¡Desventurados esposos!
Tan lúgubres pensamientos,
Un malestar y tristeza
En mí por fin produjeron,
Que ni comia con gusto,
Ni tomar podia el sueño,
Ni me agradaban cual antes
Las diversiones y juegos.

MÉDICO.... ¿Y cómo alejar pudísteis
Aquel enfadoso tedio,
De los infantiles años
Tan impropio, tan ageno?

Yo..... Con un libro.

MÉDICO.... ¡Con un libro!

Yo..... Sí Señor, de Samaniego
Con las fábulas preciosas,
Que me regaló mi abuelo.
¡Con qué avidez, con qué gusto
Ví los diálogos amenos,
Que de animales en boca
El autor pone discreto!
Aquel tan claro lenguaje,
Y sus naturales versos,
Cuya sencillez encanta
A los niños y á los viejos;
Los cuadros en que nos pinta
La inocencia del cordero,
La astucia de la raposa
O la estupidez del cuervo;
Su candor inimitable,
Y su moral de alto precio,
Devolverme al fin lograron
La alegría y el sosiego.

MÉDICO.... ¡Estraña historia! Me llama
La atencion..... ¿Y mucho tiempo
Salud tuvísteis?

Yo..... Cinco años.

MÉDICO.... ¿Y despues?

Yo..... Deciros debo
Que, cuando cumplí los quince,
Sufrí un ataque tan fiero
De *spleen*, ó como se llame,
Que al mentarlo me estremezco.

MÉDICO.... Y entonces ¿cómo os curásteis?
YO..... Con otro libro.
MÉDICO.... Ya veo
Mas clara vuestra dolencia,
Que de mi mano los dedos.
YO..... Mas vale así. De esta suerte
Están ya en casa los medios
De hallar pronto la salud,
Que asaz quebrantada tengo.
MÉDICO.... Decidme, por vuestra vida,
¿Qué otro libro el privilegio
Tuvo de daros dichoso
Aquel segundo remedio?
YO..... *El Hombre feliz.* La calma,
Las virtudes de Miseno,
Y de la amable Sofía
Los varoniles esfuerzos
Por corregir á un malvado
De sus instintos perversos,
Y salvar al inocente
De patíbulo sangriento;
En fin, el poema todo
Fue mi solaz, mi embeleso,
Mi antídoto, cinco años
De cruel padecimiento.
MÉDICO.... ¿Y cesó la enfermedad?
YO..... De repente, por completo.
MÉDICO.... ¿Cuándo á la feroz arpía
Volvísteis á verle el pelo?
YO..... ¿Cuándo? Cuando mi cabeza,
Tan calva como San Pedro,
Comenzó, gracias á Dios,
A cumplir sesenta eneros.
MÉDICO.... Llevais muy bien vuestros años:
Estais tan agil y tieso
Que un muchacho pareceis.
YO..... ¡Un muchacho.....! Cuando duermo.
MÉDICO.... Vaya, no os quejeis, compadre.
YO..... ¿Pues por ventura me quejo?
Al contrario, á todas horas
Bendigo ferviente al cielo.
MÉDICO.... Es justo. ¡Cuántos ancianos,
Sin dientes, de achaques llenos,
A vuestra edad solo pueden

Mascar sopitas y huevos!
Mas volvamos al asunto:
¿Cuál fué la causa, el comienzo
De la negra hipocondría
Que estais ahora sufriendo?
¿Tuvísteis algun disgusto,
Desgracia ó pesar acerbo,
A que atribuir podamos
Aquel ataque postrero?

YO..... Tuve mas de uno. Los males,
Los infortunios, los duelos,
Solos nunca, siempre vienen
Con algunos compañeros.
En breves, muy breves dias
Perdí á mi madre, que lejos
De mis brazos, por desgracia,
Exhaló su último aliento;
Además, á dos amigos,
Cual muy pocos verdaderos (*),
Que distraerme solian
En mi ordinario paseo.

MÉDICO.... Desgracias son una y otra
Que de veras compadezco,
Y os acompaño, aunque tarde,
En el justo sentimiento.

YO..... De todos modos, Doctor,
Ese pésame agradezco;
Mas ¿á qué fin otras penas
Añadir? Las dejaremos
Si os parece.

MÉDICO.... ¿A quién le faltan?
Los clérigos y los legos,
Los Papas, Reyes y Duques,
Ricos, nobles y plebeyos,
Sin escepcion, todos, todos,
Los unos mas, otros menos,
Sufren aquí: para el pobre
¡Vaya un mezquino consuelo!

YO..... Algo es algo. Sobre todo,
Olvidar nunca debemos

(*) Don José Arias, Capellan y Rector del Oratorio de Irlandeses, y el Presbítero D. Ramon Lopez Pantoja, distinguido profesor de latinidad.

Que el hombre *solo ha nacido*
Para merecer sufriendo.

MÉDICO.... Con esa filosofía,
De prez y victoria cierto,
Desafiar denodado
Podeis al destino adverso.

YO..... Como un Salomon hablais.

MÉDICO.... Gracias.

YO..... Yo, por mí, no encuentro
Otra que dé al desgraciado
Mayor solaz, mas esfuerzo.
¿No es verdad?

MÉDICO.... ¡Y quién lo duda!

YO..... ¿Quién lo duda? Los ateos;
Cien y cien sabios, que dicen
Muy formales y muy sérios,
Que en vez de ser, como antaño,
Hijos de Dios, y herederos,
Hoy somos hijos de burra
Como cualquier pollinejo.

MÉDICO.... ¡Filosofía sublime,
Que pensadores modernos
Hallaron en el Olimpo
De su elevado cerebro!
Y á Dios, amigo, otro dia
Volveré, y comenzaremos
Plan eficaz curativo,
Que os dejará como nuevo.
En tanto que el plan yo estudio,
Leed, meditad atento
Las páginas luminosas
De este libro que os entrego.—
Dijo el médico, y se fue,
Dejando un libro pequeño
En mis manos, empastado
Con elegancia y esmero.
Al abrirlo, en la portada:
Higiene del alma leo,
Publicada en este siglo
Por filósofo tudesco (*).
Tantas veces la repaso

(*) El baron de Feuchtersleben, célebre médico de Viena.

Que de memoria la aprendo,
Aunque la tengo muy fragil,
Como sucede á los viejos.
Nada del docto volumen,
Nada saqué de provecho;
Como sacerdote honrado,
Mi desengaño confieso.
El que me lo dió obsequioso,
Médico de ciencia lleno,
Y de buena fe (que es mas),
Díjome despues modesto:

MÉDICO.... Vuestra oscurilla dolencia
Me parece que comprendo,
Y me es penoso deciros
Que no hallo facil remedio.
El alma vuestra no cabe
En la materia, en el cuerpo.

YO..... No os dé cuidado, que pronto
Saldrá del prosáico encierro.

MÉDICO.... ¡Cómo! ¿Deseais la muerte?

YO..... No señor, mas no la temo,
Gracias á Dios: cuando venga
Cerraré el ojo, y *laus Deo.*

MÉDICO.... ¿Sois poeta por desgracia?

YO..... Algo, doctor, algo hay de eso.

MÉDICO.... Pues con ese *algo* tan solo,
No os curára ni Galeno.
¡Poeta! ¡Y en este siglo,
En este *siglo de hierro!*

YO..... No han sido mucho mejores
Los siglos que precedieron.

MÉDICO.... Si he de decir la verdad,
No comprendo, no comprendo
En las presentes calendas
Tamaño alucinamiento.

YO..... Otros lo comprenden bien.

MÉDICO.... ¿Quién hoy se acuerda de versos,
Cuando no tienen lectores,
Ni hallan Mecenas ni premios?

YO..... ¿Para qué los necesitan
Los poetas verdaderos,
Cuyo corazon inflama
De *fe literaria* el fuego?

MÉDICO.... Opino que la mató

Con su mortífero aliento
La *indiferencia*, y reposa
De la tumba allá en el seno.

YO..... Pues, Doctor, opinais mal;
Todavía alientan pechos,
Que el vil *indiferentismo*
Nunca enfria con su hielo.

MÉDICO.... Será verdad.

YO..... Y lo es.

MÉDICO.... Enhorabuena..... Yo os ruego
Que olvideis la poesía,
En que hallais tanto embeleso.

YO..... *Non possumus*, buen amigo.

MÉDICO.... ¡Imposible! No lo entiendo.

YO..... Ella es mi salud, mi vida,
Doctor querido; sabedlo.

MÉDICO.... Pues no os curareis.

YO..... *No importa.*

MÉDICO.... ¿Y por qué en otros objetos
No fijar la mente vuestra?
En este siglo de cieno,
Bien lo sabeis, todos buscan
Posicion grande, altos puestos,
Cruces de honor, relumbrones,
Y sobre todo..... dinero.

YO..... Y decidme, ¿el oro da
Júbilo, contentamiento,
La paz del alma y ventura,
Propias de los hombres rectos?

MÉDICO.... El oro y letras de cambio
Producen ricos banqueros.

YO..... ¡Y en verdad que son felices!
Que lo diga Mollinedo (*),
Y lo digan otros muchos
Ricachones, opulentos,
Que por *quitadme esas pajas*
Se degüellan: buen provecho.
No, pues yo, si Dios escucha
Mis oraciones y ruegos,
Me moriré hecho una momia
El año mil novecientos.

(*) Murió trágicamente.

MÉDICO.... ¿Y qué producen las Musas
Y los estudios amenos?
YO..... Llenar mas á nobles almas
Que los tesoros de Creso.
Preguntádselo á Cervantes,
Al Tasso, Píndaro, Homero,
A Calderon, á Virgilio,
A Moratin y á Terencio.
MÉDICO.... Pues bien, en dorada lira
Cantad, y sublime acento,
A Pelayo, al Cid, Gonzalo,
Y á otros invictos guerreros,
Que, lidiando valerosos
Contra el feroz agareno,
A la patria libertaron
Con su sangre y su denuedo.
Cantadlos enhorabuena,
Y sacareis lo que el negro
Del sermon, los pies helados,
Y acalorado el cerebro.
Sacareis, amigo mio,
Lo que orador majadero,
Que muy mal aconsejado
Predicara en el desierto.
Si al fin cantárais los nombres
De cien políticos nuestros,
Verdugos de aquella España
Que los abrigó en su seno,
Entonces..... ya es diferente,
Pescador seríais diestro,
Que echa sus redes con maña,
Y en rio pesca revuelto.
Creedme, vuestra barquilla
Botad hoy al Ponto inmenso
De la política, y ella
Os llevará á feliz puerto.
Hablad mucho de la patria.
YO..... ¡Y qué medrada la vemos!
¡Qué feliz es!
MÉDICO.... ¡O costumbres!
¡O tiempos, felices tiempos!
Perdonad, ya me exaltaba
Con la política; hablemos
De vuestro mal, que esperanzas

Daros vivamente quiero.
YO..... ¡Esperanzas!
MÉDICO.... Muy fundadas.
Ya hace rato que deseo
Deciros, que en vuestra mano
Está el curaros muy presto.
YO..... ¿De veras?
MÉDICO.... Como lo oís.
YO..... Pues mandad. Como un borrego
A la voz de sus pastores
Vereis cómo os obedezco.
MÉDICO.... Mando pues, mucha atencion:
Lo primero, lo primero,
Que nunca jamás tengais
Elevados pensamientos.
YO..... ¡Hombre!
MÉDICO.... No hay hombre que valga.
YO..... Ya veis que no es hacedero;
Que me mandais imposibles.
MÉDICO.... ¡Imposibles! No los veo.
Pensad tan solo en la panza,
Y, gordo como un flamenco,
Procurad hacer fortuna
Por todos, todos los medios.
No repareis en pelillos,
Ni, cual joven inesperto,
Tropeceis en cañamones,
Y criareis mejor pelo.
No leais poco ni mucho
Libro científico y serio:
Nada de Feijóo y Mariana,
Arias Montano y Sarmiento.
Sobre todo (no olvidarlo),
Jamás escribais un verso,
Aunque os amague un verdugo
Con la cuestion de tormento.
En vez de estudiar á Lista,
A Melendez y Gallego,
O la prosa de Jovino,
De Balmes ó de Toreno,
Leed las hojas volantes,
Folletines y folletos
Que llueven tarde y mañana
Cual graniza en el invierno.

Allí, no en Solís ni Herrera,
Argensolas y Moretos,
Teneis invencion, decoro,
Lenguaje noble y correcto.
Leed traducciones hechas
Por intrépidos mancebos,
Que el francés y el castellano
Saben..... lo mismo que el griego.
Mucha ambicion, ócio mucho;
Y libros que os tienen seco
Cual espárrago, tiradlos
Por inútiles al fuego.
Id al café por la noche,
Y á tertulias y liceos,
Donde se habla por los codos
De política y gobierno.
Imitad á mozalbetes
Que muy formales y frescos,
Despues de beber diez copas,
Arreglan el universo.
Dejad, dejad el retiro
De vuestro dulce aposento,
Y en reuniones y zambras
Hablad á diestro y siniestro.
En vez de bosques umbríos,
Mas tristes que un cementerio,
Donde dais de vez en cuando
Un solitario paseo,
Frecuentad la Castellana,
Y el Prado verde y ameno,
Donde por la mucha gente
Andar apenas podemos.
Mucho trato, mucho trato,
Y jolgorio y poco encierro,
Y echar las canas al aire
Con pajarete y burdeos.
En fin.....

YO..... Amigo doctor,
¿No advertís que estais perdiendo
La saliva de la boca,
Y lo que es peor el tiempo?

MÉDICO.... ¿No quereis obedecerme?
Pues buenas noches, os dejo,
Y perdonad, que me aguarda

Otro mas dócil enfermo.
YO..... Esperad un solo instante.
MÉDICO.... Amigo y señor, no puedo:
Si no haceis cuanto os he dicho,
Por esta casa no vuelvo.—
De pie ya, me dió la diestra,
Y calándose el sombrero
Se fue, mas listo que un gato
Que va arrastrando cencerro.
Sin tomarme yo la pena
De indicarlo, buen Guillermo,
De tan prolija visita
Comprenderás los efectos.
Marchó el Doctor, quedé solo,
Sin esperanzas mi pecho,
Meditabundo, entregado
A tétricos pensamientos.
Lejos mi mal de aliviarse
Aumentaba con esceso,
En términos que ahora mismo,
Solo al recordarlo tiemblo.
Hipocondriaco, débil,
Imagen de un esqueleto,
Aborrecí hasta los libros,
Mis mejores compañeros.
La soledad me agradaba,
No de jardines y huertos,
Sino de selvas y bosques,
Donde domina el silencio.
Un dia, que solitario
Recorria vasto yermo,
Do solo el grito sonaba
De la corneja y los cuervos,
A un anciano venerable,
Que leia el Evangelio,
Encontré, no sin sorpresa,
Junto á plácido arroyuelo.
Su cabellera nevada,
Sotana y pobre manteo,
A los mismos ateistas
Infundirian respeto.
De humilde y cercana aldea
Era el párroco modesto,
Padre de sus feligreses,

Y de virtudes modelo.
Le conté la historia mia,
Y el cruel padecimiento
Que me aquejaba, y responde
Con rostro afable y sereno:
«Lo sabeis, hermano mio:
»En este libro que tengo
»En la mano, encontrareis
»Vida, salud y consuelo.
»Olvidad á las lumbreras,
»Que hoy admira el universo
»Cual pensadores profundos
»Del infeliz siglo nuestro;
»Siglo fatal, que buscando
»Con ánsia el mejor gobierno,
»¡O estupidez! ¡ó demencia!
»Rechaza al divino Verbo;
»Al buen Jesus, que triunfó,
»Con doce indoctos plebeyos,
»Del *siglo de oro* de Augusto,
»De Nerones y Tiberios.
»Al buen Jesus, cuya gracia,
»¡Maravilloso portento!
»A hombres-tigres mudar puede
»En palomas y corderos.
»Con Jesus siglos y siglos
»El español, noble pueblo,
»¡Qué feliz fué, qué valiente,
»Qué pacífico y qué bueno!
»Por eso venció en las Navas,
»En San Quintin y en el Ebro
»Con Palafox, y en Gerona,
»Bailén y los Castillejos.
»Con él brillaron el Cid,
»Y Guzman y Recaredo,
»Y San Fernando y Luis Vives,
»Y el Abulense y Juvencio.
»¡Dios mio! Quizá mañana
»El español verá, lleno
»De amargura, alzar pendones
»A Mahoma y á Lutero.
»Pedid, pedid, caro hermano,
»Como yo, con filial ruego,
»Qué ilumine Dios á gefes,

»Hoy gobernantes del reino.
»Mi voz embargan y ahogan
»Las lágrimas, lo estais viendo:
»¡Dulce patria de mi alma!
»Hermano, á Dios, yo me alejo,
»Pues la campana ya anuncia
»Con sonoro clamoreo,
»Que mis ovejas esperan
»A su pastor en el templo.
»El Héspero grato asoma,
»Y es el dichoso momento
»De saludar con mis hijos
»A la Reina de los cielos,
»A la Virgen sin mancilla,
»Madre del divino Verbo,
»Que visitó en Zaragoza
»A Santiago, hijo del trueno.
»Cuando ofrezcais, dulce hermano,
»El Sacrificio incruento,
»No olvideis, os lo suplico,
»A este pobre, inútil viejo.»
¿Qué dices, amigo caro,
Qué dices, mi buen Guillermo,
De aquel cura, honor de España,
Y prez y gloria del clero?
Tú, que inestinguible guardas
De fe católica el fuego,
Herencia santa y preciosa
De tus cristianos abuelos,
¿Qué te parece el anciano,
Al derramar llanto acerbo
Recordando de la España
El estado lastimero?
¡Cuántos patriotas habrá,
Que parecen Mongibelos
Chispeantes de amor pátrio.....
Y á su patria amarán menos!
Si he de hablarte en puridad
Cual deseas, y yo debo,
Te diré: que entre mil penas
Me aflije un gran sentimiento,
Y es que políticos muchos,
Que en materia de gobierno
Presumen ser Campomanes,

Jovellanos ó Cisneros,
Al buen clérigo no pidan
Sanos, muy sanos consejos,
Cuando la española nave,
Boga entre escollos y riesgos.
¿De la paz y la ventura
Arribará al feliz puerto,
Si los pilotos no elevan
Sus ojos al alto cielo?
Dios los alumbre cual Padre,
Para que no sean ciegos,
Que al querer guiar á otros
Naufraguen con todos ellos.
Y perdóname, querido,
Pues pesadillo voy siendo,
Y prolijo y hablador,
Y machacon y molesto.
A la epístola presente
Cuando yo daba comienzo,
Hacer pensé un romancillo
Tan breve como ligero.
¿Qué me sucedió? Lo mismo
Que al goloso rapazuelo:
Comió dos ó tres cerezas,
¿Y despues? todito el cesto.
Resumo, por fin, y digo,
Que aunque mejor, sigo enfermo
Como tú, sin esperanzas
De curarme, por supuesto.
¿Y por qué, mi dulce amigo?
No hay necesidad de esfuerzos
Intelectuales. Me agobian
Como á ti sesenta inviernos.
Cuando me aflijen achaques,
Cuando tirito y me hielo,
Mientras bailan en camisa
Los chicos de mi portero;
Cuando me acosan dolores,
Y se alborotan mis nervios,
Y por falta de apetito
Voy á comer y no puedo,
Me digo lo que decia
Muñoz, el gran marrullero:
Señor Don Roque de Urrutia,

En la edad está el misterio.
Por lo demás, dulce amigo,
Manifestarte no quiero
Que solo en la Religion
Hallar alivio podemos.
Lo sabes por esperiencia,
Y necesidad no tengo
De hacer esta indicacion
A un cristiano caballero.
Dios alivie nuestros males
Si conviene, ó por lo menos
Nos dé paciencia en tamaños
Crónicos padecimientos.
A tu dignísima esposa
Mis paternales afectos,
Y que viva mas que Sara,
Gloria del devoto sexo.
Dios conceda á tus sobrinas,
De sus virtudes en premio,
Su bendicion, y maridos
De amor conyugal modelos.
Y ordena y manda al que vive
Calle del Humilladero,
Número décimocuarto,
Segundo piso del centro.

MI TESTAMENTO

DEDICADO Á S. A. R.

LA SERMA. SRA. DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA,

INFANTA DE ESPAÑA, DUQUESA DE MONTPENSIER.

AL BENÉVOLO Y CRISTIANO LECTOR.

Los poetas, con muy raras escepciones, acarician con frecuencia *altos y generosos pensamientos*, por valerme de un verso de Moratin el padre. De aquí es que dan muy dificilmente hospedaje en su corazon á la infame ingratitud, vicio abominable y hediondo, que cual inmundo y asqueroso reptil, suele intro-

ducirse y dominar en almas viles, y enanas, y rastreras, y *prosáicas*, sin dejar su madriguera favorita, quizá hasta el sepulcro.

No bien un vate cualquiera, ó *versificador* (no es lo mismo), recibe un beneficio ó muestra de bondad, sacude la pereza, toma su péñola, y en versos mas ó menos elegantes, mas ó menos *poéticos*, agradece el favor, publica ó lee sus metros ó *coplas* á todos los amigos (y aun á los que no lo son), y el nombre del favorecedor suena y resuena de boca en boca, y á veces por todo el mundo; y si los versos tienen la fortuna de ser buenos, suelen vivir siglos y siglos. *Musa vetat mori.* (*Horat.*)

Si consultamos por breves momentos las páginas de la historia, ó queremos hojear las obras clásicas de los poetas, desde Anacreonte y Píndaro, y desde Horacio y Virgilio hasta nuestros dias, encontraremos demostrada con repetidos hechos, y con versos admirables, la verdad que acabo de manifestar. ¿Quién ignora que para acrecentar la gloria, y sobre todo para perpetuar en la posteridad el nombre de Pericles, de Augusto y de Mecenas, de Isabel la *Católica*, de Leon X, de Luis XIV, de Cristina de Suecia y de Carlos III, en fin, contribuyeron muy mucho los vates de Grecia y del culto Lacio, los neo-latinos de la Roma cristiana y de las otras naciones modernas, agradecidos, como era justo, á la decidida proteccion que dispensaron á sus tareas literarias aquellos personajes?

¿Quién ignora que se esforzaron por imitar noblemente á los ingenios de otros paises los poetas españoles, rivalizando con ellos, y superándolos á veces *en hidalguía*, al celebrar entusiastas la munificencia y generosidad de sus Mecenas? Basta citar un hecho que vale por mil, y nombrar al perínclito Cervantes, y recordar la hermosísima y preciosa carta que al Conde de Lemos dirijió el príncipe de nuestros ingenios:

«Puesto ya el pie en el estribo,
»Con las ansias de la muerte,
»Gran Señor, esta te escribo, etc.

Aquella dedicatoria del Persiles, *donde se muestra en toda su luz la bella alma de Cervantes* (dice uno de sus biógrafos y admiradores), *es el obsequio mas noble y puro que la beneficencia de un Grande ha recibido jamás de las letras.*

Mucha admiracion y asombro infunde á todo el orbo el privilegiado talento del Manco de Lepanto; pero lo que inspira cariño y filial simpatía, y respeto profundo, y entusiasmo en fin, á los españoles, es aquella elevacion y grandeza de alma con que

plugo á la Providencia adornar y ennoblecer al hijo mas ilustre de Alcalá de Henares.

Los posteriores poetas no cesaron ni un momento de seguir las huellas del autor de *D. Quijote*. Omitiendo otros mas antiguos, por la brevedad que me he propuesto, solo recordaré á mis lectores los armoniosos y bellísimos cantos de Melendez Valdés, de los dos Moratines, de Reinoso, Quintana, Arjona, Sanchez Barbero, Iglesias, Arriaza y Lista, con los que realzaron y enaltecieron estos nobilísimos ingenios del pasado y presente siglo, los gratos y simpáticos nombres de Carlos III, de los Condes de Aranda y Floridablanca, del Duque de Medinasidonia, del Príncipe de la Paz, de la Duquesa de Alba, del Arzobispo Lorenzana, y de otros protectores esclarecidos, en suma, de las Musas y de las letras españolas, que yacian en el mayor abandono y abatimiento desde el reinado funestísimo de Carlos II el *Hechizado*.

Me quoque dicunt
Vatem pastores, sed non ego credulus illis. (Virgil.)

Aunque yo no soy poeta, sin embargo, por distraerme de mas graves estudios y ocupaciones, y sobre todo, porque es una verdad indisputable lo que dice Ovidio:

Gratia, Musa, tibi, nam tu solatia præbes,
Tu curæ requies, tu medicina mali;

estoy escribiendo versos (ó renglones iguales) desde 1814, que compuse los primeros á la entrada del Rey Fernando en Zaragoza al volver de Valencey, hasta el dia de hoy, que ya peino canas, y no pocas por cierto.

Quizá tendrás el antojo de saber, carísimo lector, por qué me ha ocurrido la idea de escribir *mi testamento* en verso, y dedicarlo á la Infanta augusta y bondadosa Doña María Luisa Fernanda. Voy á satisfacer tus justos deseos con la sencillez y sinceridad propias de mi carácter, ó lo que es lo mismo, con la noble franqueza de los honradísimos y sencillos labriegos de mi lugar. Con ellos me entierren

Aquel dia que quiera
La voluntad de Dios que yo me muera.
Por mí no tengo prisa,
Como la tuvo el sin ventura Larra,
Que cual cosa de juego, broma y risa
Se mató el infeliz por una Elisa,

Natural, segun dicen, de Navarra.
Yo quiero decir Misa
Hasta el *mil novecientos* por lo menos,
Y viejo cual mi madre, de esta suerte (*)
Noventa y cuatro contaré á mi muerte.
Entonces mis amigos los mas buenos,
O sean los mejores,
Podrán acompañar á los cantores,
Párroco, sacristan y monaguillo,
El *Requiescant in pace*
Al entonar sencillo,
Sin bajon, gorgoritos y primores.
(Digo todo lo dicho si á Dios place.)
Despues mi fosa cubrirá un ladrillo
Que diga á los vivientes: *Aquí yace.*
¡Dichoso yo si en el silencio y calma
En tanto duermo de la tumba fria,
Cuantos la vean, en memoria mia
Rezan un *Pater noster* por mi alma!

Lope de Vega, cuando habia ya cumplido 72 Navidades, es decir, muy pocos dias antes de la enfermedad aguda que lo llevó al sepulcro, escribió su bellísima, su admirable Silva, *el Siglo de oro*, á la cual llama Quintana el *Canto del Cisne*, despues de hacer de ella los justos, los entusiastas elogios de que es tan merecedor aquel precioso poema.

Tambien es lindísima la tierna *Elegía á las Musas*, con que se despidió de ellas para siempre Inarco Celenio; si bien es preciso confesar que no tiene razon ni puede tenerla el parcial y atrabiliario Hermosilla, cuando con su acostumbrado apasionamiento en pro de su ídolo Moratin, dice sin vacilar, *que es la mejor en su línea que tiene el Parnaso español*. El autor del *Sí de las niñas* es quizá el poeta mas atildado y correcto, desde el Marqués de Santillana y Juan de Mena hasta nuestros dias; pero le falta mucho para tener la inspiracion, el empuje, sublimidad y nérvio de Quintana, durillo, por otra parte, *galicano* y poco espontáneo á veces, porque el buen D. Manuel Josef *sacaba los versos de su cabeza á fuerza de tenaza*, como le dijo en sus barbas, con su habitual aspereza, mi paisano Mor de Fuentes. Escasean igualmente en los versos de Moratin la noble elevacion de Cienfuegos y Jovellanos, Lista y Gallego, y la inimitable naturali-

(*) Mi cristiana madre murió de 93 años cumplidos.

dad y grato abandono de Melendez, Arriaza y Arolas. De todos modos, la citada Elegía puede llamarse *especie de testamento*, como llama el cantor de Padilla y de Trafalgar á la mencionada Silva del *Fénix de los ingénios*.

Tambien pudiera llamarse *Despedida de las Musas* el canto epitalámico que á fines de 1829 dirigió el mismo Quintana al difunto Monarca, al contraer su cuarto matrimonio con Doña María Cristina de Borbon, el cual comienza así:

Nunca osara, Señor, la Musa mia
Al eco unir del general aplauso
Los ecos de un aliento que se apaga,
Por la desgracia y por la edad cansado.

Y concluye con estos versos:

¡Ah! mientras que á porfía
Las artes, ostentando sus primores,
Contiendan en su honor, en medio alzada
Con dulce exaltacion y ardiente brio
Dirá la gratitud: «Vuestros loores
»No pueden ser eternos sin el mio.
»Este es el perdurable, el verdadero,
»El que conviene á su bondad divina;
»Yo lo grabé en el pecho al pueblo ibero,
»Cuando en letras de amor puse: ¡Cristina!»

El Rey premió al poeta con una pension anual de 18.000 reales vellon sobre la renta de Correos, con cuya gratificacion pudo vivir desahogadamente, sin verse en la precision, como los años anteriores, de vender sus mejores libros y pinturas, segun me contó el mismo Quintana.

Si el Tirteo español, á pesar de su espartanismo, consagró su enérgica y sonora y valiente lira á los loores de Doña María Cristina, otros vates que no se pican de espartanos, y viven todavía (por cuya razon no los nombro), imitaron á Quintana. El que esto escribe, agradecido á los beneficios de aquella augusta Señora, hizo lo mismo, celebrando su cumpleaños en Valladolid el 27 de abril de 1854. Con permiso tuyo, amigo lector, voy á copiar algunos de aquellos mis cristianos metros. Hélos aquí.

El nombre de Cristina
Sonaba cual emblema de ventura,
Y al bosque ameno, al valle y la colina

Que al Pisuerga domina,
Lo llevaba feliz el aura pura.
En tanto que sonoro
Alegra la ciudad, los campos llena,
Como de génios apacible coro,
Al pulsar arpa de oro,
Que de gozo al espíritu enagena;
A un vate solitario
Sorprendia la aurora matutina,
Orando en el antiguo santüario
Donde envuelta en sudario
Duerme Doña María de Molina.
Con llanto de sus ojos
Bañaba el trovador la tumba fria
Que conserva los ínclitos despojos;
Y ante la Cruz de hinojos,
En afectuosa voz así decia:
Eterno Jehová, que desde el cielo
Protejeis á la ibera Monarquía,
Y sois del español Padre y consuelo,
Velando por sus reyes noche y dia;
No desdeñeis mi suplica ferviente,
Dios de bondad, Señor omnipotente.
El maná celestial, aquel rocío
Que nutre á la virtud, que da la calma,
La gracia, santo don, que á vos, Dios mio,
Del mísero mortal sublima el alma,
Sin cesar conceded á la Señora
Que tu nombre y poder humilde adora.
Tu paternal benéfica ternura
Solícita defienda su existencia,
Sin permitir la aflijan la amargura,
El acerbo dolor ni la dolencia,
Dispensándole amparo sin medida
Hasta el postrer aliento de la vida.

Aludiendo despues á la titánica guerra de Crimea, que ardia entonces con la violencia de un volcan, rogaba á Dios con todo mi corazon (como ruego tambien al presente) que alejase de España tan funesta calamidad. Con este motivo, en los siguientes versos manifestaba mis vivísimos y ardientes deseos de que permaneciera mi querida patria

En paz profunda,
No interrumpida por fatal acento

Del funesto clarin, que en son de guerra
Ya resonó para turbar la tierra.
Del suelo hispano, de tu amado suelo
Alejad, ó Señor, tantos horrores;
Asaz desolacion, y muerte, y duelo
Deploraron sus tristes moradores;
La sangre todavía aquí rojea,
La sangre derramada en la pelea.
Bendiga, Dios de amor, tu santa mano
A la nacion católica española,
Que desde el tiempo del impío arriano
Venera de tu Verbo la aureóla,
Y en los brazos tranquila del sosiego
Verá estinguirse de discordia el fuego.
Bendecidla, Señor, y todavía
Podrá ostentar bajo tu fuerte escudo
Alto renombre, que escuchó algun dia
El orbe entero, de sorpresa mudo;
Nobilísima gloria, sobrehumana,
Hija de su piedad y fe cristiana.

No estrañes, amigo lector, que yo mire con horror tanto la guerra civil. Por mi desgracia, desde la batalla de Mendigorría hasta el 4 de julio de 1840, que en los montes de Berga terminó la fratricida lucha de siete años, ví con mis ojos casi todos los dias degollarse y asesinarse españoles con españoles en los bloqueos y sitios de Alcañiz, de Bilbao, de Peñacerrada, de Ramales, de Castellote, de Morella, en el valle de Mena, en los llanos de Vitoria, en las montañas del Liébana, etc., etc. No permita Dios en su infinita misericordia que vea yo otra vez aquellas sangrientas escenas entre los hijos de esta nacion sin ventura, que tiene buen *suelo*, buen *cielo*, pero mal *entresuelo*, como decia un respetable Matusalén de mi tierra.

No fueron Lope de Vega, Moratin y Quintana los únicos poetas que se despidieron de las Musas viéndose cercanos al sepulcro. Otro vate de mas triste y menos envidiable celebridad, Voltaire, en una palabra, dirigió en 1769 una epístola al ya entonces difunto Boileau, titulada: *Mon testament*. Aunque el cínico escritor tiene la incalificable arrogancia de decir que es el *cantor de la virtud*,

Á chanter la vertu j'ai consacré ma voix,

su opúsculo, mas bien sarcástico y bufo que formal y grave, está salpicado de frecuentes rasgos, tan irónicos y burlescos

como impíos; monomanía del sacrílego solitario de Ferney, que fue *la infamia personificada*, como ha dicho con tanta razon el digno Obispo Dupanloup.

Es un deber sagrado para mí dedicar este ensayo poético á la respetable Señora Doña María Luisa Fernanda, porque son tantas y tantas las muestras de bondad con que se ha servido honrarme y favorecerme, que no me perdonaría yo jamás la siempre innoble cobardía del silencio y de la *prudencia*, como llaman algunos á la medrosía, disimulable solo en viejas y chiquillos, y muy impropia, y sobre todo muy vergonzosa, en hombres con barbas, aunque tengamos ya sesenta y mas años.

En 1862 tuve la honra de felicitar á S. A. R. el dia de su cumpleaños, con un poemita sencillísimo y breve, escrito con el corazon y no dictado por la cabeza. Voy á copiarte sus últimos versos, querido lector. Hablando con mi Musa, intérprete y mensajera de mis nobles sentimientos, rogaba yo á esta hija del canto que diera en mi nombre el mas cordial parabien á la augusta

Y joven Luisa Fernanda,
Digna Infanta de Castilla,
A quien bondad y hermosura
Ennoblecen á porfía.
La que escuchó mis cantares
Con inefable sonrisa,
Porque el amor á la patria
En ellos fúlgido brilla.
Parte pues al blando impulso
De las auras fugitivas,
Y á tan amable Señora
Desea glorias y dichas.
Dichos y glorias mas puras
Que la luz del sol divina,
Cuando las nocturnas sombras
Esplendorosa disipa.
Di que goce tantos años
De su natalicio dia,
Como palmas de victoria
A la España inmortalizan.
Di que el donoso Fernando,
Que en el jardin de la vida
Cual fresco vástago crece
Con gallarda lozanía,
De su maternal regazo

Hoy sea encanto y delicias,
Y mañana de laureles
La juvenil frente ciña.
Di que por abriles ciento
Con su amado esposo viva,
Venturosa como Sara,
Como Abigail tranquila.
Dirás por fin que disfrute
De los besos y caricias,
Y gracias y dulces juegos
De sus candorosas niñas,
Hasta que en el ara santa
Al yugo sagrado rindan
Su cuello en dulce consorcio,
Que Dios con amor bendiga.

Despues del completo alivio y restablecimiento que tras mortal dolencia reanimó felizmente al simpático Infante D. Fernando á mediados de diciembre del año pasado 1869, me pareció muy justo felicitar de nuevo á su augusta Madre; y la virtuosa y preclara Señora, no bien recibió mis afectuosos y sencillísimos versos, tuvo la amabilidad bondadosa de contestar, no por mano de secretario ó escribiente, sino con carta autógrafa, que á continuacion copio literalmente. Dice así.

«*San Telmo* 19 *de diciembre de* 1869.=Mi apreciable Sr. Bono »Serrano.=Aunque encargué á Perez diese á V. en mi nombre »las gracias por los lindísimos versos que V. tuvo la bondad de »enviarme, no puedo resistir al deseo de manifestar yo misma »mi agradecimiento por todas las poesías que en diferentes oca»siones me ha enviado, y decirle con cuánto gusto las leo siem»pre. Doy á V. tambien las gracias por su carta del 17, por el »pésame que en ella nos daba por la muerte de nuestra cuña»da (q. e. g. e.), y por el interés que se ha tomado por la salud »de nuestro hijo Fernando. Dios ha escuchado las buenas ora»ciones de V., y nos ha devuelto á nuestro querido hijo. Este »sigue todo lo bien que es posible en su convalecencia, y creo »que pronto podrá levantarse. Lo que yo habré sufrido durante »esta terrible enfermedad, ya se lo puede V. suponer; pero Dios »me ha dado fuerza para todo. Le escribo á V. en el cuarto de »mi hijo, del cual, como es natural, no me he separado un mo»mento. Mi marido envia á V. sus recuerdos, y se recomienda »siempre á las buenas oraciones de V. su mas afecta, *María* »*Luisa Fernanda*.»

De otra carta, escrita, como la anterior, de propio puño y

letra por la misma Señora en 31 de enero, copio el último párrafo, que es como sigue.

«Fernando sigue adelantando en su convalecencia; ha en»gruesado, y está de buen color, y alegre. No podemos dar bas»tantes gracias á Dios por habernos conservado á nuestro hijo. »Es un verdadero milagro el verlo como está, pues no parecia »posible pudiera salir de esa enfermedad. El dia que recibió la »Estremauncion, creimos iba á espirar por momentos. Estaba »frio, sin pulsos: era horrible. Por decontado que su padre y yo »estuvimos al lado de su cama mientras se le administró.

»Todos mis otros hijos están buenos.

»Mucho recomiendo á V. pida en sus buenas oraciones por »nuestra desgraciada España; que el Señor la dé paz, tranquili»dad, y lo que mas la convenga, y que todos los buenos españo»les no piensen mas que en el bien de su pais. Estos son tam»bien los votos de una mujer que, aunque no entiende de políti»ca ni tiene ambicion ninguna, es muy española.

»Mucho me alegraré si algun dia tengo el placer de ver á V. »y poderle decir de palabra cuánto le estima *Maria Luisa Fer»nanda.*»

Hace ya mas de cinco lustros que me hallaba yo de guarnicion en Málaga, y de visita en casa del Ilmo. Sr. D. José Muñoz de Aguilar, mi respetable amigo, y doctoral dignísimo de la catedral (el que vivia muy cerca del muelle de aquella ciudad marítima), cuando vino á visitar al venerable eclesiástico un caballero francés, de agradable y simpática fisonomía, muchas canas, vestido negro, frente arrugada por las vigilias y los años, ojos vivísimos, y de mirar apacible y sereno. Llevaba en su mano el báculo del peregrino, y recorria la Europa toda, buscando pergaminos y manuscritos de la edad media referentes á la gloriosa Orden del Padre San Benito, cuya historia estaba hacia muchos años escribiendo, con la gravedad severa y elevacion y filosofía cristiana, dignas de un sabio y celoso doctor de los primeros siglos de la Iglesia.

Despues de las frases y saludos propios de la buena educacion, el estrangero entregó una carta al canónigo, diciendo: *Que se la habian dado en Roma, hacia un mes poco mas ó menos.* A la primera ojeada conoció el sacerdote por el sobre, que habia escrito la epístola un Emmo. purpurado del Sacro Colegio. La leyó inmediatamente (pidiéndonos antes permiso), y despues de dar gracias al portador ilustre de tan grata y honorífica misiva, comenzó una larga conversacion, tan instructiva como edificante, con el caballero francés sobre la capital y cabeza del Orbe cristiano.

No he olvidado, gracias á Dios, lo mucho y muy bueno que habló el preclaro Conde de Montalembert acerca de Roma, de sus templos, de sus Catacumbas, de sus monumentos cristianos, de su clero secular y regular, de sus monasterios, y hasta de los recuerdos y restos notables, y gloriosas ruinas que conserva todavía del paganismo. No me sería facil repetir el curiosísimo y precioso coloquio del sábio y religioso viajero, sin escribir muchas páginas, y quizá un libro de no escasas dimensiones.

Solo repetiré una importantísima frase, que viene aquí muy al caso. Despues de decir el digno historiador del instituto benedictino, que el Santísimo Padre Gregorio XVI se habia dignado darle audiencia mas de una vez, añadió estas literales palabras: «He tenido la grata satisfaccion de oir de los augustos »lábios del Vicario de Jesucristo en la tierra, *que la Reina de los »franceses es una santa.*»

Muy pocos años despues de este hecho, que presencié con el mas grato placer y edificacion de mi alma, una Infanta española, casi niña, daba su mano de esposa á un joven príncipe, hijo de la ya difunta Reina Amelia, *modelo de virtudes cristianas.* Los católicos creemos y debemos creer las autorizadas palabras de la boca mas digna y respetable que hay en el mundo entero, cual es la boca del sucesor de San Pedro, y supremo Gerarca, por consiguiente, de toda la cristiandad.

No bien recibieron en Madrid los jóvenes y augustos esposos las bendiciones nupciales, prosternados al pie del ara, y escudados con el manto y proteccion de la divina desposada María Santísima, salieron de España con direccion á París, donde la Señora Doña María Luisa Fernanda permaneció al lado de la *santa Reina* hasta la revolucion de 1848. Posteriormente vivió mucho tiempo en compañía de su respetable y virtuosa madre política, que amó á la candorosa y ejemplar Infanta española con la ternura y cariño propio de su maternal y cristiano corazon.

Dime con quién vas, Julian
(Sean hombres ó mujeres),
Y, como dice el refran,
Juro por mi balandrán,
Que yo te diré quién eres,

Con esta melancólica obrecilla,
De mi péñola humilde la postrera,
Del pobre Manzanares en la orilla,
O quizá de otro rio en la ribera
Terminará mi vida transitoria,

Mi vida, de pacífica memoria.
Soy ministro de paz..... no guerrillero,
Ni espadachin duelista,
Ni anónimo cobarde libelista,
Ni aprendiz ó novel gacetillero,
Ni político, en suma, periodista.
Te digo la verdad, formal, sincero;
Y otra verdad, lector, añadir quiero.
Fuí de valientes mil, hijos de España,
Capellan, padre, hermano y compañero
En funesta, civil y atroz campaña.
Calamidad tamaña,
Lanzada por la cólera del cielo,
Jamás, jamás perturbe al pátrio suelo.
Antes morir quisiera,
Que con el fuego de discordia impía,
En fratricida lucha, horrible y fiera,
Verte de nuevo arder, ó patria mia.
Cual discípulo digno de las Musas,
De la paz tan amantes y el sosiego,
Que el cañon con su horrísono rüido
Las deja estremecidas y confusas
(Bien me puedes creer, lector querido),
En la caza, en la lid, y ni aun por juego,
Jamás un arma disparé de fuego.
Sin alegar inútiles escusas
Que escuchar por ventura tú rehusas,
Por fin te digo, pero muy atento,
Que en este feliz momento
A la Infanta de Castilla,
Que es de mi patria ornamento,
Desde Madrid, noble villa,
Dedico *mi Testamento*,
Porque á Dios un corazon
Plugo darme..... no de cieno.....
.....
Dios mire á nuestra nacion,
Cual padre amoroso y bueno,
Con ojos de compasion.

Madrid 6 de febrero de 1870.

MI TESTAMENTO.

Dies mei transierunt, cogitationes meæ dissipatæ sunt. Noctem verterunt in diem, et rursum post tenebras spero lucem. (Job., 17.)

Despues del sueño de la tumba fria,
De Jesus por los méritos espero
El *Hosanna* de eterna melodía
Cantar feliz al cándido Cordero
En la Sion de paz y de alegría. (*Version libre.*)

Ya que el cielo, Señora, bondadoso
Os concede estrechar en el regazo
Al hijo primogénito, que apenas
Ayer mirábais con dolor y espanto;
Al Infante ya en fin restablecido,
Al robusto y bellísimo Fernando,
Esclarecido por su noble ingénio,
Y por su amor filial aún mas preclaro,
Permitid que cual muestra de respeto,
Y de júbilo y férvido entusiasmo,
Epístola os dirija reverente,
Ministro del Señor, débil anciano.
De mi péñola, siempre mal tajada,
Aquellos de talento nobles rasgos
No espereis, que en los números acordes
Campean de Argensola y Garcilaso.
Pero esperad, Señora, sentimientos
Propios de un corazon leal y honrado,
Como acostumbran ser los dignos hijos
Del suelo aragonés y castellano.
Yo solo temo á Dios, y nunca, nunca
Pudieron arredrarme fieros bandos
Y partidos políticos, que á España
Dividen y *ensangrientan*..... ¡Mal pecado!
Yo solo temo á Dios, y nunca, nunca
He temido á verdugos ni á tiranos
Al decir la verdad, ni los temiera
Aunque al pie me arrastraran del cadalso.
¿Y temería á maldicientes Zoilos,
De su carcax horrible siempre armados

Para lanzar, frenéticos de saña,
Flechas de acero, venenosos dardos?
¿Y temeria á necios y pedantes
O descontentadizos Aristarcos,
Que todo escrito ageno menosprecian,
Por envidia maléfica obcecados?
¿Y á vos, que siempre amable y bondadosa
Acogeis mis poéticos ensayos,
Podré temer, inofensivos metros
En estos tiempos dirigir aciagos?
Aquí yo no diré que ni aun la infame,
La atroz calumnia con sus ojos de Argos
Y rabia de escorpion, de esposa digna
El título inmortal osó negaros.
Veraz y grave lo dirá la historia
Al pregonar tambien fuísteis amparo
De huérfanos, doncellas y viudas,
Sus lágrimas acerbas enjugando.
Ya lo publica la feliz Vandalia
Del Betis con la voz, pues nunca en vano
Recurrió de *San Telmo* en aflicciones
Y públicas miserias *al palacio.*
Solamente diré que en este siglo,
El mas antipoético y prosáico
Que vió jamás, del mundo con asombro,
La patria de Marcial y de Lucano;
En el férreo siglo, en que tirana
Su cetro la política ostentando,
Las nobles Musas y las bellas letras
En el olvido yacen ó en el fango,
Con esplendor y maternal cariño
A vates protegiendo y literatos,
Fomentais, cual fomenta blanda lluvia,
Los frutos del ingenio sazonados.
Al mortal compadezco (si hay alguno
Tan procaz, por desgracia, ó tan ingrato)
Que adulacion apellidar se atreva
Dulce efusion de corazon hidalgo.
¿Lisonja puede ser, augusta Luisa,
Al orbe pregonar veraces lábios,
Afectos que de un pecho agradecido
Rebosan como el agua en lleno vaso? (*)

(*) *Omne supervacuum pleno de pectore manat.* (Horat.)

Dispensad, os lo ruego, que un instante
Vuestra modestia humilde, bello ornato
De la mujer honesta, y distintivo
Del pensador y verdadero sábio,
Me atreva á lastimar, la verdad santa,
Cual ministro que soy del Santüario,
De tierna gratitud con los acentos
A mi querida patria publicando.
En la tormenta horrible, que amenaza
Sumergir en la mar mi endeble nao,
Sola vos fuísteis para mí, Señora,
De consuelo y salud brillante faro.
¡Cuántas personas, ay! (Dios las perdone)
Que *pueden* y *debieran* una mano
Benéfica tenderme, hasta consuelos
De viva voz crueles me negaron!
Sus nombres olvidé, bondosa Infanta;
Que escribo yo en arena los agravios,
Y en mármoles, y en bronces, y en mi pecho,
Honras, mercedes y favores grabo.
¿Por qué, por qué los inmortales versos,
Inspiracion del cielo soberano (*),
Que á Mecenas y á Augustos eternizan,
Escribir este dia no me es dado?
Un tiempo fué, Señora, cuando el bozo,
Allá en abriles de ilusion y encantos,
Cual del cuervo las alas denegrido,
Comenzó á sombrear mi rojo labio.
Huyeron ¡ay! tan bonancibles dias,
Como brumas que el sol deja en ocaso,
Y súbito oscurecen altas cumbres,
Verdes colinas y risueños prados.
¡Ya jamás volverán!..... La vejez triste
Con sus enfermedades y quebrantos
Hizo presa en mi frágil existencia,
Que amargan ¡ay! crueles desengaños.
De mi frente al undívago cabello,
Que meció el aura con su aliento blando,
Cuando me vió triscar el Guadalope
Cándido rapazuelo por sus campos,
Reemplazaron las canas; de mis sienes

(*) Verso de D. Nicolás Fernandez de Moratin.

La desnudez apenas ocultando,
Dejan ver las arrugas, tristes hijas
De los padecimientos y los años.
¿Por qué, cual venturoso cuando joven
Canté las altas glorias de Pelayo,
Inmarcesibles palmas de Numancia,
Y de Luchana esclarecidos lauros,
El hielo de la edad no me permite,
Ni el temblor convulsivo de mi mano,
Pulsar las cuerdas de oro, acompañadas
De vigorosos españoles cantos?
¿Mas quién puede quejarse de la suerte?
A las flores de abril sigue el verano,
Y al otoño el invierno, que á la tumba
Empujan á los hombres mal su grado.
Cuanto nació en la tierra morir debe,
Sin que plegarias y gemidos vanos
Y lágrimas inútiles detengan
Del veloz tiempo el tren acelerado.
Hasta el actual momento, en que os dirijo (*)
Estos de blanda melodía escasos
Versos pobres y humildes, de mi vida,
De mi vida fugaz acorta el plazo.
Las muchas Navidades que me abruman,
Mi cuerpo hácia la tierra ya encorvado,
Los dolores, las penas que me aflijen,
El báculo en que débil me afianzo,
Todo, *Señora*, díceme que luego,
Por el soplo glacial yertos y helados,
De la muerte, mis frágiles despojos
Dormirán en su nicho funerario.
¡Consoladora idea, santa idea,
Que fortalece al corazon cristiano
Del dichoso mortal, que por el cielo,
Por su patria suspira desterrado!
Cuando llegue, Señora, á vuestro oido
El rumor de mi muerte y fin cercano,
Rogad, rogad á Dios, con vuestros hijos,
De católica fe bellos dechados,
Rogad, yo os lo suplico, á la amorosa
Madre nuestra y de Dios por el descanso

(*) *Dum loquimur, fugerit invida ætas.* (Horat.)

Eternal del que espera allá en el cielo,
Tras la tumba, de nuevo saludaros.
Yo tambien muchas veces (Dios lo sabe)
Con fervorosas preces, y empapados
De lágrimas mis ojos, en las aras
Al ofrecer el sacrificio santo,
Por la salud de vuestro niño enfermo,
O modelo de madres, he rogado
Ante el Verbo, la Víctima divina
Que murió por el hombre en el Calvario.
Almas justas tambien á instancia vuestra,
Hijas, madres, y jóvenes y ancianos,
Doncellas y viudas, Sacerdotes
Y esposas de Jesus crucificado,
En la paz de sus lares y en el templo
Las palmas y el espíritu elevaron,
Hasta que conseguísteis, venturosa,
Restablecido ver vuestro Fernando.
Himnos de amor y gratitud eterna
Al Rey de reyes por favor tamaño,
Lenitivo de angustias y martirios,
Que el corazon de madre os desgarraron.
Plegue á Dios bendecir al bello Infante,
De esperanza y de paz fulgente astro,
Que hoy en los horizontes de la vida,
De luz ostenta sus nacientes rayos.
Plegue á Dios bendecirlo, y su existencia
Al llegar á los lindes de su ocaso,
Sonría el Angel de su guarda, y quede
Su nombre al par de la virtud grabado.
Antes de pagar yo, cual pagan todos
Sin escepcion los míseros humanos,
A la naturaleza aquel tributo
Que al pecador Adan plugo legarnos,
Mi testamento escribo, como debe
Quien de padres piadosos y cristianos
En España ha nacido, no en Marruecos,
Donde un Sultan hereda á sus esclavos.
Loores al Altísimo, que quiso,
Desque en modesta cuna me arrullaron,
Viera yo en Alcañiz el sol brillante
En cielo siempre azul, hermoso y claro.
Loores al Altísimo que quiso
Besara yo con infantiles labios

El Pilar de María en Zaragoza,
De tierna Madre en los amantes brazos.
Quiero en el seno de la Iglesia santa
Morir como católico romano,
Cual murieron Cervantes y Riojas,
Recaredos, Teresas y Leandros.
Para mí, lo que apruebe Pio Nono,
De Pedro sucesor, y otros Vicarios
Futuros de Jesus, que lo reemplacen,
Es la verdad, blasfemia lo contrario.
Con filial confianza, de fe lleno,
Dejo el alma al Señor, que la ha criado,
Benigno, de la nada, cual un dia
El cielo, tierra y luz sacó del caos.
Dejo á la madre tierra el frágil cuerpo,
Donde en fosa modesta sepultado,
La voz sonora esperará del Angel
Que hará al linaje revivir humano.
Adviertan mis piadosos albaceas
Que han de ponerme solo este epitafio;
Indigno sacerdote aquí reposa;
Rezad por él, católicos hermanos.
Suplico á mis amigos los poetas
Ofrezcan solo Misas en sufragio
De un mísero mortal, en vez de loas
Y fúnebre corona y tristes cantos.
Humilde rio, manso Guadalope,
Que al besar de Alcañiz los muros altos,
De mis pios abuelos en tus aguas
Los túmulos reflejas venerandos;
Si mis fervientes votos Dios escucha,
En aquel cementerio, que el Santuario
Domina de los Pueyos, do María
A los muertos escuda con su manto,
Dormiré de la tumba el feliz sueño,
Cabe sepulcros cien de amigos caros
Y compañeros de mi tierna infancia,
Que me están por momentos esperando.
¡Dulces y melancólicos recuerdos!
En la ribera aquella y verdes llanos,
La ventura y la paz de la inocencia
Cual amantes hermanas me halagaron.
Ví despues otros rios, ví la Corte,
Do víctima de negros desengaños

Y desgracias sin fin, fueron mis ojos
Copiosas fuentes de dolor y llanto.
Pronto se estinguirá, ¡dicha inefable!
Pronto, muy pronto, su raudal amargo,
Por la bondad de Dios, en quien confio
Dará á mis penas eternal descanso.
Hoy, que aliento y respiro todavía,
Mi tierna gratitud quiero mostraros,
Y hablar, Fernanda augusta, del que os dejo
Humilde y piadosísimo legado.
No bien mis ojos cierre para siempre
De cristiana amistad la blanda mano,
Y deposite mis mortales restos
De la sagrada cruz bajo el amparo,
Ruego á vuestra piedad que, bondadosa,
Acepteis en mi nombre aquel Rosario
Que me legó al morir mi anciana madre,
Por dos varones bendecido santos (*).
La que en su seno me abrigó amoroso,
Con él rezó ferviente muchos años
En Zaragoza, ante la sacra imagen
Que la Madre de Dios dejó á Santiago.
Aunque al don que os ofrezco no embellecen
Y realzan diamantes y topacios,
Cual signo de piedad, será delicias
De vuestro corazon tierno y cristiano.
Ruego al Señor, benévolo os conceda
Rezar pia con él abriles tantos,
De María los gozos y dolores
Y glorias inefables meditando,
Cuantos gemidos acallais dolientes
Por la miseria pálida exhalados,
Cual amorosa *Madre de los pobres*,
Como os llaman los nobles sevillanos.
Y tú, cantora de Sion divina,
Que me inspiraste, ó Musa, con agrado,
De fe cristiana al celebrar á impulso
El *Pilar* de María sacrosanto;
Tú, consuelo y alivio de mis penas,

(*) El V. Fr. Antonio Garcés, Dominicano, llamado vulgarmente el *Apóstol de Aragon*, y el V. Capuchino Fr. Diego José de Cádiz, cuya beatificacion está ya muy adelantada.

Desde el florido y apacible mayo
De la existencia mia hasta el invierno,
Que estinguió con sus hielos mi entusiasmo,
Recibe mi postrera despedida,
Mientras el arpa que me dió tu mano
Queda en el templo, muda para siempre,
Cual ofrenda de amor que á Dios consagro.

ÍNDICE.

PRÓLOGO..... pág. VII

Cristiana muerte de Quintana..... 1

Celebridad del poeta. Patriotismo de sus versos. Irreligiosidad censurable de algunos. Tertulia de Quintana. Ancianos que asistian á ella. Escritos en prosa y verso de que gustaba mucho. Carta estraña y original de Mor de Fuentes. Soneto á Zaragoza. Cartas de Quintana. Amistad íntima del vate y del canónigo Lorente. Carolina Coronado. Doña Facunda Honrubia. Preciosa carta de Doña Dolores Cabrera y Heredia de Miranda. La Marquesa de Cerralbo. La señora Avellaneda.

El Capitan Barona..... 22

Palabras notables del General Espartero. Batalla de Castrejana. Lord Byron. Campaña de Barona en la Grecia. Maurocordatos. Sitio de Missolongui. Combate de Navarino. Vuelve Barona á su patria. Es perseguido por el Conde de España. Se refugia en la Trapa, y despues en Valencia. Es nombrado teniente del inmemorial del Rey. *Acciones de guerra á que asiste. Muerte gloriosa de Barona. Epitafio. Versos elegiacos á la memoria del ilustre Capitan.*

Reseña biográfica del P. Báguena, escolapio..... 30

Suerte infausta de algunos libros. Poema de Fr. Diego de Hojeda. Paraiso perdido *de Milton. Manuscritos preciosos que no han llegado á nuestros dias.* La Pironea. *Octavas.* La voz de la patria en Aragon. *Versos de este poema. Terrible enfermedad del poeta y de otros literatos. Su muerte. Versos de Arolas. Soneto á la memoria de Báguena.*

Numancia..... 49

Sitio y destruccion de la ciudad heróica. Versos á su memoria. Se proyecta erigir un monumento. Lo impide la tragedia de Bañon. Posteriormente se da comienzo á su construccion.

Alcañiz y sus hijos ilustres..... 58

Artículo 1.° *Nombres atribuidos á la ciudad antigua. Descripcion de su famoso estanque. Elogio de sus anguilas hecho por la corte de Francia.*

Artículo 2.º 68

Abundancia de manantiales. Fuente de setenta caños. Romance. Despedida del Guadalope. Romance al mismo.

Artículo 3.º 78

Importancia política de Alcañiz en la edad media. Su castillo-convento, encomienda de la orden de Calatrava. El Antipapa Luna. San Vicente Ferrer. Sinagogas. Judíos convertidos. Cántico en loor de la Virgen. Familia de Alejandre. *Templos de Alcañiz. Su magnífica y ostentosa colegiata.*

Artículo 4.º 88

Fundacion de la colegiata. La tia Barrala. Funciones de Semana Santa. Procesion de los tambores. *Suceso trágico muy notable. Imágenes de Jesus y de María depositadas en Alcañiz por un peregrino.*

Artículo 5.º 99

Convento de Santa Lucía. Romance en elogio de Alcalá de Henares. A mi pueblo natal, oda. Balmes y otros literatos españoles. Plácido. Oda al Duque de Feria.

Artículo 6.º 111

Batalla de Alcañiz en 1809. *Versos de Jovellanos. Batalla de Ocaña. El General* No importa. *Versos del Marqués de Gerona. Capilla del Pilar. Piadosa tradicion. Hecho notable. Peligro en que se vió el autor de quedar ciego. Entrada de los napoleonistas en Alcañiz en* 1809. *Muerte heróica de algunos alcañizanos. Voltaire. Iriarte. Fernan Caballero. Lope de Vega.*

Artículo 7.º 128

Cementerio de Alcañiz. Personas ilustres que allí reposan. Ermita de los Pueyos. Los escultores Llovet y Ferrer. A las ruinas de Alcañiz, elegía.

Artículo 8.º 140

Biografías de alcañizanos ilustres. El Cardenal Ram. Andrés Vives. Militares y sacerdotes distinguidos. El mártir Juan Santiago Samper, y Sor Francisca de Pedro. Versos. Juan Sobrarias. Lorenzo Palmireno. Gomez Miedes. Ruiz de Moros. Domingo Andrés. Casellas. Tomás Ramon. Gerónimo Ardid. Otros ingenios alcañizanos. Aganipe aragonesa *del cronista Andrés de Ustaroz. Pedro Juan Zapater. Donoso romancillo.*

Artículo 9.º 161

P. José Jerico de la Concepcion. Nifo. Baron de Andilla. P. Gonzalo Moreno. Miguel Ballester. D. Manuel Serrano y Comas. Plegaria.

Artículo 10..... 183

Don Nicolás Sancho y Moreno. Don Serapio de Pedro. El pastor Espallargas. Décimas del mismo. Oda. Don Vicente Alcober.

Epílogo..... 216

Periódicos en que se imprimieron estos artículos. Romance imitando á Horacio. Fundacion de Alcañiz. Seguidillas.

Alcañiz y su ermita de los Pueyos: leyenda..... 228

Prólogo. Recuerdos. La aparicion. El aviso. La procesion. Real decreto. Fundacion. La serenata, etc., etc.

Mor de Fuentes..... 260

Sus escritos. La Serafina. *Las* Estaciones. *Su poema á* Gibraltar. *Comentario de Horacio. Epígrama de Silvela. Soneto al sepulcro del poeta.*

Conversion de un libertino..... 272

El difunto Duque de Rivas. El brigadier Guillen Buzarán. Encuentro inesperado de Cárdenas con una joven misteriosa. Toma el hábito de capuchino. Su santa muerte. Reflexiones.

Elogio del Ilmo. Perez Bayer..... 280

Sus estudios. Sus escritos. Gramática hebrea. Etimologías de la lengua española. Coleccion de Códices de Toledo. Disertacion sobre una sinagoga toledana. Catálogo de monedas desconocidas. Viaje á Italia. Colegio mayor de Bolonia. Libro sobre la patria de San Dámaso y San Lorenzo. Disertacion sobre el autor del Sacramentario de Verona. Escritos referentes á los Códices del monasterio del Escorial. Antigüedades apócrifas de la Alcazaba. El canónigo Medina Conde. Triunfo de Bayer. Es nombrado preceptor de los hijos de Carlos III. Traduccion de Salustio por el Infante D. Gabriel. Monedas hebreo-samaritanas. *Viaje científico por las costas de la Península. Es nombrado primer bibliotecario de Palacio y Arcediano mayor de Valencia. Sus ejemplares virtudes. Su modestia. Su caridad inagotable, etc. Su muerte. Notas.*

El Abate Marchena..... 308

Su educacion cristiana. Su volterianismo. Lo persigue la Inquisicion. Se refugia en Gibraltar y despues en París. Es encarcelado. Insulta á Robespierre desde su prision. Venerable monje preso en el mismo calabozo. Farsas irreligiosas. Talento mal aprovechado de Marchena. Sus versos. Guia de pecadores. *Hecho notabilísimo. Muerte del Abate.*

Biografía del Príncipe de los poetas cristianos..... 322

Nacimiento, estudios y primeros versos de Marco Gerónimo Vida. Elogios que le han tributado muchos y esclarecidos ingenios. Sus escritos mas notables. El Ajedrez, *la* Cristiada, *el* Gusano de la seda, *la* Poética, *los* himnos sagrados, *etc. Es consagrado Obispo de Alba. Su catolicismo ardiente.*

Bromas y percances de Carnaval... 369

Entierro del General Palafox. Versos de D. Manuel Cañete á su muerte. El entierro de la sardina. Los Generales Villacampa y Manso. Insultos de un mozalvete disfrazado. Versos políticos del autor. Trágica muerte de una esposa en San Sebastian, de resultas de un baile de máscaras.

Suplicio de un Deista..... 379

Cayetano Ripoll. Narraciones exageradas ó falsas de su trágica muerte. Historiador anónimo. Profecía poética. *Versos. Don Modesto La Fuente. Olózaga. El ajusticiado. El Verdugo. El P. Lorenzo Ramo. Fr. Felix Guillen, Carmelita. Fr. Mariano Gonzalez. Muerte del P. Félix. Su elogio necrológico.*

Ingenios olvidados..... 394

Artículo 1.° *P. José Soriano*..... id.

Artículo 2.° *D. Ceferino Leandro Lagrava*..... 403

Artículo 3.° *P. Joaquin Esteve*..... 415

POESÍAS.

El Rosario de mi Madre..... 422

Las víctimas del Dos de mayo: soneto..... 444

En el aniversario de la muerte de Cervantes..... 445

A la muerte de Mendez Nuñez..... 449

En un convite de confianza: improvisacion y glosa..... id.

A la Señora Infanta Doña Luisa Fernanda: soneto..... 453

En la muerte de Rodriguez Cao: romance..... id.

Plegaria en el cementerio: soneto..... 460

Al Señor de la Tour: epístola..... id.

Al sepulcro de Balmes..... 466

A Fernan Caballero..... 467

A la muerte de Lamartine: soneto..... id.

A D. Agustin Mendoza: epístola..... 468

Imitacion del francés: soneto..... 475

A D. Antonio Irribarren: romance..... id.

Al aniversario de una Escuela Dominical..... 477
Al General Buceta..... 478
Respuesta anticipada..... 479
A un falso amigo: décima..... 480
A la muerte de Riego: soneto..... id.
A la señorita Doña Jacinta de la Concha..... 481
A la señorita Doña Petra de la Concha..... 483
Adhesion al Concilio Vaticano..... 485
A la Señora Infanta Doña Luisa Fernanda..... id.
Improvisacion con pie forzado..... 489
Glorificacion del Doctor Suñer y Capdevila..... 492
Sobre la proteccion á la poesía: epístola al Excmo. Conde de Cheste..... 518
Epístola al Sr. D. Guillermo Picard..... 534
Mi testamento, dedicado á la Serma. Sra. Infanta Doña María Luisa Fernanda..... 554

FE DE ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
4	5	*piachi*	*piache*
12	40	podiera	pudiera
30	1	et	eterna
100	11	annque	aunque
189	14	laguna	alguna
341	23	vate	vates
341	31	Duis	Luis
345	35	corientes	corrientes
357	34	landem	laudem
422	6	precios	preciso
511	8	angélica	angelical
527	27	ornamente	ornamento
555	38	orbo	orbe
557	10	Requiescant	Requiescat

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

CENTRAL LIBRARY.

ABBREVIATED REGULATIONS.

One volume can be had at a time, in home use, from the Lower Hall, and one from the Bates Hall, and this volume must always be returned with the applicant's library card, within such hours as the rules prescribe. No book can be taken from the Lower Hall of this Library, while the applicant has one from any Branch.

Books can be kept out 14 days, but may be renewed *within* that time, by presenting a new slip with the card; after 14 days a fine of *two* cents for *each* day is incurred, and after 21 days the book will be sent for at the borrower's cost, who cannot take another book until all charges are paid.

No book is to be lent out of the household of the borrower; nor is it to be kept by transfers in one household more than one month, and it must remain in the Library one week before it can be again drawn in the same household.

The Library hours for the delivery and return of books are from 9 o'clock, A. M., to 8 o'clock, P. M., in the *Lower Hall;* and from 9 o'clock, A. M., until 6 o'clock, P. M., from October to March, and until 7 o'clock, from April to September, in the *Bates Hall.*

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any Library notice to reach, through the mail, the person addressed.

[50,000, Nov., 1870.]